

Otros títulos

Historia contemporánea de América

Juan del Alcázar, Nuria Tabanera,
Josep M. Santacreu, Antoni Marimon

**Guatemala: entre el dolor
y la esperanza**

Centro de estudios de Guatemala, ed.

Franquisme i repressió

La repressió franquista als països catalans
Pelai Pagès i Blanch, dir.

Reflexions sobre la violència

John Keane

Polítiques del perdón

Sandrine Lefranc

**Movimientos de mujeres
en América Latina**

Estudio teórico comparado
Maxine Molyneux

**Derechos humanos e integración en
América Latina y el Caribe**

Maria Belén Olmos Giupponi

**Derechos y libertades ante las nuevas
amenazas a la seguridad global**

Consuelo Ramón Chornet, ed.

Querrela pacis, perpetua?

Una reivindicación del Derecho
Internacional
Consuelo Ramón Chornet,
Javier de Lucas Martín

**Antonio Llidó,
un sacerdote revolucionario**

Mario Amorós

La inmolación en defensa de los principios democráticos en un Palacio de La Moneda envuelto en llamas convirtió a Salvador Allende en una de las grandes personalidades del siglo xx. Sin embargo, su memoria se ha quedado atrapada en la tragedia del 11 de septiembre de 1973. Su prolongada trayectoria anterior a 1970, su defensa de un socialismo democrático y revolucionario o su solidaridad con las luchas del Tercer Mundo permanecen en el olvido; ni siquiera las extraordinarias conquistas de sus mil días de gobierno son comúnmente reconocidas. Y, sin embargo, junto con el 11 de septiembre, todo ello constituye su legado y define los principios que orientaron su existencia.

Este libro recorre toda su vida política (desde finales de los años veinte hasta 1973) de la mano de sus discursos y de los testimonios de sus compañeros y amigos, así como de una amplísima bibliografía, la prensa de la época y documentación inédita. *Compañero Presidente* es una contribución a la conmemoración del centenario de su nacimiento a lo largo de 2008, un acontecimiento universal que motivará la reflexión no sólo sobre la trayectoria de Salvador Allende y la evolución de Chile en el siglo xx, sino también sobre los desafíos del socialismo del siglo xxi.



PUV PUBLICACIONS UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

PUV

Mario Amorós

Compañero Presidente

147

Mario Amorós

Compañero Presidente

Salvador Allende,
una vida por la democracia y el socialismo



PUV

Mario Amorós (Novelda, 1973) es licenciado en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid y licenciado y doctor en Historia por la Universidad de Barcelona. Es autor de otros cuatro libros: *Chile, la herida abierta* (2001); *Después de la lluvia. Chile, la memoria herida* (2004); *Antonio Llidó, un sacerdote revolucionario* (PUV, 2007) y *La memoria rebelde* (2008). También ha participado en tres obras colectivas, en la última de ellas, *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular* (2005), con un artículo sobre el origen y desarrollo en Chile del movimiento Cristiano por el Socialismo. Junto con el historiador Franck Gaudichaud, coordina desde su creación en 2003 la sección de Chile del periódico www.rebellion.org, en el que ha publicado numerosos artículos que han sido traducidos a más de diez idiomas por medios de comunicación de distintos países. Ha impartido conferencias en universidades de España y América y es miembro del consejo de redacción de *Mundo Obrero*.

COMPAÑERO PRESIDENTE

SALVADOR ALLENDE,
UNA VIDA POR LA DEMOCRACIA Y EL SOCIALISMO

COMPAÑERO PRESIDENTE

SALVADOR ALLENDE,
UNA VIDA POR LA DEMOCRACIA Y EL SOCIALISMO

Mario Amorós

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA



Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea fotomecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso previo de la editorial.

© Del texto: Mario Amorós Quiles, 2008

© De esta edición: Universitat de València, 2008

Coordinación editorial: Maite Simón

Fotocomposición y maquetación: Inmaculada Mesa

Cubierta:

Fotografía: El presidente Salvador Allende, saludando al pueblo chileno desde el coche oficial (1971)
(Cortesía de la Fundación Salvador Allende)

Diseño: Celso Hernández de la Figuera

Corrección: Pau Viciano

ISBN: 978-84-370-6977-7

Depósito legal: V-1390-2008

Impresión: Guada Impresores, SL

ÍNDICE

PRÓLOGO DEL DR. ÓSCAR SOTO GUZMÁN	13
SALVADOR ALLENDE EN SU CENTENARIO	19
SIGLAS.....	29
MAPA DE CHILE	31

PRIMERA PARTE

I. En las trincheras del siglo XX	35
II. La travesía del desierto	59
III. La unidad de la izquierda.....	77
IV. La derrota de 1964	97
V. Una jornada histórica	123
VI. Chile al rojo	143

SEGUNDA PARTE

VII. Hacia una economía socialista.....	165
VIII. La reforma agraria	179
IX. La «vía chilena».....	191
X. La conquista del cobre	211
XI. El eco de las cacerolas	225
XII. Crisis en la Unidad Popular	239

TERCERA PARTE

XIII. El desafío de octubre	261
XIV. Una voz del Tercer Mundo	277
XV. La encrucijada de marzo	291
XVI. El otoño de una revolución	305
XVII. La traición	321
XVIII. Once de septiembre.....	341

APÉNDICE: SALVADOR ALLENDE (1908-1973).....	355
ÍNDICE ONOMÁSTICO	361
BIBLIOGRAFÍA.....	365

Para mi hijo

Esta noche, cuando acaricien a sus hijos cuando busquen el descanso, piensen en el mañana duro que tendremos por delante, cuando tengamos que poner más pasión, más cariño, para hacer cada vez más grande a Chile y cada vez más justa la vida en nuestra patria. Gracias, gracias, compañeras. Gracias, gracias, compañeros. Ya lo dije un día. Lo mejor que tengo me lo dio mi partido, la unidad de los trabajadores y la Unidad Popular.

A la lealtad de ustedes, responderé con la lealtad de un gobernante del pueblo, con la lealtad del compañero Presidente.

SALVADOR ALLENDE

Madrugada del 5 de septiembre de 1970,
discurso con motivo de la victoria en las elecciones presidenciales

PRÓLOGO: SALVADOR ALLENDE, UNA SEMBLANZA

Salvador Allende es una de las pocas personas que en la historia de América traza huellas imborrables y definitivas. Aunque su proyecto político terminara con su vida y la de miles de chilenos, su accionar modificó las estructuras económico-sociales de Chile y, lo que ha sido más prolongado, la conciencia de sus ciudadanos. «Los pobres de la ciudad y del campo», como se decía en los años setenta, lograron, en libertad, ser factores de cambio y transformación del país.

Observador privilegiado desde comienzos de 1970 hasta el 11 de septiembre de 1973, pude captar las complejas facetas del personaje, sus opiniones, sus manifestaciones de alegría y tristeza, sus preocupaciones ante actos protocolares delicados o problemas políticos que debía resolver. Como todos los seres humanos, el candidato y luego Presidente de la República reaccionaba ante las distintas situaciones de una manera personal y única. Ofendería su memoria si hiciera sólo un recuento hagiográfico de sus características de personalidad. Fue, en síntesis, un hombre de su época, vital, comprometido, protagonista siempre, que amó la vida con todas sus circunstancias.

Nos sorprende la seguridad con que decide conductas arriesgadas, en situaciones casi imprevisibles. Cuando durante las primeras horas de la noche del 4 de septiembre de 1970 se le insinúa, desde la central de recuentos, que tiene menos votos que Alessandri, con la asesoría de sus colaboradores resuelve, a pesar de esta información, que él ha ganado las elecciones y llama a Patricio Rojas, ministro del Interior de Frei, para que autorice una manifestación de sus partidarios en la Alameda Bernardo O'Higgins frente al local de la Federación de Estudiantes de

la Universidad de Chile. La concesión del permiso confirma su audaz certeza. No menos categórico se muestra en la conversación, de la cual soy testigo involuntario, que se desarrolla en el Hotel Waldorf Astoria de Nueva York la tarde del 3 de diciembre de 1972, en que George Bush, padre del actual mandatario de Estados Unidos y a la sazón delegado de su gobierno ante Naciones Unidas, intenta que Allende modifique su discurso ante la Asamblea General de la ONU. Habla en castellano y Orlando Letelier traduce: «No haré cambios, mis palabras no son un ataque al Gobierno ni al pueblo de Estados Unidos, sino a las empresas transnacionales que intentan ahogar a Chile y su Gobierno».

Jamás un mandatario chileno había hablado con tanta claridad y firmeza al gobierno norteamericano. No cambió su actitud en la Unión Soviética, prolongación de ese viaje, donde se intentaba un apoyo económico al proceso chileno. No se logró en la medida de lo solicitado. «Los compañeros soviéticos no nos entienden», me dijo coloquialmente en su habitación del Kremlin después de una prolongada negociación. Comprendí que esas palabras no estaban destinadas a mí, sino a la troika soviética gobernante, que se impondría por los micrófonos que obviamente había en todas las habitaciones. «Tal vez deberíamos adelantar nuestro regreso a Chile», continuó con una afirmación que implicaba una velada amenaza. No fue así. Viajamos a Kiev por 24 horas, algún apoyo económico se logró, aunque el balance disgustó a Allende.

Una mirada superficial, a cuya tentación también a veces caí, muestra un personaje elegante, atildado, que siempre estará con cuello y corbata en los momentos ceremoniales. No se modifica su elegancia y buen vestir cuando está en la intimidad, en aquellas situaciones de descanso y relajación. Gusta de chaquetas bonitas, sobrias, cómodas. Su interés por algunas prendas del buen vestir llegaba a inventar argucias que le permitieran sustraérselas a alguno de sus buenos amigos. La artesanía andina y las pinturas eran otras de sus «debilidades», pudiendo recurrir a cualquier stratagema para apropiárselas. No había ánimo egoísta ni deseo de posesión individual. Bajo su dirección se gestó el Museo de la Solidaridad, cuyas obras constituyen la mejor pinacoteca que en la actualidad posee Chile. El impecable cuidado en el vestir jamás le restó contacto directo

con los sectores más humildes del país, que lo quieren sin reservas, pero originaba envidia en sus opositores políticos. Al «pije Allende» se referían, intentando menospreciarlo. No lo lograban.

Faltaría a la verdad desconocer los sentimientos que generaba en el sexo femenino y sus obvias consecuencias. Culto, ingenioso, conocedor del mundo, podía resultar encantador. Algunas de sus relaciones fueron prolongadas y sin duda influyeron en su quehacer. Su compañera de toda la vida, Hortensia Bussi, madre de sus tres hijas, manejó con entereza y dignidad sus 34 años de convivencia. Sus discrepancias quedaban en la intimidad, manteniendo un respeto mutuo que se extendía a los diferentes roles que ambos jugaban en la vida sociopolítica chilena. En pocas ocasiones presencié al Presidente conmovido y emocionado. Una de ellas fue en la mañana del 11 de septiembre en La Moneda, cuando supo que los golpistas habían bombardeado su residencia privada de la calle Tomás Moro, donde se encontraba Tencha, quien con entereza y valentía logró salir con vida.

El carácter jovial, bromista y aparentemente despreocupado ha llevado a que en forma superficial se reste importancia a su producción intelectual. Nada más lejano de la realidad. Nunca se autodefinió como un «pensador»; no obstante, su vida está llena de aportes que, en su época, ningún otro político chileno hizo. Su primera incursión, después de su memoria de graduación de médico-cirujano, fue la realidad médico social chilena, que fue una síntesis, en su época, de los principales problemas de salud pública que aquejaban al país. Sus aportes teóricos a la situación del cobre se tradujeron en un proyecto de nacionalización tempranamente presentado al Congreso Nacional. Y los diferentes aportes que este libro reseña indican una persona informada y con poderosos argumentos.

Una magnífica síntesis de su concepción política y programática está en el libro de Régis Debray Conversación con Allende (1971), que es el diálogo entre un filósofo francés, de sólida formación, y un político que aplica a la realidad de un país subdesarrollado unas concepciones teóricas sobre la base de un marxismo enriquecido por los aportes científicos del devenir social. Socialista, laico, masón, marxista no dogmático, son características que definen al formulador de una tesis: la transformación

del país al socialismo por la vía pacífica, electoral, con respeto a todas las concepciones políticas, ideológicas y religiosas.

La relación personal que establecía con sus amigos y colaboradores era cómoda. Respetuoso de los conocimientos técnicos de los profesionales, no ponía en duda los consejos que se le daban. La verdad es que, salvo un episodio de angina de pecho que se le presentó durante la campaña presidencial de 1970, fue una persona sana con algunos mínimos problemas médicos derivados del diario acontecer y que superó sin dificultades. Aun cuando en algunas fotos aparece fumando un puro, no tenía contacto habitual con el tabaco y aquellos momentos eran concesiones sociales a una amena conversación. Deportista, buen nadador, bebía vino tinto en las comidas y acostumbraba a consumir una copa de güisqui previa a las comidas o cenas.

Estos detalles son necesarios destacarlos porque la dictadura, sus personeros y todo el aparato mediático intentaron presentarlo como una persona de costumbres inconvenientes, sobre todo en relación al alcohol. Otorgaba confianza, siempre apreciaba a las personas en sus posibilidades. Me produjo a veces obvia inquietud, cuando en la ciudad argentina de Salta me indicó que colaborara con los médicos del general Lanusse en el manejo de un cólico nefrítico que retardaba la ceremonia final del encuentro presidencial. Igualmente, en los primeros días de noviembre de 1971, el mismo día de su llegada a Santiago, a requerimiento de Salvador Allende tuve que asistir médicamente a Fidel Castro, que sufría una laringitis aguda y una fuerte afonía que limitaban su frecuente y prolongado discurso. Eran demostraciones de confianza personal y profesional que me reiteró durante todo su mandato.

Siempre me llamó la atención la consideración que tenía para sus opositores políticos, que durante el gobierno de la Unidad Popular ya no fueron opositores, sino enemigos. Los diarios, televisiones y radios, en su gran mayoría en manos de la derecha, no escatimaron adjetivos para herirlo. Comentaba, en una mezcla de preocupación e ironía: «Es muy duro afectar el bolsillo de los poderosos». Mantenía, no obstante, la formalidad de maneras educadas y serenas. Sabía el odio que concitaba por los cambios económico-sociales que encabezaba, pero se refugiaba

en el cariño y la solidaridad de aquellas mayorías que nunca habían significado nada en el país. ¿Cómo destruir la imagen de una persona que amaba la naturaleza, cuyos entretenimientos eran el ajedrez y el cine, que jugaba con sus perros? Difícil tarea. Ni siquiera lo lograron después de 17 años de dictadura. Se dice que la historia la escriben quienes ganan las batallas. En el caso de Salvador Allende esto es falso. Los golpistas y el gran traidor, a través de sus actos, han logrado casi una unánime opinión mundial y nacional. Perdieron la guerra. Se les ha ubicado en la escoria. Allende ha emergido, con los años, también por sus actos, como un político honesto, valiente y consecuente.

Su vida política y social, pormenorizada en este libro, fue brutalmente cercenada el 11 de septiembre de 1973. Quienes le acompañamos en su último combate fuimos testigos de un compendio de sus valores humanos y ciudadanos. Aquella mañana, cuando tuvo certeza de la magnitud de la traición, fue capaz de improvisar su último mensaje al pueblo de Chile, nos explicó colectivamente sus decisiones, nos ofreció la posibilidad de abandonar el Palacio de La Moneda, protegió y salvó la vida de las mujeres que allí estaban, incluidas Tati e Isabel, dos de sus tres hijas, combatió con las escasas armas de que disponía, se le escapó alguna lágrima por la muerte de Augusto Olivares y cuando la derrota militar era inminente puso fin a su vida. Su suicidio, tan incomprendido por algunos sectores, fue un ejemplo de consecuencia política y personal, fue su entrega a la libertad, a la defensa de la Constitución, y el postrer homenaje al cargo de Presidente de la República que el pueblo chileno, democráticamente, le había otorgado.

Dr. ÓSCAR SOTO GUZMÁN
Cardiólogo. Médico personal de Salvador Allende

SALVADOR ALLENDE EN SU CENTENARIO

Con poesía, con ideas, con lucha, con sacrificio y una lucha incansable de todos los días realizando ahí al nuevo sujeto histórico por los cambios. La semilla de Allende está germinando. Lo mejor del pueblo, curadores de esa semilla, la cuidaron y la protegieron y como la memoria es como la tierra, esa semilla está germinando. Y hoy en este siglo por obra de los pueblos, de los que aman y respetan la tierra, la semilla allendista es patrimonio de la humanidad y florece en todo lugar. «La historia es nuestra y la hacen los pueblos», dijo Salvador Allende. Tenemos que continuar haciéndola. ¡Con Allende, mil veces VENCEREMOS!

GLADYS MARÍN¹
11 de septiembre de 2003

La inmolación en defensa de los principios democráticos que guiaban la vida de su país en un Palacio de La Moneda envuelto en llamas convirtió a Salvador Allende en una de las grandes personalidades políticas del siglo XX. Sin embargo, su memoria se ha quedado atrapada en la tragedia del 11 de septiembre de 1973: toda su prolongada y apasionante trayectoria anterior a 1970, su defensa de un socialismo democrático y revolucionario o su solidaridad con las luchas del Tercer Mundo han caído en el olvido. Ni siquiera las grandes conquistas de sus mil días de gobierno son comúnmente reconocidas. Y, sin embargo, junto con el 11 de septiembre, constituyen su legado y definen los principios que orientaron su existencia.



1. Gladys Marín fue una de las principales dirigentes juveniles de la Unidad Popular en su condición de secretaria general de las Juventudes Comunistas y diputada. Falleció en marzo de 2005 cuando era la presidenta del Partido Comunista de Chile.

Este libro recorre la trayectoria política de Salvador Allende.² La primera parte analiza toda la etapa anterior a su investidura como Presidente de la República el 3 de noviembre de 1970. Ofrecemos unas pinceladas sobre la evolución de Chile a lo largo del siglo XIX y la gestación del movimiento popular, con los antecedentes de la Sociedad de la Igualdad de Arcos y Bilbao, las huelgas obreras del cruce de siglo y la represión brutal que sufrieron los trabajadores. Allende nació en 1908, durante el conocido como «periodo parlamentario», y se incorporó a las luchas sociales en su etapa como estudiante de Medicina en Santiago, cuando se sumó a las movilizaciones contra la dictadura del general Ibáñez (1927-1931), actividad por la que fue encarcelado y expulsado temporalmente de la Universidad.

Su interés por la participación en las esferas de decisión asomó ya entonces puesto que, con tan sólo 19 años, fue elegido presidente del Centro de Alumnos de la Escuela de Medicina y con 22, vicepresidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile. Si con 15 ó 16 años un zapatero anarquista de Valparaíso le proporcionó los primeros libros y conversaciones sobre los ideales libertarios, en su etapa universitaria se aproximó a las lecturas esenciales del marxismo, incluidas las obras de Trotsky, en un alejamiento temprano del estalinismo.

Uno de los hechos capitales fue su participación en la fundación en 1933 del Partido Socialista, del que pronto se convirtió en uno de sus principales dirigentes, como secretario regional de Valparaíso en 1935, subsecretario general en 1938 y secretario general entre enero de 1943 y julio de 1944. Con sólo 29 años, fue elegido diputado y dirigió en Valparaíso la campaña de Pedro Aguirre Cerda, vencedor como candidato del Frente Popular en las elecciones presidenciales de 1938. Como diputado y como ministro de Salubridad de Aguirre Cerda, defendió varios proyectos importantes para mejorar las míseras condiciones de vida de las grandes mayorías del país.

En los años posteriores, adoptó algunas decisiones que se demostraron decisivas tiempo después. En 1945, logró un escaño en el Senado por las provincias australes, hasta entonces un feudo conservador, y confirmó su prestigio en la política nacional. En 1948, criticó la persecución del Partido Comunista

2. Deseamos dejar constancia de nuestro agradecimiento a Óscar Soto Guzmán y Laura González-Vera por sus valiosas recomendaciones en el proceso de elaboración de este libro y a Jaime Valencia y Consuelo Campos por su ayuda para acceder a los datos del Servicio Electoral de la República de Chile sobre los comicios en los que Salvador Allende participó como candidato.

impulsada por el gobierno de González Videla y dejó claro que los principios socialistas estaban impregnados de un profundo humanismo y entrelazados, de manera inseparable, con los derechos humanos y las libertades ciudadanas. De este modo, cuando se opuso a la proscripción del Partido Comunista, afirmó:

Los socialistas chilenos, que reconocemos ampliamente muchas de las realizaciones alcanzadas en Rusia soviética, rechazamos su tipo de organización política, que la ha llevado a la existencia de un solo partido, el Partido Comunista. No aceptamos tampoco una multitud de leyes que en ese país entran y coartan la libertad individual y proscriben derechos que nosotros estimamos inalienables a la personalidad humana.

En 1951, cuando la mayor parte del socialismo decidió respaldar la candidatura presidencial del ex dictador Ibáñez, con un proyecto populista que podía evocar al peronismo, optó por abandonar el Partido Socialista Popular e impulsó su candidatura para las elecciones presidenciales de 1952 con el apoyo de un sector minoritario de los socialistas y del Partido Comunista desde la clandestinidad.

Aunque apenas obtuvo 51.975 votos, la primera de sus cuatro candidaturas presidenciales concretó una aspiración que había expresado, por ejemplo, ya en 1944 como secretario general del PSCh: «Los socialistas llamamos a la izquierda a unirse en torno a un programa; un programa que agitaremos desde la calle y desde el Parlamento; un programa de interés nacional, que reúna el máximo de voluntades en torno a él». A partir de 1951, Allende se convirtió en el principal adalid de la unidad de la izquierda, que se concretó con la creación del FRAP en 1956. En las elecciones de 1958, se quedó a 33.000 votos de La Moneda: había nacido el «allendismo», un movimiento popular que se formó en torno a sus propuestas de transformación del país y que rebasaba las fronteras de los Partidos Socialista y Comunista.

Antes del triunfo de la Revolución Cubana, la izquierda unida chilena (un hecho excepcional en el contexto de la *guerra fría*) ya era una alternativa de poder y ello originó que los sucesivos inquilinos de la Casa Blanca ordenaran una intervención masiva en la política local para impedir el triunfo de Allende. En 1964, con una gigantesca «campana del terror» y el apoyo de la derecha, el demócratacristiano Eduardo Frei le derrotó, pero en 1970 la Unidad Popular alcanzó la anhelada victoria y, tras un acuerdo con el Partido Demócrata Cristiano (PDC, entonces dirigido por su tendencia progresista), logró derrotar las maniobras de Washington y de la derecha para impedir la elección de Allende como Presidente por el Congreso Pleno. El movimiento popular chileno abría

las puertas de la Historia: por primera vez un marxista alcanzaba el gobierno de un país en unas elecciones democráticas y lo hacía al frente de una coalición que agrupaba a «marxistas, laicos y cristianos», según la definición que solía emplear el propio Salvador Allende.



La segunda parte se centra en los dos primeros años de gobierno de Allende. De inmediato, aplicó el programa de la Unidad Popular y procedió a la construcción del Área Social, «embrión de la futura economía socialista», es decir, a la nacionalización de las industrias claves para el desarrollo nacional (textil, siderurgia, cemento, minería...) y de la banca. Esta determinación hirió los intereses de la burguesía y como reacción el PDC impulsó una reforma constitucional destinada a paralizar el proceso de construcción del socialismo. El conflicto en torno a la definición del Área Social atravesó aquellos mil días y se probó irresoluble por la contradicción de los intereses enfrentados y el empate en las instituciones del Estado, a pesar de los reiterados intentos, hasta el último día, de Allende por alcanzar un acuerdo con el PDC.

Su Gobierno también erradicó el latifundio y liberó a los campesinos de una postración casi feudal para elevarles a la condición de ciudadanos. Con todo, la conquista más significativa fue la histórica nacionalización del cobre el 11 de julio de 1971 por tratarse del sector más importante de la economía nacional, «el sueldo de Chile» en palabras del Presidente de la República, por su trascendencia para el desarrollo del país. La decisión de Allende de restar a las indemnizaciones que se abonarían a las multinacionales estadounidenses unas elevadas cantidades en concepto de beneficios excesivos desencadenó el bloqueo económico de Washington, cuya inquina por la experiencia de la Unidad Popular sobrepasaba el ámbito de los intereses económicos y se justificaba fundamentalmente por razones políticas e ideológicas, de ahí las órdenes de Nixon a Kissinger ya en septiembre y noviembre de 1970.

Después de la victoria de la izquierda en las elecciones municipales de 1971, con el 50,86 % de los votos, el 21 de mayo de aquel año, en su primer Mensaje al Congreso Pleno, Salvador Allende planteó los fundamentos de la «vía chilena al socialismo», que cautivaba la atención de millones de personas en todos los continentes: la construcción de una sociedad socialista con absoluto respeto al pluralismo político, los principios democráticos y los derechos humanos.

Pisamos un camino nuevo; marchamos sin guía por un terreno desconocido; apenas teniendo como brújula nuestra fidelidad al humanismo de todas las épocas –particularmente al humanismo marxista– y teniendo como

norte el proyecto de la sociedad que deseamos, inspirada en los anhelos más hondamente enraizados en el pueblo chileno.

Siempre valoró la posibilidad de construir el socialismo sin recurrir a la violencia revolucionaria y así, en el acto del Primero de Mayo de 1971, ante centenares de miles de trabajadores, afirmó:

Piensen, compañeros, que en otras partes se levantaron los pueblos para hacer su revolución y que la contrarrevolución los aplastó. Torrentes de sangre, cárceles y muerte marcan la lucha de muchos pueblos, en muchos continentes, y, aun en aquellos países donde la revolución triunfó, el costo social ha sido alto, costo social en vidas que no tienen precio, camaradas. Costo social en existencias humanas de niños, hombres y mujeres que no podemos medir por el dinero. Aun en aquellos países en donde la revolución triunfó hubo que superar el caos económico que crearon la lucha y el drama del combate o de la guerra civil.

El asesinato de un destacado dirigente demócratacristiano pocos días después por parte de un grupo ultraizquierdista abrió un abismo entre la Unidad Popular, en minoría en el Congreso Nacional, y el PDC y precipitó su alianza con el derechista Partido Nacional, que se forjó a lo largo de 1971 y 1972 en distintas elecciones o en la «Marcha de las Cacerolas Vacías» de diciembre de 1971, cuando Fidel Castro culminaba su visita a Chile. A lo largo de aquellos tres años, Allende intentó alcanzar un acuerdo con el PDC para conformar una gran mayoría nacional por la transformación del país, en consonancia con muchos aspectos del programa de Radomiro Tomic en los comicios de 1970, pero poco a poco este partido se aproximó a la derecha y con la elección como su presidente del senador Patricio Aylwin, en mayo de 1973, optó de manera definitiva por unirse a quienes instigaban el golpe de estado.

≈

La tercera parte analiza el último año de su Gobierno. Desde comienzos de 1972, se apreció una crisis en la Unidad Popular producto del disenso en torno a la estrategia ante las contradicciones, desafíos y oposición generados por la construcción del socialismo. Si inicialmente la polémica confrontó al Partido Comunista y al MIR (no integrado en la UP), en el Cónclave de Lo Curro, en junio de 1972, se expresaron con claridad las dos visiones de la política económica, y del proceso revolucionario en general, que se articulaban en torno a Salvador Allende y el Partido Comunista, por una parte, y al Partido Socialista, por otra.

Sin embargo, el paro orquestado por los gremios patronales y los sectores medios y profesionales en octubre de 1972 diluyó durante varias semanas todas aquellas diferencias en una gigantesca movilización popular de apoyo al Gobierno que impidió el colapso del país. Como solución última, el Presidente integró en su gabinete ministerial a tres altos oficiales de las Fuerzas Armadas, entre ellos el comandante en jefe del ejército. La relevante participación de los militares en el Ejecutivo, inédita desde el convulso periodo de 1925-1932, evidenciaba el grado de división del país, polarizado en torno a la disyuntiva capitalismo-socialismo.

En diciembre de 1972, Salvador Allende emprendió una gira por México, Nueva York, la Unión Soviética y Cuba que probó su enorme prestigio internacional. Si en los años treinta apoyó la lucha de la Segunda República Española contra el fascismo, en los cuarenta la de los aliados contra el nazifascismo, en los cincuenta condenó el derrocamiento de Arbenz en Guatemala y en los sesenta respaldó la Revolución Cubana y la lucha del pueblo vietnamita y repudió la invasión de la República Dominicana por los *marines*, en su discurso ante la Asamblea General de Naciones Unidas alzó su voz en nombre de los pueblos del Tercer Mundo que pugnaban por su independencia económica y aspiraban a emplear sus riquezas naturales para su propio desarrollo y denunció los intentos del imperialismo por derrocar el Gobierno constitucional que presidía.

En marzo de 1973, en medio de una grave crisis económica causada en gran parte por la estrategia de la oposición, se convirtió en el Presidente que mayor apoyo popular obtuvo en las dos últimas décadas después de dos años y medio de gestión y el 43,4 % logrado por la UP impidió a la oposición destituirle por los cauces constitucionales, pero también mostró a ésta que su último recurso, antes de las elecciones presidenciales de 1976, era el golpe de estado. El 21 de mayo de 1973, Allende habló ante el Congreso Pleno en defensa de la «vía chilena al socialismo» y de las libertades democráticas y previno al país sobre el peligro de una guerra civil.

Horas después del fracaso del golpe militar del 29 de junio, pronunció un discurso desde los balcones de La Moneda ante miles de personas. Cuando escuchó consignas que pedían la clausura del Congreso Nacional, en manos de una oposición que bloqueaba la acción del Gobierno, y la entrega de armas al pueblo, el Presidente señaló que si era necesario convocaría un plebiscito para dirimir el conflicto político, pero añadió:

Compañeros, ya sabe el pueblo lo que reiteradamente le he dicho. El proceso chileno tiene que marchar por los cauces propios de nuestra historia, nuestra institucionalidad, nuestras características y por lo tanto el

pueblo debe comprender que yo tengo que mantenerme leal a lo que he dicho; haremos los cambios revolucionarios en pluralismo, democracia y libertad...

Después de aquella fallida sublevación, un dramático llamamiento del arzobispo de Santiago abrió paso a la última etapa de las negociaciones de Allende y el PDC, pero la dirección que comandaba Aylwin, con la tutela de Frei, rechazó el acuerdo de mínimos que le propuso. El 23 de agosto, tras la dimisión del general Carlos Prats, el Presidente Allende designó como nuevo comandante en jefe del ejército al general Augusto Pinochet, quien hasta entonces había exhibido una impecable lealtad a sus deberes constitucionales.

El 9 de septiembre, horas después de que Allende le explicara su intención de convocar un plebiscito como solución para el grave conflicto político que dividía al país, Pinochet decidió unirse a la conspiración golpista. Dos días más tarde, cada uno eligió su lugar en la Historia: Pinochet encabezó un golpe de estado que aniquiló una democracia sin parangón entonces en América Latina y se convirtió en el jefe de la junta militar que impuso una dictadura que durante 17 años exhibió un absoluto desprecio por la dignidad humana. Allende fue leal a la promesa que hizo al pueblo chileno en reiteradas ocasiones: no entregaría el poder que le había concedido a ningún golpista. Su último discurso por Radio Magallanes, de una belleza casi poética, es una de las piezas oratorias impresionables para la memoria democrática de la humanidad.

≈

Salvador Allende conquistó el apelativo de «compañero Presidente» en 1970 por su trayectoria en las movilizaciones estudiantiles contra la dictadura de Ibáñez, en la efímera República Socialista de 1932, en la fundación del Partido Socialista, en la construcción del Frente Popular, como diputado, ministro de Salubridad y senador durante un cuarto de siglo, como candidato presidencial en cuatro oportunidades. «Yo no tengo otra arma que la persuasión y la autoridad moral que pueda tener por haber sido un hombre leal al pueblo», afirmó el 27 de octubre de 1971 ante los trabajadores del complejo minero de Chuquicamata.

Como Presidente de la República, como el «compañero Presidente», se dirigió en múltiples ocasiones con profundo respeto y afecto a los obreros, los campesinos, los jóvenes, las mujeres, los estudiantes, a las gentes sencillas del pueblo. Les expuso siempre con claridad y franqueza su visión de la situación del país y del proceso revolucionario e insistió hasta el infinito en la necesidad de ganar la «batalla de la producción» y fortalecer el compromiso con la construcción

del socialismo. Sus palabras también estuvieron llenas de afecto. Por ejemplo, después de las horas de incertidumbre y preocupación del 29 de junio de 1973, aquella fría noche invernal se despidió así desde los balcones de La Moneda:

Compañeros, todavía algunos grupos fascistas están por allí, tengan cuidado, no caigan en provocaciones. Tienen que tener confianza en el Gobierno, que ha demostrado su fuerza esta mañana y seguiremos demostrándola. Compañeros, quédense en sus casas, únense a sus mujeres y a sus hijos en nombre de Chile. Lleven mi cariño, mi respeto, mi admiración y mi fe a cada uno de los hogares de ustedes.

Todos estos sentimientos se fundieron en sus palabras del 11 de septiembre de 1973:

Trabajadores de mi patria: quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra de que respetaría la Constitución y la ley y así lo hizo. (...) Seguramente Radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa, lo seguirán oyendo, siempre estaré junto a ustedes. Por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal a la lealtad de los trabajadores.



El nombre de Salvador Allende tiene proyección universal y lo divisamos inscrito en calles y avenidas, centros educativos y culturales en ciudades de numerosos países; incluso en algunos, como España, aparece en los espacios públicos más que en Chile. La conmemoración del centenario de su nacimiento, el 26 de junio de 2008, será, por tanto, un acontecimiento internacional que debiera motivar la reflexión no sólo sobre su trayectoria política y la evolución de Chile en el siglo XX, sino también sobre los desafíos del socialismo del siglo XXI.

En 2008 Salvador Allende regresa. Regresa el joven que fue capaz de asumir un compromiso temprano con los valores de la democracia y del socialismo y que consagró toda su vida a hacerlos realidad. Regresa el diputado y el senador que impulsó numerosas iniciativas para mejorar las condiciones de vida de las clases populares. Regresa el militante socialista que dedicó sus energías a unir a la izquierda en torno a un programa político para transformar la realidad chilena. Regresa el dirigente que nunca abandonó la crítica al capitalismo y no claudicó en el anhelo de construir el socialismo. Regresa el Presidente de la República

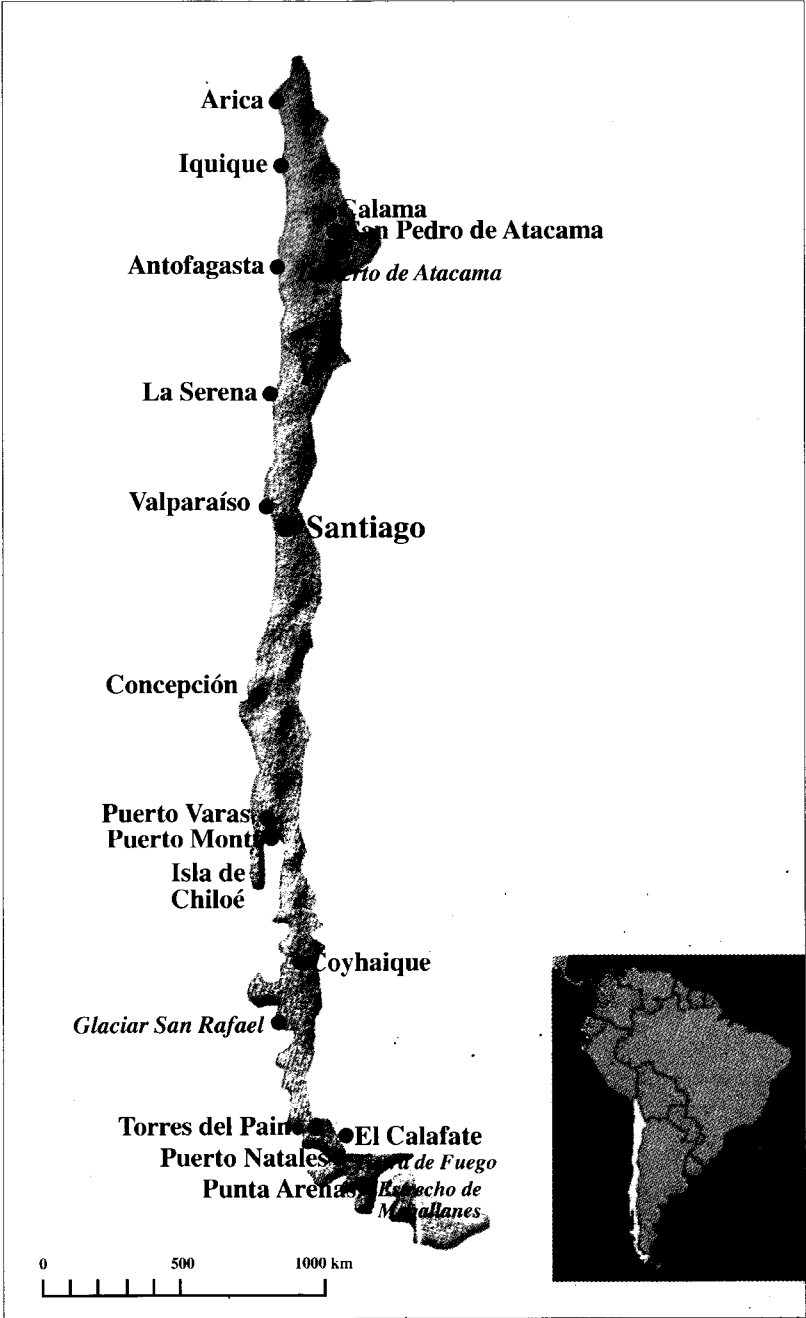
que nacionalizó el cobre y erradicó el latifundio, que promovió la participación de los trabajadores en la dirección de la economía nacional, que convirtió en ciudadanos a los campesinos, que impulsó el reparto de medio litro de leche diario a todos los niños, que defendió ante las Naciones Unidas un nuevo orden económico mundial y ante la nación más poderosa del planeta la determinación de su pueblo a construir el socialismo.

Salvador Allende y la izquierda perdieron la primera batalla, sólo pudieron ser derrotados por la violencia brutal de unas Fuerzas Armadas que quebrantaron sus obligaciones constitucionales. Sin embargo, hoy renace la esperanza en América Latina y las grandes alamedas del socialismo vuelven a surgir en el horizonte: se trata de la lucha por una profunda y radical democratización de la sociedad, en todas las esferas, incluida la económica. En este camino nos acompañará «el metal tranquilo» de su voz, el ejemplo inolvidable del Compañero Presidente.

SIGLAS

API:	Acción Popular Independiente
CEPAL:	Comisión Económica para América y el Caribe de la ONU
CERA:	Centros de Reforma Agraria
CIA:	Central Intelligence Agency
CODE:	Confederación Democrática
CODELCO:	Corporación del Cobre
CORA:	Corporación de Reforma Agraria
CORFO:	Corporación de Fomento de la Producción
CPS:	Cristianos por el Socialismo
CTCh:	Confederación de Trabajadores de Chile
CUT:	Central Única de Trabajadores
ENU:	Escuela Nacional Unificada
FACH:	Fuerza Aérea de Chile
FEC:	Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción
FECh:	Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile
FRAP:	Frente de Acción Popular
IC:	Izquierda Cristiana
INDAP:	Instituto de Desarrollo Agropecuario
JAP:	Juntas de Abastecimiento y Precios
JDC:	Juventud Demócrata Cristiana
MAPU:	Movimiento de Acción Popular Unitaria
MIR:	Movimiento de Izquierda Revolucionaria
OEA:	Organización de Estados Americanos
OLAS:	Organización Latinoamericana de Solidaridad
PCCh:	Partido Comunista de Chile
PDC:	Partido Demócrata Cristiano
PIR:	Partido de Izquierda Radical
PN:	Partido Nacional
PR:	Partido Radical
PSA:	Partido Socialista Auténtico
PSCh:	Partido Socialista de Chile
PSP:	Partido Socialista Popular
SNA:	Sociedad Nacional de Agricultura
UP:	Unidad Popular
USOPO:	Unión Socialista Popular
VOP:	Vanguardia Organizada del Pueblo

MAPA DE CHILE



PRIMERA PARTE

I. EN LAS TRINCHERAS DEL SIGLO XX

Sus enemigos le llamaron el *pije* Allende. Por el origen socioeconómico de su familia, por su aprecio por la buena mesa y el vestuario elegante, por su condición de médico, Salvador Allende pudo haber sido un profesional acomodado, probable votante o incluso parlamentario del Partido Radical, representante de las clases medias urbanas apegadas a la tradición del racionalismo laico. Sin embargo, en su adolescencia un modesto zapatero anarquista del puerto de Valparaíso le transmitió los ideales de la emancipación humana y durante su etapa universitaria en Santiago se familiarizó con la cosmovisión marxista y participó de las luchas estudiantiles contra la dictadura del coronel Ibáñez. El rubicón que marcó su destino fue su contribución a la fundación del Partido Socialista de Chile, en 1933, un hecho del que se enorgulleció durante toda su vida, una vida consagrada a la lucha por la democracia y el socialismo.

Nació en Valparaíso el 26 de junio de 1908 en el seno de una familia de extracción social burguesa, pero con un marcado perfil progresista que hundía sus raíces en los convulsos años de la guerra de la independencia. Sus antepasados, de origen vasco, llegaron a este rincón de América en el siglo XVII. Su bisabuelo, Ramón Allende Garcés, combatió junto a Bolívar en Boyacá y Carabobo después de formar parte del regimiento de los Húsares de la Muerte, dirigido por el legendario guerrillero Manuel Rodríguez en la guerra por la independencia de Chile. Su hermano Gregorio fue jefe de la primera guardia de honor de Bernardo O'Higgins, prócer de la emancipación nacional.

Su abuelo paterno, Ramón Allende Padín, fue Serenísimo Gran Maestre de la Orden Masónica y cofundador en 1871 de la primera escuela laica del país, la Blas Cuevas, en el puerto. Médico, librepensador, anticlerical y masón en un país conservador y beato, se alistó como voluntario en la Guerra del Pacífico y

fue jefe de los Servicios Médicos del ejército, tras haber sido diputado durante ocho años y senador durante cuatro por el Partido Radical. Autodefinido como «el Rojo Allende», falleció en 1884, a los 40 años, y su funeral se convirtió en un acontecimiento de resonancia nacional, puesto que portaron su féretro personalidades como José Manuel Balmaceda o Ramón Barros Luco, posteriormente presidentes de la República (Nolff, 1993: 23-24).¹

Su padre, Salvador Allende Castro, y sus tíos adhirieron también al radicalismo, una fuerza política fundada en 1858 que capitalizó el apoyo de las clases medias de tradición laica hasta el ascenso del Partido Demócrata Cristiano a mediados del siglo XX. Por tanto, Allende pudo explicarle a Régis Debray (1971: 61):

Conforme a una definición ortodoxa, mi origen es burgués, pero agregó que mi familia no estuvo ligada al sector económicamente poderoso de la burguesía, ya que mis padres ejercieron profesiones denominadas liberales y los antepasados de mi madre hicieron otro tanto.

Si en las cuatro décadas centrales del siglo XX, el periodo de estabilidad institucional que se extendió desde 1932 hasta 1973 y en el que Salvador Allende desarrolló su trayectoria política, Chile presentaba rasgos de excepcionalidad en el contexto latinoamericano, lo mismo sucedió entre 1833 y 1891. En una América Latina envuelta en recurrentes guerras civiles y golpes de estado protagonizados por los distintos grupos que se disputaban el poder, la oligarquía chilena impuso su proyecto a partir de 1833, cuando los sectores conservadores del valle central aplastaron cualquier contestación y asentaron su hegemonía con la promulgación de una Constitución que consagró un régimen presidencialista con periodos de cinco años y la posibilidad de la reelección (hasta su prohibición en 1871), un severo sufragio censitario masculino (hasta 1888, cuando se estableció como únicos requisitos, además de ser varón, saber leer y escribir y tener 21 años) y sin libertad religiosa hasta una reforma de 1865.

El arquitecto del régimen oligárquico fue el comerciante de Valparaíso Diego Portales, quien ostentó los ministerios de Gobierno y Relaciones y de Guerra y Marina y fue el hombre más influyente de la política nacional hasta su

1. Creemos oportuno explicar el sistema de citas empleado: entre paréntesis, después del párrafo con la idea o afirmación citada, mencionamos el autor o, en su caso, el inicio del título, seguido del año de publicación y las páginas a las que nos referimos. En el apartado de bibliografía, pueden consultarse los datos del documento o libro completos.

asesinato en 1837.² Armando De Ramón definió el régimen portaliano como el resultado de «dos acciones operativas»: en primer lugar, la imposición de una fuerte autoridad; en segundo lugar, y sobre todo, la conformación de un grupo de hombres «muy capaces» que actuaron en la política nacional hasta mucho después de la muerte de Portales y que completaron su obra, entre ellos el venezolano Andrés Bello, al argentino Domingo Faustino Sarmiento y Manuel Renjifo, Mariano Egaña, Manuel Montt y Antonio Varas, entre otros. Este grupo impulsó la Constitución de 1833, la reforma tributaria y aduanera, la reforma del sistema judicial y la promulgación de los códigos Civil, Penal y de Comercio, la Universidad de Chile, la reforma educativa y la implantación de la educación primaria (2004: 73-74).

Si el proyecto oligárquico impuesto por Portales caracterizó el siglo XIX chileno, la evolución económica del país conoció un viraje importante a partir de 1870, con el inicio del auge del salitre, un mineral con gran demanda como fertilizante desde Europa. Hacia 1872, el 25 % de la producción de la provincia peruana de Tarapacá estaba controlada por capitales chilenos y, al sur, en la costa boliviana aún tenía más peso, a través de la corporación chileno-británica Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, de la que eran accionistas relevantes políticos chilenos. Precisamente, con el puerto de Valparaíso en su época dorada (antes de la construcción del Canal de Panamá), la presencia del capital británico en el país era notoria y ejercía una notable influencia en la política nacional (Collier y Sater, 1999: 87).

En los años posteriores el Estado chileno aumentó por la vía militar sus límites territoriales hasta casi sus fronteras actuales con la guerra contra Perú y Bolivia y el genocidio del pueblo mapuche conocido como «la Pacificación de la Araucanía». Entre 1879 y 1883 estuvo en guerra por segunda vez en cuatro décadas contra Perú y Bolivia y aquella contienda fue decisiva porque se apropió de la rica provincia salitrera peruana de Tarapacá y del territorio marítimo de

2. En su excelente síntesis de la historia de Chile, De Ramón cita la carta que mejor sintetiza la ideología de Portales («si es que así puede llamarse»), reivindicada por la dictadura de Pinochet 140 años después: «La democracia que tanto pregonan los ilusos es un absurdo en países como los americanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud como es necesario para establecer una verdadera república. (...) La república es el sistema que hay que adoptar, pero ¿sabe cómo yo la entiendo para estos países? Un gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes. Cuando se hayan moralizado, venga el gobierno completamente libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos. Esto es lo que yo pienso y todo hombre de mediano criterio pensará igual» (2004: 72-73).

Bolivia, cuya principal ciudad era Antofagasta. La guerra tuvo su origen en una larga disputa diplomática sobre los límites territoriales, pero en su trasfondo latía la pugna por el control de la inmensa riqueza que suponía la explotación del salitre.

Aquella contienda, que otorgó al naciente capitalismo chileno el control de este mineral, contempló la brutal ocupación de Lima en 1881 por el ejército chileno y prolongó un conflicto diplomático que tampoco se cerró en 1929, cuando la ciudad de Tacna fue devuelta a Perú. La conquista de un espacio que se prolongó finalmente hasta Arica, la incorporación efectiva del estrecho de Magallanes (lograda en 1842) y el control de la Araucanía completaron el territorio de la República y sobre todo proporcionaron al capital chileno y británico el monopolio mundial de la explotación del salitre.

De manera paradójica, una vez que el régimen oligárquico culminó con éxito la sustancial prolongación, *manu militari*, de las fronteras nacionales, quedó en evidencia la decadencia del «Estado portaliano», porque, en palabras del historiador conservador Francisco Antonio Encina, del edificio levantado por Diego Portales y sus hombres, en 1890 sólo quedaban los cimientos removidos y los muros desplomados. La guerra civil de 1891 clausuró la primera gran etapa del Chile republicano (De Ramón, 2004: 78).

El 18 de septiembre de 1886 el liberal José Manuel Balmaceda asumió la Presidencia de la República con el objetivo de emplear la riqueza del salitre al servicio del desarrollo del país, con la inversión a gran escala en obras públicas, mejoras educativas y la modernización militar y naval.³ A comienzos de 1889 emprendió un viaje por las provincias septentrionales y de manera muy significativa el 7 de marzo en Iquique pronunció un extenso discurso sobre el futuro de la industria salitrera en el que se refirió a los peligros de un monopolio extranjero y señaló su deseo de que algún día el Estado fuera propietario de todos los ferrocarriles.

Mientras tanto, la crisis política se agudizaba y el Presidente perdía apoyos. A finales de 1890, el Congreso se negó a aprobar el presupuesto para el año siguiente y Balmaceda anunció que prorrogaría el del anterior. Pocos días después estalló la guerra civil más cruenta conocida en el país, en la que perdieron la

3. «En 1887, se creó un nuevo Ministerio de Obras Públicas, el cual, en 1890, absorbió más de un tercio del presupuesto de la nación. Nuevas escuelas, nuevos edificios de gobierno, la primera sección del ferrocarril transandino, el dique seco de Talcahuano, la canalización del río Mapocho, el largo puente sobre el río Bfo-Bfo, el viaducto del Malleco: Balmaceda dejaría una huella innegable en Chile» (Collier y Sater, 1999: 143).

vida cerca de diez mil personas y en la que la Marina y los intereses británicos apoyaron al Congreso y el ejército permaneció leal al jefe del Estado. En el plano militar el conflicto terminó el 31 de agosto con la ocupación de Santiago por las tropas del Congreso y el suicidio del presidente el 19 de septiembre en la legación argentina (Collier y Sater, 1999: 144-146).

En su trabajo clásico, el destacado historiador comunista Ramírez Necoechea sostiene que aquella «contrarrevolución» fue promovida por los sectores «empeñados en impedir el progreso de la verdadera revolución pacífica que era impulsada por Balmaceda. Se ha probado de una manera categórica en otras páginas que los intereses económico-sociales de la oligarquía eran incompatibles, en mayor o menor grado, con transformaciones de tanta trascendencia y magnitud. Por eso levantaron su brazo armado contra un gobierno que actuaba en sentido genuinamente revolucionario y contra un presidente –Balmaceda– que era el alma de ese gobierno».

Así interpretó la izquierda en el siglo XX aquel dramático enfrentamiento y por ello invocó, particularmente Salvador Allende, en reiteradas ocasiones el ejemplo de Balmaceda⁴ (De Ramón, 2004: 79).

En cualquier caso, aquella guerra marcó una cesura en la evolución política del país y abrió paso al denominado periodo parlamentario, que se prolongó hasta la promulgación de la Constitución de 1925, restauradora del presidencialismo. En este contexto histórico nació Salvador Allende, en un tiempo en el que el movimiento obrero emergió de manera definitiva como un actor social relevante.

Allende fue el quinto hijo del matrimonio formado por el abogado Salvador Allende Castro y Laura Gossens Uribe, pero sus dos hermanos mayores murieron en la infancia. Antes que él también llegaron Alfredo e Inés y en 1910 nació su hermana Laura, a la que tuvo especial cariño y con quien compartiría trinchera en las filas del socialismo. Era muy pequeño cuando su familia, por el trabajo como funcionario del progenitor, se trasladó a vivir a Tacna, donde permanecieron hasta 1916 e inició sus estudios en la Sección Preparatoria del liceo local. Pasaron también algún tiempo en Iquique y en la meridional Valdivia, para regresar, en 1920, al puerto. En Valparaíso cursó los estudios secundarios en el liceo Eduardo de la Barra y fue en aquellos años cuando un

4. El 14 de septiembre de 1973, Pablo Neruda escribió postrado en su cama de Isla Negra las últimas páginas de su libro de memorias, en las que comparó a Balmaceda con Allende: «Chile tiene una larga historia civil con pocas revoluciones y muchos gobiernos estables, conservadores y mediocres. Muchos presidentes chicos y sólo dos presidentes grandes: Balmaceda y Allende» (1979: 473-474).

sencillo zapatero libertario, quien vivía frente a su casa, le transmitió la semilla del pensamiento revolucionario (Debray, 1971: 61-62):⁵

Quando era muchacho, en la época en que andaba entre los 14 y 15 años, me acercaba al taller de un artesano zapatero anarquista llamado Juan Demarchi, para oírle su conversación y para cambiar impresiones con él. Eso ocurría en Valparaíso en el periodo en que era estudiante del liceo. Cuando terminaba mis clases iba a conversar con ese anarquista que influyó mucho en mi vida de muchacho. Él tenía 60, o tal vez 63 años, y aceptaba conversar conmigo. Me enseñó a jugar ajedrez, me hablaba de cosas de la vida y me prestaba libros (...) esencialmente teóricos, como de Bakunin por ejemplo, y sobre todo, los comentarios de él eran importantes porque yo no tenía una vocación de lecturas profundas y él me simplificaba con esa sencillez y esa claridad que tienen los obreros que han asimilado las cosas.

El 23 de enero de 1971, durante sus primeros meses como Presidente de la República, Allende evocó su vida en Valparaíso en la ceremonia en la que la Municipalidad le otorgó la Medalla Diego de Almagro (Allende, 1971b: 154):

Para mí este acto tiene un contenido personal que puedo destacar: empecé a corretear, hace muchos años, para así decirlo, por las calles de Valparaíso, como estudiante del Liceo Eduardo de la Barra. Aquí vivieron los míos, y aquí seres queridos pagaron el tributo que todos pagamos a la vida. Por eso, al recibir de la Municipalidad esta distinción se reactualizan un cúmulo de recuerdos que se agolpan. Habiendo además cometido, no el delito, sino el hecho significativo de amarrarme más al puerto, ya que mi compañera es porteña. Entonces, para mí, todo lo envuelven el mar y los cerros, el recuerdo de mi infancia y de la juventud, la iniciación de mis trabajos como médico y la cárcel, donde estuviera recluso por mis ideas. Todo ello implica el haber estado siempre amarrado y anclado a esta ciudad.

Ayer, por ejemplo, para acentuar una vez más el golpe de recuerdos, llegué hasta el cerro Cordillera y en un trozo de ese sector, identificado por el tiempo, existe un edificio tosco, casi en ruinas, a pesar del esfuerzo que se ha hecho para adosar sus dos pabellones. Es una vieja y nueva escuela, es la Escuela Blas Cuevas, que cumple el 25 de octubre de este año 100 años de existencia. Esa escuela la fundaron Blas Cuevas y el doctor Allende Padín.

5. En un hermoso artículo, Eric Hobsbawm recupera y ensalza el proverbial radicalismo político de estos obreros en las sociedades europeas del siglo XIX que transitaban del feudalismo al capitalismo industrial. «“¿Hay un motín? ¿Surge un orador de la multitud? Se trata sin duda de un zapatero remendón que ha venido a pronunciar un discurso ante el pueblo”, escribió M. Sensfelder en 1856» (1999: 29).

En diciembre de 1924, concluyó los estudios secundarios con mención honorífica, fue campeón juvenil de natación y decatlón y presidente del Centro de Alumnos. Al año siguiente solicitó la admisión como voluntario para cumplir el servicio militar en el regimiento Coraceros de Viña del Mar y cuando su familia tuvo que regresar a Tacna pidió el traslado al regimiento Lanceros de esta ciudad. Al concluirlo, en 1926, decidió cursar los estudios de Medicina en la Universidad de Chile, en Santiago, donde su hermano Alfredo estaba a punto de licenciarse en Derecho (Jorquera, 1990: 39-49).

Por primera vez se estableció largo tiempo en la capital, en un momento político convulso que desembocó en la dictadura del coronel Carlos Ibáñez del Campo, que reprimió al movimiento obrero y a la izquierda y se prolongó desde 1927 hasta 1931. Durante su etapa universitaria fue presidente del Centro de Alumnos de Medicina en 1927, con apenas 19 años, y vicepresidente de la combativa Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile en 1930 desde las filas del grupo Avance, mientras que al año siguiente fue delegado de la Escuela de Medicina en el Consejo Universitario. Los alumnos de ésta eran los de ideas más avanzadas, ya que la mayor parte procedía de provincias y vivían en un barrio muy modesto, mezclados entre las clases populares. Por las noches Allende se reunía con los otros muchachos que vivían en la misma pensión para leer en voz alta a Marx, Lenin y Trotsky.

Óscar Waiss, uno de sus compañeros en Avance y posteriormente en el Partido Socialista, recuerda una de las primeras intervenciones de Allende en las agitadas asambleas universitarias de aquellos años (1986: 21-22):

El *debut* de Allende fue muy curioso. Cuando éramos una minoría insignificante, nos resultaba muy difícil intervenir en las Asambleas, porque nuestros adversarios armaban un chivateo insoportable. Entonces, decidimos lanzar a Salvador a la tribuna, porque tenía un aspecto de pije, no lo conocían y su origen social era claramente burgués. Subió el *Chicho*⁶—ya lo llamábamos así— al sitio señalado y comenzó su intervención diciendo con voz sonora: «Señores». Los radicales, que eran el núcleo principal de la derecha, se callaron pensando que se trataba de uno de ellos; nosotros permanecemos en silencio muy desconcertados, pues en esos tiempos decir «señores» en vez de «compañeros» significaba una herejía repudiable. Pero Salvador tenía una notable inteligencia y agilidad mental extraordinaria; se lanzó pues a hablar de la libertad, tema en que nadie se atrevía a mani-

6. Éste era el apelativo cariñoso con que los familiares y amigos se referían a Allende. Su origen se remonta a las dificultades que tuvo en sus primeros años para pronunciar correctamente su nombre.

festar discrepancias o reservas, y, en nombre de esa libertad reconquistada, pidió respeto para exponer sus ideas. Logró el milagro y, desde ese día, se convirtió en un líder universitario.

Por el realismo político del que ya entonces hacía gala, Allende fue expulsado de Avance en 1931, tal y como él mismo explicó el 2 de diciembre de 1972 a los estudiantes de la Universidad de Guadalajara, México, para exhortarles a que huyeran del extremismo estéril (Witker, 1980: 4-5):

Entonces, uno se encuentra a veces con jóvenes que como han leído el *Manifiesto Comunista*, o lo han llevado largo rato debajo del brazo, creen que lo han asimilado y dictan cátedra y exigen actitudes y critican a hombres que, por lo menos, tienen consecuencia en su vida. Y ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica, pero ir avanzando en los caminos de la vida y mantenerse como revolucionario, en una sociedad burguesa, es difícil.

Un ejemplo personal: yo era un orador universitario de un grupo que se llamaba Avance... el grupo más vigoroso de la izquierda. Un día se propuso que se firmara, por el grupo Avance un manifiesto—estoy hablando del año de 1931— para crear en Chile los sóviets de obreros, campesinos, soldados y estudiantes. Y yo dije que era una locura, que no había ninguna posibilidad, que era una torpeza infinita y que no quería, como estudiante, firmar algo que mañana, como profesional, no iba a aceptar.

Éramos 400 los muchachos de la universidad que estábamos en el grupo Avance, 395 votaron mi expulsión; de los 400 que éramos, sólo dos quedamos en la lucha social. Los demás tienen depósitos bancarios, algunos en el extranjero; tuvieron latifundios—se los expropiamos— y a los de los monopolios les pasó lo mismo. Pero en el hecho, dos hemos quedado y a mí me echaron por reaccionario; pero los trabajadores de mi patria me llaman el Compañero Presidente.

En 1932, por primera vez en América Latina, se proclamó una República Socialista que, aunque de existencia efímera, sentó las bases para la fundación del Partido Socialista de Chile. La noche del 4 de junio Marmaduque Grove, coronel de la Fuerza Aérea, entró en La Moneda acompañado por un centenar de personas, partidarios del ex presidente Arturo Alessandri y del coronel Ibáñez y también personas de ideas socialistas, declaró depuesto al presidente Juan Esteban Montero y proclamó la República Socialista.

Durante los doce días en que una junta de gobierno presidida por tres personas (Eugenio Matte—dirigente de una agrupación socialista—, el periodista Carlos Dávila y el general retirado Arturo Puga) rigió los destinos del país, la

mayor parte de los ministerios estuvieron a cargo de dirigentes socialistas como Óscar Schnacke, Eugenio González o Carlos Alberto Martínez. A pesar de su breve existencia y de las discrepancias que despertó en el conjunto de la izquierda puesto que el Partido Comunista se opuso públicamente a ella, sus dirigentes expresaron «una clara voluntad de cambio» y propusieron al país un discurso que sugería que «algo nuevo y serio» se avecinaba (Arrate y Rojas, 2003: 151).

El 16 de junio un grupo de militares, que acusó a Matte y Grove de pretender conducir el país al comunismo, puso fin a aquella singular experiencia y desterró a Matte, Grove y otros destacados socialistas a la Isla de Pascua, donde tuvieron la oportunidad de reflexionar sobre aquella experiencia y concluyeron la necesidad de formar un partido que agrupara a todas las pequeñas formaciones que compartían su ideario y que habían actuado o surgido al calor de los acontecimientos de aquel año.:

Si su decidida oposición a la dictadura de Ibáñez le supuso la expulsión temporal de la Universidad, Salvador Allende también fue encarcelado tras la caída de la República Socialista, a la que había apoyado (Debray, 1971: 59):

Tuve cinco procesos, fui sometido a cortes marciales. Cuando vino la caída de la República Socialista de Marmaduke Grove estaba haciendo mi internado de medicina en Valparaíso. Entonces pronuncié un discurso como dirigente universitario en la Escuela de Derecho, como consecuencia del cual se me detuvo. Además, fueron detenidos otros familiares míos (...) Ahí nos juzgó una corte marcial que nos puso en libertad. Nuevamente nos tomaron presos y nos sometieron a una segunda corte marcial, vino toda la etapa del proceso propiamente tal.

En aquellos días su padre estaba gravemente enfermo, le habían amputado una pierna y tenía síntomas de gangrena en la otra:

De ahí que estando detenidos se nos permitió a mi hermano y a mí ir a ver a nuestro padre. Allí como médico me di cuenta del estado de gravedad suma en que se encontraba. Pude conversar unos minutos con él y alcancé a decirnos que sólo nos legaba una formación limpia y honesta y ningún bien material. Al día siguiente falleció; en sus funerales hablé para decir que me consagraría a la lucha social, promesa que creo haber cumplido.

Tomás Moulian subraya el significado de estas palabras (1998: 35):

Esta autoimagen es interesante, Allende vincula su vocación de luchador social a la fuerza de afectos, a esa simbólica promesa realizada ante la tumba paterna. No la liga al conocimiento ideológico, a la iluminación del marxismo. En esa confesión ante Debray, él realiza sin pretenderlo un

retrato sociológico de la generación política socialista de los años treinta. Provenientes la mayor parte de la tradición del humanismo laico, de familias de capas medias profesionales provincianas, realizan su tránsito hacia posiciones revolucionarias de manera distinta a la generación de los sesenta. Se sensibilizan, no a través del vehículo de la teoría marxista, sino a través de un conocimiento empírico de la miseria, que Allende realiza durante su práctica en el Hospicio de Santiago, o a través de su inmersión en las luchas sociales de esos años agitados.

En las elecciones del 30 de octubre de 1932 Arturo Alessandri fue elegido presidente con el 54,6 % de los votos y Grove, sin tener detrás una organización política, ni realizar campaña, quedó en segundo lugar, con el 17,7 %. La crisis del Partido Comunista; atravesado por la polémica entre Stalin y Trotsky, se tradujo en el exiguó apoyo alcanzado por su candidato presidencial, Elías Lafferte (el 1,2 %) (Cruz-Coke, 1984: 99). El notable respaldo a la candidatura de Grove aceleró el proceso de creación del Partido Socialista, en el que participó Salvador Allende, como le explicó a Debray: «Yo no adherí al Partido Socialista, Régis: yo soy fundador del Partido Socialista, uno de los fundadores». Sobre por qué no ingresó en el Partido Comunista, que ya tenía entonces dos décadas de vida, apuntó (1971: 57-58):

Efectivamente, cuando fundamos el Partido Socialista existía el Partido Comunista, pero nosotros analizamos la realidad chilena y creímos que había cabida para un Partido que, teniendo un pensamiento filosófico doctrinario similar, un método como el marxismo para interpretar la historia, era un Partido que no tenía vinculaciones de tipo internacional, lo cual no significaba que nosotros desconociéramos el internacionalismo proletario. (...) El Partido Comunista aparecía como un partido más hermético, más cerrado, nosotros creíamos que era conveniente un partido que sobre la base, reitero, del mismo pensamiento, tuviera una concepción más amplia, de una independencia absoluta, con otra táctica que enfocara esencialmente los problemas, digamos, chilenos con un criterio ¿no? al margen de una posición vinculada internacionalmente.

En la fundación del Partido Socialista convergieron numerosos varios grupos de matriz marxista, militantes trotskistas expulsados del Partido Comunista y la Acción Revolucionaria Socialista de Óscar Schnake y Eugenio González, de inspiración anarcosindicalista. Su primera Declaración de Principios proclamó:

El Partido Socialista adopta como método de interpretación de la realidad el marxismo, enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos del constante devenir social. La actual organización capitalista divide la

sociedad humana en dos clases cada día más definidas, una clase que se ha apropiado los medios de producción y que los explota en su beneficio y otra clase que trabaja, que produce y que no tiene otro medio de vida que su salario.

Al contrario de lo que tradicionalmente se sostiene, el Partido Socialista habló en aquel documento de la necesidad de una suerte de dictadura del proletariado:

El régimen de producción capitalista, basado en la propiedad privada de la tierra, de los instrumentos de producción, de cambio, de crédito y de transportes, debe necesariamente ser reemplazado por un régimen económico socialista en que dicha propiedad privada se transforme en colectiva. Durante el proceso de transformación total del sistema es necesaria una dictadura de trabajadores organizados.

Incluso descartó la posibilidad de construir el socialismo «por medio del sistema democrático» (Arrate y Rojas, 2003: 170):

La transformación evolutiva por medio del sistema democrático no es posible porque la clase dominante se ha organizado en cuerpos civiles armados y ha erigido su propia dictadura para mantener a los trabajadores en la miseria y en la ignorancia e impedir su emancipación. La doctrina socialista es de carácter internacional y exige una acción solidaria y coordinada de los trabajadores del mundo. Para resolver este postulado el Partido Socialista propugnará la unidad económica y política de los pueblos de Latinoamérica para llegar a la Federación de las Repúblicas Socialistas del continente y a la creación de una política antiimperialista.

A finales de 1932, Salvador Allende recibió el título de licenciado en Medicina con su tesis de grado titulada *Higiene mental y delincuencia*⁷ y, al no hallar oportunidades de trabajo en la capital, regresó a Valparaíso, ejerció en la Asistencia Pública y fundó la revista *Medicina Social*. En 1971, le explicó a Roberto Rosellini, en una entrevista grabada para varias televisiones, algunos episodios de aquellos años y sus dificultades para hallar trabajo debido a su participación

7. Para una reseña y un análisis del contenido de la memoria de licenciatura de Salvador Allende, véase el trabajo del Dr. Juan Carlos Carbonell Mateu (catedrático de Derecho Penal de la Universidad de Valencia), incluido en: *Salvador Allende: Higiene mental y delincuencia. Respuesta al libro difamatorio de Víctor Farías*. Fundación Presidente Allende y CESOC. Santiago de Chile, 2005. Disponible en: <www.salvador-allende.cl>.

en las luchas estudiantiles y su militancia socialista (Archivo Salvador Allende, 12, 1993: 67-74):

Tuve muchas dificultades, porque, aunque fui un buen estudiante y me gradué con una calificación alta, me presenté por ejemplo a cuatro concursos en los que era el único concursante y sin embargo los cargos quedaron vacantes. ¿Por qué? Por mi vida estudiantil.

En Valparaíso tuve que trabajar duramente en el único puesto que pude desempeñar: asistente de anatomía patológica. Con estas manos he hecho 1.500 autopsias. Sé qué quiere decir amar la vida y sé cuáles son las causas de la muerte. Terminando mi trabajo de médico me dedicaba a organizar el Partido Socialista. Yo soy el fundador del Partido Socialista de Valparaíso. Me enorgullece haber mantenido desde cuando era estudiante hasta hoy una línea, un compromiso, una coherencia. Un socialista no podía estar en otra barricada que en aquella en la que yo he estado toda mi vida.

Como dirigente socialista, criticó en distintos actos al Gobierno conservador de Arturo Alessandri y a consecuencia de ello fue detenido por funcionarios de Investigaciones y relegado entre julio y noviembre de 1935 al puerto nortino de Caldera. Allí desarrolló una interesante actividad ya que, al comprobar el estado deficiente de la salud pública, procedió a vacunar a toda la población y, en su condición de dirigente socialista, su labor de adoctrinamiento fue asimilada por una gran parte de la población (Nolff, 1993: 29-30).

Al regresar a Valparaíso volvió a difundir por los cerros las propuestas de su organización al tiempo que ejercía la medicina con un marcado sentido filantrópico, como lo hiciera su abuelo. Su subsistencia la garantizaba trabajando como médico legista y con una consulta privada en una oficina que le prestaba su cuñado, el doctor Eduardo Grove. En 1935, promovió la creación de la Sociedad Médica de Chile y se encargó de la redacción del *Boletín Médico de Chile*. En el Partido Socialista su trayectoria fue ascendente: jefe de núcleo en 1933, secretario de seccional al año siguiente y secretario del Comité Regional de Valparaíso en 1935. En aquellos años también ingresó en la Masonería (Rocha, 2000).

Asimismo, fue un miembro muy activo de las Milicias Socialistas, creadas en respuesta a la actuación de las derechistas Milicias Republicanas y del Movimiento Nacional Socialista de Chile, con cuyos militantes solían enfrentarse en las calles (Veneros, 2003: 88-89). Weiss recuerda que fue Allende el dirigente de las Milicias en Valparaíso (Jorquera, 1990: 181):

Nosotros, en Santiago, recibíamos informes de los enfrentamientos en Valparaíso entre nuestros camaradas y los nazis. Y entonces empezamos

a oír mencionar continuamente el nombre de Salvador Allende. Porque él dirigía a nuestra gente en el Puerto.

En diciembre de 1956, en el Senado, Allende recordó de manera elogiosa la actuación de las Milicias Socialistas, que se disolvieron cuando el gobierno del Frente Popular prohibió la existencia de este tipo de organizaciones (Martner, 1992: 186):

Quando muchos senadores de la derecha –no todos, por suerte– miraban con complacencia el «nazifascismo», fueron los jóvenes de la Juventud Socialista los que dieron su sangre generosa en las calles de todo Chile para lograr que el régimen democrático, que no nos satisface plenamente, se mantuviera. Y no hay ningún partido, ni el Conservador, ni el Radical, ni el Liberal, que tenga más víctimas que el Partido Socialista, que nosotros, que los socialistas de todos los sectores, en la lucha contra el fascismo.

La fundación del Partido Socialista cerró el periodo fundacional del movimiento popular chileno. Si el «Estado Portaliano» consagró a partir de 1833 la voluntad de la oligarquía como ley, desde los albores de la República hubo grupos sociales que se rebelaron contra su hegemonía. Así, Ramírez Necochea rescató el levantamiento de los mineros de Chañarillo en 1834 y de otros sectores laborales en unas acciones caracterizadas por las interrupciones del trabajo y el saqueo de los almacenes de las compañías (1956: 130). Fue en 1850 cuando las ideas socialistas se expusieron públicamente por primera vez. Dos años después de la publicación del *Manifiesto Comunista*, Santiago Arcos y Francisco Bilbao, junto con otros intelectuales y trabajadores manuales, fundaron la Sociedad de la Igualdad, la primera organización que se propuso como objetivo el cambio social. La Sociedad de la Igualdad llegó a reunir a más de tres mil adherentes hasta que a los siete meses de su creación fue clausurada por el Gobierno conservador de Bulnes, quien declaró el estado de sitio y apresó a Arcos y a otros dirigentes. Su discurso contestatario, expuesto en su periódico *El Amigo del Pueblo* y transmitido también en escuelas y talleres de educación popular, alcanzó un cierto eco social.

En el último cuarto del siglo XIX surgió ya una notable prensa obrera, a consecuencia de la llegada de las ideas marxistas y anarquistas llevadas a América por los inmigrantes europeos. En 1890 tuvo lugar la primera huelga general de la historia del país, iniciada en Iquique el 2 de julio por los estibadores y que se extendió hasta las minas de carbón de Lota y Coronel. Asimismo, una fuerza política que contaba con el apoyo de sectores obreros, como el Partido Demo-

crático, conquistó un espacio en el Congreso Nacional y alcaldías tan relevantes como la de Valparaíso.

En el cambio de siglo, tuvo lugar el proceso de prusianización del ejército, dirigido por el general Emil Körner, y la oligarquía asestó un golpe magistral a la clase trabajadora al imponer por ley el servicio militar obligatorio: en las décadas siguientes los hijos de las clases populares fueron adiestrados y utilizados para reprimir en repetidas ocasiones las expresiones de rebeldía de su clase social. Así sucedió en 1903 con la huelga de los estibadores de Valparaíso, que originó un levantamiento popular sofocado por unidades militares enviadas desde la capital, o en octubre de 1905, con la «huelga de la carne» en Santiago, aplastada también por el ejército. Pero la masacre obrera que más ha perdurado en la memoria popular, por los más de tres mil trabajadores asesinados y por la emocionante *Cantata* creada por Luis Advis e interpretada por Quilipayún, es la de la Escuela Santa María de Iquique en diciembre de 1907.⁸

La matanza de Iquique hundió durante algunos años a las organizaciones obreras, ya que las sociedades de resistencia tuvieron que soterrarse y se disolvieron las grandes mancomunales. Pero en 1911 el Partido Demócrata firmó un pacto con los partidos Conservador y Liberal Democrático que supuso la división de sus filas y la salida de los sectores obreros más combativos, encabezados por el tipógrafo Luis Emilio Recabarren, quien junto con un grupo de trabajadores de Iquique acometió la fundación de un verdadero partido de los trabajadores con implantación en todo el territorio nacional. El 21 de mayo de 1912 Recabarren, en un artículo periodístico titulado «Vamos al socialismo», llamó a los obreros del salitre a abandonar el Partido Demócrata para crear en Tarapacá «el formidable pedestal del Partido Socialista de Chile». En los días posteriores los trabajadores de 22 agrupaciones demócratas de la provincia acogieron su llamamiento (Pinto Vallejos, 1999: 315-316).

8. En demanda del pago de los salarios en efectivo, medidas de seguridad laboral y de atención médica, miles de obreros salitreros atravesaron el desierto de Atacama y llegaron a Iquique. El 21 de diciembre, con el estado de sitio decretado, unos siete mil obreros escuchaban en la escuela Santa María los discursos de unos oradores que se reafirmaban en sus demandas y criticaban el modelo de sociedad vigente. En las negociaciones de aquel día los obreros advirtieron de que si sus peticiones eran desatendidas no regresarían a las oficinas y emigrarían hacia el sur (Arrate y Rojas, 2003: 76-81). Los militares, bajo las órdenes del general Roberto Silva Renard, abrieron fuego y masacraron a unos tres mil trabajadores. Patricio Manns, en su detallado relato de esta masacre, narra, a partir del testimonio de Humberto Valenzuela, que el Gobierno ordenó trasladar a los supervivientes en «trenes calicheros» (los dedicados al transporte de los sacos de salitre) y una vez en su interior fueron baleados por las «guardias blancas» patronales; sus muertes ni siquiera fueron registradas (1999: 117-118).

Después del fracaso de distintas experiencias partidarias de inspiración marxista, el 4 de junio de 1912 Recabarren y sus compañeros fundaron en Iquique el Partido Obrero Socialista (POS), la primera gran organización política de la izquierda chilena, que tan sólo tres años después ya tenía una estructura nacional y un influyente diario obrero, *El Despertar de los Trabajadores*, que se publicó hasta 1927.⁹ Además, la presencia de militantes del POS fue decisiva para que la Federación Obrera de Chile (FOCh), creada en 1909 por sectores católicos conservadores, virara en 1917 hacia posiciones marxistas y dejara de ser una organización mutualista de ferroviarios para convertirse en la primera central sindical de ámbito nacional.

El triunfo de la Revolución bolchevique tuvo una gran repercusión en el movimiento obrero de matriz marxista en Chile y, si en su IV Congreso de diciembre de 1921 la FOCh aprobó su incorporación a la Internacional Sindical Roja, el 1 y 2 de enero de 1922 el Partido Obrero Socialista celebró su IV Congreso en Rancagua y concluyó su proceso de adhesión a la III Internacional, por lo que, en virtud de las 21 condiciones establecidas por Lenin, pasó a denominarse Partido Comunista de Chile.

La crisis del salitre a partir de 1919 ocasionó el cierre de decenas de oficinas, por lo que miles de trabajadores del Norte Grande se desplazaron a otros puntos del país y llevaron consigo el ideario socialista. En 1925, en medio de la peor crisis política desde 1891 (antesala de la dictadura de Ibáñez), el Partido Comunista logró elegir a su primer senador y a siete diputados. Pero el suicidio de Recabarren en diciembre de 1924 y la involución hacia posiciones sectarias minaron su influencia social durante algunos años y no se recuperó hasta una década después, cuando contribuyó a forjar el Frente Popular y optó por una línea política que mantuvo durante cuatro décadas.

9. El 1 y 2 de mayo de 1915 el POS celebró en Viña del Mar su primer Congreso Nacional, en el que se aprobaron su declaración de principios, su programa mínimo y sus estatutos. Con la mirada en la Gran Guerra que se desarrollaba en Europa, el POS se declaró pacifista, se pronunció por la votación en blanco en las elecciones presidenciales y eligió un comité nacional con sede en Valparaíso, con Ramón Sepúlveda Leal como secretario general. En su programa se incluían propuestas como la creación del Ministerio de Trabajo, la jornada de ocho horas, la regulación del trabajo de las mujeres y los niños y del trabajo domiciliario, la aprobación de una legislación sobre accidentes laborales, retiro e invalidez, la creación del seguro obrero y la reglamentación del trabajo agrícola y minero. En un ámbito ya más global, el POS preconizaba la igualdad de género, la separación de la Iglesia y el Estado, la educación obligatoria, laica y gratuita, la atención médica a los niños y la garantía de su alimentación en las escuelas o la supresión de la pena de muerte (Barría, 1971: 45-46).

En la creación del Frente Popular tuvo una gran importancia la Guerra Civil española. Por la prensa de izquierdas, la heroica lucha de la República contra el fascismo fue seguida día a día e influyó en la gestación del clima político que permitió la conformación de una coalición de este tipo.

Salvador Allende era el presidente del Frente Popular en Valparaíso en 1937, cuando sólo tenía 29 años, y en los comicios de aquel año fue elegido diputado por la zona, en la que fue la primera de sus cinco victorias en elecciones parlamentarias. El Partido Socialista eligió un total de 19 diputados y obtuvo el 11,1 % de los votos. Allende alcanzó 2.021 votos (1.800 de ellos en Valparaíso y 221 en Quillota) y fue el único socialista de los doce candidatos elegidos en esta circunscripción.¹⁰

En su primera etapa como parlamentario, que se prolongó hasta 1939, impulsó varios proyectos de ley sobre la alfabetización obrera y campesina, la prohibición de los monopolios, la reforma del Código del Trabajo o la creación del Consejo Superior de Protección a la Infancia y la Adolescencia (Nolff, 1993: 31). El 26 de julio de 1937 intervino en nombre de los diputados socialistas para fijar su posición frente a un proyecto de ley promovido por el Gobierno de Alessandri para establecer los servicios de medicina preventiva en el país (Quiroga, 1988: 32):

Pienso que Chile es una sola y gran choza, en la cual sólo hay un enfermo: todo el pueblo de Chile. He recordado esto, porque pienso, asimismo, que, si bien es verdad el profesor Cruz Coke tira hoy día de la carretilla del Gobierno, no se va a producir el milagro, no va a llegar el sol a la cama del enfermo, que es el pueblo de Chile; y digo «no va a llegar el sol», porque no es sólo el sol del reposo preventivo lo que este pueblo necesita, sino que es una legislación que se aplique en su integridad, y que vaya al *substratum* profundo de los males sociales, y que de una vez por todas terminen con el agio y la especulación, y que rompa la indiferencia del Gobierno ante los grandes problemas de interés nacional que subsistiendo en toda su crudeza, estrangulan a los sectores medios y propulsores del país.

Chile fue el único país americano donde las izquierdas y el centro progresista organizaron una coalición antifascista y, al igual que en Francia y España, también allí resultó vencedora, en este caso en las elecciones presidenciales del 25 de octubre de 1938, cuando la candidatura del maestro radical Pedro Aguirre Cerda derrotó por un margen de tres mil votos al derechista Gustavo Ross. El

10. Fuente: Servicio Electoral de la República de Chile.

Frente Popular imprimió un viraje histórico a la economía nacional, con la puesta en marcha de la política de sustitución de importaciones y la creación en 1939 de la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO), que impulsaron el desarrollo de la industria nacional tras los graves efectos de la crisis del 29.

En diciembre de 1938, cuando sólo habían transcurrido cinco años de su fundación y apenas hacía un mes y medio de la victoria del Frente Popular, el V Congreso del Partido Socialista dejó al descubierto la existencia de dos sectores que discrepaban sobre el papel del partido en el Gobierno de Aguirre Cerda. En aquel Congreso, que eligió a Allende como subsecretario general, los socialistas aprobaron la participación en el Ejecutivo, pero su heterogeneidad ideológica dio paso a tres lustros de divisiones y ya en 1940 un grupo de dirigentes encabezados por César Godoy Urrutia fundó el Partido Socialista de los Trabajadores (PST).

En una de sus últimas intervenciones como diputado, en junio de 1939, Allende exhibió la oratoria didáctica que le caracterizó y expresó cuál era su concepción del marxismo, en respuesta a un diputado de la oposición derechista (Quiroga, 1988: 59):

Los diputados socialistas a cuyo nombre hablo analizamos los fenómenos sociales a través del marxismo, que no es un dogma, sino un método para interpretar la historia, y cuyos fundamentos lo constituyen el materialismo y la lucha de clases. Ésta nos evidencia que existen en la sociedad capitalista sectores sociales, grupos humanos antagónicos. Antagonismos que emanan de sus distintos intereses económicos. Los detentadores de la riqueza y del poder son los opresores o explotadores que oprimen a los que viven de su salario o jornal, a quienes explotan política y económicamente.

Al defender en aquella ocasión al Frente Popular, expresó tempranamente su apuesta por la formación de bloques políticos amplios que permitieran realizar las transformaciones que a su juicio el país requería:

Para realizar nuestro camino y de acuerdo con la realidad, adoptamos diversas tácticas políticas. Ayer el *block* de izquierdas; hoy el Frente Popular. Al hacerlo hemos claramente expuesto lo que esto significa. No se puede confundir un gobierno socialista con un gobierno de Frente Popular. Un gobierno frentista está creado para defender las garantías democráticas en contra de la amenaza tenebrosa del fascismo, cuya acción empieza ya a sentirse en estas tierras de América.

Al prohijar al Frente Popular, no hemos depuesto nuestro acervo doctrinario, ni nuestra acción combativa. No hemos renunciado a nuestro derecho

a exponer nuestras ideas y nuestra finalidad como partido. No. Hemos, sí, comprometido nuestra fe, para mantener la democracia, en la lucha sin cuartel en que estamos empeñados contra la oligarquía, el fascismo y el imperialismo. Lo hemos dicho al país y lo recalcamos nuevamente que un programa socialista no es lo mismo que uno del Frente Popular.

El programa del Frente Popular está basado en la aceptación de puntos comunes en el orden económico, político y social por parte de todos los partidos que integran esta combinación, aunque pueda entre ellos existir diferencias doctrinarias.

El Frente Popular es una barricada defensiva en la que se cobijan todas las fuerzas democráticas. Su acción no está ligada a ningún compromiso y su orientación está basada en el conocimiento pleno de la chilenidad. Su destino, servir los intereses populares a través de un gobierno del pueblo.

En aquel discurso también leyó un párrafo de un documento doctrinario del Partido Socialista que permaneció entre las ideas centrales de su pensamiento político:

El Partido Socialista plantea que, mientras existan clases sociales antagónicas, oligarquía explotadora, aliada y servidora del imperialismo, y multitudes trabajadoras oprimidas, y el Estado esté convertido, por la fracción dominante, en instrumento de represión, será utópica una auténtica democracia política y no se logrará tampoco el bienestar económico de las capas laboriosas. Por eso, el Partido Socialista lucha contra los soportes financieros del régimen dominante: el latifundio y el imperialismo. La victoria sobre estos factores semicoloniales de nuestra economía será el primer paso firme hacia una legítima democracia y un avance en la marcha ascendente hacia el Socialismo.

Y, en septiembre de aquel año, tomó la palabra en la Cámara para defender un proyecto de ley de alfabetización pensado para los obreros y los campesinos. El diputado Allende diseccionó la magnitud del analfabetismo que caracterizaba la realidad del país, que «lesiona tan directamente la existencia misma de la vida democrática de la nación», y por ello instó al Gobierno del Frente Popular, «que nació del pueblo y vive para el pueblo» (y cuyo Presidente había proclamado: «Gobernar es educar»), a emprender dos acciones inmediatas: alcanzar el número de escuelas y maestros necesarios para incorporar al sistema educativo primario a los 350.000 niños sin escolarizar y crear un cuerpo de instituciones alfabetizadoras a lo largo de todo el país para las personas adultas que se hubiesen visto privadas del acceso a la enseñanza o accedido a ella de manera insuficiente. Para

ello, el primer artículo del proyecto de ley planteó la creación del Departamento de Alfabetización Obrera y Campesina en el Ministerio de Educación. «¡Por un Chile sin analfabetos! ¡Porque todo Chile sea una escuela!», exclamó (Quiroga, 1988: 139-148).

Fue también durante su breve periodo como diputado cuando inauguró su costumbre de pronunciarse desde el Congreso Nacional sobre los asuntos centrales de la coyuntura internacional y así el 26 de noviembre de 1938, dos semanas después de la «noche de los cristales rotos», remitió junto con otros 75 parlamentarios un telegrama de protesta a Adolf Hitler (Pey, 2005: XI):¹¹

... en nombre de los principios que informan la vida civilizada, consignamos nuestras más vivas protestas por la trágica persecución de que se hace víctima al pueblo judío en ese país y formulamos votos porque su Excelencia haga cesar tal estado de cosas y restablezca para los israelitas el derecho a la vida y a la justicia, tan humana y elocuentemente reclamados por el Presidente Roosevelt.

El 24 de enero de 1939, la noche en que un violento seísmo causó más de treinta mil muertos en el sur del país, Salvador Allende conoció a una joven y hermosa estudiante de Historia, natural también de Valparaíso, Hortensia Bussi, y el 16 de septiembre de 1940 contrajeron matrimonio. Pronto nacieron sus tres hijas: Carmen Paz, Beatriz e Isabel.

Si repudió los primeros crímenes del nazismo, también participó en la acogida a los más de dos mil republicanos españoles que llegaron procedentes de Burdeos a Valparaíso el 4 de septiembre de 1939 a bordo del *Winnipeg*, en un viaje organizado por Pablo Neruda, designado Cónsul Especial para la Inmigración Española por Aguirre Cerda. Como miembro del Comité de Ayuda a los Refugiados Españoles, Allende asistió en Santiago a varios actos de solidaridad con los pasajeros del *Winnipeg* y con el tiempo algunos de ellos, como el destacado pintor José Balmes o Víctor Pey, se convirtieron en grandes amigos suyos.

La condena de la dictadura franquista estuvo presente en su discurso político hasta el final de su vida. Así, por ejemplo, el 12 de septiembre de 1945, al intervenir en el Senado para fijar su posición frente a la Carta de las Naciones Unidas, recordó la complacencia de la mayor parte de los parlamentarios de la

11. Éste es uno de los episodios que Joan Garcés cita para desnudar las mentiras que Víctor Farías vierte en su libelo, que fue oportunamente respondido y, por tanto, no merece mayor atención.

derecha con las potencias del Eje y con el fascismo en la Guerra Civil española y expresó su deseo de que la derrota del totalitarismo en Europa alcanzara también a España (Martner, 1992: 134):

Nuestro Gobierno y ciertos políticos no quieren recordar que la guerra comenzó en España; que la revuelta de Franco, apoyada por las potencias del Eje, fue el primer estallido de la conflagración internacional. Esta guerra debe terminar en España y con la instauración de un régimen de acuerdo con la voluntad soberana del pueblo español.

¡Ah, si recordáramos la defensa que se ha hecho del régimen franquista; si repitiéramos las palabras que han pronunciado en este Honorable Senado los senadores de derecha y las que pronunciaron en la Honorable Cámara los diputados de esta combinación política...

En octubre de 1939, por encargo de su Partido, Allende asumió el Ministerio de Salubridad, Previsión y Asistencia Social en el Gobierno de Aguirre Cerda y tomó posesión como el ministro del ramo más joven de la historia nacional.¹² Su amigo y compañero Carlos Briones evocó su enorme interés por estos aspectos (Jorquera, 1990: 177):

Con Salvador pasábamos horas y horas analizando temas como salud, vivienda, educación, ingresos y su distribución, condiciones de vida de la clase trabajadora, política de salarios, alimentación, mortalidad, estructura de los servicios de salud, tanto del Estado como de los organismos de previsión... Esos fueron los asuntos que más apasionaron a Salvador.

Allende inició su labor con la redacción del libro *La realidad médico-social chilena*, un crudo diagnóstico de las condiciones de vida de las grandes mayorías que fue distinguido con el premio Carlos Van Buren de la Asociación Médica de Chile (Quiroga, 1988, 103-104):

Nuestro país vive un momento de su historia en que pugna por desprenderse de formas económicas antiguas, autocráticas y de libre competencia,

12. Dos meses antes, había sido testigo como diputado de la dignidad de Aguirre Cerda ante el golpe de estado que el 25 de agosto lideró el general Ariosto Herrera, acción conocida como el *Ariostazo*. Decidido a poner fin al «régimen comunista del negro Aguirre» cuando ya había sido obligado a retirarse de las Fuerzas Armadas, se dirigió al regimiento Tacna, en Santiago, y pidió apoyo a los oficiales. Ante la indiferencia del ejército, su movimiento fue rápidamente reprimido y se entregó. El Presidente de la República se negó a someterse a un faccioso y le advirtió de que estaba dispuesto a morir si era necesario para defender el mandato que el pueblo le había entregado.

para canalizar su vida social por cauces de cooperación y de bienestar efectivo que abarque a todas las capas populares y de clase media. Éste es el significado fundamental que para Su Excelencia el Presidente de la República, el Partido Socialista y sus Ministros tiene el gobierno de Frente Popular que la ciudadanía instauró hace apenas un año: reconquistar la riqueza social y la potencia económica de la nación, controlarla, dirigirla, fomentarla, al servicio de todos los habitantes de la República, sin privilegios ni exclusivismos. Pero, además, y como consecuencia, devolver a la raza, al pueblo trabajador, su vitalidad física, sus cualidades de virilidad y de salud que ayer fueran su característica sobresaliente; readquirir la capacidad fisiológica de pueblo fuerte, recobrar su inmunidad a las epidemias; todo lo cual habrá de permitir un mayor rendimiento en la producción nacional a la vez que una mejor disposición de ánimo para vivir y apreciar la vida. Y, finalmente, conquistar para todas las capas sociales el derecho a la cultura en todas sus manifestaciones y aspectos. Un pueblo vitalizado, sano y culto, he ahí la consigna a la cual debemos atenernos todos los chilenos que anhelamos ardientemente servir a la patria, y que luchamos sin descanso por que el pueblo supere la etapa de explotación y de ignorancia en que ha vegetado. (...)

Ciento veinte años de vida política independiente no han bastado para incorporar a la vida cívica a las clases proletarias dentro del juego normal del progreso; apenas han sido suficientes para que las capas modestas, en escaso porcentaje, disfruten de una mínima parte de los adelantos económicos, técnicos y culturales alcanzados por la humanidad.

El formidable auge del industrialismo, los progresos de la ciencia, los adelantos realizados dentro de la higiene y de la medicina, los beneficios del acervo cultural, les han estado prácticamente vedados a la gran masa de los chilenos, que es en definitiva la forjadora de la riqueza pública.

Fue ministro hasta 1941 (cuando renunció y asumió como administrador de la Caja de Seguro Obligatorio) y durante aquel periodo de dos años reformó el Seguro Obrero Obligatorio y organizó en la Alameda (junto al aristocrático Club de la Unión) una exposición sobre la situación nacional de la vivienda, que puso de relieve las enormes carencias del país. El 14 de agosto de 1945, en el Senado, Allende recordó aquella iniciativa (Quiroga, 1988: 356):

El año 1939, en plena Alameda de las Delicias, hicimos una exposición pública sobre el problema de la vivienda (...) En Chile más de un millón quinientas mil personas viven en habitaciones insalubres; el 83 % de nuestras viviendas tienen piso de tierra; en término medio, 7,5 personas viven por habitación y 3,2 por cama. Manifestamos que existía un déficit de arrastre de 300.000 viviendas, déficit que se aumenta anualmente,

porque no se construyen las casas necesarias para hacer frente al aumento vegetativo de la población.

Entre quienes trabajaron con él durante aquella etapa también estuvo Hernán Santa Cruz (Jorquera, 1990: 238-239):

El Ministerio de Salubridad estaba al lado del Mapocho. Salvador decidió inaugurar una política masiva de salubridad. Y formó un equipo que se reunía todas las tardes en la oficina del Ministro a diseñar esta nueva política. Comenzamos con la reforma a la ley de Seguro Obrero (la 4.054, que llegaría a ser famosa). *Chicho* consiguió con la OIT que nos enviaran al mejor de sus expertos. ¡Y reformamos la ley! Redactamos, asimismo, una larga serie de proyectos que después serían leyes. Como la de Accidentes de Trabajo, por ejemplo. Yo tenía alguna experiencia porque, en el fondo, la previsión social –seguros, pensiones...– nació en el ejército, como consecuencia de la Guerra del Pacífico. Por lo tanto, esas eran materias de las que debía ocuparme, en mi condición de Auditor General de Guerra, y también tuve mucho que ver con la seguridad social de los carabineros: la Mutualidad, la Caja de Carabineros... De manera que todos aportamos lo que sabíamos, bajo la dirección de *Chicho*. Y en este punto, hay que señalar algo muy importante: Salvador fue el primero que supo consolidar el concepto de seguridad social, no solamente en Chile, sino también en América Latina.

El triunfo del Frente Popular tuvo un significado trascendental puesto que fue la primera ocasión en que las fuerzas progresistas apartaron a la oligarquía del poder político. La participación destacada de Allende acrecentó su prestigio en el Partido Socialista y entre las clases populares y le persuadió de que en su país podía ser posible la construcción del socialismo sin el recurso a la violencia revolucionaria. El 25 de octubre de 1943 pronunció un discurso en un acto partidario de homenaje a la victoria de Pedro Aguirre Cerda (Archivo Salvador Allende, 6, 1990: 33-43):

El 25 de octubre de 1938 es para el pueblo de Chile y para sus masas obreras un acontecimiento político que quiebra el rumbo de nuestra vida nacional. Significa el desplazamiento de los viejos sectores tradicionalistas, que mantuvieron el Gobierno por más de ciento veinte años, y el triunfo de los grupos democráticos y populares que, unidos en torno a un maestro y un estadista, conquistaron el poder político. (...)

A Pedro Aguirre Cerda se le respetó, porque fue leal con el pueblo; porque creyó en el destino de las clases trabajadoras, porque bregó contra la incomprensión de muchos, la maldad de sus adversarios políticos y la

terquedad de sus propios partidarios; porque anheló organizar un destino mejor para las masas ciudadanas, y para Chile un desarrollo económico e industrial que le permitiera su independencia. Porque ejerció su misión con dignidad de hombre y con dignidad de gobernante, por eso los socialistas, que fuimos leales con él en vida, hoy, en este instante de inercia política, en medio de la apatía en que vivimos, frente a la indiferencia culpable de muchos y a las vacilaciones del propio Gobierno, miramos a Aguirre y vemos en él al padre espiritual de una etapa que fue promisoria en su significado y en su iniciación y que debemos continuar, en función no de la voluntad de un hombre o de un Partido, sino de las esperanzas de un pueblo.

Ya como Presidente de la República, analizó la trascendencia, pero también las limitaciones de la experiencia frentepopulista (Debray, 1971: 66):

Nosotros tuvimos conciencia de que el Frente Popular indiscutiblemente representó un gran avance, porque fue la incorporación de la pequeña burguesía al ejercicio del poder, porque organizó a la clase obrera en una Confederación de Trabajadores, pero al mismo tiempo comprendimos perfectamente bien que la dependencia económica implicaba el sometimiento político. Y, si bien es cierto que el Frente Popular era un paso hacia delante, no implicaba ni podía implicar la liberación política y la plena soberanía que estaba supeditada a la dependencia económica.

Nosotros conscientemente actuábamos en el Frente Popular como una etapa, pero indiscutiblemente cada vez veíamos que los problemas de fondo no podían solucionarse. Y ¿por qué no podían solucionarse? Porque nuestras riquezas esenciales estaban en manos del capital extranjero. De ahí entonces que esa experiencia vivida fortificó nuestra convicción de que la lucha esencial en los países capitalistas dependientes o «en vías de desarrollo» es la lucha antiimperialista. Éste es el fondo, la base de los otros cambios estructurales.

II. LA TRAVESÍA DEL DESIERTO

En el IX Congreso del Partido Socialista celebrado en Rancagua entre el 22 y el 24 de enero de 1943, Salvador Allende fue elegido secretario general en un momento en el que su organización se desgarraba de nuevo producto del debate sobre la participación en los gobiernos radicales y cuando la mayoría de los delegados acordó la retirada de los ministros socialistas del Ejecutivo del presidente Juan Antonio Ríos. Ante esta resolución, Marmaduke Grove, su líder histórico, abandonó el PSCh y formó el Partido Socialista Auténtico, aunque a las pocas semanas se produjo la reunificación y se convocó el IV Congreso Extraordinario, que se celebró entre el 14 y el 17 de agosto de aquel año en Valparaíso y en el que Allende rindió el informe político en nombre del Comité Central (Jobet, 1971). En aquel extenso discurso, publicado después como folleto (Allende, 1943), analizó la trayectoria reciente de su fuerza política, su actuación en los gobiernos de Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos y la decisión de abandonar el Ejecutivo acordada en Rancagua (Archivo Salvador Allende, 6, 1990: 45-65):

No soslayamos nuestra responsabilidad, pero destacamos:

1. Que en los gobiernos del señor Aguirre Cerda y del señor Ríos no tuvimos ninguna influencia decisiva y actuamos en ministerios subalternos, al margen de toda determinación en los grandes rubros de la economía nacional y,

2. Hemos defendido y defendemos la democracia, pero ello no nos impide observar que Chile en este instante está sumido en una de las más profundas crisis de su historia. Esta crisis nuestra es tan honda que abarca todos los aspectos: económico, político, institucional y moral.

Los socialistas abandonamos el Gobierno cuando vimos la imposibilidad de desarrollar una política positiva en beneficio del país, del pueblo, de sus clases trabajadoras. Dejamos de pertenecer al Ejecutivo cuando nos

dimos cuenta de que nuestro esfuerzo en el poder era estéril y mal interpretado y que nuestras iniciativas eran amagadas por la derecha económica, que ha seguido controlando el crédito y las finanzas.

Al abandonar el Gobierno dijimos que apoyaríamos todas sus iniciativas tendientes a mejorar las condiciones generales de vida y al desarrollo económico e industrial del país. Recalcamos que mantendríamos como siempre nuestra libertad de crítica y que la emplearíamos como la mejor colaboración al Gobierno democrático del señor Juan Antonio Ríos. Afirmamos que defenderíamos las libertades individuales y sociales que consagra nuestra Constitución.

Después de analizar la situación económica nacional de manera exhaustiva, desgranó un amplio conjunto de propuestas para cambiar el modelo de desarrollo del país: abogó por «la acción orientadora del Estado» y la economía planificada para crear una gran industria de carácter público y nacionalizar los monopolios y defendió la necesidad de aprobar leyes laborales que reconocieran los derechos de los trabajadores y de dictar una ley de alfabetización obrera y campesina:

Abramos los caminos de la ciencia y el arte para el pueblo; hagamos más amplios los horizontes de la cultura popular. Los hombres y los pueblos no pueden vivir al margen de la vida espiritual. Démosle sentido a la juventud en la tarea grande de hacer un Chile grande.

Este cúmulo de conceptos que flotan en la vida chilena debe canalizarse en medidas legislativas, administrativas que el Partido tiene estudiadas y que entregará a la consideración pública.

Pero esto no basta; hay que dar espíritu a las leyes y sensibilidad humana a la acción gubernativa. Creemos la emoción de trabajar por una Patria generosa. (...)

Hasta hoy, las fuerzas democráticas de izquierda han vivido de pactos políticos y de entendimientos pasajeros. Hagamos el último esfuerzo para crear este programa central, este plan de acción, tras del cual debemos movilizar todas las reservas de la nación. Comprometamos públicamente a las agrupaciones políticas para que faciliten su ejecución. Démosle este apoyo al Gobierno democrático que nosotros elegimos y que no tiene precisión en sus concepciones ni voluntad de ejecución. Unamos las fuerzas populares y democráticas en torno a estas aspiraciones comunes.

Sin embargo, también expuso una crítica visión de la ausencia de disciplina interna (Archivo Salvador Allende, 18, 1993: 39-43):

La constitución de este Partido, que representa la unidad de clases dentro de él, debió haber acentuado más la necesidad de una seria convicción doctrinaria, de una sólida preparación filosófico-social. Esto no lo tene-

mos. No puede ser culpa de los comités centrales o directivas nacionales de ayer o de hoy. Es culpa de todos. La falta de este acervo doctrinario hace que casi la totalidad de los militantes no separen lo que es la doctrina de la táctica o de la línea política. De ahí que sea difícil adoptar una línea política, porque los socialistas siempre piensan que se está transgrediendo la doctrina. De ahí también que se haya acentuado, frente a los errores cometidos por algunos hombres del Partido, la decepción frente a la acción y a la labor del propio Partido. El Partido ha perdido la mística, ha perdido la fe, ha perdido la confianza en sus destinos.

Asimismo, llamó a superar las luchas intestinas por los espacios de poder o los cargos públicos y a la cohesión en torno a un pensamiento político uniforme y compartido:

A mi juicio, hay un vicio mayor: es la falta de pensamiento uniforme. No hay una concepción doctrinaria y no hay un programa. Necesitamos dar al Partido, a sus hombres, una orientación uniforme y similar, homogénea y compacta, por lo menos en los grandes rubros de la vida nacional; que todos los socialistas pensemos y sepamos por qué pensamos así. Una cosa es la filosofía, que crea, impulsa o desarrolla un movimiento colectivo; otra cosa es el programa de los partidos o las colectividades y otra cosa es la táctica que deben utilizar para conseguir sus objetivos. Nuestra doctrina, nuestra filosofía, es el marxismo enriquecido por las experiencias del devenir social; el programa no lo tenemos y la táctica cambia de acuerdo con las realidades, que exigen acomodar la línea política o la táctica a esas realidades.

Durante su breve mandato como secretario general del Partido Socialista le correspondió responder a la propuesta comunista de fundirse en un único partido obrero, cuando la organización presidida por Elías Lafferte propugnaba la «Unión Nacional» frente al fascismo.¹ El 1 de diciembre de 1943 remitió a

1. La propuesta de la Unión Nacional estaba muy influida por el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial. Así, en julio de 1941, un mes después de la invasión de la URSS por las tropas alemanas, el Pleno del Comité Central del Partido Comunista definió la Unión Nacional como el objetivo táctico y la Revolución Democrático-Burguesa como el objetivo estratégico. En enero de 1942, el XII Congreso comunista señaló que debían ingresar en la Unión Nacional todos aquellos patriotas dispuestos a luchar contra el nazifascismo, incluso los terratenientes, pero para ello no podía plantearse la reforma agraria; tan sólo quedaban excluidos de la invitación a integrar la Unión Nacional los fascistas. Especial énfasis puso la dirección comunista en invitar al Partido Socialista a unirse a este frente amplio. Además, al apoyar la disolución del Komintern, el PCCh planteó la tarea política de crear el Partido Único Obrero-Campesino (al que se unirían el Partido Socialista y el PST de Godoy Urrutia) y la Central Sindical Obrera Única. Su dirigente Ricardo

Carlos Contreras Labarca, secretario general del PCCh, las resoluciones adoptadas al respecto en el Congreso que habían celebrado en agosto en Valparaíso. Los socialistas valoraban de manera muy positiva la disolución de la III Internacional en 1943 y compartían la concepción teórica de constituir una nueva fuerza política a partir de la unificación de «los partidos populares». Sin embargo, en su carta a Contreras Labarca, Allende expuso lo que desde su punto de vista les acercaba o les distanciaba, después de tres meses de contactos en un Comité de Enlace, y señaló la oposición socialista a los planteamientos de la Unión Nacional, ya que su partido privilegiaba la construcción de una alternativa desde la izquierda (Quiroga, 1988: 257-268):

El Partido Comunista ha postulado como una solución para las situaciones internas de Chile lo que llama «la unidad nacional». No podemos aceptar nosotros una política de este tipo. Los grandes problemas actuales nos exigen más que nunca una definición clara, que permite a los hombres que tienen una orientación actuar dentro de sus postulados y de acuerdo con las soluciones económicas que estos postulados determinen.

La guerra ha llegado a un punto en que se evidencian ya con violencia las contradicciones sociales en el frente democrático. Y nuestro país no escapa ni puede escapar a enfrentarse con ellas. No somos partidarios de exagerar su intensidad y provocar una solución violenta e inoportuna y de contribuir a trizar la solidaridad de todos los hombres y sectores que están en lucha contra el fascismo; pero tampoco podemos renunciar a conquistar para los trabajadores manuales e intelectuales los derechos y reivindicaciones a que legítimamente son acreedores.

En Chile, la política económica de tiempos de guerra ha significado el enriquecimiento desproporcionado de empresas poderosas y el desarrollo del sector social que vive de la especulación; ha significado también utilidades gigantescas para algunas industrias, limitación de las garantías sociales y sacrificios y cargas para los hombres que producen riqueza.

Esta situación no puede continuar, a riesgo de entregar a la clase obrera a la demagogia de cualquier aventurero, lo que produciría al país más inquietud que los riesgos que se desea evitar. Estamos, en consecuencia, por un programa de realizaciones que se viene postergando mucho tiempo, aun cuando de paso deban herirse los intereses de algunos antifascistas de ocasión.

Fonseca lo planteaba así en la revista teórica *Principios*: «Lo que el radicalismo ha logrado entre los empleados, pequeños industriales y agricultores, profesionales y técnicos, tiene que alcanzarlo el Partido Único entre los obreros y campesinos» (Varas, 1988: 75-80).

A continuación detalló los seis puntos que debían concretar una unidad de acción socialista-comunista como paso previo a la convergencia orgánica y como «labor primordial» planteó la movilización unitaria para lograr el aumento de la producción y la contención del alza constante del costo de la vida, así como proporcionar unas «humanas condiciones de vida» a las masas populares. En política internacional, por ejemplo, destacó que el Gobierno de Ríos debía cooperar con las nacientes Naciones Unidas y adoptar medidas políticas y económicas contra los agentes y los capitales de las potencias del Eje en Chile, además de la ruptura de relaciones diplomáticas con esos países. Después de mencionar algunos proyectos legales que podrían promover en el Congreso Nacional y de la necesidad de imprimir un viraje clasista a la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCh), propuso que de cara a las elecciones parlamentarias de 1945 socialistas y comunistas fueran en una lista única en todo el país. Sin embargo, el diálogo socialista-comunista no tuvo en aquel tiempo ningún resultado concreto.

En enero de 1944, Salvador Allende remitió un documento a la Convención del Partido Radical que se celebraba en Concepción en la que sugirió un conjunto de medidas orientadas a la acción exterior e interior, ya que el PSCh integraba la Alianza Democrática junto con radicales y comunistas (Archivo Salvador Allende, 6, 1990: 73):

Creemos que Chile es el país indicado para comandar la acción democrática en Latinoamérica. Os invitamos a luchar por la realización de esa aspiración, obteniendo de nuestro Gobierno la adopción de esa iniciativa.

Pensamos también que las naciones de este continente deben vincularse en forma efectiva con los demás países débiles del mundo que se aprestan para librar una batalla económica y moral, por conquistar una ubicación soberana e igualitaria con respecto a las grandes potencias.

Asimismo, creemos que es necesario que Chile establezca relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, gran potencia industrial, que en las deliberaciones de la paz y en la vida futura del mundo ha de ocupar un lugar destacado. (...)

No quisiéramos terminar sin que en esta comunicación insinuáramos la materialización de una idea que dé contenido práctico a la unidad de los partidos que integran la Alianza Democrática, ya que esta unidad no debe expresarse tan sólo en pactos de carácter político y electoral, sino que en una común actitud ante los problemas económico-sociales del país y del continente.

En atención a ello, os invitamos formalmente a propiciar juntos en el seno de la Alianza Democrática, la realización de un Congreso Económico de las fuerzas democráticas de Chile, del cual emerja un concepto claro y definitivo a materializarse a través de la común tarea de conquistar el bienestar y la grandeza de Chile.

Y semanas después pronunció un discurso en un acto de masas celebrado en el Teatro Caupolicán de Santiago en el que defendió la posición adoptada por los socialistas ante la evolución de la coyuntura internacional y su independencia de la II y la III Internacional (Archivo Salvador Allende, 5, 1990: 193-204):

El año 37 se decía: el Partido Socialista afirma y exalta la personalidad propia y definida que debe tener la revolución latinoamericana antifeudal, antiimperialista y antifascista, cuyo objeto esencial es la unión económica y política de Latinoamérica en los marcos de una democracia de trabajadores organizados.

Dentro de esa idea, el VI Congreso Ordinario del Partido Socialista, el año 38, al hacer pública la independencia del Partido de todas las Internacionales y su falta de sometimiento a directivas extrañas a nuestra realidad, expresamos: «A menudo estas directivas han carecido de arraigo en nuestra realidad; no han sabido interpretar nuestra modalidad ni fijar nuestros rumbos. Sus orientaciones han dado resultados contraproducentes y perjudiciales para nuestros movimientos populares. América tiene problemas que le son propios, como la lucha contra el latifundio y el imperialismo, el desarrollo de sus fuentes económicas, y necesita resolverlos de acuerdo con sus modalidades sociales y políticas».

Al sintetizar la realidad nacional en aquellos días, mencionó el eje del proyecto político que encabezó a partir de 1952:

He aquí el panorama de la realidad actual: un gobierno sin base política; una derecha que, usufructuando de él, lo critica; una izquierda que ha comprendido que debe aglutinarse en torno a un programa; un sector que conspira contra el gobierno; y un descontento general por un fenómeno que es la conspiración más efectiva, como ya lo hemos dicho: la de la vida cara. (...)

Los socialistas pedimos a la izquierda el máximo de responsabilidad, no debe dejarse arrastrar por las provocaciones; no puede hacer el juego a los conspiradores. Los socialistas llamamos a la izquierda a unirse en torno a un programa; un programa que agitaremos desde la calle y desde el Parlamento; un programa de interés nacional, que reúna el máximo de voluntades en torno a él. (...)

Sólo un gobierno homogéneo, con un programa y con la decisión de realizarlo, podrá poner atajo a la desorientación, al desconcierto y al caos en que vivimos.

Entre el 6 y el 9 de julio de 1944, días en los que Marmaduke Grove impulsó una escisión y creó el Partido Socialista Auténtico (PSA), el PSCh celebró

su X Congreso en la ciudad de Talca, que eligió a Bernardo Ibáñez (diputado por Valparaíso y secretario general de la Confederación de Trabajadores) como nuevo secretario general y a Salvador Allende como uno de los 24 miembros del Comité Central, en el que ya despuntaban jóvenes dirigentes como Carmen Lazo, Raúl Ampuero o Aniceto Rodríguez.

1945, año del final de la Segunda Guerra Mundial, fue importante en la trayectoria política de Allende. Después de su etapa como miembro del gabinete del presidente Aguirre Cerda y como subsecretario y secretario general del Partido Socialista, aparecía a sus 37 años como uno de los políticos emergentes de la escena nacional. Entonces puso a prueba su capacidad de movilizar a las clases populares tras sus propuestas al presentarse como candidato al Senado en uno de los feudos de la derecha, la novena circunscripción, que entonces comprendía las provincias de Valdivia, Osorno, Llanquihue, Chiloé, Aysén y Magallanes.

El 4 de marzo de 1945 fue uno de los cinco senadores elegidos por este enorme territorio (con 4.394 votos), junto con los radicales Alfredo Duhalde y Alfonso Bórquez, el liberal progresista Carlos Haverbeck y el liberal José Maza, y derrotó a los dos candidatos del Partido Socialista Auténtico.² Su victoria tuvo un gran mérito porque en aquellos comicios empezó a percibirse el declive de la votación socialista: en las elecciones a diputados, el PSCh logró el 7,2 % y el PSA de Grove, el 5,6 %, frente al 22,1 % alcanzado cuatro años antes por la suma del PS, el PST de Godoy Urrutia y otro grupúsculo socialista. El Partido Comunista logró el 10,3 % y 15 diputados, frente a los seis del PSCh y los tres del PSA (Cruz-Coke, 1984: 81).

Fue en el transcurso de aquella campaña electoral cuando Osvaldo Puccio, secretario privado de Allende durante casi dos décadas, escuchó por primera vez su voz en un discurso radial, desde la ciudad de Punta Arenas (1985: 22):

En aquel tiempo yo era un muchacho de 18 años. En la radio escuché el discurso que Allende pronunció después de su viaje a estas cuatro provincias. Habló de lo que era su política y a dónde iba a llegar. Planteó la unidad de la clase obrera y del pueblo. Explicó el horror que significaba que un hombre, para poder comer, tuviera que estar seis, siete u ocho meses metido entre piedras, a kilómetros de distancia de lo que se llama civilización. Si se enfermaba o se moría se venía a saber, a veces, un año después. Mientras tanto, los patrones paseaban por Europa o gozaban de sus grandes mansiones en Punta Arenas y de las mejores en Buenos Aires o Santiago.

2. Fuente: Servicio Electoral de la República de Chile.

Allende dijo que había dueños de estancias que no conocían su fundo. Un administrador les depositaba el dinero, y eso era todo lo que necesitaban. ¿Para qué iban a ir a las estancias, donde todo era frío, inhóspito y feo? Feo, mirado en la dimensión del hombre para quien la tierra es únicamente fuente de ganancia, para quien no significa su patria y base de su vida y quien, por eso, no puede entender lo orgulloso que puede estar un hombre que le saca riquezas a una tierra hostil, en este clima árido y frío.

Todo esto planteó el compañero Allende en su discurso. Y dijo también que esas riquezas, por las que el hombre se esforzaba y las extraía a la tierra, eran patrimonio del que luchaba contra el viento, contra el clima, y no del que se las apropiaba. El trabajador entregaba sus huesos, su vida, para que un señor tomara champaña en París o whisky en Londres.

A partir de entonces Allende permaneció en el Senado durante 25 años, de manera ininterrumpida hasta que se convirtió en Presidente de la República el 3 de noviembre de 1970. En uno de sus primeros discursos en la Cámara, pronunciado el 14 de agosto de 1945, analizó en profundidad la situación política nacional e internacional, tras el final de la Segunda Guerra Mundial (Archivo Salvador Allende, 6, 1990: 67-76):

Los socialistas luchamos contra el fascismo nacional e internacional, y en la lucha entre el fascismo y la Democracia estaremos con la Democracia.

Hoy, aplastado el fascismo, declaramos que lucharemos por el socialismo.

Estamos contra la economía individualista y liberal. Luchamos por una economía social. (...)

La izquierda chilena, agrupada, aparentemente cohesionada, en lo que se llama la Alianza Democrática, no tiene un programa en defensa de una posición ideológica común. Los compañeros del Partido Comunista han planteado frente a la Alianza su concepción sobre la política de unidad nacional que nosotros no aceptamos y que hemos combatido, porque sustentamos la política de unidad popular. El Partido Radical, haciéndose eje de la Alianza Democrática, ha hecho de ella una balanza que se inclina a uno y otro lado, frente a estas fuerzas políticas.

En las elecciones presidenciales de 1946 venció el candidato radical Gabriel González Videla, apoyado por los comunistas, quienes por primera vez en la historia del país asumieron tres carteras ministeriales, aunque por poco tiempo, ya que la Administración Truman presionó a La Moneda para que, en consonancia con los nuevos tiempos de la *guerra fría*, decretara la ilegalización del Partido Comunista y la persecución de sus militantes, que fueron confinados desde 1948

en lugares como la caleta de Pisagua, en el extremo septentrional del país (Garcés, 1996: 105-110). En aquellos comicios los socialistas lograron el peor resultado de su historia con la candidatura de Bernardo Ibáñez, quien tan sólo obtuvo 12.114 votos (el 2,5 %), frente a los 192.207 (40,1 %) de González Videla.

Contra la proscripción del Partido Comunista, que en las elecciones municipales de 1947 había alcanzado el 17 % de los votos y se había convertido en la segunda fuerza política, se alzaron voces en la derecha, en las filas socialcristianas de la Falange Nacional y en el socialismo, aunque hubo parlamentarios de esta filiación que la apoyaron. Precisamente las discrepancias internas en torno a este punto desencadenaron una nueva escisión en el PSCh y, si la fracción anticomunista (liderada por Ibáñez) logró quedarse con la denominación de la organización, el sector integrado por Salvador Allende, Raúl Ampuero, Clodomiro Almeyda o Aniceto Rodríguez fundó el Partido Socialista Popular, que levantó una línea política que abogaba por la independencia de clase y postulaba un «frente de trabajadores». El PSP reafirmó su adhesión al Programa del Partido Socialista elaborado a principios de aquel año con el magisterio del profesor Eugenio González Rojas, que reivindicó el «sentido humanista y libertario del socialismo» frente a la involución hacia el capitalismo de Estado y la dictadura de una burocracia que se produjo en la URSS tras la muerte de Lenin.

El 18 de junio de 1948, Salvador Allende intervino en el Senado en nombre de su Partido para explicar la oposición al proyecto de Ley de Defensa Permanente de la Democracia impulsado por el Gobierno para perseguir a los comunistas (Martner, 1992: 143-145):

Mi profunda intranquilidad de espíritu proviene de que esta ley, a mi juicio, barrena las bases fundamentales en que se sustenta la organización democrática del país, en términos tales que su repercusión tendrá alcances políticos, sociales y económicos de extraordinaria trascendencia. (...)

Las disposiciones contenidas en él, señor Presidente, son una verdadera bomba atómica caída en medio de nuestra convivencia social, asentada en largos años de una efectiva tradición democrática.

En aquel discurso defendió el derecho de los comunistas a participar en la vida política con los mismos argumentos que habría empleado —precisó— para preservar la misma opción para los conservadores o los socialcristianos. Antes de enumerar, una vez más, las diferencias y coincidencias entre socialistas y comunistas, explicó las concepciones revolucionarias de su partido:

Señor Presidente y Honorable Senado, he dicho que somos marxistas, que creemos en el socialismo científico, que somos antiimperialistas, antifeu-

dales y antioligárquicos, y que tenemos un sentido revolucionario de la transformación económico-social que necesita la Humanidad.

Quiero destacar, sí, que este sentido de la revolución no tiene el contenido habitual y pequeño con que suele emplearse esta palabra. Por ejemplo, no es revolucionario el jefe militar que, a la cabeza de un regimiento, toma el Poder: eso puede ser un motín. No es revolucionario el que, por la fuerza, logra, transitoriamente, mandar. En cambio, puede ser revolucionario el gobernante que, llegando legalmente al Poder, transforme el sentido social, la convivencia social y las bases económicas del País. Ése es el sentido que nosotros damos al concepto de revolución: transformación profunda y creadora. (...)

Respetamos la democracia y actuaremos siempre dentro de sus cauces legales, mientras el régimen democrático respete el sufragio, los derechos sindicales y sociales y las garantías que establece nuestra Carta Fundamental: de libertad de pensamiento, de reunión y de prensa.

En cuanto a las diferencias con los comunistas, subrayó la adhesión acrítica a la URSS y la defensa de la dictadura del proletariado:

El Partido Socialista no propicia la dictadura del proletariado, aunque estima necesaria una dictadura económica en la etapa de transición que lógicamente hay que vivir para pasar de la sociedad capitalista a la socialista. He sostenido y sostengo que el marxismo es un método para interpretar la historia; no es un dogma ni algo inmutable falto de elasticidad.

Más aún, afirmó que de los comunistas «los socialistas hemos sido sus más tenaces y permanentes adversarios» y evocó las discrepancias de los años del Frente Popular, el rechazo del PSCh a la creación del Partido Único y a la línea política de la Unión Nacional, al tiempo que examinó las opiniones expresadas desde otras bancadas:

Para nosotros, honorables colegas, no hay libertad efectiva si no hay una base económica que le garantice al ser humano la posibilidad de su integral desarrollo. Para nosotros, honorables colegas, la libertad que da la organización social actual es sólo aparente y tan sólo una pequeña minoría dueña del poder y de los medios de producción es prácticamente libre, política y económicamente.

La mayoría de nuestros conciudadanos, los obreros de las industrias, el campesinado, los empleados, en suma, todos aquellos que tienen como única herramienta para ganarse la vida la fuerza de sus brazos o de su inteligencia no son libres.

Nosotros sostenemos que este régimen de democracia política consagra permanentes privilegios e injusticias; opinamos que cientos, miles y miles

de seres humanos en todas las latitudes de la tierra y especialmente en los países de incipiente desarrollo económico e industrial como el nuestro, viven como parias, huérfanos de toda posibilidad. Para ellos están vedados todos los caminos del intelecto y del espíritu. Sostenemos nosotros que la economía capitalista, dislocada e irracional, atropella al hombre y a los pequeños países.

Sostenemos nosotros que la democracia burguesa que defienden sus señorías está en crisis y que ella dará necesariamente paso a la democracia económica.

Aquel día recordó con profundo orgullo a su abuelo, el doctor Ramón Allende Padín, y leyó un escrito suyo de 1873 publicado en un diario de Valparaíso en el que reivindicó el apelativo de «rojo» que le habían impuesto: «Rojo, pues, ya que es preciso tomar un nombre, y aunque éste nos ha sido impuesto como infamante; rojo, digo, estaré siempre de pie en toda cuestión que envuelva adelanto y mejoramiento del pueblo».

El eco de la voz, doctrinaria y limpia, de un antepasado mío, me impulsa, además de mis convicciones, a votar en contra de este proyecto, que considero liberticida. Con ello, creo contribuir a defender las bases esenciales de la convivencia democrática, que han sido y son el alto e inembargable patrimonio de la Patria.

Tampoco renunció a referirse, en los comienzos de la *guerra fría*, a las dos potencias hegemónicas y a los principios fundamentales que distanciaban a los socialistas chilenos de una URSS en pleno periodo estalinista, pero también con su imagen renacida ante el mundo por el monumental sacrificio de los pueblos soviéticos en la victoria frente al nazismo:

Sólo quiero destacar en forma muy somera que, a nuestro juicio, el mundo entero oscila entre la Rusia soviética, por un lado, y el capitalismo norteamericano, por otro. Los socialistas chilenos, que reconocemos ampliamente muchas de las realizaciones alcanzadas en Rusia Soviética, rechazamos su tipo de organización política, que la ha llevado a la existencia de un solo partido, el Partido Comunista. No aceptamos tampoco una multitud de leyes que en ese país entraban y coartan la libertad individual y proscriben derechos que nosotros estimamos inalienables a la personalidad humana: tampoco aceptamos la forma en que Rusia actúa en su política expansionista. Innecesario me parece insistir en las razones que nos mueven a rechazar también la acción del capitalismo norteamericano, fundamentalmente su penetración imperialista, y he hecho yo notar los vacíos, las injusticias y las fallas del régimen capitalista en el transcurso de mi intervención.

En esta disyuntiva en que se debate el mundo, en esta hora tremenda de las grandes decisiones, yo sólo veo dos caminos: el uno, representado por la filosofía socialcristiana, que no comparto y cuya orientación económica no alcanzo a comprender en toda su amplitud, y, por otro lado, el socialismo científico, cuyos conceptos económicos nadie desconoce, pero que, muy al contrario de lo que muchos suponen, levanta y dignifica la personalidad humana y da al hombre todos los caminos de superación, una vez haya obtenido su liberación económica.

Y concluyó en estos términos:

Señor Presidente, a nuestro juicio, esta ley va contra la Constitución y los derechos fundamentales que ella garantiza; persigue ideas; excluye a un partido, restringe el sufragio; ataca en sus más legítimos derechos a la clase obrera; hace un mito el derecho de organización de los sectores de empleados. En resumen, esta ley atenta contra las bases mismas del régimen democrático. (...)

Señor Presidente, termino declarando que los socialistas, en cumplimiento de un estricto mandato de nuestra conciencia, y de acuerdo con nuestros principios y doctrinas, estamos en contra de esta ley. Los socialistas seguiremos nuestra lucha con nuestros perfiles propios, sin concommitancias con el Partido Comunista, sin buscar arteramente los restos dispersos que pueden quedar de este partido, si se aprueba la ley, como seguramente va a serlo. Lucharemos como socialistas, como siempre lo hemos hecho, con honradez y con cariño, con emoción chilena, por el engrandecimiento y el progreso de nuestra patria.

Lucharemos dentro de los cauces democráticos y combatiremos tenazmente esta ley que, tarde o temprano, tendrá que derogarse, para que vuelva la democracia a imperar en nuestra tierra querida.

Después de la aprobación de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, llamada «Ley Maldita» por las fuerzas de izquierda, fueron eliminados de los censos electorales todas las personas que habían militado o militaban entonces en el Partido Comunista y sus dirigentes y miembros más destacados sufrieron persecución. Allende intentó visitarlos en Pisagua, pero se lo impidió un joven teniente llamado Augusto Pinochet, según sostuvo éste con arrogancia en distintas ocasiones, aunque no resulta difícil imaginarlo genuflexo y dócil ante tan relevante senador de la República.

La persecución de los comunistas sumió a la izquierda en unos años de confusión, divisionismo y retrocesos y, en un tiempo histórico marcado en Sudamérica por la impronta del argentino Juan Domingo Perón y del brasileño Getulio Vargas, un amplio sector del socialismo llegó a sucumbir a la tentación

populista. En junio de 1950, el XIII Congreso del Partido Socialista Popular proclamó como su candidato presidencial para 1952 a Carlos Ibáñez, quien se presentaba en una eficaz campaña como «el general de la esperanza» que «barrería» la corrupción de los gobiernos radicales.

Salvador Allende y un reducido grupo de militantes leales a sus posiciones decidieron abandonar el PSP tras denunciar lo que llamaron la «aventura populista», el respaldo al caudillo que impuso una dictadura entre 1927 y 1931, que había estado vinculado a un intento de golpe fascista en 1938 y que había sido el candidato de la derecha en 1942 con un programa autoritario (Moulian, 1998: 39-40). Este grupo terminó fusionándose con el Partido Socialista de Chile, del que además los grupos más anticomunistas se fueron al Partido Socialista Auténtico de Grove, quien falleció en 1953 alejado de la organización que contribuyó a fundar.

La mayor parte del socialismo, pues, apoyó la candidatura de Ibáñez. En sus memorias Clodomiro Almeyda, quien sería después ministro de Relaciones Exteriores del Presidente Salvador Allende, evoca sus frías relaciones personales y políticas iniciales con éste, a quien había conocido en 1946. La disputa interna en torno a la opción presidencial de 1952 les distanció aún más (1987: 168):

Nos movíamos en diferentes círculos partidarios. Y cuando tuvimos mayor contacto en la dirección que ambos integrábamos a principios de los años cincuenta, pronto se produjo entre nosotros un fuerte cortocircuito. Como subsecretario general del Partido, en ausencia de Raúl Ampuero, me correspondió presidir la sesión del Comité Central en la que se resolvió apoyar la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez. Allende era abiertamente contrario a esta postulación y reaccionó muy negativa y airadamente ante la forma en que yo conduje esa reunión con el propósito de que la gran mayoría de la dirección, favorable a Ibáñez, resolviera finalmente apoyarlo, dejando de lado consideraciones o gestiones que Allende introducía en el debate para postergar la decisión final.

En octubre de 1951, el Partido Socialista de Chile fue la primera fuerza que proclamó a Allende como candidato a la Presidencia de la República. En noviembre, el Partido Comunista, desde la clandestinidad, le entregó su apoyo público y el 25 de noviembre fue designado candidato del Frente del Pueblo, una alianza que incluía además a algunos sectores radicales, de izquierda e independientes. Aquel día, en el Teatro Caupolicán, enclavado en la popular calle San Diego de Santiago, fue presentado por el doctor Gustavo Molina, en nombre de los profesionales independientes, Armando Mallet, por el Partido Socialista,

y el senador comunista Elías Laffertte. En su primer discurso como candidato a la primera magistratura de la nación, afirmó (Nolff, 1993: 53-57):

Con el Frente del Pueblo tenemos una plataforma de lucha clara, definida, precisa que nos distingue y separa de los otros grupos políticos hoy transitoriamente unidos con vistas exclusivas a una campaña electoral y a la defensa de sus posiciones administrativas, de sus intereses y de sus concepciones políticas.

Subrayó que habían creado el Frente del Pueblo para emprender la revolución que el país necesitaba: «Para esto nació el Frente del Pueblo, como un potente movimiento nacional, antiimperialista, antioligárquico, antifeudal»:

Hombres, mujeres y jóvenes de mi Patria: el Frente del Pueblo os llama a luchar por las consignas de la victoria:

1. Por el pan y la libertad.
2. Por el trabajo y la salud.
3. Por la paz y la cultura contra el imperialismo.
4. Por la reforma agraria y la industrialización del país.
5. Por la democracia, contra la oligarquía y las dictaduras.

Las bases programáticas de su candidatura se agrupaban en cuatro puntos: independencia económica y comercio exterior, desarrollo de la economía interna, una profunda reforma agraria y mejora de las condiciones de vida de las clases populares. Cada uno de estos bloques contemplaba propuestas concretas, por ejemplo, en el primer punto se incluyó por primera vez la nacionalización de la gran minería del cobre y del salitre y de hecho aquel año los senadores Laffertte y Allende presentaron un proyecto de ley en este sentido.

En relación con el desarrollo económico, propugnaba un vigoroso proceso de industrialización, sobre todo en cuanto a la agroindustria, al objeto de «asegurar un más alto estándar de vida a la población y el aumento de la renta nacional, asignando un porcentaje superior de distribución a los sectores laboriosos». Para fortalecer el desarrollo industrial y agropecuario, el Gobierno del Frente del Pueblo realizaría importantes inversiones en las infraestructuras de transportes, con la modernización de los ferrocarriles y la construcción de una red de carreteras, así como la ampliación de la flota naviera nacional y la extensión del tráfico aéreo.

El Frente del Pueblo no propugnaba la construcción del socialismo, sino un conjunto de reformas y modernizaciones que pretendían ir más allá de lo logrado por Pedro Aguirre Cerda, con un énfasis novedoso en la reforma agraria y el cobre. Durante 283 días de campaña su candidato recorrió por primera vez

todo el país con el lema «El pueblo a la victoria con Allende» para ofrecer su alternativa frente al populista Carlos Ibáñez, el conservador Arturo Matte y el radical Pedro Enrique Alfonso. El 13 de enero de 1952 planteó los fundamentos de la alianza de la izquierda en el transcurso de un mitin en Valparaíso:³

Somos un movimiento de liberación nacional, antiimperialista, antioligárquico, con una meta que no termina en septiembre. Estamos protagonizando una gesta emancipadora por el pan y la libertad, por el trabajo y la salud, por la reforma agraria y la industrialización del país, por la paz, la democracia y la independencia nacional. El Frente del Pueblo lucha por la derogación inmediata de la Ley Maldita, para que se ponga término al estado policial que mantiene en las cárceles y en los sitios de relegación a numerosos patriotas que han luchado por los intereses de Chile. Este gobierno radical agoniza ante el desprecio de la ciudadanía. Bajo el amparo de este gobierno se han cometido fraudes, desfalcos, negociados escandalosos y envenenamiento colectivo del pueblo.

Jaime Suárez, entonces militante del PSP en la Brigada Universitaria de Concepción y dos décadas después ministro con el Presidente Allende, señala que éste asumió aquella campaña electoral con «una dedicación de misionero» y recuerda un acto en el pueblo de Pilmaiquén, en la provincia de Osorno (Arrate y Rojas, 2003: 276):

Sobre un cajón de azúcar, con un megáfono, entre banderas chilenas, chiquillos, banderas de los partidos Socialista y Comunista, intervinieron los oradores. La voz profunda y el pelo blanco de Elías Lafferte, su silueta vigorosa, antecedió al orador de fondo, el candidato presidencial. Era febrero de 1952. Intervino con un lenguaje didáctico y apasionado. Quien sólo hubiera escuchado su discurso no se habría imaginado jamás el escenario y la audiencia que alcanzaba a 40 ó 50 personas, incluyendo los dos carabineros.

El dirigente comunista Volodia Teitelboim, uno de los secretarios generales de la campaña presidencial, dejó constancia en sus memorias de la debilidad de la izquierda entonces, con la mayor parte del socialismo volcado con Ibáñez y con el Partido Comunista muy debilitado por la represión (1999: 350-351):

Nos dolía en el alma ver que la campaña no cundía. La persecución de González Videla había producido un desplome de la confianza. La fractura

3. *Apsi*, septiembre de 1987, pp. 3-4.

de la izquierda, el movimiento sindical diezmado hicieron que gran parte del pueblo volcara su esperanza en el hombre que prometía soluciones milagrosas. Por lo empujado de la cuesta estábamos obligados a forcejear contra viento y marea. Así íbamos tratando de tocar puertas de pueblo en pueblo. Los actos en esa campaña del 52 se asemejaban a veces a las prédicas de los *canutos* (los protestantes) en las esquinas, con la diferencia de que nuestra jornada era de mañana, tarde y noche.

No puedo olvidar lo que sucedió en Pedro de Valdivia, donde yo había estado muchas veces, acompañando a Elías Lafertte. Entonces hablábamos ante toda la población. La gran mayoría de los dirigentes sindicales elegidos eran comunistas. Ahora no había casi nada, salvo unos cuantos camaradas que tenían que trabajar en la sombra, porque si los descubrían los enviaban a Pisagua.

Evoco aquel ocaso político, el último sol sobre la oficina. No veíamos a nadie. Sólo cuando se hizo de noche y la oscuridad tendió, como se dice en las crónicas antiguas, un manto protector, divisamos algo que se movía en la penumbra. Otros se ocultaban tras los escasos y raquíticos árboles de la plaza. Allende hablaba como si al frente hubiera una muchedumbre. Sabía que estaba arrojando semillas en el desierto. Tenía confianza en que iban a germinar. Y por eso explicaba con paciencia y energía su proyecto de un país nuevo a un público invisible y temeroso.

Él era así. Embestía contra el mal tiempo. En la isla de Chiloé recorríamos en auto los caminos. Tomaba el megáfono y cuando pasábamos frente a cada casa –todas dispersas– saludaba al que vivía allí, pronunciando su nombre (que le había sido comunicado por el compañero del lugar, conocedor de todos sus ocupantes). Así hacía propaganda personalizada. La concurrencia era exigua. Carmen Lazo, que tenía muy buena relación con Allende, sacaba del bolsillo no recuerdo bien si un flautín o una armónica y comenzaba a tocar. Empezaban a acercarse niños y tras ellos las madres, los padres, las familias. De este modo se reunía *quórum* para iniciar la proclamación.

También Carmen Lazo, una de las mujeres más relevantes de la historia del socialismo chileno, participó de manera destacada en las cuatro campañas presidenciales de Allende. De la de 1952, la *negra* Lazo recuerda, entre otras, esta anécdota (Lazo y Cea, 2005: 54-55):

En esa misma gira íbamos con Volodia Teitelboim (...) Un día me dijo: «¿Sabes, Carmen? Creo que Allende es un ladrón intelectual». Me quedé pensando por qué Volodia decía eso y me acordé de que cada vez que llegábamos a una oficina salitrera, yo, cansada de discursar, empezaba confidenciando: «Miren, compañeros, yo ya estoy cansada de hablar bien

de este caballero, así que ahora les voy a contar un cuento». Empezaba a narrar las andanzas del gigante y los enanos de Gulliver. Y cuando ya había hecho el cuento agregaba: «Bueno, ustedes ya habrán comprendido que el gigante es América Latina y los enanos que amarraron al gigante hasta dejarlo inmovilizado son los intereses económicos, por el cobre, por la plata, el platino, el hierro y todas nuestras riquezas naturales».

Este cuento resultó muy ilustrativo, pues nuestros invitados entendían cabalmente cuál era el problema de nuestro subdesarrollo. Cuando dejamos ese lugar para ir a otro, Allende me advirtió: «Morena, olvídese del gigante, porque en la otra oficina salitrera lo voy a usar yo». Esto motivó el comentario de Volodia y por supuesto que lo usaba y le sacaba mucho más partido al cuento del gigante y los enanos.

Sin el apoyo de ninguno de los grandes partidos y con un discurso que hacía concesiones a la izquierda (reforma agraria, derogación de la «Ley Maldita»), Ibáñez avasalló a pesar de su edad avanzada y su pasado autoritario (46,8 % y 446.439 votos) en unas elecciones marcadas por la participación por primera vez de las mujeres, mientras que Allende quedó en último lugar con el 5,4 % y 51.975 sufragios. Las provincias en las que el candidato del Frente del Pueblo logró más votos fueron Santiago (22.762), Concepción (5.468) y Valparaíso (4.250), las únicas, por otra parte, en las que obtuvo más de mil votos femeninos.⁴

Durante aquella jornada Allende permaneció en la Casa del Pueblo, un viejo caserón situado en la calle Serrano, a dos esquinas al sur de la Alameda. A última hora de la tarde, cuando la victoria de Ibáñez era inapelable, corrió el rumor de que militantes del PSP se dirigían hacia allí con el objeto de propinar un escarmiento físico a los «traidores» que según ellos se habían vendido a la derecha y habían recibido fondos de Matte para arrebatarle votos a Ibáñez. Según el relato de Osvaldo Puccio, cerraron las puertas y Allende, subido a una mesa del vestíbulo, destacó el valor de la campaña que habían realizado (1985: 31):

Si son consecuentes los que hoy nos detractan, como lo dicen siempre, un día no lejano marcharán detrás de nosotros y juntos haremos de este país la primera nación socialista de América. (...) Si el mundo se construyó en siete días, el socialismo no se logra construir en tan poco tiempo; porque el mundo es la imperfección y el socialismo es la perfección.

El 7 de septiembre en un discurso en el Senado afirmó (Ligero y Negrete, 1986: 56):

4. Fuente: Servicio Electoral de la República de Chile.

Nunca pensamos triunfar. Pero obtuvimos un porcentaje que implica un triunfo real y efectivo, porque los 52 mil sufragios del Frente del Pueblo constituyen la expresión de otras tantas conciencias limpias que sabían que votaban por un programa, por una idea, por algo que estaba apuntando hacia el futuro.

Y años más tarde señaló (Lavretski, 1978: 64-65):

Usted me pregunta por qué entré en alianza con los comunistas en 1951. No lo hice por guerra «fría», «templada» o «caliente», sino partiendo de los intereses de Chile. Por entonces yo consideraba que Chile necesitaba un curso político más claro que el elegido por el Partido Socialista, que había tomado la decisión de apoyar la candidatura del general Ibáñez. Aun sin tener en cuenta sus características personales, está claro que Ibáñez no podía ser el abanderado del proceso revolucionario.

Considero que la revolución antiimperialista y antioligárquica debe basarse principalmente en la unidad de la clase obrera que en Chile está representada por el Partido Comunista y el Socialista. Si no hay acuerdo entre ellos, entonces se lanzarán a una guerra fratricida, como tuvo lugar en el pasado, debilitando al movimiento revolucionario y beneficiando a la burguesía y al imperialismo. Yo mismo fui expulsado de mi partido por negarme a apoyar a Ibáñez. La alianza con los comunistas en 1951 no perseguía la victoria electoral por cuanto el Partido Comunista se hallaba entonces en la clandestinidad. Pero yo perseguía un objetivo más importante: la creación de un verdadero instrumento de liberación de la clase obrera y de Chile.

A pesar del magro resultado, su candidatura señaló un camino para la izquierda: la unidad de las fuerzas populares en torno a un programa de gobierno para la transformación profunda del país. La coyuntura de 1952 forjó también el entendimiento entre Salvador Allende y los comunistas, quienes con el tiempo llegaron a convertirse en uno de sus aliados más leales. Con la creación del Frente de Acción Popular (FRAP) y la reunificación del socialismo, un lustro después, empezó a gestarse un impresionante movimiento popular cuya clave de bóveda fue la unidad de acción entre socialistas y comunistas, algo realmente excepcional en el contexto de la *guerra fría*. Desde el principio Salvador Allende se constituyó en el gran adalid de la unidad de la izquierda.

III. LA UNIDAD DE LA IZQUIERDA

La primera candidatura presidencial de Salvador Allende representó un verdadero punto de inflexión. En febrero de 1953 se celebró el congreso fundacional de la Central Única de Trabajadores (CUT), que unió a los trabajadores de filiación comunista, socialista, socialcristiana, radical y anarquista (Moulian, 2006: 180-182), y también aquel año el Partido Socialista Popular puso fin a su colaboración con Ibáñez. En 1956 se fundó el Frente de Acción Popular, en 1957 el socialismo se reunificó y en 1958 Allende se quedó a treinta mil votos de La Moneda y la izquierda se confirmó como una alternativa de poder, cuatro meses antes de que los guerrilleros de Sierra Maestra entraran en La Habana y cambiaran la historia de América Latina.

El Congreso fundacional de la CUT se celebró entre el 12 y el 15 de febrero de 1953 en el Teatro Coliseo de Santiago en una convocatoria suscrita por 2.355 delegados que representaban a unos 300.000 trabajadores sindicalizados y contó con la condescendencia del Gobierno, hasta el punto de que el ministro de Trabajo, Clodomiro Almeyda, intervino en la jornada inaugural para garantizar el respeto a la libertad sindical. Si bien en torno al 40 % de los delegados eran militantes comunistas, la primera dirección de la CUT estuvo presidida –y lo hizo hasta 1961– por Clotario Blest (un hombre de profundas creencias cristianas), acompañado por representantes de todas las tendencias: cinco comunistas, siete socialistas, tres anarquistas, dos socialcristianos, dos radicales, dos ibañistas, tres socialistas disidentes y un independiente (Arrate y Rojas, 2003: 290).¹

1. En su declaración de principios, la CUT aseguraba que su «finalidad primordial» era la organización de todos los trabajadores, «sin distinción de credos políticos o religiosos, de nacionalidad, color, sexo o edad», para luchar contra la explotación del hombre por el hombre hasta lograr la sustitución del régimen capitalista por el socialismo (Silva, 2000: 273).

En marzo, en las elecciones parlamentarias, el ibañismo arrasó y logró la mitad de los escaños en el Congreso Nacional. Allende se postuló en aquella ocasión por las circunscripciones de Tarapacá y Antofagasta y fue de nuevo elegido, por lo que se convirtió en el único senador del Partido Socialista de Chile. También triunfaron por aquellas provincias Raúl Ampuero (PSP), el agrario laborista Guillermo Izquierdo, el radical Marcial Mora y el liberal Fernando Alessandri.² Durante aquel periodo, Allende fue vicepresidente del Senado en 1954 (a pesar de que la izquierda era claramente minoritaria) y en 1955 el Senado aprobó su proyecto de creación del Servicio Nacional de Salud y de Seguridad Social.

En octubre de aquel año, Allende ejecutó otra de las maniobras que le reportó reconocimiento por su capacidad para leer el escenario político y actuar en consecuencia: su proverbial y reconocida «muñeca política». En unas elecciones parciales para elegir un senador, propuso que el Frente del Pueblo se aliara con toda la oposición a Ibáñez, incluidos los conservadores y los liberales, detrás de la candidatura del socialista Luis Quinteros Tricot, y desnudar así la naturaleza reaccionaria del ibañismo. Meses después reeditó la operación al apoyar la candidatura a diputado de Rafael Agustín Gumucio (destacado dirigente socialcristiano) frente a Clodomiro Almeyda. En aquellos días Osvaldo Puccio le planteó sus dudas (1985: 36):

En estas campañas electorales tuve algunas dudas respecto a la política de alianza propuesta por Allende. ¿No estaríamos creando un desconcierto ideológico en la mente de los compañeros al trabajar con sectores de la reacción? Yo pensé, en ese entonces, si no era preferible que nosotros levantáramos un candidato propio, con el cual perdiéramos la elección, pero hiciéramos claridad política. Allende me escuchó y me dijo que yo no le decía nada nuevo. Realmente existía el peligro, siempre y cuando las razones por las cuales se estaba haciendo esta alianza con los sectores de la burguesía no fueran razones de raíces políticas más profundas, y me explicó que lo que él buscaba con esto era despegar del árbol de Ibáñez a los sectores proletarios que aún estaban con él.

La única forma de hacerlo era golpeándolos. Me dijo: «Nosotros tenemos que recuperar de ahí sectores como los socialistas populares, los sectores obreros, que tiene muchos; Ibáñez tiene una gran masa obrera que está engañada. Y nosotros, con una alianza como la que hacemos, le demostramos a esa masa obrera que triunfos electorales se pueden conseguir con la derecha, pero que no se pueden conseguir conquistas

2. *Fuente:* Servicio Electoral de la República de Chile.

políticas. Lo que tenemos que hacer es unirnos, unir el proletariado, unir a los partidos de la clase obrera y así vamos a obtener grandes triunfos políticos y no sólo triunfos electorales».

La ruptura con el ibañismo condujo al PSP de manera irremisible al entendimiento con las fuerzas que integraban el Frente del Pueblo. El 1 de marzo de 1956, los dos partidos socialistas, el comunista Partido del Trabajo, el Partido Demócrata del Pueblo y el Partido Democrático, con la participación desde la clandestinidad del Partido Comunista, suscribieron el Acta de Constitución del Frente de Acción Popular (FRAP) y eligieron como su presidente a Salvador Allende. El FRAP levantó un programa «antiimperialista, antioligárquico y antifeudal dirigido a la emancipación del país, al desarrollo industrial, a la eliminación de las formas precapitalistas de la explotación agraria, al perfeccionamiento de las instituciones democráticas y a la planificación del sistema productivo con vistas al interés de la colectividad y a la satisfacción de las necesidades básicas de los trabajadores».

Si la composición del FRAP se correspondía con las tesis del Frente de Trabajadores, su política y su programa se acercaron más a la línea comunista. En las elecciones municipales de abril la izquierda alcanzó 130.000 votos y eligió 248 concejales.

Sin embargo, el debate central que atravesó toda la existencia del FRAP y más tarde de la Unidad Popular, hasta el 11 de septiembre de 1973, se inauguró ya en las postrimerías de 1955. A finales de octubre de aquel año, el PSP realizó su XVI Congreso, en el que aprobó la línea política del Frente de Trabajadores, que declaró agotada la etapa de los acuerdos con los partidos burgueses y apostó por una alianza que agrupara sólo a las fuerzas políticas obreras y a la CUT. En cambio, en abril de 1956 el X Congreso del Partido Comunista oficializó su apuesta por la «vía pacífica» explicitada en la línea política del Frente de Liberación Nacional,³ que significaba una continuación de la línea política fren-

3. El secretario general del PCCh, Galo González, aseguró en el X Congreso: «La posibilidad de que nuestra revolución se realice por medios pacíficos, esto es, sin que sea forzoso recurrir a la guerra civil depende de dos factores esenciales: del poderío y la resistencia de las clases enemigas y de la capacidad de la clase obrera para unir en torno suyo a la mayoría nacional y conquistar, por medio del sufragio u otra vía similar, el poder para el pueblo. No hay duda de que en nuestro país el enemigo es relativamente fuerte y presenta y presentará una tenaz resistencia a los cambios revolucionarios. Pero tampoco hay duda de que la clase obrera puede vencer esa resistencia, puede agrupar en torno suyo a la mayoría nacional y arribar al poder por medio del sufragio u otro procedimiento que no sea el de la guerra civil» (Corvalán, 1971: 29). En febrero

tepopulista levantada a partir de 1933. El PCCh defendía la alianza con sectores de la burguesía cuyos intereses les enfrentaban con el capital monopolista y con el imperialismo para realizar los cambios profundos propios de la revolución democrático-burguesa y después avanzar de manera gradual hacia el socialismo (Varas, 1988: 144-173).

El 4 de diciembre 1956 Salvador Allende destacó en el Senado la trascendencia del proceso de unidad de la izquierda (Martner, 1992: 188-191):

Nosotros creemos que ha llegado la hora de que los partidos auténticamente populares creen una conciencia cívica capaz de brindarle a Chile una salida política, una alternativa distinta, una solución nueva, y esta salida política la estamos labrando lealmente en el Frente de Acción Popular; la estamos trabajando, los partidos que lo integran, a sabiendas de que hemos cometido errores, como errores cometieron Sus Señorías, antes y después.

No tuvo reparos en señalar ante el resto de senadores que los socialistas compartían trinchera en el FRAP con el Partido Comunista y, frente a las acusaciones de la derecha de que los comunistas promovieron la subversión durante los gobiernos de Aguirre Cerda y Ríos, defendió su actuación dentro de la legalidad. Asimismo, destacó algo importante para el futuro, su realismo político:

Los comunistas no son políticos improvisados. Tienen un método para medir los fenómenos sociales. Saben lo que es la ubicación geográfica y económica. Se dan cuenta de qué somos nosotros, dónde estamos situados, y comprenden, sin que se lo diga nadie, que habría de ser torpe, ingenuo y poco realista para pretender en Chile en esta época y en esta hora que hubiera un gobierno comunista.

¿Creen los señores senadores —y perdónenme, pues tengo el mayor respeto por la personalidad de Elías Lafferte— que podría durar en Chile un Gobierno formado por los señores Lafferte, Galo González y Carlos Contreras, frente a la realidad que es este país, frente a lo que lo circunda y a la tremenda influencia de Estados Unidos, que, ojalá, no se hiciera sentir como en Guatemala, porque bastaría sólo con la presión económica para que cualquier Gobierno se derrumbara?

Si mañana Chile, con legítimo derecho eligiera un gobernante comunista, tengo la certeza absoluta de que la presión internacional sería de tal magnitud que la voluntad soberana del país se vería doblegada. Los comunistas lo saben; son lo suficientemente fríos, en el sentido justo de

de 1956, el histórico XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética había aceptado «la vía pacífica» como doctrina marxista-leninista.

la apreciación política, para comprender que existe esta limitación, esta realidad. Saben que hay una realidad social, económica, geográfica, en un país pequeño como el nuestro, sometido a la tremenda y violenta fuerza de la presión internacional, que se ejerce en lo económico y en lo político.

Como era habitual en aquellos años, después de fundamentar su alianza con los comunistas, aclaró que los socialistas mantenían con ellos diferencias en política internacional:

Porque he creído sinceramente que los comunistas chilenos acatan los compromisos contraídos con nosotros —y lo he probado a lo largo de algunos años que tengo de contacto con ellos—, sigo lealmente trabajando sobre la base de esos compromisos neta y claramente establecidos. Jamás nosotros aceptaríamos la presencia del Partido Comunista si ello significara, de parte nuestra, hipotecar nuestro derecho a criticar, a analizar, a desmenuzar la política internacional de la Unión Soviética. Si los comunistas chilenos están de acuerdo con algunos puntos de esa política, o no lo están, es problema de ellos; pero nunca ese problema se ha proyectado en nuestras relaciones y jamás han puesto como condición para mantener ese entendimiento el que nosotros opinemos de esta u otra manera en el aspecto internacional o nacional.

Honorables senadores liberales, mi partido está con el Partido Comunista, porque siempre sostendrá que las ideas, los principios y las doctrinas no se arrancan del corazón de los hombres y de las multitudes, ni con leyes represivas, ni con la cárcel, ni con el destierro, ni con la persecución. Reclamamos para los comunistas el mismo derecho a la vida cívica que para ustedes y para nosotros. Si dentro de este respeto ellos son capaces, por su ejecutoria, por su esfuerzo y su trabajo, de ser más grandes que nosotros, la responsabilidad es nuestra.

Hay muchos países de Europa donde el comunismo tiene vida legal y, sin embargo, los socialistas son mayoría y los partidos de ideas liberales también tienen una representación considerable. En igual forma, nosotros queremos que en nuestro país haya respeto para todas las convicciones.

Precisamente, hacía pocas semanas que los tanques soviéticos habían invadido Hungría, acción que había condenado en el Senado al abogar por un socialismo de bases libertarias y el principio de la libre determinación de los pueblos (Archivo Salvador Allende, 11, 1990: 139-141):

Lo que ocurre en Hungría no puede sernos extraño ni dejar de interesarnos desde un punto de vista humano y social.

La experiencia vivida por la humanidad en estos días reafirma lo que hemos venido sosteniendo en cuanto a que los principios socialistas pueden

y deben buscar los cauces de superación y reemplazo del capitalismo de acuerdo con las características de cada país.

Es evidente el fracaso de todas las tendencias que han creído que los regímenes políticos pueden ser trasplantados o impuestos sobre los pueblos. No hay pueblo que acepte el colonialismo mental o espiritual y, tarde o temprano, su lucha emancipadora buscará sus legítimos y propios derroteros. (...)

Sin discusión, los errores en que se ha incurrido en Hungría han provocado una reacción que ha llegado a convertirse, por desgracia, en una verdadera guerra civil.

Nosotros, que somos partidarios de la autodeterminación de los pueblos, no podemos dejar de expresar claramente nuestra palabra condenatoria de la intervención armada de la Unión Soviética en Hungría. Ni aun con el pretexto de aplastar un movimiento reaccionario que significara la limitación de las conquistas sociales o económicas que pudiera haber alcanzado el pueblo húngaro y la vuelta a formas políticas caducas justificaríamos nosotros la intervención de una potencia extranjera. Y mantenemos esta actitud cualquiera que sea el país de que se trate.

En junio de 1957, el XVII Congreso General del Partido Socialista sancionó la reagrupación de sus filas. En el programa aprobado, que asumía la línea política del Frente de Trabajadores, se incluyeron medidas como la nacionalización sin indemnización de «todas las empresas imperialistas extractivas y servicios de utilidad pública, bajo control y administración obrera»; la planificación de la producción nacional a partir de las necesidades señaladas por unos comités de obreros, campesinos y empleados; la nacionalización de la banca y de las compañías de seguros y el monopolio del comercio exterior por el Estado; una «revolución agraria», con la expropiación sin indemnización de los latifundios; la derogación de todas las leyes represivas, en especial la Ley Maldita (Casanova Valencia y Fernández Canque, 1973: 190). Como secretario general fue elegido Salomón Corbalán y, entre los miembros del Comité Central estuvieron Raúl Ampuero, Clodomiro Almeyda, José Tohá o Belarmino Elgueta, pero no Salvador Allende, que nunca más volvió a integrar este órgano de dirección.

Moulian subraya que el Partido Socialista surgido de la reunificación de 1957 era distinto del existente hasta entonces, ya que era una organización marcada por su participación en las coaliciones de centro-izquierda de 1938-1946 y por el apoyo al experimento populista de Ibáñez (2005: 41).

Esa evaluación negativa de ambas experiencias generó dos efectos en el terreno ideológico. El primero es que se produce una mayor vertebración de las opciones estratégicas del partido, antes medio difusas e implícitas,

en especial el tópico de la definición del carácter de la revolución. El segundo es la acentuación del carácter crítico hacia las posiciones del Partido Comunista, realizada desde un lugar más a la izquierda, lo que significa el desarrollo por parte de los socialistas de una fórmula estratégica distinta (el Frente de Trabajadores).

El otro acontecimiento decisivo de aquel año fue la creación el 27 de julio de 1957 del Partido Demócrata Cristiano (PDC). Dos décadas antes el impulso de un grupo de jóvenes dirigentes de la Acción Católica, como Bernardo Leighton, Eduardo Frei, Radomiro Tomic o Rafael Agustín Gumucio, había transformado la rama juvenil del vetusto Partido Conservador en la Falange Nacional (Grayson, 1968: 100-144),⁴ un partido que siempre tuvo un rol secundario. Así, en 1953 tan sólo logró elegir tres diputados, el mismo número que en 1941, de ahí la necesidad evidente de agrupar su espacio político, materializada en la constitución de la Federación Social Cristiana en septiembre de 1953 junto con el Partido Conservador Social Cristiano.

Las elecciones de 1957 les rescataron de la marginalidad política al obtener casi el 10 % de los votos y 14 diputados; además, Eduardo Frei conquistó un escaño de senador por Santiago, por delante de Jorge Alessandri, con la mayor votación nacional, por lo que se lanzó a la carrera presidencial ya que, al igual que Allende, era capaz de capturar apoyos más allá de las fronteras partidarias. El 27 de julio de 1957 los dirigentes de la Falange (Eduardo Frei y Rafael Agustín Gumucio) y del Partido Conservador Social Cristiano suscribieron en el Salón de Honor del Congreso Nacional el acta de nacimiento del Partido Demócrata Cristiano, que en apenas seis años se convertiría en el primer partido del país y sólo siete años después alcanzaría la Presidencia de la República con un ambicioso proyecto reformista.

La reunificación socialista y la fundación del PDC fueron el prelude de la larga campaña de las elecciones presidenciales del 4 de septiembre de 1958. Sin embargo, antes de que los ciudadanos concurren a las urnas, el Congreso Nacional aprobó dos reformas legales trascendentales promovidas por el Bloque

4. A pesar de su denominación, aquellos jóvenes no comulgaban con el ideario fascista de José Antonio Primo de Rivera, sino con el socialcristiano inspirado principalmente en Maritain, aunque se produjo otra coincidencia ya que, si la Falange española tenía sus Veintiocho Puntos Fundamentales, la chilena se conformaba con aquellos Veinticuatro Puntos Fundamentales que proclamaban que su lucha era «una cruzada que se impone instaurar en Chile un Orden Nuevo. Más que un simple partido es una afirmación de fe en los destinos de Chile y una voluntad inquebrantable al servicio de la nacionalidad» (Díaz Nieva, 2000: 225-226).

de Saneamiento Democrático, integrado por las fuerzas de izquierda, el PDC y el Partido Radical: la derogación de la «Ley Maldita» y una nueva ley electoral que desterró el cohecho e instituyó la cédula única (el uso de una sola papeleta para votar) a partir del año siguiente.

Con el lema «Un camino nuevo, un candidato popular y un programa de lucha», entre el 15 y el 17 de septiembre de 1957 el Salón de Honor del Congreso Nacional acogió la Convención Presidencial del Pueblo, en la que participaron 1.800 delegados que eligieron la candidatura de Allende entre otras cinco y definieron las propuestas medulares de la izquierda (Arrate y Rojas, 2003: 322).

En mayo de aquel año, Salomón Corbalán, secretario general del Partido Socialista, había informado a Allende de la resolución de la dirección de lanzar su candidatura presidencial, a pesar de que no había sido fácil, le precisó, tal decisión. Si bien reaccionó con ironía, éste se apresuró a sugerir la celebración de una amplia y plural asamblea de las fuerzas políticas y sociales de izquierda. Aquella noche cenó en casa de Osvaldo Puccio (1985: 44):

Allende planteó cómo se imaginaba la convención presidencial del pueblo. Quería integrar a profesionales y técnicos independientes. Esto iba un poco más allá de lo que se había planteado solamente en los partidos y las organizaciones de masas, es decir, obreros y campesinos. Ahora quería integrar también a sectores de la clase media y de la intelectualidad. Allende aspiraba a una participación muy amplia. En esa convención no había que llegar a elegir hombres, que presentaran después su programa: había que llegar con un programa, para elegir después a un hombre que lo realizara.

Los cuatro pilares del programa fueron la reforma agraria, la nacionalización del cobre y del salitre, el control de la banca privada y la creación de un área de propiedad estatal en la economía, medidas que articulaban una propuesta de transición gradual que implicaba los principios de lo que a partir de 1970 se conoció como «la vía chilena al socialismo» (Nolff, 1993: 59-62). La campaña se inició con una gira por la provincia de Valparaíso y muy pronto el candidato y sus acompañantes, entre ellos Puccio, pudieron palpar la enorme diferencia respecto a 1952, el apoyo entusiasmado que recibían principalmente de parte de los trabajadores.

De nuevo, Salvador Allende mostró su interés para entablar conversación con los obreros y las gentes sencillas, su conocimiento de casi todos los rincones del país, su sensibilidad ante las injusticias que sufrían las clases populares. En Valparaíso, el concejal comunista Luis Vega organizó una visita a los trabajadores del matadero de la ciudad (Puccio, 1985: 54):

Los compañeros habían preparado una ceremonia. Nos llevaron a un recinto de matanza, donde tenían un buey listo para ser carneado. Todavía hoy se hace en Chile de la misma manera: le pegan al animal en la cabeza o lo matan degollándolo. Nos pararon a unos diez metros frente a ese animal. Luego se acercó el jefe de los matarifes con un ayudante que llevaba un gran jarro de lata. Le clavó un puñal en la aorta al animal y salió el chorro de sangre. La recibieron en un jarro y lo prepararon de inmediato con ají, cebolla, ajo, sal y otros aliños. Esta mezcla los matarifes la llaman *ñachi*. Después de revolver la sangre caliente con un palo, entregaron el pocillo, que tenía forma de jarro cervecero, a Allende. Allende hizo como un saludo a todos y tomó un trago largo. Después me pasó el jarro a mí y me dijo que tomara. Le habían quedado los bigotes llenos de espuma y se limpió como lo hacen los matarifes, con la mano.

Fue en el marco de aquella campaña cuando se produjo otro episodio que relató Puccio y en el que se vio involucrada la madre del candidato de la izquierda. Un día en el confesionario el sacerdote le preguntó a Laura Gossens, una persona de hondas creencias católicas, por quién votaría en las elecciones, en un momento en el que la Iglesia mantenía los más duros anatemas sobre todo lo que sonara a comunismo. Doña Laura le respondió que sufragaría por Allende, por lo que, indignado, el cura le replicó que si no sabía que este hombre era comunista, que iba a destruir las iglesias, a encarcelar a los curas, a ordenar que se violara a las monjas... Ella le rebatió que Salvador Allende era un buen hijo y por tanto incapaz de cometer tamañas cosas. Cuando el cura le preguntó cómo sabía que era tan buen hijo, ella le respondió: «Muy sencillo, soy su madre».

Ante la precariedad económica para afrontar los gastos de la campaña (publicidad en la radio y los periódicos, impresión de carteles, funcionarios del equipo nacional de la campaña, gastos derivados de los viajes del candidatos...), recurrieron a la práctica utilizada con éxito por los comunistas de organizar almuerzos para recaudar fondos. Así, el 26 de junio de 1958, con motivo del 50º cumpleaños del candidato, su comando nacional organizó una comida en el céntrico y elegante restaurante santiaguino «El Pollo Dorado» con entradas al precio de cincuenta mil pesos. Aquel acto llamó la atención de la prensa y despertó las críticas de los otros candidatos, pero Allende salió al paso instando a los otros partidos a revelar sus fuentes de financiación (Puccio, 1985: 59-63).

El 7 de agosto el Teatro Baquedano acogió un gran acto de apoyo a la candidatura del FRAP en el que intervino Pablo Neruda en nombre de los escritores y artistas que la respaldaban (Gutiérrez Revuelta y Gutiérrez, 2004: 283-288):

Pero sabemos, y por eso estamos aquí, que ante todo debe elevarse nuestro pueblo a la dignidad humana que merece. Y en esta lucha, en esta convicción combatiente, nos sentimos representados por Salvador Allende. Los artistas y escritores tenemos mucho que pedir, tenemos mucho que hablar, tenemos mucho que trabajar con el nuevo Presidente de Chile. No queremos dejarlo solo ni que nos deje solos. Pero hay problemas vitales para nosotros, problemas de la conciencia herida. Son problemas totales de nuestro país y, por lo tanto, vienen antes que nuestros propios problemas profesionales.

Primero: ¡basta de analfabetos! No queremos seguir siendo escritores de un pueblo que no puede leer. No queremos sentir la vergüenza, la ignominia de un pasado estático y leproso. Queremos más escuelas, más maestros, más periódicos, más libros, más editoriales, más revistas, más cultura. (...) Esperamos que tu Presidencia, Salvador Allende, amigo y camarada, se desarrolle en el periodo de paz mundial y comprensión entre los pueblos que deseamos como única solución para tan amargos conflictos.

Futuro presidente de Chile: espero que te encuentres muchas veces, que llames muchas veces, a los escritores y artistas, y que en el Gobierno nos hables y nos escuches. Hallarás siempre en nosotros la mayor fidelidad al destino de nuestra patria y también el mayor desinterés. Tenemos un solo interés, que tú compartes: la dignificación de nuestro pueblo. En este sentido, queremos decirte que esta lucha que tú encabezas hoy es la más antigua de Chile: es el glorioso combate de la Araucanía contra sus invasores, es el pensamiento que levantó las banderas, los batallones y las proclamas de la Independencia, el mismo contenido de avance popular que tuvo el movimiento de Francisco Bilbao. Y, ya muy cerca de nosotros, Recabarren, no sólo aportó su condición de más grande dirigente proletario de las Américas, sino también la de escritor de dramas y panfletos populares. El pensamiento de Chile ha acompañado dramáticamente todas las ansiedades, todas las tragedias y las victorias de nuestro pueblo.

Te acompaño en esta ocasión y te proclamamos candidato a la Presidencia de la República de Chile porque creemos con firmeza y con alegría que no abandonarás este camino. En la victoria te acompañarán todos los que cayeron, infinitos sacrificios y sangre derramada, agonías y dolores que no lograron detener nuestra lucha. Te acompaña también el presente, una conciencia más amplia y más segura de la verdad y de la Historia. Y, por último, también te acompañarán las inmensas victorias alcanzadas y la liberación inaplazable de todos los pueblos. Salvador Allende: están contigo lo bueno del pasado, lo mejor del presente y todo el futuro.

Algunos días después de aquel acto, Allende y un grupo de dirigentes del FRAP se subieron a un tren que durante diez días les llevó hasta Puerto Montt y que se convirtió en el mayor acierto de aquella campaña: el «Tren de la Vic-

toria». Alquilaron una locomotora vieja de carbón que fue pintada de negro, en su morro se incrustó un escudo de Chile y, si en un lateral colgaron un letrero que decía «Tren de la Victoria», en el otro figuró la consigna «A todo vapor con Salvador». Desde el primer momento el recorrido fue apoteósico, ya que en cada localidad centenares de personas se acercaban a la vía para saludar a su candidato presidencial. En la primera parada, frente a la maestranza de San Bernardo, Allende habló acompañado por el recién elegido secretario general del Partido Comunista, Luis Corvalán. En la plaza central de Rancagua, prometió a los trabajadores de la mina El Teniente y al país que como presidente de la República nacionalizaría la gran minería del cobre, la mayor riqueza del país, explotada desde principios de siglo por multinacionales estadounidenses.

En Curicó se produjo uno de tantos episodios que revela la concepción de Allende de su papel como revolucionario. Mientras pronunciaba su discurso, que solía durar más de una hora y en el que conjugaba los principios políticos con un gran sentido didáctico, con alusiones directas al auditorio precedidas de la fraternal palabra «compañero», se acercó una campesina que le besó la bastilla del pantalón, ante la sorpresa y la reacción indignada de Allende. Al regresar al tren, se dirigió a quienes le acompañaban (Puccio, 1985: 71-72):

Compañeros, yo no soy un Mesías, ni quiero serlo. Yo quiero aparecer ante mi pueblo, ante mi gente como una posibilidad política. Quiero aparecer como un puente hacia el socialismo. Tenemos la responsabilidad de que eso no vuelva a ocurrir. Hay que golpear políticamente. Tenemos que hacer claridad política. No podemos llegar al gobierno, no podemos llegar a La Moneda con un pueblo que espera milagros. Tenemos que llegar a La Moneda con un pueblo que tenga conciencia. Tenemos que luchar hasta conseguirlo. Van a venir años duros, pues la construcción del socialismo no es una cosa fácil. Cambiar este país no es un asunto de horas. Y una mujer que besa los pantalones o intenta besarle los pies a uno, espera milagros que yo no puedo hacer, porque el milagro tendrá que hacerlo el pueblo y no yo.

En aquellos once días Allende pronunció 147 discursos. Al regresar a la Estación Central de Santiago, una multitud le esperaba y le impelieron a marchar al frente de una improvisada manifestación hasta la Plaza Bulnes, donde se dirigió de nuevo a sus partidarios. El 31 de agosto el FRAP clausuró su campaña con un gran acto de masas en el centro de Santiago, de nuevo en la plaza Bulnes, en la que desde cuatro puntos distintos de la ciudad confluyeron las columnas formadas por miles de personas denominadas «O'Higgins», «Balmaceda», «Pedro Aguirre Cerda» y «Salvador Allende».

El 4 de septiembre Allende emitió su sufragio en el liceo José Victorino Lastarria de Santiago, al mediodía compartió mesa en su casa de la calle Guardia Vieja (en la comuna de Providencia) con Salomón Corbalán, Luis Corvalán y otros dirigentes y después se dirigió a la Casa del Pueblo, situada en la céntrica calle Compañía. En las primeras horas de escrutinio, los datos anunciaban una apretada lucha suya con Alessandri, pero, hacia las seis de la tarde, cuando él encabezaba el escrutinio, se produjo un terremoto con epicentro a cincuenta kilómetros de la capital, lo que ocasionó problemas en el recuento de los sufragios en unas mesas en las que la izquierda tenía pocos apoderados y la derecha controlaba.

Finalmente, el derechista Jorge Alessandri se impuso con 389.909 votos (31,18 %), Allende logró 356.493 votos (28,51 %) y Eduardo Frei, 255.769 (20,46 %). En último lugar, muy lejos del radical Luis Bossay (192.077 votos, el 15,36 %), quedó el diputado elegido en las filas del FRAP Antonio Zamorano, conocido como «el cura de Catapilco», quien logró 41.304 votos (3,30 %) y cumplió el objetivo de quienes le promocionaron: arrebatarle a Allende el apoyo necesario para propiciar su derrota.

Uno de los comentaristas políticos más influyentes de la época, Luis Hernández Parker, escribió en la revista *Ercilla* que, a pesar de la derrota, aquel resultado suponía «una gigantesca victoria revolucionaria para el FRAP» y que la influencia del «allendismo» entre los trabajadores y los campesinos era el aspecto más relevante de aquellos comicios (Veneros, 2003: 226). Allende no sólo venció en las provincias del Norte Grande (Tarapacá y Antofagasta) y el Norte Chico (Atacama y Coquimbo) y en Arauco, Concepción y Magallanes, sino que logró penetrar con éxito en el electorado de las zonas rurales (en Ñuble, Talca o Curicó obtuvo casi los mismos votos que Alessandri). Además, fue el candidato más votado por la población masculina, aunque entre las mujeres quedó detrás de Alessandri y de Frei.⁵

Aquella noche, con la pretensión de evitar que partidarios suyos se echaran a las calles para denunciar las oscuras maniobras de la candidatura de Alessandri para alterar el resultado electoral, Allende, quien estaba persuadido de que le habían robado la victoria, habló para solicitar a las gentes de izquierda que se marcharan con tranquilidad a sus casas. Al día siguiente, en la reunión de la dirección del comando de la campaña, insistió en que lanzar a sus militantes a las calles era un acto de irresponsabilidad política y significaría exponerles

5. Fuente: Servicio Electoral de la República de Chile.

a la brutal represión de las Fuerzas Armadas. El 8 de septiembre afirmó en un discurso por radio (Quezada Lagos, 1985: 97-98):

Para nosotros habría resultado fácil promover a lo largo del país un gran movimiento de masas que desde las calles y a través de las formas de la violencia, exigiera nuestra proclamación por parte del Congreso Pleno. Al contrario, la misma noche del 4 de septiembre exigimos al pueblo su tranquilo retiro a los hogares, sin patrocinar ningún acto de esta naturaleza. Si deseáramos presionar, tendríamos otras herramientas, paralizaríamos los centros vitales del país, el cobre, el salitre, el carbón, donde nuestro poderío es incontrastable. Desmentimos, pues, la insidia de *El Mercurio*, vocero del alessandrismo, que, diariamente, tergiversa nuestra actitud y nos supone todos los sucios móviles que a él lo animan.

No habrá nada ni nadie, óiganlo bien, que pueda inducirnos a buscar el camino aventurero del golpe o la asonada. Así como somos firmes e inquebrantables en la defensa de lo que representamos, y de los derechos que nos asisten, así también somos celosos en nuestra decisión de utilizar y defender los caminos constitucionales. Si no se oirán nuestras voces para implorar el apoyo de un partido político, menos irán nuestras manos a golpear las puertas de los cuarteles como lo hiciera la derecha después del triunfo de don Pedro Aguirre Cerda. Y no lo haremos. Lo impide la fuerza de nuestras convicciones, la responsabilidad de dirigentes del movimiento popular. Y también el respeto que nos merecen las Fuerzas Armadas que, al igual que el Cuerpo de Carabineros, con motivo de esta elección han dado una vez más una muestra de patriótica prescindencia. Nuestra conducta de ahora y la del futuro habrá de ser la misma. Que los cauces constitucionales encaminen el proceso normalmente.

Cinco años después, al aceptar de nuevo ser el candidato presidencial del FRAP, evocó los confusos hechos que le privaron de la victoria entonces (Nolff, 1993: 63-64):

En 1958 tuve conciencia de que había ganado la elección y a las doce de la noche, allí en la Plaza Bulnes, levanté con serenidad mi voz. Allí se puso a prueba mi convicción democrática y la responsabilidad de los partidos y jefes que forman el FRAP. Pudimos haber paralizado la vida económica de Chile. Pudimos haber creado un hecho social y de extraordinaria magnitud de dureza. Pudo haber detenido su esfuerzo el campesino, el hombre del cobre, del salitre y del hierro. Sabíamos que el maestro primario saldría a la calle junto con el profesional con conciencia social. No lo hicimos. Aceptamos que se nos arrancara la victoria, que era nuestra, por un superior sentido, por cariño a Chile, por conciencia social, por convicción profunda, porque en la vida de un pueblo son segundos; porque nosotros

queríamos que el pueblo tuviera más sentido de su responsabilidad. Por eso, habiendo podido defender nuestra victoria, aceptamos que otros llegaran al poder.

El 24 de octubre el Congreso Pleno debió elegir al nuevo presidente de la República entre los dos candidatos más votados, Alessandri y Allende, al no haber logrado ninguno de ellos la mayoría absoluta, y, en protesta por la actuación de la derecha, los parlamentarios del FRAP se retiraron en el momento de la votación. El 3 de noviembre Alessandri se convirtió en presidente de un gobierno que la izquierda calificó como el «de los gerentes».

La derrota no llevó a Allende a moderar sus posiciones ni a renunciar a proponer al país las grandes transformaciones que consideraban necesarias para poner fin a las injusticias que golpeaban a la mayor parte de la población. Así, el 10 de diciembre, en el Senado, defendió una vez más la necesidad de una reforma agraria al presentar una iniciativa para lograr una mejora sustancial en las remuneraciones de los campesinos (Archivo Salvador Allende, 5, 1990: 47-48):

Fui candidato de los partidos populares y en las provincias agrícolas del país obtuve una votación sin precedentes. El campesino chileno se ha movilizado. No se movilizó, como lo han dicho, arteramente y cobardemente, algunos editorialistas en cierta prensa llamada seria, porque alguna vez un hombre responsable de los partidos populares les hubiera ofrecido potreros pertenecientes a determinados propietarios. Eso jamás sucedió.

Tuve especial interés en ser yo, el candidato de los partidos populares, quien planteara al país la reforma agraria. Dicha reforma, señor Presidente y señores senadores, es un hecho social y económico imposible de detener en el país. Pero la planteé siempre con la responsabilidad del hombre que ha estudiado, junto con sus compañeros, esta materia; convencido de que la economía de Chile reclama una reforma agraria; con plena conciencia de que la realidad social chilena la exige. Y por eso he repetido, hasta la saciedad, que estamos gastando cien millones de dólares al año para traer alimentos que podríamos producir. Señalé la necesidad de esa reforma porque conozco, como médico, los déficits de alimentación.

Sé cómo está marcado el niño proletario y conozco las diferencias que existen entre los niños que van a las escuelas primarias y los de las preparatorias de los liceos. Es decir, lo hice con patriótico fervor, para evitar que mañana la insurgencia sin destino vaya, quizás, a caer en la violencia y puedan segarse vidas injustamente. Por eso hemos reclamado una preocupación seria sobre la reforma agraria. Y demostraremos esa necesidad con hechos, mediante datos irrefutables de la FAO y de la CEPAL que expondremos en la próxima semana.

Semanas después tuvo lugar el acontecimiento que cambió la historia de América Latina en el siglo XX, la Revolución cubana, que tuvo una gran influencia en la radicalización de las luchas populares y en la respuesta de las burguesías nacionales y el imperialismo norteamericano. En los primeros días de 1959, después de la liberación de Santa Clara y de la entrada triunfal en La Habana de los guerrilleros de la Sierra Maestra, Allende se encontraba en Venezuela para la asunción del poder por parte de su amigo Rómulo Betancourt y decidió viajar a Cuba. Allí, por mediación del dirigente revolucionario Carlos Rafael Rodríguez, pudo reunirse con el comandante Ernesto Guevara en el cuartel de La Cabaña (Debray, 1971: 69-72):

Ahí llegué yo y ahí estaba el *Che*. Estaba tendido en un catre de campaña, en una pieza enorme, donde me recuerdo había un catre de bronce, pero el *Che* estaba tendido en el catre de campaña. Solamente con los pantalones y con el dorso descubierto, y en ese momento tenía un fuerte ataque de asma. Estaba con el inhalador y yo esperé que se le pasara, me senté en la cama, en la otra, entonces le dije: «Comandante», pero me dijo: «Mire, Allende, yo sé perfectamente bien quién es usted. Yo le oí en la campaña presidencial del 52 dos discursos: uno muy bueno y uno muy malo. Así es que conversemos con confianza, porque yo tengo una opinión clara de quién es usted».

Después me di cuenta de la calidad intelectual, el sentido humano, la visión continental que tenía el *Che* y la concepción realista de la lucha de los pueblos, y él me conectó con Raúl Castro y después, inmediatamente, fui a ver a Fidel. Recuerdo como si fuera hoy día: estaba en un Consejo de Gabinete. Me hizo entrar y yo presencié parte de la reunión. Hubo una cena y después salimos a conversar con Fidel a un salón. Había guajiros jugando ajedrez y cartas, tendidos en el suelo, con metralletas y de todo. Ahí, en un pequeño rincón libre, nos quedamos largo rato. Ahí me di cuenta de lo que era, ahí tuve la concepción de lo que era Fidel.

La Revolución Cubana le enseñó que «un pueblo unido, un pueblo consciente de su tarea histórica, es un pueblo invencible». Después de aquel primer encuentro, Fidel Castro y Salvador Allende se convirtieron en amigos verdaderos, no sin mantener discusiones «profundas y fuertes», según Allende, quien también se consideraba amigo de Guevara. Precisamente a Debray le confesó que el *Che* le regaló uno de los primeros ejemplares de *La guerra de guerrillas*:

Este ejemplar estaba encima del escritorio del *Che*, debe haber sido el segundo o tercer ejemplar, porque —me imagino— el primero se lo dio a Fidel. Y aquí tienes una dedicatoria que dice: «A Salvador Allende que por otros medios trata de obtener lo mismo. Afectuosamente, *Che*».

Con el *Che* se reencontró en 1961 en Montevideo, con motivo de las jornadas antiimperialistas organizadas en la Universidad de la capital uruguaya en respuesta a la Conferencia de Punta del Este en la que en aquellos días Kennedy lanzaba su propuesta de Alianza para el Progreso:

Esa noche el *Che* me invitó al hotel en que estaba hospedado para conversar durante la comida. En esa ocasión me presentó a su madre, la quería mucho. En medio de la conversación me contó un secreto del momento: al día siguiente viajaría a Buenos Aires, en forma reservada, invitado por el presidente argentino de la época, el civil Arturo Frondizzi. El viaje se realizó y la consecuencia del encuentro privado pero evidentemente político fue el derrocamiento de Frondizzi. Poco después el presidente de Brasil, Janios Quadros, sería derribado por condecorar al *Che* a su paso por Brasil.

Salvador Allende fue un gran amigo de la Revolución cubana y la defendió en todos los foros. En infinidad de ocasiones proclamó que la dictadura de Fulgencio Batista y la tutela del imperialismo estadounidense sobre los destinos de la isla sólo dejaron el camino de la insurgencia a quienes quisieran luchar por la independencia nacional y la justicia social. En cambio, creía que en Chile la izquierda podía conquistar la Presidencia de la República en las urnas y desde el gobierno dirigir un proceso de hondas transformaciones que abriera paso a la construcción del socialismo. Asimismo, tenía presente la posibilidad de que Washington agrediera al gobierno revolucionario de La Habana, como le había sucedido en 1954 al presidente guatemalteco Jacobo Arbenz.

Precisamente, el 4 de diciembre de 1956 defendió desde la tribuna del Senado chileno las reformas que el derrocado presidente, a quien los senadores derechistas calificaban recurrentemente de «comunista», intentó llevar a cabo en su país (Archivo Salvador Allende, 1, 1990: 127-128):

¡Decir que Guatemala tuvo un gobierno comunista! ¿Por qué? ¿Se nacionalizaron las industrias? ¿Se expropió la tierra en su integridad? ¿Se terminó con la propiedad privada? No, señor Presidente. Entonces ¿qué razones se tienen? ¿Acaso no existía un Parlamento elegido por el pueblo y un Poder Judicial autónomo? (...)

¿También fueron comunistas, para muchos de Sus Señorías, Rómulo Gallegos y Rómulo Betancourt? ¡Claro! ¡Si se atrevieron a tomar dos o tres medidas contra las empresas del petróleo! Creo que les alzaron los impuestos y les exigieron respeto a los trabajadores... ¡y eso bastó!

Contra el gobierno de Gallegos, la más limpia expresión de la voluntad de un pueblo en la historia de América, se levantó la rebelión militar

que Betancourt denunció como «la internacional de las espadas», acción bendecida y protegida por la hipocresía de la diplomacia internacional, inspirada por el Departamento de Estado.

Discrepo de la interpretación que el Honorable señor Moore hace de lo que él llama «los errores de la política norteamericana». El señor senador liberal don Eduardo Moore se conduce porque los gobernantes norteamericanos sean tan tolerantes y respetuosos de la autodeterminación de los pueblos y, por ello, nada hagan contra las ignominiosas dictaduras de América. No, señor Presidente: ¡les conviene no hacer nada! (...) No sólo las instalan: las protegen, las mantienen, las apoyan, porque les sirven.

Bastaría un soplido de Estados Unidos para que las dictaduras del Caribe desaparecieran. Aun sin intervenir, bastaría que dijera ese país que no reconocerá ningún gobierno que no respete los compromisos internacionales, la personalidad humana, que no tenga Parlamento, tribunales de justicia... (...)

Desde el punto de vista económico, conviene a los intereses norteamericanos, porque esos gobiernos son los que más entregan a sus países, son los gobernantes más antipatriotas. Estas dictaduras son la expresión más corrompida y antinacional.

Recordemos cómo Nicaragua ha concedido «ad eternum» derecho a los Estados Unidos para que pueda partirla con un nuevo canal. Y, por eso, en todos estos pueblos en que ha habido dictaduras, los grandes intereses imperialistas han sacado todas las ventajas: en el banano, en el algodón, en el café, en el petróleo, en el cobre, en las caídas de agua...

Con este precedente, el 27 de julio de 1960 subió a la tribuna del Senado para defender la Revolución cubana. En primer lugar, rindió tributo a los héroes que asaltaron el Cuartel Moncada, en Santiago de Cuba, el 26 de julio de 1953 (Archivo Salvador Allende, 1, 1990: 59-83):

Rendimos homenaje a las milicias inmoladas hace siete años en el asalto al Cuartel Moncada y lo hacemos expresando que los sectores populares de Chile, la inmensa mayoría del pueblo, siente, comparte y vive los ideales de la Revolución Cubana. Tal hecho no puede ser extraño para nadie porque, en la conciencia del pueblo chileno, existe la inmensa y profunda convicción de que América Latina está viviendo uno de los minutos más trascendentales de su historia; que las revoluciones mexicana y boliviana señalaron ya una etapa y que la cubana marca con caracteres imborrables un proceso de superación, al dar sólidos pasos hacia la plena independencia económica y señalar, en su lucha, el camino que han de seguir los pueblos latinoamericanos para afianzar y acelerar la evolución política, económica y social que los lleve a ser auténtica y definitivamente libres.

Nosotros hemos expresado reiteradamente que, con estrategia y tácticas distintas, tal proceso deberá aflorar en los diversos países de América Latina para terminar con la etapa de vasallaje político, de explotación económica; para poner fin a la angustia, al hambre y la miseria de miles y miles de hombres de esta parte del Hemisferio; para detener la voracidad implacable del imperialismo; para poner fin al régimen feudal de explotación de nuestras tierras; en resumen, para hacer posible el desarrollo económico y el cambio político capaces de crear un porvenir de dignidad y grandeza para el pueblo latinoamericano.

Una vez más, manifestó su convicción de que con tácticas y estrategias distintas en cada país «la revolución latinoamericana» tendría tres desafíos esenciales: la ruptura de la dependencia económica de estas naciones, una «batalla frontal contra el imperialismo» y la reforma agraria. En su discurso, poco antes de la proclamación del carácter socialista de la Revolución cubana, de la expulsión de Cuba de la OEA y de la ruptura de relaciones diplomáticas de casi todos los países latinoamericanos (incluido el gobierno de Alessandri), denunció las agresiones que este país sufría de parte de Washington:

Ayer era Guatemala el polvorín comunista que ponía en peligro la hermandad americana. Hoy es Cuba. Ayer y hoy el Departamento de Estado norteamericano defiende, impudicamente y por los peores métodos de presión económica y atropello, los intereses de sus connacionales, su influencia política.

Ayer y hoy, muchos gobiernos de Latinoamérica aceptan dócil y servilmente la voz de orden del poderoso país del Norte. Como siempre, la raída bandera del anticomunismo se esgrime para atentar en contra de la soberanía de los pueblos: ayer, contra Guatemala; hoy, contra Cuba.

Allende recorrió la historia de Cuba desde la agresión de la corona española en las postrimerías del siglo XV, hasta las luchas por la abolición de la esclavitud y la independencia en el siglo XIX, desde la guerra de los Diez Años a José Martí y su Partido Revolucionario Cubano, la Enmienda Platt y las dictaduras de Gerardo Machado y Fulgencio Batista. En su parte final, hizo una fundamentada y apasionada defensa de los logros de la Revolución en su primer año y medio, para finalizar con estas palabras:

He querido dar los antecedentes irrefutables que he podido juntar para hacer presente que la Revolución Cubana era un hecho social necesario, indispensable, impostergable. Los entrego al país para que se comprenda también quiénes están agrediendo a Cuba y por qué razones lo hacen.

La revolución, en su obra creadora, ha hecho mucho en lo material. Ya se conoce, por medio de mis palabras, parte de lo realizado. Pero lo que no podrán comprender ciertos círculos en toda su magnitud es la transformación moral que se ha alcanzado: el cubano de ayer no es el de hoy. La Cuba de la fiesta, del jolgorio, de la irresponsabilidad, de la coima, ha desaparecido. El pueblo cubano, hoy, es un pueblo distinto, señor de su propio destino. Se han refundido en el crisol de la patria, en el altar de la tarea común, el maestro universitario y el campesino, el intelectual y el obrero, el estudiante y el profesional. (...)

El pueblo de Chile ha reaccionado y siente la Revolución Cubana, la comprende y la defiende como suya. Nuestros estudiantes han firmado un acuerdo con los estudiantes cubanos. Nuestra Central Única de Trabajadores ha llegado a un convenio de ayuda y de defensa mutua con los trabajadores cubanos. Partidos populares, e, incluso partidos de centro, con alguna reticencia, han manifestado su apoyo a la revolución. Es decir, la inmensa mayoría de los chilenos está con la revolución.

Es hora de que se entienda que la lección de Guatemala se ha aprendido. Estados Unidos debe entender que hoy día Latinoamérica se ha revitalizado con la Revolución Cubana. Con métodos distintos y estrategias diferentes, de acuerdo con las características de cada uno de nuestros países, vamos a una misma meta que dignifique nuestras vidas y asegure la independencia económica de nuestros países.

Desde aquí, como un homenaje a la Revolución Cubana, a su Gobierno y a su pueblo, sólo puedo decir que la agresión contra Cuba es una agresión a la tierra, a la sangre y a la historia de Latinoamérica.

En mayo de aquel año había participado en Maracay (Venezuela) en el II Congreso Interamericano Pro-Democracia y Libertad junto con otros 250 delegados de las 21 repúblicas americanas. La revista venezolana *Momento* le escogió junto con otros siete «líderes continentales» y le sometió a un cuestionario de cinco preguntas. Interrogado sobre si América Latina vivía un «trance revolucionario» y en qué medida estaba influido por la Revolución cubana, respondió de manera afirmativa (Archivo Salvador Allende, 1, 1990: 15):

Lo demuestra el hecho de que hayan sido derrocados los dictadores de Perú, Colombia, Venezuela y Cuba. Además, porque existe conciencia en la mayoría de nuestros pueblos de que sólo sobre un cambio profundo en las estructuras institucionales será posible el desarrollo económico, la elevación del nivel de vida de las masas y el camino para la industrialización nacional. Cuba, a mi juicio, influye notablemente, lo cual no significa que con los mismos métodos y prospectos los pueblos americanos vayan a hacer lo mismo que se ha hecho en Cuba. Pero Cuba ha demos-

trado lo que es la Revolución Nacional, que tiene que ser, a mi juicio, antiimperialista y antifeudal. Las revoluciones tendrán características propias en cada país, ya que en los pueblos de América Latina existen distintas etapas de desarrollo. Pero, siendo nacionales, estas revoluciones tienen que proyectarse en el ámbito continental. Deben ser revoluciones humanas, en el sentido del respeto a la dignidad individual y colectiva, y democráticas, o sea, que expresen el sentimiento mayoritario.

Aquéllos que pretenden calcar la Revolución Cubana, en sus procedimientos o métodos, cometen un error tremendo, y aquellos que pretendan ignorar su realidad y su proyección en el futuro son unos cretinos.

IV. LA DERROTA DE 1964

A comienzos de 1960, los mineros del carbón de Lota iniciaron una huelga en demanda de una mejora notable de sus condiciones salariales y laborales.¹ El Gobierno de Alessandri y los empresarios apostaron por llegar al agotamiento del conflicto sin hacer concesiones, puesto que existían *stocks* que permitían el funcionamiento de la empresa con el trabajo paralizado durante varios meses (Arrate y Rojas, 2003: 338). Los mineros recibieron una gran solidaridad: de todas las provincias llegaron caravanas de camiones con alimentos y miles de niños fueron evacuados para aliviar la situación de las familias de uno de los bastiones del proletariado chileno. Prueba de ello es que en las elecciones presidenciales de 1958, Salvador Allende había obtenido en la provincia de Arauco casi tantos votos como sus tres rivales juntos, 6.258, por 1.932 de Alessandri, 3.125 de Bossay, 1.616 de Frei y 61 de Zamorano.

La izquierda emprendió sobre todo dos iniciativas de apoyo a los mineros en huelga (Puccio, 1985: 99):

Allende viajó a la zona del carbón y organizó como primera medida las «ollas comunes». Y, después, planteó junto con el FRAP algo que en ese momento pareció casi utópico: la traída a Santiago, Concepción, Temuco, Osorno, pero sobre todo a Santiago y Concepción, de niños, hijos de

1. Entre las principales peticiones estaba que se considerara parte de la jornada laboral el tiempo que tardaban en recorrer la distancia entre la boca de la mina y el lugar de trabajo, situado varios kilómetros más allá, bajo del mar. Los mineros, cuya esperanza de vida era inferior a 50 años, debían bajar hasta unos 500 o 600 metros de profundidad para caminar desde ahí, a veces incluso siete kilómetros y muchas veces arrastrándose, por galerías que se adentraban en el mar hasta llegar a los piques y era en ese momento cuando empezaba a contar su tiempo de trabajo. Pasaban entre once y doce horas en la mina, no era extraño que tuvieran que trabajar tendidos y después tenían que caminar una o dos horas hasta sus casas.

obreros del carbón en huelga, a las casas de los compañeros de esas ciudades. Se contrataron microbuses para esta acción. En total alojamos a 2.000 niños en diferentes casas. A Santiago llegaron los niños al local del Partido Comunista en cuatro o cinco buses. Ahí esperamos una cantidad grande de compañeros que nos habíamos inscrito en las listas para recibir transitoriamente a los niños.

Mientras, la huelga se prolongaba por la conciencia de los trabajadores del carbón, que resistieron con heroísmo durante más de tres meses. La principal movilización fue la legendaria marcha a pie hasta Concepción, acompañados por Salvador Allende, Luis Corvalán y otros diputados comunistas, socialistas, radicales e incluso demócratacristianos (Puccio, 1985: 101):

Llegó el momento en que los compañeros organizaron la marcha sobre Concepción. Caminaron a pie, desde Lota a Concepción, 40 kilómetros. Y Allende, junto con los mineros. Fue una demostración de disciplina revolucionaria. No sabría decir exactamente cuántos eran, pero la marcha era larga por lo menos de un kilómetro. Venían mineros, mujeres, niños. La mayoría de los mineros venían con su traje de trabajo. Así marcharon a Concepción. Frente a Concepción el río Bío-Bío es muy ancho. Entonces estaba sólo el viejo puente carretero, bastante angosto. Cuando lo atravesaron, se veía como una enorme serpiente. Cuando entramos, se hizo una concentración. Los hombres venían con sus cascos. Al atardecer, los compañeros prendieron los focos.

Después de 96 días, la huelga finalizó con un éxito relativo: un aumento salarial, bonificaciones por trabajo insalubre y algunos otros beneficios menores. El 22 de mayo, en los últimos días de la misma, un terremoto golpeó precisamente el sur del país, desde Concepción a Valdivia. Después de visitar la inmensa zona afectada por el seísmo más grave jamás registrado (9,5 grados en la Escala de Richter), Allende logró en el Senado la aprobación de una ley que permitió a los damnificados recibir préstamos a largo plazo para reconstruir sus casas, la concesión de ayudas para que las industrias de la zona afectada mantuvieran los puestos de trabajo y la aprobación de obras estatales para crear empleos.

Con la vista en las elecciones parlamentarias de marzo de 1961, tenía que dilucidar junto con su partido y el FRAP por qué circunscripción intentaba revalidar su presencia en el Senado. En 1953, Raúl Ampuero (respaldado por el ibañismo) y él (con el apoyo de los comunistas) habían sido elegidos por la primera circunscripción (Antofagasta y Tarapacá), pero en 1961 era seguro que los comunistas obtendrían un senador en unas provincias donde tenían un histórico

apoyo social y electoral, por lo que el FRAP sólo podría obtener allí un senador más de las filas del socialismo.

En 1960 le visitaron los dos principales dirigentes socialistas, Salomón Corbalán y Raúl Ampuero, y en aquella reunión Allende sorprendió a sus interlocutores al solicitar a este último que continuara en la primera circunscripción, mientras que él iría por la tercera (Valparaíso y Aconcagua). Cuando Corbalán le dijo que tenía muy pocas posibilidades de ser elegido, le respondió (Puccio, 1985: 105):

Si yo voy por la primera circunscripción, se pierde Raúl Ampuero. Si yo voy por la quinta, te vas a perder tú. Por la séptima no puedo ir porque tenemos un compromiso con el FRAP en el sentido de apoyar a Rafael Tarud. Si yo voy por la novena se va a perder Aniceto Rodríguez, que es un muy buen senador socialista. Vale decir, queda solamente la tercera circunscripción: Valparaíso. ¡Y esto no lo pido, sino que lo exijo! ¡Creo tener pleno derecho para hacerlo!

Era consciente de la dificultad de salir elegido, ya que el Partido Comunista llevaba como candidato al médico Jaime Barros, muy apreciado por las clases populares del puerto por su desprendimiento profesional, pero también sabía que, si demostraba una vez más el gran apoyo popular que concitaba, nadie en la izquierda discutiría su candidatura para las elecciones presidenciales de 1964. Durante semanas recorrió de nuevo, como en 1937 en su campaña para diputado y en 1938 en la campaña de Aguirre Cerda, como en 1952 y como en 1958, los cerros de Valparaíso y Viña del Mar y las ciudades agrícolas (Quillota) e industriales (La Calera) del valle del río Aconcagua con su ya conocido discurso político.

La noche del domingo 5 de marzo de 1961 los resultados sorprendieron a todo el país, ya que el FRAP logró dos senadores: Allende, con casi 26.000 votos, y Jaime Barros, con unos 17.000. También fueron elegidos el demócrata-cristiano Tomic, el radical Bossay y el derechista Pedro Ibáñez.²

La represión contra los trabajadores continuó en el gobierno de Alessandri. En noviembre de 1962, con motivo de un paro nacional de la CUT, se produjo la matanza de la población José María Caro de Santiago. Una impresionante manifestación convocada por la izquierda acompañó los restos de las seis personas asesinadas y en un discurso en el cementerio Allende expresó los sentimientos de pesar del pueblo (Casanueva Valencia y Fernández Canque, 1973: 201):

2. Fuente: Servicio Electoral de la República de Chile.

El pueblo se reúne a expresar su dolor y congoja. Vivimos en una convivencia social que no es tal. También vivimos en una aparente democracia. El pueblo pide satisfacción a sus necesidades y el Gobierno le da represión y persecución. La CUT interpretó la inmensa amargura y desesperanza de los trabajadores y convocó al paro. Medida extrema, pero necesaria. El pueblo reclama su derecho a la vida, a tener alimentos, escuelas y trabajo.

En la década de los sesenta la izquierda continuó su etapa de crecimiento electoral y de extensión de su influencia social, a partir de la unidad socialista-comunista, pero las relaciones entre ambas fuerzas no estuvieron exentas de polémicas abiertas, como había sucedido antes y sucedería después. La de mayor repercusión de aquel decenio fue la que mantuvieron sus secretarios generales en sendas cartas, que fueron reproducidas por la prensa de la época y editadas en un folleto publicado por Prensa Latinoamericana, una editorial vinculada al Partido Socialista. En las misivas que intercambiaron Luis Corvalán y Raúl Ampuero estaban presentes los principales puntos de controversia entre las fuerzas revolucionarias de la época: el papel de la Unión Soviética y del «campo socialista», el debate acerca de la llamada «vía pacífica» y el carácter del marxismo en la teoría revolucionaria.

En diciembre de 1961 el Partido Socialista celebró su XIX Congreso en la ciudad de Los Andes, en el que se eligió a Ampuero como nuevo secretario general y, frente a la política reaccionaria de Alessandri, apostó por las tesis del Frente de Trabajadores y por reforzar al FRAP en un sentido clasista. En marzo de 1962, el Partido Comunista realizó su XII Congreso, que ratificó la tesis de la «vía pacífica» y señaló la gran posibilidad de conquistar el Gobierno en las elecciones presidenciales de 1964. Aquel año, cuando ya era el candidato presidencial del FRAP, Salvador Allende fue preguntado por las discrepancias entre el Partido Socialista y el Partido Comunista durante una entrevista en el Canal 9 de televisión (Martner, 1992: 200-201):

Todo el mundo sabe que soy fundador del Partido Socialista; es decir, un hombre que ha militado en él desde que el Partido comenzara a caminar por su esfuerzo en la provincia de Valparaíso. Jamás ha sido mi deseo el que no se me confunda. No caben confusiones, pero sí malas intenciones, es un hecho absolutamente claro y categórico: soy socialista, he sido y seré socialista.

Lo que pasa es que hay el propósito y la intención de hacer aparecer este movimiento como un movimiento comunista, o manejado por comunistas, haciendo creer que el Partido Comunista tiene hegemonía en el movimiento popular, hecho absolutamente falso.

Por eso es que primero se ha creado una imagen deformada del comunismo, después la suposición intencionada de que soy el candidato comunista, de un comunismo desvirtuado absolutamente.

Desde luego, el Partido Socialista nació en Chile hace treinta y un años como consecuencia de una realidad social evidente, que permitió aglutinar amplios sectores, sobre todo obreros, campesinos y clases medias en un movimiento típicamente nacional desvinculado de todo compromiso internacional y orientado esencialmente a luchar por hacer posible que el pueblo conquistara para Chile su independencia económica y la justicia social.

Entonces, como primera diferencia puede señalar esto, porque hasta el año 1943 el Partido Comunista chileno, al igual que todos los partidos comunistas, formaba parte de la Tercera Internacional. Disuelta ésta en esa misma época, se creó posteriormente una Oficina Informativa, el Kominform, y posteriormente, disuelta ésta hace once años, los partidos comunistas tienen una vinculación que es la de aceptar un compromiso que se ha firmado entre los 81 partidos comunistas del mundo. Entonces, hay entre el Partido Socialista y el Partido Comunista una evidente y clara distinción que nace de su origen y que se proyecta a lo largo de toda su acción política en el campo internacional.

En el campo nacional ha habido discrepancias, puntos de vista antagónicos. El proceso social ha ido limando las viejas y duras querellas que hubo entre ambos partidos y que han sido hechos públicos. Hoy podemos decir que, sin perder la personalidad que caracteriza a ambas agrupaciones, hemos coincidido en puntos esenciales al servicio de Chile y la mayoría nacional.

Sin embargo, todo Chile sabe que el Partido Socialista planteaba como táctica y estrategia el Frente de Trabajadores, mientras que el Partido Comunista planteaba el Frente de Liberación Nacional. De todas maneras estos pensamientos, esta actitud, esta concepción, esta interpretación de la necesidad de una táctica distinta, pertenece de hecho al pasado en función de que ambos partidos han coincidido en aceptar el programa del Frente de Acción Popular, del Gobierno Popular que no son, como reiteradamente lo he dicho, ni socialistas, ni comunistas, y que constituye el pronunciamiento de miles de chilenos independientes, además de los seis partidos que forman el Frente de Acción Popular.

A pesar de la derrota, las elecciones de 1958 señalaron el ascenso de los dos principales líderes políticos hasta el 11 de septiembre de 1973: Eduardo Frei y Salvador Allende. Ambos fueron fundadores de sus partidos y ambos compartían escaño en el Senado. Casi coetáneos, compartieron durante años una buena relación personal, a pesar de sus opciones ideológicas distintas y de su diferente

evolución política. Si Frei tenía unas firmes creencias católicas, Allende era masón; si Frei se había educado en la aristocrática Universidad Católica, donde se licenció en Derecho, Allende había estudiado en la estatal Universidad de Chile; si el primero había descubierto su vocación política en la Acción Católica, Allende abrazó la causa del cambio social en las luchas universitarias contra la dictadura de Ibáñez. Si Frei lideraba el reformismo de inspiración cristiana, Allende encarnaba las esperanzas de la izquierda revolucionaria.

A principios de los años sesenta el ascenso del Partido Demócrata Cristiano, en detrimento del Partido Radical, sacudió el sistema de partidos y lo hizo más rígido, menos propicio a los entendimientos, ya que el radicalismo se distinguía por su pragmatismo. Así, en 1961, en una nueva oscilación del «péndulo radical», este partido suscribió un acuerdo de gobierno con la derecha y el presidente Jorge Alessandri, ampliado un año después a una alianza —el Frente Democrático— para postular a Julio Durán como opción presidencial en 1964.

En cambio, el PDC era una organización con un enorme peso doctrinario, hostil a las alianzas con los dos polos del sistema político, la derecha conservadora y la izquierda marxista, y empeñado en recorrer su «camino propio», concebido y presentado como superación de la pugna histórica entre capitalismo y socialismo. En los comicios de 1961, se convirtió en el tercer partido, con el 16 % de los votos, y en las elecciones municipales de 1963, en las que logró el 22,7 %, en la primera fuerza política del país, gracias al debilitamiento de la derecha (en 1961 por primera vez no alcanzó el tercio de los votos), el liderazgo de Frei y las consecuencias del ascenso de una izquierda que aparecía ya como la «amenaza marxista» ante los sectores conservadores (Moulian, 1986: 19).

El 27 de enero de 1963 Salvador Allende fue proclamado candidato del FRAP en el marco de la Asamblea Presidencial del Pueblo, reunida en el Salón de Honor del Congreso Nacional e integrada por 245 delegados en representación de los partidos Democrático Nacional, Radical Doctrinario, Vanguardia Nacional del Pueblo, Alianza de Trabajadores, Socialista y Comunista, el Movimiento Independiente de Izquierda, la Asociación de Economistas de Izquierda, el Instituto Popular, el Movimiento Cívico Militar y el Baluarte del Pueblo. El acta que le designó por tercera vez como candidato presidencial le definía como «líder probado, dirigente político de una conducta intachable al servicio del pueblo trabajador, bandera de victoria, gran soldado de la causa popular, patriota consecuente de férrea voluntad».

Las principales propuestas del FRAP eran la reforma agraria y la erradicación del latifundio; la liquidación del poder de los monopolios industriales y comerciales; la nacionalización de la gran minería del cobre, del hierro y del

salitre y de la banca; la mejora de la sanidad, la educación y las pensiones; la definición de una política exterior independiente.³ Una de las novedades fue la constitución de distintos frentes de masas: el Comité Independiente de Mujeres Allendistas, dirigido por su hermana Laura, el Movimiento Católico Allendista, el Frente Cívico Militar, el Comando de Independientes y el Comando de Profesionales y Técnicos. Su creación sugería la pretensión de penetrar en el electorado femenino –su punto débil–, en los sectores cristianos que empujaban a aproximarse a la izquierda con el trasfondo del trascendental Concilio Vaticano II, en los militares retirados con convicciones avanzadas o en las clases medias. También se constituyó un Frente Creativo que trabajó con éxito la publicidad y los mensajes radiofónicos de la campaña, de hecho fue entonces cuando se creó el símbolo del FRAP y después de la Unidad Popular: la equis mayúscula con una línea horizontal en la parte inferior que formaba una letra A en alusión al candidato.

El 15 de marzo de 1964 un «terremoto» político con epicentro en Curicó entregó a Frei el apoyo de la derecha y alumbró un inesperado escenario bipolar. Tras la muerte del diputado socialista por esta zona rural, Óscar Naranjo, aquel día tuvo lugar la elección complementaria para cubrir su vacante, una votación en la que apenas podía participar el 1,17 % del electorado nacional, pero que la derecha y el PDC convirtieron en un plebiscito sobre qué fuerza ostentaba la primacía entre los votantes no marxistas.

Pero, más allá de semejantes cálculos, la victoria del candidato del FRAP, con el 39,2 % de los votos, frente al 32,5 % de la derecha y el 27,7 % del PDC, desencadenó el pánico entre la burguesía puesto que en las elecciones municipales del año anterior la derecha había vencido en la provincia con el 47,5 %, frente al 27,2 % de la izquierda y el 21,4 % del PDC. A seis meses de las presidenciales, este resultado parecía augurar una probable victoria de Allende si concurrían las dos candidaturas no marxistas. Apenas se conoció el resultado de Curicó, el PDC tuvo éxito al proclamar que constituía «la única alternativa real al marxismo», ya que era una fuerza en ascenso frente a la decadencia de derechistas y radicales, puesto que al día siguiente los partidos Conservador y Liberal entregaron su apoyo, sin contrapartida alguna, a Frei, aunque los radicales mantuvieron la candidatura de Durán (Moulian, 1986: 55-59).

La campaña electoral de 1964 anunció el tiempo de extrema polarización política y social que se vivió desde entonces, con el recurso a una virulenta propaganda anticomunista que alcanzó proporciones desconocidas en el país y fue

3. FRAP: *Programa del Gobierno Popular*, Santiago de Chile, s. f., pp. 12-13.

financiada y promovida en gran parte por el Gobierno de Estados Unidos. En 1964 la Agencia Central de Inteligencia (CIA) financió con veinte millones de dólares más de la mitad de los gastos electorales de Frei, una inversión por votante superior a la que aquel mismo año realizaron los candidatos republicano y demócrata en las presidenciales de Estados Unidos (Garcés, 1996: 138). Como admitió la propia Agencia en septiembre del año 2000 en el Informe Hinchey, «la victoria de Frei el 4 de septiembre de 1964 marcó un hito en el desempeño de la CIA en las elecciones chilenas».

Además, la CIA elaboró una monumental propaganda anticomunista, según reveló en 1975 el Informe Church,⁴ con un uso masivo de la prensa, la radio, películas, panfletos, carteles, pasquines, pintadas o banderolas. Fue una verdadera «campana del terror» contra Allende que se apoyó en la dureza de las imágenes de tanques soviéticos y pelotones de fusilamiento cubanos y estuvo dirigida sobre todo a las mujeres.⁵ Su punto culminante se produjo pocos días antes de la votación, cuando Juana Castro, la hermana del comandante cubano, llevada a Chile para la ocasión, pronunció discursos en radio y televisión en los que advirtió a los chilenos de que una victoria de la izquierda significaría la implantación de un sistema como el de la isla, que descalificó en términos estremecedores.

Junto con contener la «amenaza marxista» que a sus ojos representaba el candidato del FRAP, el Gobierno de Lyndon Johnson quiso también promover el proyecto de Frei como un ejemplo para América Latina por su evidente inspiración en la Alianza para el Progreso propugnada por Kennedy en la Conferencia de Punta del Este de 1961. Washington deseaba alentar las opciones reformistas como muro de contención frente al «comunismo», aunque no dejó de recurrir a los *marines* para intervenir en su «patio trasero» y en 1965 invadió la República Dominicana para reinstalar el régimen represivo del neotrujillista Joaquín Balaguer y derrocar al presidente constitucional Juan Bosch.

4. Senado de Estados Unidos: *Covert Action in Chile. 1963-1973*. US Government Printing Office. Washington, 1975. Este documento se conoce como el Informe Church por su presidente, Frank Church, senador demócrata por Idaho y presidente del Subcomité de Asuntos Latinoamericanos del Senado de Estados Unidos a mediados de los años 70.

5. Sorprende la magnitud de la utilización de los medios de comunicación y así, por ejemplo, durante la tercera semana de junio de 1964 un grupo de propaganda financiado por la CIA insertó veinte anuncios diarios en una emisora de radio de Santiago y en 44 emisoras de cobertura provincial, doce minutos de noticias cinco veces diarias en tres emisoras de radio de Santiago y en 24 provinciales y numerosos anuncios en prensa escrita... Al final de aquel mes, el grupo producía 27 noticieros radiofónicos en Santiago y provincias y 26 programas de «coloquios» semanales y distribuía tres mil carteles diarios.

En aquella campaña Salvador Allende realizó una gira de casi un mes por Cautín, donde prometió a los mapuches que su gobierno respetaría sus derechos. Ésta era una de las provincias donde menos votos obtenía y, si hubiera destinado aquellos días a otras, tal vez hubieran logrado más réditos. Según Puccio, Allende reconocía esta posibilidad, pero rebatió que no era un buscador de votos y que no quería un millón de votos, sino un millón de conciencias: «Quiero que cada persona que vote por mí, sepa por qué está votando» (1985: 125).

En agosto, un mes antes de las elecciones presidenciales, publicó un artículo en *Arauco*, la revista teórica del Partido Socialista, titulado «¿A dónde va América Latina?». Al igual que en sus intervenciones orales, como buen médico, primero presentó su diagnóstico de la realidad continental (Archivo Salvador Allende, 1, 1990: 17-23):

Más de la mitad de los «doscientos millones de americanos que viven al sur del Río Grande» se halla bajo el peso de la cesantía, absoluta o disfrazada; de las remuneraciones insuficientes; de carencias alimenticias que dejan huella ya en la contextura biológica de las generaciones; de la falta de viviendas y de la condición de mero tugurio de una asombrosa cuota de las habitaciones que existen; de la morbilidad evitable; de la mortalidad prematura superable, de manera que nuestros «indicadores» de decesos infantiles llegan a magnitudes aterradoras; del analfabetismo absoluto o potencial, en forma de que alrededor del 60 % de nuestras gentes jamás ha deletreado la palabra «libertad» ni escrito la palabra «democracia»; de falta de acceso a las etapas medias y superiores de la educación y del perfeccionamiento técnico, de modo que los hijos de campesinos jamás ingresan a la universidad en más allá de un 1 %, a pesar de que la población agraria excede a la mitad de nuestros habitantes.

Ante esta cruda situación, aseguró la necesidad de «la transformación revolucionaria de cada país», siempre en función de sus condiciones propias y también en virtud de la respuesta de la burguesía y del gobierno norteamericano: «La revolución cubana –nadie puede negarlo– ha tenido que conjugar su estrategia y su táctica a la motivación del Departamento de Estado». Chile se aproximaba a la encrucijada que definiría su opción por una propuesta reformista o una revolucionaria:

La hora del pueblo, de las clases que trabajan, crean y comienzan a vivir no puede ser negada. Por el fracaso del régimen social imperante; por el negativismo del actual gobierno; por la tradición libertaria del país; por las circunstancias internacionales y por la labor de movilización que cumple el movimiento popular, podremos realizar, a nuestro juicio, la

revolución chilena y llegar al Poder, sin alterar en sus aspectos externos los hábitos cívicos que imperan. (...)

Sostenemos que, en cierta medida, Chile constituye una excepción en Latinoamérica. Alentamos la fe en que esto se reiterará en la etapa en que esperamos cumplir nuestra revolución y para cuyo objeto hemos optado por una vía no corriente.

Como nuestra revolución vulnera abierta y profundamente intereses criollos y foráneos de gran magnitud, los acontecimientos certificarán si la estrategia y las tácticas elegidas son compatibles con la consecución de las finalidades de liberación nacional irrenunciables que anima y dan razón de ser al movimiento popular. Nos resguarda la garantía que la experiencia corrobora: los pueblos en tensión creadora se revelan invencibles en la defensa de sus conquistas.

El 4 de septiembre de 1964 Eduardo Frei se convirtió en el primer presidente latinoamericano de filiación socialcristiana al lograr el 56,1 % de los votos frente al 38,9 % de Salvador Allende y el 4,9 % de Julio Durán. Allende venció en las mismas seis provincias que en 1958 (Tarapacá, Antofagasta, Atacama, Concepción, Arauco y Magallanes), pero en Santiago el candidato centrista casi le dobló (620.489 votos de Frei frente a sus 363.855) y, si en el electorado masculino se le acercó (593.770 frente a 652.895), fue el femenino el que otorgó tan victoria rotunda a Frei, quien obtuvo 756.117 sufragios de las mujeres frente a los 384.132 de Allende.⁶ Fue después de su tercera derrota en las elecciones presidenciales cuando en tono jocoso vaticinó el epitafio que colocarían en su tumba: «Aquí yace Salvador Allende, candidato a la Presidencia de la República».

En los primeros días de mandato del nuevo presidente, Allende concedió una entrevista a *Ercilla*, la principal revista de actualidad del país (Nolff, 1993: 72-75):

Como chileno y hombre de izquierda, hago sinceros votos por que Frei pueda cumplirle al pueblo; pero así como tiene hondos compromisos con él, también los tiene, y tremendos, con los enemigos históricos del pueblo. Por eso su gobierno será una carrera de obstáculos y un sexenio de entrecruzadas presiones. (...)

Sabía que era casi imposible una victoria electoral. Ya ella, en sí misma, habría significado un hecho histórico, porque un movimiento auténticamente revolucionario y chileno (y como tal latinoamericano) iba

6. Fuente: Servicio Electoral de la República de Chile.

a llegar al poder por la expresa y libre voluntad del pueblo manifestada en las urnas. Constituía un desafío sin precedentes al imperialismo, a la oligarquía y a la jerarquía de la Iglesia católica. Y todas estas fuerzas formaron la Santa Alianza en contra nuestra. (...) Frei contó con el imperialismo, con la derecha política, con la Iglesia católica y, reconozco, además tuvo pueblo.

Seríamos ingratos o enreídos si no estuviéramos satisfechos; pero más que satisfechos estamos reconocidos y emocionados por ese cercano millón de votos con que fuimos honrados y que, más que un millón de votos, es un millón de rebeldes conciencias prestas a seguir en la brega.

En cuanto a sus expectativas ante la gestión del nuevo Gobierno, destacó los vínculos de Frei con las potencias capitalistas, su impronta populista y su condición de experimento «piloto» exportable a otros países subdesarrollados:

Como chileno que ama a su patria y a su pueblo, le deseo éxito. Nosotros desde la oposición estimularemos todas sus iniciativas de real bienestar popular. Pero sabemos cuán difícil le será cumplir con los trabajadores y cuán fácil cumplirle a los poderosos. Lo hemos visto ya. Su primer acto, antes de asumir, fue enviar misioneros a Estados Unidos, Alemania Federal e Italia. Los dos primeros países son los que marcan la pauta en la lucha mundial contra el socialismo. En cambio, no se le ocurrió enviar un observador a El Cairo, donde tuvo lugar la Conferencia de los Países No Alineados. Esto tampoco es casual. El nuevo gobierno tiene compromisos en cadena con los que los eligieron: con el imperialismo (con ese disfraz tragicómico de «capitalismo popular») y con los sectores de la gran burguesía nacional aliada a aquél. (...)

El capitalismo, para salvarse, tiene que acercarse al pueblo; tiene que hacerse populista. Como lo sabe la Iglesia católica, lo sabe Frei, quien porque además es culto y talentoso y con antenas en el movimiento mundial, para darles algunas realizaciones efectivas a los trabajadores, seguirá explotando el miedo del imperialismo y de la oligarquía a una auténtica revolución chilena. Hemos conocido la «filosofía» que sus «misioneros» sembraron en Estados Unidos y Europa a los banqueros y a los políticos aterrados: «Señores: venga plata, porque si Frei no puede también entregar dividendos al pueblo, entonces la alternativa fatal es el comunismo». Ellos mencionan al diablo a sabiendas de que nuestro movimiento no es comunista. Pero esta mención diabólica produce efectos inmediatos. Los banqueros «chipean», pero al precio de que sus conquistas sean intocadas. La producción del cobre será doblada y seguramente será refinada en Chile, pero el país no tendrá independencia económica ni política. Éste es el problema y éste será el «Sésamo, ábrete» que Frei y la DC usarán durante el sexenio que comienza: «O nosotros, demócratas, sociales y com-

prensivos, o el comunismo. Elijan». Las fuerzas monopolistas tuvieron que elegir y tendrán que tolerarle a Frei algunas liviandades y aventuras a favor del pueblo. (...)

Frei no se mandará solo ni hará un «gobierno freísta», tendrá, junto con el dinero y la «comprensión» del imperialismo, la mayor asesoría técnica que una administración chilena tuvo jamás. Especialistas y expertos para todo. Y cuando falten, o se les enviará al extranjero a rápidos cursos de aprendizaje, o se «importarán» los que hagan falta. Porque Frei tiene la tarea de realizar en Chile un plan piloto para Latinoamérica primero y luego para el resto de los países subdesarrollados. Un plan piloto en el que están interesados por igual el imperialismo, la oligarquía y la Iglesia católica.

Éste es el «freísmo». Un apéndice chileno de un movimiento internacional perfectamente organizado y financiado. ¡Y pensar que ellos nos acusaron a nosotros de «concomitancias foráneas»! Sería como para morir de risa si no se pensara que, gracias al monopolio que ejercieron en la prensa, fueron más escuchados y creídos que nosotros. (...) Pero, que conste, ellos hablan de «promoción popular». Nosotros hablamos de incorporación del pueblo al ejercicio efectivo del poder. Ellos tratan de emborrachar con su quimera del régimen «comunitario». Nosotros invitamos al pueblo a llegar al socialismo.

Su aplastante victoria permitió a Frei formar el único gobierno monocolor del siglo XX chileno. La predicción formulada por su compañero Radomiro Tomic en aquellos momentos de desbordante euforia («la Democracia Cristiana estará en el Gobierno por lo menos 30 años») pareció confirmarse seis meses después en las elecciones legislativas, cuando el PDC alcanzó su mejor resultado, el 42,49 % de los votos, que permitió a Frei gozar durante los dos tercios de su mandato de una amplísima mayoría en la Cámara de Diputados (82 escaños de 150) y una importante presencia en el Senado (13 representantes de 45), algo desconocido en un país caracterizado por un acusado multipartidismo. En este contexto desechó cualquier alianza interna y optó por gobernar con un discurso «revolucionario» (Garcés, 1972: 181).⁷ Sí se alió, en cambio, con los bancos privados estadounidenses, que le concedieron créditos por valor de 300 millo-

7. Podemos recordar el primer discurso de Frei como presidente de la República, el 3 de noviembre de 1964: «En esta elección el pueblo de Chile ha hecho frente a una encrucijada histórica y después de un largo proceso de discusión libre y de reflexión consciente escogió un camino que significa realizar profundas transformaciones y rápidos avances en el orden social y económico, dentro de un régimen que respete la libertad y la dignidad de la persona humana» (Pinochet de la Barra, 1993: 301-303).

nes de dólares, y con la Casa Blanca ya que, según Kissinger, la ayuda oficial de los gobiernos de Johnson y Nixon a su administración sobrepasó los mil millones de dólares (1979: 460).

Los aspectos más destacados del populismo democratacristiano fueron la reforma agraria y la sindicalización campesina, las políticas de «promoción» de los sectores marginados urbanos, la «chilenización» del cobre, la extensión de la educación y el establecimiento de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. Estas reformas, encaminadas a tejer una sólida base de apoyo popular, le enajenaron el apoyo de la derecha, muy afectada por la reforma agraria porque su base electoral se nutría de unas relaciones sociales tradicionales del campo cuyo eje era el latifundio, el caciquismo y el clientelismo político.

En noviembre de 1965, cuando la hegemonía del Partido Demócrata Cristiano aparecía como incontestable, Salvador Allende enjuició el primer año de Frei y su publicitada «Revolución en Libertad»: ⁸

La campaña presidencial originó un proceso cívico en el que se enfrentaron, en definitiva, dos corrientes: la democracia cristiana y el movimiento popular. La derecha desertó como tal, y en los hechos, de la contienda y sus sufragios se volvieron hacia el señor Frei.

No es el caso de reiterar las advertencias que hemos venido formulando para prevenir al país, con tanta claridad como lealtad, en el sentido de que el señor Frei no ejercería un gobierno eficaz, apto para que Chile emprendiese una ruta adecuada para superar el subdesarrollo. Nuestras afirmaciones se basaban en premisas que la experiencia de un año ha corroborado paso a paso.

Constató que tanto el PDC como el FRAP habían prometido la realización de una «revolución», un cambio profundo en las estructuras económicas y su realidad social y política:

La democracia cristiana utiliza el término de «revolución» sin reticencias; pero la complementa con las expresiones de «en libertad». Por nuestra parte, siempre hemos hecho presente que nuestra trayectoria se endereza hacia el socialismo como sistema. Pero cuidamos de dejar constancia de que la propia inspiración marxista que reconocemos nos obliga a considerar las características de Chile coexistentes con su subdesarrollo clásico. Aclaremos, así, que adoptamos para la lucha por el Poder el año 64 la vía electoral, con sus ventajas e inconvenientes por figurárenos la más acorde con nuestra idiosincrasia, con nuestras tradiciones y también

8. *Punto Final*, n.º 5, noviembre de 1965.

por ser incruenta, atributo claramente favorable. Durante la campaña presidencial no ocultamos que esta última condición nos llevaría, por la fuerza de las cosas, a una etapa de transitoriedad no socialista, pero sí de naturaleza propicia para culminar aceleradamente en un Estado como el que preconizamos.

Y concluyó que tenían razón al haber defendido que el Partido Demócrata Cristiano no podría transformar la sociedad:

Nos ha asistido la razón cuando advertimos de que la Democracia Cristiana no sería capaz de cumplir en Chile una revolución, por la ambigüedad de su base teórica; por la composición contradictoria de las fuerzas que le brindaron sus votos; por su inspiración genuinamente imperialista; por su carencia de autonomía respecto de los grandes intereses monopolísticos nacionales e internacionales y, en suma, por la esencia misma de su filosofía, su estrategia y sus tácticas. En efecto, todas las revoluciones se han singularizado por cimentarse en la reafirmación del sentido nacional del pueblo que las protagoniza. La Democracia Cristiana, por el contrario y aunque conocedora cabal de que lo Chile reclama es una revolución de sus estructuras determinantes, ha pretendido emprenderla subordinándose, por sobre todo y ante todo, al concurso imperialista norteamericano. Jamás pudo destruirse un sistema, apoyándose precisamente en las fuerzas representativas de lo que se hace ineludible eliminar.

También señaló que el PDC era un partido burgués que, a pesar de las posiciones progresistas de algunos de sus miembros, tenía como misión histórica la preservación del sistema capitalista. Negó que hubiera una «tercera vía» entre capitalismo y socialismo y, por tanto, rechazó que el «comunitarismo» que preconizaban los teóricos del PDC fuera una alternativa creíble, ya que la doctrina social de la Iglesia jamás había propugnado la sustitución del capitalismo y, al mismo tiempo, la jerarquía siempre había condenado el socialismo. Citó como ejemplos los casos de Italia y la República Federal Alemana, donde gobernaban los socialcristianos, cuya «acción se consagra a defender los regímenes burgueses». Además, a su juicio, el proyecto del PDC se descalificaba por haberse aliado con el imperialismo y la derecha:

Más que las doctrinas, más que las pseudodefinitiones abstractas, la posición de los grupos políticos surge imperativa de sus tácticas de lucha y de quienes son sus sustentadores a través de alianzas —muchas veces secretas e inconfesadas— pero efectivas, que contraen para llegar al Poder.

La Democracia Cristiana ayuntó su destino electoral en Chile al antimarxismo. En este despeniadero no hubo recurso del que no se valiera.

Cuando se analice con la neutralidad del tiempo este periodo de nuestra historia cívica, corresponderá al partido que hoy gobierna el extraño privilegio de haber acallado, en un momento crucial de Chile, los anhelos de libre determinación de nuestro pueblo, a través de una presión de raíz foránea –tanto en su inspiración de fondo como en su ejecución masiva que distorsionó y confundió el sentir nacional y patriótico. Ni aun la Democracia Cristiana puede negar, honestamente, el serio retroceso que un fenómeno semejante implica para una nación joven, mientras se aprecia que en otras latitudes la base del porvenir patrio se labra mediante el afianzamiento de los afanes de destino propio y de protagonizar historia.

El movimiento popular ha puesto de realce que esta subordinación al imperialismo, en el ejercicio del Gobierno, tiene que abocar a la Democracia Cristiana a las contradicciones más flagrantes. Hemos venido reiterando, por citar un ejemplo, que si no se obtienen del cobre los recursos óptimos –para lo que es indispensable nacionalizar las empresas de la gran minería- y si se consideran sus amarras con los monopolios internos, no restaría al régimen otro medio de procurarse recursos que la mendicidad internacional y la asfixia tributaria de muy vastos sectores de chilenos.

Acusó al PDC de estar sometido a una «dependencia efectiva de Estados Unidos» y de la estrategia de la Alianza para el Progreso y citó la penetración de organizaciones imperialistas como los Cuerpos de Paz y el Instituto de Educación Campesina; los intentos de quebrar la unidad obrera en la CUT, la financiación de centros como DESAL (dirigido por el jesuita belga Roger Vekermans⁹) y la actividad de la Iglesia alemana a través de Misereor, su organismo de ayuda a los países subdesarrollados.

La derrota en las elecciones de 1964 inyectó el escepticismo sobre la posibilidad de conquistar el gobierno por la «vía pacífica» en sectores amplios de

9. «Surgieron especulaciones acerca de cómo financió el PDC esta excepcional campaña. El FRAP repetidamente afirmó que, además del generoso apoyo de la derecha, Frei recibió dinero de fuera de Chile. El gobierno de los Estados Unidos era continuamente citado como contribuyente dado su desembozado interés en una victoria demócratacristiana. Las fuerzas izquierdistas también afirmaban que Alemania Occidental había provisto una generosa corriente de recursos. Se decía que esta ayuda había sido enviada por los obispos católicos alemanes y había sido hecha llegar a Frei por medio del padre Roger Vekermans, un joven jesuita belga, quien dirigía el DESAL, un centro de investigaciones en Santiago» (Grayson, 1968: 358-364). En julio de 1975, el sacerdote belga James Vizzard declaró a *The Washington Star* que su amigo Roger Vekermans le confesó en 1963 que le había recibido el presidente Kennedy y le habían entregado diez millones de dólares para apoyar a Frei y a sindicatos anticomunistas en América Latina. *Noticias Aliadas*, n.º 416, Lima, 25 de septiembre de 1975, p. 3.

la izquierda, principalmente del Partido Socialista, y contribuyó a la fundación del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en agosto de 1965. En diciembre de 1964, el Pleno del Comité Central del Partido Socialista realizó una severa autocrítica de la campaña electoral desarrollada por el FRAP, sin ahorrarse pocas alusiones críticas a la candidatura de Allende. Aquella reunión situó al partido «en la oposición más irreductible e indivisible al señor Frei» porque «sabemos que la DC de hoy es la derecha de ayer» (Casanueva Valencia y Fernández Canque, 1973: 213-217):

Tenemos que empezar por reconocer que los resultados electorales significan una negación con respecto a los procedimientos tácticos y al estilo político que se ha estado usando. En buenas cuentas, reconozcamos que esos resultados han echado por la borda las formas tradicionales y el espíritu que han presidido las acciones de la izquierda. Esos resultados, camaradas, nos indican que de nada sirven las indefiniciones, las vacilaciones, las duplicidades, las conciliaciones, que más que un paso atrás y dos adelante, significan un retroceso en muchos pasos y reiniciar una ruta que deviene en confusión, desarme ideológico y desaliento para las grandes masas asalariadas. Lo afirmamos rotundamente, camaradas del Pleno, si algo ha caducado y ha sido desahuciado a la luz de los resultados de esta elección, es la política de supuesta unidad nacional, que se traduce en una beligerancia limitada y condicionada con respecto a los enemigos seculares de la clase obrera. En este sentido, debemos reconocer que quizás nosotros mismos pavimentamos el camino de nuestra derrota al no realizar una campaña auténticamente revolucionaria, bajo la inspiración fiel de nuestra línea de Frente de Trabajadores. (...) Las grandes masas, junto con anhelar cambios, buscan alternativas claras para producirlos; abominan de la componenda y de la conciliación; no entienden los llamados a las fuerzas que hasta ayer eran rotundamente adversarias; buscan una voluntad enérgica, avalada por principios sólidos y permanentes, aun cuando ellos no sean lo suficientemente explícitos. ¿Cómo podrían respaldar una candidatura que se esforzaba por no aparecer tan marxista-leninista como los partidos que la sustentaban? ¿Cómo podían entender que esta candidatura no era la misma de 1958? (...) Nuestro error táctico esencial dice relación con la carencia de una definición y práctica concretas, con respecto a la fuerza en ascenso que constituía la Democracia Cristiana en Chile.

En cambio, el 17 de octubre de 1965, en su discurso de clausura del XIII Congreso del Partido Comunista de Chile, en el Teatro Caupolicán, Luis Corvalán aseguró que «entre socialistas y comunistas es mucho más lo que nos une que lo que nos separa. Esta unidad responde a los sentimientos y a

los intereses de la clase obrera y del pueblo y no es cosa fácil destruirla». Sin embargo, a continuación expresó la estrategia comunista frente al Gobierno de Frei, radicalmente distinta a la de los socialistas (1971: 140-142):

Propiciamos la unidad de acción de las fuerzas populares y progresistas que están en la oposición o con el gobierno, en contra de las fuerzas reaccionarias que hay en la oposición y en el gobierno. (...) Estamos en la oposición y, por tanto, no apoyamos a este gobierno. Pero, sí, apoyamos y apoyaremos toda iniciativa favorable a los intereses nacionales y populares provenga de donde provenga. (...) Nada concebimos al margen de la unidad socialista-comunista, todo lo concebimos alrededor de ella. (...) El camino de la revolución es duro y escarpado. Algunos se salen de él o se desesperan y hasta culpan al pueblo de elegir gobiernos que no son suyos. Nosotros decimos que no hay más que recorrer este camino, que los procesos sociales suelen a veces ser lentos, pero que esa lentitud, si está determinada por factores ajenos a la voluntad de los revolucionarios, no es precisamente eterna. Si los revolucionarios trabajan, luchan tesoneramente y con pasión sobre el terreno objetivo en que pisan, llega el momento en que el pueblo, explotado por sus enemigos, y a veces incomprendido por gente de su propio seno, se sacude de sus opresores y, como decía Lenin, en un solo día la historia da un tranco de veinte o más años.

En la segunda mitad de la década de los sesenta el Partido Socialista radicalizó sus planteamientos y su discurso. En su XXI Congreso, celebrado en Linares a finales de junio de 1965, el senador Aniceto Rodríguez fue elegido secretario general y en 1967 se vio sacudido por las expulsiones de los senadores Raúl Ampuero (su dirigente más destacado durante casi dos décadas) y Tomás Chadwick, a quienes se les unieron seis diputados, seis alcaldes y catorce regidores para constituir el Partido Socialista Popular, que poco después pasó a denominarse Unión Socialista Popular (USOPO).

Entre el 24 y el 26 de noviembre de aquel año los socialistas celebraron su XXII Congreso en Chillán, en el que los 115 delegados que representaban a los alrededor de 15.000 militantes activos aprobaron por unanimidad una resolución sobre la situación política nacional que proclamaba (Jobet, 1971: 130-133):

El Partido Socialista, como organización marxista-leninista, plantea la toma del poder como objetivo estratégico a cumplir por esta generación, para instaurar un Estado Revolucionario que libere a Chile de la dependencia y del retraso económico y cultural e inicie la construcción del Socialismo. La violencia revolucionaria es inevitable y legítima. Resulta necesariamente del carácter represivo y armado del estado de clase.

Constituye la única vía que conduce a la toma del poder político y económico y a su ulterior defensa y fortalecimiento. Sólo destruyendo el aparato burocrático y militar del estado burgués, puede consolidarse la revolución socialista.

Una vez más, se declaró la vigencia de la línea del Frente de Trabajadores y la apuesta por la independencia de clase:

Postulamos la independencia de clase del Frente de Trabajadores, considerando que la burguesía nacional es aliada del imperialismo y de hecho es su instrumento; por lo tanto, ha terminado por ser irreversiblemente contrarrevolucionaria. La alianza y compromisos permanentes con ella ha traído solo derrotas y postergaciones al campo de los explotados.

Jaime Suárez, uno de los 27 miembros del Comité Central elegidos en aquel Congreso de Chillán, recuerda la oposición de Allende a la principal resolución política del mismo (Arrate y Rojas, 2003: 428):

Allende se jugó con franqueza en contra del voto político. En el debate del Congreso fue la voz contestataria a la mayoría aplastante de los delegados. Para Allende era fundamental ampliar el FRAP y respaldar la Revolución Cubana, pero era necesaria una política de alianzas más flexible y era muy obvio que un Partido que proclamaba como forma de lucha la vía armada no iba a lograr una ampliación en el frente político.

En abril de 1965 Estados Unidos invadió la República Dominicana para derrocar al gobierno constitucional del presidente Juan Bosch y contribuir a implantar el régimen represivo de Joaquín Balaguer. Fuerzas militares de otros países latinoamericanos, bajo el paraguas de la Organización de Estados Americanos (OEA), participaron en una agresión que sí fue condenada por el Gobierno de Frei. El 5 de mayo de aquel año, en el Senado, Salvador Allende expresó su apoyo a la posición mantenida por La Moneda y leyó los dos telegramas enviados por los cinco senadores socialistas a Lyndon Johnson, presidente de Estados Unidos, y a U. Thant, secretario general de la ONU. A Johnson le señalaron:

Su gobierno debe respetar la soberanía y la autodeterminación de los pueblos. El gobierno de Estados Unidos no puede arrogarse el derecho de controlar a la América Latina. Las tropas norteamericanas deben acabar con la invasión iniciada contra Santo Domingo suspendiendo de inmediato todo atentado contra su pueblo. Por respeto a la humanidad entera debe suspenderse la intervención norteamericana unilateral y desechar

toda posible intervención colectiva contra el pueblo dominicano. La actitud de su gobierno atenta contra la independencia del pueblo dominicano, pisotea su dignidad, pone en peligro la existencia de millares de seres humanos y humilla a toda la América Latina. Por respeto a los héroes de la independencia de los Estados Unidos termine usted con este atentado contra la independencia de la República Dominicana.

Y al máximo responsable de la ONU le expresaron:

El gobierno de los Estados Unidos ha lanzado una invasión armada contra la República Dominicana. El atentado vulnera la independencia del país atacado y pone en peligro la existencia de millares de seres humanos. La intervención armada se ha consumado sin que hasta ahora exista una condenación categórica de la ONU. Es el caso típico de la gran potencia que aplasta por la fuerza un pequeño país. El silencio ante este atentado constituye una humillación para todos los seres humanos. Los hombres libres de nuestra patria piden que la ONU contenga a los Estados Unidos.

Ante el próximo discurso de Eduardo Frei al Congreso Pleno el 21 de mayo, manifestó su oposición a que el embajador estadounidense fuera invitado junto con el resto del cuerpo diplomático y pronunció unas sentidas palabras de solidaridad con el pueblo dominicano:

Termino mis palabras manifestando nuestro apoyo y solidaridad con la heroica lucha del pueblo dominicano. Rindo un fervoroso homenaje a los que han dado sus vidas por defender el sagrado derecho de que su patria sea libre, independiente y soberana.

En los primeros días de enero de 1966, Salvador Allende participó en la Conferencia Tricontinental de La Habana como miembro de la delegación socialista chilena y allí planteó a las 27 delegaciones nacionales de América Latina la creación de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) (Modak, 1998: 299-301):

La Doctrina Johnson constituye para el pueblo chileno, como para todos los países de América Latina, una declaración explícita de que los imperialistas opondrán la violencia a cualquier movimiento popular que en nuestro continente esté en condiciones de alcanzar el poder. Ello determina que el movimiento popular chileno, que ha logrado señalados triunfos en la ampliación y profundización de la democracia en nuestro país, sepa ahora, claramente, que los Estados Unidos le impedirán por las armas el acceso democrático y legal al poder.

Ello determina, también, en consecuencia, nuestra obligación de acentuar la lucha; movilizar a las masas, vincular la acción antiimperialista a las reivindicaciones cotidianas de la población: la huelga, la ocupación de tierras, la movilización colectiva y la toma de conciencia de que a la violencia reaccionaria se opondrá y opondremos la violencia revolucionaria.

Será el propio pueblo de Chile y las condiciones de nuestro país lo que determinen que hagamos uso de tal o cual métodos para derrotar al enemigo imperialista y sus aliados.

No se nos escapa que esta lucha es excesivamente dura y difícil para un país solo y que para hacerla más fácil deberá contar con el respaldo, el apoyo y la solidaridad internacional.

Es fuerte y poderoso el imperialismo, pero, en conjunto, los pueblos oprimidos son mucho más fuertes que él y están en condiciones de vencerlo. De ahí por qué valoramos nosotros, extraordinariamente, la lucha antiimperialista de todos los pueblos del mundo y la sentimos como nuestra. (...)

Compañeros delegados: los representantes del movimiento popular chileno hemos llegado a esta histórica Conferencia para insistir en que su máxima importancia consiste en la posibilidad de lograr, sobre la base de la lucha sin renuncios contra el imperialismo, una combativa unidad a favor de la liberación de Asia, África y América Latina. La unidad de los pueblos en su lucha emancipadora es la base esencial de la victoria definitiva.

Esperamos que de esta Conferencia emerja una acción concertada y permanente de sus organizaciones de masas, representadas aquí para luchar resueltamente contra el imperialismo, creando las autoridades y mecanismos adecuados que, sin perjuicio de los organismos regionales existentes o por existir, permitan ligar más estrechamente sus luchas con la de los países de América Latina.

Sostenemos, asimismo, que de esta Conferencia debe salir una iniciativa destinada a relacionar y coordinar en forma permanente la acción antiimperialista del pueblo latinoamericano. (...)

Compañeros: la delegación de Chile se esforzará porque la solidaridad de los pueblos de los tres continentes alcance en esta Conferencia los mejores instrumentos de acción, colocando, por sobre todo, su afán de unidad mundial antiimperialista. Unidad basada en la lucha intransigente que lleva a la derrota a las fuerzas que obstaculizan el avance de los pueblos de Asia, África y América Latina hacia la democracia, el socialismo y la paz; unidad para pasar con decisión a la ofensiva y conquistar la independencia económica y la soberanía política de nuestros pueblos. Unidad para darle al hombre la dignidad que hoy se le niega.

Unidad para terminar con el hambre, la enfermedad y la miseria moral y fisiológica.

Unidad para estructurar la nueva sociedad, sin explotados y explotadores.

Unidad para construir el socialismo.

La primera conferencia de la OLAS se desarrolló en julio y agosto de 1967 y de Chile acudieron sendas delegaciones del Partido Comunista y del Partido Socialista. El documento de la sesión de clausura hizo una crítica frontal a las posiciones «reformistas» de algunos partidos de izquierda latinoamericanos y señaló que «la lucha revolucionaria armada constituye la línea fundamental de la Revolución en América Latina». Sin embargo, en muy poco tiempo la OLAS languideció y perdió su impulso inicial. Allende no concibió la OLAS como un «comando supranacional revolucionario» (Debray, 1971: 121-122):

Siempre sostuve que la OLAS tenía que ser un organismo de información, de coordinación y de solidaridad. Y tanto es así que siendo Presidente del Senado dije rotunda y categóricamente que yo no era el Presidente de la OLAS, pero sí que estaba en el directorio de la OLAS y que no renunciaba a él aun si me censuraran por eso y no se atrevieron a censurarme.

Dos meses después la muerte de Ernesto Che Guevara en la sierra boliviana le conmovió (Debray, 1971: 71-72):

La noticia del asesinato del *Che* me causó un pesar profundo. Compartí el dolor de miles y miles de mis compatriotas. En verdad, debo decirte, Régis, que he conocido muchos hombres en las más altas responsabilidades, pero dos personas me han impresionado por algo que no he encontrado en otras, su mirada: el *Che* Guevara y Chou En Lai. En ambos había una fuerza interior, en ambos había firmeza, en ambos había ironía. Cuando conversaba con el comandante Guevara y lo miraba, sabía la respuesta antes que él la dijera con palabras. En sus ojos vi muchas veces ternura y soledad. Lo que siempre me golpeó fue esa respuesta que sin ser dicha yo veía en sus ojos.

Diez días después del asesinato de su amigo en una humilde escuela de La Higuera, pronunció un emotivo discurso en el Senado en su memoria en el que leyó distintas cartas y documentos del *Che*, recordó la amistad que les unía, sus conversaciones en la Cuba revolucionaria de 1959 y ensalzó el humanismo que impregna su ensayo *El socialismo y el hombre en Cuba* (Archivo Salvador Allende, 1, 1990: 105-114):

El Comandante Guevara, físicamente muerto, es el símbolo de la expresión rebelde y consciente de millones de hombres, no sólo de este continente, sino del mundo entero. Guevara se incorpora como el hombre legendario y visionario de la historia de la lucha de nuestros pueblos. No tendrá un solo monumento que perpetúe su recuerdo, sino miles de monumentos erigidos en la conciencia de cada uno de nosotros y en nuestros corazones agradecidos. Nadie podrá extirpar la voluntad de lucha de los pueblos ni el recuerdo de un hombre que supo encarnar la expresión superior de un revolucionario, consecuente con sus ideas, que nos ha legado el ejemplo moral de su actitud y de renuncia a todo, superándolo todo, para hacer posible que en el corazón de América se organice más fuerte y más firme la revolución liberadora.

Nosotros, como organizadores de OLAS, debemos reconocer —nos duele decirlo— que, en los momentos duros de la lucha de Guevara, no se hizo presente la respuesta de nuestro pueblo. Una vez más, se comprueba la existencia de una estrategia continental y mundial del imperialismo y el Pentágono contra las fuerzas de liberación, y que la respuesta de los pueblos también debe alcanzar la misma dimensión. Debemos concluir que en los países donde la infamia es gobierno no queda a los pueblos otra vía que la lucha armada, en cualquiera de sus formas. (...)

Esta mañana, en nombre del Partido Socialista, nosotros, que fuimos amigos o compañeros de Guevara en la brega liberadora de América Latina, le rendimos nuestro homenaje de respeto y admiración y le decimos que en la lucha de los pueblos estará vivo su recuerdo como la acción legendaria del hombre que contribuyó a construir Cuba con sus manos y el destino de la humanidad toda con su pensamiento y su martirio.

En febrero de 1968 la opinión pública chilena supo que un grupo de cinco guerrilleros (tres cubanos y dos bolivianos) supervivientes de la guerrilla del *Che* habían logrado entrar al país desde Bolivia y pidieron el estatuto de refugiado. Fueron conducidos a Santiago en medio de manifestaciones públicas de apoyo de la izquierda. El gobierno de Frei decidió expulsarles a Tahití y Allende, entonces presidente del Senado, les acompañó para garantizar su seguridad y que pudieran retornar a Cuba (Debray, 1971: 72):

Yo era Presidente del Senado, tú sabes, cuando llegaron aquí los guerrilleros que acompañaban al Che. Entonces yo estuve con ellos en Iquique y después volé a Pascua y Tahití con ellos. Ahí me firmaron *Pombo*, *Benigno* y *Urbano* en este libro *La guerra de guerrillas*, que yo llevaba, y ellos pusieron lo siguiente: «Compañero, en el libro que le obsequié el Che, queremos que queden estas palabras como homenaje a él, de los que fuimos sus compañeros de la guerrilla boliviana».

Esta acción «de solidaridad revolucionaria» según sus propias palabras desencadenó un enorme escándalo político que casi le supone el desafuero como parlamentario y le granjeó todo tipo de invectivas de los medios de comunicación reaccionarios, por lo que se decidió a escribir una carta al director del diario *El Mercurio* (Arrate y Rojas, 2003: 430):

Chile es hasta hoy un país que vive en la forma de la democracia burguesa; con todas sus fallas indiscutiblemente es uno de los países de América en el cual las luchas cívicas tienen un contenido todavía, pero que cada vez se va cerrando más la posibilidad de que los movimientos populares conquisten por las urnas el poder en Chile, y en eso gran culpa tiene *El Mercurio* por su implacable, por su torpe, por su permanente desviación de la verdad y deformación de los hechos; por su implacable defensa de sus intereses, por negar el derecho a una vida distinta a la inmensa mayoría de los chilenos (...) Creemos, sí, señor director, que lamentablemente cada vez que en el esquema del mundo la violencia se desata con más frecuencia lo hace el imperialismo, la cultura suya no le puede hacer olvidar lo que es Vietnam, Vietnam que no existe para *El Mercurio* aunque exista para el Papa (...) y le reitero que no vamos a la violencia, pero que la violencia revolucionaria es a veces la única respuesta a la violencia de ustedes, la violencia reaccionaria.

Si en noviembre de 1967 había presidido la delegación del Partido Socialista de Chile invitada a la conmemoración del 50° aniversario de la Revolución de Octubre y si en febrero de 1968 elogió en el Senado el apoyo soviético al pueblo vietnamita, el 21 de agosto de 1968, cuando los tanques del Pacto de Varsovia aún ocupaban Checoslovaquia, se refirió en el Senado a unos hechos que en sus propias palabras tenían capital importancia para «el movimiento socialista mundial» (Modak, 1998: 47-51):

Lo que ocurre constituye una cuestión de extrema gravedad para las relaciones de los Estados socialistas y también para el movimiento socialista mundial. La dimensión inmediata de los hechos actuales se torna bastante difícil de enunciar y, nos parece obvio, su apreciación se hace aún más complicado en cuanto a las consecuencias futuras.

Caben dos alternativas: Checoslovaquia pidió, de acuerdo con el Pacto de Varsovia, la intervención de los países signatarios. Esto reflejaría que, en el interior de Checoslovaquia, la contrarrevolución era suficientemente fuerte y poderosa como para poner en jaque al gobierno. En todo caso, ni aún así aceptamos la intervención armada. O no la solicitó y se ha producido lo que en este instante preocupa a Chile y al mundo: la ocupación de Checoslovaquia por las fuerzas armadas de cinco países socialistas.

Si nos atenemos a las informaciones de prensa, es indiscutible, para nosotros, que lo que acontece constituye una violación a los principios de no intervención y autodeterminación. Creemos en el internacionalista proletario, en la solidaridad de los países que usan el mismo lenguaje doctrinario; pero lo que ha sucedido es muy diferente. Afirmamos rotundamente que cada pueblo, sea socialista o no lo sea, debe resolver sus propios problemas. Por eso, condenamos enérgicamente la intervención armada de los signatarios del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia.

Ha sido atropellada la soberanía de este país. Además, políticamente es un serio traspies que golpeará rudamente a los movimientos populares. La reacción y el imperialismo harán un inmisericorde explotación de este hecho doloroso.

Estamos en desacuerdo con el procedimiento puesto en práctica y destacamos nuestra autoridad moral para censurarlo, porque no hemos callado jamás. Igual denuncia hicimos en el caso de Hungría. Pero los que hoy se regocijan por lo que sucede en el campo socialista y muchos de los que aquí rasgan sus vestiduras callaron cuando ocurrió lo de Playa Girón, lo de Santo Domingo y lo de Guatemala.

En agosto de 1969 viajó a Corea del Norte y Vietnam, en medio de los bombardeos norteamericanos. Junto con la defensa de la Revolución cubana, la lucha del pueblo vietnamita por la independencia nacional y el socialismo estuvo presente en su discurso político desde mediados de los años sesenta hasta sus últimos días. El 6 de febrero de aquel año, había ensalzado en el Senado la gesta de Ho Chi Minh y sus compañeros (Modak, 1998: 315-316):

En diversas oportunidades nos hemos referido en el Senado a este problema y hemos dicho que la lucha librada en Asia por ese pueblo, centenaria o milenariamente agredido, no es sólo la batalla de quienes pelean en su propio seno por su independencia económica, sino la expresión del combate frontal contra el imperialismo, que debe repercutir en nuestros países; hemos señalado que, si bien aparentemente tenemos libertad política, estamos sometidos a la tiranía y a una brutal presión económica y que dicha libertad política es una gran farsa. Por tal motivo, no puede haber fronteras para los países en vías de desarrollo en esta lucha común. El heroísmo del pueblo vietnamita es un ejemplo de ello. Los patriotas vietnamitas luchan por ellos mismos y también por la libertad de todos los países oprimidos en los distintos continentes.

En verdad, constituye una maravillosa lección poder comprobar que un pueblo pequeño, de economía agraria, que durante toda su historia ha debido derrotar a invasores, que prácticamente –podría afirmarse sin exagerar– ha vivido cientos de años con las armas en la mano, que hace

tan sólo cinco o seis años tuvo la audacia creadora de derrotar al imperialismo francés y señalar el camino de su independencia, haya resistido primero y derrotado después al país capitalista más poderoso, que dispone de la técnica bélica más desarrollada y que no se ha detenido ante nada, empleando a veces procedimientos absolutamente proscritos por los conceptos más elementales de humanidad para destruir no sólo al hombre, sino también la economía del pueblo vietnamita. Así es como ha utilizado gases venenosos con los cuales asesina a poblaciones civiles y, además, destruye la posibilidad de la tierra de poder germinar y entregar sus frutos para las generaciones futuras.

Ante la resistencia de un pueblo que lucha por su dignidad, movido por sus ansias y anhelos infinitos de ser libre y soberano y de trazarse él mismo su propio destino, uno debe sentir una íntima, profunda e ilimitada admiración. El motivo esencial de su lucha, el contenido patriótico de sus combates, prácticamente son irresistibles.

En esta hora en que se escribe en la historia emancipadora de los países la gesta heroica del Vietnam, junto con rendir homenaje y tributo a quienes han sacrificado sus vidas por la tarea superior de tener un país independiente y soberano, debemos recordar a quienes han contribuido moralmente a su victoria: a todos los hombres independientes y dignos que desean también que sus patrias sean soberanas; a los países socialistas, fundamentalmente a la Unión Soviética, que han contribuido y contribuyen materialmente, con armas y esfuerzo bélico, a hacer posible la derrota del imperialismo, cuyo papel, en este caso, ha sido escribir una de las páginas más tenebrosas de los genocidios de la humanidad. De ahí nuestra admiración y apoyo a la heroica lucha sostenida por el pueblo de Vietnam.

Sobre aquel viaje le dijo a Debray que había robustecido su pensamiento político (1971: 73-75):

No modificó mi pensamiento político, sino que lo robusteció. Corea me impactó fuertemente por el nivel alcanzado en su desarrollo económico, sabiendo lo que ha significado la lucha de Corea y comprendiendo que el primer armisticio firmado por el ejército norteamericano fue con los coreanos y sabiendo lo que existe hoy todavía en Sud-Corea.

Después en Vietnam, y ahí sí que se reafirmó mi convicción, la que yo había sentido y palpado en Cuba: un pueblo unido, un pueblo con conciencia política, un pueblo cuyos dirigentes tienen la fortaleza moral, el prestigio y el ascendiente de Ho Chi Minh, es un pueblo invencible. Me impresionaron el coraje y la vitalidad de todo este pueblo. De los contactos que pude tener con los compañeros de Vietnam del Sur, saqué una lección de claridad y de amplitud política. Los diez puntos del programa

del Frente Nacional de Liberación son un ejemplo de esta amplitud. La concepción que tienen del Frente Revolucionario, como frente de la Patria, me interesó mucho.

En aquellos días pudo conocer a Ho Chi Minh, apenas 25 días antes de su fallecimiento:

Era un hombre más alto que el término medio de los vietnamitas; un anciano de una dignidad, de una mirada transparente, diáfana, de una modestia increíble y sin embargo ése era Ho Chi Minh, un hombre cuya historia conocía, que sabía lo que había hecho; que había luchado en el Partido Comunista francés, que era fundador del Partido Comunista de Indochina, que había sido conductor de su pueblo, que hablaba con una sencillez... Fíjate que durante el tiempo que estuvimos juntos, esencialmente, habló de los niños –yo sabía que le decían el «tío Ho»– con un cariño, con una cosa que indiscutiblemente obedecía a lo que el pueblo sentía, había aprendido y comprendía.

Para mí, nada me ha impactado más que la actitud de Ho Chi Minh con nosotros, cuando nos dijo, por ejemplo: «Gracias, compañero, gracias por haber venido de tan lejos, ustedes que se han sacrificado por traernos su apoyo moral». Oír esta frase de parte de Ho Chi Minh, de un hombre que había dado su vida entera a una lucha; al conductor victorioso, al que había derrotado a los japoneses y a los franceses y que estaba derrotando a los norteamericanos...

V. UNA JORNADA HISTÓRICA

En las elecciones parlamentarias de marzo de 1969, Salvador Allende decidió revalidar su escaño en el Senado por la décima circunscripción, constituida por las provincias de Chiloé, Aysén y Magallanes. Su quinto triunfo en este tipo de comicios tuvo de nuevo un notable simbolismo ya que derrotó a Raúl Ampuero, quien recibió el apoyo de las personalidades socialistas del extremo meridional del país que le habían acompañado en su escisión de la USOPO, y ello le permitió situar su nombre en la «carrera» para la definición de la candidatura presidencial de la izquierda para 1970. De los catorce candidatos que compitieron por aquella agrupación provincial, fue el más votado, con 14.483 sufragios, mientras que Ampuero tuvo que conformarse con tan sólo 1.820. Fueron elegidos, además, dos candidatos demócratacristianos (Alfredo Lorca y Juan Hamilton), uno radical (Raúl Morales) y uno del derechista Partido Nacional (Fernando Ochagavía).¹

Por otra parte, las elecciones de 1969 confirmaron varias tendencias importantes: en primer lugar, la crisis del Partido Demócrata Cristiano, cuya acción de gobierno ya se encontraba estancada y que tan sólo obtuvo el 29,7 % de los votos en las candidaturas de diputados; en segundo lugar, la recuperación de la derecha que, bajo la denominación de Partido Nacional (fundado en 1966 por la fusión de los viejos partidos Conservador y Liberal), logró el 20 % y, en tercer lugar, el ascenso del Partido Comunista, primera fuerza de la izquierda, con el 15,9 %, por delante del Partido Socialista, que se quedó en el 12,2 %.

Cinco días después de la votación, una masacre en el sur agudizó el descrédito del PDC, un partido que aspiraba a representar a las capas sociales más

1. *Fuente:* Servicio Electoral de la República de Chile.

humildes. A principios de aquel mes, unas 70 familias campesinas se habían instalado en unos terrenos pantanosos abandonados en un lugar conocido como Pampa Irigoín, a dos kilómetros de Puerto Montt. El domingo 9 de marzo el Ministerio del Interior envió 200 agentes del Grupo Móvil de Carabineros armados con bombas lacrimógenas y fusiles ametralladoras, que expulsaron a los pobladores y quemaron sus humildes chozas. Ante un intento de resistencia, los carabineros dispararon y mataron a ocho personas y otras 27 resultaron heridas.

Allende formó parte del impresionante cortejo que acompañó el funeral de los pobladores asesinados y pidió una sesión extraordinaria de la Cámara para evaluar esta tragedia. Inició su intervención citando unas palabras de Frei de 21 de noviembre de 1962, cuando para referirse a unos hechos similares aseguró (Archivo Salvador Allende, 5, 1990: 227-242):

Y encima de su sufrimiento, no comencemos a mirar los códigos y sus incisos; no entremos a analizar si se lanzaron primero unas piedras o que los carabineros no iban a disparar porque sí. Yo voy más adentro. (...) Esas personas viven como sabemos que están viviendo. Sufren como sabemos que están sufriendo. Con ellas —su pobreza lo exige— se debe tener exquisita prudencia. ¡El castigo para su protesta! Si nosotros estuviéramos en el caso de ellas ¿seríamos tan moderados? ¿Cuál es el castigo? A la primera actuación, siempre hay balas para los pobres. Y yo pregunto ¿estamos construyendo en este país algo positivo o acumulando en esa gente un sedimento de odio que mañana nadie podrá contener, ningún partido político ni ningún hombre?

Desde su tribuna arremetió contra el ministro del Interior, Edmundo Pérez Zujovic, por acusar al Partido Socialista de ser el responsable de la masacre de Puerto Montt tras afirmar que hacía años que usaba la violencia como táctica y remitirse a la resolución política del Congreso de Chillán:

Señores senadores, los socialistas tenemos la entereza necesaria y suficiente porque deseamos conducir, junto con las fuerzas populares, el movimiento revolucionario chileno, para decir al país entero que queremos una revolución; no la revolución que «se han farreado» sus señorías demócratacristianas, sino la auténtica transformación de una sociedad de clases en una sociedad sin clases ni explotados. Hace cuarenta o cincuenta años se publicó un libro pequeño en cuanto al número de sus páginas, pero duro en el contenido de sus ideas. Se llama *El Estado y la Revolución*. Cuando se vaya ese ministro —y se irá luego— ¡mandénselo de regalo! Allí aparece la interpretación que sustentamos nosotros los marxistas de lo que es la sociedad burguesa. Nosotros no somos «golpistas»

ni aventureros. Queremos sí –óiganlo bien, sépanlo bien sus señorías– la revolución, la transformación del Estado burgués en una república socialista.

¿De quién dependerán los caminos que tendremos que recorrer? De sus señorías, de los que tienen el poder y la fuerza. Si no cierran los cauces legales, como han tratado de hacerlo y como lo están haciendo mediante la presión, la amenaza, el dinero y la corrupción, encontraremos el camino. Alentamos la inmediata y profunda convicción –no lo negamos– de que la mayoría de los países latinoamericanos no tienen otro camino que la insurrección armada. Pero nosotros no estamos inventando los hechos: éstos nacen de la realidad de pueblos donde no hay partidos políticos, donde no hay congresos, donde no hay organizaciones sindicales. ¿Puede alguien imaginar que en esos países lograrán las masas obtener el Poder por la vía del sufragio democrático? Si así piensa el ministro, ello es prueba de su ignorancia. ¿Puede concebir alguien que por existir esos acuerdos de Chillán se produjeron en Chile los sucesos de La Coruña, de Rancagua, de San Gregorio, de la Federación Obrera de Magallanes, de la Escuela Santa María, en el norte, de José María Caro, de El Salvador?

La masacre de Puerto Montt suscitó una agria polémica en un PDC ya dividido en tres corrientes (freístas, «terceristas» y «rebeldes») y mereció la enérgica condena de la actuación del Ejecutivo por parte de la Juventud Demócrata Cristiana (JDC). A finales de abril, la crisis interna empezó a precipitarse hacia la primera escisión importante que sufrió el PDC, cuando los diputados Julio Silva Solar y Alberto Jerez entregaron un documento, «El camino de la unidad popular», donde insistieron en que el partido debía resolver su indefinición ideológica, apostar por la sustitución del capitalismo y buscar la confluencia con la izquierda (Quezada Lagos, 1985: 41).

En mayo, el propio Eduardo Frei tuvo que intervenir en la Junta Nacional del PDC para derrotar la posición favorable a la alianza electoral con el FRAP y defensora de «la vía no capitalista de desarrollo» teorizada por el sector «rebeldes». A consecuencia de ello, el senador Rafael Agustín Gumucio renunció a su militancia demócratacristiana y Silva Solar, Jerez, Jacques Chonchol y Vicente Sotta siguieron sus pasos. En la carta que éstos dirigieron a Jaime Castillo, presidente del PDC, expresaron su profunda decepción por el balance del quinquenio de Frei en La Moneda y le anunciaron que abandonaban el PDC para trabajar por la «unidad popular», para «unirnos a la lucha del pueblo por la justicia, por la democracia, por la revolución, por la nueva sociedad comunitaria y socialista» (Pujadas, 1976: 426-428). Un número de militantes y dirigentes, significativo en el caso de la JDC, intelectuales y profesores universitarios les

acompañaron y días después en el teatro del sindicato de la Empresa de Transportes Colectivos del Estado nació el Movimiento Popular de Acción Unitaria (MAPU).

El 15 de agosto la Junta Nacional del PDC designó como candidato presidencial a Radomiro Tomic (miembro de su sector progresista y ex embajador de Frei en Washington), quien expresó su confianza en la victoria para poder profundizar las reformas emprendidas desde 1964. En octubre inició la campaña electoral con la mirada puesta en el electorado vinculado a la izquierda ya que creía que su gran rival sería Jorge Alessandri, de ahí el radicalismo de su discurso y de su programa, inimaginables de haberse podido postular Frei a la reelección.

A mediados de aquel mes, Enrique Krauss, ministro secretario general del Gobierno, visitó junto con Benjamín Prado, presidente del PDC, a Salvador Allende en su casa de la calle Guardia Vieja, en la comuna de Providencia. El Ejecutivo temía un golpe de estado militar y Frei quería conocer la posición de la izquierda ante aquella eventualidad (Puccio, 1985: 184-187):

Allende les contestó que él y las fuerzas de la izquierda siempre estarían por defender el sistema democrático de Chile de un ataque de ultraderecha. Textualmente el doctor habló de un golpe fascista (...) Allende sostuvo que él tenía fe en las Fuerzas Armadas chilenas y opinó que ellas no intervendrían. Pero que a su vez, tenía el temor de la presión sobre las Fuerzas Armadas, por un lado, del imperialismo norteamericano, de la CIA y el Pentágono, y por otro lado, temía la influencia de la oficialidad que había recibido su instrucción militar en Panamá.

Cuando Prado insinuó que, si triunfaba el golpe militar, Allende ya no tendría posibilidades de ser presidente de la República, «el doctor contestó que él no lo hacía por ambición personal y que por lo demás defendería el sistema democrático actualmente vigente en Chile con todos sus vicios, porque él quería cambiar este sistema desde la raíz misma». Cuando el 21 de octubre, el general Viaux se sublevó en el regimiento Tacna de Santiago, Allende acudió a La Moneda, junto con otros dirigentes de la izquierda, para expresar a Frei su lealtad al sistema democrático y su apoyo al Gobierno constitucional. Por su parte, la Central Única de Trabajadores se echó a las calles y convocó a decenas de miles de personas en defensa de las libertades ciudadanas.

En cuanto a la derecha, en 1970 no subordinó sus opciones de victoria a la prioridad de contener la «amenaza marxista», como en 1964, y promovió la candidatura del ex presidente Alessandri, a quien presentaron, con la inestima-

ble ayuda de *El Mercurio*,² como la opción «independiente». La fundación del Partido Nacional y la recuperación de su fuerza electoral (aunque muy lejos del 40 % que solía obtener hasta 1953), así como las reformas demócratas (en especial la reforma agraria, que combatió con violencia verbal y física) implicaron que la derecha se arriesgara a levantar una opción propia en un escenario en consecuencia tripolar. Su programa, que se asemejaba a una suerte de «nacionalismo» de corte fascista, pretendía proteger a la burguesía del ímpetu reformista de Tomic y de los efectos que supondría la victoria de una izquierda que empezaba a debatir su programa de gobierno y que se demoraba en consensuar el nombre de su candidato.

Tras su derrota en 1964, Allende no era el indiscutible candidato de la izquierda unida para las elecciones presidenciales de 1970, puesto que, después de la radicalización del discurso de su partido tras el Congreso de Chillán, aparecía ante sus principales dirigentes como la personalización de una línea política «socialdemócrata» que contradecía las tesis del Frente de Trabajadores. En el invierno de 1969, durante un almuerzo en Talca en casa de un militante socialista, alguien le preguntó de manera intempestiva si volvería a ser candidato presidencial. Le respondió con dureza (Puccio, 1985: 196-1987):

Cuando usted aún jugaba a las bolitas y era un mocoso chico, yo ya era militante del Partido Socialista. He respetado a mi partido y siempre lo haré. Cumpliré con el mandato que mi partido me dé. Si voy a ser candidato a la Presidencia por mi partido o no es exclusivamente la decisión del partido, no mía.

También las otras fuerzas que se situaban en la izquierda empezaban a mover ficha. En su Convención de 1967, el Partido Radical había aprobado un nuevo viraje, hasta el punto de que en junio de 1969, en su XXIV Convención, apostó por la construcción del socialismo y expulsó a sus dirigentes conservadores, que fundaron Democracia Radical y entregaron su apoyo a Alessandri. El radicalismo, que entonces designó al senador Alberto Baltra como candidato presidencial, aún conservaba, pese a su sostenido declive, una fuerza electoral

2. *El Mercurio* era el buque insignia de la cadena de periódicos de la poderosa familia Edwards. El «decano» de la prensa chilena, tradicional portavoz de la burguesía industrial y la aristocracia terrateniente, tenía una circulación diaria de más de cien mil ejemplares, aunque era superado por el conservador *La Tercera* y el progresista *Clarín*, ambos con más de 200.000 ejemplares. La prensa de partido tenía una base muy sólida: *El Siglo* (Partido Comunista), *Última Hora* (Partido Socialista), *La Prensa* (PDC) y *Tribuna* (Partido Nacional) tenían miles de lectores diarios (Sosa, 1981: 234).

decisiva en el fragmentado escenario político nacional. Por su parte, algunos sectores herederos de las fracciones progresistas del ibañismo, reagrupados en la Acción Popular Independiente (API), proclamaron la candidatura del senador Rafael Tarud. Mientras tanto, las dudas persistían en el Partido Socialista, tal y como escribió su secretario general de entonces (Rodríguez, 1995: 312-314):

El Partido Socialista, en una etapa inicial, no tuvo un candidato definido. En los primeros momentos, un amplio sector proyectó levantar una nueva figura, razonando que el nombre de Allende no era ya el más indicado por haber intentado con anterioridad tres postulaciones presidenciales, cuyas derrotas, aunque explicables, podrían esta vez pesar negativamente ante el electorado. La mayoría de la dirección nacional y amplios sectores internos se inclinaban por la candidatura de Aniceto Rodríguez, secretario general del Partido, opción que se generalizó en la base partidaria y que podía ser, al decir de muchos, una alternativa de victoria. Con esta aspiración, amplios sectores populares de Santiago ofrecieron una manifestación de simpatía al secretario general en la proletaria comuna de San Miguel. En este acto se evidenció un claro deseo de levantar de inmediato la candidatura del dirigente máximo del socialismo chileno. En el discurso de fondo, junto con agradecer el ofrecimiento de ese vasto sector de base, afirmé que no era el momento de adoptar una decisión y que correspondería al conjunto del partido resolver oportunamente la postulación socialista, con la fuerza de una decisión colectiva alejada de todo interés personal.

Aniceto Rodríguez sostiene que en aquellas circunstancias pudo haber aceptado la proclamación como candidato socialista a la Presidencia de la República y, además, cree que en el Comité Central existía una «neta mayoría» a su favor:

Sin embargo, en mi ánimo influyó el convencimiento de que Allende anhelaba con vehemencia una última opción en su vida. Además, presentía que al no lograrse un acuerdo favorable a su aspiración podríamos correr el riesgo de una fractura interna. Esas reflexiones me condujeron a declinar ese legítimo derecho a una candidatura que con certeza habría convalidado el Comité Central y habría sido recibida con beneplácito por varios aliados del movimiento popular.

Por estos motivos, decidió remitir un escrito a los miembros del Comité Central en el que renunció a postularse para la contienda de 1970. En consecuencia, el 26 de agosto de 1969 el principal órgano de dirección socialista proclamó a Salvador Allende como su candidato presidencial con más absten-

ciones, 14 (entre ellos las de Altamirano, Almeyda y Rodríguez), que votos a favor, 13. Sin embargo, antes de aquel pleno del Comité Central, sus miembros habían recorrido los 35 comités regionales a lo largo del país para pulsar las preferencias de la militancia respecto a las dos posibles opciones: el resultado fue desolador para el secretario general, ya que la inmensa mayoría de las bases socialistas y los cuadros medios optaban por Allende (Arrate y Rojas, 2003: 445-446).

En las memorias de otro connotado dirigente socialista encontramos descrito con mayor claridad el escepticismo de la dirección socialista hacia la cuarta candidatura presidencial de Allende (Schnake, 2004: 147):

El Partido ha tenido un agotador debate en la designación del candidato presidencial. Las corrientes internas se han debatido entre Altamirano, Allende y Aniceto Rodríguez. Tal vez si Carlos Altamirano no hubiera sentido que traicionaba su discurso teórico, su aparente incredulidad en las elecciones como medio para alcanzar el poder, habría sido elegido. Podía armar una fácil mayoría. Aunque dificulto que los comunistas lo hubieran admitido. Altamirano se abstiene de participar en la lucha interna. Luchando contra las abstenciones (que lo derrotaron por estrecho margen) Salvador Allende es elegido candidato a la Presidencia de la República por cuarta vez, aunque ahora con una cuota de escepticismo mucho mayor y la paradoja que siempre nos acompaña: la gran mayoría de la dirección partidaria no cree en él, tanto porque es masón cuanto por su reformismo. Pero este escepticismo corre por cuenta de los dirigentes y no del «pueblo socialista», que quiere y sigue a Salvador Allende.

A finales de septiembre, el Partido Comunista proclamó como su candidato al más admirado de sus militantes, Pablo Neruda, con la esperanza, no obstante, de concretar una amplia coalición de toda la izquierda en torno a un nombre y un programa común.³ Y el MAPU eligió a su secretario general, el

3. «Cuando acepté la candidatura postulada por mi partido, hicimos ostensible la posición comunista —escribió Neruda—. Nuestro apoyo sería para el candidato que contara con la voluntad de los otros. Si no se lograba tal consenso, mi postulación se mantendría hasta el final». «Pero mi candidatura, salida de aquella mañana marina de Isla Negra, agarró fuego. No había sitio de donde no me solicitaran. Llegué a enternecerme ante aquellos centenares o miles de hombres y mujeres del pueblo que me estrujaban, me besaban y lloraban. Pobladores de los suburbios de Santiago, mineros de Coquimbo, hombres del cobre y del desierto, campesinas que me esperaban por horas con sus chiquillos en brazos, gente que vivía su desamparo desde el río Bío-Bío hasta más allá del estrecho de Magallanes, a todos ellos les hablaba o les leía mis poemas a plena lluvia, en el barro de calles y caminos, bajo el viento austral que hace tiritar a la gente» (1979: 459).

destacado ingeniero agrónomo Jacques Chonchol, tal y como recuerda uno de los principales dirigentes de aquel joven partido, Jaime Gazmuri (Gazmuri y Martínez, 2000: 77):

Antes del candidato estuvo la discusión sobre la propia UP. En el PS había una fuerte resistencia a integrar al Partido Radical: estaban en la idea del «frente de trabajadores», no del «frente amplio». Nosotros, como los comunistas, pensábamos que no se podía avanzar sin un frente político lo más amplio posible. Pero a la vez queríamos un candidato que expresara una ruptura con la izquierda tradicional. Buscábamos un frente de masas muy amplio, pero con una dirección revolucionaria. Durante un buen tiempo intentamos buscar candidatos alternativos. El nuestro era Jacques Chonchol, pero sabíamos que era poco viable. Teníamos simpatías por una candidatura de Altamirano y llegamos a varios acuerdos con su sector en contra de Allende. Conspiramos con ellos contra Allende. Pero Altamirano no dio la pelea, yo creo que nunca quiso realmente ser el candidato. Incluso se nos ocurrió la idea peregrina de apoyar la candidatura de Aniceto Rodríguez: entre dos socialdemócratas, uno menos conocido...

El 7 de octubre, para reconducir esta situación de indefinición y reducir la miriada de nombres, Luis Corvalán y Aniceto Rodríguez se dirigieron al Partido Radical, al Partido Socialdemócrata, al MAPU y a la API para proponerles la elaboración de un programa común de gobierno e iniciar las conversaciones para elegir un candidato unitario. Dos días después, en la antesala del Salón de Honor del Congreso Nacional, se constituyó el Comité Coordinador de la Unidad Popular, integrado por dos representantes de cada uno de los partidos: los socialistas Aniceto Rodríguez y Adonis Sepúlveda, los comunistas Luis Corvalán y Orlando Millas, los radicales Carlos Morales y Orlando Cantuarias, los *mapucistas* Rafael Agustín Gumucio y Jaime Gazmuri, los socialdemócratas Esteban Leyton y Juan Tuma y, por la API, Alfonso David Lebón y Guillermo Ovalle.

Después de que durante más de una década la plataforma electoral de la izquierda fuera una alianza exclusiva de los partidos marxistas (el FRAP), en 1969 el acuerdo se amplió a dos pequeñas fuerzas de centro izquierda, a un movimiento escindido del PDC, por lo que la izquierda confiaba en penetrar en el electorado demócratacristiano, y al Partido Radical, con un arraigo secular, aunque menguante, en los sectores medios y el funcionariado.

El 17 de diciembre, después de dos meses de trabajos, la Unidad Popular presentó su programa básico de gobierno sin haber dilucidado quién lo representaría el 4 de septiembre de 1970. Si la composición pluriclasista de la UP se

ajustaba al modelo propugnado por el Partido Comunista, su plataforma programática hablaba de la necesidad de construir el socialismo, sin referirse a etapas intermedias, como postulaba el Partido Socialista, aunque también contenía numerosas propuestas que se ajustaban a la revolución antiimperialista y antimonopólica defendida por el PCCh:⁴

La única alternativa verdaderamente popular –aseguraba el programa de la UP– y, por lo tanto, la tarea fundamental que el gobierno del pueblo tiene ante sí es terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile.

La izquierda constató el agotamiento del sistema capitalista porque Chile era un país dependiente del imperialismo norteamericano, sojuzgado por una burguesía estructuralmente ligada al capital transnacional y que jamás renunciaría a sus privilegios de clase. Además, consideraba que las recetas reformistas y desarrollistas aplicadas por Frei habían fracasado porque el suyo había sido otro gobierno más sometido a los intereses de la burguesía y del capital extranjero, cuyos «débiles» intentos reformistas habían naufragado «entre el estancamiento económico, la carestía y la represión violenta contra el pueblo».

La UP también denunciaba el saqueo de las riquezas nacionales por el capital norteamericano, en particular del cobre; la falta de 600.000 viviendas y la precariedad de muchas de las existentes, sin alcantarillado, agua potable ni luz; la difícil situación de más de la mitad de los trabajadores, que percibían salarios que no les permitían cubrir sus necesidades vitales mínimas; la injusta distribución de la renta ya que sólo el 10 % más rico de la población acaparaba la mitad de la total nacional; la desnutrición que afectaba a la mitad de los menores de 15 años; la persistencia del latifundio y el estancamiento del crecimiento económico en el 2 % anual.

Al mismo tiempo, afirmaba que las necesarias transformaciones revolucionarias se realizarían a partir del ejercicio del poder por las clases populares y para ello su gobierno profundizaría los derechos democráticos y las conquistas de la clase trabajadora y promovería la instauración de un nuevo Estado donde el pueblo ejerciera realmente el poder. El instrumento principal sería la discusión y aprobación democrática de una nueva Constitución que contemplaría la existencia de una única cámara legislativa, la Asamblea del Pueblo, y también

4. Véase el programa íntegro de gobierno de la Unidad Popular en: *Salvador Allende: Chile, hacia el socialismo*, Madrid, Zero, 1971.

algo tan novedoso como el control popular de los representantes electos y la posibilidad de revocación mediante mecanismos de consulta.

En materia económica, el objetivo central era la sustitución de las estructuras capitalistas, con la liquidación del capital monopolista nacional y extranjero y del latifundio, para emprender la construcción de una economía socialista. Y los más concretos eran dedicar la capacidad productiva del país a atender los problemas inmediatos de las grandes mayorías con la producción de artículos de consumo popular, baratos y de buena calidad, así como garantizar la ocupación laboral a todos los trabajadores con unos salarios adecuados. En materia social, preveía medidas encaminadas a satisfacer la aspiración a una vivienda digna y a precios asequibles, el acceso popular a la enseñanza media y a la universidad, la atención médica, la extensión del alumbrado público, la distribución de agua potable, la pavimentación de calles y aceras, el establecimiento de pensiones dignas, la construcción de escuelas infantiles y de instalaciones deportivas...

La UP tampoco olvidaba a las Fuerzas Armadas, cuyo carácter nacional querían afianzar, en una alusión velada tal vez a su creciente dependencia de Estados Unidos, y además aseguraba que no las emplearían para reprimir al pueblo. Asimismo, esperaba mejorar la formación técnica de sus miembros y su integración en la vida social, en la perspectiva de «la paz y la amistad entre los pueblos».

Julio Silva Solar, quien participó en la elaboración del programa de la UP en representación del MAPU, señala que también entonces las dos líneas estratégicas de la izquierda, la comunista y la socialista, condicionaron los debates, hasta el punto de que el documento aprobado constituyó una suerte de síntesis. Pero a su juicio, aquella fue «una solución ambigua, que en lugar de resolver el problema lo agravaba ya que otorgaba mayor fundamento a la doble orientación y doble conducción que se desarrollaba en el interior de las fuerzas populares» (AAVV, 1975a: 199-201).

Las últimas semanas de 1969 fueron muy intensas para los dirigentes de los partidos de la Unidad Popular, que mantuvieron numerosas reuniones con el objetivo de consensuar el candidato presidencial. También Allende se reunió con todos los partidos para defender su postulación y así, por ejemplo, el Partido Comunista le planteó su posición de manera sincera (Corvalán, 1997: 117-118):

Habíamos observado, sin embargo, que en el último tiempo se repetía en sus discursos, caía en lugares comunes y en frases hechas. Daba muestras de estagnación. El movimiento popular había crecido más que él. Se lo dijimos fraternal y francamente en una conversación que *ex profeso*

tuvimos en mi casa. Allende era una personalidad fuerte y quisquillosa, quien no admitía fácilmente una observación. Reaccionó como tal. «Si ustedes consideran –nos dijo– que yo no debo ser el candidato, si no tengo la confianza de ustedes ni la de mi partido y las demás colectividades, simplemente designen a otro». «No, compañero Allende –le respondí–. Estas observaciones y opiniones que le entregamos no están dirigidas a bloquear su candidatura, de ningún modo. Están inspiradas en el propósito de ayudarlo a superarse. Nosotros hemos tenido con usted relaciones políticas, relaciones de amistad desde hace largo tiempo. Lo apreciamos sinceramente. Y, si usted es designado candidato, el Partido Comunista trabajará por su victoria como lo hizo en las anteriores ocasiones, con todo el cuerpo, con toda decisión».

El 5 de enero, en una conferencia de prensa, Luis Corvalán señaló que ante aquel *impasse* convocarían concentraciones públicas para fijar la posición de su organización y escuchar la opinión del pueblo. Al día siguiente, en el Senado, Allende reconoció las dificultades para alcanzar el consenso en la UP y anunció que había pedido al Partido Socialista que eligiera otro candidato a fin de facilitar el acuerdo (Martner, 1992: 275-280):

Pienso que en la actualidad no estamos empeñados en la mera lucha por elegir un Presidente de la República, sino tras la conquista del poder para el pueblo, a fin de abrir caminos a un proceso efectivamente revolucionario, que inicie la construcción del socialismo, de la nueva sociedad chilena, y que señale también una ruta para América Latina (...) Personalmente sólo aliento un anhelo íntimo: que vaya donde vaya, esté donde estuviere, seguiré siendo para el pueblo el compañero Allende.

Sin embargo, a mediados de enero el Comité Central del Partido Comunista retiró la candidatura de Neruda y expresó su apoyo a Allende, decisión que precipitó el acuerdo en torno al senador socialista, anunciado por el comité coordinador de la Unidad Popular el 22 de enero. Aquella tarde, en la avenida Bulnes, miles de personas escucharon de boca de Corvalán la resolución sobre el candidato de la Unidad Popular: «Trabajadores de Santiago, pueblo de la capital, queridos camaradas: salió humo blanco. Ya hay candidato único: es Salvador Allende» (1997: 118).

En pleno verano, fueron los jóvenes y entusiastas militantes de las Juventudes Comunistas, agrupados en las brigadas muralistas Ramona Parra, y de la Juventud Socialista, en las brigadas Elmo Catalán, los que lanzaron la cuarta campaña presidencial de Allende, pintando su nombre en todos los muros del

país. En sus memorias, la entonces secretaria general de las Juventudes Comunistas y diputada, Gladys Marín, escribió (2002: 67):

En la campaña de Allende los jóvenes juegan un papel esencial, son los más entusiastas. Se forman brigadas que le dan a la campaña un sello alegre, abierto, ofensivo, luminoso. Se llega al lugar recóndito, al espacio que no ha sido ocupado. Los jóvenes empiezan a descubrir su propio país. Realizan viajes, encuentros, nadie está contento en un solo lugar, todos quieren moverse de un espacio a otro. Están las marchas, las brigadas de la cultura, los que parten en tren al norte, al sur, a todas partes. No es exactamente una campaña electoral, es una forma de reconocer país, de construir país, de descubrir y soñar país, muy intensa, alegre, desafiante. Mucho conflicto, las brigadas, los ataques a los brigadistas, la autodefensa. Los jóvenes se van sumando y sumando y eso sigue con un ímpetu mayor incluso que en otros sectores sociales. No hay que olvidar que en esos años los jóvenes cantaban (...) eran miles de jóvenes que sabían *La Joven Guardia, La Morena, La Internacional, Venceremos*. Eso generaba elementos de identidad, de mística, de relación, que eran muy valiosos.

La campaña estuvo presidida por una intensa movilización articulada en torno a los casi quince mil Comités de Unidad Popular creados en todo el país y que tuvo como hitos los paros obreros de las industrias textiles Sumar y Fensa, la «marcha del hambre» de los mineros de Ovalle, las huelgas de los estibadores, las tomas de decenas de fundos o la huelga de los trabajadores del salitre. El 19 de marzo los mineros del carbón de Lota y Coronel expulsaron a Alessandri, en recuerdo de la represión de la huelga de 1960, y días después recibieron con entusiasmo a Allende (1985: 203-204):

No sabíamos lo que nos esperaba en Lota –escribió Osvaldo Puccio–. Pero la población nos saludaba con la euforia más grande que yo haya visto. Ya conté que años atrás llevamos niños mineros a nuestras casas. Esos niños eran ahora aquellos hombres que rechazaron a Alessandri y que no lo dejaron entrar a Lota. Pero ahora se encontraban con el hombre que los había acogido y que se había jugado entero por ellos.

El 12 de mayo las tres mayores confederaciones sindicales campesinas, Ranquil (afiliada a la CUT y dirigida por la izquierda), Triunfo Campesino y Libertad (encabezadas por el sector progresista del PDC), y las federaciones de asentamientos de la reforma agraria y cooperativas realizaron la primera huelga general de los trabajadores rurales y el 8 de julio la Central Única de Trabajadores organizó una masiva huelga general. Pero la violencia también

irrumpió en aquella larga campaña electoral, desde la dura represión del Grupo Móvil de Carabineros hasta el terror que las «guardias blancas» pagadas por los terratenientes sembraban en el medio rural, con el asesinato incluso de un funcionario demócratacristiano de la Corporación de Reforma Agraria, Hernán Mery, en abril.

Por primera vez la televisión jugó un papel central en una contienda electoral chilena, en un país que contaba entonces con casi medio millón de receptores. Un programa de Televisión Nacional, *Decisión 70*, entrevistó en varias ocasiones a los candidatos y, frente a la solidez de Allende y la pasión de Tomic, quedó la penosa imagen que la noche del domingo 24 de mayo transmitió un Alessandri agotado, envejecido, irascible, de personalidad hosca y escasa agilidad mental. Un profesor estadounidense, testigo de aquellas elecciones, describe en estos términos sus respectivas apariciones (Francis, 1972: 130-132):

El programa resultó un desastre. Alessandri acababa de regresar de una gira y pasando por alto el consejo de la plana mayor de sus colaboradores, decidió participar sin una exhaustiva preparación. Sus respuestas fueron frecuentemente inconexas y desarticuladas y su personalidad, siempre hosca, contribuyó a crear la imagen de un viejo irascible y de mal genio. (...) Las intervenciones de Allende y Tomic fueron muy superiores. Allende es el negociador consumado que actúa entre bastidores y en consecuencia su manera suave y cordial resulta persuasiva, aunque sabe ser violento en los momentos oportunos. De los tres candidatos, Allende era sin duda quien se llevaba la palma en televisión, aunque pocos de sus seguidores debían tener receptores de televisión. Tomic adolece del grave problema de ser tremendamente impetuoso y apasionado, lo cual es una cualidad excelente cuando se habla ante un vasto auditorio, pero en la intimidad del hogar sus arengas adquieren matices demasiado emocionales.

A pesar de que todas las encuestas que se fueron publicando en los medios de comunicación auguraban a Alessandri en torno al 40 % de los votos, mientras que sus dos rivales fluctuaban entre el 25 % y el 30 %, la derecha reeditó la «campaña del terror» de 1964, aquella burda propaganda negra que auguraba que una victoria de Allende significaría la implantación de una dictadura de corte estalinista. Carteles con un tanque soviético ante el palacio de La Moneda inundaron las paredes de Chile y coparon miles de octavillas, al igual que una imagen religiosa con la siguiente leyenda: «Virgen del Carmen, Reina y Patrona de Chile, líbranos del comunismo ateo». Muchos de estos mensajes es-

taban firmados por supuestas organizaciones como Acción Femenina de Chile y Chile Joven.

Junto con la posición del cardenal Raúl Silva Henríquez (arzobispo de Santiago), quien condenó el uso de motivos religiosos en la lucha política, la izquierda supo desactivar estas manipulaciones ya que el 21 de julio un grupo de veinte jóvenes comunistas entró en las oficinas de la agencia de publicidad Andalién y se apoderó de documentación que probaba que esta campaña publicitaria se financiaba con generosas aportaciones de la compañía cuprífera Anaconda, el Bank of America, el First National City Bank o *El Mercurio* y demostraba su estrecha vinculación con los hombres de Alessandri, entre ellos Sergio Onofre Jarpa, presidente del Partido Nacional (Labarca Goddard, 1971: 310-317).⁵

El 30 de agosto el embajador de Nixon en Chile, Edward Korry, invitó a la sede diplomática a un grupo de politólogos estadounidenses que habían viajado para estudiar las elecciones e intentó convencerles de que Alessandri no podía obtener menos del 40 % de los votos de acuerdo a lo que señalaban las investigaciones que su personal había realizado (Garcés, 1971: 41). Idénticos datos ofreció tres días después el conservador *El Mercurio*.

El 1 de septiembre Salvador Allende cerró su campaña con un gigantesco mitin ante un mar de un millón de personas que se extendía desde la Plaza Italia hasta la Plaza Bulnes, acompañado por las voces de la Nueva Canción Chilena (Víctor Jara, Inti Illimani, Isabel y Ángel Parra, Quilapayún...) que actuaron en los distintos escenarios dispuestos a lo largo de la Alameda, en los que se escuchó en múltiples ocasiones «Venceremos», el himno de la Unidad Popular, compuesto por Sergio Ortega y con letra de Claudio Iturra.

El viernes 4 de septiembre de 1970 tres millones y medio de ciudadanos mayores de 21 años y alfabetizados debían elegir entre las propuestas capitalistas y autoritarias de Jorge Alessandri, el populismo progresista de Tomic y la opción por el socialismo que encarnaba Allende, quien aquella mañana, temprano, llamó a Osvaldo Puccio (1985: 231):

5. La abundante documentación que entregaron al diputado demócratacristiano Bernardo Leighton (presidente de la comisión parlamentaria que investigaba esta campaña) señalaba que en las tres primeras semanas de julio habían colocado publicidad en 40 emisoras de radios y 22 diarios, impreso y pegado un millón de carteles, distribuido cien mil folletos por correo y editado y repartido nueve números de la revista *Idea*, dirigida a las elites intelectuales y los directivos de las empresas.

El día de la elección, a las 6:30 horas más o menos, cuando yo estaba recién despertándome, me llamó el compañero Allende y me pidió que fuera lo antes posible a su casa (...) Entré al dormitorio. Estaba todavía en pijama. «Osvaldo —me dijo— hoy día se juega lo que hemos estado preparando en los últimos años. Todo lo que hemos dicho y hecho. Hoy día se va a probar si teníamos razón o no». Y después de una pausa añadió: «Yo creo que vamos a ganar. Será un día muy duro y muy largo para nosotros».

Curiosamente, el candidato de la UP no pudo votar porque estaba inscrito en Magallanes y la prudencia desaconsejaba un viaje en avión aquel día; por ello tuvo que acudir a la 13.^a Comisaría de Carabineros de Santiago para justificar su abstención, como exigía la ley, y después retornó a su domicilio. En las primeras horas de aquella tarde siguió la jornada electoral por radio y televisión junto a su esposa, Hortensia Bussi, y un grupo de compañeros, entre ellos el doctor Óscar Soto y José Tohá. El interlocutor de la Unidad Popular ante el Ministerio del Interior aquella noche era el senador Aniceto Rodríguez, a quien como a los representantes de las candidaturas de Tomic y Alessandri, les proporcionaban los datos antes de su conocimiento por la opinión pública. Alrededor de las diez de la noche, el secretario general del Partido Socialista telefonó a Guardia Vieja y le indicó a Allende que, aunque iban por delante con un estrecho margen, perderían los comicios puesto que las mesas que quedaban por escrutar eran favorables a Alessandri.

Según el doctor Soto, y ante los cálculos de sus asesores que sí pronosticaban la victoria, Allende telefonó al ministro del Interior, Patricio Rojas, y sin dejar margen a la duda le pidió que, como había ganado las elecciones, le diera autorización para convocar una concentración en la Alameda. El silencio en el Barrio Alto, con las elegantes casas de la burguesía en penumbra y con las persianas bajadas, confirmaban la victoria de la UP.

En su domicilio, Víctor Jara optó por la radio para seguir el goteo de resultados que ofreció el Ministerio del Interior a partir del cierre de los centros electorales a las cinco de la tarde. Aunque durante las primeras horas del escrutinio la incógnita no se despejaba, el significativo silencio que reinaba en su barrio, mayoritariamente derechista y donde las casas tenían las persianas bajadas, le infundía esperanzas, hasta que un compañero le comunicó por teléfono el triunfo de Salvador Allende.

Las emisoras de radio de la izquierda invitaban a sus partidarios a reunirse en la Alameda, frente al viejo caserón de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, a los pies del Cerro Santa Lucía. Víctor y su esposa Joan

llegaron muy pronto a la sede de la FECh y saludaron a los dirigentes de los distintos partidos de la izquierda, otros artistas, diputados, senadores y dirigentes sindicales. Todos conocían a Víctor por su trayectoria artística y por su compromiso político puesto que había participado de manera muy activa en multitud de actos de la campaña y era miembro del Comité Central de las Juventudes Comunistas. Joan Jara recuerda (1993: 161-162):

Veo a los dirigentes comunistas Lucho Corvalán y Volodia Teitelboim, y luego me doy cuenta de la presencia de Salvador Allende. Pienso cuántas veces y durante cuántos años han esperado los resultados de las elecciones, durante cuántos años han luchado con la esperanza de una victoria popular. Muchos de los asistentes son viejos trabajadores, con toda una vida de lucha a sus espaldas.

De los 3.539.747 chilenos inscritos en los registros electorales, 1.070.334 (el 36,2 %) votaron al candidato de la Unidad Popular, 1.031.159 (el 34,9 %) a Alessandri y 821.801 (el 27,8 %) a Tomic. Apenas el 1,1 % de los votos fueron anulados o depositados en blanco. La Unidad Popular, que venció en diez de las 25 provincias, consolidó su victoria con las elevadas votaciones logradas en las áreas con mayor concentración proletaria: Tarapacá (48,8 %), Antofagasta (45,9 %), Concepción (48,3 %) y Arauco (55,7 %), mientras que en Santiago se impuso Alessandri y en Valparaíso, Tomic. La votación allendista era tan sólida que sólo en la provincia de Cautín fue inferior al 29 % (Francis, 1972: 158-161), si bien, una vez más, su flanco débil fue la población femenina, ya que sólo logró el 30,5 % de los votos de las mujeres, mientras que alcanzó el 41,6 % entre los hombres.

Cuando tuvieron la confirmación definitiva del triunfo de Allende, estalló la alegría hasta entonces contenida, tal y como escribió Joan Jara:

Dentro todo es alegría, abrazos, lágrimas. A mí me lleva el gentío. Todos se abrazan entre sí. La gente se empuja para llegar junto a Allende y felicitarle. Me toca el turno. Lo estrecho en lo que considero un desahogado estrujón de oso, pero él me dice: «¡Abrazáme más fuerte, compañera! ¡Éste no es momento para timideces!».

Víctor y Joan regresaron al exterior donde la multitud no cesaba de aclamar: «¡Allende!, ¡Allende!». Trabajadores, estudiantes, militantes de todos los partidos de la Unidad Popular, pobladores llegados del cinturón obrero en sus carros de caballos (incluso muchos jóvenes democratacristianos) celebraban la victoria por la que el movimiento popular había luchado durante décadas. La

Historia les abría sus puertas, la noticia recorría ya el planeta: por primera vez, un candidato marxista, al frente de una amplia coalición y con un programa que planteaba la construcción del socialismo, alcanzaba el gobierno de un país en unas elecciones pluripartidistas.

La gente baila en las calles cogida de la mano -escribió Joan Jara-, formando cadenas y círculos, encendiendo fogatas... (...) Se inician procesiones espontáneas con antorchas improvisadas; nos encontramos marchando avenida abajo hacia La Moneda, el palacio presidencial. De improviso surge en dirección opuesta un contingente de soldados en vehículos blindados. Parece un presagio, una amenaza, pero pasan a nuestro lado y sólo nos dedican alguna mirada.

Hacia la una y media de la madrugada del 5 de septiembre, Salvador Allende salió al balcón del viejo caserón de FECh y se dirigió a las decenas de miles de personas congregadas en la Alameda (Quiroga, 1989: 55-60):

La victoria alcanzada por ustedes tiene una honda significación nacional. Desde aquí declaro, solemnemente, que respetaré los derechos de todos los chilenos. Pero también declaro, y quiero que lo sepan definitivamente, que al llegar a La Moneda, y siendo el pueblo Gobierno, cumpliremos el compromiso histórico que hemos contraído de convertir en realidad el programa de la Unidad Popular.

Consciente de las dificultades que entrañaba llevar a cabo este proyecto político apeló al compromiso de su pueblo y le prometió su lealtad:

Si la victoria no era fácil, difícil será consolidar nuestro triunfo y construir la nueva sociedad... Pero yo sé que ustedes, que hicieron posible que el pueblo sea mañana Gobierno, tendrán la responsabilidad histórica de realizar lo que Chile anhela para convertir a nuestra patria en un país señero en el progreso, en la justicia social, en los derechos de cada hombre, de cada mujer, de cada joven de nuestra patria (...) Hemos triunfado para derrotar definitivamente la explotación imperialista, para terminar con los monopolios, para hacer una seria y profunda reforma agraria, para controlar el comercio de importación y exportación, para nacionalizar, en fin, el crédito, pilares todos que harán factible el progreso de Chile, creando el capital social que impulsará nuestro desarrollo. (...)

Por eso, esta noche, que pertenece a la historia, en este momento de júbilo, yo expreso mi emocionante reconocimiento a los hombres y mujeres, a los militantes de los partidos populares e integrantes de las fuerzas sociales que hicieron posible esta victoria que tiene proyecciones más allá de las fronteras de la propia patria. Para los que están en la pampa o

en la estepa, para los que me escuchan en el litoral, para los que laboran en la precordillera, para la simple dueña de casa, para el catedrático universitario, para el joven estudiante, el pequeño comerciante o industrial, para el hombre y la mujer de Chile, para el joven de la tierra nuestra, para todos ellos, el compromiso que yo contraigo ante mi conciencia y ante el pueblo -actor fundamental de esta victoria- es ser auténticamente leal en la gran tarea común y colectiva. Lo he dicho: mi único anhelo es ser para ustedes el compañero Presidente.

Allende tuvo un recuerdo muy sentido para los luchadores sociales que desde principios de siglo sembraron la semilla que germinó aquel día y se refirió con hermosas palabras al futuro que proyectaban construir, «las esperanzadas alamedas del socialismo»:

Han sido el hombre anónimo y la ignorada mujer de Chile los que han hecho posible este hecho social trascendental. Miles y miles de chilenos sembraron su dolor y su esperanza en esta hora que al pueblo pertenece. (...)

Tengo plena fe en que seremos lo suficientemente fuertes, lo suficientemente serenos y fuertes, para abrir el camino venturoso hacia una vida distinta y mejor; para empezar a caminar por las esperanzadas alamedas del socialismo que el pueblo con sus propias manos va a construir. (...)

Les pido que se vayan a sus casas con la alegría sana de la limpia victoria alcanzada. Esta noche, cuando acaricien a sus hijos, cuando busquen el descanso, piensen en el mañana duro que tendremos por delante, cuando tengamos que poner más pasión, más cariño, para hacer cada vez más grande a Chile y cada vez más justa la vida en nuestra patria. Gracias, gracias, compañeras. Gracias, gracias, compañeros. Ya lo dije un día. Lo mejor que tengo me lo dio mi partido, la unidad de los trabajadores y la Unidad Popular. A la lealtad de ustedes, responderé con la lealtad de un gobernante del pueblo; con la lealtad del compañero Presidente.

Manuel Castells fundamenta la victoria de la Unidad Popular por la división de las fuerzas no marxistas y por la creación de un frente político que agrupaba al movimiento popular y parte de la pequeña burguesía bajo la hegemonía de la clase obrera, al tiempo que destaca que la campaña de la izquierda se apoyó en la movilización de las masas en torno a propuestas programáticas precisas, no sobre la figura carismática del candidato como en el caso de la derecha. Y subraya:

Ahora bien, ese conjunto de condiciones no se hubieran plasmado en la constitución del Frente (la Unidad Popular) y en el estilo impuesto a la

campaña, de no haber mediado una línea sustentada por un aparato con gran capacidad política. Y este aparato y esta línea fueron, sin lugar a dudas, los del Partido Comunista.

Castells destaca la hegemonía política del Partido Comunista en la Unidad Popular, consecuencia, a su juicio, «de la coincidencia objetiva entre la estrategia representada por la Unidad Popular y la línea política, y *por tanto organizativa*, del PC. Ello también explica que las coincidencias prácticas que suelen darse entre Allende y el PC no sean puros arreglos palaciegos: para ambos, el programa de la Unidad Popular es la plasmación concreta del trabajo político para el que siempre han estado preparados».⁶

Por su parte, en un artículo escrito en mayo de 1971, Joan Garcés, uno de los principales asesores políticos del Presidente Allende, citó tres características del sistema político y de la sociedad chilena que permitían entender la victoria de la izquierda. En primer lugar, destacó la unidad de la mayor parte del movimiento obrero organizado en torno a los partidos Comunista y Socialista, algo vital porque impedía que el Gobierno fuera desbordado por otras fuerzas revolucionarias, como le sucedió a la Segunda República española con el anarquismo. En segundo lugar, subrayó que en aquel momento los trabajadores y los sectores populares no estaban enfrentados a la pequeña burguesía y la clase media, al contrario, un sector amplio de estas capas se alineaban entonces junto al proletariado. Eran los terratenientes y los grandes empresarios quienes se encontraban diferenciados social y políticamente de los sectores medios, un hecho que explicaba que «la opción fascista, ante los progresos del proletariado, no encuentra una base social en Chile en el actual proceso». Por último, constató que las Fuerzas Armadas permanecían al margen de la lucha por el poder (1971: 14-16).

Sin embargo, como Salvador Allende no había obtenido la mayoría absoluta, la elección definitiva del nuevo Presidente de la República correspondía al Congreso Nacional.

6. Castells también precisó: «Con todo no estamos afirmado que el PC hizo la Unidad Popular y que ésta no es sino su pantalla. Sino, simplemente, que, sin una línea política partidaria decidida que buscase ese tipo de Frente, no bastaban las condiciones objetivas enumeradas» (1974: 372-373).

VI. CHILE AL ROJO

El sábado 5 de septiembre por la tarde Salvador Allende, presidente electo de Chile según la prensa de izquierdas y «primera mayoría relativa» según la de derechas, ofreció una rueda de prensa en la que destacó la simbólica visita de Radomiro Tomic y su esposa a su domicilio aquella mañana, en lo que era un reconocimiento de su derecho a presidir el país. En las escasas horas transcurridas desde la confirmación del resultado electoral, había recibido más de cien telegramas de felicitación, la visita de tres rectores universitarios, de funcionarios del Poder Judicial y de dirigentes de la Juventud Demócrata Cristiana. Ante decenas de medios de comunicación ensalzó el pluralismo de la Unidad Popular y la singularidad de su proyecto político (Archivo Salvador Allende, 12, 1993, 131-140):

Esta lucha nuestra, siendo auténticamente chilena, tenía proyecciones continentales y quizás, también lo dijimos, mundiales (...), señalando que confluyeron en la Unidad Popular gentes de un pensamiento laico humanista y racionalista como las del Partido Radical, junto al pensamiento marxista de comunistas y socialistas y el claro pensamiento cristiano de los compañeros y amigos del MAPU. No hay otro país del mundo capitalista y desarrollado o en vías de desarrollo que haya podido aglutinar un movimiento tan amplio y al mismo tiempo tan profundo (...)

Las fuerzas sociales que apoyaron la postulación popular estuvieron expresadas fundamentalmente por los cuadros sindicales, la Central Única de Trabajadores, dos de los tres más poderosos movimientos campesinos y once de las doce federaciones de estudiantes de Chile. Quiero destacar, como un hecho también muy trascendente, que la Sociedad de Escritores de Chile, a través de sus once directores, estuvo junto a nosotros, y que los artistas, los creadores, los intelectuales, todas las gamas de la capacidad intelectual y creadora del hombre, tuvieron una participación activa, gene-

rosa y abnegada en nuestra victoria, lo que se expresó en una exposición que los plásticos hicieron a lo largo de 25 provincias y en el apoyo de los artistas teatrales, que concurrieron a las poblaciones marginales, de los folkloristas, que llevaron también sus cantos y su anhelo renovado, o de los poetas, que llevaron sus versos hasta el pueblo. De la misma manera señaló la presencia de técnicos y profesionales.

Su intervención estuvo especialmente enfocada a los numerosos periodistas extranjeros presentes:

No negamos lo que otros gobiernos hayan hecho, pero sostengo enfáticamente que ningún gobierno, sí, ningún gobierno de América Latina, y dejo al margen a Cuba, por tratarse de un régimen distinto, ha sido capaz hasta ahora de solucionar los problemas del hombre. El hombre latinoamericano vive alienado frente a la inseguridad del diario vivir. Baste decir que en América Latina faltan 19 millones de viviendas y que hay 140 millones de analfabetos y semianalfabetos, once millones de parados y seis de semiparados, vale decir, sin trabajo, y que, según un informe de la FAO, el 62 % de los hombres latinoamericanos se alimenta mal. (...)

Somos países potencialmente ricos y, sin embargo, somos países pobres, dramáticamente pobres. Somos países que estamos endeudados por cuatro o cinco generaciones y, sin embargo, somos países exportadores de capitales y los estudios de la CEPAL señalan dura y categóricamente que son mucho mayores las corrientes de dinero que salen de nuestras fronteras que las que ingresan por inversiones de los capitales privados o por la ayuda que recibimos.

En resumen, el drama de los pueblos latinoamericanos es similar y, en el caso de Chile, aun reconociendo que éste es un país políticamente más evolucionado, verdad es que la realidad del hombre común, de la familia chilena se expresa en lo que he dicho y creo que es patriótico pedirles a los que nos visitan que entiendan y comprendan nuestro drama y que se gasten unos cuantos escudos y vayan a las poblaciones marginales, que vean que a diez minutos del Palacio de La Moneda hay miles de chilenos que chapotean en el barro y duermen bajo carpas o toldos de género que ni siquiera son un amparo mediocre para la lluvia, el frío o el viento.

Quisiera que preguntaran cuántos miles de esos chilenos tienen trabajo y cuántos están cesantes; quisiera que preguntaran cuál es la dieta alimenticia de ellos; me gustaría también que fueran a la puerta de los hospitales para ver cuánto esperan y cuántas veces tienen que volver las madres chilenas para poder recibir atención.

Entonces comprenderán que la Unidad Popular nace de un hecho muy claro y muy profundo: el fracaso del régimen capitalista y el fracaso del reformismo del gobierno demócratacristiano del señor Frei.

Las preguntas más relevantes se refirieron a las relaciones que su gobierno mantendría con Cuba, la URSS, China o Estados Unidos, sobre si la victoria de la UP invalidaba la vía armada en otros países y acerca de la reacción de las Fuerzas Armadas ante su triunfo. Un periodista venezolano le abordó sobre un asunto determinante al preguntarle si lograría el apoyo del Congreso Nacional, en el que la UP era minoría, para aprobar las leyes fundamentales que desarrollarían su programa:

Desde luego la propia Constitución franquea un camino y es el plebiscito cuando hay un rechazo de ideas esenciales por parte del Congreso. Nosotros apelaremos a ese camino y a esos recursos. Y si ganamos la elección, con más razón ganaremos el plebiscito. Y eso nos abre el camino que a usted le inquieta y a mí también. Como eso puede demorarse un poco, nosotros pensamos que algunas iniciativas legales encontrarán apoyo sin discusión en sectores de la propia Democracia Cristiana, porque pensamos que serán consecuentes con sus ideas y con el programa que Radomiro Tomic planteó frente al país. Si él ha sostenido que el capitalismo ha hecho crisis y el neocapitalismo también y planteamos algunas iniciativas tendientes a crear una economía nacional, pienso que vamos a encontrar ese apoyo, como ellos encontraron apoyo, a pesar de que se dice que no es así, en nosotros.

Su apretada victoria abrió un periodo de incertidumbre ya que, de acuerdo con la Constitución de 1925, correspondería a los 150 diputados y 50 senadores, reunidos en Congreso Pleno, elegir al nuevo Presidente de la República entre los dos candidatos más votados, si bien la tradición imponía la designación de quien había obtenido un mayor apoyo en las urnas.¹ No obstante, la Unidad Popular, con sus 57 diputados (22 comunistas, 19 radicales, 15 socialistas y 1 del MAPU) y 23 senadores (7 radicales, 6 comunistas, 4 socialistas, 2 del MAPU, 1 socialdemócrata y 1 del API), necesitaba de manera imperiosa el apoyo de los 20 senadores y 55 diputados del PDC para lograr la investidura de Allende.

Las convicciones democráticas de Tomic franquearon el camino para las conversaciones entre su partido y la Unidad Popular ya que de inmediato reconoció su victoria y su condición de «presidente electo» y el 5 de septiembre, además de visitarle en su domicilio, le envió una tarjeta con estas palabras:

1. A excepción de Eduardo Frei, los tres presidentes anteriores a Allende (Gabriel González Videla, Carlos Ibáñez y Jorge Alessandri) fueron elegidos por el Congreso Pleno y en 1958 Alessandri lo logró después de haber obtenido tan sólo el 31 % de los sufragios.

«Salvador: Felicitaciones por la victoria, más honrosa mientras más dura y difícil. Le pertenece al pueblo, pero también es tuya».²

Ahora bien, la Unidad Popular había vencido con un programa para la construcción del socialismo y, si en el PDC aún imperaba el espíritu progresista que había caracterizado la campaña electoral de Tomic, en los sectores sociales, políticos y económicos más conservadores la tan temida «catástrofe» no tardó en desencadenar las primeras consecuencias. En un artículo escrito para el semanario uruguayo *Marcha* a mediados de septiembre, Eduardo Galeano describió con acierto el clima generado en estos medios por el triunfo de la UP al describir la viñeta de un periódico conservador que mostraba a San Pedro asomado desde una nube sobre la cordillera andina y un tierno angelito le preguntaba qué estaba viendo. «La caldera del diablo», era la respuesta (AAVV, 1973a: 365).

El 13 de septiembre el rotativo argentino *Clarín* publicó una entrevista a Allende en la que le preguntaron si era «marxista» (Archivo Salvador Allende, 12, 1993: 51-55):

Efectivamente, soy marxista y lo soy desde mi juventud. Toda mi vida política se ha caracterizado por la consecuencia con mis principios. Pero ser marxista significa actuar de acuerdo a la realidad de mi país, en conformidad a su idiosincrasia y a sus necesidades.

El Gobierno que presidiré está sustentado por fuerzas sociales y políticas de diferentes orientaciones ideológicas. En la Unidad Popular hay socialistas, radicales, comunistas, ex demócratacristianos que forman el MAPU, socialdemócratas e independientes; hay marxistas, laicos y cristianos. Mi gobierno será, por lo tanto, intrínsecamente pluralista.

El programa de la Unidad Popular refleja los puntos de coincidencia de diversos sectores políticos y sociales, aunados en el esfuerzo común de cumplir una etapa de transformaciones estructurales en lo político, en lo social y en lo económico. En ese programa está lo que haremos. Ahí está expresado el carácter de nuestro gobierno. En él está contenido el compromiso que hemos contraído ante el pueblo de Chile. Ése es el camino que libre y democráticamente ha escogido la mayoría de la ciudadanía.

2. Diez días después de los comicios, ante los análisis catastrofistas tras la victoria de Allende, Tomic indicó que creía que el gobierno de la UP se asemejaría al del Frente Popular y expresó su deseo de que la tensión se atenuara: «No cabe duda de que un factor muy importante en el manejo de esta situación ha sido y seguirá siendo la conducta leal, serena y patriótica de la Democracia Cristiana. Pero entendámonos: no sería lógico pedir a Salvador Allende que «en nombre de la pacificación de los espíritus» abandone el cumplimiento del programa aprobado por la mayoría del pueblo» (Kramer, 1974: 188-189).

Aquel mismo día, en una concentración pública en Valparaíso organizada por la Unidad Popular para reafirmar su victoria del 4 de septiembre, Allende llamó al pueblo a estar alerta ante cualquier maniobra que quisiera apartar a la izquierda de La Moneda (Archivo Salvador Allende, 9, 1990):

El pueblo, que ha sido capaz de triunfar contra el dinero, la mentira, la insidia y la calumnia, es un pueblo que será capaz de gobernar y daremos a todos la lección. El pueblo sabe ahora defender su victoria. El pueblo debe tener confianza en los dirigentes políticos de la Unidad Popular y en los dirigentes de la Central Única de Trabajadores y debe tener, el pueblo, confianza en el que les habla. Si llega el momento, será nuestra palabra y nuestra voz. Será el mensaje que daremos a través de las radios o a través de los Comités de Unidad Popular. (...)

Y pretenden, en una actitud de insana, provocar una situación que nosotros rechazamos. Que sepan que el país se va a parar, que no habrá empresa, industria, talleres, escuela, hospital o campo que trabaje, como primera demostración de nuestra fuerza.

En una atmósfera de pánico entre la burguesía, ante la ya cierta «amenaza marxista», en las semanas posteriores al 4 de septiembre alrededor de treinta mil ciudadanos abandonaron el país atemorizados por sus propias mentiras. Paralizados por la inesperada victoria de Allende, desarmados por el constitucionalismo del general René Schneider –comandante en jefe del ejército–, aislados por la posición oficial del PDC, la derecha tuvo que asistir como espectadora a la imparable marcha de la Unidad Popular hacia el Gobierno. De ahí que entre septiembre y noviembre de 1970 la oposición más beligerante y articulada a Allende estuviera radicada en la Casa Blanca, donde horas después de las elecciones recibieron este informe de Edward Korry (Kissinger, 1979: 365):

Chile votó con calma para tener un estado marxista-leninista, la primera nación del mundo en hacer esta elección libremente y con conocimiento. *Su margen es de sólo un 1 % pero es lo suficientemente amplio en el marco de la Constitución chilena como para asegurar su triunfo como definitivo.* No hay razón para creer que las fuerzas armadas chilenas desaten una guerra civil o para que algún otro milagro se interponga para anular la victoria. Es un hecho triste que Chile haya tomado la ruta del comunismo, con sólo un poco más que un tercio (36 %) de la población aprobando esta elección, pero es un hecho inmutable. *Tendrá un efecto muy profundo en América Latina y el resto del mundo; hemos sufrido una grave derrota, las consecuencias serán internas e internacionales...*³

3. Las palabras en cursiva fueron subrayadas por Nixon cuando leyó el informe de Korry, según Kissinger.

En sus memorias, Kissinger describe de manera vívida la ira de Nixon y relata que estaba decidido a hacer «cualquier cosa» para impedir la instalación de un gobierno «comunista» en Chile, tal y como había sucedido una década antes en Cuba y por lo que tanto había atacado a Kennedy y Johnson (1979: 466). La victoria de Allende afectaba más a los intereses políticos que a los económicos de Estados Unidos, ya que Nixon y Kissinger temían principalmente la influencia que el ejemplo chileno pudiera tener en países occidentales tan relevantes como Francia e Italia, cuyos poderosos partidos comunistas postulaban la unidad de la izquierda y propugnaban un socialismo democrático similar a la naciente «vía chilena». Así, una estimación de la CIA del 9 de septiembre de 1970 señalaba que su país no tenía «intereses vitales» en Chile y que, obviamente, el equilibrio militar mundial no variaría por la llegada de Allende al poder, pero advirtió de que su investidura presidencial supondría un «golpe psicológico» para Estados Unidos y «un claro progreso psicológico para los ideales marxistas» (Garcés, 1996: 144).

Entre el 4 de septiembre y el 24 de octubre, la fecha prevista para la votación del Congreso Pleno, Estados Unidos intentó todas las maniobras posibles para impedir la investidura presidencial de Salvador Allende. En un primer momento, a propuesta del Comité de los 40 (el organismo que aprobaba las operaciones secretas del Gobierno norteamericano), que se reunió los días 8 y 14 de septiembre para examinar la situación chilena, Washington intentó que los parlamentarios demócratacristianos apoyaran a Alessandri en el Congreso Pleno, quien gobernaría durante un breve periodo de tiempo y presentaría su renuncia para que se celebraran nuevas elecciones presidenciales en las que las previsiones norteamericanas auguraban la victoria de Frei.

Alessandri ya había dejado entrever su disposición a participar en una operación de este tipo. El 6 de septiembre el director de su campaña electoral, Enrique Ortúzar, entregó una declaración a los medios de comunicación, suscrita por el Partido Nacional, el Movimiento Alessandrista, Democracia Radical y otros grupúsculos derechistas, que señalaba que el proceso electoral no había concluido y llamaba de manera subrepticia a los demócratacristianos a votar por Alessandri en el Congreso Pleno para «salvar» a Chile del marxismo (González Pino y Fontaine Talavera, 1997, 1: 15-16).

Y, aunque la dirección del PDC criticó estas intenciones, porque pretendían alterar de modo «ilegítimo» la tradición democrática del país, el 9 de septiembre Alessandri rompió su silencio y entregó una carta a la opinión pública donde aseguró que, si resultaba elegido por el Congreso Pleno, renunciaría a la Presidencia de la República, por lo que se convocarían nuevas elecciones en las que no participaría «por motivo alguno» (Boetsch, s. f.: 134).

Entre los miles de chilenos «blancos» que huyeron atemorizados ante el fantasma del «comunismo», estuvo Agustín Edwards, uno de los hombres más poderosos del país, quien trabajó desde entonces y hasta 1973 como vicepresidente mundial de Pepsi-Cola. El 14 de septiembre, nada más llegar a Washington, el propietario de *El Mercurio* se entrevistó con Nixon en la Casa Blanca y le advirtió de la catástrofe que se cernía sobre su país y de las consecuencias funestas para los intereses estadounidenses.

Al día siguiente Nixon se reunió en el Salón Oval con Richard Helms, director de la CIA, y Henry Kissinger. La desclasificación de las notas que tomó Helms revela las ideas que expresó Nixon (Guzmán, 1999: 17):

La *chance* es de 1 en 10, pero ¡salvar a Chile!; gastar lo necesario; no involucrar a la Embajada; diez millones de dólares disponibles, más si fuera necesario; trabajo a tiempo completo con nuestros mejores hombres; hacer aullar la economía; 48 horas para un plan de acción.

El 16 de septiembre Kissinger intentó persuadir a los medios de comunicación de su país del «peligro» que entrañaba la experiencia allendista ya que Chile no era una isla caribeña, como Cuba, sino que tenía fronteras con Argentina, Perú y Bolivia, con el consiguiente peligro de «contagio», y por ello advirtió de que podría desestabilizar el hemisferio occidental.

A consecuencia de los exabruptos de Nixon y los análisis de Kissinger, entre el 5 y el 20 de octubre de 1970 la estación de la CIA en Santiago contactó en 21 ocasiones con distintos mandos de las Fuerzas Armadas y Carabineros para instigarles a sublevarse con la garantía de que tendrían el apoyo de Washington, según el Informe Church. Pero las tentativas de algunos oficiales y las maniobras de la CIA en pos de un golpe de estado se estrellaron ante la firmeza del general René Schneider, quien en los meses anteriores a la elección presidencial, particularmente en una entrevista en *El Mercurio* publicada el 8 de mayo, había reafirmado en varias ocasiones la doctrina legalista que la Constitución de 1925 imponía a las Fuerzas Armadas. Las esperanzas que la derecha, parte del PDC y Washington aún albergaban en un pronunciamiento militar que interrumpiera el proceso institucional se evaporaron de manera definitiva con el discurso que Schneider pronunció el 19 de septiembre durante la parada con motivo de las Fiestas Patrias. Su firme actitud de respeto a la voluntad popular le situó en el punto de mira de quienes aspiraban a truncar la legalidad democrática.

A mediados de septiembre de 1970, la Unidad Popular y la dirección del Partido Demócrata Cristiano iniciaron las conversaciones para aprobar una re-

forma constitucional que reforzara la vigencia de las libertades ciudadanas. En sus memorias, Orlando Millas, uno de los dirigentes de la UP que participó en aquellas reuniones, mencionó el entusiasmo de Allende con esta iniciativa y la rapidez con que se entendieron con los dirigentes del PDC en torno a unos puntos recogidos en los programas de Tomic y Allende (1996: 64-66). Sin embargo, los interlocutores demócratacristianos en aquellas semanas pertenecían a su tendencia progresista (Bernardo Leighon, Renán Fuentealba y Luis Maira). Muy distinto, y menos conocido también, es el papel que Eduardo Frei desempeñó en los conocidos como «sesenta días rojos».

El 7 de septiembre Frei visitó a Allende para expresarle: «Tu victoria, Salvador, representa para mí un gran fracaso» (Garcés, 1971: 34). Al día siguiente convocó a los comandantes en jefe de las tres ramas de la Fuerzas Armadas, al director general de Carabineros y al general Carlos Prats, para relatarles su encuentro con Allende y trasladarles que con su investidura se implantaría un régimen marxista en el país.⁴ Tampoco dejó de recurrir a su principal aliado de 1964 y en una reunión con John Richardson, secretario de estado adjunto para Educación y Cultura, y el embajador Korry en Viña del Mar, pidió a aquél que transmitiera a Nixon un mensaje con un fin indudable: «Las probabilidades son de cincuenta a uno de que la presidencia de Allende significará en Chile un gobierno como el que hay en Cuba». Korry, que hacía de traductor y tomaba notas de la reunión, le preguntó si estaba solicitando que su Gobierno hiciera «algún tipo de acción». El presidente chileno se limitó a responder que tan sólo «propaganda», pero Korry no pudo sino concluir que Frei quería que «hiciéramos el trabajo sucio».⁵

Las maniobras de Frei tuvieron su continuación el 23 de septiembre con el discurso de su ministro de Hacienda, Andrés Zaldívar, transmitido por cadena de radio y televisión en el que anunció que la victoria de Allende había desatado el caos económico (Vitale, 1999: 179):

4. Según relató el general Prats en sus memorias, ante la cúpula de las instituciones armadas Frei también sugirió que ya se percibían los síntomas de una grave crisis económica porque sólo el día anterior, el primero laborable después de la votación, se habían retirado de los bancos 200 millones de escudos y otros 500 millones de las sociedades de ahorro y préstamo y la Bolsa de Santiago había caído un 60 %. Frei dibujó un cuadro de caos económico al expresar su temor a una congelación de las inversiones, una suspensión de la venta de bienes de consumo, una paralización de las siembras agrícolas y una caída de la producción industrial (1985: 167-168).

5. Con motivo del fallecimiento de Korry, el 29 de enero de 2003, un diario santiaguino reprodujo un extracto de la entrevista que en 1996 concedió a dos investigadores. *La Tercera*, 2 de febrero de 2003. Edición digital: <www.tercera.cl>.

Con posterioridad al acto eleccionario, el comportamiento de la economía ha cambiado radicalmente (...) El primer impacto se reflejó esencialmente en una violenta presión ejercida por depositantes y ahorrantes para retirar sus recursos (...) Ciertas empresas han procedido a suspender sus planes de expansión y aun a paralizar algunos que están en marcha (...) Con posterioridad al 4 de septiembre se ha visto seriamente afectada la construcción de viviendas financiadas por el sector privado.

Además, el general Carlos Prats explicó en sus memorias que una semana después de las elecciones recibió insistentes presiones de militares en retiro para encabezar un golpe de estado. Y que el 25 de septiembre de 1970 un destacado dirigente del PDC le planteó sin ambages que, ante la actitud legalista del general Schneider, el presidente Frei aceptaría que él encabezara un movimiento militar que le derrocaria y le enviara al extranjero para impedir así el acceso de «los comunistas» al poder político, y, una vez «normalizada» la situación, volverían a convocarse elecciones (1985: 173).

A pesar de estas oscuras maniobras, la dirección del PDC y la UP negociaron y acordaron con celeridad el Estatuto de Garantías Democráticas, que perfeccionó el carácter democrático y pluralista del régimen institucional, consolidó el Estado de Derecho y las libertades y derechos ciudadanos y reafirmó el carácter profesional e independiente de las Fuerzas Armadas. El 10 de octubre Allende remitió una carta al senador Benjamín Prado, presidente del PDC, que concluía en estos términos (Farías, 2000, 1: 441):

Puedo manifestar a usted que los términos del referido proyecto concuerdan plenamente con mi posición sobre las materias que contempla y que interpretan integralmente los planteamientos que sostuve durante la campaña electoral y ante los delegados de la Unidad Popular que participaron en la mesa redactora.

Deseo expresarle, asimismo, mi satisfacción por los positivos resultados que se lograron en el esfuerzo común desplegado por la Democracia Cristiana y la Unidad Popular, y mi reconocimiento por la actitud asumida por usted y por el partido que preside, que contribuyó decisivamente a la concreción de un hecho político tan trascendente para la vida del país.

En definitiva, un acuerdo entre el Partido Demócrata Cristiano y la Unidad Popular posibilitó su acceso a la Presidencia de la República, ya que, en sentido estricto, también hubiera sido constitucional la investidura de Alessandri con los votos de una improvisada coalición de centroderecha. Pero en aquellas semanas el PDC rechazó la consigna lanzada por la derecha («democracia o marxismo»)

y asumió que la izquierda tenía derecho a gobernar dado que así lo había expresado la voluntad popular. El 19 de octubre Alessandri pidió a sus partidarios que no votaran por él en el Congreso Pleno y resaltó en un comunicado las probadas convicciones democráticas del «próximo Presidente de Chile». ⁶ Dos días después el Consejo Nacional del Partido Demócrata Cristiano ordenó a sus senadores y diputados que entregaran su apoyo al senador Allende.

Fue entonces cuando irrumpió la violencia terrorista de la ultraderecha para segar la vida del general Schneider. Por los documentos secretos de la compañía multinacional ITT (hoy ATT) revelados por el periodista estadounidense Jack Anderson en marzo de 1972, sabemos que Hal Hendrix (relaciones públicas de la ITT en Santiago y una persona con estrechos contactos con la CIA), escribió a E. J. Gerrity, vicepresidente de la compañía: ⁷

A menos que haya un movimiento por parte de elementos militares disidentes a mediados de la próxima semana, el consenso en Santiago es que Salvador Allende triunfará fácilmente en el Congreso Pleno del 24 de octubre y asumirá como presidente el 4 de noviembre. Las posibilidades de un golpe de estado son magras, pero existen, por lo menos a la fecha. Una figura clave de esta posibilidad es el ex general de brigada Roberto Viaux...

El 22 de octubre un grupo de extremistas, entre ellos miembros de Patria y Libertad, encabezado por el general Viaux intentó secuestrar al comandante en jefe del ejército para responsabilizar de tal acción a la izquierda y forzar un golpe de estado militar. Actuaron con armamento proporcionado por la CIA que les entregó el coronel Paul Wimmert, agregado militar de la Embajada de Estados Unidos, y recibieron 25.000 dólares, si bien Viaux obtuvo, además, 250.000 dólares como seguro de vida (Garcés, 1996: 141). Poco antes del cruce de las avenidas Martín de Zamora y Américo Vespucio de Santiago interceptaron el vehículo de Schneider, a quien le dispararon y le dejaron gravemente herido después de que éste intentara defenderse. Dos días después Schneider falleció y Frei nombró en su lugar al general Prats.

El 4 de noviembre de 1970, en su primer discurso de masas como Presidente de la República, Allende aseguró:

6. *La Tercera*, 20 de octubre de 1970 (González Pino y Fontaine Talavera, 1997, 1: 20).

7. Después de la reciente nacionalización de su filial en Perú, la ITT temía que el Gobierno de Allende perjudicara sus intereses en Chile, donde gestionaba el sistema telefónico desde 1930 y en 1970 tenía una nómina de seis mil trabajadores y unos intereses que estimaban en 150 millones de dólares.

Estoy personalmente convencido de que el sacrificio heroico de un soldado, del comandante en jefe del ejército, general René Schneider, ha sido el acontecimiento imprevisible que ha salvado a nuestra patria de una guerra civil. Permítaseme en esta solemne ocasión rendir en su persona el reconocimiento de nuestro pueblo a las Fuerzas Armadas y al cuerpo de Carabineros, fieles a las normas constitucionales y al mandato de la ley.

Y en 1971, comentó a un periodista español las evidencias que descubrió aquel magnicidio (Gurriarán, 1973: 159):

El asesinato de Schneider creó una evidencia: la falsedad de algunos que hablan de democracia y que aceptan la democracia y el sufragio sólo para ganar. Esta evidencia reunificó a las fuerzas populares. Aquello demostró que los valores morales no existían, porque las clases comprometidas en el asesinato del comandante en jefe del ejército son precisamente las clases socialmente poderosas de este país, actuando directamente o con mercenarios. Se comprobó su cobardía y eso cohesionó, por una parte, a las fuerzas populares y, por otra, al ejército.

Durante aquellas semanas coincidieron tres hechos políticos capitales: el aislamiento político de la derecha, la renuncia del PDC a una solución que convenía a sus intereses políticos inmediatos (propuesta por Alessandri), ya que aún adhería a los principios democráticos y le pesaba la idea de que la sociedad requería profundas transformaciones, y el comportamiento de las Fuerzas Armadas, influidas por el poderoso respaldo social a la democracia, la reciente votación presidencial y la ausencia de un proyecto alternativo en su seno (Moulian y Garretón: 1978: 23-27).

El sábado 24 de octubre en el Salón de Honor del Congreso Nacional los votos de 195 de los 200 parlamentarios resolvieron por fin la incógnita: Salvador Allende obtuvo 153 sufragios, Alessandri, 35 y hubo 7 en blanco. Terminado el recuento, a las 11:48 horas el presidente del Senado, el demócratacristiano Tomás Pablo, tomó la palabra en tono solemne (Quezada Lagos, 1985: 117):

Con motivo de la votación producida, y en virtud de lo dispuesto por los artículos 64 y 65 de la Constitución Política de Chile, el Congreso Pleno proclama Presidente de la República, para el periodo comprendido entre el 3 de noviembre de 1970 y el 3 de noviembre de 1976, al ciudadano Salvador Allende Gossens.

Seis días después, Allende dio a conocer la composición de su primer gabinete, en el que por primera vez participarían cuatro trabajadores de origen

muy humilde: los comunistas Américo Zorrilla (obrero tipógrafo desde los 14 años), ministro de Hacienda, José Oyarce (obrero agrícola desde los 10 años), ministro de Trabajo y Previsión Social y Pascual Barraza, ministro de Obras Públicas y Transportes; y el socialista Carlos Cortés —minero—, ministro de Vivienda y Urbanismo. José Tohá asumió la cartera de Interior y Clodomiro Almeyda, Relaciones Exteriores. Jacques Chonchol sería el responsable de la reforma agraria al frente de Agricultura y un independiente, Pedro Vuskovic, fue nombrado ministro de Economía.

El 3 de noviembre a las once de la mañana se inició la ceremonia de transmisión del mando de la nación con la llegada al Salón de Honor del Congreso Nacional de Eduardo Frei acompañado de sus ministros en las tradicionales carrozas y vistiendo el traje de etiqueta de rigor. Frei se sentó entre los presidentes de las cámaras legislativas y Tomás Pablo dijo:

En nombre de Dios se abre la sesión. Si no hay oposición, daré por aprobada el acta de la sesión del Congreso Pleno de 24 de octubre de 1970 en que se eligió Presidente de la República por el periodo constitucional 1970-1976 al ciudadano don Salvador Allende Gossens... Aprobada.

Entonces, pidió al secretario del Senado, Pelagio Figueroa, que invitara a incorporarse a la sesión a Allende, quien había llegado a las 10:45 horas acompañado de sus ministros y aguardaba en la oficina del presidente de la Cámara. En medio de una ovación ingresó a la sala junto con sus ministros y después de los saludos correspondientes se sentó a la izquierda de Pablo. Después de escuchar la Canción Nacional, éste señaló:

De acuerdo con lo dispuesto en el artículo 70 de la Constitución Política del Estado, procederé a tomar juramento al señor presidente electo, don Salvador Allende Gossens. ¿Juráis o prometéis desempeñar fielmente el cargo de Presidente de la República, conservar la integridad e independencia de la nación y guardar y hacer guardar la Constitución y las leyes?

«Sí, prometo».

Frei se quitó la banda presidencial y la insignia del mando y se las entregó a Tomás Pablo, quien volviéndose hacia Allende se las colocó mientras decía: «De conformidad con lo resuelto por el Congreso Pleno, procedo a haceros entrega, por el periodo constitucional correspondiente, de la insignia del Mando Supremo de la Nación». Después Allende firmó el acta de juramento junto con los presidentes y secretarios del Senado y de la Cámara de Diputados y recibió un abrazo de Eduardo Frei. A las 11:20 horas se levantó la sesión.

La mayoría de los asistentes se desplazaron a la cercana catedral, donde se celebró el tradicional *Te Deum*, que por primera vez tuvo un carácter ecuménico por petición expresa del masón y agnóstico Allende, bajo la presidencia del cardenal Raúl Silva Henríquez. A mediados de abril de 1971, Allende se refirió al simbolismo de aquella ceremonia (Archivo Salvador Allende, 12, 1993: 153-165):

Uno de los hechos más significativos, más trascendentes, que más impresionó a los visitantes y a las misiones que vinieron a la transmisión del mando fue, precisamente, el *Te Deum* ecuménico realizado en la catedral. *Te Deum* ecuménico que yo solicité, y lo hice porque he sido educado en el respeto a todas las creencias, y lo hice porque sé que la mayoría del pueblo chileno es católico y yo tengo la obligación de respetar su fuero íntimo. Así como sé que ellos respetan el mío. Las palabras del Cardenal demuestran como nuestra Iglesia se coloca en la lucha de los hombres frente a los necesitados y los humildes, haciendo realidad el Evangelio de Cristo. Puedo afirmarle, con la actitud de toda una vida y no sólo la mía personal, sino la de los partidos que forman la vanguardia del movimiento popular, que nunca hemos incursionado con un dogmatismo intransigente en el derecho de cada cual de tener la creencia que más avenga con su ser íntimo, y que ésta la mantendremos.

Después del *Te Deum* ingresó en La Moneda como Presidente de la República y pocas horas más tarde empezó a cumplir su promesa de que el pueblo entraría con él al palacio de gobierno pues aquella tarde el austero Patio de Los Naranjos acogió una fiesta a la que asistieron unas tres mil personas, entre ellos numerosos dirigentes de la Unidad Popular, pobladores, miembros de las juntas de vecinos, sindicalistas de la CUT y representantes de todas las organizaciones de masas afines a la UP.

Muchos dogmas se derrumbaban aquella mañana y millones de personas en Chile, América Latina y el mundo contemplaban con sorpresa, y con esperanza o repulsa, la conquista de un nuevo camino de construcción del socialismo «en democracia, pluralismo y libertad», tres palabras que Allende vinculó íntimamente a aquel proyecto político.

Aquel día el diario mexicano *Excelsior* publicó una entrevista al Presidente, quien subrayó, para prevenir un posible culto a la personalidad que no existió después, que no era un hombre mesiánico o un caudillo (Archivo Salvador Allende, 12, 1993: 57-61):

En Chile funciona la Unidad Popular. En ella, vuelvo a decir, soy una pieza. Como pieza que soy, sé bien claro que tengo un imperativo: no

defraudar al pueblo. Y no defraudarlo es hacer del chileno un hombre íntegro. Un hombre nuevo con una nueva moral, un nuevo horizonte, nuevo sentido de los valores. Una sociedad nueva de todo. Acabar, desde luego; con la explotación del hombre por el hombre.

Asimismo, rechazó la posibilidad de que el proyecto de transición al socialismo desencadenara una guerra civil:

No creo en la guerra civil. El pueblo es suficientemente fuerte como para impedirlo. Las Fuerzas Armadas chilenas son Fuerzas Armadas profesionales respetuosas de la Constitución y de la ley. No son guardias pretorianas al servicio de un hombre. La lección de patriotismo y ecuanimidad del pueblo chileno en las últimas semanas avala mi pensamiento y justifica la confianza en el futuro. Pero los signos de violencia fueron inusitados, de tal manera que es cauto decir que todo pudiera pasar. Y el sacrificio del general Schneider, quiero añadir, no será en vano.

En aquellos días de la primavera chilena de 1970 ya se hablaba en todo el mundo de la «vía chilena al socialismo». En una entrevista publicada el 5 de noviembre por el diario turinés *La Stampa*, Allende la definió de manera sucinta y apuntó a lo esencial (Archivo Salvador Allende, 12, 1993: 63-65):

Aspiramos a encontrar soluciones a los problemas chilenos basadas en la realidad socioeconómica y política chilena, según nuestras tradiciones y particularidades. No tenemos fórmulas ortodoxas o dogmáticas de ningún tipo, no creemos que métodos útiles en otros países puedan aplicarse en Chile sin sufrir una adaptación fundamental a nuestra realidad. En síntesis, somos y seremos chilenos pragmáticos. (...)

Nosotros no tenemos la intención de tratar de exportar nuestras ideas y nuestros métodos. Sólo hemos demostrado que, en las condiciones reales de un país como Chile, la vía electoral y pacífica es perfectamente válida para que el pueblo llegue al poder. Ahora tenemos que demostrar que en estas condiciones es posible adoptar medidas que representen un camino hacia el socialismo, manteniéndonos en la estrecha cornisa de la democracia representativa y con pleno respeto a las libertades públicas.

El 4 de noviembre el representante estadounidense en la ceremonia de transmisión del mando, Charles Meyer (secretario de Estado adjunto para Asuntos Interamericanos), se entrevistó con Allende, quien le pidió que transmitiera a Nixon que el respeto mutuo debía presidir las relaciones bilaterales. Pero el 9 de noviembre, antes de que Allende cumpliera una semana en La Moneda, Kissinger reunió al Consejo de Seguridad Nacional, por orden de Nixon, y aprobaron un

amplio plan de agresión contra el Gobierno constitucional de Chile a través de estos medios: «guerra diplomática» (lograr que otros gobiernos latinoamericanos adoptaran la misma posición que la Casa Blanca), «presión militar» (en especial desde Brasil y Argentina), «guerra económica» (debilitar las ventas de cobre en los mercados internacionales y suprimir toda ayuda estadounidense) y «bloqueo financiero» (obstaculizar las inversiones en este país, ejercer la máxima presión sobre las instituciones financieras internacionales para limitar los créditos y las ayudas y persuadir a las empresas estadounidenses de que cancelaran sus inversiones).

Al respecto, Garcés considera (1996: 143):

La orden de Nixon del 9 de noviembre de 1970 era propia de una guerra sin declaración previa. Y fue ejecutada subterráneamente, pues era incompatible con el Derecho Internacional regulado por la Carta de las Naciones Unidas y con las normas de no intervención vigentes entre los Estados de América. Era una guerra preventiva, no la respuesta a decisiones de soberanía adoptadas después (...) Medidas de guerra acompañadas de las correspondientes ofensivas psicológicas y de propaganda en las que, según el entonces director de la CIA, William Colby, se aplicó a Chile un «prototipo o experimento de laboratorio para probar las técnicas de una inversión financiera masiva en un esfuerzo dirigido a desacreditar y derrocar a un Gobierno». La pérdida del control de la Coalición bélica sobre la persona del jefe del Estado latinoamericano en septiembre-noviembre de 1970 aparece, así, como causa singular de la decisión de destruir al doctor Allende. (...) La aplicación de aquel plan de guerra es la historia oculta de los mil días del gobierno de Allende.

En el plazo de dos semanas, Kissinger y Nixon revisaron el «Programa de acción secreta para Chile», que el primero sintetizó en estos cinco puntos: emprender acciones políticas para dividir y debilitar a la Unidad Popular; ampliar los contactos con las Fuerzas Armadas; ofrecer respaldo a los sectores y grupos políticos no marxistas; ayudar a los medios de comunicación conservadores a difundir propaganda contra el Gobierno y lograr instalar en la opinión pública mundial la idea de que Allende, con el respaldo de Cuba y la URSS, pretendía subvertir el orden democrático en su país (Kornbluh, 2004: 79).

El 4 de noviembre, en un Estadio Nacional repleto por decenas de miles de personas, Salvador Allende pronunció su primer discurso de masas como Presidente de la República. No faltó en sus palabras el tributo a la dura historia del movimiento popular chileno (Martner, 1992: 287-301):

Hoy, aquí con nosotros, también vence Recabarren con los trabajadores organizados tras años de sacrificios. Hoy, aquí con nosotros, por fin, vencen las víctimas de la población José María Caro; aquí con nosotros, vencen los muertos de El Salvador y Puerto Montt, cuya tragedia atestigua por qué y para qué hemos llegado al poder. De los trabajadores es la victoria. Del pueblo sufrido, que soportó por siglo y medio, bajo el nombre de independencia, la explotación de una clase dominante incapaz de asegurar el progreso y de hecho desentendida de él.

Con su tono pedagógico, de profundo respeto hacia su audiencia, Allende explicó el Chile que debía mejorar la Unidad Popular, una sociedad herida por agudas desigualdades y dividida en clases sociales antagónicas. En 1970, 9,5 millones de personas poblaban los 741.767 kilómetros cuadrados de la República, sus 4.270 kilómetros de longitud, con una densidad demográfica de apenas 13 habitantes por kilómetro cuadrado. Un tercio de la población, 3,2 millones de personas, vivía en el área metropolitana de Santiago y el 72 % de la población, en núcleos urbanos (Lamour, 1972: 295). La renta media *per cápita* era de 700 dólares, si bien, como en toda economía subdesarrollada, la distribución de la riqueza era muy desigual: en 1967, el 10 % más pobre de la población recibió el 1,5 % del ingreso total, mientras que el 10 % más rico obtuvo el 40,2 % (Bitar, 1995: 30-32).

Aranda y Martínez consideran que el rasgo esencial de la economía nacional en 1970 era su carácter monopólico y destacan las consecuencias de la concentración del poder económico en un reducido número de grupos y personas: la lentitud del proceso de acumulación de capital, una tendencia crónica a crear empleo productivo por debajo del crecimiento de la población activa, una distribución regresiva del ingreso y una deformación persistente de la estructura de la producción en favor del desarrollo de las ramas de bienes suntuarios o semisuntuarios (Pinto, 1970: 170). En 1970, más de la mitad de los activos de los sectores de la industria manufacturera estaban controlados por 144 empresas y, en la mitad de ellas, más del 90 % del accionariado estaba en manos de los diez mayores accionistas, con una fuerte presencia del capital extranjero.

Por su parte, Ricardo Lagos, destacado estudioso de la economía chilena en aquellos años (y presidente de la República entre 2000 y 2006), explicó en unas importantes jornadas celebradas en Santiago en marzo de 1972 que a la altura de 1970 ésta se caracterizaba por su dependencia del exterior,⁸ la concen-

8. La dependencia se manifestaba sobre todo en tres aspectos. En primer lugar, la principal fuente de ingresos del país en moneda extranjera, el cobre, era un enclave explotado por el

tración de la propiedad agraria e industrial, un crecimiento económico (2 % en 1970) desigual e inferior al demográfico y unos elevados índices de desocupación (9 %) e inflación (30 %). En materia social, también se registraban cifras escalofriantes: el 20 % de los partos se producían sin atención médica, el índice de mortalidad infantil era de un 78,7 por mil y faltaban 585.058 viviendas.

En aquel discurso Allende ensalzó la «tradición republicana y democrática» del país, que «forma parte de nuestra personalidad, impregnando la conciencia colectiva de los chilenos»:

El respeto a los demás, la tolerancia hacia el otro, es uno de los bienes culturales más significativos con que contamos. (...) Las pocas quiebras institucionales fueron siempre determinadas por las clases dominantes. Fueron siempre los poderosos quienes desencadenaron la violencia, los que vertieron la sangre de chilenos, interrumpiendo la normal evolución del país. (...)

Sin precedentes en el mundo, Chile acaba de dar una prueba extraordinaria de desarrollo político, haciendo posible que un movimiento anticapitalista asuma el poder por el libre ejercicio de los derechos ciudadanos. Lo asume para orientar al país hacia una nueva sociedad, más humana, en que las metas últimas son la racionalización de la actividad económica, la progresiva socialización de los medios productivos y la superación de la división de clases.

Aunque la Unidad Popular era minoritaria en el Congreso Nacional, contaba a su favor con la naturaleza del modelo presidencialista previsto por la Constitución de 1925 y acentuado por sucesivas reformas constitucionales. En virtud del mismo, el Presidente de la República gozaba de amplias prerrogativas, no sólo la dirección y designación del Gobierno, sino que también compartía con el Congreso Nacional atribuciones legislativas y constituyentes ya que le correspondía participar en la elaboración de las leyes y sancionarlas, así como tomar parte en los procesos de reforma constitucional. A juicio del destacado jurista Eduardo Novoa Monreal (uno de los principales asesores jurídicos de Allende), era incuestionable la preeminencia que la Constitución concedía al Jefe del Estado sobre el Congreso Nacional (1978: 11).

capital norteamericano, por lo que Chile dependía fuertemente del exterior respecto a la balanza de pagos y los ingresos fiscales. En segundo lugar, a partir de 1960 la deuda exterior creció de manera extraordinaria, hasta el punto de que en 1970 alcanzaba los tres mil millones de dólares, y, por último, se expresaba en las inversiones industriales, en el proceso de desnacionalización del sector manufacturero a mediados de los años sesenta (Novoa, 1973: 34-40).

Allende concluyó su primer discurso de masas como Compañero Presidente reafirmando su convicción acerca de la viabilidad de la «vía chilena al socialismo» y concluyó con una petición a las delegaciones internacionales:

Chile reúne las condiciones fundamentales que, utilizadas con prudencia y flexibilidad, permitirán edificar la sociedad nueva, basada en la nueva economía. La Unidad Popular hace suyo este lema no como una consigna [«el camino al socialismo en democracia, pluralismo y libertad»], sino como su vía natural. Chile, en su singularidad, cuenta con las instituciones sociales y políticas necesarias para materializar la transición del atraso y de la dependencia, al desarrollo y a la autonomía, por la vía socialista. (...)

A todos los que se encuentran aquí, embajadores, artistas, trabajadores, intelectuales, soldados, Chile les extiende la mano de su amistad. Permítanme, huéspedes ilustres, decirles que ustedes son testigos de la madurez política que Chile está demostrando. (...) A ustedes formulo una petición: digan que aquí la Historia experimenta un nuevo giro. Que aquí un pueblo entero alcanzó a tomar en sus manos la dirección de su destino para caminar por la vía democrática hacia el Socialismo. (...) Este Chile en primavera y en fiesta siente, como una de sus aspiraciones más hondas, el deseo de que cada hombre del mundo sienta en nosotros a su hermano.

De inmediato, el Gobierno se aprestó a cumplir una de las primeras cuarenta medidas incluidas en su programa: el reparto gratuito de medio litro de leche diario a todos los niños. Allende concedió una gran importancia a esta medida porque aún recordaba su paso por el Ministerio de Salubridad en el gobierno del Frente Popular, cuando conoció la endémica desnutrición que sufrían los niños chilenos.

Desde el 4 de enero de 1971 cada semana en los colegios se repartió leche de manera gratuita entre los escolares, que recibían una ración de medio litro para cada día. Por ello, el 28 de enero, ante el Congreso del Partido Socialista, Allende afirmó con orgullo (Farías, 2000, 1: 631):

Quiero entonces señalar que el Gobierno Popular, junto con trazar una política muy clara sobre estas materias, ha estimado indispensable, además, cumplir con los puntos que expusieramos al pueblo, cuando hablamos de las medidas inmediatas. Por eso hemos convertido en realidad el medio litro de leche. A lo largo de Chile vamos a mitigar el hambre material y psicológica de los niños, porque antes lo dijimos y hoy lo reafirmamos: el futuro del pueblo está en los hijos del pueblo.

Hemos terminado con la leche de primera y con la de segunda clase; hemos terminado con el pan para ricos y el pan para pobres. Una sola leche y un solo pan para todos.

En 1971 y 1972 el Gobierno repartió 47 millones de litros a tres millones de niños y, en 1973, a pesar de la crisis económica, se distribuyeron 49 millones a 3.600.000 niños (Corvalán, 1997: 128).

Entre las primeras medidas también estuvo la amnistía que Allende otorgó a los dirigentes del MIR imputados en distintos procesos judiciales por infracción de la ley de Seguridad Interior del Estado, entre ellos Miguel Enríquez, Bautista Van Schouwen, Nelson Gutiérrez y Luciano Cruz, y a los de otros grupos de extrema izquierda como la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP). Además, el Gobierno restableció las relaciones diplomáticas con Cuba y las inauguró con China y la República Democrática Alemana, decretó la disolución del Grupo Móvil de Carabineros y promulgó un decreto que amplió los beneficios de la seguridad social a todos los trabajadores eventuales.

Asimismo, acordó con la Central Única de Trabajadores un proyecto de ley de reajustes salariales que aumentó de manera muy sustancial los sueldos de los trabajadores más humildes y mejoró las pensiones más modestas y puso en marcha distintas medidas para mejorar la educación pública y la atención sanitaria. Desde noviembre de 1970 uno de cada tres consultorios prestó atención durante las 24 horas del día y se contrataron a muchos licenciados en Medicina y estudiantes de los últimos cursos para paliar el déficit de profesionales. Y el Tren de la Salud recorrió el territorio nacional durante aquellos tres años para proporcionar atención médica sobre a todo a los campesinos y pobladores que carecían de acceso a consultorios y a hospitales.

En la educación, se mantuvo la gratuidad en las enseñanzas primaria y secundaria y en la universitaria miles de estudiantes estaban exentos de todo pago y el resto abonaban cantidades que oscilaban en función de los ingresos familiares. Hasta 1972 el Gobierno distribuyó casi seis millones y medio de textos escolares en la educación básica y en 1973 fueron ocho millones. Y en cumplimiento también del programa, los alumnos obtuvieron gratuitamente todo el material escolar, mientras que los más pequeños recibían, además, el desayuno y los de familias de menores recursos también el almuerzo (Corvalán, 1997: 128-130).

En los últimos días de 1970 llegó a Chile, después de ser liberado en Bolivia, el joven periodista y filósofo francés Régis Debray, autor de algunos de los textos sagrados de los izquierdistas de entonces, como *Revolución en la Revolución*. En Santiago de Chile y Valparaíso, a principios de enero Debray realizó una extensa y apasionante entrevista a Salvador Allende, una fuente imprescindible para conocer el análisis del Presidente sobre la «vía chilena al socialismo», a partir de contundentes preguntas formuladas desde la más cuidada ortodoxia

marxista. Así, por ejemplo, le preguntó «cuándo y cómo van a conquistar el poder» si la Unidad Popular sólo tenía el Poder Ejecutivo, mientras que la oposición era mayoritaria en el Parlamento, la justicia era un reducto conservador y las Fuerzas Armadas no estaban comprometidas con el proceso revolucionario (1971: 81-82 y 94).

Cuando el cobre sea nuestro, cuando el hierro sea nuestro, cuando el salitre sea auténticamente nuestro, cuando hayamos hecho una profunda y rápida reforma agraria, cuando controlemos el comercio de importaciones y exportaciones por parte del Estado, cuando colectivicemos gran parte de nuestra producción, y digo gran parte porque honestamente le hemos planteado al país, en el programa, que habrá tres áreas: el área de la economía social, el área mixta y el área privada. (...) Pero el poder indiscutiblemente lo tendremos cuando Chile sea un país económicamente independiente. De allí que nuestra línea esencial, vital, sea antiimperialista como etapa inicial de los cambios estructurales. De allí que el proyecto de más trascendencia es el que permite nacionalizar el cobre, la riqueza fundamental de Chile.

Allende tuvo siempre muy presente la posibilidad de la sedición en contra de su Gobierno y señaló que a esas acciones opondrían primero «la fuerza de su propia ley»:

A la violencia reaccionaria vamos a contestar con la violencia revolucionaria porque sabemos que ellos van a romper las reglas del juego. Por el momento, para quedarnos sobre el terreno de la legalidad, te voy a decir lo siguiente: ya lo he dicho, la realidad chilena permite cambiar la Constitución dentro de la Constitución, mediante plebiscitos.

Tampoco descartó la posibilidad de un golpe de estado militar puesto que «una vez aplicada la reforma constitucional nuestra se hieren intereses poderosos internos y foráneos. Esa gente afectada por la reforma agraria o por la nacionalización de los bancos va a querer reaccionar».

SEGUNDA PARTE

VII. HACIA UNA ECONOMÍA SOCIALISTA

La política económica de la Unidad Popular tenía como grandes objetivos la reestructuración de la propiedad de los medios de producción (con la definición de un área de propiedad privada, una mixta y una de empresas nacionalizadas: el Área de Propiedad Social), la redistribución del ingreso en favor de los asalariados y la preparación de nuevos esquemas de desarrollo con el horizonte de la construcción del socialismo (Novoa, 1973: 44). La creación del Área Social debía ser uno de los pilares del proceso de cambios revolucionarios y estar integrada por las grandes empresas mineras del cobre, salitre, yodo, hierro y carbón mineral, el sistema financiero (en especial la banca privada y los seguros), el comercio exterior, los monopolios industriales estratégicos y aquellas actividades que condicionaban el desarrollo económico y social, como la producción y distribución de energía eléctrica, el transporte ferroviario, aéreo y marítimo, las comunicaciones, la producción, refinación y distribución del petróleo y sus derivados, la siderurgia, el cemento, la petroquímica y la química pesada, la celulosa y el papel.¹ Así lo expresó el Presidente Allende el 4 de marzo de 1971, al inaugurar el periodo ordinario de sesiones del Congreso Nacional (Martner, 1971: 32-36):

En el plano económico, instaurar el socialismo significa reemplazar el modo de producción capitalista mediante un cambio cualitativo de las re-

1. Cuando Allende asumió la Presidencia de la República, el Estado ya era propietario de 43 empresas, 30 de ellas industriales, y casi todas eran filiales de CORFO. Algunas de ellas aportaban más de la mitad de la producción nacional en su sector: IANSA producía el 60 % del azúcar y el 50 % del alcohol; las fábricas de pescado el 62 % de las conservas y el 53 % de la harina de pescado... Pero hasta entonces CORFO fue otro instrumento más de los grandes grupos económicos, a los que entregaba créditos cuantiosos (Novoa Monreal, 1978: 87-88).

laciones de propiedad y una redefinición de las relaciones de producción. En este contexto, la construcción del Área de Propiedad Social tiene un significado humano, político y económico. Al incorporar grandes sectores del aparato productor a un sistema de propiedad colectiva, se pone fin a la explotación del trabajador, se crea un hondo sentimiento de solidaridad, se permite que el trabajo y el esfuerzo de cada uno formen parte del trabajo y del esfuerzo comunes.

En el campo político, la clase trabajadora sabe que su lucha es por socializar nuestros principales medios de producción. No hay socialismo sin área de propiedad social. Incorporarle día a día nuevas empresas exige el estado de alerta permanente de la clase trabajadora. Requiere, también, un alto grado de responsabilidad. Construir el socialismo no es tarea fácil, no es tarea breve. Es una larga y difícil tarea en que la clase trabajadora debe participar con disciplina, con organización, con responsabilidad política, evitando las decisiones anárquicas y el voluntarismo inconsecuente. (...)

El establecimiento del área de propiedad social no significa crear un capitalismo de Estado, sino el verdadero comienzo de una estructura socialista. El área de propiedad social será dirigida conjuntamente por los trabajadores y los representantes del Estado, nexo de unión entre cada empresa y el conjunto de la economía nacional. No serán empresas burocráticas e ineficaces, sino unidades altamente productivas que encauzarán el desarrollo del país y conferirán una nueva dimensión a las relaciones laborales.

No obstante, la UP defendía la existencia de un amplio y variado sector empresarial privado en la industria, la minería y los servicios que en el aspecto cuantitativo sería ampliamente mayoritario ya que tan sólo preveía la socialización de unas 150 empresas de las más de 30.000 firmas industriales existentes. La izquierda no sólo proclamaba su respeto por los medianos y pequeños empresarios, sino que además les prometía ayuda financiera y técnica.

El 2 de diciembre de 1970, apenas cuatro semanas después de su constitución, el Gobierno expropió la importante fábrica textil Bellavista de Tomé, cerrada por sus propietarios por conflictos laborales. En las semanas siguientes, la CORFO otorgó a la Empresa Nacional de Petróleos el monopolio de la importación de combustibles y lubricantes, adquirió las acciones de la Compañía de Aceros del Pacífico (la única industria siderúrgica nacional) para convertirla en el centro de un nuevo complejo metalúrgico y decretó la intervención de la fundición NIBSA, propiedad de un consorcio norteamericano, y Alimentos Purina, en manos del «clan Edwards» (propietario de *El Mercurio*) y del grupo Rockefeller.

Una de las nacionalizaciones más significativas fue la compra del 51 % de las acciones de la empresa carbonífera Schwager, la mayor de América Latina y responsable del 85 % de la producción nacional, con 9.800 trabajadores.² El 31 de diciembre de 1970 Allende conversó con los mineros en Lota, les comunicó que el carbón ya pertenecía al pueblo y les explicó que tenían en el horizonte una vida distinta, con salarios justos, sin padecer el azote del desempleo en una empresa que entonces estaba endeudada y sin capacidad de crecimiento, al tiempo que les exhortó a aumentar la productividad (1973: 54-63):

He venido hasta aquí a decirles a ustedes, compañeros y compañeras del carbón, a quienes llevo inscritos en mi conciencia y en mi corazón, porque tantas veces vine aquí no sólo en campañas parlamentarias o presidenciales –vine tantas veces en mi vida–, y porque siempre encontré el espíritu combatiente en ustedes, la fe sacrificada de ustedes donde vitalicé mi convicción y mi fe en el pueblo; por eso ahora he venido con profunda satisfacción a decirles que el carbón es del pueblo de Chile. (...)

A partir de la estatización podremos asignar nuevos recursos para trabajar y desarrollar las minas. Vamos a definir una política nacional de energía, en la que el abastecimiento del carbón tiene que desempeñar un papel trascendental. (...)

Yo lo he dicho a lo largo de muchos años y lo reiteraré insistentemente en la campaña presidencial: los pueblos sólo progresan trabajando más y produciendo más. Pero es muy distinto trabajar y producir, como ha sido la norma de nuestro país y como es la consecuencia del régimen capitalista, para unos pocos, que producir y trabajar más para el progreso de todos los chilenos. Por eso, debo reiterar a ustedes que ahí están esperando las necesidades de una nueva economía popular que estamos forjando: las mayores necesidades de energía termoeléctrica, la expansión de la siderurgia que ahora aceleramos, convertida la Compañía de Aceros del Pacífico en empresa del Área de Propiedad Social. Enfrentamos estas necesidades cumpliendo la segunda gran tarea, la de aumentar rápidamente la productividad.

Asimismo, anunció que el Gobierno escogería al presidente de la empresa, al vicepresidente y al gerente general de entre los trabajadores y les instó a aumentar la producción de las 3.800 toneladas diarias de entonces a 4.700, al

2. Allende explicó que la CORFO había negociado con esta compañía y habían acordado que a corto plazo la mayoría de las acciones pasarían a manos de este organismo estatal y a largo plazo todas ellas. El Gobierno no tenía que abonar cantidad alguna a la compañía, pero sí hacerse cargo de sus deudas.

objeto de atender las mayores necesidades de energía termoeléctrica del país porque, insistió, si antes trabajaban para el beneficio privado, desde entonces lo harían por el futuro de todo el pueblo. Empezaba a plantear a los trabajadores el desafío de la «batalla de la producción», uno de los argumentos característicos de su discurso como Presidente de la República.

Semanas después, recibió en Santiago a los dirigentes sindicales del carbón de las provincias de Concepción y Arauco, quienes le mostraron un pliego de peticiones bastante amplio y le comunicaron que aquel año, a pesar de sus condiciones de pobreza, no plantearían ninguna exigencia económica porque se sentían compensados con la nacionalización y el final de una explotación inhumana. Según el testimonio del diputado Alberto Jerez, quien acompañaba a los sindicalistas, Allende quedó tan conmovido que tardó varios minutos en responderles.³

Durante 1971 también la planta de cemento INESA, la textil Lanera Austral, las dos minas de hierro de la multinacional estadounidense Bethlehem (tras acordar una indemnización de 25 millones de dólares), 19 fábricas textiles, la planta de Ford en Santiago o las dos principales cementeras, El Melón y Cerro Blanco, pasaron al Área Social (Roxborough, 1979: 124-129).

Como carecía de la mayoría parlamentaria para aprobar una ley que definiera los mecanismos para la creación del Área Social y el PDC discrepaba de sus planteamientos, el Gobierno debió recurrir a otros procedimientos legales a fin de avanzar en la construcción de lo que consideraba el «embrión» de la futura economía socialista. De este modo, decretó la expropiación de algunas industrias, sobre todo del área textil, recurrió a la compra directa de empresas a través de la CORFO, logró la nacionalización de la gran minería del cobre mediante una reforma constitucional, negoció con las empresas privadas u ordenó la intervención de industrias.

Uno de sus recursos fue el decreto-ley 520 dictado el 30 de agosto de 1932 durante el gobierno de Carlos Dávila, en las semanas posteriores a la República Socialista. Su artículo 4 autorizaba al Presidente de la República a expropiar empresas industriales, de comercio y de distribución de productos de primera necesidad para atender las necesidades imperiosas de la subsistencia del pueblo. El artículo 5 preveía la expropiación de cualquier industria que se mantuviera «en receso» y, junto con los artículos 7 y 8, definía el procedimiento que debía seguirse.

3. *El Mercurio*, 10 de septiembre de 2000. Edición digital: <<http://www.emol.com>>.

La expropiación de la textil Bellavista Tomé el 2 de diciembre de 1970 mediante este decreto-ley desconcertó a las organizaciones empresariales. En un primer momento, la oposición política intentó impugnar estos procedimientos con argumentos jurídicos, pero más adelante se limitó a afirmar que tal decreto-ley, pese a no estar derogado, era incompatible con la legislación nacional. Su aplicación fue motejada con el peyorativo término de «resquicios legales» y fue la base de una insistente campaña comunicacional para persuadir a la opinión pública de que el Gobierno estaría conculcando la legalidad (Arriagada, 1974: 80-90). Sin embargo, como señaló Eduardo Novoa, pese a que el decreto-ley 520 no era una ley regularmente dictada, los tres poderes del Estado habían reconocido su validez en varias ocasiones.

A pesar de estas dificultades, el 4 de noviembre de 1971, al cumplirse el primer año de su mandato, Salvador Allende pudo afirmar en un acto de masas en el Estadio Nacional (Quiroga, 1989: 152):

El Área Social permitirá planificar el desarrollo económico. Queremos un desarrollo económico al servicio de las masas populares. Los asalariados reciben el año 1970 un ingreso del 51 %. Hay que aumentarlo en el plan sexenal a más del 60 %. Lo mismo debe hacerse con las empresas del Área Social, que deben aumentar de un 4,9 % al 10 %. Queremos intensificar la producción a favor de los grupos de bajos ingresos, elevar en un 60 % el nivel de vida de la gran mayoría de los chilenos, hoy económicamente rezagada. Tenemos que poner todo nuestro esfuerzo en el desarrollo de las industrias básicas: acero, carbón, salitre, petróleo, industria metal-mecánica, productos eléctricos, cemento y elementos de construcción. Debemos hacer grandes inversiones que permitan que despeguemos con un empuje creador.

A finales de 1971, cuando el Área Social generaba el 23 % del producto bruto industrial y la producción de sus empresas había aumentado un 15 %, el Ejecutivo hizo público el listado de las nuevas firmas que deseaba estatizar: 74 industriales, 6 de comercio mayorista, 4 de electricidad, gas y agua y 6 de transporte y comunicaciones. Un año después, el Área Social ya englobaba 202 empresas industriales que empleaban al 19,6 % de los trabajadores del sector y sumaban el 21,9 % de la producción industrial total.⁴

4. De esas 202 empresas, 30 ya estaban en manos del Estado antes de noviembre de 1970, 8 se habían creado a partir de entonces, 7 se habían expropiado, 58 se habían adquirido y 99 estaban requisadas o intervenidas. Tan sólo faltaban por incorporarse al Área Social 24 empresas industriales de las 74 incluidas en la lista de las 90 y otras 9 estaban en la fase de la negociación con la CORFO. Estas 33 empresas representaban el 4 % de la ocupación y el 10 % de la producción.

El Gobierno se vio obligado a nacionalizar decenas de empresas a consecuencia sobre todo del paro patronal de octubre de 1972, cuando los trabajadores ocuparon las fábricas para mantener la producción e impedir la paralización de la economía, y en los días posteriores al fallido golpe de estado del 29 de junio de 1973, cuando la CUT llamó a los obreros a tomarse y vigilar las fábricas. Además, de manera espontánea los trabajadores de decenas de industrias exigieron durante huelgas y movilizaciones su integración en el Área Social, petición que en muchos casos fue atendida, ante determinadas actitudes de los empresarios, como el desmantelamiento de las fábricas, el acaparamiento de productos o la sobreexplotación de la fuerza de trabajo.

En agosto de 1973 la CORFO controlaba más de 400 empresas, la mayor parte de ellas intervenidas o requisadas, que representaban el 95 % del crédito bancario, el 90 % de la producción minera, el 60 % de la distribución y el 40 % de la producción industrial (Ruiz-Tagle, 1982: 25).

El programa de la Unidad Popular contemplaba la inclusión del sistema financiero, en especial de la banca privada y de los seguros, en el Área Social. El 30 de diciembre de 1970 el Presidente Allende anunció, en un discurso retransmitido por televisión y radio, la nacionalización de los bancos comerciales en cumplimiento del compromiso de utilizar sus recursos, no en favor de una minoría como hasta entonces, sino en beneficio de «todo el país» (Martner, 1992: 315-319). Además, aseguró que el Banco Central había decidido fijar la tasa máxima de interés en el 31 %, frente al 44 % vigente, si bien se establecerían tasas sustancialmente inferiores para ciertas actividades económicas y algunos sectores empresariales.⁵

El Gobierno pretendía impulsar una fuerte redistribución del crédito, hacerlo accesible a los sectores hasta entonces marginados por los bancos y fomentar su descentralización, ya que entonces el 70 % se quedaba en Santiago. Pero este conjunto de medidas sólo podría llevarse a cabo de manera eficaz, a juicio de la UP, si el sistema bancario pasaba a ser de propiedad estatal y para ello el Presidente anunció la presentación de un proyecto de ley para estatizar el sistema bancario, que no fue aprobado en el Congreso Nacional, pero también ofreció como alternativa la compra de acciones.

5. Entre ellos, Allende citó a los pequeños industriales y artesanos, las cooperativas campesinas, las sociedades agrícolas de Reforma Agraria, los campesinos atendidos por INDAP, los constructores de viviendas económicas e industrializadas, los exportadores o los industriales con convenios con el Ministerio de Economía para desarrollar productos de consumo popular. «Así, la tasa de interés se transforma en un instrumento efectivo de orientación del desarrollo económico y de apoyo a ciertos sectores productivos, particularmente, los pequeños y medianos empresarios».

El Ejecutivo empleó los procedimientos jurídicos usuales para la compra de las acciones bancarias. Así, la CORFO dio poder al Banco del Estado para que adquiriera las acciones y pidió al Banco Central una línea especial de crédito que cubriera el precio de compra, los impuestos y los gastos relacionados. A principios de 1971, el Gobierno hizo una oferta general y pública de compra de las acciones bancarias y especificó el precio y la forma de pago. En los primeros meses una buena parte de los accionistas privados vendieron sus acciones al precio ofrecido, por lo que, a mediados de aquel año, el Estado había adquirido el 53,2 % de las acciones bancarias y, un año después, ya controlaba todos los bancos privados medianos y pequeños, mientras que disponía del 46 % del valor de las acciones del Banco de Chile y del 71,5 % del Sudamericano, los mayores bancos comerciales (Martner, 1988: 137-139).

Junto con la integración en el Área Social de las principales industrias y de la banca privada, la Unidad Popular planteó que los trabajadores debían ser protagonistas a través de su participación en la dirección de las mismas, puesto que de este modo se rompería la estructura capitalista de estas empresas, la democracia llegaría también a la economía y se pondrían los cimientos de la futura sociedad socialista, al tiempo que los obreros adquirirían una mayor conciencia del desafío histórico que enfrentaba el país.

En diciembre de 1970, el presidente de la CUT y diputado comunista, Luis Figueroa, reafirmó el deseo de los trabajadores de ser los protagonistas de la construcción del socialismo (Foxley, 1971: 203-204):

La clase obrera deberá participar en los organismos del más alto nivel en cuanto a decisiones de tipo político, económico y social. La clase obrera deberá estar presente en los mecanismos creados o que se creen para tomar las decisiones de administración política y económica. Estará presente también participando activamente en los organismos de planificación y de ejecución de los nuevos planes económicos que se tracen. Esta participación de los trabajadores se hará a nivel nacional, regional, local, de empresa o servicio; no sólo a nivel de empresa sino incluso a niveles más bajos, tales como la sección, el departamento, el taller...

En enero de 1971 la comisión mixta formada por el Gobierno y la CUT inició sus trabajos y en febrero la IX Conferencia de la Central presentó el proyecto de reglamento de participación y acordó que fuera debatido por sus militantes. Durante 1971 se distribuyeron más de cien mil ejemplares de las *Normas Básicas de participación de los trabajadores en las empresas de las áreas social y mixta* y se realizaron miles de reuniones para su discusión, hasta que finalmente en julio fueron aprobadas por el Gobierno y la CUT.

Según dichas Normas, en una empresa del Área Social el órgano máximo de decisión era la asamblea de los trabajadores, que debía conocer los planes de producción y trabajo propuestos por el Ejecutivo, elegía a sus representantes en los organismos de gestión y perfilaba sus decisiones en esos órganos. El consejo de administración, la principal instancia de gestión de la empresa, estaba integrado por cinco representantes del Estado (designados por el Presidente, el Ministerio de Economía o la CORFO), cinco elegidos por la asamblea de trabajadores (tres obreros, un empleado y un ejecutivo) y el administrador de la empresa, nombrado por el jefe del Estado.

Además, en cada unidad administrativa existía una asamblea de trabajadores y podía formarse un comité de producción, organismo consultivo del responsable de esa unidad que estaba formado por éste y por entre 3 y 7 asalariados elegidos por sus compañeros. A través de estos comités los trabajadores podían proponer mejoras de los métodos de trabajo con el fin de aumentar la productividad y la eficiencia. Por su parte, el comité coordinador de los trabajadores, presidido por el presidente del sindicato, daba instrucciones a los representantes de los obreros en el consejo de administración de acuerdo a las pautas establecidas por la asamblea, proponía soluciones a los problemas planteados por los representantes de los comités de producción y les instruía para el mejor funcionamiento de estos comités con una visión global de la empresa.

En la empresa privada la participación de los trabajadores se reducía, según las propuestas de la CUT y el Gobierno, a la creación de Comités de Vigilancia de la Producción, que se elegían de manera democrática y trabajaban junto con los sindicatos. Pero este objetivo era muy limitado en comparación con el protagonismo otorgado y asumido por los trabajadores del Área Social, de ahí que, junto con la suma de otros factores, muchos obreros desbordaran la política de la UP y ocuparan sus empresas para exigir su socialización.

Salvador Allende estimuló la participación de los trabajadores en su discurso en el acto central de la CUT del Primero de Mayo de 1971 y les planteó el enorme reto que tenían ante sí: ganar «la batalla de la producción», trabajar y producir más para garantizar el desarrollo del país y el cumplimiento de los objetivos del Gobierno (Allende, 1971b: 197-211):

Estamos abriendo en Chile un nuevo horizonte para ustedes. En los sectores social y mixto de la economía los trabajadores dejarán de ser simples asalariados. Órganlo bien, van a dejar de ser simples asalariados para integrarse, junto con los representantes del Estado —que son ustedes mismos—, a la dirección de esas empresas, respetando la organización sindical, que tiene una actividad diferente. Si planteamos eso respecto del área social y del área mixta, debe entenderse que es fundamental que

en las empresas privadas funcionen comités de producción. Hay en el país más de 35.000 empresas y nosotros, en esta etapa, tan sólo vamos a nacionalizar menos del 1 % —óiganlo bien— y en Chile existen 35.000. Por lo tanto, debe comprenderse que la actividad de las empresas no nacionalizadas, las empresas medianas y pequeñas, es indispensable en el proceso del desarrollo económico. Queremos que en ella haya comités de producción, porque el trabajador no es una máquina, es un ser humano que piensa, sufre, tiene esperanzas y puede contribuir al mejoramiento de la producción, aun en esas organizaciones. (...)

El gran combate, la gran batalla de Chile es ahora y será siempre la producción. (...) Hay que producir más. Y además de aumentar la producción a largo plazo necesitamos también aumentar las inversiones, los excedentes, óiganlo bien, los excedentes de las empresas. Las utilidades de las empresas servirán, en parte, para mejorar los sueldos y salarios de los que allí trabajan, pero el más alto porcentaje de esas utilidades y de esos excedentes deberá ser invertido para crear nuevas fuentes de trabajo, nuevas empresas, para movilizar la capacidad ociosa de muchas de ellas.

Por eso ha dicho muy bien el compañero Víctor Díaz en señalar que no puede haber pliegos de peticiones exagerados. Que no se les vuelva a pasar el tejo, porque no se lo vamos a aceptar. Este no es un simple juego de rayuela, aquí se está jugando el destino de Chile; aquí no puede haber sectores privilegiados, aquí no puede haber aristocracia de obreros o empleados o técnicos, aquí todos tenemos que amarrarnos el cinturón.

Compañeros, si las empresas del sector público no tienen utilidades ¡imagínense ustedes! Si todo lo gastáramos en sueldos y salarios ¿qué sucedería, cómo podríamos avanzar? Las llevaríamos directamente a la quiebra y a la ruina. Y esto deben entenderlo muy claramente: las empresas del sector mixto, las del sector social, no les pertenecen a ellos. La CAP no es de los trabajadores del acero, Chuquicamata, El Salvador y El Teniente no son de los trabajadores del cobre. Son de los trabajadores de la patria. Y los obreros del cobre y del acero deben estar orgullosos de laborar para ellos, pero, sobre todo, de hacerlo para el resto de sus hermanos de clase, para Chile entero.

Acompañado aquella mañana otoñal en la tribuna de la CUT por el cardenal Raúl Silva Henríquez, apeló a la conciencia de los trabajadores, en cuyas manos —subrayó— estaba el futuro de la Revolución chilena:

Quando hablo de trabajadores, hablo de campesinos, obreros, empleados, técnicos, intelectuales, profesionales. Hablo de pequeños, medianos empresarios, industriales y comerciantes. La responsabilidad la tienen los trabajadores. Lo que debilita o divide a los trabajadores, debilita al Gobierno y tienen que entenderlo. Lo que fortalezca a los trabajadores,

fortalece al Gobierno, y tienen que entenderlo. El futuro de la revolución chilena está, hoy más que nunca, en manos de los que trabajan. De ustedes depende que ganemos la gran batalla de la producción. El Gobierno, día a día, muestra lo que es capaz de hacer. Pero no podrá realizar más si no contamos con el apoyo, la voluntad consciente y revolucionaria de ustedes, compañeros trabajadores. (...)

La revolución, el destino, el futuro de Chile están en manos de ustedes. Si fracasamos en el campo económico, fracasaremos en el campo político, y será la decepción y la amargura para millones de chilenos y para millones de hermanos de otros continentes que nos miran y que nos apoyan. Tenemos que darnos cuenta de que más allá de nuestras fronteras, desde África y de Asia, y aquí en el corazón de América Latina, hombres y mujeres miran, con apasionado y fraterno interés, lo que estamos haciendo nosotros.

Piensen, compañeros, que en otras partes se levantaron los pueblos para hacer su revolución y que la contrarrevolución los aplastó. Torrentes de sangre, cárceles y muerte marcan la lucha de muchos pueblos, en muchos continentes, y, aun en aquellos países en donde la revolución triunfó, el costo social ha sido alto, costo social en vidas que no tienen precio, camaradas. Costo social en existencias humanas de niños, hombres y mujeres que no podemos medir por el dinero. Aun en aquellos países en donde la revolución triunfó hubo que superar el caos económico que crearon la lucha y el drama del combate o de la guerra civil.

Aquí podemos hacer la revolución por los cauces que Chile ha buscado con el menor costo social, sin sacrificar vidas y sin desorganizar la producción. Yo los llamo con pasión, los llamo con cariño, los llamo como un hermano mayor a entender nuestra responsabilidad; les hablo como el compañero Presidente para defender el futuro de Chile, que está en manos de ustedes, trabajadores de mi patria.

Dos semanas después, cerca de dos millones de ciudadanos participaron en el Día Nacional del Trabajo Voluntario, una jornada de claras resonancias guevaristas. El propio Allende se dirigió al campamento Che Guevara y realizó trabajos de carpintería en la construcción de una mediagua; después visitó los campamentos Sara Gajardo y 18 de Octubre y la Universidad Técnica del Estado. Por su parte, los ministros José Oyarce y Pedro Vuskovic participaron en la fábrica expropiada a la familia Yarur y Américo Zorrilla en la Población Lenin, Luis Corvalán llegó a los campamentos y poblaciones de los cerros de Valparaíso y Rodrigo Ambrosio (secretario general del MAPU), a San Miguel y La Cisterna... También militantes de la Juventud Demócrata Cristiana y destacados dirigentes del PDC, como Tomic y Leighton, tomaron parte en aquella

jornada, que pretendía ir forjando los valores del humanismo socialista entre los trabajadores y las capas populares.⁶

Y en su Primer Mensaje al Congreso Pleno, el 21 de mayo de 1971, Salvador Allende reafirmó la trascendencia de la creación del Área Social (Farrás, 2000, 2: 816-817):

En el plano económico, instaurar el socialismo significa reemplazar el modo de producción capitalista mediante un cambio cualitativo de las relaciones de propiedad y una redefinición de las relaciones de producción. En este contexto, la construcción del Área de Propiedad Social tiene un significado humano, político y económico. Al incorporar grandes sectores del aparato productor a un sistema de propiedad colectiva, se pone fin a la explotación del trabajador, se crea un hondo sentimiento de solidaridad, se permite que el trabajo y el esfuerzo de cada uno formen parte del trabajo y del esfuerzo comunes.

En el campo político, la clase trabajadora sabe que su lucha es por socializar nuestros principales medios de producción. No hay socialismo sin Área de Propiedad Social. Incorporarle día a día nuevas empresas exige el estado de alerta permanente de la clase trabajadora. Requiere, también, un alto grado de responsabilidad. Construir el socialismo no es tarea fácil, no es tarea breve. Es una larga y difícil tarea en que la clase trabajadora debe participar con disciplina, con organización, con responsabilidad política, evitando las decisiones anárquicas y el voluntarismo inconsecuente. (...)

El establecimiento del Área de Propiedad Social no significa crear un capitalismo de Estado, sino el verdadero comienzo de una estructura socialista. El Área de Propiedad Social será dirigida conjuntamente por los trabajadores y los representantes del Estado, nexo de unión entre cada empresa y el conjunto de la economía nacional. No serán empresas burocráticas e ineficaces, sino unidades altamente productivas que encabezarán el desarrollo del país y conferirán una nueva dimensión a las relaciones laborales.

En diciembre de 1971, Luis Figueroa destacó en el informe que rindió al VI Congreso de la CUT que Chile marchaba hacia el socialismo porque en las empresas del Área Social había desaparecido la propiedad privada de los medios de producción («no existen patrones») y su producción revertía en be-

6. *El Siglo*, 16 de mayo de 1971 y *Clarín*, 17 de mayo de 1971 (González Pino y Fontaine Talavera, 1997, 1: 106-108).

neficio de la inmensa mayoría de los chilenos, así como por que el Estado representaba los intereses de la clase trabajadora (Farfías, 2000, 3: 1574).⁷

A finales de 1972, la CUT preparó un documento que debían discutir todos los trabajadores de las empresas de las áreas social y mixta como un proyecto de desarrollo de las *Normas Básicas*. Aquel documento creó un organismo nuevo, el Encuentro de Trabajadores, que tenía la responsabilidad de planificar con carácter anual el proceso productivo y crear mecanismos de control del plan aprobado. Además, los trabajadores de cada sector industrial adoptarían decisiones para toda la rama a través de la definición del plan sectorial anual. Entre junio y septiembre de 1973 se celebraron alrededor de cien Encuentros de Trabajadores en las empresas del Área Social, principalmente del sector alimenticio, textil, agroindustrial, metalúrgico, mecánico y «línea blanca» (electrodomésticos), donde miles de trabajadores plantearon propuestas, no sólo para su sector laboral, sino también para el conjunto de la economía (AAVV, 1976b: 225-259).

El golpe de estado del 11 de septiembre de 1973 frustró el proceso de replanteamiento del sistema de participación en la dirección de la economía dirigido por el Gobierno y la CUT y estimulado por el análisis crítico de los trabajadores.

El estudio más exhaustivo sobre la participación de los trabajadores en las empresas del Área Social arroja unas conclusiones verdaderamente esclarecedoras (Espinosa y Zimbalist, 1984). A lo largo de 1973, sus autores analizaron el rol de los obreros en 35 de las más de 300 empresas del Área Social a través de una detallada encuesta que estudió a fondo un amplísimo conjunto de variables, en contraste con los escasos trabajos existentes, que se centran en la experiencia individual de una empresa o se reducen a análisis superficiales normalmente saturados de prejuicios ideológicos. Los resultados de aquella investigación confirman la divergencia entre las distintas experiencias ya que, si en algunos casos el desarrollo del sistema de participación había avanzado bastante, en otros era muy embrionario aún en 1973. A partir de esta matización, los autores subrayan que la participación de los trabajadores en la gestión y dirección de las empresas tuvo consecuencias positivas en términos económicos y de desarrollo humano y social: «En cada una de estas dimensiones, las empresas con participación avanzada del Área Social se desempeñaron mejor

7. En diciembre de 1971, la CUT obtuvo su personalidad jurídica ya que el Gobierno logró una modificación del Código del Trabajo para permitir la existencia de confederaciones sindicales, con el apoyo del PDC y de algunos parlamentarios derechistas (Alexander, 1978: 197).

que sus equivalentes anteriores como empresas dotadas de una administración capitalista tradicional».

Así, en primer lugar, en aquellas empresas con una elevada participación de los trabajadores, se produjeron notables avances y mejoras en la disciplina laboral, con una reducción del absentismo que por su magnitud en el país se conocía como el «San Lunes». También se produjo un aumento notable de los cursos de educación de los obreros ya que la oportunidad de participar en las decisiones de la empresa desencadenó una demanda de mayor capacitación, que a su vez reforzó el interés por la participación. «En general, la participación puso en movimiento una dinámica que cambió la relación del individuo con su trabajo al crear un ambiente de cooperación y contribución».

En tercer lugar, la mayor participación llevó aparejada el establecimiento de unos salarios más igualitarios y al sistema de incentivos se le otorgó un perfil más colectivo, en detrimento de la retribución individual.

Estos cambios de la estructura salarial denotaban un sentimiento de solidaridad, trabajo de equipo, alta moral y espíritu de trabajo, lo cual tuvo efectos saludables en la actuación de la empresa. En forma independiente y complementaria de la influencia de los niveles de participación más elevados, el avance hacia formas de remuneración más igualitarias y colectivas motivó claramente las reducciones de los robos y productos defectuosos y los incrementos del comportamiento innovador, la inversión y la productividad.

En cuarto lugar, la tasa media anual de inversión en activos productivos fijos de estas 35 empresas del Área Social alcanzó el 15,47 %, frente al 4,6 % de la industria chilena entre 1965 y 1970, y las cifras eran mayores en las empresas con mayor participación de los trabajadores. En quinto lugar, en 29 de las 35 empresas la productividad aumentó o permaneció constante y en 14 de ellas subió a una tasa superior al 6 % anual.

Dados los generalizados problemas económicos del periodo y la marcada tendencia de las empresas del área social a expandir el empleo, estos resultados son impresionantes. Además, aunque no fue la única variable importante para la explicación de los incrementos de la productividad, los niveles de participación más altos se correlacionaron claramente con mayores incrementos de la productividad.

Y, por último, las firmas socializadas multiplicaron con rapidez los servicios sociales que ofrecían a los trabajadores, sin desviar fondos de los destinados a las tareas productivas, en instalaciones médicas, guarderías, cafeterías

y cooperativas de consumo, instalaciones deportivas, bibliotecas e incluso en algunas se crearon departamentos culturales. Esta investigación de campo, que profundiza como ningún otro estudio en las consecuencias de la participación de los trabajadores en la dirección del Área Social, que alumbró sus verdaderos resultados y revela su trascendencia, prueba que el socialismo empezaba a tener bases sólidas en Chile.

En el último trimestre de 1971, tras superar su desconcierto inicial, los sectores sociales y políticos que se oponían al proceso revolucionario lanzaron una ofensiva para detener la constitución del Área Social, que discurrió paralela a la batalla en la Universidad de Chile, el conflicto de la Papelera o la «marcha de las caceroleras» que coincidió con el final de la visita al país de Fidel Castro. Desde entonces el Área Social fue objeto de continuas y agrias discrepancias entre la oposición y el Gobierno, suscitó recurrentes negociaciones y fue uno de los grandes ejes del conflicto político hasta el 11 de septiembre de 1973.

En octubre de 1971, el PDC presentó un proyecto de reforma constitucional para la definición de las áreas de la economía redactado por los senadores Juan Hamilton y Renán Fuentealba cuyo objetivo era deshacer toda la política gubernamental en este campo. La iniciativa demócratacristiana establecía cuatro áreas de propiedad (una privada, una mixta, una estatal y una social) y su mayor peculiaridad era que ésta última estaría integrada por empresas autogestionadas por los trabajadores. Asimismo, siempre que el Gobierno quisiera que una empresa privada se incorporara a las áreas social o mixta debería aprobarse una ley *ad hoc* y quedarían derogados el decreto ley 520 y las otras disposiciones que permitían la intervención de empresas. De esta manera, el PDC quería arrogarse, desde su trinchera en la mayoría parlamentaria, el control sobre un aspecto central de la política económica de la UP (Corvalán Márquez, 2000: 121-122).

Una semana después, el Gobierno remitió al Congreso Nacional su proyecto legislativo, que reafirmaba sus propuestas políticas y detallaba las indemnizaciones que percibirían los propietarios de las empresas estatizadas (Farías, 2000, 2: 1157-1160).

A principios de diciembre, varias organizaciones patronales (la Confederación del Comercio Detallista y de la Pequeña Industria de Chile, la Confederación de la Producción y del Comercio y la Confederación Nacional Única de la Pequeña Industria y del Artesanado de Chile) acordaron crear el Frente Nacional de la Actividad Privada, después de un concurrido Encuentro Gremial en el Teatro Caupolicán. Era el germen del gremialismo, el movimiento de masas de la burguesía, cuyo estreno público aún se demoraría diez meses, pero que ya empezaba a levantar su plataforma antisocialista.

VIII. LA REFORMA AGRARIA

Uno de los grandes méritos del Gobierno de Salvador Allende fue la erradicación del latifundio y la implementación de una profunda reforma agraria. El 21 de diciembre de 1970, al anunciar la creación del Consejo Nacional Campesino (el instrumento esencial para la participación de los trabajadores rurales), el Presidente se refirió a la importancia de la transformación de las relaciones de propiedad en el campo (Martner, 1971: 309):

Vamos a producir más, vamos a trabajar más, vamos a esforzarnos más; pero este esfuerzo no será en beneficio de una minoría, sino será en beneficio de la mayoría de los chilenos, será en beneficio de Chile y del pueblo. Factor fundamental en este esfuerzo solidario, en esta gran tarea común, será el aporte del campesino chileno, del trabajador de nuestra tierra, de aquel ciudadano negado durante el siglo y medio, que ha vivido postergado, desconocido, ignorado y explotado. Que ha vivido siempre sobre el surco ajeno, sembrando para otros y comiendo a veces su propia hambre. Frente a una realidad injusta a la que, con una auténtica y profunda reforma agraria, nosotros pondremos término y con ello, la presencia del campesino será activa en la vida de Chile.

Para comprender la importancia que tiene la Reforma Agraria, que es una parte de un proceso de desarrollo económico; para entender que ella implica la ayuda técnica, el crédito, la mecanización en el trabajo agrícola, el cambio en el sentido de la propiedad de la tierra; para tener conciencia cabal de lo que representa este proceso, quiero que el pueblo no ignore dos cosas fundamentales: que Chile tiene una situación agrícola de 6 millones de hectáreas arables sin limitación y que ello alcanza a 5 millones con limitación. En total 11 millones de hectáreas: 11 millones de hectáreas arables, de las cuales tan sólo hoy son tierras aradas, 2 millones 600 mil hectáreas.

Cuando incorporemos a la producción el trabajo calificado y técnico del Ministerio de Agricultura y de los organismos esenciales que de él dependen; pero, sobre todo, cuando incorporemos más tierras, con la presencia del trabajador de ella dignificado en su esfuerzo y reconocido como ciudadano igual al resto; cuando el campesino tome en sus manos esta gran responsabilidad y comprenda que su esfuerzo y su trabajo son indispensables, cuando él sepa que Chile no puede seguir comprando en el extranjero 140 ó 160 millones para importar carne, grasa, trigo, manteca y aceite; cuando el campesino chileno no ignore que el 47 % de la población se alimenta mal; cuando el campesino sepa que lo que ocurre con su propia familia se proyecta a lo largo de la Patria, sólo entonces tendremos la certeza y la seguridad de que la auténtica Reforma Agraria será el bastión que asegure nuestro progreso, porque habrá un hombre nuevo: el campesino del Gobierno Popular, que será el factor fundamental en el trabajo y en la producción de la tierra.

El censo agrícola de 1965 reveló que, de las 409.000 familias que vivían en el campo chileno, 185.000 eran minifundistas; 27.000, pequeños propietarios; 8.500, medianos propietarios; 8.000, latifundistas; 11.000, empleados; 90.000 inquilinos (trabajadores residentes permanentes) y 80.000 obligados (trabajadores residentes temporales). La superficie geográfica de Chile es de 74 millones de hectáreas, de las que en aquellos años unos 22 millones no eran aprovechables con fines productivos, 19 millones sólo podían destinarse a praderas y otros 22 millones a forestación. Once millones de hectáreas constituían la superficie arable, de las cuales 5 millones no presentaban dificultades o limitaciones y, de éstas, 1,3 millones de hectáreas eran de riego y de buena calidad. Estudios técnicos solventes estimaban que sólo la capacidad productiva de estos 5 millones de hectáreas podía alimentar a 100 millones de habitantes y la capacidad productiva de las 1,3 millones de hectáreas de riego a 25 millones de habitantes (Chonchol, 1976: 23-38).

En junio de 1969 Jacques Chonchol, responsable del Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP)¹ hasta el año anterior, explicó durante una conferencia en el Centro de Estudios Socio-Económicos de la Universidad de Chile las principales causas de la implementación de la reforma agraria (Pinto, 1970: 255-321). En primer lugar, destacó que en 1964 Frei y Allende la habían inclui-

1. La Corporación de Reforma Agraria (CORA) y el INDAP eran organismos autónomos dependientes del Ministerio de Agricultura que se ocupaban de las tareas de expropiación y redistribución de las tierras y de la asistencia técnica, crediticia y de promoción social de los campesinos.

do entre sus principales propuestas, por lo que era una medida apoyada por la inmensa mayoría del país. Asimismo, subrayó el respaldo a la reforma agraria de una amplia capa de intelectuales, reforzados por las recomendaciones de Naciones Unidas y la Comisión Económica para América y el Caribe (CEPAL, un organismo de la ONU), no sólo al objeto de corregir la secular exclusión del campesinado, sino también en términos de profundización de la democracia y de eficiencia económica.

En tercer lugar, señaló que, al promover la Alianza para el Progreso como antídoto para la poderosa influencia de la Revolución cubana, la administración Kennedy condicionó, ya en la Carta de Punta del Este, la ayuda a los países latinoamericanos a la realización de la reforma agraria y de reformas tributarias, de ahí la iniciativa promovida en 1962 por el presidente Alessandri, que, si bien sólo benefició a 1.200 familias (y por ello fue denominada la «ley del macetero» por la izquierda), sí fue muy importante simbólicamente porque demostró que la reforma agraria era absolutamente necesaria desde el punto de vista de la modernización del país y no un «invento de los comunistas».

En cuarto lugar, nadie negaba entonces la ineficiencia de la agricultura local, incapaz de atender la demanda nacional, porque, si a finales de los años treinta, Chile tenía una balanza comercial agraria favorable, el lento incremento de la producción agrícola respecto al crecimiento demográfico, el ingreso medio nacional y las necesidades alimentarias, originó que a mediados de los años sesenta el país mantenía sus exportaciones agrícolas por valor de entre 30 y 40 millones de dólares, pero importaba productos por un valor de unos 200 millones de dólares, entre la tercera y la cuarta parte de las divisas del país, frente a los 15 millones de dólares de tres décadas atrás. Por último, la incorporación de la gran masa de campesinos a la política a consecuencia de las reformas electorales significó que los partidos se disputaran su voto y atendieran más a sus demandas, por lo que aumentó su conciencia y su capacidad de exigencia.

Este clima de opinión ampliamente mayoritario había cristalizado en julio de 1967 con la aprobación de una nueva ley de reforma agraria, impulsada por el PDC y apoyada por los Partidos Comunista y Socialista, que otorgaba al Gobierno la posibilidad de expropiar todas las acumulaciones de terrenos o los individuales de más de 80 hectáreas de riego básico en el valle central.² También podía

2. La medida de 80 hectáreas de riego básico se refería a las tierras regadas de buena calidad del valle central de Chile. En algunas partes del sur el límite de la extensión de la tierra expropiable ascendía a 500 hectáreas de secano arable y en otras hasta 800 hectáreas y en los terrenos de pastoreo de la cordillera podían alcanzar varios miles de hectáreas. Por otra parte, la

expropiar, tres años después de la aprobación de la norma, todos los fundos de cualquier tamaño que estuvieran abandonados o insuficientemente explotados, así como los pertenecientes a sociedades anónimas o que se habían beneficiado de obras de regadío efectuadas por el Estado. Las tierras nacionalizadas y las inversiones en ellas se pagarían con una cuota al contado que oscilaba entre el 1 % y el 10 % (según el estado de la explotación) y el resto con bonos de reforma agraria amortizables en un plazo de 25 a 30 años.

En los predios expropiados, durante un periodo de tres a cinco años se organizaba un sistema transitorio de explotación a través de la asociación entre el Estado y los campesinos denominado «asentamiento», con la intención de estudiar el mejor plan de subdivisión de la tierra, hacer las inversiones necesarias para su óptima explotación, preparar a los campesinos para sus nuevas funciones y darles un sentido cooperativista.

A partir de los presupuestos de esta ley, el Gobierno de Frei expropió 1.300 predios, con una superficie total de 3,4 millones de hectáreas (el 13 % del total de las tierras cultivadas), que beneficiaron a 28.000 familias (entre el 5 % y el 10 % de las familias campesinas sin tierras o con tierras insuficientes), no a las 100.000 que prometieron en 1964. Asimismo, Lamour asegura que concedió a los asentamientos apenas el 10 % de los préstamos otorgados a los «agricultores», en su mayor parte entregados a los poderosos terratenientes de la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA) (1972: 128).

Por su parte, Petras considera que el principal cambio promovido por Frei no fue la modificación en la estructura de propiedad de la tierra, sino la sindicalización de los trabajadores rurales, cuya motivación era la integración de la nueva capa de propietarios en la sociedad capitalista. La ley que por primera vez promovió la sindicalización campesina, aprobada también en 1967, propició la creación de unos 400 sindicatos con algo más de 100.000 afiliados, distribuidos en cinco confederaciones sindicales, que a través de huelgas y reivindicaciones lograron una mejora de las condiciones socioeconómicas. Del mismo modo, más de 80.000 pequeños agricultores se organizaron en cooperativas y comités y pudieron tener acceso al crédito y a la asistencia técnica.

Sin embargo, la lentitud de la administración democratacristiana en la expropiación de las tierras y su concepción populista de la sindicalización

expropiación afectaba sólo a la tierra, no a la maquinaria, ni a las semillas y otros productos, por lo que en muchos casos después de la nacionalización de un predio, éste quedaba absolutamente descapitalizado porque sus antiguos propietarios se quedaban con todos estos elementos.

campesina decepcionó a los sectores más progresistas del PDC, encabezados en esta materia por Jacques Chonchol, quien presentó su dimisión a finales de 1968. Buena prueba de la política agraria del final del mandato de Frei fue el nombramiento a mediados de 1969 de Roberto Infante Rengifo (un hombre de confianza de la SNA) como responsable del INDAP, desde donde intentó frenar el proceso de cambios en el agro (Petras, 1974: 320-323).

La llegada de Salvador Allende a La Moneda dio un nuevo impulso a este proceso a partir de los «Veinte Puntos Básicos de la Reforma Agraria» incluidos en el programa de la Unidad Popular:

La reforma agraria y el desarrollo agropecuario no serán hechos aislados, sino integrantes del plan global de transformación de la economía capitalista en una economía al servicio del pueblo. Esto significa que la reforma agraria no sólo implicará la expropiación de todos los latifundios, la entrega de la tierra a los campesinos, darles la asistencia técnica y el crédito necesarios para que puedan producir lo que Chile requiere, sino también comprenderá la transformación de las relaciones comerciales e industriales para la venta y compra de productos que los campesinos necesitan para vivir y producir. Todo este sector de comercialización e industrialización de la producción agropecuaria debe estar en manos del Estado o bien de cooperativas campesinas o cooperativas de consumidores.

La UP planteaba que las tierras expropiadas debían organizarse de manera preferente en cooperativas y en casos muy concretos en empresas estatales, si bien las familias campesinas recibirían en propiedad la casa y el huerto. Además, las organizaciones de los trabajadores rurales participarían en la formulación y la ejecución de las políticas agrarias a través de consejos de ámbito nacional y regional. Entre las preocupaciones de la izquierda, también estaba una política educativa y cultural a través de programas de alfabetización de adultos, publicación de libros, periódicos y programas de radio para campesinos, cursos de tecnología agropecuaria de acuerdo con los planes productivos de la región, obras de teatro... (Allende, 1971c: 45-50).

El Gobierno de Salvador Allende partió del convencimiento de que en numerosos asentamientos se habían incumplido los objetivos durante la administración demócratacristiana debido a que el antiguo paternalismo patronal había sido reemplazado por el de los funcionarios de la Corporación de Reforma Agraria (CORA), el organismo que concedía los créditos a los campesinos, aportaba los diversos elementos productivos necesarios, preparaba los planes de explotación de los asentamientos... El burocratismo, la dirección de las ex-

plotaciones desde lejanas oficinas, retrasaba el balance económico, por lo que al final del año agrícola no podía conocerse si el predio había obtenido beneficios o pérdidas y era imposible distribuir entre los campesinos el excedente que les correspondiera de acuerdo a su trabajo, por lo que éstos priorizaron el trabajo en la parcela que cultivaban de manera individual para aumentar sus ingresos. Por otra parte, había surgido un conflicto entre los campesinos asentados (futuros beneficiarios de la propiedad de la tierra), en su mayor parte inquilinos y empleados del antiguo dueño del fundo, y otros trabajadores (afuerinos, minifundistas...) que sólo ganaban un salario.

A principios de 1971, el Gobierno estableció que todos los asentamientos deberían desarrollar planes de explotación elaborados por los campesinos y financiados por el Banco del Estado con una cuenta abierta para cada uno de ellos para terminar con el paternalismo de la CORA. Y a finales de aquel año definió una fórmula para reemplazar a los asentamientos, los Centros de Reforma Agraria (CERA), que se formarían a partir de la unión de dos o más predios expropiados vecinos o próximos a fin de darles mayor dimensión que a los asentamientos y vincular el proceso de reforma agraria a nuevas formas de organización territorial distintas de los antiguos predios.

El órgano máximo de decisión del CERA era la asamblea general formada por todos los trabajadores mayores de 16 años, permanentes o eventuales, y sus familiares, aunque debían funcionar también tres comités ejecutivos con funciones especializadas: uno para la producción, otro para el bienestar social y otro para el control de las actividades del CERA. La remuneración de los trabajadores podía variar según la calidad y el tipo de trabajo que realizaran y tenían una participación en los beneficios de acuerdo a su aportación al trabajo anual.

Para corregir el «exclusivismo» de los asentamientos, en los Centros de Reforma Agraria se buscó ampliar las oportunidades de trabajo para otros campesinos mediante su incorporación de común acuerdo entre la asamblea y el Consejo Campesino de la región. Además, una parte de los excedentes del CERA debía destinarse a inversiones para beneficiar a otros campesinos de la localidad, con lo que se pretendía aumentar la solidaridad entre los campesinos.

Jacques Chonchol subraya que las discrepancias políticas impidieron que la UP actuara de manera homogénea para impulsar este nuevo tipo de organización y ello dificultó su implantación y facilitó que fueran atacados por la oposición como formas encubiertas de «granjas estatales», algo absolutamente falso porque la propia ley de reforma agraria de 1967 preveía que, cuando fuera

necesario establecer empresas estatales en el campo, se haría bajo la fórmula de Centros de Producción (CEPRO).³

A consecuencia de ello, el resultado fue una gran confusión en las formas organizativas y pugnas entre los propios campesinos por establecer una u otra, hasta el punto de que fue necesario crear una fórmula provisional, los Comités Campesinos, cuando las contradicciones eran demasiado agudas. Durante 1972 y 1973, pues, el agro estuvo salteado de asentamientos, Centros de Reforma Agraria, Comités Campesinos y Centros de Producción, con escasa claridad en sus estructuras y sin que, en definitiva, pudieran corregirse los defectos detectados en los asentamientos.⁴ A partir de 1972 el Gobierno impulsó el proceso de asignación definitiva de la tierra y así los campesinos de algunos asentamientos o CERAS, una vez cumplido el periodo transitorio, recibieron en forma de cooperativa las tierras productivas y como asignación familiar la casa y el huerto de cultivo personal.

El anhelo de tierras y de justicia social desencadenó un proceso de intensa agitación social en algunas zonas rurales después de la victoria electoral de la UP y así, sólo entre septiembre y diciembre de 1970, se produjeron 192 tomas de fundos en demanda de su inmediata expropiación, en especial en la provincia de Cautín, donde estuvieron protagonizadas por los mapuche, que demandaban la recuperación de sus tierras ancestrales saqueadas desde la mal llamada «pacificación» de la Araucanía a finales del siglo XIX.⁵ Estas ocupaciones de tierras fueron alentadas por los militantes del Movimiento de Campesinos Revolucionarios (vinculado al MIR), con el lema «Arauco vuelve a la lucha», y por la certeza de que la Unidad Popular no recurriría a la represión. En aquella provincia, la de mayor población indígena de todo el país, la reforma agraria del PDC tan sólo había beneficiado al 1 % de los campesinos (Lamour, 1972: 128).

Por ello, en diciembre de 1970, el Presidente Allende asistió a un gran acto convocado por las organizaciones mapuches en Temuco y les prometió que durante unos meses los principales funcionarios del Ministerio de Agricultura,

3. Los asentamientos y los CERAS podían convertirse en Centros de Producción si los campesinos lo decidían por una mayoría considerable. Los CEPROS más importantes fueron las enormes estancias ganaderas de Magallanes y los fundos del Complejo Forestal y Maderero de Panguipulli, en la provincia de Valdivia.

4. En la UP había distintas posiciones, desde quienes defendían sin concesiones la propiedad colectiva hasta aquéllos que, como el Partido Comunista, apostaban por fórmulas más flexibles que se ajustaran a la voluntad de muchos campesinos, que anhelaban ser propietarios de la tierra que trabajaban.

5. La oposición habló de que «los campos» eran «devastados» por los militantes de la UP y el MIR (Millas, 1973: 70-86).

encabezados por Jacques Chonchol, se trasladarían a la zona para atender sus reivindicaciones. Como resultado, se aceleraron las expropiaciones y cuando los funcionarios determinaron que en un predio había tierras usurpadas a las comunidades indígenas se las devolvieron. En tan sólo sesenta días los mapuches recibieron 100.000 hectáreas de tierras y en 1972 el Gobierno creó el Instituto de Desarrollo Indígena, que por primera vez respetó la profunda concepción comunitaria de este pueblo (Chonchol, 1998: 76). Además, aquel año el Parlamento aprobó, a iniciativa de la Unidad Popular, una nueva Ley Indígena elaborada fundamentalmente por las organizaciones mapuches que, a pesar de que la oposición limitó sus potencialidades, entregó instrumentos para una mejora sustancial de sus precarias condiciones de vida.

Las tomas espontáneas de fundos y la intensificación de la reforma agraria desataron una ofensiva conservadora en torno a la defensa de la propiedad y suscitaron las críticas del Partido Demócrata Cristiano, porque la política agraria de la UP no pretendía, como la administración de Frei, una modernización capitalista, sino la socialización de la propiedad de la tierra, una auténtica participación campesina en su gestión y la integración de la agricultura y la ganadería en el proceso de construcción del socialismo. Salvador Allende criticó las acciones que desbordaban el programa de la UP y estimulaban el discurso reaccionario de la oposición, tal y como afirmó el 28 de enero de 1971 en La Serena durante el XXIII Congreso del Partido Socialista (Farías, 2000, 1: 629):

En cuanto a la ocupación indebida de tierras y de propiedades que no están en conflicto, o que tienen una cabida inferior a la que establece la Ley, no creemos que puedan seguir aceptándose ese tipo de iniciativas, movidas a veces por la desesperación de aquellos que tienen hambre y han esperado tantos y tantos años. Otras veces por sectores que quieren provocar una anarquía en la producción agrícola y crear, como consecuencia de ello, serias dificultades en la alimentación del pueblo. He presentado al Congreso un proyecto de ley destinado a sancionar y penar esas ocupaciones indebidas. El pueblo y los campesinos, los trabajadores de la tierra, deben entender que éste es su Gobierno, que ellos forman parte del Gobierno y que es el Gobierno el que debe fijar dónde debe producirse más en profundidad y ampliamente, de acuerdo con los lineamientos de la Reforma Agraria.

A la altura de 1970, los terratenientes aún acumulaban el 44 % de las tierras productivas que además eran las de mayor calidad, mayor grado de mecanización y generaban el 43 % de la producción nacional (De Riz, 1979: 135-145). Por ello, en los primeros meses del gobierno de Allende la derecha reactivó su sos-

tenida campaña de defensa del latifundio y logró involucrar en ella a pequeños y medianos propietarios y a algunos sectores de campesinos asalariados, a los que aterrorizaron con la falsedad de que toda la tierra sería de propiedad estatal y que serían «esclavizados» por el nuevo «patrón», el Estado. La burguesía rural arremetió también con la violencia física de sus «guardias blancas» y de los «comandos de defensa de la propiedad rural» y con la verbal a través de la poderosa cadena de emisoras de Radio Agricultura.

Al igual que sucedió con el Área Social, la oposición se atrincheró en el Parlamento para intentar paralizar la reforma agraria. A principios de 1973 el Senado aprobó el proyecto de reforma constitucional promovido por el senador demócratacristiano Rafael Moreno para librar de la expropiación a todos los predios de una extensión inferior a las 80 hectáreas de riego básico, cuando la Unidad Popular planteaba en su plataforma programática para las elecciones legislativas de marzo de ese año la posibilidad de estatizar los predios de más de 40 hectáreas de riego básico. Esta reforma constitucional también redujo a un año el plazo de tiempo para la asignación de las tierras a los campesinos, a consecuencia de las duras críticas demócratacristianas a los Centros de Reforma Agraria.

En cuanto a la producción, Billaz y Maffei sostienen que el área sembrada no se redujo en los predios nacionalizados, al contrario, aumentó en algunos cultivos. Asimismo, el valor de la producción agropecuaria global aumentó en un 5 % en 1970-1971 y en un 1,6 % en 1971-1972.

Si uno compara el proceso de reforma agraria en Chile con procesos parecidos en otros países de América Latina o del mundo, se queda impresionado con el éxito relativo alcanzado (...) En Chile se ha efectuado un cambio rápido en el sistema de tenencia de la tierra eliminando virtualmente los latifundios definidos legalmente como propiedades de más de 80 hectáreas. Además, se han efectuado ciertos cambios en las relaciones de crédito, en la comercialización y en los precios. Los campesinos han participado en el proceso más que antes.

En su trabajo, publicado en enero de 1973, destacaron que los campesinos y el Estado controlaban entonces casi el 35 % de la tierra agrícola cultivada y que, de los 4.876 predios mayores de 80 hectáreas que existían en 1965 en manos privadas, tan sólo quedaban unos 200 a mediados de 1972 sin nacionalizar (1973: 69).

Por su parte, Chonchol explica que, a consecuencia del aumento de los salarios de los trabajadores en un 35 %, igual que la inflación, durante 1971 la demanda de alimentos creció un 14 %, un porcentaje muy superior al crecimiento de la producción agropecuaria, por lo que el país importó más alimentos. Igual

sucedió en 1972, pero en un contexto económico mucho más difícil por el reducido precio internacional del cobre, el bloqueo económico norteamericano y la prolongada huelga en octubre de los camioneros y los gremios. La producción agrícola sólo aumentó un 2 % aquel año y la inflación se disparó en el segundo semestre, mientras los sectores sociales que se oponían al Gobierno se dedicaban a acaparar productos.⁶ Pese a todo, el consumo de alimentos se incrementó aquel año en un 12 %.

En 1973, la disponibilidad de alimentos retrocedió respecto a 1971 y 1972 por el descenso de la producción agropecuaria y las dificultades de carácter interno y externo para importar puesto que aquel año el precio internacional del trigo se triplicó. La producción en el campo descendió en 1973, explica Chonchol, por las pésimas condiciones climáticas (fue un año muy lluvioso) y cuando en la primavera de 1972 se intentó recuperar con un esfuerzo extraordinario en las siembras, la huelga patronal paralizó los transportes de semillas, fertilizantes y combustibles.

A pesar de los conflictos y las dificultades, el Gobierno de Salvador Allende eliminó el latifundio y las relaciones feudales de producción inherentes a esta estructura de propiedad al expropiar durante aquellos tres años 4.490 predios que sumaban 6,6 millones de hectáreas y beneficiaron a unas cien mil familias. A pesar de la contrarreforma agraria de la dictadura militar, el gran latifundio con escasa inversión, donde el negocio era la acumulación de la tierra y que se remontaba a los tiempos coloniales, desapareció de la faz del país.

Por encima incluso de la mejora sustancial de las condiciones de vida de centenares de miles de trabajadores rurales, Jacques Chonchol destaca el profundo significado del reconocimiento de la dignidad de estas personas. «El campesino siempre miraba al patrón o al que no era igual a él de abajo para arriba, se sentía inferior. A medida que se fue desarrollando todo ese proceso de cambio se empezó a sentir igual».⁷

El 21 de mayo de 1973, en su último Mensaje al Congreso Pleno, Salvador Allende dejó constancia de la profundidad de la reforma agraria (Farías, 2000, 6: 4614):

En el transcurso del último año el Gobierno ha aplicado aceleradamente la Ley de Reforma Agraria. Ello ha permitido que prácticamente todas las propiedades de más de 80 hectáreas de riego básico hayan pasado a

6. En 1972, el precio del trigo aumentó un 51 % respecto a 1971, el de la carne congelada un 40 % y el del azúcar el 86 % (Chonchol, 1976: 31).

7. *Análisis*, 12 de septiembre de 1988, p. 12.

manos de los que trabajaban la tierra. La oligarquía terrateniente ha desaparecido en Chile. Se han desarrollado nuevas formas de organización de la producción agraria. Asentamientos, Centros de Reforma Agraria, Centros de Producción, Comités Campesinos y Cooperativas cubren hoy más del 35 % de la superficie productiva del país.

El movimiento campesino organizado se ha fortalecido. Las Confederaciones Campesinas, los Sindicatos de Trabajadores de la tierra y los Consejos Comunales Campesinos se han visto incrementados en número y en capacidad movilizadora.

Los campesinos mapuches están viendo hacerse realidad sus más viejas aspiraciones a la propiedad de las tierras de las que habían sido expulsados. Los campesinos pobres y los pequeños propietarios rurales, a través de sus organizaciones, han recibido una especial atención y ayuda por parte de los poderes públicos.

Hoy los trabajadores de la tierra y los campesinos están empezando a dejar de ser los «pobres del campo». Su mayor capacidad organizativa y de intervención en las decisiones que les van a afectar comienzan a hacerse notar. Así, los cambios que el Gobierno ha introducido en la estructura productiva agraria y sus relaciones de producción, comienzan a cristalizar.

IX. LA «VÍA CHILENA»

Entre el 28 y el 31 de enero de 1971, el Partido Socialista celebró en La Serena su XXIII Congreso Nacional, que eligió al senador Carlos Altamirano como su nuevo secretario general y reafirmó su línea política del Frente de Trabajadores y su discurso «izquierdista», que no se modificó a pesar de la victoria del 4 de septiembre. En su resolución política, el PSCh señaló que, aunque la llegada de la Unidad Popular al Gobierno había generado nuevas y favorables condiciones para que la clase obrera y el pueblo lograran una «efectiva conquista del poder» que hiciera posible la construcción del socialismo, la UP debía gobernar en el marco de la «institucionalidad burguesa» y frente a la resistencia planteada por «la reacción nacional y extranjera». Por ello, insistió en la necesidad de que la clase obrera dirigiera la lucha por la liberación que los sectores explotados libraban contra la burguesía y el imperialismo norteamericano y, en alusión al PDC, expresó su oposición a cualquier alianza con la burguesía, una fuerza «irreversiblemente contrarrevolucionaria».¹

El Partido Socialista consideraba prioritarias medidas como la nacionalización de las empresas controladas por capital estadounidense, de la banca y

1. La posición del Partido Comunista ante el inicio del Gobierno de Allende fue muy diferente. En su informe al Pleno del Comité Central del PCCh celebrado el 26 de noviembre de 1970, Luis Corvalán inició su intervención con toda una declaración de intenciones: «Queridos camaradas: Nada hay más importante en estos días, nada hay más revolucionario que actuar en función del éxito del Gobierno Popular que encabeza el compañero Salvador Allende, en función del cumplimiento de su programa. El Partido Comunista considera que su deber principal consiste, precisamente en trabajar junto a los demás partidos de la Unidad Popular, junto al Presidente de la República, dentro y fuera del Gobierno, tras el propósito común de realizar los cambios revolucionarios» (Farías, 2000, 1: 491).

de los seguros; la expropiación de los grandes monopolios y de las empresas de utilidad pública y la estatización del comercio exterior; una reforma agraria drástica apoyada en la movilización de los campesinos; el establecimiento de salarios mínimos y asignaciones familiares iguales para obreros, campesinos y empleados y la eliminación rápida del desempleo. Y, sobre todo, apostaban por la incorporación de los trabajadores al «ejercicio pleno del poder», con el desarrollo de la gestión obrera en las empresas del Área Social y la construcción «desde la base» de una nueva estructura política que debía culminar con la sustitución del parlamento bicameral por la Asamblea del Pueblo.² No resulta complicado adivinar en estas propuestas una línea política que sobrepasaba el programa de la UP, sensación que aumenta por la contundencia del lenguaje empleado.

El 28 de enero Salvador Allende intervino en la jornada inaugural del Congreso, como Presidente de la República y como militante desde su fundación en 1933, y repasó todos los temas de la coyuntura política y las grandes líneas del programa de la Unidad Popular: destacó una vez más la repercusión de la victoria del 4 de septiembre, refutó las acusaciones de la prensa estadounidense y latinoamericana acerca de la hegemonía comunista en su Gobierno, se refirió al proceso de construcción del Área Social, a la reforma agraria, al convenio suscrito con la CUT, a medidas como el medio litro de leche y remarcó la responsabilidad del Partido Socialista y de las otras fuerzas que integraban la coalición gubernamental (Farías, 2000, 1: 623-635):

Los partidos políticos y los trabajadores deben comprender que forman parte del Gobierno; deben mirar la realidad que confrontan y deben darse cuenta de que la historia nos señala y enseña que los grupos que detentaron el poder no se resuelven dócilmente a desprenderse de él. Aquí en Chile hemos vivido una etapa que rompió con la quietud tradicional que caracterizaba a nuestra patria. Hoy en la mañana se realizaba en Santiago la reconstrucción del acto que significó el asesinato del Comandante en Jefe del Ejército, general René Schneider. El pueblo debe meditar, debe entender, lo que significó ese asesinato. El asesinato debí haber sido yo. El asesinato del General en Jefe del Ejército facilitó la llegada nuestra al Gobierno, porque unificó a las Fuerzas Armadas y señaló de inmediato la responsabilidad coludida de los grupos reaccionarios chilenos para impedir la victoria popular.

Por eso, debemos estar alerta y vigilantes; debemos comprender que detrás de la apariencia de aceptación de los sectores reaccionarios está su

2. *Punto Final*, 16 de febrero de 1971, pp. 4-6.

actitud de siempre. Yo no dudo de la lealtad de las Fuerzas Armadas de la patria, destinadas a cumplir con la Constitución y la ley y a ejercer su trabajo profesional que Chile reclama y necesita. No dudo tampoco del acatamiento a la disciplina de parte del pueblo, pero necesitamos que el pueblo comprenda, que el pueblo repase la experiencia histórica y, por lo tanto, sea un pueblo movilizadado en su patriótica vigilancia.

El 4 de febrero los periodistas le preguntaron por la elección de Altamirano como secretario general socialista. Y, si Manuel Azaña fue crucificado por la prensa derechista por su afirmación de que España había «dejado de ser católica» con las reformas de la Segunda República, Allende fue vilipendiado por sus enemigos por una frase que pronunció en aquella oportunidad, «yo no soy el presidente de todos los chilenos», hasta el punto de que *La Segunda*, diario populista del clan Edwards, le denominó con frecuencia «PACH» («Presidente de Algunos Chilenos»):³

La elección del senador Altamirano a mí no me inquieta ni me preocupa. Él legítimamente ha sido elegido, yo soy militante del Partido e indiscutiblemente que él sabe perfectamente bien cuál es mi obligación de militante, igual que cuál es mi obligación de Presidente de Chile. Yo no soy presidente del Partido Socialista, soy presidente de la Unidad Popular. Tampoco soy el Presidente de todos los chilenos. No soy el hipócrita que dice eso, otra cosa muy distinta es que yo respete a todos los chilenos y que las leyes se apliquen para todos los chilenos. Pero yo sería un hipócrita si dijera que soy Presidente de todos los chilenos. Hay algunas gentes que quisieran que estuviera frito en aceite, y son chilenos; soy Presidente de la Unidad Popular, pero tengo sí la obligación de preocuparme de Chile, que no pertenece a la Unidad Popular, y preocuparme de beneficiar la vida no de la gente de la Unidad Popular sino de todos los chilenos.

Ante la tormenta política originada por sus palabras, tres días después, en su discurso en un acto de la Confederación de Trabajadores del Cobre en Machalí (Allende, 1971b: 183), precisó:

Desde luego, yo soy para ustedes el compañero Presidente. Pero no puedo ser el compañero de agiotistas y latifundistas que han negado la tierra al trabajador; no puedo ser el compañero de especuladores; no puedo ser el compañero de los que mienten y calumnian todos los días porque reci-

3. *La Nación*, 5 de febrero de 1971 (González Pino y Fontaine Talavera, 1997, 1: 64-65).

ben una paga mercenaria; no puedo ser el compañero Presidente de esos seres inescrupulosos que se han arrancado de Chile, después de llevarse grandes cantidades de dinero que es nuestro; no soy el compañero Presidente de delincuentes internacionales que han pretendido meter sus garras aquí en Chile; no soy el compañero Presidente de los que están allá en Madrid, en Argentina, tratando todavía de crear un clima contrario a la voluntad del pueblo y a la dignidad de los chilenos; no soy el Presidente de los clanes económicos de este país, que han vivido explotando a Chile. Soy el compañero Presidente de los que viven de su trabajo y de los que sitúan el interés nacional antes que sus intereses particulares.

No puedo ser el compañero Presidente de los confabulados, de los conspiradores, de los que juegan a la democracia y están dispuestos a acribillarla cuando pierden. No podré ser jamás el compañero Presidente de los asesinos del comandante en jefe del ejército, general René Schneider.

Por eso es que me expresé así, porque no soy hipócrita. Y por eso es que también agregué que respetaría, como es obligación constitucional, el derecho de todos los chilenos y que trabajaría por todos los chilenos y fundamentalmente por Chile. Por lo tanto, que sigan con su campaña falaz. Yo estoy aquí, frente al pueblo, diciendo lo que soy y, por lo demás, el pueblo ya lo sabe.

El Partido Socialista, con un histórico 22,89 % y 631.939 votos, se convirtió en el segundo partido en las elecciones municipales celebradas el 4 de abril de 1971 y se quedó a apenas 92.000 sufragios del PDC. Aquellos comicios marcarán durante muchas décadas el techo del apoyo electoral a la izquierda ya que logró el 50,86 % de los votos si se contabilizan los 29.123 logrados por la Unión Socialista Popular de Ampuero. También el Partido Comunista prosiguió con su sostenido crecimiento y alcanzó el 17,36 %.

En las filas de la oposición, el PDC mantuvo la hegemonía con el 26,21 %, pero no detuvo su caída en picado, y el Partido Nacional retuvo un considerable 18,53 % (Corvalán Márquez, 2000: 70). Además, el candidato de la UP, el socialista Adonis Sepúlveda, derrotó al demócratacristiano Andrés Zaldívar en la elección complementaria para cubrir la vacante en el Senado que Allende dejó al asumir la primera magistratura de la nación. Llama la atención la notable ampliación de la base de apoyo a la Unidad Popular en apenas cinco meses de gobierno, un resultado que la coalición interpretó como una ratificación de la voluntad del pueblo de avanzar hacia el socialismo.

A partir del 13 de abril, intelectuales, políticos, periodistas y artistas de decenas de países llegaron al país en el marco de la llamada «Operación Verdad»

para conocer de primera mano la experiencia socialista.⁴ Durante aquellos días el Presidente Allende, en un encuentro con medios de comunicación, comentó ampliamente el resultado de los comicios (Archivo Salvador Allende, 12, 1993: 153-165):

Se ha querido decir que hay empate, porque nosotros sacamos el 50,8 % y los grupos opositores el 49,2 %, pero la verdad es que nosotros aumentamos un 40 % de los votos en relación con la campaña presidencial. (...)

Si actuamos sobre la base de haber obtenido la primera mayoría en las urnas y considerando que no habíamos hipotecado nuestra posición frente al apoyo democratacristiano desde el punto de vista programático, hoy día, cuando el pueblo de Chile, después de cinco meses, ha visto nuestra actitud y nuestra acción, cuando se ha disipado toda una campaña de terror y de pánico, cuando las mentiras se las ha llevado el viento y cuando ha visto el pueblo que hay un gobierno que está dispuesto a cumplir el programa, cuando lo hemos hecho con el respeto a los derechos individuales y sociales que consagra nuestra Constitución, cuando hemos planteado sin reticencias nuestra posición antiimperialista, pero al mismo tiempo no nos hemos colocado en una posición de provocación, cuando esencialmente todo el proceso de la economía ha estado destinado a servir al hombre de Chile, genéricamente hablando, cuando se ha visto y constatado que este gobierno se ha trazado un camino que implacablemente va a seguir y se cuenta entonces con el respaldo que representa el 50 % de los votantes, yo creo que la acción de este gobierno está fortalecida, que tiene mucho mayor peso para poder seguir en el cumplimiento del programa.

4. Fue en aquellos días cuando empezó a gestarse el Museo de la Solidaridad Salvador Allende, en la actualidad la colección de arte moderno más importante de América Latina, integrada por más de dos mil obras (www.mssa.cl). «El espíritu del Museo de la Solidaridad se concibió en el marco de la Operación Verdad con ayuda del gobierno de la Unidad Popular», asegura el pintor José Balmes, uno de los pasajeros del *Winnipeg* (Amorós, 2004: 115-127) y de sus promotores junto con el crítico de arte español José María Moreno Galván. Juan Genovés recuerda que, al regresar de Chile en abril de 1971, Moreno Galván les contó la iniciativa que habían propuesto a Allende y que éste había acogido: «Cada artista nos dio su mejor obra. De momento reunimos más de mil cuadros que no sabíamos dónde meterlos. Tuvimos que buscar sitios clandestinos para guardarlos, porque aquello fue algo tremendo, que iba creciendo y creciendo. Cada artista nos abrió su estudio y nos dio a elegir lo mejor, y se formó una colección impresionante; incluso hablamos con compañeros franceses e italianos» (*Cuando septiembre...*, 2006: 45-46). Después del golpe de estado el proyecto se denominó Museo de la Resistencia y aglutinó también a los artistas chilenos exiliados (Balmes, Gracia Barrios, Roberto Matta, Carmen Waugh...). En 2005, la Fundación Salvador Allende cedió al Estado chileno el legado artístico y cultural del Museo. *La Nación*, 9 de septiembre de 2005. Edición digital: <www.lanacion.cl>.

Eso no significa que vayamos a perder la calma, que tengamos una actitud de soberbia, que no respetemos a los opositores y que no sepamos que en el Parlamento no tenemos mayoría; pero los parlamentarios opositores no son un grupo homogéneo ni compacto. La Democracia Cristiana no puede tener frente a los problemas económicos sociales de Chile la misma actitud que tiene el viejo y tradicional Partido Nacional, que es un partido esencialmente capitalista.

En las filas del Partido Demócrata Cristiano, la consecuencia de su traspies fue un intenso debate interno, promovido por la JDC, en torno a la estrategia ante el Gobierno. En aquellas semanas parecieron imponerse los sectores progresistas y el PDC, autodefinido como un «movimiento revolucionario», llegó a hablar de «socialismo comunitario», ya no de «comunitarismo», en oposición al «socialismo estatista» al que a su juicio se encaminaba la Unidad Popular. Pero esta posición no llegó a cristalizar en una línea de acuerdos con el Ejecutivo, sino que se diluyó en la indefinición de esta afirmación formulada por la Junta Nacional durante su reunión en la ciudad costera de Cartagena los días 7 y 8 de mayo:

La Democracia Cristiana no desestima la posibilidad de acuerdos con el gobierno de la Unidad Popular para la realización de objetivos determinados y específicos; pero cree que su misión fundamental es (...) proponer sus propias soluciones para que los chilenos adviertan con claridad cuáles son las diferencias y coincidencias fundamentales existentes entre la Democracia Cristiana y la Unidad Popular.

Por su parte, la derecha se convenció de que, si quería derrotar a la UP, debía romper su aislamiento y atraer al PDC hacia sus posiciones de confrontación. Si en septiembre de 1970 la dirección demócratacristiana ignoró su llamamiento a votar por Alessandri en el Congreso Pleno y en enero había rechazado su propuesta de formar un «Frente Cívico», entonces se opuso a la constitución de un «Frente de Ideas» que debía agrupar, más allá de los «partidos democráticos», a los sectores sociales interesados en la defensa de «ideas» como la «libertad», la «democracia» o la «nacionalidad», que creían amenazadas por la UP y en particular por el Partido Comunista (Corvalán Márquez, 2000: 74-76).

El 15 de abril Salvador Allende pronunció un discurso en el acto de entrega de la Condecoración Presidente de la República y de la Espada O'Higgins a los nuevos generales de las tres ramas de las Fuerzas Armadas (ejército, armada y aviación). Después de señalar que en esas espadas estaba grabado el lema «No me saques sin razón, ni envaines sin honor», una vez más ensalzó el papel

de las Fuerzas Armadas y les recordó sus funciones constitucionales (Archivo Salvador Allende, 9, 1990: 73-75):

Forman parte ustedes de la tradición de Chile enraizada en sus instituciones armadas, nacidas en los albores de la Historia y mantenida a lo largo de nuestra vida como nación con dignidad, con independencia. Fuerzas Armadas profesionales, con valores permanentes, como lo dijera Schneider, de dignidad y de honor para ponerlos al superior servicio de Chile, en la defensa de su soberanía, de su frontera. Fuerzas Armadas conscientes de su poderío, que es y será defensivo. Y sólo será agresivo hasta el heroísmo cuando se atente, y no espero que esto ocurra, contra nuestra soberanía o nuestras fronteras. Está precisamente en el contenido material y sobre todo espiritual del valor de nuestras Fuerzas Armadas, muy grabadas, profundas e indeleblemente, la convicción de que somos un pueblo orgulloso de sus Fuerzas Armadas y, por lo tanto, sólo anhelamos la paz.

No renunció a referirse al proceso de transformaciones revolucionarias que vivía el país con su Gobierno, «por voluntad del pueblo» y dentro del marco de la legalidad, y afirmó que no podían permanecer al margen de las mismas, sin perder su carácter profesional, puesto que «no hay Fuerzas Armadas poderosas en países dependientes en lo económico, lo cultural y a veces, y con demasiada frecuencia, en lo político».

Ustedes que llegan a los altos mandos tienen entonces, como dijera, deberes, derechos y responsabilidades y yo entrego a la responsabilidad de ustedes, a los deberes de ustedes y a los derechos de ustedes la convicción reiterada del pueblo de Chile de que seguirán siendo las instituciones armadas la raíz de nuestra Historia de Chile, ennoblecida en la guerra y en la paz y que seguirán siendo ustedes los que, sabiendo el valor de la fuerza material, tienen conciencia plena del valor de la fuerza espiritual cuando ello se expresa en el consciente acatamiento de la voluntad ciudadana, expresada en las urnas y escrita en la Constitución de la patria.

El 21 de mayo pronunció su histórico primer Mensaje al Congreso Pleno, el discurso que de manera más acabada delineó la «vía chilena al socialismo» y una de sus piezas oratorias más recordadas. Allende planteó a su pueblo un desafío histórico que presentaba las características de una epopeya, pues recordó que, si bien hasta el momento las revoluciones se habían realizado a través de la violencia política, en su país —como siempre había sostenido— ya era posible emprender dicho proceso histórico a través de «la vía pluralista», que fue «anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada». «Chile es

hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista» (Martner, 1992: 323-352).

El Presidente expuso con brillantez los pilares del proyecto político que orientó su vida y quiso combatir el escepticismo de algunos sectores de la izquierda sobre el Congreso Nacional y las Fuerzas Armadas puesto que insistió en que éstas, por su «conciencia patriótica» y su «tradición profesional», respetarían la voluntad popular de avanzar hacia el socialismo, mientras que nada impedía que el pueblo transformara la correlación de fuerzas en el Poder Legislativo con sus votos a la Unidad Popular:

Las dificultades que enfrentamos no se sitúan en ese campo. Residen realmente en la extraordinaria complejidad de las tareas que nos esperan: institucionalizar la vía política hacia el socialismo y lograrlo a partir de nuestra realidad presente de sociedad agobiada por el atraso y la pobreza propios de la dependencia y del subdesarrollo; romper con los factores causantes del retardo y al mismo tiempo edificar una nueva estructura socioeconómica capaz de proveer a la prosperidad colectiva. (...)

Aquí estoy para incitarles a la hazaña de reconstruir la nación chilena tal cual la soñamos. Un Chile en que todos los niños empiecen su vida en igualdad de condiciones, por la atención médica que reciben, por la educación que se les suministra, por lo que comen. Un Chile en el que la capacidad creadora de cada hombre y de cada mujer encuentre cómo florecer, no en contra de los demás, sino en favor de una vida mejor para todos.

Era plenamente consciente de la dificultad de tal empresa, que exigía como requisito previo la definición de los cauces institucionales de «la nueva forma de ordenación socialista en pluralismo y libertad»:

Pisamos un camino nuevo; marchamos sin guía por un terreno desconocido; apenas teniendo como brújula nuestra fidelidad al humanismo de todas las épocas —particularmente al humanismo marxista— y teniendo como norte el proyecto de la sociedad que deseamos, inspirada en los anhelos más hondamente enraizados en el pueblo chileno.

El desafío era definir y desarrollar un nuevo modelo de Estado, de sociedad y de economía que permitiera satisfacer las aspiraciones y las necesidades del ser humano:

Caminamos hacia el socialismo no por amor académico a un cuerpo doctrinario. (...) Vamos al socialismo por el rechazo voluntario, a través del voto popular, del sistema capitalista y dependiente cuyo saldo es una

sociedad crudamente desigualitaria estratificada en clases antagónicas, deformada por la injusticia social y degradada por el deterioro de las bases mismas de la solidaridad humana.

Asimismo, reafirmó la voluntad inequívoca de la Unidad Popular de respetar el Estado de Derecho, las libertades políticas y el principio de legalidad y expresó su confianza en que el Partido Demócrata Cristiano apoyaría buena parte de su programa de cambios. Y finalizó su histórico discurso con un fervoroso llamamiento a los trabajadores y al pueblo:

Los que viven de su trabajo tienen hoy en sus manos la dirección política del Estado. Suprema responsabilidad. La construcción del nuevo régimen social encuentra en la base, en el pueblo, su actor y su juez. Al Estado corresponde orientar, organizar y dirigir, pero de ninguna manera reemplazar la voluntad de los trabajadores. Tanto en lo económico como en lo político los propios trabajadores deben detentar el poder de decidir. Conseguirlo será el triunfo de la revolución.

Por esta meta combaté el pueblo. Con la legitimidad que da el respeto a los valores democráticos. Con la seguridad que da un programa. Con la fortaleza de ser mayoría. Con la pasión del revolucionario.

Venceremos.

Cuatro días después, ofreció una rueda de prensa en la que el corresponsal de la Agencia Efe le preguntó si sus palabras acerca de un segundo modelo de transición hacia el socialismo incurrieran en una heterodoxia o eran una expresión de la riqueza del marxismo. En su respuesta, expresó su convicción de que el marxismo es un método para interpretar la historia, no un conjunto de dogmas (Martner, 1992: 351-352):

Yo debo decir con claridad que no soy un teórico del marxismo. Yo soy un hombre que ha leído a algunos teóricos del marxismo. Sin embargo, no tengo la petulancia de pensar que sobre esta materia podría tener una palabra muy autorizada. (...)

Yo no diré silvestremente; ni pedestremente –pero sí como un hombre que no es un teórico– que el marxismo no es una cosa estática; creo que es un método para interpretar la historia. No es una receta para aplicar desde el gobierno. Yo, intencionalmente, dije que en algunos países se había cumplido con esa etapa señalada como de transición lo que se denomina la dictadura del proletariado. En la que hay dos aspectos: uno político y otro social. El político es la dictadura, el social es el proletariado. Nosotros hemos cambiado aquí la dimensión de dictadura por una táctica distinta; pero el otro factor, el social, está presente. Porque yo he

hablado, y creo que es difícil que en un Parlamento burgués se hable así, de proletariado. He hablado de los trabajadores y he dicho que éste es un gobierno de los trabajadores. Y dentro de los trabajadores, indiscutiblemente, el factor más importante es el proletariado. Entonces, yo creo que los ortodoxos del marxismo me permitirán esta incursión que no pretende teóricamente una posición doctrinaria, pero que creo que puede señalar que para nosotros existe una aplicación táctica de acuerdo con la realidad chilena, Y, si acaso rompiéramos la virginidad de los ortodoxos pero hiciéramos las cosas, me quedo con lo segundo.

A finales de aquel mes participó en un acto en la Universidad de Concepción, el principal feudo del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. En su intervención decidió responder a los planteamientos «en gran parte equivocados» expresados por Nelson Gutiérrez, presidente de la Federación de Estudiantes de la UC (FEC) y militante del MIR, un partido muy minoritario no integrado en la UP y que prestaba un apoyo crítico a su Gobierno.

Este dirigente estudiantil afirmó que, después de las victorias electorales de la Unidad Popular en septiembre y abril, la sociedad estaba polarizada en dos «campos enemigos»: las clases dominantes nacionales y extranjeras y sus partidos (el PDC y el PN, principalmente) y las clases populares y sus expresiones políticas, «la izquierda revolucionaria y la izquierda tradicional», el MIR y la UP, respectivamente. El grado de conciencia del movimiento popular había crecido y las luchas de los obreros y campesinos alcanzado cotas más elevadas de organización, señaló el presidente de la FEC, quien, sin embargo, planteó la necesidad ineludible de un «enfrentamiento armado» entre «la alianza obrero-campesina» y la burguesía para que la «fuerza social revolucionaria» conquistara el poder (Farías, 2000, 2: 877-887):

Hay un modelo burocrático que postula restringir la lucha de las clases populares al uso de la ley y del control parcial que el movimiento popular ejerce sobre el Estado, desconociendo la imprescindible necesidad de desarrollar la actividad y la iniciativa en las masas, de entender que las conquistas de obreros y campesinos deben ser el producto de sus luchas y enfrentamientos. Sólo a través de ellos la clase obrera y el campesinado desarrollan su conciencia, ganan en organización y en disposición de lucha. (...) Es posible que una fuerza social en la que el proletariado-campesinado ha establecido una alianza con la pequeña burguesía alcance el control sobre una porción del aparato del Estado. Pero la toma del poder político por una fuerza social revolucionaria, la alianza obrero-campesina, sólo es posible como consecuencia de que la lucha

de clases llegue a su máximo enfrentamiento, por tanto, al terreno del enfrentamiento armado.

El enfrentamiento decisivo puede darse en condiciones favorables creadas por el desarrollo previo de un movimiento popular; el control del gobierno y el uso de una parte del aparato del Estado y la neutralización de otra generan condiciones favorables para la movilización de las masas y permiten ir cambiando la correlación de fuerzas para el momento del encuentro definitivo entre las fuerzas en pugna. Ésa es la tremenda originalidad de la situación chilena. (...) Nuestra lucha es la lucha que libran en Chile y en América los pueblos, los obreros y los campesinos por la conquista del poder, por iniciar en esta generación, por vivir nosotros y ayudar nosotros a conquistar y construir el socialismo, en Chile y en América. Reciba usted, compañero Presidente, el saludo solidario y combativo de los estudiantes de Concepción y reciba el compromiso de integrarnos a esta lucha hasta conquistar con usted, con el gobierno popular y con toda la izquierda, el poder político para la clase obrera y el campesinado chileno.

Aquel debate es una muestra de la pugna ideológica que atravesó a la izquierda durante aquellos mil días. En su réplica a Nelson Gutiérrez, Allende exigió la participación de los jóvenes en el proceso de construcción del socialismo y defendió la «vía chilena» a partir de una oportuna cita de Lenin:

Reclamo la presencia de los jóvenes en la tarea indispensable de concientización de las masas populares. ¡Cuánto pueden contribuir ustedes a elevar la conciencia política de aquellos que no pudieron, siquiera, aprender a leer! ¡Cuánto pueden contribuir ustedes a abrir un horizonte distinto al campesino, al obrero y sobre todo a la mujer de nuestra patria! ¡Cuánto deben ustedes entregar para afianzar en un nivel político superior a la Unidad Popular, base granítica en que descansan las posibilidades creadoras de este Gobierno! Pero para ello se requiere romper el sectarismo y no sentirse depositario implacable de la verdad. (...)

Una revolución política, jóvenes, se puede hacer en un día. Una revolución social no la ha hecho ningún pueblo jamás en un día, ni un año, sino que en muchos años y ¡caramba! que es distinto una revolución en un país situado en este continente, y es innecesario que detalle lo que representa en el ejercicio del Gobierno en los distintos países que lo componen. Es muy distinto una revolución en el Cono Sur de América Latina, en un continente dependiente en lo económico y presionado en lo político. Es muy diferente —jóvenes estudiantes— en un país de diez millones de habitantes a la revolución que realizaron otros países en otros continentes. Es muy distinta la revolución que queremos hacer

nosotros, sin costo social y de acuerdo a nuestra historia, a la heroica y dramáticamente pujante revolución cubana que yo conozco a fondo, porque he estado más de diez veces en Cuba y porque, si tengo derecho a decir que fui amigo del *Che* Guevara, soy amigo de Fidel Castro, lo cual no implica que separe y que distinga la realidad de Cuba, luchando contra la dictadura abyecta y brutal de Batista y la realidad chilena que no combatí contra una dictadura, sino contra un régimen y un sistema. Una revolución que alcanzó el poder con las armas en las manos y una revolución que vamos a hacer por los cauces legales, de acuerdo con el compromiso del pueblo. (...)

Y debo anticiparles que no me inquietan ni los silbidos ni los aplausos. Tengo demasiados años en la lucha social para sentirme intranquilo frente a la represión parcial que puedan tener mis palabras. Y si acaso los jóvenes que expresan aparentemente un repudio quieren que discutamos en el terreno teórico, yo les digo que vengo preparado para ello y tengo nada menos que aquí algunas citas de Lenin que le pueden refrescar la memoria a algunos.

Empezaré por la más cruda y no silben porque van a silbar a Lenin, a mí no. Dice: «El extremismo revolucionario es traición al socialismo...». Silben a Lenin, no a mí. (...)

La realidad histórica nos demuestra que aquí y en nuestro país hemos utilizado un camino que nuestra realidad ha permitido que se emplee y este camino ha sido la lucha dentro del sufragio. Muchas veces, y lo puedo decir, estuve solo defendiendo esta posibilidad en mi propio partido. Los hechos han demostrado que tenía razón, la conquista del Gobierno por las fuerzas populares es un hecho que ha sacudido y muy fuertemente a este país, que ha sacudido y muy fuertemente la conciencia de muchos pueblos de este y de otros continentes. Hay una minoría implacable, internacional y nacionalmente, que buscará todos los cauces, legales o ilegales, que le permitan obstaculizar la consolidación de la victoria popular.

Cuántos años lleva un país, que es medio mundo, como China Popular, y, sin embargo, compañeros jóvenes, por qué no se preguntan ustedes, que la realidad es más fuerte que la teoría ¿cómo un país de 900 millones de habitantes tiene que aceptar Hong Kong? ¿Por qué acepta que esté presente Formosa y Chiang Kai Shek? Porque la correlación de fuerzas políticas le obliga a aceptar esa realidad. ¿Quién de ustedes me va a discutir a mí sobre el contenido revolucionario de Cuba? ¿Y quién de ustedes se atrevería a pedirle a Fidel Castro que mañana tomara la bahía de Guantánamo, que está en poder de los americanos? Si lo hiciera, la revolución sufriría su más grande derrota.

El Presidente invitó al MIR a sumarse al proceso revolucionario, pero advirtió a esta fuerza política de que la dirección del mismo correspondía a la Unidad Popular y al Gobierno que presidía. Finalmente, defendió dos de las características del socialismo que pretendían construir en Chile: el pluralismo político y las libertades democráticas.

En este país no hay un solo preso político. ¿Cuántos son los países que pueden decirlo? En este país no hay nadie que pueda decir que no hay libertad de reunión, de asociación, de prensa y de radio. En este país la libertad, en este aspecto, ha llegado a ser una licencia para atacar implacablemente. No nos inquieta. Tenemos confianza en el pueblo y en su nivel político, que sabe de los ataques que aviesamente defienden bastardos intereses.

Por eso estamos aquí, con tranquilidad de conciencia, porque estamos haciendo un proceso revolucionario sin costo social. ¡Ni un preso! Lo repito con profunda satisfacción. No hay un adversario político nuestro perseguido, lo que no ocurre en ningún país del mundo. ¡En ningún país del mundo!

Por eso también, sin reticencia, he dicho: serán respetados los derechos de nuestros adversarios políticos mientras ellos se expresen por los cauces legales; si ellos rompen la ley, que en este caso, óiganlo bien, y puede que a algún revolucionario le parezca mal, el título legal que tengo es la mejor defensa frente a un mundo que quisiera, desde el punto de vista de un sector pequeño, vernos aplastados. Este título de legalidad alcanzado en las urnas amarra las manos a los que utilizaron la fuerza para invadir países, cuando golpes insurgentes revolucionarios alcanzaron transitoriamente el Gobierno. Nosotros respetaremos los derechos porque son legítimos, porque el pueblo conquistó sus derechos políticos, para que los ejerza la oposición. Pero, si se rompe el dique de los cauces legales y si otra gente utiliza la contrarrevolución, y quiere usar la violencia reaccionaria, lo he dicho como candidato y lo he dicho como Presidente, utilizaremos la fuerza de la ley y, si no hay tiempo para aplicarla, a la violencia reaccionaria opondremos la violencia revolucionaria.

El 8 de junio se produjo uno de los hechos que marcaron la evolución de los acontecimientos políticos durante aquellos tres años cuando miembros de la ultraizquierdista Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP) asesinaron en Santiago a Edmundo Pérez Zujovic, ex ministro del Interior, amigo personal de Eduardo Frei y destacado dirigente del PDC. «El Gobierno de Allende ya no puede contar con el apoyo de la Democracia Cristiana», tituló en su crónica de

manera profética el corresponsal de *Le Monde*.⁵ La Unidad Popular, que condenó el atentado de manera enérgica, aseguró días después que la VOP estaba infiltrada por la CIA y que su actuación servía a los intereses de quienes promovían la sedición y buscaban erosionar la imagen del Gobierno al vincularlo con acciones terroristas.⁶

No obstante, los sectores conservadores del PDC utilizaron el magnicidio para abrir un abismo político, personal y psicológico con la coalición gubernamental que a la postre se demostró insalvable. El 16 de junio, desde Londres, Frei asumió el discurso crítico de su partido sobre la existencia de grupos armados afines a la UP e instó a Allende a disolverlos y no dejó lugar a la duda al asegurar que el PDC «es un partido claramente ubicado en la oposición».⁷ Unió así su voz a la del Partido Nacional, que el 8 de junio había asegurado que «este crimen es la culminación de la escalada del terrorismo marxista contra las instituciones políticas y los demócratas del país». El crimen precipitó su regreso a Chile y le resituó como el líder natural del PDC.

Si bien eran remotas las posibilidades de que el PDC entrara en el Gobierno (en una suerte de «compromiso histórico» *avant la lettre* o de formación de un gran bloque sociopolítico por las transformaciones), por sus consecuencias en el centro y la izquierda, en aquellos momentos aún parecían posibles los

5. Tres días después, el vespertino parisino tituló «La oposición se reagrupa y espera a su líder, Frei» y en la información de su corresponsal, leemos: «Todas las pasiones contenidas, todas las irritaciones acumuladas a lo largo de los últimos siete meses, se han despertado en el seno de la oposición al Gobierno de la Unidad Popular. Son muchos los que se plantean ya una especie de reagrupamiento de la Democracia Cristiana, del Partido Nacional y de la Democracia Radical contra la “coalición marxista”. Eduardo Frei podría ser, él mismo, el líder de este reagrupamiento. Precisamente ha acordado su viaje europeo para regresar el viernes 18 de junio de Londres y participar, este domingo, en un gran mitin organizado en su honor» (Kalfon, 1999: 42).

6. Según uno de los documentos de la CIA desclasificados en octubre de 1999, el 11 de junio de 1971 Henry Kissinger informó a su presidente: «Allende está tratando de culparnos del asesinato del ex ministro demócratacristiano Edmundo Pérez...». Entonces Nixon le preguntó: «¿No estaremos metidos nosotros en esto?». Y Kissinger respondió: «Por supuesto que la CIA no es responsable. Esto es extremadamente importante para nosotros. Chile quiere volver a relaciones normales con nosotros, pero esas acusaciones de que estamos involucrados en el asesinato...». John Connally, otro asesor de seguridad exterior de Nixon, le inquirió: «¿Cómo podemos estar seguros de que no fuimos nosotros?». Y Nixon añadió otra pregunta: «¿Ellos [el Gobierno de Allende] lo asesinaron?». Kissinger: «Seguro, estoy casi por completo seguro de ello». Nixon, por último, se lamentó de los retrocesos de su política exterior en el subcontinente e insistió sobre la participación de la CIA en el asesinato de Pérez Zujovic: «Estamos perdiendo, estamos perdiendo [en América Latina]. ¿Seguro que no estamos nosotros en esto?». *La Tercera*, 10 de octubre de 1999. Edición digital: <www.tercera.cl>.

7. *El Mercurio*, 17 de junio de 1971 (González Pino y Fontaine Talavera, 1997, 1: 134).

acuerdos para la aprobación de una parte de las principales medidas contenidas en el programa de la UP.

El 16 de junio, el mismo día que Frei ofrecía aquellas declaraciones desde la capital británica, Allende participó en un acto de masas de la CUT «contra la sedición y el terrorismo», en el que se refirió al segundo magnicidio vivido por el país en menos de nueve meses (1973: 63-101):

¿A quién perjudica el asesinato del ex ministro del Interior? ¿En qué circunstancias ha ocurrido y qué habría permitido hacer, a no mediar la lealtad de las Fuerzas Armadas a la Constitución y a la ley y a no mediar la voluntad del pueblo para no dejarse arrebatar su Gobierno? Sin embargo, quiero señalar que hace ya largo tiempo vine advirtiendo al pueblo lo que podía ocurrir, porque si hay algo que diferencia mi actitud de Presidente, de compañero Presidente, es que nunca he dejado de dialogar con ustedes. (...)

Por eso, advertí al pueblo y, más que eso, en el Consejo de Defensa Nacional, el organismo más importante en que están cuatro ministros y los jefes de las Fuerzas Armadas, el director de Carabineros y el coordinador de los servicios de inteligencia del Estado. (...) Sin entrar en problemas políticos pequeños, porque jamás he pretendido hablar de cosas subalternas políticas, frente a las Fuerzas Armadas señalé que en Chile se estaba buscando un Calvo Sotelo...

El Presidente calificó a los miembros de la VOP como «falsos revolucionarios» ya que, a partir de una cita de Lenin en *¿Qué hacer?*, señaló que las revoluciones son obra de las grandes masas «conscientes y organizadas» y que «el espontaneísmo del atentado terrorista está desligado del movimiento obrero». Ya entonces intuyó cuáles serían las consecuencias políticas de aquel trágico suceso, después de que, con el apoyo del Partido Nacional, el PDC hubiera roto el acuerdo por el que un militante de la UP presidía la Cámara de Diputados y uno demócratacristiano el Senado y de que la derecha apoyara al candidato demócratacristiano, Edgardo Boeninger, que derrotó a Eduardo Novoa, de la Unidad Popular, en las elecciones a rector de la Universidad de Chile:

Por eso, he señalado que el asesinato del ex ministro del Interior, señor Edmundo Pérez, sobre todo, era un impacto directamente lanzado contra el Gobierno y, si humanamente hería a la Democracia Cristiana y si políticamente hería a la Democracia Cristiana, hería al Gobierno y a Chile, por demostrar ante el mundo que aquí también se abría el camino de la delincuencia frente a un Gobierno que había actuado con mesura y con el respeto a la personalidad humana, como lo hemos hecho nosotros y como lo seguiremos haciendo.

Es decir, los atentados y los crímenes realizados intentaban crear un clima de confusión, de desconfianza, de venganza contra el Gobierno Popular en lo político. Buscando una víctima como el señor Edmundo Pérez, se medía la posibilidad de un entendimiento político entre la Democracia Cristiana y el Partido Nacional para crear un frente único en contra del Gobierno y el primer hecho, seguramente derivado de una actitud humanamente pasional del sector demócratacristiano, está en la caída de la Mesa de la Cámara de Diputados.

Por último, denunció que el atentado perseguía forzar una intervención militar y, después de explicar la muerte de dos miembros de la VOP el 13 de junio en un enfrentamiento con efectivos del cuerpo de Carabineros y de la policía de Investigaciones, elogió la actuación del general Augusto Pinochet, jefe de la guarnición de Santiago:

El señor Jefe de Zona de Emergencia, general Pinochet, con ejemplar actitud, junto con cumplir con sus serias responsabilidades, ha dicho que el Ejército no intervino en el combate, porque si el Ejército hubiera disparado con las armas y la fuerza de potencia de esas armas, habrían podido producirse muchas víctimas.

Pero la coyuntura aún sirvió una oportunidad más relevante para que empezara a forjarse la alianza entre el centro y la derecha puesto que el 18 de julio debía celebrarse una elección complementaria en la provincia de Valparaíso para reemplazar a una diputada demócratacristiana fallecida, Irene Frei (hermana del presidente). En el incipiente clima de enfrentamiento entre el Ejecutivo y el PDC, el Partido Nacional decidió no presentar candidato y respaldar al demócratacristiano, siempre que perteneciera a su tendencia más conservadora. Dentro del sector progresista de la Democracia Cristiana existía una creciente preocupación por el acercamiento político al Partido Nacional, de ahí que el 3 de junio, antes incluso del asesinato de Pérez Zujovic, Radomiro Tomic remitiera una carta a Allende en la que señaló (Donoso Pacheco, 1988: 391-395):

El día en que el antagonismo entre Gobierno y Democracia Cristiana haya llegado «al punto de no retorno», habrá dejado de ser viable en Chile el «segundo modelo» (la vía chilena al socialismo). De allí en adelante será solamente cuestión de tiempo el que el doble efecto de los apremiantes problemas del país más el juego de intereses contradictorios a que está sujeto el desvencijado aparato institucional, lleven a que el estallido se produzca «desde arriba» (por el gobierno) o «desde abajo» (contra el gobierno).

El ex candidato presidencial del PDC señaló al Presidente que su proyecto político requería de la mayoría institucional y ello implicaba «el gobierno conjunto con la Democracia Cristiana», pero «no para transar el programa de tu gobierno sino para facilitar su cumplimiento en términos aceptables para ambos». Para favorecer los acuerdos, le propuso que la UP respaldara a un candidato demócratacristiano en Valparaíso.

Precisamente, Allende sugirió en junio a la dirección nacional de la UP ofrecer al PDC apoyo a un candidato de sus filas en Valparaíso a cambio de que postulara a un miembro de su ala progresista, como por ejemplo Luis Badilla, secretario general de la JDC. Consideraba contraproducente poner en peligro la gran victoria de abril en una elección parcial que no alteraría la distribución de fuerzas en la Cámara de Diputados y, si alcanzaban un acuerdo, podrían neutralizar la indisimulada pretensión derechista de conformar un frente político contra el Gobierno. Pero la dirección de la Unidad Popular, con un especial énfasis del Partido Socialista, apostó por levantar la candidatura del socialista Hernán del Canto, quien en una dura campaña tuvo que enfrentar, por primera vez desde 1964, al centro y a la derecha unidos y fue derrotado por un estrechísimo margen de votos (Garcés, 1976: 205-206).⁸

Esta elección tuvo hondas repercusiones en el seno del Partido Demócrata Cristiano porque la indignación por el pacto con el PN cundió en el sector anticapitalista que aún permanecía en sus filas y se aglutinaba en torno a la JDC. Cuando a finales de julio la dirección del PDC rechazó la propuesta de Bosco Parra de prohibir cualquier alianza con la derecha, éste renunció a su militancia y a principios de agosto se consumó una nueva escisión al marcharse seis diputados (a los que después se unieron otros dos), algunos dirigentes y una parte de la JDC, con Luis Badilla a la cabeza, para formar el Movimiento de la Izquierda Cristiana.

Los fundadores de la Izquierda Cristiana (IC) criticaron la contradicción entre el discurso progresista del PDC y su aproximación al Partido Nacional. En su reunión del 3 de agosto decidieron participar en el proceso de construcción del socialismo y tres días después anunciaron su adhesión al programa de la Unidad Popular. A la IC se unieron también los tres parlamentarios del MAPU (Rafael Agustín Gumucio, Alberto Jerez y Julio Silva Solar) y el ministro Jacques Chonchol, disconformes con la asunción por este partido de los postulados marxistas-leninistas y convencidos de la necesidad de ofrecer un

8. El candidato demócratacristiano Oscar Marín logró 141.450 votos y Hernán del Canto, 136.813. La UP mantuvo el porcentaje de votos que había logrado en las municipales (49 %).

cauce político propio a los sectores cristianos que apoyaban al Gobierno (Corvalán Márquez, 2000: 104-108)). La creación de la Izquierda Cristiana reforzó el pluralismo de la cúpula de la UP, más que de su base social, pero tuvo como consecuencia el definitivo debilitamiento del ala progresista del Partido Demócrata Cristiano, en favor de la tendencia más conservadora, que se agrupaba en torno al liderazgo de Frei.⁹

En agosto de 1971 otro hecho sacudió la estabilidad de la Unidad Popular con la división del radicalismo y la creación del Partido de Izquierda Radical (PIR), que reivindicó su papel crítico dentro de la UP desde una perspectiva marcadamente socialdemócrata, mientras que el Partido Radical profundizaba su acercamiento ideológico al marxismo, algo que Allende y el Partido Comunista lamentaron puesto que esta filosofía política ya la encarnaban suficientemente comunistas y socialistas y con esta metamorfosis debilitaba su tradicional arraigo en las clases medias.

Por otra parte, la Revolución chilena fue el primer proceso de transformación socialista donde importantes sectores cristianos compartieron protagonismo con las organizaciones marxistas, influidos por el Concilio Vaticano II, la Conferencia de los obispos latinoamericanos en Medellín de 1968, el alumbramiento de la Teología de la Liberación, el impacto de las muertes del sacerdote colombiano Camilo Torres y de Ernesto *Che* Guevara, la mística de las comunidades eclesiales de base y, ya en el contexto chileno, movimientos como la Iglesia Joven (Amorós, 2005).¹⁰ La victoria de Allende y el inicio del proceso revolucionario propició que ochenta sacerdotes que abrazaron la «opción prioritaria por los pobres» asistieran entre el 14 y el 16 de abril de 1971 en

9. En 1998, Joan Garcés relató que el Presidente Allende le pidió que conversara con Bosco Parra para intentar disuadirle de que su grupo se escindiera: «La opinión de Allende era que su Gobierno necesitaba mantener el acuerdo político con la DC y que, si dentro de ésta había una corriente progresista, ese sector debía continuar dentro y no marginarse, porque su salida fortalecería al sector opuesto que quería poner fin a los acuerdos con el Gobierno de la Unidad Popular. Esa mediación no tuvo éxito». *El Mundo*, 11 de septiembre de 1998, p. 4.

10. En las elecciones de 1970, la UP contó con el apoyo activo de sacerdotes y creyentes y así lo prueba una de las cartas que el sacerdote valenciano Antonio Llidó escribió desde Quillota a su familia con una ironía deliciosa: «Andábamos convenciendo a las viejas beatas para que votaran por Allende pues de lo contrario se iban a condenar sin remedio» (Amorós, 2007: 96). También Joan Alsina, cura catalán destinado en el puerto de San Antonio, relató en una extensa misiva: «Estamos contentos porque hemos ganado, pero ganar no es bastante. Ahora es preciso que se vaya haciendo más justicia y que la gente deje de pasar hambre. Será difícil, pero la gente está contenta. Entre los trabajadores se tiene esperanza. Esta mañana he ido a trabajar y la gente estaba contenta y se felicitaba. Dios quiera que todo salga bien» (Pujades, 2001: 193).

Santiago a unas importantes jornadas sobre la «Participación de los cristianos en la construcción del socialismo en Chile».

Los Ochenta, como se conoció al grupo desde entonces, constataron en su declaración final la esperanza que el Gobierno de Allende había infundido a las clases populares y expresaron su compromiso con el proceso de construcción del socialismo en unos términos que escandalizaron a la jerarquía y que originó una polémica pública que no concluyó hasta el 11 de septiembre de 1973, con el silenciamiento y la persecución de los cristianos de izquierda:

La razón profunda de este compromiso es nuestra fe en Jesucristo, que se ahonda, renueva y toma cuerpo según las circunstancias históricas. Ser cristiano es ser solidario. Ser solidario en este momento en Chile es participar en el proyecto histórico que su pueblo se ha trazado. Como cristianos no vemos incompatibilidad entre cristianismo y socialismo. Todo lo contrario. (...) El socialismo abre una esperanza para que el hombre pueda ser más pleno y por lo mismo más evangélico. Es decir, más conforme a Jesucristo, que vino a liberar de todas las servidumbres.

El 1 de septiembre el comité coordinador de Los Ochenta creó el *Secretariado Sacerdotal Cristianos por el Socialismo* y en la jornada nacional del 1 de diciembre el movimiento adoptó su histórica denominación de *Cristianos por el Socialismo*. Entre el 23 y el 30 de abril de 1972, el sindicato de la industria Hirmas (integrada en el Área Social) acogió el Primer Encuentro Latinoamericano de Cristianos por el Socialismo en el que participaron más de 400 delegados, así como algunos observadores procedentes de Norteamérica y Europa. En su mensaje al Encuentro, fechado el 28 de abril de aquel año, el Presidente Allende aseguró que aquella reunión probaba el carácter democrático y pluralista del proceso revolucionario chileno y el respeto de su Gobierno y de la UP a todas las creencias (Farías, 2000, 3: 2222-2223):

Un pensador cristiano, luchador ejemplar, combatiente de nuestro tiempo, definió al revolucionario como «aquel hombre que tiene conciencia de que en nuestras patrias no se puede dár de comer ni vestir ni alojar a las mayorías; que teniéndola, lucha contra las estructuras opresoras; no transige; promueve la unión de todos los sectores socialmente explotados; en definitiva, lucha por la elevación integral del hombre».

Desde otro enfoque filosófico, concordamos plenamente con este pensamiento de Camilo Torres.

Esa es también, en lo profundo, la definición de la inmensa mayoría de nuestro pueblo que, tras una heroica y larga lucha, ha logrado para sí el Gobierno de Chile y hoy se abre paso con vigorosa energía y decisión

irrenunciable en la conquista definitiva del poder para construir en plenitud una sociedad fraterna que elimine para siempre la explotación y la miseria.

La fuerza política que hoy gobierna Chile, y que tengo el honor de representar, es la culminación de una alianza permanente, férrea e inquebrantable entre cristianos y no cristianos, entre hombres de distinto signo ideológico, que han entendido con precisión que el verdadero conflicto de nuestro tiempo, y por tanto la gran línea divisoria, no se da en el plano religioso o en el de las ideas filosóficas, sino entre el imperialismo y los países dependientes, y en el interior de éstos, entre la gran burguesía explotadora y la inmensa masa de los explotados.

Vuestra presencia aquí, señores delegados, fruto de la decisión revolucionaria de cristianos de América Latina y de todas las partes del Tercer Mundo, desde México hasta la República Democrática de Vietnam, viene a confirmar, una vez más, el carácter democrático y pluralista de nuestro proceso revolucionario; el respeto y la consideración de este Gobierno y de su pueblo por todas las creencias, y al efecto de nuestras relaciones con todas las iglesias y en especial con la Iglesia católica y su jerarquía.

Vuestra presencia es también prueba del apoyo creciente que este proceso revolucionario chileno logra de todas las tendencias del pueblo y de todos los pueblos.

Junto con saludar vuestra Conferencia, permítanme, en el nombre del pueblo y del Gobierno de Chile, desearles el más pleno de los éxitos en sus trabajos y conclusiones.

Sabemos que de ellas resultará enriquecido el amplio y profundo movimiento revolucionario que hoy transforma el mundo.

X. LA CONQUISTA DEL COBRE

La nacionalización de la gran minería del cobre, la pretensión de que la mayor riqueza natural del país favoreciera el desarrollo nacional, fue una de las grandes conquistas de la Unidad Popular. Salvador Allende acostumbraba a decir que el cobre era «el sueldo de Chile», la «viga maestra» de la economía nacional, para subrayar la importancia del mineral rojo, que en 1970 suponía el 75 % de las exportaciones nacionales y aportaba en torno a un tercio de la recaudación fiscal (Meller, 2002).

El gobierno de Frei, en virtud de su política de «chilenización», adquirió una parte importante de las acciones de estas minas, el 51 % en el caso de las tres mayores (Chuquicamata, El Teniente y El Salvador), a un precio desorbitado (175 millones de dólares entregados a la Anaconda y 80 a la Kennecott) y con la obligación de la CORFO de asumir una gran cantidad de sus deudas. El cobre chileno era un negocio muy rentable para la Anaconda y la Kennecott ya que en 1969 la primera realizó en este país el 16,6 % de sus inversiones y logró el 79,2 % de sus beneficios y la segunda invirtió el 13,2 % y obtuvo el 21,3 % de sus beneficios totales. Un verdadero «saqueo» según el socialista Jorge Arrate, vicepresidente de la Corporación del Cobre (CODELCO) desde octubre de 1971 (Guelfi, 1977: 127-134).

Más aún, las compañías estadounidenses sólo habían arriesgado 30 millones de dólares durante sus primeros años de presencia en Chile, en la segunda década del siglo XX, y después se limitaron a reinvertir un parte de sus beneficios para llevarse más de 4.000 millones de dólares, 552 de ellos entre 1965 y 1970, debido a su actitud depredadora, a una explotación irracional orientada sólo a las mejores vetas (Millas, 1996: 81).

El programa de la Unidad Popular defendía la nacionalización de la gran minería del cobre porque constituía una premisa necesaria para la independencia económica del país. Asimismo, su explotación por las compañías norteamericanas en determinados momentos había afectado incluso a la soberanía nacional ya que, como explica Max Nolff (vicepresidente de CODELCO hasta octubre de 1971), durante la Segunda Guerra Mundial Washington congeló el precio a 11,5 centavos de dólar la libra, por lo que el país perdió 500 millones de dólares, y tropas estadounidenses ocuparon los principales yacimientos cupríferos para prevenir posibles ataques de la Alemania nazi. Durante la guerra de Corea, Estados Unidos volvió a congelarlo y el país dejó de ingresar entre 200 y 300 millones de dólares (1993: 101-106).

Ya en 1951 Salvador Allende y los senadores comunistas Salvador Ocampo y Elías Lafferte presentaron sendos proyectos de ley que preveían la creación de la Corporación del Cobre para entregar al Estado un control efectivo sobre la producción y comercialización del metal rojo. En la campaña electoral de 1964 esta propuesta fue una de las enseñanzas del FRAP, en contraposición a la «chilenización» y la «nacionalización pactada» que preconizaba Frei.

En diciembre de 1970, el Presidente anunció el inicio de los trámites para la nacionalización de los cinco principales complejos cupríferos, controlados por corporaciones estadounidenses (El Teniente, Chuquibambilla, El Salvador, La Exótica y La Andina) y el día 22 envió el proyecto de reforma constitucional al Congreso Nacional, una fórmula ésta elegida para poder anular los onerosos compromisos adquiridos con las multinacionales por la administración demócratacristiana. En un discurso en la Plaza de la Constitución pronunciado la víspera, recordó los enormes beneficios que la Anaconda, la Kennecott y otras compañías estadounidenses habían obtenido en Chile y proclamó que la nacionalización era un derecho del pueblo, esencial para lograr «la segunda independencia», la económica, para preservar la soberanía nacional y para que la principal riqueza del país impulsara su progreso social y económico (Martner, 1992: 302-305):

Quiero señalar que no queremos quitar cobre a nadie que nos haya comprado y lo necesite. Lo que quiero decir es que sí vamos a ser dueños de la riqueza esencial de Chile; vamos a controlar su producción, vamos a fijar los niveles de producción; vamos a intervenir directamente los mercados y saber defender el interés de Chile por sobre todas las cosas, siendo nosotros dueños de nuestro destino económico.

Al día siguiente, en Washington la agencia Associated Press recogió la reacción de un ejecutivo de la Anaconda que aseguró encolerizado que creía que Allende tardaría más tiempo en iniciar el proceso de nacionalización y expresó su temor por las consecuencias de aquella iniciativa: «Con la fórmula que está ofreciendo pudiéramos acabar por deberles dinero».¹

La negociación de aquella reforma constitucional fue el último acuerdo importante alcanzado por la Unidad Popular y el Partido Demócrata Cristiano, puesto que, a finales de abril de 1971, los parlamentarios de ambas fuerzas la aprobaron, pero con una importante modificación impuesta por el PDC, que impuso que correspondería al Presidente, y no a la Contraloría General de la República² (como indicaba el proyecto de la UP), el establecimiento de la cantidad que debía descontarse de la indemnización a las corporaciones norteamericanas en concepto de beneficios excesivos. Fue una hábil maniobra ya que, si Allende fijaba una cifra reducida, desencadenaría la ira de los sectores más izquierdistas y, si imponía una elevada, la airada reacción de las multinacionales y de la Casa Blanca se dirigiría directamente contra La Moneda.

Transcurridos los sesenta días preceptivos, el 11 de julio el Congreso Pleno aprobó la reforma constitucional por unanimidad, aunque con la ausencia de algunos parlamentarios derechistas. A partir de entonces la Carta Fundamental señalaba que el Estado de Chile era el único propietario de todos los minerales del territorio nacional y se declaraban nulos todos los contratos suscritos en la gran minería del cobre. Las empresas expropiadas tendrían derecho a ser compensadas de acuerdo al valor de libro de sus activos, al que habría que restarle determinadas cantidades por conceptos como cualquier revalorización de activos posterior a 1968, el valor de los activos que estuvieran en condiciones defectuosas y, sobre todo, los «beneficios excesivos» que hubieran logrado desde el 5 de mayo de 1955. El pago de las indemnizaciones se realizaría en el plazo máximo de treinta años y con una tasa de interés superior al 3 % (Meller, 1996: 140).

Aquella jornada, el «Día de la Dignidad Nacional», Salvador Allende intervino en un acto de masas en la plaza de los Héroes de Rancagua, cerca del mineral El Teniente, acompañado en la tribuna por Luis Figueroa, el coman-

1. *El Mercurio*, 24 de diciembre de 1970 (González Pino y Fontaine Talavera, 1997, 1: 47).

2. La Contraloría General de la República es un organismo autónomo que vela por la constitucionalidad y la legalidad de los actos del Poder Ejecutivo y fiscaliza la Hacienda pública. El titular de esta institución era designado por acuerdo del Presidente y el Senado y su mandato era vitalicio.

dante de la guarnición del ejército y el cardenal Raúl Silva Henríquez. En su discurso, afirmó que la nacionalización era un acto de soberanía fruto del ejercicio de un derecho reconocido por la resolución 1.803 de Naciones Unidas³ y señaló que las grandes minas estaban en un estado muy deficiente, muy por debajo de su producción potencial, según el informe encargado a la Sociedad Francesa de Minas, ya que, si Chile era el país con más reservas del planeta (más del 25 % del total), tan sólo alcanzaba el 13 % de la producción mundial. Además, expresó su preocupación por la caída del precio internacional de la libra de cobre en la Bolsa de Metales de Londres porque, si éste alcanzó un promedio de 61 centavos de dólar durante el sexenio de Frei, en los seis primeros meses de su administración había sido tan sólo de 50. Cada centavo menos privaba a Chile de 17 millones de dólares en divisas y 14 millones de dólares en ingresos tributarios, aunque hizo una precisión que reflejó su internacionalismo (Farías, 2000, 2: 983-997):

Quiero señalar que indiscutiblemente el precio del cobre también se ha mantenido alto por el conflicto de Vietnam, pero los chilenos, en la conciencia nuestra, preferimos que el cobre baje, pero que se deje de agredir a un pueblo pequeño y digno que lucha por su independencia. Nosotros tenemos la suficiente conciencia revolucionaria para entender que puede bajar el precio del cobre, y lo toleramos, siempre que la paz llegue a Vietnam y la gente de Vietnam tenga derecho a vivir su propia vida.

Allende aprovechó la ocasión para explicar que su Gobierno planeaba la creación de un gran complejo minero industrial supervisado por CODELCO, que incluiría desde las pequeñas minas propiedad de particulares a los grandes complejos, y que preveía desarrollar un exhaustivo trabajo de investigación y formación técnica, con la creación de un centro de investigación minero-metalúrgica y un servicio nacional de geología, al tiempo que destacó la importancia de la participación de los trabajadores, a quienes instó a aumentar la producción:

3. Esta Resolución, aprobada por unanimidad el 14 de diciembre de 1962, reconoce el derecho de todos los pueblos a recuperar y disponer de sus riquezas naturales básicas y habla de manera expresa de la posibilidad de nacionalizarlas. Además, permite que la indemnización sea establecida según las normas jurídicas del Estado que realiza la nacionalización y que sean los tribunales del propio país los que regulen todos los aspectos concernientes a la nacionalización y a la fijación y regulación de las indemnizaciones (AAVV, 1971: 2).

Por fin y por primera vez en nuestra historia Chile va a tener una política nacional sobre minería. Ya no habrá empresas foráneas dueñas de las grandes minas de cobre. Desde los pirquineros hasta las empresas estatizadas de la Gran Minería, todos tendrán que confluir hacia una política nacional, hacia un plan que permita que permita aprovechar al máximo estas riquezas con un profundo sentido chileno, nacional y patriótico, hasta crear el gran complejo minero industrial del cobre. (...)

Fuera de la trascendencia económica que he señalado, tenemos una trascendencia política que es necesario meditar. Con el paso que vamos a dar, rompemos la dependencia, la dependencia económica. Eso significa la independencia política. Seremos nosotros los dueños de nuestro propio futuro, soberanos de verdad de nuestro destino. Lo que se haga en el cobre dependerá de nosotros, de nuestra capacidad, de nuestro esfuerzo, de nuestra entrega sacrificada a hacer que el cobre se siembre en Chile para el progreso de la patria. (...)

Compañeros mineros, trabajadores duros del rojo metal: una vez más, debo recordarles que el cobre es el sueldo de Chile, así como la tierra es su pan. El pan de Chile lo van a garantizar los campesinos con su conciencia revolucionaria. El futuro de la patria, el sueldo de Chile, está en las manos de ustedes. A trabajar más, a producir más, a defender la revolución desde el punto de vista político con la Unidad Popular y defender la revolución con la producción que afianzará al Gobierno del pueblo.

El 28 de septiembre el Presidente suscribió el decreto n.º 92 sobre los beneficios excesivos de las empresas de la gran minería del cobre afectadas por la nacionalización y ordenó al Contralor General de la República que, de las indemnizaciones que estableciera a partir de una rentabilidad anual que se fijaba en el 10 % del valor de las propiedades, descontara a la Anaconda 300 millones de dólares por Chuquicamata y 64 millones de dólares por El Salvador y a la Kennecott, 410 millones de dólares por El Teniente (Vera Castillo, 1987: 409-414).⁴ El 11 de octubre la Contraloría hizo pública su resolución y señaló que, en virtud de la resolución del Presidente y de la reforma constitucional, no correspondía abonar ninguna cantidad por la nacionalización de Chuquicamata, El Teniente y El Salvador, mientras que la Anaconda tenía derecho a una indemnización de 10.010.000 dólares por La Exótica y Cerro de Pasco debía ingresar 18.269.000 dólares por La Andina. No obstante, el Gobierno debió

4. El cálculo de sus beneficios excesivos se realizó a partir de los balances posteriores al 5 de mayo de 1955, cuando entró en vigor la ley 11.828 que creó el Departamento del Cobre y desde cuando ya hubo datos probados sobre tales rentabilidades, ya que en las cuatro décadas anteriores estas compañías habían actuado sin ningún tipo de control.

asumir las deudas de todas estas compañías derivadas de la explotación de estas minas, que ascendían a 727 millones de dólares.

Durante los mil días de su gobierno, Salvador Allende insistió en la vital importancia del cobre y visitó en varias ocasiones los principales centros de trabajo para transmitir a los trabajadores su responsabilidad en aquella encrucijada histórica. Así, el 27 de octubre de 1971 pronunció un discurso en el Teatro Sindical de Chuquicamata, en el Norte Grande, la mayor mina de cobre a tajo abierto del mundo (Archivo Salvador Allende, 1990, 8: 73-81):

Es un hecho que Chile es dueño de las minas y es un hecho que los trabajadores tienen que tener conciencia de lo que eso representa. Ésa es la principal riqueza de Chile. Yo he dicho con una frase que es buena: el cobre es el sueldo de Chile. El 83 % del presupuesto de divisas, de los dólares de que dispone Chile, los produce el cobre, el 83 %. De los 1.150 millones de dólares que representa el comercio de exportación de Chile, 800 millones los produce el cobre. El 25. % de presupuesto nacional se financia con los ingresos del cobre; entonces el cobre es lo fundamental. Y por eso yo he dicho, y se lo dije a los dirigentes sindicales, que ser trabajador del cobre es lo más honroso que puede tener un trabajador en este momento en nuestro país. (...)

Ustedes son los trabajadores que tienen la mayor responsabilidad y deben ser los trabajadores más orgullosos de Chile, porque ustedes contribuyen no sólo a tener ustedes una vida que satisface las exigencias básicas del ser humano, sino que además contribuyen, compañeros, contribuyen a través del trabajo que ustedes hacen, a que Chile pueda romper su dependencia y pueda progresar y que podamos elevar los niveles de vida y de existencias de las grandes masas populares chilenas.

Con la franqueza con que siempre se dirigió a los obreros, apoyándose en datos y gráficos, Allende explicó a los trabajadores de «Chuqui» cómo iba a dejar de ser una empresa capitalista para adquirir un carácter socialista con la aplicación de las herramientas de participación obrera características del Área Social. Asimismo, les pidió que en la negociación de las nuevas condiciones salariales no exigieran un aumento desorbitado:

Compañeros, yo he venido personalmente, arrancando horas a la preocupación muy seria que tengo, y si el compañero Presidente de la República viene a explicar un problema y viene a decirles que lo estudien, no lo viene a imponer, compañeros, porque le da una importancia trascendente para el futuro de Chile y el futuro de la revolución. Como quisieran algunos que se provocara un enfrentamiento entre el Gobierno y ustedes; entre la empresa de ustedes que es del pueblo y el Gobierno que es del

pueblo. Yo no tengo otro medio que el diálogo y que el razonar con ustedes para encontrar la solución de los problemas.

Yo, compañeros, cuando acepté ser candidato, creí y sigo creyendo, que la única manera que podría un hombre como yo contribuir a la revolución que hace el Pueblo era tener la honestidad de hablar claro con sus compañeros, de discrepar con ellos para discutir, pero siempre convencidos de que después de discutir, siempre se encontraría un camino. Yo no tengo otra arma que la persuasión y la autoridad moral que pueda tener por haber sido un hombre leal al pueblo.

Todo lo que soy y he sido se lo debo a ustedes, todo lo que haré por Chile será por los trabajadores y, si les traigo a ustedes esta nueva concepción de las relaciones en el trabajo, es porque queremos hacer una sociedad distinta y porque Chile así lo necesita. Yo, compañeros, me despidió de ustedes convencido de que ustedes tendrán la seriedad y la responsabilidad de estudiar y convencerse de que éste es un camino justo, honesto, que les garantiza a ustedes perspectivas y posibilidades individuales superiores, y que además permite reinversiones para la empresa, y que, además, hay un fondo que beneficia a todos, que es el fondo social de inversión aquí...

El 11 de julio de 1972 visitó la mina La Andina con ocasión del primer aniversario de la nacionalización del cobre para felicitar a sus trabajadores por el sustancial aumento de la producción e insistió de nuevo en la relevancia del cobre y en la trascendencia histórica de su nacionalización (Archivo Salvador Allende, 1990, 9: 79-89):

Hoy, desde hace un año, éste es del Día de la Dignidad Nacional e interesa comprender todo el alcance que tiene esta denominación. El Día de la Dignidad Nacional es el día en que Chile rompe con el pasado y con el presente, hasta el año pasado. El día en que Chile es dueño de su principal riqueza, el día en que todos los chilenos toman conciencia de que el cobre es de Chile. El día en que todos entienden que este país tiene en el cobre la riqueza esencial que le permite desarrollarse, progresar, avanzar.

La política cuprífera de su Gobierno debió enfrentar primero una reorganización de la gestión de las grandes minas ya que los complejos de El Teniente, Chuquicamata, El Salvador, La Andina y La Exótica funcionaban hasta entonces de manera autárquica, como enclaves sujetos a las operaciones mundiales de las compañías estadounidenses. La producción entre 1970 y 1973 se mantuvo estable en general: Chuquicamata proporcionó 263.000 toneladas en 1970 y 265.000 en 1973; El Teniente, 176.600 en 1970 y 178.100 en 1973; El

Salvador, 93.000 en 1970 y 84.000 en 1973. Sin embargo, como el número de trabajadores de la gran minería aumentó de los 23.697 de 1970 a los 31.484 de 1973, la productividad se redujo de manera notable (Falcoff, 2002: 187-189). Las deficiencias podemos atribuir las a la complejidad del proceso de cambio de la administración de las minas y a las consecuencias del bloqueo norteamericano ya que, por ejemplo, el 95 % de las compras de maquinaria, equipos y repuestos se realizaban en el mercado estadounidense (Novoa, 1973: 150-157).

El 4 de enero de 1971 Nixon afirmó durante una entrevista en un canal de televisión que su gobierno no daba la «bienvenida» a la elección de Allende, aunque quiso matizar, de manera cínica, que «fuimos muy cuidadosos en puntualizar que ésta fue la decisión del pueblo de Chile y que, por tanto, aceptábamos esta decisión y que nuestros programas con Chile continuarían mientras la política exterior de Chile no fuera antagónica para nuestros intereses».

Y el 25 de febrero, en su discurso sobre el Estado de la Unión, añadió: «Estamos preparados para tener la clase de relaciones con el Gobierno chileno que ellos quieran tener con nosotros... Nosotros no buscamos confrontaciones con ningún Gobierno» (Sobel, 1974: 60).

Apenas dos días después, en Punta Arenas, Salvador Allende le respondió (1971: 144-145):

El Gobierno de Chile quiere relaciones amistosas con el país más poderoso del hemisferio, siempre que se admita discrepar, disenter y negociar desde distintos puntos de vista. Y hemos demostrado nuestra actitud. Y no ha salido del Gobierno de Chile una sola expresión, nada que implique una crítica desorbitada. Por el contrario, hemos buscado la posibilidad del diálogo que tuviéramos con el delegado del Gobierno americano, Charles Meyer, que vino a la transmisión del mando.

Hemos conversado con el almirante Sr. Zumwalt, y él me planteó en el transcurso de esta conversación si acaso veríamos nosotros con agrado la presencia del barco de guerra *Enterprise* en nuestro puerto. Yo le dije que con sumo agrado y que lo invitaba como Presidente de Chile, porque quería que los 3.600 tripulantes de este barco conocieran la realidad auténtica y democrática que vive nuestra Patria, donde se respetan todas las ideas, todos los principios y pensamientos.⁵

5. Finalmente, el gobierno de Nixon ordenó que se cancelara esa visita sin ofrecer al chileno ninguna explicación.

El 20 de agosto le dirigió una carta ante el deterioro de las relaciones entre ambos gobiernos en la que defendió las profundas transformaciones que la Unidad Popular estaba impulsando (Archivo Salvador Allende, 1989, 13: 157-159):

Señor Presidente:

He decidido dirigirme a usted en carta abierta y pública ante el cariz que están asumiendo últimamente las relaciones entre Chile y los Estados Unidos. Lo hago porque para los países pequeños como el nuestro la fuerza moral de sus posiciones y actuaciones constituye la mejor defensa de sus legítimos derechos y aspiraciones.

La dura realidad de nuestra tierra, el hambre, la ignorancia, la miseria, la casi total desesperanza han convencido a nuestra gente de que necesitamos cambios profundos para superarlas. Y hemos elegido realizarlos en democracia, pluralismo y libertad: en amistad con todos los pueblos de la tierra.

Este proceso interno sólo es posible si se apoya, en lo exterior, en los sólidos principios de la no intervención, la autodeterminación y el diálogo entre los países y a esta línea nos hemos ceñido estrictamente. Sin embargo, hemos sufrido el permanente combate, ora abierto, ora subrepticio, de intereses y fuerzas contrarios a los nuestros; una campaña destinada a deformar lo que somos y lo que queremos, intentando perjudicar nuestras buenas relaciones con los demás pueblos.

No obstante esta campaña internacional, aparentemente concertada, hemos mantenido la serenidad, conscientes de que deberíamos preservar los vínculos entre su país y el nuestro a fin de facilitar la solución de los problemas comunes en que sustentamos posiciones diferentes. Ello nos ha llevado a restar importancia a algunos ingratos episodios no originados por nosotros, que es preciso recordar ahora, cuando la política oficial norteamericana parece dirigida, más que a favorecer la buena disposición de las partes para arreglos amistosos, a coaccionar indebidamente a nuestro país por la vía de la presión económica y financiera.

Después de repasar distintos gestos de Washington contra el Gobierno de Chile (entre ellos el intento –fracasado– en marzo en Ginebra de impedir que la III Conferencia de la UNCTAD se celebrara en Santiago en 1972) y de dejar constancia del inicio del bloqueo económico por parte de las instituciones financieras estadounidenses (con el beneplácito de la Casa Blanca), señaló:

Chile, señor presidente, se honra en mostrar ante sus conciudadanos y el resto del mundo una historia republicana basada en la plena e ininterrumpida institucionalización del Estado de Derecho, en la observación de los

principios democráticos y en el libre funcionamiento de los mecanismos representativos. Una trayectoria democrática que, en su concreción práctica, puede parangonarse con la de los países que más se vanaglorien de la suya.

La nacionalización de las grandes minas de cobre no es el capricho del gobierno de Chile. Ha sido una decisión de nuestro pueblo en uso de su soberanía, aprobada por unanimidad en el Congreso e incorporada al texto de la Constitución. Un Congreso, señor Presidente, elegido por sufragio universal, directo y secreto, la mayoría de cuyos miembros pertenece a los partidos de oposición.

Asimismo, explicitó que la reforma constitucional que aprobó la nacionalización del cobre establecía con claridad los criterios para determinar las cuantías de las indemnizaciones y que tanto las compañías estadounidenses como el Estado chileno podían apelar la decisión ante un tribunal compuesto por una mayoría de miembros de la Corte de Apelaciones de Santiago y del Tribunal Constitucional:

El Estado de Chile, señor Presidente, tiene orgullo en exponer ante sus conciudadanos y el resto del mundo su ininterrumpido y probado respeto a los compromisos contraídos, tanto en el interior de sus fronteras como frente a cualquier otro país. Por tanto, afirmar que la nacionalización de la Gran Minería del Cobre no contempla plenas garantías para la indemnización supone:

1. Ignorar deliberadamente lo más esencial de la realidad institucional y política de mi país.

2. Ofender, no sólo al Gobierno de Chile, sino a su Congreso, a todos sus partidos políticos, a sus tribunales de justicia y a la Contraloría General de la República.

3. Presionar inadmisiblemente al pueblo chileno y a sus instituciones representativas en una materia que no sólo es nuestra exclusiva e interna competencia –reconocida por el Derecho Internacional y resoluciones unánimes de las Naciones Unidas–, sino que es vital para nuestra economía y su desarrollo: el cobre significa casi el 80 % de nuestros ingresos en divisas y más del 20 % del Presupuesto Fiscal.

Representarle, señor presidente, el sentimiento unánime de mi país ante el pretexto y real alcance de la decisión política adoptada en torno a la suspensión de créditos a Chile significa hablarle con plena conciencia de la dignidad que los latinoamericanos sentimos en nosotros mismos y conferimos a los demás, cuya reciprocidad exigimos. Significa testimoniar nuestra convicción en la libertad de los pueblos de Latinoamérica para disponer de sus recursos naturales, de sus riquezas y de su propio destino.

Este sentido de dignidad y la búsqueda de su libertad orientan el comportamiento del pueblo de Chile y lo orientarán también en el futuro. Sólo el respeto mutuo de los países por la dignidad y la libertad pueden fundamentar la paz y cooperación internacionales, en términos beneficiosos para todos. (...)

Una vez más, el Gobierno de Chile reitera su voluntad de amistad, cooperación y mutuo respeto con Estados Unidos y a ello ajusta su comportamiento. De esto puede estar seguro el pueblo norteamericano. Pero, máxime cuando el Gobierno de Estados Unidos se orienta a reconocer la realidad de otros Estados y pueblos impugnados hasta hoy, aceptando el pluralismo de la realidad internacional, los latinoamericanos estamos en nuestro legítimo derecho de exigir una actitud de respeto y cooperación.

En la íntima y personal convicción de que estos principios serán realidad, he querido hacerlos manifiestos, a través de su más alto dignatario, al Gobierno y al pueblo de los Estados Unidos.

A pesar de que algunos autores, como Sergio Bitar (ministro de Minería en 1973), sostienen que la decisión de no indemnizar a las compañías estadounidenses fue determinante en el bloqueo económico y financiero que Washington tejió contra Chile, en realidad el comienzo de aquella agresión se remonta a las órdenes decretadas por Nixon en septiembre y noviembre de 1970 para estrangular la economía chilena. Como hemos señalado, más aún que los intereses de las multinacionales cupríferas, Washington temía que el ejemplo de la «vía chilena al socialismo» llegara a Europa Occidental. A partir de 1971, y de manera paralela a las acciones encubiertas desarrolladas por la CIA que analizaremos más adelante, se gestó un verdadero bloqueo económico y financiero que efectivamente ahogó a la economía chilena.

De la mano de un documentado estudio del estadounidense North American Congress on Latin America (NACLA), podemos analizar en qué consistió aquella campaña de agresión contra una nación que había elegido de manera democrática el camino hacia el socialismo y aspiraba a conquistar la plena independencia económica (Farnsworth, 1974). En primer lugar, nos centramos en el cierre de los mecanismos de crédito, esenciales en el comercio internacional y que estaban en manos de las potencias capitalistas. Desde la Segunda Guerra Mundial, Chile había realizado el 40 % de sus importaciones totales y el 65 % de sus importaciones de capital en Estados Unidos, con créditos que facilitaban los propios proveedores, bancos privados o instancias públicas como el Banco de Exportación e Importación (Eximbank).

El 3 de noviembre de 1970, el 78,4 % de los créditos comerciales a corto plazo que tenía Chile era de proveedores y bancos norteamericanos. Más aún,

desde 1945 Chile había recibido créditos directos del Eximbank por valor de 600 millones de dólares y se benefició de sus programas de «garantía y seguro» para lograrlos de otras instituciones. Pero, a principios de 1971, el Eximbank negó al Gobierno de Allende un préstamo de 21 millones de dólares para financiar la compra de tres aviones para la línea aérea estatal (LAN), a pesar de que los funcionarios estadounidenses admitieron que Chile estaba pagando sus deudas de manera escrupulosa.

En agosto, un mes después de la nacionalización del cobre, pero antes de que se conociera la resolución de Allende sobre los beneficios excesivos de la Anaconda y la Kennecott, el presidente del Eximbank advirtió al embajador chileno, Orlando Letelier, de que no obtendrían préstamos o garantías mientras no indemnizaran a las compañías cupríferas. Si en 1969 el Eximbank concedió a Chile créditos por valor de 28,7 millones de dólares, en 1971 la cantidad se redujo a cero; en 1972 otorgó 1,6 millones de dólares y en 1973, 3,1 millones de dólares.

Por otra parte, desde 1946 Chile había recibido préstamos por valor de 540 millones de dólares de la gubernamental Agencia para el Desarrollo Internacional de Estados Unidos y a partir de 1971 también esta vía se cerró porque, si en 1968 concedió 57,9 millones de dólares y en 1969, 35,4, en 1971 tan sólo fueron 1,5 millones, en 1972, 1 millón y en 1973, 0,8 millones de dólares. Aunque no era difícil predecir semejante hostilidad, del bloqueo tampoco quedaron exentas varias instituciones de carácter multilateral. Por ejemplo, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), que durante años había presidido el chileno Felipe Herrera (amigo de Allende), había concedido 50 préstamos a Chile por un total de 310 millones de dólares y en 1970 aprobó créditos por valor de 45,6 millones de dólares. Pero, a pesar de que este país cumplió con los pagos comprometidos, en 1971 la cifra se redujo a 12 millones de dólares, en 1972, a 2,1 y entre enero y septiembre de 1973, a 5,2, ya que Estados Unidos aportaba las tres cuartas partes del capital y la totalidad del «fondo especial» de esta institución y ejercía sin pudor un no reconocido derecho de veto sobre los préstamos.

También el Banco Mundial, que había otorgado a Chile 18 préstamos por un total de 234,6 millones de dólares, adoptó idéntica posición y rechazó todas las solicitudes de créditos formuladas por el Gobierno de Allende, incluso para un programa de electrificación que había apoyado desde 1950. Según los funcionarios entrevistados por los investigadores del NACLA, la denegación de la ayuda para este proyecto obedecía a la decisión del Gobierno chileno de no modificar -como pedía esta institución- su escala de tarifas, que favorecía a las capas sociales de menores ingresos. Durante los seis años del gobierno de Frei,

el Banco Mundial concedió a Chile créditos por valor de 97 millones de dólares, durante los mil días de la Unidad Popular no le otorgó ni un solo dólar.

Por supuesto, también los bancos privados estadounidenses decidieron disminuir sus líneas de crédito con este país, que ascendían a unos 200 millones de dólares en 1970 y a tan sólo 35 millones en 1973, en solidaridad con los banqueros chilenos despojados de su situación de privilegio por el Gobierno de la UP.

Otro flanco de la agresión económica a Chile lo cubrieron la Anaconda y la Kennecott, que en febrero de 1972 lograron el embargo de las cuentas bancarias de varias instituciones públicas chilenas con sede en Nueva York, como la CORFO o CODELCO. Asimismo, cuando la Kennecott fracasó en los tribunales chilenos en su objetivo de obtener una elevada indemnización del Gobierno, envió cartas a los clientes de El Teniente donde les recordaba que le pertenecían los derechos de propiedad sobre este mineral y les amenazó con adoptar todas las medidas necesarias para protegerlos, entre ellas la defensa de su propiedad sobre las ventas del cobre extraído.

El 30 de septiembre de 1972 las amenazas de esta compañía se cumplieron cuando solicitó a un tribunal francés que bloqueara el pago a CODELCO del cobre de El Teniente que había vendido en este país y que viajaba en un buque que atracaría en el puerto de Le Havre. Sin embargo, en solidaridad con la Revolución Chilena, los estibadores se negaron a descargarlo para evitar el embargo. Finalmente, la estrategia jurídica de la Kennecott, que se amplió a Suecia y la República Federal Alemana y que la revista *Time* comparó con una campaña militar, dio sus frutos ya que Chile debió suspender varios envíos de cobre a Europa y además abortó las negociaciones para la apertura de líneas de crédito por 200 millones de dólares en varios bancos europeos.

Otra consecuencia del bloqueo fue la reducción del comercio con Estados Unidos pues las importaciones de productos de este país se redujeron del 40 % del total a menos del 20 % y su efecto más grave fue la carencia de repuestos y de piezas para las maquinarias industriales y los vehículos de todo tipo. También las exportaciones se redujeron de manera notable porque, si en 1970 ascendían al 14,7 % del total, en 1972 sólo alcanzaban el 5,7 %.

La manipulación del precio internacional del cobre, la denegación de los créditos para las importaciones de productos norteamericanos, junto al bloqueo de las instituciones financieras, afectaron de manera demoledora a la economía chilena. Pero Chile no suspendió pagos, sino que reestructuró su comercio exterior y resolvió parte de sus dificultades a través de operaciones con países de la órbita soviética, de Europa Occidental y de América Latina, en especial Brasil y Argentina (Millas, 1996: 84-85).

En noviembre de 1971, el Gobierno solicitó en el Club de París la renegociación de sus deudas pendientes hasta ese año y de los 414 millones de dólares que debía sufragar en 1972 y que absorberían el 37 % de sus ingresos estimados en divisas. Aunque Estados Unidos hizo lo imposible por impedir que Chile alcanzara un acuerdo con sus acreedores europeos, finalmente los enviados de Allende lograron renegociar una parte de su deuda externa.⁶

El 30 de septiembre de 1971, Salvador Allende corrigió la conocida afirmación de Mao Tse-Tung al afirmar, tras analizar el bloqueo económico que Estados Unidos empezaba a levantar contra su país: «El imperialismo no es un tigre de papel» (1973: 103-132). Y el 6 de agosto de 1972, en una entrevista publicada por el diario argentino *Clarín*, se reafirmó en sus palabras (Archivo Salvador Allende, 12, 1993: 91):

Para nosotros el imperialismo no es un tigre de papel. Lo hemos sentido y lo hemos vivido. Un país en vías de desarrollo ubicado en la realidad geográfica nuestra sabe perfectamente bien a qué atenerse a ese respecto. Lógicamente el imperialismo ha adecuado sus actitudes a nuestra realidad y a la realidad mundial. No podía intervenir directamente; ésta no es tierra de nadie: es tierra de chilenos. Pero los manejos turbios y soterrados de la ITT el mundo los conoce. Pudo esto desembocar en la guerra civil. Utilizaron cuanto expediente ilícito y artero creyeron viable para impedir que yo llegara al gobierno.

Sin embargo, se encontraron con que la institucionalidad chilena era mucho más sólida de cuanto imaginaban. Los sectores reaccionarios y pro imperialistas llegaron a consumar el asesinato del general Schneider, hecho que, contrariamente a lo previsto, significó consolidar la institucionalidad chilena y acentuar la actitud profesional y respetuosa de la voluntad popular de las fuerzas armadas. No obstante, seguimos sufriendo las consecuencias: de ahí, si no un bloqueo abierto, un bloqueo que se siente. ¿Dónde? En los organismos internacionales, en las líneas de créditos de los bancos privados norteamericanos, está presente en la renegociación que tenemos con el Departamento de Estado para la deuda externa porque siempre aparece la sombra de la indemnización de las compañías del cobre.

6. Chile pudo renegociar una deuda por valor de 366 millones de dólares y obtuvo créditos de la RFA, Reino Unido, Francia y en menor medida de Italia, los países nórdicos y España (Bitar, 1995: 192-193).

XI. EL ECO DE LAS CACEROLAS

El 4 de noviembre de 1971 el Presidente Allende pronunció un discurso en el Estadio Nacional en conmemoración de su primer año de gobierno en el que habló de los logros, desafíos y esperanzas del movimiento popular (Martner, 1992: 355-381). En materia económica, destacó que el Estado ya controlaba casi el 90 % de la antigua banca y que había nacionalizado más de 70 empresas monopólicas o estratégicas: «Podemos decir nuestro cobre, nuestro carbón, nuestro hierro, nuestro salitre, nuestro acero; las bases fundamentales de la economía pesada son hoy de Chile y de los chilenos».¹

La creación de empleo fue otro de los principales resultados porque el 8,3 % de cesantía de septiembre de 1970 se había reducido al 4,8 %. Fue Santiago la ciudad donde la creación de empleo fue más elevada porque en septiembre de 1971 sólo quedaban 5.000 de los 87.000 parados de octubre de 1970. El afán de distribución de la riqueza también se cumplió ya que los trabajadores habían pasado de ingresar el 50 % de la renta nacional al 59 %, mientras que la inflación descendió del 33 % a menos del 15 %.

La producción industrial creció un 12 %, la cifra más alta de la última década, la minera, un 10 %, la agraria entre un 4 % y un 5 % y el Producto Interior Bruto lo hizo en casi un 8 %, frente al 2,7 % de promedio entre 1967 y 1970. No obstante, los aumentos más espectaculares tuvieron lugar en los sectores nacionalizados: la producción de salitre se incrementó en un 50 %, la de cemento

1. El Gobierno de la UP también nacionalizó la gran minería del salitre y del hierro. En el primer caso, adquirió las acciones de la Compañía Salitrera Alemania y de la Sociedad Química y Minera. En el segundo, negoció con la compañía estadounidense Behtlehem la compra de los minerales de El Tofo y Romeral y estatizó las compañías Santa Bárbara y Santa Fe (Vitale, 1999: 194).

en un 7 %, la refinación de petróleo en un 32 % y la de la industria electrónica en un 55 %;

El 57 % de las importaciones, que aumentaron un 12 %, estuvo destinado a la compra de alimentos. Por su parte, los ingresos por exportaciones disminuyeron a causa del acusado descenso del precio internacional del cobre. El Presidente subrayó que en los próximos años el esfuerzo productor debía concentrarse en los sectores de bienes de equipo y materias primas agrícolas y minerales y en las infraestructuras energéticas, sociales (sanidad, educación, vivienda...) y de transportes. Por ello, anunció, por ejemplo, un plan de construcción de miles de viviendas urbanas y rurales, 19 hospitales y 695 escuelas con un presupuesto de 4.000 millones de escudos.

El Gobierno también había puesto en marcha campañas de prevención de enfermedades endémicas, de control de la calidad del agua, de erradicación de los basureros y de limpieza de las poblaciones, tareas estas últimas en las que el trabajo voluntario fue decisivo. Pero Allende insistió en que había que trabajar más para mejorar la vida de numerosos niños abandonados, señaló que las guarderías y jardines infantiles, construidos eran insuficientes y lanzó el reto de lograr que cada población tuviera su biblioteca y su jardín infantil.

A la oposición le recordó que estaban vigentes todas las garantías democráticas, no había ningún preso político, se respetaba la autonomía universitaria, ningún medio de comunicación había sido cerrado, al contrario, se habían creado una decena y muchos injuriaban casi a diario al Gobierno y a su Presidente. Como tantas veces, Allende puso fin a su discurso con unas palabras vibrantes en las que rindió homenaje a Pablo Neruda, quien acababa de recibir el Premio Nobel, y abogó por la unidad de los revolucionarios:

Agradezco la atención de ustedes y recalco lo que significa nuestra revolución: es auténticamente chilena. Pero millones de hombres, más allá de las fronteras, miran con pasión y con interés lo que hacemos nosotros. La revolución chilena es también la revolución de los países dependientes que luchan por su liberación. (...)

El pueblo ha aprendido que en la unidad está la victoria. No dejemos que se resquebraje la unidad del pueblo, no permitamos que extremismos pretendan desquiciar lo que ha sido la base fundamental. Hay que encontrar, y lo buscaremos, el lenguaje que una a todos los revolucionarios, porque los enemigos son demasiado poderosos y no descansan, y tenemos que defender la victoria popular; el pueblo sabe que él es el auténtico forjador del triunfo.

El pueblo sabe que él, una vez más, a través de uno de sus hijos, de un hijo de ferroviario, está en el escenario mundial; el pueblo sabe que el

nombre de Chile está izado en la Historia gracias al verbo y al canto de uno de sus hijos, de un hombre que nos pertenece como luchador social, Pablo Neruda, poeta de América Latina y del mundo.

Por eso les dije hace un año: «Adelante, venceremos». Venceremos afianzando la unidad. Venceremos ampliando las bases políticas y sociales del movimiento revolucionario chileno. Venceremos, estudiando más, jóvenes. Venceremos produciendo más, obreros, técnicos, profesionales, campesinos y empleados. Venceremos cuando la juventud sepa que aquí ella tiene el puesto de combate, que llamamos para la gran tarea del mañana. Adelante, compañeros, tenemos que vencer para hacer la vida más fraterna y sin odios, en nuestra propia patria, de cuidar nuestra moral, por la fuerza constructiva y revolucionaria del pueblo.

¡Adelante, chilenos; venceremos una vez más, por la patria y por el pueblo!

En la primavera de 1971, dos conflictos endurecieron el enfrentamiento entre la Unidad Popular y la oposición en las semanas previas a la visita de Fidel Castro. Por una parte, el Gobierno dio a conocer su intención de integrar la Compañía Papelera en el Área Social, a través de la compra de acciones, porque era una de las mayores empresas del país y productora monopólica del papel para diarios y revistas.² Con una enorme campaña política y de prensa, encabezada por *El Mercurio*, los sectores antisocialistas denunciaron que la UP pretendía liquidar la libertad de prensa, a pesar de que el ministro de Economía, Pedro Vuskovic, presentó en la Cámara de Diputados el proyecto de ley que crearía el Instituto Nacional del Papel Periodístico, cuyo consejo directivo estaría integrado por tres representantes de la Asociación Nacional de la Prensa, tres designados por el Colegio de Periodistas, dos por el Parlamento, dos por el Presidente y uno por la CUT.³

El otro conflicto, que degeneró incluso en enfrentamientos violentos, tuvo su foco en la Universidad de Chile y probó que en apenas un año la pugna política atravesaba ya instituciones tan simbólicas como la universidad pública, creada por Andrés Bello en 1842 y motivo de orgullo nacional. El Consejo Normativo Superior, donde la UP había conquistado la mayoría en las elecciones de junio, aprobó una controvertida reestructuración de la sede de Santiago cuya medida más polémica fue la ubicación de la Facultad de Derecho. Si en

2. La Compañía Papelera estaba controlada por el grupo Matte-Alessandri, estrechamente unido a la familia Edwards y a otros conglomerados económicos, así como al Partido Nacional (Bitar, 1995: 154).

3. *El Siglo*, 1 de diciembre de 1971 (González Pino y Fontaine Talavera, 1997, 1: 243).

octubre los estudiantes y profesores demócratacristianos y derechistas ocuparon algunos locales, en noviembre la situación derivó en una crisis general en el gobierno de la «Casa de Bello», con organismos colegiados paralelos y enfrentamientos violentos en las escuelas de Derecho e Ingeniería (Moulian y Garretón, 1978: 55-56).

En este clima de tensión, el 10 de noviembre llegó Fidel Castro para su primera visita oficial a un país latinoamericano. El comandante cubano fue muy respetuoso con la «vía chilena»⁴ y durante los 25 días de su viaje, en sus discursos y sus multitudinarios debates con estudiantes de varias universidades, sacerdotes de izquierda, campesinos, mineros, obreros, dirigentes de la CUT, respondió a las preguntas insistentes sobre si el proceso chileno era «reformista» o «revolucionario», dos términos que en el imaginario de la época estaban separados por un abismo moral y eran objeto de apasionadas polémicas.

El 2 de diciembre el Estadio Nacional volvió a llenarse para despedir a Fidel Castro, quien analizó el momento que atravesaba aquel proceso revolucionario en términos casi proféticos (Farías, 2000, 3: 1364-1385):

La cuestión que obviamente se plantea –visto por un visitante– este proceso es si acaso se cumplirá o no la ley histórica de la resistencia y de la violencia de los explotadores. Porque hemos dicho que no existe en la historia ningún caso en que los reaccionarios, los explotadores, los privilegiados de un sistema social, se resignen al cambio, se resignen pacíficamente a los cambios.

Y con las imágenes en su cabeza de las algaradas callejeras de la oposición en las calles del Barrio Alto la noche anterior, añadió:

Ustedes viven un proceso muy especial, pero que no es nuevo en lo que se refiere a proceso de lucha de clases. La historia tiene incontables ejemplos. Están viviendo el momento del proceso en que los fascistas –para llamarlos como son– están tratando de ganarles la calle, están tratando de ganarles las capas medias de la población. En determinado momento de todo proceso revolucionario los fascistas y los revolucionarios luchan por ganar el apoyo de las clases medias de la población.

4. En agosto de 1970, a escasas semanas de las elecciones presidenciales, Castro declaró que creía que en Chile sí era posible conquistar el poder político e iniciar la construcción del socialismo a través de la vía electoral, aunque precisó que «el camino electoral» no era «el camino de la revolución en la mayor parte de los países». *Punto Final*, 18 de agosto de 1970, p. 2.

A su juicio, el éxito o el fracaso de «este insólito proceso» dependería de la batalla ideológica, de la lucha de masas y de la capacidad de las fuerzas revolucionarias para crecer, sumar apoyos y «ganarse a las capas medias de la población».

Fue en aquel acto de masas cuando Salvador Allende pronunció por primera vez las palabras sobre su lealtad indeclinable al pueblo que hizo realidad el 11 de septiembre de 1973 con su inmolación en La Moneda (Farías, 2000, 3: 1353-1363):

Quienes pretenden sacarnos del camino que nos hemos trazado, quienes mintiendo y calumniando hablan de que en Chile no hay libertad, se ha suprimido el derecho de información, está en peligro la prensa, son los que mixtifican para poder, engañando, encontrar apoyo en determinados sectores y son los conjurados en el ansia turbia de oponerse a la voluntad popular. Y yo les digo a ustedes, compañeros, compañeros de tantos años, se lo digo con calma, con absoluta tranquilidad: yo no tengo pasta de apóstol ni tengo pasta de Mesías, no tengo condiciones de mártir, soy un luchador social que cumple una tarea, la tarea que el pueblo me ha dado. Pero que lo entiendan aquéllos que quieren retrotraer la historia y desconocer la voluntad mayoritaria de Chile: sin tener carne de mártir, no daré un paso atrás; que lo sepan: dejaré La Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera.

El 1 de diciembre, la víspera de la partida del comandante cubano, la oposición organizó la «Marcha de las Cacerolas Vacías». Esta manifestación, que discurrió desde el exclusivo Barrio Alto hasta el corazón de Santiago, estuvo protagonizada por cientos de mujeres que protestaban, golpeando los útiles de cocina que jamás habían empleado, por el desabastecimiento de alimentos con unas consignas llenas de odio contra Allende y la izquierda y el apoyo de un cordón de seguridad de las brigadas de choque de Patria y Libertad, un grupúsculo fascista creado por el abogado Pablo Rodríguez en septiembre de 1970 para impedir la elección de Allende en el Congreso Pleno y que apareció aquella noche en su «bautismo de fuego».

Según el balance ofrecido al día siguiente por el ministro del Interior, José Tohá, los manifestantes agredieron a efectivos del cuerpo de Carabineros, asaltaron locales del Partido Radical y de las Juventudes Comunistas, intentaron bloquear el Teatro Municipal, donde se celebraba un acto para conmemorar el primer centenario del Ministerio de Relaciones Exteriores, con la asistencia del Presidente y del cuerpo diplomático acreditado, o pretendieron incendiar el edificio en construcción que acogería en abril la Conferencia de la UNCTAD y

atentar contra la residencia oficial de Allende en la avenida Tomás Moro 200. Tohá acusó a la oposición de promover una estrategia sediciosa cuyo fin último era la destrucción del régimen democrático.⁵

Como el Gobierno había decretado el estado de emergencia en la provincia de Santiago, el 2 de diciembre el general Augusto Pinochet, jefe de la guarnición de la capital, asumió de nuevo la jefatura de la zona de emergencia y, ante los periodistas, entregó el bando que prohibía la realización de manifestaciones públicas y la difusión de noticias por los medios de comunicación que pudieran incitar a la alteración del orden público.⁶ Pinochet cumplió las órdenes del Ministerio del Interior y el 5 de diciembre la prensa afín a la UP informaba de que este general había decidido presentar una querrela contra el diario *Tribuna* (órgano del Partido Nacional) por graves ofensas a la dignidad de las Fuerzas Armadas al afirmar que se habían vendido a la UP. «En Chile no habrá golpe de estado, notificó el general Augusto Pinochet a los momios sediciosos de la derecha», tituló *Puro Chile*. Según este tabloide cercano al Partido Comunista, Pinochet concluyó su intervención ante los periodistas con estas palabras (Azócar, 1999: 96-97):

Por favor, señores, bajen la presión. He pedido en todos los tonos que los diarios no titulen incitando a la violencia. Les solicito nuevamente que asuman sus serias responsabilidades con un mayor nivel de conciencia pública frente a los problemas que estamos viviendo. ¿Qué quieren? ¿Una guerra civil? Porque golpes de estado no ocurren en Chile.

Ante el preocupante cariz que empezó a caracterizar la acción de los sectores opositores, Allende habló por primera vez de gérmenes de fascismo en su discurso de despedida a Fidel Castro:

No es de extrañarse que ayer hayamos visto en Santiago una demostración de mujeres que, venidas desde el Barrio Alto, llegaron al centro de Santiago; es conveniente que el pueblo sepa que ese grupo numeroso, y lo era, de mujeres iba presidido, o precedido mejor dicho, por un grupo de 70 ú 80 muchachos con máscaras, con bastones con incrustaciones metálicas y seguramente armados; flanqueaban las columnas femeninas grupos organizados de hombres con iguales características y cerraba la marcha otro grupo similar.

5. *Clarín*, 3 de diciembre de 1971 (González Pino y Fontaine Talavera, 1997, 1: 247-248).

6. *El Siglo*, 3 de diciembre de 1971 (González Pino y Fontaine Talavera, 1997, 1: 248-249).

Autorizada por el Gobierno, porque no negaremos jamás el derecho que consagran nuestras leyes a que los opositores pasen por las calles de Chile, también en resguardo absoluto del orden, pusimos meta y término a esa demostración. Demostración que tenía como expresión de protestas las ollas vacías de los más rancios sectores de la burguesía, de aquellos que nunca supieron la carencia de alimentos vitales y aquellos que llegaron y se retiraron en poderosos vehículos, y aquellos que estuvieron en Providencia arriba hasta las 3 ó las 4 de la mañana, interrumpiendo el tráfico, quemando neumáticos, pudiendo incendiar casas habitaciones; por lo tanto, esa demostración tenía un contenido político y una decisión, y eso el pueblo debe aprenderlo.

Y hay que pensar, entonces, que Chile está presenciando un hecho que no es extraño a los procesos que han vivido los pueblos que han buscado el camino de su emancipación. Los latifundistas utilizan a los pequeños y medianos agricultores, haciéndoles creer que la revolución los perjudica a ellos. Los monopolistas a los pequeños productores, los grandes distribuidores a los comerciantes. (...) Por eso, no hay que desconocer que un germen fascista moviliza a determinados sectores de nuestra juventud, sobre todo en el campo universitario y, como lo dijera, que usa a la mujer en manifestaciones de protestas, como la que he comentado, que se realizara ayer en la capital de la República.

Son hechos similares a los que viviera Brasil en el gobierno de Goulart; sólo ha faltado explotar –para crear un clima emocional más profundo- el sentimiento religioso; no han podido hacerlo porque es evidente el respeto del pueblo y de su Gobierno por el derecho de cada hombre y de cada mujer de Chile a tener la creencia, y ejercerla, que más le avenga con su convicción, y como no han podido utilizar este recurso, como han visto la actitud de prescindencia y de imparcialidad de la Iglesia chilena, aquéllos que se dicen católicos y cristianos no han trepidado en lanzar los denuos y las injurias contra el propio Cardenal de la Iglesia chilena.

Mientras la derecha elevó a la condición de heroínas a las aristocráticas protagonistas de la «Marcha de las Cacerolas Vacías», el PDC anunció en un acto celebrado el 16 de diciembre en el Estadio Nacional la presentación de una acusación constitucional contra el ministro del Interior por la respuesta de la fuerza pública a los manifestantes el 1 de diciembre. Ante la posibilidad cierta de ser sobrepasado por los grupúsculos fascistas y por la derecha en la calle, el PDC decidió combatir al Gobierno en «el ring democrático» según su nuevo presidente, el senador Renán Fuentealba. Por su parte, el senador Osvaldo Olgún aseguró que su partido aspiraba a «derrotar» a la Unidad Popular «y no a derrocarla».⁷

7. *La Prensa*, 16 de diciembre de 1971 (González Pino y Fontaine Talavera, 1997, 1: 257).

En aquel mes de diciembre de 1971, Allende se reunió con Radomiro Tomic para intercambiar opiniones acerca de la acusación constitucional que el PDC promovería contra Tohá. Según el relato de Joan Garcés, testigo de aquel encuentro, Tomic admitió que posiblemente dicha iniciativa era improcedente, pero le recordó que la clave del conflicto político era que la UP estaba en minoría en las instituciones del Estado y que por ello la crisis se agravaría con el tiempo. Allende le replicó que su partido había asumido una posición cada vez más intransigente hacia el Gobierno que podía suponer consecuencias muy serias para el país y se mostró dispuesto a interrumpir esta dinámica a partir de un acuerdo entre la izquierda y el centro e incluso le propuso que aceptara el Ministerio de Minería, pero se negó porque creía que, si daba ese paso, no habría acuerdo entre su partido, que se dividiría de nuevo, y el Ejecutivo (Garcés, 1998: 36).

El elemento central de la acusación constitucional contra Tohá era la existencia de grupos armados ilegales, tanto de extrema izquierda como de extrema derecha, que el Gobierno, y en particular el ministro del Interior, no podía o rehusaba controlar. El redactor del libelo, el diputado Héctor Valenzuela, señaló que con aquella iniciativa pretendían forzar una rectificación profunda de la actuación del Gobierno en aquellos aspectos en los que habría faltado a sus deberes constitucionales y legales, sin pretender desencadenar aventuras golpistas o promover actuaciones sediciosas.⁸ Sin embargo, la acusación contra Tohá se convirtió en un verdadero proceso político al Gobierno ya que la oposición puso en entredicho toda su actuación.

El 3 de enero de 1972, en su intervención ante la Cámara de Diputados, José Tohá recordó que el nombramiento y la destitución de los ministros era competencia exclusiva del Presidente de la República, negó la existencia de los grupos armados ilegales denunciados por el PDC y aseguró que habían acusado a algunas organizaciones, como las brigadas muralistas Ramona Parra y Elmo Catalán, sin ningún fundamento. Además, añadió que jamás había prohibido a Carabineros e Investigaciones actuar contra un grupo que infringiera la legalidad y puso como ejemplo la celeridad con que habían detenido a los responsables del asesinato de Edmundo Pérez Zujovic. Por ello, solicitó a la Cámara de Diputados que rechazara la acusación por inadmisible e improcedente. También intervinieron ante la Cámara los generales Mario Sepúlveda, jefe del Servicio de Inteligencia Militar, y José María Sepúlveda, director general de Carabineros, quienes negaron la existencia de los tan cacareados «grupos armados ilegales».

8. *El Mercurio*, 22 de diciembre de 1971 (González-Pino y Fontaine Talavera, 1997, 1: 260-261).

El 7 de enero, horas después de la votación parlamentaria que aprobó la destitución de Tohá como ministro del Interior, ya de madrugada, el Presidente Allende anunció desde los balcones de La Moneda a las miles de personas congregadas en la Plaza de la Constitución que al día siguiente le designaría ministro de Defensa y reiteró su convicción de que cada proceso revolucionario dependía de la realidad nacional donde se desarrollaba, que no existían recetas que pudieran copiarse de manera mimética (Farías, 2000, 3: 1849-1852):

Esta noche, una vez más, yo he aprendido otra lección. Largas horas de espera, densas columnas de mujeres, jóvenes, hombres y ancianos estuvieron junto al Congreso y tal como dijera: no penetraron violando el recinto parlamentario. Estuvieron levantando su voz para expresar su protesta, su legítima protesta, frente a lo que estiman un atropello a la Constitución.

Y miles y miles de chilenos, sin saberlo, quizás están viviendo horas parecidas a las que la patria viviera hace ochenta años, cuando Balmaceda, con hondo, profundo y heroico sentido patriótico, reclamara para Chile el salitre, y quisiera para Chile la dignidad de ser un país dueño de sus riquezas.

Balmaceda, acorralado y perseguido por los grupos oligárquicos, vio al país sumergido en una guerra fratricida y puso fin a su existencia legando a los chilenos un ejemplo profundo y hondo de sentido nacional y de responsabilidad. Recogemos la herencia, pero decimos que los tiempos han cambiado. Ochenta años no pasan en vano en ningún país. No se va a repetir lo de ayer. No habrá aquí una guerra fratricida, porque la vamos a impedir, y no habrá un Presidente que tenga que suicidarse porque no lo haré.

No habrá un Presidente arrastrado al suicidio, porque el pueblo sabrá responder, y tampoco habrá una guerra fratricida porque el Gobierno y el pueblo lo impedirán.

No queremos una patria ensangrentada, no queremos víctimas inocentes. No deseamos e impediremos todo lo que signifique que la injusticia y la violencia innecesaria golpeen duramente a nuestro país. Ello no significa de ninguna manera ni claudicación ni doblegar nuestra entereza frente a los adversarios internos, a los enemigos externos. Ello no significa que estemos dispuestos a claudicar, a comerciar el programa y el mandato que nos dio el pueblo. No habrá un Presidente que se suicide, porque tiene la obligación emanada de la voluntad revolucionaria del pueblo de hacer posible el cumplimiento integral del Programa de la Unidad Popular.

Entre las miles de personas que escuchaban sus palabras, una parte significativa coreó la consigna «Armas quiere el pueblo». Una vez más, el Presidente rechazó estas posiciones:

Compañeros, qué fácil es gritar, qué sencillo es decir: «Hay que armar al pueblo». Qué me costaría a mí decirlo, si acaso me dejara arrastrar. Pero, compañeros, piensen ustedes, mediten la Historia, vean los ejemplos, piensen y piensen que las revoluciones no se hacen en función de un verbalismo que no tenga como arraigo la fuerza consciente, la voluntad disciplinada.

Cuántos años y en todas las latitudes, los pueblos han luchado y cuántos son los miles y miles de hombres y mujeres sacrificados. Cuánta fuerza tiene la reacción y qué poderoso es el imperialismo, como se lo he dicho, que no es un tigre de papel. Tigre de papel podrá apreciarlo un país continente con 900 millones de habitantes y a miles y miles de millas de distancia, pero nosotros sabemos perfectamente bien la fuerza poderosa de los enemigos populares y sabemos y la Historia nos enseña que las revoluciones no se hacen en función de los gritos pasionales de las multitudes o de determinados sectores. (...)

Es esto lo que debe entender entonces el pueblo. Es esto lo que deben entender compañeros a quienes yo respeto por su honradez revolucionaria, pero a quienes yo les digo que se empinen para mirar más allá de las fronteras las lecciones de la Historia. Que miren con serenidad, que miren con fervor revolucionario la experiencia de otros pueblos, y que piensen que no hay recetas de tipo internacional para hacer posibles la revolución y los cambios. Cada país tiene su historia, su idiosincrasia; cada país tiene su propia realidad, y frente a esta realidad hay que actuar, aprovechando la experiencia que venga de donde venga, pero adecuándola a nuestras propias características. Esta noche trascendente, en la larga y dura lucha combatiente, en la voluntad revolucionaria del pueblo, de aquí debemos sacar una lección. Ustedes, al oír al compañero Presidente hablarles sin buscar el aplauso barato y sin disminuirse frente al silbido injusto, porque yo tengo la obligación, y para eso estoy aquí, de señalar la política que ha de resguardar los derechos del pueblo y la decisión revolucionaria de hacer posible un Chile independiente y dueño de su propio destino. (...)

Yo les he dicho como candidato, y no es fácil que lo diga un hombre como Presidente: no queremos la violencia, rechazamos la violencia; pero si otros usan la violencia, contra la violencia contrarrevolucionaria utilizaremos la fuerza de la ley y, si la fuerza de la ley no impide la tentativa subversiva —óiganlo bien—, usaremos la violencia revolucionaria.

Yo he dicho y debemos repetirlo, el Gobierno y el pueblo saben muy bien distinguir entre la oposición y la sedición y entre la sedición disfrazada de oposición. Y eso es lo que debemos aprender una vez más. Por eso, con tranquilidad, sin amargura, estamos aquí juntos una vez más en este balcón, mi compañero y amigo de siempre José Tohá, víctima de una injusticia, y sobre quien se ha querido hacer recaer un juicio político destinado a enjuiciar al Gobierno. Palabras atrevidas e insólitas de

un parlamentario nacional decían que si el Gobierno no cambia, será el Presidente el acusado. Que pierda ese diputado esa esperanza; no voy a cambiar ni frente al halago, ni frente a la amenaza, ni frente a la zancadilla política, ni frente a la injuria, ni frente a la calumnia, ni frente a la presión exterior, ni frente a la tentativa subversiva interna; estoy aquí para cumplir la voluntad revolucionaria del pueblo de Chile y a la lealtad del pueblo responderé con la lealtad del compañero Presidente.

Luis Maira, entonces diputado de la Izquierda Cristiana, explica que entre 1970 y 1973 la burguesía y «sus aliados externos» pusieron en marcha una certera estrategia «contrarrevolucionaria» que tuvo una doble originalidad. Por una parte, supieron movilizar a amplios sectores de las clases media y alta como respuesta a la movilización de la clase obrera y el pueblo, en especial desde octubre de 1972. Y, por otra, recurrieron de manera sistemática al conflicto político-institucional con el fin intentar apartar al Gobierno de su cauce democrático (1984: 77).

Mediante el primer elemento favorecían la polarización del conflicto social, asegurando un reclutamiento creciente de sectores medios; mediante el segundo recurso privaban de viabilidad al propio proyecto político de la UP, el cual suponía un sistema político estable y una legalidad definida e incontestada que era la base de su propia legitimidad.

Maira señala que la ofensiva político-institucional de la oposición empleó diversos mecanismos, entre ellos el uso de las acusaciones constitucionales contra numerosos ministros, intendentes y gobernadores (sobre todo en 1973) como un elemento para enjuiciarles por supuestos que excluía la Constitución y que se encuadraban en su actuación política y su gestión. El fin de esta estrategia (inaugurada por el Partido Nacional en febrero de 1971 contra el titular de Justicia, Lisandro Cruz, pero descartada por el PDC hasta el caso Tohá) era privar al Gobierno de una dirección estable, ya que la composición del gabinete se alteraba sin cesar, y sobre todo buscar un conflicto agudo entre los tres Poderes y forzar la intervención de las Fuerzas Armadas. A su juicio, el «caso Tohá» determinó en el ámbito político-institucional una cesura esencial: hasta enero de 1972, el PDC aceptó el funcionamiento regular del sistema político de acuerdo con las normas constitucionales, pero con aquella iniciativa se unió a la derecha en su afán de avanzar hacia el derrocamiento de Allende.

Tan sólo dos semanas después, la temperatura política volvió a elevarse con las elecciones complementarias para elegir un senador por O'Higgins y Colchagua y un diputado por Linares, en las que de nuevo el Partido Nacional

y el Partido Demócrata Cristiano cerraron un pacto, pero con la novedad de que entonces, por primera vez en varios años, fue el PDC quien apoyó a un candidato derechista, Sergio Díez, en Linares. La Unidad Popular lanzó como candidato en la primera circunscripción al sindicalista Héctor Olivares y en Linares a María Mery, militante de la IC y viuda del funcionario democratacristiano de la Corporación de Reforma Agraria asesinado en abril de 1970. Ante la clara victoria de la oposición, en O'Higgins y Colchagua con el 52,7 % de los votos y en Linares con el 58 %, el Partido Nacional proclamó que la mayoría nacional rechazaba las medidas y los objetivos del «gobierno marxista», mientras que el PDC consideró reforzado su papel como alternativa a la UP y también, curiosamente, a la derecha, en un intento por sostener un «camino propio» que se difuminaba al calor de su antisocialismo.

En la izquierda, la campaña electoral en Linares hizo emerger ante la opinión pública toda la controversia latente sobre la estrategia del Gobierno porque el comando de la candidatura de la UP, con el apoyo del MIR y la exclusión del Partido Comunista, del PIR y del Partido Radical, había aprobado la llamada Declaración de Linares. Este documento acusaba a la oposición de buscar «una salida golpista en Chile» y proclamaba abiertamente que la alternativa era «socialismo o fascismo», un discurso que hasta aquel momento sólo pregonaba el MIR. En aquella provincia agrícola, estos sectores apostaban por radicalizar la reforma agraria, con medidas como la «eliminación inmediata del latifundio» sin indemnización, la expropiación de los fundos con todas las instalaciones y maquinarias, la reducción del límite de los predios inexpropiables a 40 hectáreas o la potenciación de los consejos campesinos (Joxe, 1974: 110-113).

Por el marcado cariz izquierdista de la campaña, la derrota en Linares desató una ácida polémica entre el Partido Comunista y el MIR. Con una crítica radical hacia las posiciones «reformistas», de conciliación con el PDC, que a su juicio mantenía el PCCh, el MIR intentaba atraer hacia sus posiciones a los sectores más radicales de la UP y en su valoración del resultado de estas elecciones aseguró que el triunfo no era lo fundamental, sino la movilización de «los sectores potencialmente revolucionarios». La única autocrítica que la UP debía realizar guardaba relación con sus «claudicaciones» derivadas de una línea política inspirada fundamentalmente por los comunistas.⁹

Por su parte, el Partido Comunista, en un informe interno de su dirección, analizó con preocupación el retroceso en estas provincias, sobre todo en Linares, donde la UP había logrado en las municipales el 46,2 % y entonces

9. *El Rebelde*, enero de 1972 (Farías, 2000, 3: 1876-1878).

sólo el 40,9 %, debido a graves errores de conducción política y el excesivo protagonismo del MIR. Con un caudal de citas de Lenin sobre el «infantilismo revolucionario» de este partido, el PCCh llamó a sus cuadros y militantes a reforzar la batalla ideológica contra las posiciones de «ultraizquierda» (Farías, 2000, 3: 1885-1896).

En este contexto, a principios de febrero Allende convocó a los principales dirigentes de los partidos de la Unidad Popular a una importante reunión en El Arrayán, una zona próxima a Santiago. Por la declaración que difundieron al final del cónclave, el 9 de febrero, sabemos que hubo coincidencia sobre la gravedad de la situación política y un cierto debilitamiento del Gobierno. Del documento también llama la atención su lenguaje mesurado, tan alejado de la encendida retórica revolucionaria del MIR y de muchos documentos de la dirección socialista. Una vez más, prevaleció el análisis compartido por Allende y el Partido Comunista y así su primer epígrafe llamó al fortalecimiento interno de la UP y de su proyección hacia los sectores populares y las capas medias a partir de la corrección de las actitudes burocráticas y sectarias que habían surgido.

Entre los objetivos para 1972, la coalición gubernamental especificó la necesidad de completar con rapidez lo esencial del Área Social, el afianzamiento de la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, así como su participación en todos los ámbitos, y la culminación de la reforma agraria. Por otra parte, la declaración hizo un llamamiento muy significativo, tras las derrotas electorales de enero (Farías, 2000, 3: 1976-1993):

No es el momento de levantar falsas alternativas frente a la conducción política, que la clase trabajadora ha entregado a la Unidad Popular en este momento histórico. Pretender hacerlo es dividir las fuerzas del pueblo y entregarles ventajas a la reacción y el imperialismo.

Pero del Cónclave de El Arrayán no se desprendió ningún cambio fundamental ni en la composición del Gobierno ni en las líneas centrales de su política.

XII. CRISIS EN LA UNIDAD POPULAR

El 19 de febrero de 1972 el Congreso Pleno aprobó la reforma constitucional promovida por el PDC que definía cuatro áreas en la estructura económica nacional, obligaba a que la nacionalización total o parcial de la propiedad de una empresa se hiciera con la aprobación de una ley, establecía la participación de los trabajadores en la administración de las empresas y en sus beneficios y extendía una protección constitucional a los pequeños y medianos propietarios y empresarios.¹ Como esta reforma constitucional pretendía minimizar las facultades que la Constitución de 1925 otorgaba al Presidente de la República y al Ejecutivo y supeditarlos al control del Congreso Nacional, el Presidente Allende decidió vetar su aprobación en virtud del derecho que le confería el artículo 108 de la Carta Magna, si bien debía proponer modificaciones o correcciones ya que no podía rechazar totalmente el texto aprobado.

El enfrentamiento entre el Gobierno y la oposición quedó servido cuando aquél afirmó que el Congreso Nacional necesitaba los dos tercios de los votos para rechazar el veto presidencial e imponer la promulgación de su reforma constitucional y ésta rebatió que bastaba con una mayoría simple y negó la tesis gubernamental de que el Tribunal Constitucional resolviera el conflicto, ya que creía que favorecería al Ejecutivo, para señalar que sólo quedaba la opción del plebiscito (Corvalán Marquez, 2000: 149).² Valenzuela subraya que por primera

1. *El Mercurio*, 20 de febrero de 1972 (González Pino y Fontaine Talavera, 1997, 1: 287).

2. Creado a principios de 1970 por una reforma constitucional, el Presidente Allende había recurrido en dos ocasiones al Tribunal Constitucional para reclamar contra la actuación de la oposición en el Parlamento por conculcar la Carta Fundamental en la preparación de la Ley de Presupuestos para 1972 y en la nueva Ley sobre Arrendamientos. Eduardo Novoa: «El difícil camino de la legalidad», *Revista de la Universidad Técnica del Estado*, abril de 1972 (Fariás, 3. 2000: 2094-2120).

vez en varias décadas el país se vio inmerso en una crisis que amenazaba los cimientos del sistema democrático y, después de analizarla en profundidad, reconoce que «la interpretación del Presidente era más sostenible» (1989: 198-201).

El 18 de marzo el PDC celebró en Cartagena una reunión ampliada de su Consejo Nacional, en la que Renán Fuentealba rechazó la presión de la derecha para ahondar la confrontación con la UP y buscar la caída del Gobierno y precisó que llegarían a acuerdos puntuales con el Partido Nacional, pero que no conformarían un frente para dividir al país en dos bloques antagónicos. No obstante, el presidente del PDC destacó el carácter plebiscitario que atribuían a las elecciones parlamentarias de marzo de 1973.

En aquellos días Allende encargó al Partido de Izquierda Radical que dirigiera unas nuevas conversaciones con el PDC para alcanzar un acuerdo en torno al conflicto del Área Social. No obstante, la decisión del ministro Vuskovic de expropiar algunas de las industrias previstas por el Gobierno con el desacuerdo del Partido Radical y del PIR, junto con la indisimulada oposición del Partido Socialista al diálogo con el PDC, determinaron su fracaso en abril. Además, la Unidad Popular rechazó los acuerdos provisionales alcanzados por el ministro de Justicia, Manuel Sanhueza (PIR), y la dirección del PDC, por lo que sus dos ministros se retiraron del Gobierno y este partido abandonó la Unidad Popular.³

Abril de 1972 presenció dos movilizaciones multitudinarias. El día 12 los partidos opositores congregaron a decenas de miles de personas en la «Marcha de la Democracia», que tuvo como único orador al presidente del Senado, el demócratacristiano Patricio Aylwin, en un acto que reveló que el PDC se había unido al coro más conservador en la denuncia, ya no de problemas económicos (como en la «Marcha de las Cacerolas Vacías» de diciembre), sino de la ilegalidad del Gobierno. Aylwin aseguró que la democracia y las libertades públicas estaban «heridas de muerte» por la acción del Gobierno y denunció las tomas de fábricas y fundos, la actuación de grupos armados ilegales, la agitación izquierdista en el campo, el abuso de los medios de comunicación públicos y las presiones sobre la prensa «independiente», así como la constante conculcación de la legalidad por parte de la UP, para concluir que la oposición no deseaba la guerra civil: «No estamos aquí para impulsar ninguna sedición, ni forma alguna de fascismo».⁴

3. Aquellos acuerdos provisionales anulaban las facultades que permitían al Ejecutivo intervenir empresas y contemplaban la devolución de algunas empresas ya incluidas en el Área Social.

4. *Política y Espíritu*, abril de 1972, pp. 92-96.

Apenas seis días después, la Unidad Popular organizó –según *El Mercurio*– «una extraordinaria demostración de masas» en el mismo lugar, el sector de avenida Grecia y Salvador, con la participación de más de medio millón de personas. En su discurso al final de «la Marcha de la Patria», Allende recordó a la oposición la absoluta vigencia de todos los derechos políticos, sociales, económicos y humanos contemplados en la Constitución y anunció que durante 1973 sometería a la consideración de la voluntad popular un proyecto de Carta Fundamental acorde con el proceso económico y social de avance hacia el socialismo. En el inicio de su intervención Allende situó el eje del conflicto político, la construcción del Área Social (Farías, 2000, 3: 2047-2063):

Aquí está reunido el pueblo de Santiago en representación del pueblo de Chile. Aquí late la historia de la patria que se ha venido construyendo, a lo largo de los años, con el dolor, el sufrimiento, la esperanza y la decisión revolucionaria de miles y miles y miles de chilenos. Jamás en nuestra vida se presenció un acto de esta magnitud, con este contenido y con esta trascendencia.

Aquí han llegado hombres, mujeres, jóvenes y ancianos de todos los rincones de Santiago, trayendo su fe invencible y su confianza en la Unidad Popular. Aquí estamos reunidos sin odios, con la serena confianza de los que saben de su fuerza. Aquí estamos reunidos los que ayer vencimos y mañana venceremos.

Aquí está el hombre hecho pueblo con su perfil de cobre, su voluntad de acero, su tibio corazón de niño, su tierno corazón de mujer, su firme corazón de hombre. Aquí está el pueblo con el corazón hecho patria, para defender la patria de los trabajadores.

Se ha reunido esta tarde el pueblo de Santiago para defender la auténtica democracia y la auténtica libertad, para definir el Área Social de la Economía, para ampliar el poder de resolución de los trabajadores, particularmente en la dirección de las empresas.

Si la oposición alertaba de que la democracia peligraba, Allende se ocupó de recordar lo evidente:

Se ha ampliado y afianzado la democracia: aquí en Chile hay elecciones todos los días, parlamentarias, municipales, de los estudiantes, de los colegios profesionales, de los obreros, de los empleados en los sindicatos, en las empresas, en las industrias, en los hospitales, en las escuelas. Todos los días se eligen por votación directa representantes y delegados; esto es lo que el pueblo contempla, sabe y vive: una auténtica democracia que tiene fuerza propia y su propia vitalidad. (...) Ya lo dije, aquí estamos para defender la plena vigencia de la Constitución y el respeto al Gobierno de los Trabajadores.

¿Qué es lo que ha pasado? Nunca creyeron que ganaríamos. Nunca creyeron que llegaríamos al Gobierno. Nunca creyeron que cumpliríamos el Programa. Nunca creyeron que haríamos un Gobierno revolucionario. Nunca creyeron que destruiríamos los privilegios. Nunca creyeron que acabaríamos con los planes monopólicos. Es que estaban acostumbrados a engañar al pueblo, levantar programas que no sentían, movilizar a las masas tras un espejismo.

Hoy el pueblo es el Gobierno y, por eso, estamos cumpliendo con nuestro Programa, destruyendo los planes monopólicos, acabando con los privilegios; estamos haciendo el Gobierno de los Trabajadores. Este Gobierno debe ser respetado, este Gobierno se ha hecho respetar, este Gobierno se hará respetar. (...)

Por eso, y aunque parezca paradójal, este Gobierno Revolucionario se ha empeñado y se empeñará en que se respete la Constitución, porque lo dije frente al pueblo, y lo sigo diciendo: la institucionalidad de Chile es abierta, permite las transformaciones y los cambios, y lo dije, que los haríamos revolucionariamente, sin vacilación, dentro de los marcos de la propia Constitución burguesa; nos comprometimos a hacer los cambios de Chile en pluralismo, democracia y libertad ¡Lo estamos cumpliendo y lo seguiremos cumpliendo! (...)

El año 1833 hubo una Constitución de los «pelucones». Fue liberal la de 1925 y la Constitución que vamos a dictar dentro de la propia Constitución, la Constitución de 1973, será una Constitución que abrirá el camino al socialismo. (...)

Tenemos que avanzar, tenemos que cumplir el Programa, tenemos que desarrollar la economía chilena, tenemos que elevar el nivel de vida de miles y miles de nuestros compatriotas, tenemos que darle descanso y seguridad al anciano, tenemos que darle perspectivas al joven, tenemos que acunar el futuro del niño.

Ya sabemos quiénes son nuestros enemigos y quiénes son nuestros adversarios. He dicho y debe entenderlo el pueblo: nosotros respetamos a los que no piensan como nosotros y ejercen el derecho de la oposición dentro de los marcos de la Constitución chilena, pero también decimos que hay un grupo tenebroso, sedicioso, profascista, que, en las sombras de la noche, logra encontrar eco en los demócratas débiles que pululan todavía en muchos partidos de derecha y de centro.

En la parte final de su discurso, llamó una vez más a los sectores de izquierda no integrados en la Unidad Popular, al MIR principalmente, a detener las ocupaciones de fábricas, de fundos, de liceos, de oficinas públicas, para no dar pie al discurso que la oposición empezaba a empuñar: «La autoridad del Gobierno está siendo sobrepasada por grupos “extremistas”». Más aún, el Presidente señaló que

estos sectores revolucionarios se aprovechaban de la certidumbre de que la UP no utilizaría la represión contra las movilizaciones populares, como sí hicieron casi todos los gobiernos anteriores:

En este Gobierno no hay ni habrá un Ranquil, una Coruña, un San Gregorio. En este Gobierno no habrá una población José María Caro, un Salvador, una Pampa Irigoín, en este Gobierno no habrá trabajadores humillados. Por eso, yo llamo desde aquí a mis compañeros, a los trabajadores de Chile, del campo, de la industria. Yo les pido que entiendan que un proceso revolucionario no madura artificialmente. Les pido que no olviden la experiencia histórica, que vean cómo se desangraron otros pueblos, en donde también se quisieron alcanzar los avances que nosotros hemos logrado, que no olviden el drama brutal que sufrieron otros países donde sectores de izquierda se estrellaron con otros sectores de izquierda, para hacer tan sólo el juego a la reacción. (...) Compañeros de Santiago, pueblo de Chile que me escucha: vuelvan a sus hogares y, en la humildad de ellos, iluminen el mañana con la fe de su convicción revolucionaria. Lo que Chile ha hecho y está haciendo atrae la atención del mundo, porque estamos construyendo una sociedad en pluralismo, democracia y libertad.

El 27 de abril el ciclo de reveses electorales de la Unidad Popular, inaugurado en Valparaíso en julio, se clausuró con la derrota en las nuevas elecciones de la Universidad de Chile. Después del conflicto de la primavera, y con la mediación del propio Allende, la UP y la oposición aceptaron convocar a una nueva votación a los casi 80.000 miembros de la comunidad universitaria, repartidos en las diez sedes del país. Pero, a diferencia de la candidatura unitaria levantada en junio, la izquierda presentó entonces tres candidatos a rector: el economista Felipe Herrera, por la UP, el sociólogo Andrés Pascal Allende, por el Frente de Estudiantes Revolucionarios (MIR), y el historiador Luis Vitale, por el maoísta Partido Comunista Revolucionario. Su rival, el rector saliente Edgardo Boeninger, se impuso con el 51,9 % de los votos, frente al 43,6 % de Herrera, el 3,6 % de Pascal y el 0,8 % de Vitale. Sin embargo, lo más grave para la UP fue la derrota en el Consejo Normativo Superior, donde el PDC y el PN le arrebataron la mayoría absoluta (AAVV, 1975b: 117-133).

En su número del 22 de diciembre de 1970, la revista *Punto Final*, cercana al MIR, publicó en su contraportada una viñeta de *Jecho* en la que aparecían siete cajas de regalos en una postal navideña con uno de estos letreros: «Reforma agraria total», «nacionalización del cobre», «nacionalización de los bancos»... Y en la caja más grande el «regalo» era «Unidad revolucionaria». Las cada vez más graves diferencias políticas estratégicas en la izquierda fueron una de las

principales fallas de la Revolución chilena. En aquellas divergencias, que se acentuaron a partir de mayo de 1972, latía con fuerza la historia de cada organización y sus respectivas concepciones del proceso revolucionario. El pluralismo, la confluencia de toda la heterogeneidad marxista de la época, de los cristianos de avanzada, de los socialdemócratas, de los racionalistas laicos y de numerosos independientes, fue una de las características más notables del movimiento popular chileno, pero la incapacidad para consensuar una línea política y mantener la unidad terminó por debilitar seriamente al Gobierno de Salvador Allende. Y fue precisamente en Concepción, el bastión izquierdista del sur, donde estalló la primera crisis de la Unidad Popular.

El 5 de mayo el Presidente impartió la clase inaugural del curso académico en la Universidad de Concepción ante miles de estudiantes. Después de las intervenciones del rector, Edgardo Enríquez, y de Manuel Rodríguez, presidente de la Federación de Estudiantes, una vez más se refirió a su estancia en Vietnam, a su larga conversación con Ho Chi Minh y con sencillos vietnamitas que luchaban por la independencia nacional y el socialismo para llamar a la unidad de todos los revolucionarios (Archivo Salvador Allende, 2, 1990, 93-103):

Miramos a un mundo que cruje y se derrumba frente al fracaso del más poderoso país del capitalismo, que tiene la más fuerte maquinaria bélica del mundo, pero que no ha podido derrotar a ese pueblo que sabía, poseía un profundo y acendrado sentido patriótico y nacional.

Por eso, muchas veces, yo también pongo pasión para criticar a algunos revolucionarios que no sienten el contenido de nuestra propia historia, que no le dan los valores reales que tienen a los hombres que en esos momentos hicieron posible una lucha para nuestra independencia, que no vibran con las gestas heroicas que nacieron de la pujanza del pueblo, a través de O'Higgins, los Carrera y Manuel Rodríguez, guerrillero del pueblo que ha hecho posible el perfil nacional que desde entonces tenemos. No son revolucionarios los que no tienen el valor moral de reconocer la acción de otros que les permiten hoy día vivir en un país en donde estamos conquistando el camino al socialismo. Son seudorevolucionarios aquellos que creen que con ellos comenzó la historia revolucionaria. (...)

También, a algunos jóvenes que gritan reclamando un fusil yo les digo, con respeto, pero con claridad, hay un gobierno popular en Chile, porque hay un pueblo consciente, porque hay un pueblo con tradición de lucha, porque hay un pueblo que vivió Ranquil, San Gregorio, La Coruña, porque vivió «José María Caro», El Salvador o Pampa Irigoin, porque hay Fuerzas Armadas y de Carabineros que son profesionales, lo que no ocurre en muchos países del mundo, lo que no ocurre en muchos países de este continente, que sólo ocurre —y hay que tener el orgullo de

reconocerlo— en nuestro propio país, Fuerzas Armadas y de Carabineros profesionales que acatan la voluntad del pueblo, expresada en las urnas y por eso como gobernante he dicho y lo sostengo que serán las únicas fuerzas armadas de nuestra patria. (...)

Jóvenes de Concepción: ¡A estudiar, a prepararse, a ser buenos técnicos, a estudiar doctrina revolucionaria, a tamizar en las ideas y los principios generales para hacer con ellos una receta justa frente a nuestra propia realidad! ¡A hacer de ustedes una bullente y permanente asamblea de las ideas, al margen de la violencia! ¡Nunca rechazar al adversario por el solo delito de pensar distinto! ¡A hacer de la juventud un pivote de la unidad! ¡Aquí hay sectores ampliamente revolucionarios que pueden discrepar, pero que nunca pueden olvidar que el enemigo no está aquí, ni está aquí, el enemigo, ustedes saben dónde está, desde fuera y desde dentro del país!

Sólo siete días después, los militantes de la UP, a excepción de los comunistas y de la API, y el MIR se enfrentaron con las fuerzas de la oposición de manera violenta en las calles de Concepción, sin que los llamamientos del Presidente a sus partidarios fueran escuchados. A consecuencia de los violentos choques callejeros murió un joven militante del MIR.⁵ El 18 de mayo el secretario general del Partido Comunista, Luis Corvalán, habló sin tapujos de crisis en la UP y por primera vez mencionó el peligro de una guerra civil, promovida a su juicio por los grupos de extrema derecha y extrema izquierda. De manera contundente expuso la condena de su organización a todo acto que buscara un enfrentamiento armado como resolución de los conflictos de clase y una vez más llamó al pueblo y a los partidos de la coalición a cerrar filas en torno al programa común y al Presidente de la República (Corvalán, 1978: 93-98).

Cuatro días después Miguel Enríquez, secretario general del MIR, explicó en rueda de prensa que algunas fuerzas de la UP y el MIR habían decidido

5. Las organizaciones políticas de izquierda convocantes de las manifestaciones redactaron el llamado «Manifiesto de Concepción», en el que criticaron la labor de la oposición en el Parlamento y aseguraron que «no es posible la conciliación con los enemigos de la clase trabajadora». También dieron a conocer un conjunto de consignas para que el Gobierno pasara «a la ofensiva»: «Alentando la participación de los trabajadores en el Área Social, otorgándoles un mayor poder de decisión y control sobre los cuerpos administrativos; implantando el control de los trabajadores en la industria privada; asegurando la participación real de los pobladores en la dirección de los organismos de la vivienda; otorgándoles efectiva capacidad de decisión a los Consejos Campesinos, entregándoles medios materiales para el cumplimiento de las funciones; unificando los organismos populares en Consejos Comunales de Trabajadores, que a través de asambleas por la base, resuelvan cuestiones de interés como el control del abastecimiento...» (Cancino Troncoso, 1988: 257-258).

manifestarse en las calles de Concepción para impedir «los desmanes de las bandas fascistas del PN, la Democracia Cristiana y Patria y Libertad» y acusó al Gobierno de «reprimir salvajemente la manifestación de la izquierda» a través del intendente, militante comunista. Asimismo, señaló que el proceso revolucionario estaba en retroceso y reveló que el objetivo de su organización era reagrupar en torno a su estrategia a todas las corrientes «revolucionarias», de dentro y fuera de la UP, para, a través de la movilización de las masas, acelerar el proceso de transformaciones y «golpear» los intereses de la clase dominante hasta lograr «la conquista del poder».⁶

El 24 de mayo, durante una extensa rueda de prensa de la Comisión Política del Partido Comunista, Corvalán hizo un análisis más exhaustivo de los hechos de Concepción y puso de relieve que, a pesar de que las direcciones nacionales del Partido Socialista, la Izquierda Cristiana, el MAPU y el Partido Socialdemócrata habían desautorizado la actuación de sus comités regionales, existía una verdadera crisis en la UP que perjudicaba al Gobierno y que no sólo tenía que ver con el asunto de los derechos de la oposición, sino también con el enfoque de la situación política y del futuro inmediato. Para el PCCCh, en Concepción había cristalizado una «tendencia» que consideraba agotadas las posibilidades de continuar el proceso revolucionario a partir del programa de la UP. Sin embargo, los comunistas aseveraron que, si el Gobierno sufría el asedio del imperialismo y de los sectores reaccionarios nacionales, era porque había realizado importantes transformaciones y herido profundamente sus intereses. Una vez más, Corvalán recalcó que cualquier acción que minara la autoridad del Ejecutivo favorecía a la oposición interna y externa e insistió en que la política del MIR caía en este error. Asimismo, recordó que eran partidarios de reconocer los derechos de la oposición y señaló que la mejor respuesta a las manifestaciones de la derecha y el PDC era la movilización masiva de los partidarios de la UP, como había sucedido en abril en Santiago (Corvalán, 1978: 99-129).

En medio de la agria polémica por los sucesos de Concepción, se produjo la elección de la dirección nacional de la Central Única de Trabajadores, en la que por primera vez tuvieron derecho a voto todos sus militantes, que entonces superaban el millón, según el acuerdo adoptado por su VI Congreso en diciembre de 1971. La hegemonía comunista en el movimiento obrero quedó de nuevo probada al lograr 173.068 votos y la victoria en todas las provincias, con una excepción significativa, la de Santiago, donde venció el Partido Demócrata Cristiano, con

6. *Punto Final*, n.º 159, 6 de junio de 1972. Suplemento, pp. 2 y 10.

68.127 votos, casi la mitad de los que obtuvo en todo el país (147.531). Por delante del PDC, quedó también el Partido Socialista, con 148.140 votos. Y detrás, muy lejos, se situaron las listas del MAPU (25.984 votos) y del Partido Radical (21.910 votos). Destaca el insignificante arraigo en el movimiento obrero de aquellas organizaciones que desde la izquierda propugnaban una alternativa a la Unidad Popular pues el Frente de Trabajadores Revolucionarios (vinculado al MIR) apenas obtuvo 10.181 votos y el Partido Comunista Revolucionario, 3.216 (Farías, 2000, 4: 2862-2868).⁷

El 21 de mayo, en su segundo Mensaje al Congreso Pleno, Salvador Allende reafirmó la apuesta por la vía político-institucional a pesar de la progresiva agudización del conflicto y de la evidente renuencia a alcanzar acuerdos esenciales con la UP de un PDC cada vez más involucrado en la estrategia de la derecha (Martner, 1992: 406-448):

Mi Gobierno mantiene que hay otro camino para el proceso revolucionario que no es la violenta destrucción del actual régimen institucional y constitucional. Las entidades de la administración del Estado actúan hoy, no al servicio de la clase dominante, sino al de los trabajadores y de la continuidad del proceso revolucionario; por consiguiente, no se puede pretender destruir lo que ahora es un instrumento para actuar, cambiar y crear en beneficio de Chile y sus masas laborales.

El poder de la gran burguesía no se basa en el régimen institucional, sino en sus recursos económicos y en la compleja trama de relaciones sociales ligadas al sistema de propiedad capitalista. No vemos el camino de la revolución chilena en la quiebra violenta del aparato estatal. Lo que nuestro pueblo ha construido a lo largo de varias generaciones de lucha le permite aprovechar las condiciones creadas por nuestra historia para reemplazar el fundamento capitalista del régimen institucional vigente por otro que se adecue a la nueva realidad social.

Los partidos y movimientos políticos populares han afirmado siempre, y así está contenido en el Programa de Gobierno, que acabar con el sistema capitalista necesita transformar el contenido de clase del Estado y de la propia Carta Fundamental. Pero también hemos afirmado solemnemente nuestra voluntad de llevarlo a efecto conforme a los mecanismos que la Constitución Política tiene expresamente establecidos para ser modificada.

7. El Consejo Directivo de la CUT quedó integrado por 18 militantes comunistas, 16 socialistas, 16 demócratacristianos, 2 *mapucistas*, 2 radicales y 1 del MIR. Luis Figueroa mantuvo la presidencia y el socialista Rolando Calderón la secretaría general. En las anteriores elecciones, celebradas en 1968, el Partido Comunista logró 14 de los 28 consejeros, el Partido Socialista, 7, el PDC, sólo 3, el Partido Radical, 2, la USOPO, 1 y el MIR, 1 (Angell, 1974: 223).

La gran cuestión que tiene planteada el proceso revolucionario, y que decidirá la suerte de Chile, es si la institucionalización actual puede abrir paso a la de transición al socialismo. La respuesta depende del grado en que aquélla se mantenga abierta al cambio y de las fuerzas sociales que le den su contenido. Sólo si el aparato del Estado es franqueable por las fuerzas sociales populares, la institucionalidad tendrá suficiente flexibilidad para tolerar e impulsar las transformaciones estructurales sin desintegrarse.

En este sentido, destacó que entre el 4 de septiembre y el 3 de noviembre de 1970, la institucionalidad resistió «la presión extranjera y el ánimo destructor de un sector de la burguesía» porque la sostuvo «el pueblo agrupado tras las candidaturas presidenciales de la Democracia Cristiana y la Unidad Popular» y las Fuerzas Armadas neutralizaron las presiones para que interrumpieran el proceso que culminó con su investidura presidencial.

Asimismo, en la tradición de este importante discurso de rendición de cuentas al país sobre la gestión de su gobierno, destacó la configuración del Área Social, «embrión de la futura economía socialista», y la participación de los trabajadores en la gestión de las empresas nacionalizadas, así como los importantes avances en materias como educación, sanidad, cultura, vivienda, seguridad social... En la parte final de su discurso, tras ensalzar «el vigor de la democracia política» chilena, convocó a la inmensa mayoría de la ciudadanía a enfrentar un conjunto novedoso de desafíos para el país: una apertura al mar más fecunda, el desarrollo de la investigación científica en la Isla de Pascua, la integración real en el país de los territorios de Aysén y la Antártica, la reforestación de algunas zonas montañosas («para recuperar el equilibrio ecológico perdido») o la descentralización de la Administración:

El esfuerzo que supone la conquista inminente de este futuro exige el concurso de todos los hombres y mujeres del país, de sus obreros manuales, de su intelectualidad, de sus organizaciones civiles y de sus Fuerzas Armadas y Carabineros. Se ha abierto para Chile una etapa superior de su historia. Más allá de las conmociones del diario acontecer, se vislumbra nuestra nueva Sociedad. Yo tengo absoluta confianza en la capacidad del pueblo para construirla. A pesar de todos los obstáculos, pueblo y Gobierno, unidos, venceremos.

En junio, la Unidad Popular se abocó a un segundo debate autocrítico que se conoció como el Cónclave de Lo Curro (por el lugar cercano a Santiago donde se celebraron las reuniones) que sí tuvo consecuencias relevantes: propició un importante viraje en la política económica del Gobierno, ante el deterioro de

algunos índices, como la inflación,⁸ o la caída de la producción en algunos sectores; contribuyó a la apertura de nuevas negociaciones con el PDC para alcanzar un acuerdo sobre el Área Social y forzó una reestructuración de los ministerios del área económica (Bitar, 1995: 149-151).

En Lo Curro las dos líneas políticas de la izquierda quedaron expuestas de manera cristalina por los dirigentes socialistas y comunistas y finalmente prevalecieron las propuestas defendidas por Allende, el PCCh, el Partido Radical y la API, que buscaban consolidar lo alcanzado en el Área Social y avanzar en la estatización tan sólo de las 91 empresas previstas por el Ejecutivo. El esfuerzo debía concentrarse, pues, en corregir los errores de dirección detectados en las empresas socializadas y en lograr un acuerdo parlamentario con el PDC. «La batalla de la producción» continuó siendo otra de las metas para afianzar los buenos resultados económicos de 1971. Las alzas de los precios, con prioridad para los productos y servicios elaborados por el Área Social para reducir su déficit, así como el control de las remuneraciones, la mayor disciplina laboral y el impulso de la participación de los trabajadores fueron otras de las medidas acordadas.⁹

A consecuencia del giro en la política económica, que se concretaría a partir de agosto, el 19 de junio Allende modificó su gabinete y Pedro Vuskovic, quien traspasó el ministerio de Economía al socialista Carlos Matus, cedió el timón económico al comunista Orlando Millas, sustituto en la cartera de Hacienda de su compañero Américo Zorrilla. Además, por primera vez una mujer, la comunista Mireya Baltra, formó parte del gabinete, al frente de Trabajo.

La línea política y económica que se impuso en el Cónclave de Lo Curro, la evolución hacia lo que autores como Castells han denominado, con resonancias leninistas, «la NEP» de la UP, quedó perfectamente expuesta en un artículo que Millas publicó en mayo de 1972 en *Principios* (la revista teórica del Partido Comunista) titulado «La clase obrera en las condiciones del Gobierno Popular». Millas explicó que el Gobierno aseguraba las condiciones favorables para luchar por el socialismo pero en aquella etapa del proceso, que correspondía a una «democracia avanzada», para que la clase obrera desempeñara su papel revolucionario, la UP debía establecer una política de alianzas no sólo con las

8. Entre julio de 1971 y 1972 la inflación subió un 45,9 %, en agosto la cifra se duplicó y en septiembre subió un 23 % (Collier y Sater, 1998: 297).

9. En cambio, el Partido Socialista propugnó una rápida ampliación del Área Social y una creciente intervención estatal para prevenir los desajustes económicos (la inflación, la especulación y el desabastecimiento). No concedía tanta importancia al aumento de la producción e insistía más en el fortalecimiento de la participación obrera.

masas populares, sino también con «la burguesía pequeña y media» para aislar al imperialismo; a los terratenientes y a la oligarquía financiera (Farías, 2000, 4: 2447-2461).¹⁰

A mediados de julio, en una entrevista concedida a la revista juvenil *Ramona*, el Presidente Allende analizó las conclusiones de Lo Curro (Archivo Salvador Allende, 2, 1990: 43-48):

La Unidad Popular y el Gobierno han determinado claramente el rumbo que se le debe dar a la economía del país, han resuelto encarar con fuerza la batalla por el aumento de la producción, particularmente en lo que se refiere a las empresas del Área Social; se ha entrado en una positiva discusión política para determinar clara y taxativamente las áreas de la economía... De la reunión se desprende, por otra parte, que el Programa Básico de la Unidad Popular es nuestra fundamental guía para la acción revolucionaria del Gobierno y que haremos todo lo que sea necesario en la continuación de su cumplimiento, puesto que se nos eligió en estas responsabilidades para cumplir nuestra palabra. Y estoy seguro de que para ello contamos con la inmensa mayoría del pueblo, que es el beneficiario de toda nuestra acción gubernativa y nuestro definitivo juez.

A principios de junio, la Unidad Popular abrió otro proceso de negociaciones con el Partido Demócrata Cristiano con la intención de solucionar el conflicto de los vetos presidenciales a la reforma constitucional sobre el Área

10. Queremos citar varios párrafos de aquel artículo porque refleja muy bien los planteamientos en aquel momento del sector hegemónico en la UP: «Lo característico de la coyuntura de hoy en nuestra experiencia es que la correlación de fuerzas ha sido afectada, en contra de la clase obrera y del Gobierno Popular, por errores políticos y económicos que podemos resumir diciendo que constituyen trasgresiones al programa de la Unidad Popular. Cabe, entonces, poner el acento en la defensa del Gobierno Popular, en su mantenimiento y en la continuidad de su obra. Sería funesto seguir ampliando el número de los enemigos y, por el contrario, deberán hacerse concesiones y, al menos, neutralizar a algunas capas y determinados grupos sociales, enmendando desaciertos tácticos. (...)

Antes de bosquejar la etapa siguiente a la actual de la reforma agraria o de hacer poner las barbas en remojo a nuevas empresas capitalistas, lo que procede, en primer término, es aprovechar la incorporación al área reformada del 45 % o 50 % de la tierra, el inmenso poder económico de la gran minería del cobre y del acero, la irradiación financiera de la banca estatizada y de las empresas ya expropiadas o intervenidas y los resortes de que dispone el Gobierno, para establecer una real dirección obrera y popular de todo esto, que se traduzca en una autoridad efectiva, bien ejercida, eficiente y creadora, de auténtica proyección revolucionaria. Sobre esta base, podemos y debemos completar la reforma agraria en los términos de la ley vigente e igualmente completar la constitución del área social de la economía en los marcos del Programa Básico de Gobierno, o sea, respecto de las grandes empresas de importancia estratégica. Ello requiere aislar a los sediciosos, afianzar el Gobierno, consolidar su obra y modificar en su favor la correlación de fuerzas».

Social. Después de varios días de negociaciones, los comisionados de ambas partes llegaron a definir un nuevo proyecto de ley, consensado en torno a estos siete puntos centrales: se nacionalizarían total o parcialmente 80 industrias estratégicas, pero desde entonces se requeriría la aprobación de una ley específica para la estatización de una empresa; se establecerían restricciones a la facultad del Gobierno para intervenir una empresa privada; se especificaban las normas que regularían la participación de los trabajadores en la gestión de las empresas mixtas, en particular en los bancos, y varios de ellos pertenecerían a una mayoría de sus asalariados; se crearían empresas autogestionadas; se formaría un cuerpo judicial para solucionar los reclamos por el posible trato discriminatorio a las empresas privadas; por último, se asignaba un porcentaje considerable de fondos públicos para publicidad en medios de comunicación privados. En otros asuntos objeto de discusión, como la situación de la Compañía Papelera, no había coincidencia.

Como remarca Valenzuela, en aquel extenso y complejo principio de acuerdo era la UP la que más cedía, ya que permitía la existencia de empresas autogestionadas y se reducía su potestad de intervenir empresas (1989: 206-207). Sin embargo, la fracción freísta torpedeó el acuerdo con la excusa de diferencias en asuntos que consideraban de capital importancia (la estatización de la Compañía Papelera y la insistencia en formar empresas de trabajadores en cuatro bancos) y las conversaciones se cerraron sin acuerdo alguno.

El 29 de junio el ministro Jorge Tapia, el senador Rafael Agustín Gumucio y Sergio Insunza (subsecretario general de Gobierno) enviaron una carta a Renán Fuentealba para pedirle una prórroga en las negociaciones ya que éstas habían avanzado bastante y creían que un acuerdo de este tipo «interpretaría el ánimo de la mayoría del país»,¹¹ pero el PDC respondió que el diálogo debía proseguir en el Congreso Nacional, donde los demócratacristianos ignoraron los acuerdos alcanzados y votaron junto a la derecha para rechazar los vetos presidenciales a su reforma constitucional. La oposición afirmó que el Gobierno debía promulgarla, pero éste se opuso y señaló que correspondía al Tribunal Constitucional resolver el conflicto, organismo ante el que recurrió el 10 de mayo de 1973 (Bitar, 1995: 156).

En una entrevista publicada por *Clarín* el 6 de agosto, Salvador Allende responsabilizó al sector derechista del PDC del fracaso de las negociaciones para alcanzar un acuerdo sobre la estructura económica nacional. Preguntado por el

11. *Las Noticias de Última Hora*, 30 de junio de 1972 (González Pino y Fontaine Talavera, 1997, 1: 402).

diario argentino sobre los motivos de la ruptura del diálogo, afirmó (Archivo Salvador Allende, 12, 1993: 87-91):

Las presiones de sectores de la derecha de la DC y la propia derecha política chilena fueron muy grandes. Nosotros no sólo buscamos el diálogo, sino que a fin de consolidar una solución positiva fuimos suficientemente elásticos para aceptar algunos de los planteamientos de la DC, claro que sin vulnerar nuestro programa. Por ejemplo, la DC estuvo hablando mucho tiempo de las empresas de los trabajadores. Nosotros rechazamos esa iniciativa tal cual planteaba, pero a lo largo de las conversaciones nos dimos cuenta de que ellos mismos habían cambiado su apreciación de lo que debía ser una empresa de los trabajadores. Y cuando conjugamos las posiciones que antes habían sido antagónicas y vimos el cambio que ellos habían posibilitado, nos dimos cuenta de que había una gran posibilidad de establecer empresas de los trabajadores dentro de la concepción justa de un proceso revolucionario. Y eso fue un pacto importante.

Además, admitimos que el caso de la Papelera (un monopolio del ramo del papel), quedara excluido en esta etapa sin renunciar nosotros a utilizar recursos administrativos o legales más adelante. Y por último aceptamos que algunos de los bancos, quedándose dentro del sistema bancario, esencialmente estuvieran destinados a servir crediticiamente a las empresas del área de los trabajadores. Usted comprenderá que ello fue un paso decisivo —y decidido— por parte nuestra. Creíamos que con ello se consolidaría un entendimiento que también para nosotros significaba algo definitivo como era crear el Área Social de la economía, establecer normas claras para la mediana y la pequeña empresa industrial y agrícola, fijar las atribuciones definitivas de los organismos administrativos para la adquisición de acciones y las expropiaciones.

Para la UP, ello hubiera significado consolidar con rapidez un proceso por el cual venimos luchando desde el comienzo del gobierno. Y para la DC significaba colocarse dentro de los planteamientos del programa que levantara Radomiro Tomic y que tiene muchos puntos de similitud con el programa de la UP. Pero el sector de los banqueros, de los monopolios, de las empresas imperialistas, veía en esta solución una derrota definitiva y los sectores políticos de la derecha, también. Por lo tanto, descargaron una campaña tenaz que fue horadando la decisión de la DC hasta que llegamos a un *impasse*.

Poco a poco las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 iban situándose en el horizonte, sobre todo por que la oposición confiaba en romper el «empate» institucional con la obtención de la mayoría cualificada de dos tercios en el Congreso Nacional que le permitiría destituir al Presidente de la República con

una acusación constitucional. Fue en julio de 1972 cuando se dibujó el escenario bipolar de esta contienda porque, con la intención de rentabilizar al máximo la votación a sus candidatos, las fuerzas políticas que apoyaban al Gobierno se constituyeron en el Partido Federado de la Unidad Popular. A principios de julio Allende explicó esta decisión por la alianza de más de tres lustros de los partidos Comunista, Socialista y Socialdemócrata, reforzada en 1969 por el MAPU, el Partido Radical y la API y desde el año anterior por la Izquierda Cristiana.¹²

Desde el punto de vista electoral ¿cómo no va a ser más conveniente hablar del partido federado? No es una táctica oportunista para presentarse a una elección, sino la consecuencia de un desarrollo político. (...) Desde el punto de vista de la clarificación política, es un hecho importante. Desde el punto de vista del cálculo electoral, yo insisto: es muy respetable la posición de los partidos, pero hay algo que está por encima de ellos: la responsabilidad histórica que tenemos, el proceso revolucionario y la responsabilidad contraída ante el pueblo chileno.

Por su parte, el 8 de julio la oposición fundó la Confederación Democrática (CODE), que agrupaba al Partido Demócrata Cristiano, Partido Nacional, Partido de Izquierda Radical y Democracia Radical. La primera confrontación en la que el Partido Federado de la Unidad Popular y la CODE midieron sus fuerzas fue una elección complementaria para elegir un diputado por Coquimbo, en la que compitieron la comunista Amanda Altamirano y Orlando Poblete (PIR), cuya candidatura pretendía apropiarse del electorado del Partido Radical. Pero el 16 de julio Altamirano logró una amplia victoria, el 53,6 % de los votos frente al 44,9 % de Poblete, acompañada también por los triunfos de los candidatos de la UP en las elecciones de las emblemáticas federaciones de estudiantes de la Universidad de Chile y de la Universidad Técnica del Estado, presididas por Alejandro Rojas y Osiel Núñez, militantes de las Juventudes Comunistas.

El 22 de julio apareció en la prensa de Concepción una convocatoria abierta a la «Asamblea del Pueblo», que invitaba a discutir y denunciar de manera democrática el carácter «contrarrevolucionario» del Parlamento y rendir un «combatiivo homenaje» a la Revolución Cubana. La iniciativa partía del subsecretario general de la CUT provincial, el presidente del Consejo Provincial Campesino, el presidente del Comando Provincial de Pobladores, el presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción y el Presidente de la Federación Provincial de Estudiantes Secundarios. Uno a uno, los comités regio-

12. *Chile Hoy*, n.º 3, 6 de julio de 1972, p. 32.

nales de todos los partidos de la UP se pronunciaron sobre tal llamamiento y, mientras el MAPU, la Izquierda Cristiana, el Partido Socialista e incluso el Partido Radical le dieron su apoyo –al igual que el MIR–, el Partido Comunista la rechazó y aseguró que se trataba de una maniobra «de la reacción y el imperialismo» a través de la manipulación del MIR.¹³

La tarde del 27 de julio se constituyó en el Teatro Concepción la «Asamblea del Pueblo», en la que participaron cinco mil personas y 139 organizaciones de trabajadores, pobladores, campesinos y estudiantes (Cancino Troncoso, 1988: 262). Las 36 personas que intervinieron perfilaron dos posiciones sobre el significado de aquella reunión. Por una parte, el MIR defendió que la Asamblea levantara un programa «revolucionario» para avanzar hacia un paro nacional de denuncia de las maniobras de «la mayoría reaccionaria del Parlamento» y organizar asambleas y consejos de trabajadores en cada localidad para ir forjando una institucionalidad paralela a la «democracia burguesa», es decir, promover un «poder popular alternativo» para avanzar hacia la disolución del Congreso Nacional y su reemplazo por una Asamblea Popular.

En cambio, para los militantes de la UP lo fundamental era apoyar el programa de la UP y en particular aquellos aspectos entonces más candentes, como el Área Social o la participación de los trabajadores, aunque el secretario regional del Partido Socialista sí habló de la necesidad de formar órganos de poder de los trabajadores ya que no podían defenderse del «Estado burgués» (Corvalán Márquez, 2000: 190).

Moulian y Garretón destacan que «para los actores implicados, Concepción era el símil de Petrogrado en tiempos de la revolución bolchevique y la Asamblea provincial era el equivalente del Comité Ejecutivo de los Soviets. En realidad, lo que ellos pretendían era mucho más que proponer un plan de reformas del sistema político, las cuales ya habían sido descartadas por el rechazo parlamentario del proyecto sobre la Cámara Unica.¹⁴ Lo que tienen en vista es proponer una

13. El comité regional del Partido Socialista aseguró que la Asamblea del Pueblo era «una reunión representativa de todos los organismos de lucha de los trabajadores, estudiantes, pequeños industriales y comerciantes. La primera tarea política es desconocer la representatividad que tiene el Parlamento respecto de los trabajadores. Se acordarán formas de movilización para defender las empresas que los trabajadores controlan y para que las 91 empresas monopólicas pasen al Área Social». *Chile Hoy*, n° 8, 10 de agosto de 1972, p. 6.

14. El Gobierno presentó este proyecto el 16 de noviembre de 1971 y fue rechazado por la oposición apenas un mes después, por lo que renunció a una iniciativa contenida en su programa. Su proyecto pretendía transformar el parlamento bicameral en una Cámara única que sería elegida al mismo tiempo que el presidente de la República y podría ser disuelta.

estrategia de construcción socialista sobre la base de desarrollar progresivamente la dualidad de poderes, que permite gestar y manifestar la caducidad del viejo aparato estatal» (1978: 71-72).

El 31 de julio Allende envió una carta a los partidos de la UP en la que aseguró de manera contundente que por segunda vez en tres meses en aquella provincia se había producido un fenómeno que atentaba contra la homogeneidad de la Unidad Popular. «No vacilo en calificarlo como un proceso deformado que sirve a los enemigos de la causa revolucionaria». Asimismo, señaló que esta iniciativa contrastaba con los recientes éxitos electorales en Coquimbo y las federaciones estudiantiles y expresó su convicción de que la institucionalidad debía ser transformada en profundidad para adecuarla a la nueva sociedad que avanzaba hacia el socialismo, pero, precisó, «será cambiada de acuerdo con la voluntad de la mayoría del pueblo, a través de los mecanismos democráticos de expresión pertinentes».

En consecuencia, planteó como objetivo la conquista de la mayoría parlamentaria en marzo y llamó a una movilización social y política para elevar la conciencia de los trabajadores y las clases populares en torno a los desafíos reales que enfrentaban. Allende explicó que con los diputados y los senadores suficientes podrían aprobar la nueva Constitución, una nueva ley de reforma agraria, la reforma educativa, el nuevo Código del Trabajo o la descentralización administrativa y el nuevo régimen de la administración local:¹⁵

Tenemos grandes metas por cumplir. Como Presidente de la República les señalo que ejerceré cada día mis legítimas y claras funciones para asegurar las generosas ventajas que entrega la convivencia chilena a los que respetan la decisión del pueblo de darse un gobierno y hacerlo respetar cabalmente.

Cuando tan magna empresa absorbe toda la capacidad de acción de los trabajadores y de los movimientos populares, los partidos de la Unidad Popular deben rechazar con resolución y energía los sucesivos ensayos divisionistas que intentan desviar la atención hacia hechos secundarios o quiméricos que, aunque incapaces de aportar nada positivo, consumen inútilmente esfuerzos y preocupación. Por eso, es igualmente imperiosa la vigilancia permanente sobre la militancia disciplinada y organizada de cada partido, para descubrir y denunciar —pública y oportunamente— a quienes de modo deliberado buscan alterar nuestra línea política programática.

15. *Chile Hoy*, n.º 8, 10 de agosto de 1972, pp. 6-7.

De los partidos de la UP que le respondieron, entre los que no estuvo el PS, tan sólo el PCCh se alineó con todos sus argumentos, mientras que el Partido Socialista y la Izquierda Cristiana no quisieron rechazar la «Asamblea del Pueblo» y este último hizo hincapié en la necesidad de lograr una «férrea» unidad de todas las fuerzas revolucionarias, en alusión a la construcción de una alianza estable con el MIR (Farías, 2000, 4: 2858-2861).¹⁶

En la entrevista concedida a *Clarín* el 6 de agosto, Allende abundó en el episodio de la Asamblea de Concepción, cuya única trascendencia fue a la postre explicitar las diferencias en el seno de la izquierda en torno a la estrategia revolucionaria (Archivo Salvador Allende, 12, 1993: 87-91):

Creo que se trata de una actitud demagógica, irreal, sin contenido y que sólo sirve para que el adversario la explote críticamente en contra nuestra. Hacer creer que con ello se iría a la disolución del Congreso o despertar la expectativa de que una asamblea de este tipo puede tener alguna influencia positiva en la marcha del país es algo que carece de base alguna. (...) Hice también notar que no resulta arbitrario calificar a la llamada Asamblea Popular como un fenómeno artificial. En efecto: si fuese un proceso social auténtico estaríamos frente a un factor capaz de impulsar la lucha del pueblo. Tal calidad sería apreciada por los revolucionarios, así como por los enemigos, que descubrirían en ella un elemento peligroso para sus intereses. Sin embargo, son los adversarios los que se han encargado de publicitar su existencia porque saben que es útil alentar todo proceso que distraiga al pueblo de sus verdaderas tareas y lo aparte de la estrategia trazada a través de su programa.

Una asamblea popular auténticamente revolucionaria concentra en sí la plenitud de la representación popular. Y asume, por consiguiente, todos los poderes, no sólo el deliberante sino también el de gobernar. En otras

16. Aunque Salvador Allende discrepaba de las concepciones del MIR, siempre mantuvo una relación amistosa con sus principales dirigentes, entre ellos su sobrino Andrés Pascal Allende, con quienes solía reunirse cada cierto tiempo para analizar la situación política. Incluso hasta principios de 1972 fueron militantes del MIR quienes se ocuparon de su seguridad personal en aquel dispositivo que la prensa opositora denominó en tono peyorativo GAP, Grupo de Amigos Personales. Desde 1972 todos los miembros del GAP fueron jóvenes militantes socialistas.

Por otra parte, según Miguel Enríquez, hasta julio de 1972 había habido varios periodos de negociaciones entre la UP y el MIR. El primero empezó en diciembre de 1970, tras la muerte de un estudiante del MIR en Concepción en el transcurso de unos violentos enfrentamientos con las Juventudes Comunistas, y duró hasta el asesinato de Pérez Zujovic. El segundo empezó en diciembre de 1971, tras la partida de Fidel Castro, y sólo resistió una reunión. En abril de 1972, por iniciativa de Allende, hubo conversaciones durante un mes y medio e incluso se alcanzaron acuerdos importantes, en especial en materia de reforma agraria. Pero los enfrentamientos de Concepción de mayo significaron el final del diálogo. *Chile Hoy*, n.º 11, 11 de agosto de 1972, p. 30.

experiencias históricas ha surgido como un doble poder, contra un gobierno institucional reaccionario, sin base social y sumido en la impotencia. Pues bien, pensar en algo semejante, en Chile y en esta hora, es absurdo. Aquí hay un solo gobierno, el que presido. Éste no sólo es legítimamente constituido, sino que por su definición y por su contenido de clase es un gobierno al servicio de los intereses generales de los trabajadores. Y con la más profunda conciencia revolucionaria, no he de tolerar que nada ni nadie atente contra la plenitud del legítimo gobierno de Chile.

Por si la polémica creada por la «Asamblea del Pueblo» fuera insuficiente, un nuevo conflicto estalló cuando la madrugada del 5 de agosto efectivos de Carabineros y de la Policía de Investigaciones (la única institución armada del Estado dirigida por militantes de la UP) intentaron detener a un militante del MIR acusado de delitos comunes con la orden judicial pertinente. El resultado fue un violento enfrentamiento en la población Lo Hermida entre las fuerzas policiales y los pobladores que terminó con un poblador muerto, 11 heridos y 160 detenidos.¹⁷ De inmediato, Allende destituyó al director de Investigaciones, su amigo y compañero socialista Eduardo Paredes, y al subdirector, el comunista Carlos Toro, y decidió visitar Lo Hermida, donde, rodeado por los pobladores, escuchó sus críticas y prometió una investigación de los hechos (Farías, 2000, 4: 2942-2943):

Compañeros, yo no puedo poner –repito– en libertad a nadie. ¿Qué más quisiera yo, camaradas, que devolverle la vida al compañero caído? Yo soy compañero de ustedes. Por último, soy un hombre que tiene sentimientos. Tengo mujer, tengo hijas, tengo nietos, camaradas. Yo también hablé en los funerales de mi padre, me dieron media hora para salir porque estaba preso, compañeros. Eso merece respeto.

Compañeros. ¿Qué quisiera yo? Que no hubiera ocurrido lo que ocurrió, camaradas. ¿Qué tengo que hacer? Nombrar una comisión, además de la justicia a la cual ustedes van a recurrir, además del sumario administrativo, una comisión en la que van a tener representación los pobladores por primera vez en la historia y por primera vez en la historia, mientras dure la investigación, han hecho dejación de su cargo por petición mía el Director y el Subdirector de Investigación. Por petición mía, camaradas. ¿Cuándo ocurrió esto? (...) Estuve en José María Caro, estuve en El Salvador, estuve en Pampa Irigoin. Llevé al Senado, camaradas, las bombas lacrimógenas

17. Los pobladores de Lo Hermida estuvieron manipulados por Osvaldo Romo, entonces militante de la USOPO y después del golpe un cruel torturador y asesino al servicio de la DINA de Pinochet.

lanzadas en El Salvador. Pero también tengo que decirles: no se puede juzgar ni a una institución cualquiera por la actitud de un hombre, ni dos, y nadie puede ser juzgado sin ser oído, absolutamente nadie. Ni en la justicia burguesa, ni en la justicia proletaria. Si procediéramos así, compañeros, se acabarían los derechos que cada uno de ustedes reclama.

El Comité Nacional de la Unidad Popular expresó su apoyo al Gobierno ante los ataques del MIR y de la oposición y aseguró que el Ejecutivo jamás emplearía la represión, para acusar finalmente a la «ultraizquierda» de favorecer la estrategia de la derecha con sus «provocaciones».¹⁸

18. Igual de duro fue el MIR, que aseguró que los hechos de Lo Hermida eran la consecuencia de la «política reformista» del Gobierno y reiteró su llamamiento a «las corrientes revolucionarias» de dentro y fuera de la UP para levantar un nuevo programa que acelerara el proceso de construcción del socialismo a través de la movilización de las masas (Farías, 2000, 4: 2940-2941 y 2956-2960).

TERCERA PARTE

XIII. EL DESAFÍO DE OCTUBRE

A principios de agosto, mientras la izquierda discutía sobre la «Asamblea del Pueblo» de Concepción y los trágicos sucesos de Lo Hermida, los presidentes de los partidos opositores suscribieron una declaración conjunta que llamó a la ciudadanía a enfrentar la acción del Gobierno porque estaba conculcando la Constitución y la legalidad en su propósito de instaurar «un régimen dictatorial». En Chile, proclamaron, ya no existía una «verdadera democracia» (Corvalán Márquez, 2000: 188).

Además, el 21 de agosto la Confederación del Comercio Detallista y la Pequeña Industria y la Cámara Central de Comercio realizaron un paro nacional en protesta por el mercado negro y la actuación de las Juntas de Abastecimiento y Precios (JAP)¹ en la distribución y la denuncia del acaparamiento de productos, que fue apoyado por la Confederación del Comercio y la Producción, la Sociedad Nacional de Agricultura, la Cámara Chilena de la Construcción, la Sociedad de Fomento Fabril y la Confederación Nacional Única de la Pequeña Industria y Artesanado de Chile.²

1. Las organizaciones del «poder popular» que tuvieron un mayor desarrollo fueron las Juntas de JAP, creadas a finales de 1971 a instancias del Partido Comunista. En abril de 1972 el Gobierno las legalizó y aprobó su reglamento, por el que quedaron subordinadas a la Dirección de la Industria y el Comercio (DIRINCO), donde se creó un departamento JAP. Es decir, a diferencia de los cordones industriales, dirigidos principalmente por militantes socialistas e impulsados desde la base, las JAP se integraron en el aparato administrativo, se crearon miles por todo el país y fueron organismos populares dinámicos y muy útiles para el Gobierno. Sus principales tareas fueron el control de los precios y el monopolio de mercancías, así como la denuncia del acaparamiento de productos por parte de comerciantes privados. Las JAP, en las que participaban los habitantes de una población o comuna, tuvieron que enfrentar una demagógica campaña de la oposición, que llegó a crear el «Comando de Defensa contra las JAP».

2. En su declaración las organizaciones gremiales plantearon que «la férrea unidad y solida-

Aquel paro patronal lanzó a la escena pública un poderoso movimiento social, el gremialismo, gestado desde un lustro antes en la Universidad Católica para oponerse al movimiento de la Reforma Universitaria y cuyo principal ideólogo era el profesor de Derecho Jaime Guzmán, un integrista católico admirador de la dictadura franquista.³ El gremialismo, caracterizado por un rancio conservadurismo moral, un anticomunismo visceral y la defensa irrestricta del capitalismo, fue decisivo para imprimir un carácter definitivamente insurreccional a las acciones de masas de la oposición y para atraer hacia las filas de la contrarrevolución a gran parte de las clases medias. Una vez más, el temor a la revolución social arrojaba a la pequeña y mediana burguesía a los brazos del fascismo.

El 2 de septiembre los partidos Comunista y Socialista difundieron un comunicado conjunto donde denunciaron la actuación sediciosa de la oposición, recalcaron la importancia de la unidad del movimiento popular y llamaron a participar en la manifestación por el segundo aniversario del triunfo. Aquel 4 de septiembre cerca de 800.000 personas desfilaron en Santiago y más de dos millones en todo el país en apoyo del Gobierno en una jornada de huelga general contra el fascismo convocada por la CUT. Allende elogió la conciencia del pueblo, que se había movilizado de manera masiva en defensa de su opción por la construcción del socialismo a pesar de las crecientes dificultades económicas y políticas. «Ésta es la fuerza del pueblo, la conciencia en que él es el factor de la historia, y éste es su Gobierno», declaró el 10 de septiembre en el programa *La Gran Encuesta* de Radio Portales. En aquella entrevista señaló que las elecciones parlamentarias del 4 de marzo dirimirían el conflicto político (Cordova-Claire, 1973: 130):

ridad gremiales es la única forma en que los integrantes de la actividad privada pueden asumir la defensa de sus legítimos derechos y la protección real de los valores fundamentales de la nación, conculcados por la acción de este Gobierno». *El Mercurio*, 22 de agosto de 1972 (González Pino y Fontaine Talavera, 1997, 1: 434-435).

3. En agosto de 1973 un prestigioso sociólogo francés anotó en su diario: «Me impresionó ver y escuchar a un tal Guzmán, periodista que es además profesor de Derecho Constitucional en la Universidad Católica. Jamás había visto un tipo de hombre así en este país. Me ha asustado: en los periodos de tensión extrema, se ven salir las cabezas más horribles. La suya está habitada por una pasión fría armada de una lógica falsa: es un inquisidor. Su palidez es la de los jóvenes fascistas de antes de la guerra. Cada una de sus palabras lanza una maniobra sinuosa. No sé si forma parte de un grupo extremista clandestino. En todo caso, merecería ser uno de sus jefes, pues pertenece al mundo del fanatismo fascista» (Touraine, 1974: 69).

¿Qué salida política tiene? Una salida política que interesa a todos los chilenos; para nosotros, por ejemplo, hay una meta: marzo. Ustedes comprenden que, si en marzo el electorado, la voluntad de las urnas es drásticamente contraria al Gobierno, bueno, yo tendré que darme cuenta de qué graves errores hemos cometido cuando la gente no vota por nosotros. Entonces, tendré que preguntarme seriamente: bueno ¿qué pasa en este país? O por último voy a decir: el equivocado soy yo.

A la inversa: si la gente vota por nosotros en un porcentaje alto, por último, si se produce lo que es muy posible, que haya casi un equiparamiento de fuerzas, habrá que entender que la gran mayoría quiere cambios, porque si nosotros pensamos lo que ha dicho Tomic en su campaña, en lo que dice la Democracia Cristiana y pensamos que hay trabajadores, obreros, empleados, campesinos demócratacristianos, si vemos que Vogel⁴ firma un llamado, una comunicación antifascista (...), bueno, quiere decir que no el 50 %, sino el 70 % de los chilenos está por los cambios. Bueno, busquemos la manera de realizarlos, que no implique violentar la conducta, la apreciación de la gente; por ejemplo, ahí está el Congreso. Sostuve mi pensamiento: sí era posible abrir el camino del socialismo en pluralismo, en democracia y libertad, siempre que el régimen institucional en Chile fuera flexible.

Y se refirió a las recientes declaraciones de Radomiro Tomic y Bernardo Leighton que sugirieron la posibilidad de un entendimiento entre la Unidad Popular y el PDC, a cuyo presidente, el senador Renán Fuentealba, acababa de invitar a su residencia oficial de Tomás Moro:

Ese llamado mío es honesto y esa apertura mía es clara. Buscar una solución política, pero una solución política, digamos, que permita indistintamente consolidar lo alcanzado y caminar hacia lo que quiere la mayoría del país.

La DC lo ha dicho en su programa. Lo dice en sus declaraciones; lo dicen en sus discursos gentes de la DC que les merecen respeto a muchos chilenos y fundamentalmente a mí, porque los conozco hace años. Estar en una posición como ésta, es bueno. (...) Pero quiero hablar sobre una posibilidad cierta: llegar a acuerdos y mantenerlos, no estar un mes y medio discutiendo, para en cinco minutos deshacer lo que ha costado tanto creer que se podría lograr.

La salida política en marzo, así que no hay tiempo para un plebiscito. Ellos estuvieron mucho tiempo hablando del plebiscito. Nosotros no nos opusimos, pero dijimos: llamaremos a plebiscito cuando las circunstancias nos obliguen y sobre las materias que estimemos convenientes, pero eso es una prerrogativa presidencial.

Ahora no hay otro enfrentamiento ciudadano político que las elecciones, porque le digo a usted: evitaré drásticamente toda posibilidad de enfrentamiento. Les cortaré las alas a los afebrados termocéfalos pseudoizquierdistas o izquierdistas, como a los ultraderechistas.

El 5 de septiembre, al día siguiente de haber entregado a cada partido de la UP una copia de la versión definitiva del proyecto de Bases para la Reforma de la Constitución Política del Estado (como primer paso para organizar el amplio debate popular del documento que debía culminar con su presentación en el Congreso Nacional y probablemente su votación en referéndum antes del final de su mandato presidencial), Allende pronunció un discurso ante los dirigentes de la coalición gubernamental en el que se refirió con amplitud a la necesidad de este proyecto (Martner, 1992: 473-480):⁵

El Chile de hoy no es el Chile de comienzos de siglo. El Chile de hoy, 5 de septiembre de 1972, no es el Chile del 4 de noviembre o del 3 de noviembre de 1970. Chile dictó la Constitución *pelucona* el año 1833 y la Constitución liberal el año 1925. Va a cumplir 50 años el año 1975. Tenemos que dictar una nueva Constitución, una Constitución para esta nueva etapa que estamos viviendo, para este proceso revolucionario. No podemos dictar una Constitución burguesa, ni una Constitución socialista.

Tenemos que dictar una Constitución que abra el camino hacia el socialismo, que consagre derechos y que haga que los trabajadores gobiernen este país. Debemos entregar, entonces, las ideas fundamentales para que sean discutidas, analizadas y conversadas en el sindicato, en las faenas, en las industrias, en las escuelas, en los hospitales, en el taller y en el hogar. (...) Que el pueblo por primera vez entienda que no es desde arriba, sino que debe nacer de las raíces mismas de su propia convicción la Carta Fundamental que le dará su existencia como pueblo digno, independiente y soberano.

Subrayó que las instituciones del país estaban pensadas para una sociedad capitalista, ya en trance de desaparición paulatina, pero que tampoco el socialismo era una realidad todavía y en consecuencia era necesario «redefinir

4. Ernesto Vogel era un destacado dirigente sindical demócratacristiano y de la CUT.

5. Durante dos décadas este documento estuvo extraviado. En 1993, la Fundación Presidente Allende de España publicó una parte significativa del mismo, aunque con una redacción que no es la final. En 2003, con motivo de los treinta años del golpe de estado, el Partido Comunista de Chile publicó la segunda edición, que es la que hemos consultado (Allende, 2003).

totalmente» la Constitución. El proyecto entregado por Allende ampliaba las libertades y los derechos, «incorporando a la Carta Fundamental la Declaración Universal de los Derechos Humanos»; garantizaba el pluralismo social, político y cultural; aseguraba a los pueblos indígenas el derecho a desarrollar su identidad; otorgaba el rango más alto a los derechos conquistados por el movimiento obrero; reservaba para el Estado todas las riquezas básicas del suelo y del subsuelo, así como del fondo marino dentro de sus aguas territoriales; proponía por primera vez la descentralización administrativa; reformaba la legislación electoral para hacer coincidir los comicios presidenciales y parlamentarios cada seis años y conceder al Jefe del Estado la posibilidad de disolver el Congreso una vez durante su mandato para convocar nuevas elecciones. Pero, sobre todo, aquella propuesta convocaba a los chilenos a repensar su modelo de sociedad, tal y como planteó Allende:

No se trata de entregarles fórmulas prefabricadas. Se trata de que ustedes mismos analicen, piensen y sientan la necesidad de darse la Carta Fundamental. Ésa será la gran bandera que levantaremos no sólo con un contenido electoral, sino como un proceso social para que esta Revolución que se expresa en el pueblo, en las calles, en la oficina, en la escuela y en el trabajo, esta Revolución que es mayoritaria, por la voluntad consciente de la inmensa mayoría de los chilenos, alcance los niveles institucionales que la hagan permanente e irreversible.

Éstas son algunas de las líneas esenciales del proyecto constitucional que Allende dio a conocer a los dirigentes de la UP antes de promover su debate social y que aunaba los principios democráticos y revolucionarios que distinguieron a la Unidad Popular y a «la vía chilena al socialismo». Sin embargo, la agudización del conflicto político a partir de octubre de 1972 lo impidió.

En aquellos días el Presidente denunció ante la opinión pública la existencia del «Plan Septiembre», destinado a derrocarlo a través de acciones terroristas, el desorden público y el boicot económico, en el que estarían involucrados el Partido Nacional, Patria y Libertad y algunos militares retirados (Marín, 1976: 155-156).

También a mediados de septiembre de 1972 emergieron una vez más las dos caras del Partido Demócrata Cristiano. Por una parte, y a pesar de la cada vez más estrecha colaboración con la derecha, Bernardo Leighton declaró que su partido defendía el régimen constitucional. «De manera que todo lo que tienda a derrocar al Gobierno del Presidente Allende contará con nuestra opo-

sición absoluta (...) De manera que nadie debe tener expectativas de contar con nosotros para nada que signifique un acto de subversión».⁶

Por otra, Patricio Aylwin pronunció un encendido discurso en el Senado donde arrojó una verdadera filípica contra la UP: «Chile está siendo destruido física y moralmente por la acción nefasta de la incapacidad, el sectarismo y el odio» (AAVV, 1975b: 286). El paro de octubre, que enfrentó a la burguesía y al proletariado con una claridad pocas veces vista, desnudó el discurso progresista e incluso pretendidamente «revolucionario» del PDC y reveló qué sector ostentaba la hegemonía interna, aunque no gobernara aún el timón de la organización.

En octubre de 1972, la burguesía logró movilizar a las clases medias y a todo el espectro opositor para intentar derrocar a Allende sin recurrir a las Fuerzas Armadas. Sin embargo, el paro patronal se estrelló contra la respuesta de la clase obrera, más unida que nunca junto a su Gobierno, que mantuvo en pie la economía nacional y su proceso de transformaciones revolucionarias. Octubre (siempre octubre) puso a prueba la conciencia de los trabajadores, que derrotaron a la burguesía con la construcción de nuevas formas de organización desde abajo, el «poder popular», otra de las aportaciones de la Revolución Chilena a la historia del socialismo.

A principios de aquel mes, los principales gremios plantearon que convocarían un paro nacional si el Ejecutivo no resolvía la situación económica de la Compañía Papelera, perjudicada desde su punto de vista por una política oficial de precios discriminatoria. En aquel momento la defensa de la propiedad privada de la Papelera era la única reivindicación común de las organizaciones patronales porque cada una planteaba sus demandas específicas y así, por ejemplo, los propietarios de camiones (agrupados en la Confederación Nacional del Transporte Terrestre) anunciaron una huelga indefinida a partir del lunes 9 de octubre si el Ejecutivo mantenía su intención de crear en la provincia de Aysén una empresa estatal de transporte o si rechazaba demandas referidas a los precios de carga o a las dificultades para lograr repuestos para sus vehículos -debido al bloqueo estadounidense (Moulian y Garretón, 1978: 80-81).

En los prolegómenos de la crisis, los partidos opositores alentaron la insurrección gremial con diatribas como la que el 6 de octubre formularon los senadores Francisco Bulnes (Partido Nacional), Patricio Aylwin, Américo Acuña (PIR) y Julio Durán (Democracia Radical), quienes acusaron al Ejecutivo

6. *Chile Hoy*, n.º 14, 15 de septiembre de 1972, p. 30.

de haberse situado al margen de la legalidad. Dos días después Jorge Fontaine, presidente de la Confederación del Comercio y la Producción, formuló un llamamiento de indisimulado contenido subversivo a «los hombres libres» para que se unieran en un gran comando nacional contra la Unidad Popular, que a su juicio estaba arruinando el país y sometiéndolo a una potencia extranjera que no nombró.⁷

El 9 de octubre empezó el paro de los propietarios de camiones y muy pronto sembraron el caos al bloquear las carreteras y paralizar el transporte de mercancías en todo el país. Al igual que en el paro del comercio del 21 de agosto, el Gobierno de Allende reaccionó con firmeza, decretó el estado de emergencia en las diez provincias más afectadas y ordenó el requisamiento de camiones y la detención de algunos dirigentes gremiales.

Al día siguiente, la oposición organizó un acto de masas en la Alameda santiaguina, en el que intervinieron el senador Alberto Baltra (PIR) y el demócratacristiano Eduardo Cerda, presidente de la Cámara de Diputados, quien denunció la crisis económica y los supuestos intentos de la UP de destruir la libertad de prensa ocultos en su afán por estatizar la Compañía Papelera. Pero, si el PDC y el PIR miraban hacia la encrucijada electoral de marzo, el Partido Nacional alertaba de que había llegado la hora del derrocamiento de Allende y para sus dirigentes el paro gremial debía ser la antesala de la anhelada intervención militar, que se produciría, pensaban, ante el caos económico y la paralización del país.

Entre el 13 y el 16 de octubre, ante la contundente respuesta del Ejecutivo, el conflicto se generalizó al sumarse a la huelga los colegios profesionales y las organizaciones estudiantiles controladas por la oposición, como la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica, dirigida por los gremialistas. La coordinación del movimiento gremial estuvo a cargo de la Confederación de la Producción y del Comercio y del Frente Nacional de la Actividad Privada.⁸

7. *El Mercurio*, 7 de octubre de 1972 (González Pino y Fontaine Talavera, 1997, 1: 469-471).

8. La primera organización gremial fue la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA), fundada en 1838 por los grandes latifundistas e íntimamente ligada desde su origen a la derecha y a los grandes comerciantes, industriales y banqueros. Entre 1970 y 1973 su potente cadena de emisoras, Radio Agricultura, mantuvo una agresiva campaña antisocialista y promovió el golpe de estado y el 11 de septiembre se encargó de transmitir los bandos de la junta militar. En 1883 la SNA impulsó la fundación de la Sociedad de Fomento Fabril, que agrupaba a los industriales, y la Sociedad Nacional de Minería. En 1930, la clase dominante se aglutinó en la Confederación de la Producción y del Comercio, en 1934 se creó la Cámara del Comercio y, en 1951, la Cámara de la Construcción. La Confederación de Propietarios de Camiones, fundada a mediados de los

Las principales protagonistas del paro de octubre fueron las capas medias (propietarios de camiones, comerciantes, profesionales,⁹ médicos...), que se movilizaron ante los efectos de la crisis económica y de la persistente campaña del terror de la oposición sobre la implantación de una dictadura marxista y por su rechazo a las principales medidas de la Unidad Popular. Asimismo, la intensa movilización desde 1970 de la clase obrera, principal apoyo social del Ejecutivo, amenazó el protagonismo que las clases medias habían conquistado en el último medio siglo a través de los partidos que representaban sus intereses, primero el Radical y después el Demócrata Cristiano. El universo cultural de la mesocracia, asentado sobre la «necesaria» distancia que debía diferenciarla del proletariado y el rechazo a la agitación social, parecía derrumbarse. La crisis económica que se apreciaba desde finales de 1971 y el clima de violencia, fomentado por la propia oposición, imprimían verosimilitud a estas percepciones y generaron una radicalización ideológica y política (Moulian y Garretón, 1978: 79).

Entre el 17 y el 24 de octubre el conflicto alcanzó su cénit con la incorporación al paro gremial de la mayor parte de los médicos y la negativa de los presidentes del Senado y la Cámara de Diputados a dialogar con el Presidente. El 20 de octubre, en un discurso por cadena nacional de radio y televisión, Allende defendió la actuación del Gobierno, que había cancelado la personalidad jurídica de la Sociedad de Fomento Fabril y de la Confederación de la Producción y del Comercio y requisado empresas cuyos propietarios habían paralizado la producción, además de declarar el estado de emergencia en veinte provincias y el toque de queda en Santiago (1973: 341-351):

Dije, y tuve razón, que el paro no era gremial, que era, esencialmente, de contenido político, en un sector minoritario, pero que ha arrastrado a otros sectores, fundamentalmente gremiales, por un errado concepto de la solidaridad. (...)

A pesar de todo, el Gobierno ha actuado -¡y actuará!- estrictamente dentro de los marcos constitucionales y legales. Es el Gobierno el que ha estado defendiendo la convivencia social de nuestro país, la democracia

años cincuenta controlaba en 1972 25.000 de los 52.000 camiones que había en el país (AAVV, 1976a: 93-119).

9. En mayo de 1971 los colegios profesionales (médicos, abogados, dentistas, ingenieros, contadores, psicólogos, enfermeras...) se unieron en la Confederación Única de Profesionales de Chile, aunque en algunos colegios, como el de arquitectos, la directiva era de izquierdas. Si bien entre el 60 % y el 75 % de los profesionales estaban contra el Gobierno, en octubre de 1972 nació el Frente Patriótico de Profesionales y Técnicos, que unió a los partidarios de la Unidad Popular.

y la auténtica libertad. Es el Gobierno el que ha utilizado solamente los instrumentos que la Constitución y la Ley le otorgan para resguardar el orden interno.

Hemos tenido que recurrir a declarar Zona de Emergencia la inmensa mayoría de las provincias del país. Nos hemos visto obligados a decretar el toque de queda en la provincia de Santiago. (...) Sin embargo, el país no se ha acabado. El país no está paralizado. El país ha seguido trabajando, produciendo, estudiando, con gran sacrificio, con gran esfuerzo y generosidad de miles y miles de chilenos, con un profundo y hondo sentido patriótico de millones de nuestros compatriotas.

Asimismo, aseguró que desde el día 9 había habido 59 atentados terroristas (contra hospitales, industrias, infraestructuras e incluso contra las Fuerzas Armadas) y criticó la campaña de la extrema derecha que pedía a quienes no apoyaban a la UP: «¡Junten rabia!»:

Pero frente a este grupo que pretende la sedición, quebrar nuestra institucionalidad, levantar sobre una democracia destruida una brutal dictadura fascista, frente a la intención de aquéllos que quieren recuperar lo que malamente habían alcanzado, frente a los que no comprenden que el mundo avanza y que las mareas de la historia no se detienen, frente a esa minoría, que no es Chile, está el Chile que trabaja, padece, sufre, pero al mismo tiempo demuestra su patriotismo, su fe y su confianza. Está el Chile del campesino y del profesor universitario, del médico, del ingeniero o del obrero. Está el Chile de las Fuerzas Armadas, de Carabineros e Investigaciones. Está la patria más unida que nunca para decir que Chile sabrá vencer esta hora amarga y proyectarse en dignidad y en esfuerzo hacia el futuro.

El 22 de octubre los gremios dieron a conocer sus demandas, recogidas en el llamado «Pliego de Chile», como base para toda negociación. El primero de sus ocho apartados pretendía que el Gobierno retirara las denuncias presentadas contra algunos de sus dirigentes y devolviera a sus propietarios los bienes intervenidos o requisados desde el 21 de agosto. El segundo exigía la anulación de la obligación de conectar con la cadena nacional de radioemisoras, el fin de la clausura de algunas emisoras que sobrepasaron la legalidad, el mantenimiento de la Compañía Papelera en el área privada y la autorización para la extensión de los canales de televisión universitarios a todo el territorio nacional, que sólo estaba cubierto por Televisión Nacional, de carácter público.

El Pliego gremial asumía demandas de la oposición política como la promulgación inmediata de la reforma constitucional sobre las áreas de la econo-

mía presentada por el PDC y la publicación inmediata en el *Diario Oficial* de la recién aprobada Ley de Control de Armas, así como la neutralización de los «grupos armados» y la expulsión de «los extremistas extranjeros». También demandaba la participación y representación de sus organizaciones en los organismos que planificaban la política económica y social y la disolución de las JAP y los Comités de Unidad Popular, «por ser organismos totalitarios» (Maestre, 1973: 41-42).

En definitiva, plantearon al Gobierno de Allende que sólo aceptarían su claudicación. Sin embargo, los gremios difundieron aquel Pliego cuando la Unidad Popular, apoyada en una movilización de los trabajadores sin precedentes, había demostrado que el país continuaba funcionando «sin los patrones», a pesar de los graves perjuicios que causaba la huelga, y cuando las Fuerzas Armadas permanecían leales a sus obligaciones constitucionales.

El 25 de octubre el conflicto empezó a decaer ya que, a pesar de las amenazas de los gremios y del Partido Nacional y de que la oposición presentó acusaciones constitucionales contra cuatro ministros, algunas de las personalidades progresistas que permanecían en el PDC, como Radomiro Tomic, sugirieron la formación de un gabinete que inspirara confianza en la oposición, con la mirada puesta en marzo de 1973. Al aceptar un fallo de la Corte de Apelaciones que suspendía la obligación de conectar con la cadena nacional de radio, el Gobierno abrió el camino hacia una salida institucional a la crisis.

Durante aquellas tres semanas de octubre de 1972, todas las diferencias en la izquierda sobre el carácter del proceso, las políticas del Gobierno o las alianzas se diluyeron en medio de una movilización popular extraordinaria, sin parangón en la historia nacional. Ante el paro de los ejecutivos, los ingenieros, parte de los empleados y la mayoría de los profesionales, fueron los trabajadores quienes mantuvieron en funcionamiento la producción de las industrias, quienes organizaron el transporte y la distribución de productos, quienes realizaron miles de horas de trabajo voluntario para evitar el colapso económico del país y la derrota del proceso revolucionario.

Al calor de la lucha contra la insurrección de la burguesía, la clase obrera creó decenas de organizaciones que dieron forma al «poder popular». Después de que durante dos años la disputa estuviera radicada en el Congreso Nacional y en la arena electoral, para sus protagonistas la lucha de los cordones industriales, los comandos comunales, los consejos comunales campesinos o las JAP apelaba, por fin, a la mística revolucionaria, a la conciencia socialista del proletariado y del campesinado. Como señala Duhamel, lo que durante años la «izquierda

revolucionaria» había sido incapaz de lograr con su prédica radical, lo desencadenó la burguesía en unos días (1974: 159).

Pero, aunque el «poder popular» ha ejercido un poderoso atractivo, conviene tener presente el alcance real de aquel movimiento social, que jamás superó su carácter ciertamente embrionario y sólo adquirió gran protagonismo en momentos de especial dramatismo, como octubre de 1972 o las semanas posteriores al fallido golpe de estado del 29 de junio de 1973 (Gaudichaud, 2004). En todo caso, las organizaciones del «poder popular» aportaron una renovada energía a la Unidad Popular, a partir de sus contundentes críticas a algunos aspectos centrales de la conducción del Gobierno y sus propuestas radicales, expresadas en aquellas consignas que regresan del túnel del tiempo: «¡Crear, crear, poder popular!», «¡Trabajadores al poder!»...¹⁰

Seguramente la movilización de los trabajadores, los campesinos y las clases populares evitó la caída del Gobierno de Allende en octubre de 1972. Eran conscientes de que del mantenimiento de la producción y la distribución de productos dependía el proceso revolucionario, tal y como señaló en 1998 Alberto Muñoz, obrero e interventor de Cristalerías Chile, una industria perteneciente al cordón industrial Vicuña Mackena (Illanes, 2002: 186):

Porque esto no es cuestión de llamarse «revolucionario», había que ser revolucionario. Y revolucionario para nosotros o para mí en ese momento era el concepto de asegurar la producción, porque asegurando la producción nosotros producíamos botellas de leche (...) Una de las medidas importantes del Presidente era darle medio litro de leche a los hijos de los trabajadores. (...) Entonces, ése era el objetivo y ése era mi predicamento y por eso peleábamos.

10. El primer cordón industrial se había creado a finales de junio en Maipú, la localidad de mayor concentración industrial del país, con motivo de las movilizaciones de los trabajadores de varias industrias por la estatización de las empresas Perlak, Polycron y El Mono (Cancino Troncoso, 1988: 301-302). El 27 de junio representantes de los obreros de estas fábricas se reunieron con los de otras del sector y crearon el Comando de Coordinación de Lucha de los Trabajadores del Cordón Industrial Cerrillos-Maipú, que el 12 de julio ya organizó una manifestación de veinte mil personas hacia el centro de Santiago para exigir la ampliación del Área Social, según su «plataforma de lucha», cuyo primer punto llamaba a «apoyar al Gobierno y al Presidente Allende en la medida que éste interprete las luchas y movilizaciones de los trabajadores» (Silva, 1998: 148). Durante el paro de octubre surgieron cordones industriales en Arica, Antofagasta, Valparaíso, Concepción o Santiago, donde se formaron otros cuatro, además del Cerrillos: O'Higgins, San Joaquín, Vicuña Mackena y Recoleta. Meses más tarde se crearon los cordones Santiago Centro y Mapocho Cordillera.

En respuesta al «Pliego de Chile» levantado por el llamado «poder gremial», los cordones industriales y los comandos comunales enarbolaron el «Pliego del Pueblo», que establecía como tareas inmediatas no sólo el mantenimiento de la producción, sino también la incorporación al Área Social de todas aquellas industrias, compañías transportistas, empresas de comercio y fundos mayores de 40 hectáreas de riego básico intervenidos y ocupados durante el paro, así como el control obrero de la producción en todas las empresas que permanecieran en manos del capital privado.

Las organizaciones del «poder popular» rechazaban la posibilidad de la integración de altos oficiales de las Fuerzas Armadas en el Gobierno y llamaron al pueblo a discutir el Pliego en sus lugares de residencia y trabajo y a reforzar su organización en los comités de vigilancia y autodefensa de cada empresa, fundo y población, así como a fortalecer las JAP y todas las organizaciones que aseguraran el abastecimiento y la distribución de los productos de primera necesidad a la población: «Sólo el socialismo podrá resolver los problemas de la clase obrera, los trabajadores y el pueblo, porque el socialismo es el poder para el pueblo, es el pueblo para el poder» (Farías, 2000, 5: 3272-3288).

En su informe al pleno del Comité Central del Partido Comunista del 24 de noviembre de 1972, el senador Volodia Teitelboim destacó algunos ejemplos de la movilización popular durante el paro de octubre: trescientos obreros de la construcción participaron en tareas de vigilancia y protección de los camiones que transportaban mercancías de Santiago a ciudades como Arica o Valparaíso; en la industria Hirmas tan sólo faltaron seis obreros al trabajo durante los días en que la locomoción colectiva se sumó a la huelga; en la población 23 de enero de la localidad de Macul los obreros y los pobladores dialogaron con los comerciantes sobre el paro y les persuadieron de que abrieran sus negocios; en la empresa constructora Viena los trabajadores decidieron continuar trabajando a pesar de que sus patrones les ofrecieron aumentarles su salario un 150 % si se sumaban a la huelga; y gracias al trabajo voluntario de más de cien mil jóvenes se pudo cargar y distribuir harina en Santiago para elaborar 220 millones de unidades de pan y reenvasar, descargar y distribuir casi cuatro millones de litros de leche...¹¹ (AAVV, 1973b: 175-190).

11. Smirnow asegura que en octubre de 1972 los trabajadores demostraron «no solamente su capacidad para hacerse cargo de la producción en las industrias al margen de los patrones, sino también para impulsar la marcha del país paralelamente a las estructuras estatales que aparecían dislocadas por la acción de la burguesía. En las calles y las fábricas de las principales ciudades del país se produjo, en los hechos, la unidad de obreros, pobladores, estudiantes, amas de casa, empleados públicos y particulares, que discutían para organizarse e integrarse más allá de su

Gracias al apoyo de las clases populares, Allende pudo afirmar el 18 de octubre: «No ha habido una sola industria paralizada: ni el cobre ni el hierro ni el salitre ni el petróleo ni el carbón. La inmensa mayoría de las industrias de este país caminan». Incluso los hospitales y consultorios continuaron funcionando, aunque con menos médicos. Y entonces se preguntó: «¿Qué Gobierno podría reemplazar al nuestro? ¿Podría haber un Gobierno más amplio, más democrático? ¿O tendría que haber una dictadura implacable?» (Archivo Salvador Allende, 9, 1990: 163-176).

A partir del 21 de octubre el Presidente dialogó con los jefes de las tres ramas de las Fuerzas Armadas sobre la posible incorporación de altos oficiales a su gabinete y el general Carlos Prats, comandante en jefe del ejército, le expresó su convicción de que el país ya estaba dividido en «dos sectores irreconciliables», pero creía que la mayoría de la población aceptaría las transformaciones que propugnaba el Gobierno si se realizaban con plenas garantías democráticas. Prats consideraba posible la participación de los uniformados en el Gobierno si se alcanzaba una tregua política que comprometiera a la oposición a respaldar al Ejecutivo en sus esfuerzos por superar la crisis económica y neutralizar el bloqueo imperialista y a la UP a condicionar su actuación a algunos de los planteamientos delineados por el PDC.

El 1 de noviembre Allende reunió al ministro de Defensa, José Tohá, y a los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas y les planteó la necesidad perentoria de que un representante de cada rama asumiera un Ministerio. Según Prats (1985: 304 y 309-310):

Queda en claro que nuestra incorporación al gabinete no implica compromiso político para las FFAA y que su fundamento radica en la situación de emergencia que vive el país y en la necesidad urgente de restablecer la normalidad pública.

militancia política partidaria, demostrando su voluntad de cerrar el camino a la reacción, de impedir una vuelta atrás en la marcha del país. En los días de octubre fue la actividad consciente de las masas populares chilenas dirigidas por el proletariado urbano la que se opuso y finalmente derrotó a la insurrección patronal, alcanzando el nivel de conciencia y organización más alto que se haya producido hasta esa fecha en Latinoamérica». En su opinión, entonces coincidieron tres factores que habrían permitido la aceleración del proceso revolucionario: una extrema debilidad de la burguesía como clase social, el ascenso del movimiento popular, entonces sí cohesionado, movilizad y gestando embriones de poder alternativos a las instituciones «burguesas», y la división e indecisión en las Fuerzas Armadas (1977: 112-117).

Al día siguiente juró su cargo como nuevo ministro del Interior, al igual que el almirante Ismael Huerta, titular de Obras Públicas y Transportes, y el general de brigada aérea Claudio Sepúlveda, al frente de Minería. La reestructuración se completó con otras dos destacadas incorporaciones, en este caso procedentes de la CUT, ya que Luis Figueroa asumió la cartera de Trabajo y Rolando Calderón, Agricultura. Tan sólo la Izquierda Cristiana y el MIR criticaron la constitución de un gabinete cívico-militar que fue bienvenido por el PDC por considerarlo una garantía de que la UP «rectificaría» su actuación.

Salvador Allende aseguró que entre sus tareas estarían la normalización de la situación política a partir del respeto a la legalidad, la solución de las graves consecuencias económicas del paro gremial, la unidad de las fuerzas «patrióticas» para enfrentar la agresión del gobierno y las multinacionales norteamericanas y la defensa de la institucionalidad democrática: «En marzo de 1973 habrá elecciones y el pueblo dirá en las urnas lo que quiere, lo que desea y lo que alienta. Nada ni nadie podrá impedir que haya elecciones en marzo de 1973».¹²

Después de asumir la cartera de Interior, el general Prats concedió entrevistas a varios medios de comunicación y así el 7 de noviembre aseveró en el Canal 13 de televisión (1985: 320):¹³

Éste es un Gobierno constitucional. El Gobierno tiene el legítimo derecho de aplicar el programa que está desarrollando. Y el Presidente Allende ha sido bastante enfático al decir que este programa de la UP —que lo conoció todo el país en la campaña preelectoral— lo está desarrollando dentro de la Constitución y las leyes.

12. *La Nación*, 3 de noviembre de 1972 (González Pino y Fontaine Talavera, 1997, 1: 519).

13. En un semanario de izquierda, Prats aseguró que «los trabajadores del país han dado un ejemplo de gran responsabilidad cívica durante el desarrollo del movimiento de paros y su conciencia social de sentido del orden y de afán productor merece el respeto de la esfera militar». *Chile Hoy*, n.º 22, 26 de noviembre de 1976, p. 29. Y en declaraciones a una revista cercana al PDC, señaló: «Hay algunos chilenos, no muchos por suerte, que piensan que las soluciones deben ser de fuerza. Ya les dije que cada país tiene sus propias características. En Chile, ésa es una solución sin destino. ¿A qué conduciría? A una dictadura. Tendría que ser implacablemente represiva. Para ello, las FFAA tendrían que transformarse en una policía especializada y refinada, y significaría convertir al pueblo en tupamaros. A la semana siguiente de los aplausos al dictador, los políticos de los bandos más encontrados estarían unidos gritándonos: “¡Gorilas!” y pidiendo elecciones. Este no es un país de borregos. Los trabajadores representan un poder social. Están organizados. En este país hay dignidad vertical. En este país los dirigentes políticos mueven efectivamente a las masas. No. Nosotros los militares no acariciamos la idea de reemplazar al poder civil, ni es nuestra misión», *Ercilla*, n.º 1.950, 29 de noviembre de 1972, p. 12.

Hasta finales de marzo de 1973, las Fuerzas Armadas participaron en el Gobierno con un protagonismo desconocido en cuatro décadas. Después del caos que produjeron las sucesivas intervenciones militares en la política nacional entre 1924 y 1932, se habían recluido en los cuarteles e incluso las elites habían rechazado sus intentos de intervención en política por el populismo exhibido en los años veinte (Moulian y Garretón, 1978: 85-87). Además, la Unidad Popular otorgó un papel activo a las Fuerzas Armadas en los órganos directivos de los grandes complejos cupríferos, en la dirección de servicios públicos y en las tareas de distribución de alimentos, al tiempo que elevó los salarios de los oficiales y de la tropa e impulsó la modernización de sus equipos e instalaciones.

Sin embargo, el ingreso de tres generales en el Gobierno y la participación de otros destacados oficiales en tareas encomendadas por la administración de la Unidad Popular, a pesar de su marcado perfil profesional, situaron a las Fuerzas Armadas en el huracán de la disputa política en asuntos tan manipulados por la oposición como el desabastecimiento de productos de primera necesidad o el control de los inexistentes «grupos armados» de izquierda. Su incorporación era la evidencia más palmaria de la división del país en dos bloques sociales y políticos enfrentados (Rojas, 1998: 158).

El 5 de noviembre los dirigentes del Comando Nacional de Defensa Gremial anunciaron el final del paro nacional, cuyas consecuencias económicas fueron asimiladas por el ministro de Hacienda con las de un terremoto. En su exposición sobre la política económica del Gobierno y el estado de la Hacienda Pública ante la Comisión Mixta de Presupuesto del Congreso Nacional el 15 de noviembre, Orlando Millas explicó que durante los 23 días laborables de la huelga el país había perdido cinco mil toneladas métricas de cobre y que el Estado dejaría de ingresar en torno a 1.100 millones de escudos en su recaudación tributaria (Farías, 2000, 5: 3642-3643). También la producción agrícola se vio especialmente perjudicada ya que se había interrumpido el abastecimiento de fertilizantes, semillas y otros productos, por lo que tuvo que detenerse el trabajo en muchos predios, con la consiguiente disminución de la cosecha de 1973.

El 6 de noviembre, en una entrevista concedida a un periodista mexicano, Salvador Allende proclamó la victoria de la Unidad Popular en octubre y denunció «el cinismo y el descaro de ciertas gentes que hacen gárgaras con las palabras democracia y libertad, y lo único que han tratado es de abolir la libertad y la democracia dando paso a una tentativa fascista, porque este país ha vivido veinte días con el espectro fascista delante de los ojos de todos los chilenos» (Suárez, 1980: 281-283).

XIV. UNA VOZ DEL TERCER MUNDO

El programa de la Unidad Popular señalaba que su política internacional se concentraría en «afirmar la plena autonomía política y económica» del país y mantendría relaciones con todos los gobiernos del planeta, con independencia de su adscripción ideológica, desde los principios del respeto a la independencia y la soberanía de cada nación, incluido Estados Unidos. La UP también se comprometió a procurar unos vínculos especiales de solidaridad con los «pueblos dependientes o colonizados, en especial aquéllos que están desarrollando sus luchas de liberación e independencia», con un especial apoyo moral a la Revolución Cubana, a «la lucha heroica del pueblo vietnamita» y a «la lucha antiimperialista de los pueblos de Oriente Medio». Asimismo, reforzaría «las relaciones, el intercambio y la amistad con los países socialistas» y en el ámbito continental propugnaría una política de afirmación de la personalidad latinoamericana en el concierto mundial (Allende, 1971c: 36-38).

Muy pronto el Gobierno de Salvador Allende empezó a aplicar sus principios en el marco de las relaciones internacionales. El 11 de noviembre de 1970 el Presidente se dirigió al país por radio y televisión para anunciar el restablecimiento de las relaciones diplomáticas, consulares, comerciales y culturales con Cuba, interrumpidas por Alessandri en 1964 a instancias de la Organización de Estados Americanos (OEA):¹

Nunca me cupo duda de que la suspensión de las relaciones con Cuba, y las demás medidas tomadas en su contra por la OEA, no sirven a los intereses de la paz y de la amistad entre países en la forma que lo prescri-

1. *Punto Final*, 24 de noviembre de 1970, p. 4.

be la Carta de las Naciones Unidas. Que entorpecen, además, el normal desarrollo de las relaciones que deben existir entre los pueblos y entre los gobiernos de América Latina con la finalidad de afianzar su independencia política y económica y asegurarle el lugar a que tienen derecho en la comunidad de Estados. Que desconoce la libre determinación de los pueblos, que es la más sólida garantía de los países medianos y pequeños. Este principio, aceptado por todos en forma irrestricta y unánime, está consagrado en la Carta de las Naciones Unidas. La Asamblea General, que celebra su vigesimoquinto aniversario, acaba de reiterarlo al reafirmar los principios que rigen la organización mundial, junto con los que salvaguardan la no intervención. (...)

Al exponer a Chile esta decisión de mi Gobierno, así como las razones que la fundamentan, quiero señalar que con ello contribuimos a terminar con una situación que estimamos injusta contra un país hermano que lucha por forjar su propio destino, de acuerdo con la soberana voluntad de su pueblo.

En virtud de los presupuestos de su política exterior, las relaciones con Argentina fueron prioritarias para Allende, no sólo por la importancia del intercambio comercial entre ambos países, sino por los conflictos derivados de la delimitación fronteriza, reavivados desde 1958 y potencial fuente de conflictos. Desde 1967, las posiciones se habían aproximado en torno a uno de los últimos puntos en litigio en la extensa frontera: las islas del Canal Beagle. Por otra parte, desde 1966 el país vecino estaba gobernado por regímenes militares que junto con la dictadura brasileña podría conformar un frente unido contra el Chile que pretendía avanzar hacia el socialismo.

La diplomacia chilena, dirigida por el canciller Clodomiro Almeyda, fue capaz de construir unas relaciones de «coexistencia pacífica» con Argentina, presidida desde marzo de 1971 por el general Lanusse, quien invitó a Allende a celebrar una entrevista en suelo argentino que finalmente tuvo lugar los días 23 y 24 de julio de aquel año en Salta. En esta ciudad norteña suscribieron una importante declaración que ratificó el compromiso compartido de someterse al arbitraje británico para la resolución del conflicto fronterizo, acordado aquellos días en Londres (Fermandois, 1985: 123-127).

En Argentina, el Presidente Allende fue recibido con gran entusiasmo y expectación, vitoreado en todos los lugares que visitó y alabado de manera casi unánime por todas las fuerzas políticas, un reflejo fiel de su enorme prestigio en América Latina. En su discurso durante la cena que le ofreció Lanusse señaló (Archivo Salvador Allende, 1, 1990: 29-31):

A través del Gobierno Popular que presido, Chile construye una economía humana e independiente, inspirada en los ideales socialistas. Queremos reestructurar la sociedad chilena en términos de justicia y libertad para lograr un desarrollo nacional auténtico; es decir, al servicio del pueblo trabajador. Importante paso en nuestra ruta es la reforma constitucional, aprobada por unanimidad en el Congreso, que permite al Estado recuperar sus riquezas naturales. Tomada ya posesión de la gran minería del cobre, fundamento de nuestra economía, podremos acometer en íntima colaboración con los países hermanos, empresas significativas destinadas a promover nuestro desarrollo acelerado, liberándonos de voluntades hegemónicas contrarias a los intereses superiores de Hispanoamérica.

Coincido plenamente, por tanto, con el señor Presidente: la igualdad jurídica no basta para asegurar relaciones estables y armoniosas. Nosotros agregamos: mientras exista una desigualdad de hecho y se manifiesten en el mundo presiones imperialistas. Por ello mismo, coincidimos también en rechazar toda forma de liderazgo, político o económico, en la vida de relación de los pueblos y las naciones.

Los chilenos queremos contribuir decididamente a proyectar la América Latina hacia el mundo, con personalidad propia, digna e independiente, lo que requiere profundas transformaciones en su estructura interna social y política. Sabedores de la fuerza que depara la unidad de nuestros pueblos, podremos emprender grandes tareas en beneficio colectivo. Sin subordinaciones a directrices extrañas, con absoluto respeto a la autodeterminación, a la no intervención y en diálogo sin fronteras. Son los únicos principios que, aplicados también al ámbito mundial, pueden garantizar la paz y la cooperación internacionales.

Aquella noche del invierno austral de 1971, el Presidente Allende planteó la necesidad de que las naciones latinoamericanas avanzaran hacia una progresiva integración en terrenos como la educación, la economía, el arte o la ciencia:

No concebimos conflicto armado entre latinoamericanos. En cambio, nos amenazan catástrofes de otro tipo, desatadas por las fuerzas naturales, y deseamos crear un sistema común que permita enfrentarlas solidariamente.

Insistiremos en todo aquello que una a nuestros pueblos. Desde elaborar textos que enseñen la misma historia y establecer empresas mixtas bilaterales y multilaterales, hasta organizar un régimen común de seguridad social. El arte y el pensamiento del hombre americano han de difundirse libremente por nuestro continente. Los científicos deben tener iguales garantías. Es la nuestra una época de vertiginoso avance tecnológico. De nuevos valores humanos. De una rebelde juventud. Es preciso no olvidarlo.

Alguna vez se establecerá el estatuto del hombre americano. Y un día llegaremos, manteniendo la propia nacionalidad, a la nacionalidad latinoamericana.

Apenas un mes medio después, viajó a Perú, un país con el que las relaciones habían sido muy tensas desde la Guerra del Pacífico, pero que desde 1968 estaba gobernado por el general nacionalista Juan Velasco Alvarado con una política progresista. El 1 de septiembre de 1971 llegó a Lima como última etapa de su viaje por los países del Pacto Andino (Ecuador, Colombia), con la excepción de Bolivia, donde el general Hugo Bánzer acababa de dar un golpe de estado. Su visita evidenció la coincidencia con la que ambos gobiernos hablaban de la transformación del orden económico mundial, de la superación de la dependencia de los países subdesarrollados y de la necesaria nacionalización de los recursos naturales para la «transformación de las estructuras internas» sin represalias, en alusión a Estados Unidos (Fermendois, 1985: 144). Por primera vez en casi un siglo ambas naciones mantuvieron relaciones de amistad.

En aquel mes de septiembre de 1971, el Gobierno de la Unidad Popular integró a Chile en el Movimiento de Países No Alineados, cuyo origen se remonta a la histórica Conferencia de Bandung (Indonesia, 1955) y que fue impulsado principalmente por el presidente indio Nehru, el egipcio Nasser y el mariscal yugoslavo Tito a partir del rechazo a los esquemas de la *guerra fría* y la política de bloques seguida por Estados Unidos y la Unión Soviética. Chile participó de manera activa en dos conferencias de los No Alineados, la última de ellas en septiembre de 1973 en Argel, de donde el canciller Almeyda regresó horas antes del golpe de estado (González Aguayo, 1974: 36-37).

Otro de los hitos fue la celebración en Santiago de la Tercera Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo (UNCTAD), en abril de 1972, en el emblemático Edificio Gabriela Mistral, construido para este evento en la Alameda en tiempo récord por la conciencia de la clase obrera. En su discurso de inauguración, el Presidente subrayó que aquella Conferencia debía promover un cambio en las reglas de la economía internacional (Farfás, 2000, 3: 2135-2152):

Saludo en la UNCTAD III a la asamblea de la comunidad mundial de naciones –de hecho casi toda la humanidad–. Lamentamos que su universalidad todavía no sea total. Para nosotros, los pueblos del Tercer Mundo, la UNCTAD debe constituir el principal y más efectivo de los instrumentos para negociar con las naciones desarrolladas. En la medida en que realice sus potencialidades institucionales, esta UNCTAD puede asumir una importancia decisiva en la actual crisis de la economía mundial.

La Conferencia que hoy se inicia tiene como misión fundamental poner en marcha lo más esencial de los objetivos y compromisos de la Estrategia Internacional para el Segundo Decenio del Desarrollo.² Ellos son sustituir un orden económico-comercial caduco y profundamente injusto por uno equitativo que se funde en un nuevo concepto del hombre y de su dignidad y reformular una división internacional del trabajo intolerable para los países retrasados, porque detiene su progreso, mientras favorece únicamente a las naciones opulentas.

Para nuestros países ésta es una prueba suprema. No seguiremos aceptando con el nombre de cooperación internacional para el desarrollo un pobre remedo de lo que concibió la Carta de las Naciones Unidas. Los resultados de la Conferencia nos dirán si los compromisos asumidos en la Estrategia Internacional para el Segundo Decenio respondieron a una auténtica voluntad política o fueron sólo un expediente dilatorio para mitigar la presión de los países del Tercer Mundo.

En su extensa intervención, se refirió al peligro de que la reestructuración de los sistemas monetario y comercial internacionales se llevara a cabo de nuevo «sin la plena y efectiva participación de los países del Tercer Mundo», criticó la injusticia de una deuda externa que yugulaba las posibilidades de desarrollo de estas naciones, así como las presiones para impedirles el ejercicio del derecho a disponer libremente de los recursos naturales y abogó por su acceso a la tecnología y, en definitiva, por «una economía mundial solidaria»:

También pido la atención de esta asamblea sobre la urgencia de que el Tercer Mundo tenga acceso a la ciencia y a la tecnología modernas. Los obstáculos que hemos encontrado hasta ahora constituyen factores determinantes del atraso. La industrialización, como parte fundamental del proceso global de desarrollo, está en íntima relación con la capacidad nacional de creación científica y tecnológica para una industrialización adecuada a las características reales de cada región, cualquiera que sea su grado de evolución actual.

2. El 24 de octubre de 1970 (el mismo día que el Congreso Pleno eligió a Salvador Allende presidente de la República) la Asamblea General de Naciones Unidas aprobó esta iniciativa, por la que «los gobiernos reafirman que se dedicarán por entero a alcanzar los objetivos fundamentales enunciados hace veinticinco años en la Carta de las Naciones Unidas de crear condiciones de estabilidad y de bienestar y de asegurar un nivel de vida mínimo compatible con la dignidad humana mediante el progreso y el desarrollo económicos y sociales». La Asamblea General constató que, a pesar de que en 1961 se había lanzado el Primer Decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo, el nivel de vida de la mayor parte de la población del planeta continuaba siendo «lastimosamente bajo».

Hoy nuestra capacidad de creación tecnológica es muy insuficiente, como resultado de un histórico proceso de dependencia. Así, nuestras investigaciones siguen modelos teóricos del mundo industrializado. Se inspiran más en las realidades y necesidades de este último que en las nuestras. Y cada vez, con mayor frecuencia, miles de científicos y profesionales abandonan sus patrias para servir en los países opulentos; exportamos ideas y personas capacitadas; importamos tecnología y dependencia. (...)

Nos es imposible cambiar de la noche a la mañana el mundo tal cual es, con toda su injusticia contra los países desarrollados. No nos queda más remedio que seguir bregando por reducir los efectos negativos de este estado de cosas y sentar las bases para construir lo que llamaría una economía mundial solidaria.

La presente coyuntura internacional es favorable para intentar transformar el orden económico. Quizás este juicio es demasiado optimista, pero la verdad es que los acontecimientos internacionales de las últimas décadas han venido acumulando factores que terminaron por cristalizar como una nueva oportunidad. La característica más notable es la posibilidad que se le ofrece al mundo de una relación más digna, sin sumisión y sin despotismos. Hay entendimiento entre las potencias mundiales capitalistas; hay coexistencia y diálogo entre éstas y las socialistas.

¿Puede darse algo semejante entre los antiguos países colonialistas e imperialistas, por un lado, y los pueblos dependientes por el otro? El futuro dirá si nosotros, pueblos del Tercer Mundo, conquistaremos el reconocimiento de nuestros derechos en la reestructuración del intercambio internacional y la instauración de relaciones justas para todos. Esta cuestión, es preciso subrayarlo, puede ser la más precaria y la más dolorosa.

Cabe a las delegaciones presentes en este Tercer Período de Sesiones de la Conferencia preguntarse sobre qué bases se podría organizar una nueva convivencia humana, al fin solidaria, después de una larguísima historia de opresión que hemos vivido y vivimos. Permítanme, sin embargo, señalar que, a mi juicio, una de las bases podría ser orientar el desarme en forma tal que cimente una economía solidaria en escala mundial, aunque algunos crean que esto es irrealizable. (...)

La pasión y el fervor con que todo un pueblo construyó este edificio son un símbolo de la pasión y el fervor con que Chile quiere contribuir a que se construya una nueva humanidad que haga desaparecer la necesidad, la pobreza y el temor, en éste y en los otros continentes.

Su gira exterior más importante se inició el 30 de noviembre de 1972 y le condujo a México, la sede de Naciones Unidas en Nueva York, la Unión Soviética (con escala previa en Argelia) y Cuba. Por tanto, durante casi tres semanas, el comandante en jefe del ejército, el general Carlos Prats, asumió, en su condi-

ción de ministro del Interior, las funciones de vicepresidente de la República y le correspondió participar en el recibimiento a Pablo Neruda el 5 de diciembre, en su regreso definitivo al país tras su periodo como embajador en París y la concesión del Premio Nobel de Literatura.

En México, un país con el que Chile mantuvo por primera vez una estrecha relación debido al gran interés que despertó allí la «vía chilena al socialismo», Salvador Allende fue recibido de nuevo por grandes multitudes en todos los lugares que visitó. El 1 de diciembre por la mañana depositó una ofrenda floral en la Columna de la Independencia, en el Hemiciclo a Juárez y en el Monumento a la Revolución, donde reposan Francisco Madero, Venustiano Carranza, Plutarco Calle y Lázaro Cárdenas. Por la tarde, pronunció un discurso ante el Congreso Nacional en el que agradeció el recibimiento que le había dispensado el pueblo mexicano y evocó su amistad con el general Lázaro Cárdenas, quien el 9 de septiembre de 1970 (un mes antes de su fallecimiento) le remitió esta misiva para felicitarle por «los resultados de esta jornada electoral, tan importantes para Chile y América Latina» (Archivo Salvador Allende, 1, 1990: 118):

Distinguido y estimado amigo: con todo interés seguimos el curso de la hermana República de Chile y hemos recibido con especial beneplácito las noticias sobre el triunfo electoral que obtuvo usted en las urnas el 4 de septiembre actual. (...) Tomando en consideración las libertades y el respeto que tradicionalmente éstas merecen de todos los sectores chilenos, así como en las condiciones específicas de América Latina, es excepcionalmente significativa la victoria electoral obtenida por su candidatura al abrir nuevas perspectivas para Chile y para revitalizar, como lo ha anunciado usted a través de la prensa, las relaciones con todos los países hermanos y, en general, los del mundo entero.

Asimismo, Allende destacó su coincidencia con lo expuesto por el presidente mexicano Luis Echevarría en la Tercera Conferencia de la UNCTAD y expuso las líneas esenciales de la Revolución Chilena (Allende, 1975: 511-530):

Presido un Gobierno que no es un gobierno socialista, pero que abre y abrirá sin vacilaciones el camino al socialismo, dentro del pluralismo, la democracia y la libertad. Las bases políticas de mi Gobierno están afianzadas con la presencia en él de los partidos que lo integran, laicos, marxistas y cristianos, que se han comprometido ante la conciencia popular y ante su propia conciencia a hacer posibles las grandes transformaciones que permitan estructurar una economía al servicio del hombre y de las mayorías nacionales. Para ello, hemos tenido que herir intereses poderosos

sos, fundamentalmente los extranjeros, y los intereses nacionales de los monopolios, el latifundio y la banca. Por eso nos combaten. (...)

Para nosotros, la revolución no es destruir, sino edificar, no es arrasar, sino levantar formas distintas de convivencia de las mayorías nacionales en un esfuerzo y en tareas que pertenecen a Chile, a su destino. (...) Por eso es que tienen vigencia, sabiendo quienes son nuestros amigos y nuestros enemigos, las palabras que anticipó Juárez: «El triunfo de la reacción es moralmente imposible».

De México, tras su recordado discurso también en la Universidad de Guadalajara, el Presidente y su comitiva viajaron a Nueva York. La tarde del 3 de noviembre Allende recibió al embajador de Nixon ante Naciones Unidas, George Bush, en un diálogo en el que Orlando Letelier (embajador chileno en Estados Unidos) cumplió las funciones de traductor. Por la costumbre de entregar a todas las delegaciones nacionales representadas en la ONU el discurso con antelación, Bush ya conocía el contenido de lo que expondría Allende al día siguiente y por ello le pidió que retirara algunos párrafos que suponían un agravio a su gobierno y a su pueblo o, de lo contrario, no estarían presentes durante su discurso. Pero, según el doctor Óscar Soto (testigo directo del encuentro), el Presidente le corrigió al afirmar que sus críticas se dirigirían a las multinacionales estadounidenses y a la CIA y puso fin al encuentro con un saludo.

La mañana del 4 de diciembre de 1972 el Presidente Allende pronunció uno de sus discursos más importantes al intervenir en el XXVII Período de Sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Sus palabras, que motivaron a su conclusión una larga ovación del auditorio más importante del planeta, se iniciaron con una orgullosa referencia a la democracia chilena (Martner, 1992: 626-652):

Vengo de Chile, un país pequeño pero donde hoy cualquier ciudadano es libre de expresarse como mejor prefiera, de irrestricta tolerancia cultural, religiosa e ideológica, donde la discriminación racial no tiene cabida. Un país con una clase obrera unida en una sola organización sindical, donde el sufragio universal y secreto es el vehículo de definición de un régimen multipartidista, con un Parlamento de actividad ininterrumpida desde su creación hace 160 años, donde los Tribunales de Justicia son independientes del Ejecutivo, en que desde 1833 sólo una vez se ha cambiado la Carta Constitucional sin que ésta prácticamente jamás haya dejado de ser aplicada. Un país de cerca de diez millones de habitantes que en una generación ha dado dos premios Nobel de Literatura, Gabriela Mistral y Pablo Neruda, ambos hijos de modestos trabajadores. Historia, tierra y hombre se funden en un gran sentido nacional. (...)

Hoy vengo aquí, porque mi país está enfrentando problemas que, en su trascendencia universal, son objeto de la permanente atención de esta Asamblea de las Naciones Unidas: la lucha por la liberación social, el esfuerzo por el bienestar y el progreso intelectual, la defensa de la personalidad y la dignidad nacionales.

En aquella tribuna defendió la nacionalización del cobre y denunció la agresión que su pueblo sufría de las multinacionales norteamericanas, en especial de las compañías cupríferas y la ITT, a la que acusó de pretender provocar una guerra civil, después de recordar su complicidad con el asesinato del general Schneider. Y aseguró que estas acciones las sufrían todos los países empobrecidos, en particular aquéllos que luchaban por disponer de los recursos naturales controlados por las transnacionales:

La negativa de la ITT a aceptar un acuerdo directo y el conocimiento de sus arteras maniobras nos han obligado a enviar al Congreso un proyecto de ley de nacionalización. La decisión del pueblo chileno de defender el régimen democrático y el progreso de la revolución, la lealtad de las Fuerzas Armadas hacia su Patria y sus leyes, han hecho fracasar estos siniestros intentos. Señores delegados: yo acuso ante la conciencia del mundo a la ITT de pretender provocar en mi patria una guerra civil. Esto es lo que nosotros calificamos de acción imperialista. (...)

La agresión de las grandes empresas capitalistas pretende impedir la emancipación de las clases populares. Representa un ataque directo contra los intereses económicos de los trabajadores.

Señores delegados: el chileno es un pueblo que ha alcanzado la madurez política para decidir, mayoritariamente, el reemplazo del sistema económico capitalista por el socialista. Nuestro régimen político ha contado con instituciones suficientemente abiertas para encauzar esta voluntad revolucionaria sin quiebres violentos. Me hago un deber en advertir a esta Asamblea que las represalias y el bloqueo dirigidos a producir contradicciones y deformaciones económicas encadenadas amenazan con repercutir sobre la paz y convivencia internas. No lo lograrán. La inmensa mayoría de los chilenos sabrá resistirlas en actitud patriótica y digna.

Expresó toda su solidaridad con América Latina y se mostró partidario de que, más allá de las «fronteras ideológicas», estos países reforzaran sus relaciones políticas, económicas y culturales, se felicitó también por la mejora de las relaciones diplomáticas entre la URSS y Estados Unidos, por sus negociaciones en materia de desarme, y destacó otros hechos de la situación mundial, como

las conversaciones entre las dos Alemanias o el regreso de China a Naciones Unidas, pero también expresó su preocupación por la situación en Oriente Medio, el asedio de Estados Unidos contra Cuba, la explotación neocolonial, la ignominia del racismo y el régimen del *apartheid* en Sudáfrica o el volcán de Indochina, donde el pueblo de Vietnam aún padecía la «monstruosa» guerra de agresión norteamericana:

No hay paz para Indochina, pero tendrá que haberla. Llegará la paz para Vietnam. Tiene que llegar porque ya nadie duda de la inutilidad de esta guerra monstruosamente injusta, que persigue un objetivo tan irrealizable en estos días como es imponer a pueblos con conciencia revolucionaria políticas que no pueden compartir porque contrarían su interés nacional, su genio y su personalidad.

Habrà paz. Pero ¿qué deja esta guerra tan cruel, tan prolongada, tan desigual? El saldo, tras tantos años de lucha cruenta, es sólo la tortura de un pueblo admirable en su dignidad, millones de muertos y de huérfanos, ciudades enteras desaparecidas; cientos de miles de hectáreas de tierras asoladas, sin vida vegetal posible; la destrucción ecológica. La sociedad norteamericana conmovida, miles de hogares sumidos en el pesar por la ausencia de los suyos. No se siguió la ruta de Lincoln.

Esta guerra deja también muchas lecciones. Que el abuso de la fuerza desmoraliza al que la emplea y produce profundas dudas en su propia conciencia social. Que la convicción de un pueblo que defiende su independencia lo lleva al heroísmo y lo hace capaz de resistir la violencia material del más gigantesco aparato militar y económico.

Su humanismo habló a los delegados de la necesidad de otro mundo, donde los dos mil millones de personas que entonces carecían de casi todo gozaran de una vida digna y plena:

La acción futura de la colectividad de naciones debe acentuar una política que tenga como protagonistas a todos los pueblos. La Carta de las Naciones Unidas fue concebida y presentada en nombre de «Nosotros los Pueblos de las Naciones Unidas».

La acción internacional tiene que estar dirigida a servir al hombre que no goza de privilegios, sino que sufre y labora: al minero de Cardiff, como al «fellah» de Egipto; al trabajador que cultiva el cacao en Ghana o en Costa de Marfil, como al campesino del altiplano en Sudamérica; al pescador de Java, como al cafetalero de Kenia o de Colombia. Aquélla debiera alcanzar a los dos mil millones de seres postergados a los que la colectividad tiene la obligación de incorporar al actual nivel de la evolución histórica y reconocerles «el valor y la dignidad de persona humana», como lo contempla el preámbulo de la Carta.

Y concluyó con unas palabras que cobraron sentido cuando Augusto Pinochet fue detenido en Londres, el 16 de octubre de 1998:

Cientos de miles de chilenos me despidieron con fervor al salir de mi patria y me entregaron el mensaje que he traído a esta Asamblea mundial. Estoy seguro que ustedes, representantes de las naciones de la tierra, sabrán comprender mis palabras. Es nuestra confianza en nosotros lo que incrementa nuestra fe en los grandes valores de la humanidad, en la certeza de que esos valores tendrán que prevalecer. ¡No podrán ser destruidos!

Asimismo, la tarde del 4 de diciembre mantuvo un encuentro con los corresponsales de prensa acreditados ante Naciones Unidas en el que explicó las razones de las dos últimas etapas de su viaje (Archivo Salvador Allende, 12, 1993: 167-176):

Voy a Cuba, porque el primer ministro Fidel Castro visitó Chile; soy amigo personal, desde hace muchos años del comandante Castro y del pueblo cubano, como fui amigo del comandante Ernesto *Che* Guevara. Claro que no voy a Cuba a una visita protocolar; voy a Cuba, porque tengo afecto, respeto, cariño por el pueblo cubano y su revolución; porque además han sido solidarios, como tenían que serlo, con Chile permanentemente. (...)

Voy a la Unión Soviética, porque es el primer país socialista que me invitó y además ¡porque es la Unión Soviética! Con lo cual digo bastante ¿verdad? Y aquí debo aclarar que la Unión Soviética —como los países del campo socialista— ha sido solidaria; comprende el proceso chileno; nos ha entregado su apoyo técnico-científico; hemos sellado convenios comerciales y culturales; tenemos expectativas de crédito para bienes de capital. Por eso voy a la Unión Soviética. Porque se me invitó, porque quiero expresar mi reconocimiento a la cooperación que hemos recibido y porque pienso ampliar los convenios existentes.

Después de una breve escala en la Argelia de Boumedienne (entonces uno de los miembros más activos del Movimiento de Países No Alineados), Allende llegó a Moscú invitado por el Gobierno soviético. En el transcurso de su visita oficial a la URSS entre el 6 y el 9 de diciembre, se entrevistó con Breznev y las más altas autoridades, depositó sendas ofrendas florales junto al mausoleo de Lenin y en la tumba del Soldado Desconocido, fue nombrado doctor *honoris causa* por la Universidad de Moscú M. V. Lomonosov y visitó Kiev, capital de Ucrania. En su discurso en la cena ofrecida en su honor en el Kremlin, evocó su primer viaje, en 1954, y destacó que era el primer presidente chileno que

visitaba este inmenso país. Ante los dirigentes comunistas soviéticos, elogió la ayuda soviética al pueblo vietnamita, destacó las buenas relaciones que su Gobierno mantenía con la URSS y el resto de países de la «comunidad socialista» y delineó los fundamentos de la «vía chilena al socialismo» (Farías, 2000, 5: 3699-3702).³

Ahora nosotros realizamos el proceso revolucionario en correspondencia con nuestras condiciones, con nuestra Constitución, con nuestras leyes. Lo hacemos en el marco de la democracia burguesa. Y no es nada fácil. Hemos tocado algunos intereses de los amos de nuestras principales riquezas nacionales y ellos lo han notado. Lo ha notado también la oligarquía financiera, bancaria, los latifundistas.

La última etapa fue Cuba, donde la noche del 13 de diciembre pronunció un discurso en la plaza de la Revolución horas antes de regresar a Chile. Allí, en el corazón de La Habana, evocó su apoyo solidario a la Revolución cubana (Allende, 1975: 573-590):

He vivido junto a ustedes acontecimientos que no podré olvidar: la hora del triunfo –enero de 1959–; llegué pocas horas después de Playa Girón, donde el pueblo cubano derrotara, aplastara, diera una lección de heroísmo al derrotar a los cubanos contrarrevolucionarios, agentes del imperialismo. Estuve en esta misma plaza en 1962, cuando se hiciera la Segunda Declaración de La Habana... (...)

He visto desde sus horas iniciales el largo, duro y sacrificado camino que ha andado el pueblo de Cuba, venciendo el bloqueo económico, derrotando la insolencia imperialista, afianzando su conciencia revolucionaria y consolidando su conciencia política. Lo he visto haciendo producir la tierra, levantando escuelas, trazando caminos, atendiendo a los enfermos, empujando su economía. Por sobre los esfuerzos que implicaba luchar por una zafra más alta y mejor, por sobre el sacrificio está el ejemplo, el ejemplo de un pueblo que señala al mundo una nueva moral, que dice a América Latina que hay un lenguaje en la ética revolucionaria que pueblo y dirigentes conjugan.

3. En 1971 y 1972, Chile había obtenido cerca de 80 millones de dólares en créditos a corto plazo de instituciones financieras controladas por la Unión Soviética y durante aquel viaje el gobierno de Allende logró otros 20 millones de dólares de libre disponibilidad y 27 más para la compra de materias primas y alimentos, cantidades muy por debajo de las expectativas de la comitiva chilena (Bitar, 1995: 195).

Destacó también el significado de la visita de Fidel Castro a su país un año atrás y las conquistas de la Revolución Chilena:

Queridos compañeros: cada país tiene su propia historia, su idiosincrasia, sus costumbres, ha vivido de manera diferente las distintas etapas de su proceso social. En Chile, el pueblo, las masas populares, de acuerdo con nuestra propia historia y realidad, hemos alcanzado el Gobierno para desde allí conquistar el poder.

Es muy difícil dentro de los marcos de una democracia burguesa impulsar un auténtico proceso revolucionario. Pero hemos avanzado cumpliendo con nuestra conciencia, con el programa que levantamos frente al pueblo y con la decisión de los que están abriendo el camino a una nueva sociedad y que empiezan a destruir el carcomido régimen capitalista para edificar el socialismo. (...)

Hemos dicho que el pueblo no busca ni quiere la violencia. Hemos hecho entender que la violencia está institucionalizada en el régimen capitalista, que golpea implacablemente a las masas populares. (...) Sentimos la violencia que quisieron desatar –hasta llevarnos a una posible guerra civil– los bastardos intereses de las empresas transnacionales como la ITT y llegaron en sus tenebrosas maquinaciones a asesinar al comandante en jefe del ejército, general René Schneider.

Fue el pueblo, la clase obrera, fueron las masas populares chilenas las que se movilizaron para defender su victoria. No la victoria de un hombre: la victoria esperada de un pueblo. Fue la lealtad ejemplar de las Fuerzas Armadas de mi patria, fuerzas profesionales, respetuosas de la voluntad popular, las que aplastaron la insolencia imperialista y a la propia reacción chilena.

El 21 de mayo de 1973, en su tercer Mensaje al Congreso Pleno, Salvador Allende volvió a caracterizar la política exterior de su gobierno, que había obtenido resultados muy meritorios (Martner, 1992: 503-545):

Si en el curso de los dos años y medio transcurridos el Gobierno ha llevado a cabo su anunciada política de transformaciones en la estructura económico-social interna, de modo paralelo se ha modificado sustancialmente la naturaleza de nuestras vinculaciones internacionales. Se ha terminado la subordinación de la política exterior a las grandes líneas de la estrategia mundial del imperialismo norteamericano. Hoy responde exclusivamente a los intereses de nuestro pueblo y de la patria.

Nuestra política internacional proyecta la naturaleza de la política interna. Si dentro de Chile nos hemos esforzado por hacer compatible el avance del proceso revolucionario con el pluralismo, más allá de nuestras fronteras nos hemos propuesto mantener relaciones con todos los pueblos

del mundo, sin exclusivismo ideológico. Ellos nos ha llevado a reconocer diplomáticamente la realidad de muchos países, estableciendo relaciones de amistad y cooperación.

Sin embargo, la recuperación de las riquezas básicas nos ha enfrentado a las manifestaciones más desembozadas de la codicia imperialista. Al mismo tiempo, nuestra resuelta identificación con la defensa de los intereses de los pueblos de Latinoamérica ha incentivado la solidaridad de los países hermanos hacia Chile. Las naciones del Tercer Mundo han expresado reiteradamente su respaldo a los esfuerzos que hacemos por obtener la independencia económica y política. (...)

Hoy podemos comprobar el respeto, amistad y solidaridad de que gozamos en la gran mayoría de las naciones. En un periodo en que la distensión de las relaciones internacionales, el desarme y la coexistencia pacífica se abren camino entre los Estados más poderosos, nuestra política internacional actúa dentro de ese contexto. Buscamos que la paz y la colaboración se extiendan a los pueblos de América Latina, Asia y África. Reclamamos que un nuevo tipo de relaciones económicas se establezca entre las naciones del capitalismo industrial y las no desarrolladas.

XV. LA ENCRUCIJADA DE MARZO

El 3 de noviembre de 1972 Salvador Allende se dirigió al país en un discurso transmitido por radio y televisión con motivo del segundo aniversario de su investidura como Presidente de la República. Después de repasar la labor de su gabinete durante el primer tercio de su mandato constitucional, se centró en los desafíos más cercanos y señaló que en materia económica se había declarado «una guerra contra Chile dentro y fuera del país» (Archivo Salvador Allende, 9, 1990: 181-194):

Tenemos que asumir conscientemente las limitaciones de una economía de guerra. Tenemos que imponernos una economía de guerra y comprender los sacrificios que esto significa, pero que no pueden pesar, como siempre han pesado, solamente sobre el pueblo.

Chile agredido desde fuera y desde dentro. Con la lucha empeñada en que estamos contra la insolencia imperialista; cuando nuestro comercio legítimo encuentra dificultades que se crean artificialmente; cuando se nos cierran las líneas de crédito; cuando hemos renegociado tan sólo el 70 % de la deuda externa; cuando lamentablemente el precio del cobre ha bajado, lo que implica que tengamos un menor ingreso del orden de los 160 a 170 millones de dólares; cuando internacionalmente los fletes han subido y además también todos los productos alimenticios, los insumos y los repuestos; cuando se nos obliga a pagar al contado lo que antes adquiriríamos a crédito; cuando los 270 millones de dólares de crédito de la banca privada a corto plazo en Estados Unidos se han visto reducidos tan sólo a 30 millones de dólares; cuando, por ejemplo, el precio del trigo ha subido de agosto a septiembre de este año en 22 dólares la tonelada; cuando el precio de la leche en polvo ha subido de 580 a 970 dólares la tonelada; cuando todo esto ha ocurrido y cuando vemos cómo la política del país más poderoso del capitalismo hace crujir las estructuras de los

países capitalistas industriales y con mayor razón las de nuestros pueblos, entonces debemos comprender que en esta etapa, más que en otras, Chile tiene que tener conciencia de las horas duras que ha vivido y de las que tendrá que vivir. Sé que los trabajadores comprenderán que hay que ahorrar más, invertir más y consumir menos en aquello que no sea lo indispensable y necesario.

Tras rendir tributo al movimiento popular por su conciencia durante el paro gremial de octubre, destacó, con la perspectiva de las elecciones de marzo, que el gran desafío era «afianzar el poder de los trabajadores», «la mayor garantía de la democracia, de la auténtica libertad y del pluralismo»:

En lo político hay que afianzar el poder de los trabajadores en los centros de producción, en las empresas, en los fundos, en las comunas y por cierto también en el Estado. Tenemos que pensar que hay una meta cercana, de importancia extraordinaria, que es marzo de 1973. Sabemos perfectamente bien que esas elecciones son para el Gobierno una prueba difícil, porque se renueva tan sólo parcialmente el Senado. Sin embargo, el pueblo es el árbitro supremo. El pueblo es el juez cuyo fallo es inapelable. Estas elecciones se realizarán, y la palabra del Gobierno está empeñada en ello, con la más absoluta garantía para todos. (...)

¡En Chile habrá elecciones! En Chile habrá elecciones limpias. En Chile el pueblo dará su veredicto y yo espero con tranquilidad el veredicto del pueblo. Por lo tanto debemos —desde el punto de vista político— garantizar las condiciones más favorables para el normal cumplimiento del Programa del Gobierno; y para ello es fundamental obtener una alta representación en la Cámara de Diputados y una justa representación en el Senado.

Necesitamos alcanzar las condiciones que aseguren el cumplimiento del Programa de la Unidad Popular, que permitan abrir las puertas para que pase el pueblo, y en su marcha triunfante, con sacrificios y con esfuerzos, vaya construyendo la sociedad del mañana, la sociedad socialista. (...)

Finalmente, reitero mi decisión irrevocable de servir con firmeza a Chile en esta hora dura, pensando en los que lucharon por darnos perfil de pueblo y asumiendo la tarea histórica de trabajar como lo han hecho, anónimamente, a lo largo de tantos años, miles y miles de chilenos, otros gobernantes y otros políticos.

Reitero mi decisión de luchar para que nuestro país avance en el progreso, para lograr una auténtica democracia política y económica; para alcanzar una auténtica justicia social; para quebrar y derrotar la injusticia del capitalismo y para darle a nuestra patria el sentido y el contenido del

humanismo socialista; para señalar que la preocupación básica y esencial de nuestro gobierno es el hombre y la mujer, que representan en sí mismos la familia; para poner la economía al servicio del hombre y que éste no sea prisionero de ella; para darle al humanismo el sentido relevante que tiene en una sociedad en donde la explotación del hombre por el hombre ha terminado y donde el hombre liberado será el creador de su propio porvenir.

Lo que hemos hecho no es poco. Nos falta mucho, pero mucho por hacer.

¡Hagámoslo con fe en nuestra tierra!

¡Que nos aliente el ejemplo de los próceres de la patria!

¡Que nos impulse el calor de la sangre regada por los que lucharon antes que nosotros en el campo social!

¡Que nos obligue la confianza que el pueblo nos entregara y que el pueblo tenga conciencia de que, unido, nunca nadie podrá impedir su avance!

Con el ánimo de enfriar el conflicto político, tender puentes de entendimiento entre el Gobierno y el PDC y paliar las consecuencias económicas del paro gremial, el general Prats tomó la iniciativa y en diciembre los ministros del área económica prepararon un nuevo proyecto de ley sobre el Área Social. En sus puntos esenciales, contemplaba la estatización de unas cincuenta empresas, algunas incluidas en la lista de las 91 y otras que se integrarían por su importancia estratégica; el resto de industrias tomadas por los trabajadores en octubre y los predios menores de 80 hectáreas de riego básico serían devueltos a sus propietarios.

El 27 de enero de 1973 Allende pronunció un discurso en Valparaíso en el que expresó su confianza en que la Unidad Popular obtendría una votación muy significativa en las elecciones del 4 de marzo (Archivo Salvador Allende, 1990, 9: 209-223):

Yo represento la estabilidad institucional. Yo no estoy «de prestado» en la Presidencia de la República. Yo fui elegido por el pueblo, ratificado por el Congreso, y mi mandato termina en 1976. No podrán, por lo tanto, poner término al Gobierno de los trabajadores, al Gobierno de ustedes. Para hacerlo constitucionalmente, tendrían que tener los dos tercios, y eso dependerá de ustedes, y eso dependerá del pueblo. Y yo pienso que el pueblo jamás va a retroceder; jamás va a tener una actitud pasiva que le permita a los sectores de oposición democrático-fascista obtener los dos tercios del Congreso, para destituir al Presidente constitucionalmente. Y si pretenden el camino ilegal, se encontrarán con la defensa de la ley, a

través del Gobierno del pueblo, y con la conciencia revolucionaria de los trabajadores. (...)

Hay que pensar lo que significa (y esto para algunos compañeros escépticos sobre el contenido revolucionario) lo que me dijo Boumediene, por ejemplo, en Argelia: «Hoy, no hay un hombre en el pueblo que no sepa lo que es Chile y su lucha. ¡La lucha de su pueblo, Compañero Presidente!».

Evocó su gira por México, la Unión Soviética y Cuba, donde había sido recibido con fervor por miles de personas y honrado con gestos y distinciones que nunca antes ningún presidente chileno había recibido, una muestra –aseguró– de la relevancia internacional de la Revolución chilena «en democracia, pluralismo y libertad». Después de pronunciar una vez más su conocida frase de que «los trabajadores eran gobierno», mencionó que en sólo dos años y medio éstos habían pasado de tener el 51 % al 64,8 % de la renta nacional y enumeró los logros en materia educativa (con un porcentaje de escolarización superior al 95 % en la educación básica), pensiones, la reforma agraria, la nacionalización de los recursos mineros y de la banca. Tampoco rehuía el análisis de las dificultades económicas (inflación, desabastecimiento de productos básicos) y criticó con dureza el bloqueo parlamentario tejido por la oposición desde su trinchera en el Congreso Nacional, con el rechazo sistemático de sus iniciativas legales y la presentación hasta aquel momento de nueve acusaciones constitucionales para destituir a otros tantos ministros:

Compañeros ¿qué salida tenemos? ¿Qué expectativas tenemos? En primer lugar –y eso será de responsabilidad de ustedes– es importante y el pueblo debe entenderlo. A mi juicio, no hay otra salida que fortalecer el Gobierno Popular. ¿Qué creen ustedes que podría pasar en Chile si se derrocara al Gobierno? ¿Que no puede ocurrir? ¿O creen ustedes que podría haber en Chile un Gobierno que pretendiera devolver las empresas del cobre, los monopolios los Bancos y los latifundios? ¿Creen que es posible eso?

¿Creen ustedes que es posible un Gobierno dictatorial fascista en Chile? Yo creo que no, porque el pueblo es muy fuerte y porque las Fuerzas Armadas y de Orden Público son democráticas en esta patria.

Por lo tanto, compañeros, sabiendo y ya teniendo la experiencia de seis años de reformismo, sólo cabe la responsabilidad del Gobierno Popular de los trabajadores. Y para ello, la presencia resuelta de los trabajadores debe ser cada vez más honda, más profunda, más decisiva, compañeros. Además, el mundo nos está señalando el camino que lleva la historia y que vivimos. (...)

Aquí no cabe otra alternativa. Hay que organizar al pueblo. Hay que defender la paz y el progreso de Chile. Hay que evitar el enfrentamiento. Hay que hacer de la democracia política una auténtica democracia. Hay que defender lo ganado y avanzar hacia el futuro con voluntad de cambio, con conciencia rebelde pero organizada y con la decisión que tiene que nacer de adentro; de hacer sacrificios hoy, para que sea el beneficio mañana para Chile y todos los chilenos.

Por eso, la lucha del pueblo hoy día es muy clara. Estamos luchando contra aquellos que quieren recuperar lo que tuvieron durante tanto años —y si lo hacen por los cauces legales, les respetaremos—. Pero estamos luchando contra el fascismo, que ya mostró sus garras en octubre y que se prepara para hacerlo en marzo.

En un encuentro con dirigentes de los cordones industriales de Santiago celebrado tres días después, el Presidente intentó, sin éxito, persuadirles de que apoyaran el proyecto de ley para la definición del Área Social impulsado por el general Prats en diciembre.¹ Las diferencias públicas entre la dirección del Partido Socialista, el MAPU y la IC y Salvador Allende y el Partido Comunista se explicitaron de nuevo, por lo que se paralizó la iniciativa gubernamental e impidió a la UP aprovechar la colaboración de las Fuerzas Armadas. El llamado «proyecto Prats-Millas» sobre el Área Social no llegó al Congreso Nacional.

Por otra parte, el 12 de enero el nuevo ministro de Hacienda,² Fernando Flores, anunció en un discurso retransmitido por radio y televisión un conjunto de medidas para paliar los problemas de abastecimiento de alimentos y combatir

1. En febrero de 1973 los cordones industriales de Santiago, los comandos comunales y la Coordinación Nacional de los trabajadores de la construcción difundieron una declaración donde mantenían su apuesta por un avance acelerado hacia la socialización de la economía, con exigencias como la nacionalización de los predios de más de 40 hectáreas de riego básico. También hablaban de la nacionalización de todas las empresas que producían bienes de primera necesidad, del sector alimentario y de los materiales de construcción, así como de todas las empresas privadas de distribución de productos. En la configuración de un socialismo «desde abajo», fronterizo con las concepciones libertarias, llamaban a «la lucha por implantar una dirección obrera en todas las empresas del sector socializado». «Creemos que controlar los medios de producción y la distribución es consolidar el proceso, es crear una nueva economía en manos de la clase obrera (...) Por eso nos oponemos a todo tipo de concesión a la burguesía. Comprendemos la inmensa responsabilidad que nos incumbe como trabajadores, pero exigimos que nuestras propuestas sean escuchadas y aceptadas; exigimos que se nos abran las puertas para participar directamente en la búsqueda de soluciones a los problemas del proceso» (Joxe, 1974: 193-195).

2. Pocos días antes, Allende había nombrado a Orlando Millas al frente del Ministerio de Economía y a Flores en Hacienda para contrarrestar los efectos de la acusación constitucional presentada por los senadores del Partido Nacional contra el primero.

el mercado negro (entre ellas la creación de la Secretaría Nacional de Distribución cuya dirección recayó en el general de la Fuerza Aérea Alberto Bachelet), la canalización de la producción de todas las empresas estatales hacia empresas comerciales del Área Social, el establecimiento de contratos de compra con empresas privadas, la suspensión de la venta directa a los ciudadanos en las empresas, la supresión del trueque entre empresas, la prohibición del pago en especies a los trabajadores y el desarrollo de las JAP como organizaciones populares de apoyo. Pero la medida que desencadenó otra furibunda campaña de la oposición fue el anuncio de la distribución racionada de treinta productos (aún no definidos) de acuerdo a las necesidades de la población,³ que al final tuvo el efecto contrario al buscado, ya que el Gobierno no demostró capacidad para cumplir esta tarea y acrecentó el acaparamiento (Bitar, 1995: 209-216).

En aquellos días la pugna política ya está volcada en las elecciones parlamentarias. Para la Confederación Democrática, el 4 de marzo ofrecía la oportunidad de obtener los dos tercios del Congreso Nacional para poder aprobar una acusación constitucional contra el Presidente de la República y forzar su renuncia. Por su parte, la Unidad Popular llegaba a la cita electoral en un momento difícil, por el agravamiento de la crisis económica tras el paro de octubre y el bloqueo parlamentario de la oposición con la complicidad de la cúpula del Poder Judicial y otras instituciones del Estado como la Contraloría. En unas elecciones en las que se renovarían los 150 escaños de la Cámara de Diputados y la mitad de los 50 del Senado, la batalla de Santiago tendría un especial simbolismo al enfrentarse en esta circunscripción Eduardo Frei, el presidente del Partido Nacional, Sergio Onofre Jarpa, Carlos Altamirano y uno de los principales dirigentes comunistas, Volodia Teitelboim.

A finales de enero, Frei, quien gobernó durante los últimos 20 de sus 72 meses de mandato con apenas el apoyo del 29,8 % del electorado, expuso la tesis de su partido sobre el 4 de marzo en el Canal 13 de televisión (propiedad de la Universidad Católica): «Creo que es un plebiscito y que es la elección más importante de la historia electoral de Chile, por lo menos de este siglo» (Pinochet de la Barra, 1993: 477). Este planteamiento, que ya utilizó con motivo de las

3. En tono apocalíptico, Arturo Fontaine Aldunate, entonces subdirector de *El Mercurio*, asegura que era un paso más hacia «un esquema socialista riguroso» (1999: 158-161). Por su parte, una pobladora del campamento Nueva La Habana (dirigido por el MIR) declaró entonces en alusión a las críticas de la derecha: «Hablan de racionamiento como si esa palabra fuera a asustarle al pueblo. ¿No se dan cuenta de que nosotros siempre hemos vivido racionados? Y racionados con los sueldos que nos pagaban los ricos. Yo empecé a trabajar a los 8 años...». *Chile Hoy*, n.º 32, 19 de enero de 1973, p. 29.

municipales de 1971, serviría, en el caso de una estrepitosa derrota de la UP, para poder imponer al Gobierno una «rectificación» de su política.

El 28 de febrero, en uno de los últimos discursos de su campaña electoral, el ex presidente reiteró el carácter plebiscitario de las elecciones y detalló el proceso de «reconstrucción nacional» que proponía el PDC ante la «destrucción» causada por la UP. Afirmó que su partido jamás había engañado al pueblo, pero, al referirse al futuro inmediato de Chile, aseveró:⁴

El país vive una hora muy difícil. 1973, en los próximos meses, vivirá horas muy difíciles. Pero esto no se arregla con palabras o parches. Nosotros ya hemos definido nuestro camino y no nos apartaremos. Nuestra misión histórica y definida: darle al país una salida democrática que le haga recuperar su trabajo y la paz. No queremos una guerra civil ni un enfrentamiento.

Por su parte, el Partido Nacional subrayaba que la batalla electoral no debía marginar, sino reforzar, la «resistencia civil», la movilización de sus partidarios en acciones que incluían la violencia terrorista a cargo del comando Rolando Matus y Patria y Libertad. El discurso de la derecha se articulaba en torno al concepto de la «renovación» de un país sumido en una decadencia prolongada cuya etapa culminante era el Gobierno de Allende. Y así, por boca de Jarpa, enhebraron su discurso sobre la necesidad de un gobierno «nacionalista» que pusiera fin al pluralismo político y las libertades democráticas y se apoyara en las Fuerzas Armadas y los gremios, en una suerte de «democracia orgánica» criolla (Corvalán Marquez, 2000: 248-249).

En las filas de la izquierda, la coyuntura electoral posibilitó un acercamiento entre el Partido Socialista y el MIR. El 11 de enero, en la proclamación de los candidatos socialistas, Altamirano reafirmó la conocida apuesta de su colectividad por la aceleración del proceso revolucionario, hasta que la clase obrera sustituyera a la burguesía «en el manejo y control de la nueva sociedad», y señaló que concebían los cordones industriales, los comandos comunales y los consejos comunales campesinos como las formas de organización «embrionarias» del futuro Estado socialista. En su discurso, adornado con una impecable retórica marxista, el secretario general del PSCh abogó por primera vez por la unidad de los revolucionarios «de dentro y de fuera de la Unidad Popular», un discurso hasta entonces exclusivo del MIR. Después de aquellas palabras y de

4. *Las Últimas Noticias*, 1 de marzo de 1973 (González Pino y Fontaine Talavera, 1997, 1: 595-598).

un intercambio epistolar entre ambas organizaciones, el secretariado nacional del MIR decidió pedir el voto para los candidatos socialistas.

Tras responder a la carta del MIR, a principios de febrero Altamirano remitió otra a Luis Corvalán para intentar poner fin a la enconada polémica que sostenían los diarios *Puro Chile* –cercano al PCCh– y *Ultima Hora* –del PSCh– en torno al «Plan Prats-Millas» sobre el Área Social.

La respuesta de Corvalán, con fecha de 6 de febrero, es interesante porque además de coincidir con Altamirano en la necesidad de rebajar las críticas a través de esos diarios, expuso la posición comunista ante la coyuntura, que enfatizaba la necesaria convergencia de todas las fuerzas de la Unidad Popular y en particular la importancia de fortalecer la unidad socialista-comunista. A juicio del secretario general del PCCh, ésta era la mejor opción para frenar la decisión «del enemigo» de derribar al Gobierno constitucional, bien por la vía constitucional, bien por «algún tipo de golpe de estado o de movimiento sedicioso como el de octubre», y derrotar a quienes perseguían «el baño de sangre». Pero también insistió en que el proyecto legislativo sobre el Área Social era positivo porque tendía a ampliarla.

Corvalán no eludió mencionar algunas grietas recientes en la unidad socialista-comunista, como la derrota en las elecciones de la Federación Nacional de Trabajadores de la Salud ante el PDC debido a la presentación de un lista comunista y de otra socialista apoyada por el MIR. En este punto se detuvo a analizar las posiciones de este movimiento y aseguró que el imperialismo y la oligarquía atacaban al Gobierno del Presidente Allende, «que es un hecho real, concreto, una conquista del pueblo que por sobre todo hay que defender para seguir avanzando de más en más», no «el fantasmagórico “poder popular independiente del Gobierno” de que habla el MIR y que sólo existe en la cabeza calenturienta de sus dirigentes». Por último, mencionó que apoyaban todas las formas de «poder popular» creadas por los trabajadores con la condición de que fortalecieran al Gobierno (1978: 160-168).

En su réplica, Altamirano fue contundente al afirmar la concepción socialista sobre el objetivo la UP como una marcha «ininterrumpida» hacia la conquista «total» del poder por los trabajadores. Esta tarea, que correspondía a la clase obrera y al pueblo, no podía conciliarse con la búsqueda de entendimientos políticos con la burguesía, en alusión al PDC, para dirimir a través «del juego político tradicional» los conflictos que desencadenaba la lucha de clases. Y, si Corvalán aseguraba que la inmensa mayoría de la nación era partidaria de las transformaciones y de respetar al Gobierno constitucional y hacía hincapié en la oposición comunista a un golpe de estado o a una guerra civil, Altamirano

consideraba que esto eran lamentables e inaceptables «ilusiones». Más aún, en aquellos días concedió una entrevista a *Punto Final* y a la pregunta de, si le parecía «eventual», «soslayable» o «ineludible» el enfrentamiento de clases, respondió: «¡Ineludible!».⁵

Respecto al MIR, puntualizó el desacuerdo socialista con muchos de sus planteamientos, pero consideraba que era una fuerza revolucionaria partidaria de defender y profundizar el proceso de transformación social. Altamirano también puso de relieve las diferencias en materia de política económica entre los dos principales partidos que sustentaban al Gobierno porque para su organización era prioritario lograr una rápida ampliación del Área Social e imponer un férreo control popular de la distribución como herramienta de lucha contra el desabastecimiento, mientras que el Comunista insistía en la línea económica aprobada en Lo Curro (Farías, 2000, 6: 4234-4244).

El 10 de febrero el Estadio Nacional fue escenario de uno de los actos centrales de la campaña de la UP, con las intervenciones centrales del senador Rafael Agustín Gumucio, presidente del Partido Federado de la Unidad Popular, y Salvador Allende. Ante las decenas de miles de personas que llenaban las gradas, las galerías interiores y gran parte de la cancha de fútbol, el Presidente de la República repasó la labor de sus dos años y medio de gobierno: habló de la producción de 594.000 toneladas en la gran minería del cobre durante 1972, la mayor de la historia nacional; de la constitución del Área Social, cuya producción creció un 17 % entre 1970 y 1972; de la reforma agraria, que había erradicado el latifundio; del aumento de la participación de los trabajadores en la renta nacional; de la notable reducción del desempleo y de los sobresalientes progresos en educación (Farías, 2000, 6: 4188-4203):

Los trabajadores, que han construido Chile, hoy están resueltos a dirigirlo, pese a quien pese. Los que durante siglos han sufrido humillaciones y miserias no miran la desaparición del mundo viejo como una cuestión de dos años o de cuatro semanas. Su fuerza viene de más allá y va mucho más allá de dos o cuatro años. Para los trabajadores la conquista de la dirección política y económica del país no se juega el 4 de marzo. Cualquiera que sea el resultado de las elecciones, la tarea hacia el futuro la tenemos muy clara y el pueblo debe entenderlo bien.

La revolución continúa adelante, porque sabemos que tenemos fuerza y conciencia más que suficiente para asegurarla. Hoy tenemos 57 diputados, después del 4 de marzo la Unidad Popular tendrá más diputados.

5. *Punto Final*, n.º 177, 13 de febrero de 1973. *Documentos*. pp. 1-6.

Hoy tenemos 17 senadores. Después del 4 de marzo tendremos más senadores. Más que eso, ahora y después del 4 de marzo, los trabajadores saben que tienen la CUT y los Consejos Campesinos y las organizaciones del Poder Popular. La fuerza de los trabajadores no descansa sobre unos pocos. Descansa en la fuerza social que ellos representan y ésta es la base y la mística de sustentación del Gobierno Popular.

Esto no significa que no demos una importancia trascendente al resultado de las elecciones de marzo, porque ello significará poder, si el pueblo trabaja bien y se decide como debe decidirse. Sobre todo si el hombre de Chile le habla a su compañera, a su hermana, a su madre y a su hija, señalándoles que en el proceso revolucionario ella ha alcanzado niveles que nunca tuvo antes, en ningún Gobierno, y la hace entender que su seguridad, la seguridad de la mujer chilena, la seguridad de su familia, la seguridad de su hijo, sólo puede garantizársela un Gobierno Popular que avance hacia el socialismo.

Compañeros: termino diciéndoles que cada uno de ustedes, cada mujer, cada joven, cada anciana, cada hombre que repleta este gran estadio debe tener conciencia de que su fuerza se va a fortalecer después del 4 de marzo. Debe tener la certeza absoluta de que el proceso revolucionario no se va a detener. Debe saber a cabalidad, debe tener incrustada en su conciencia y en su corazón la convicción absoluta de que el Compañero Presidente de ustedes, después del 4 de marzo, antes del 4 de marzo y siempre, estará junto a ustedes en la barricada de la lucha para hacer posible la victoria final. (...)

¡Queremos paz y seguridad para Chile! ¡Nuestra fuerza permitirá derrotar la insolencia imperialista definitivamente y la provocación reaccionaria y fascista!

¡Tenemos la razón de la legalidad! ¡Tenemos la fuerza revolucionaria de los trabajadores! ¡Somos hoy un pueblo digno e independiente, soberano de su destino!

Compatriotas: ¡Adelante! ¡Venceremos!

Del programa electoral de la Unidad Popular en 1973 destaca su radicalización respecto a la plataforma programática de 1970, evidente cuando expresa que «ante la crisis de un sistema económico agotado, hay una salida: la construcción de una economía socialista» o cuando precisa la propuesta de una nueva ley de reforma agraria que abriría la puerta a la nacionalización de los predios mayores de 40 hectáreas de riego básico. O el epígrafe sexto, titulado «Todo el poder para la clase obrera, los trabajadores y el pueblo», que especifica cómo debía organizarse el poder popular en la base y que en la estructura del Estado se materializaría en la aprobación de la nueva Constitución.

La lucha de hoy –proclamó la Unidad Popular– es avanzar hacia el socialismo y ampliar la democracia para el pueblo y los trabajadores, contra los designios golpistas y violentos de la derecha, que, como siempre, intenta imponer su dictadura bajo el disfraz de la «defensa de la democracia y la libertad».⁶

Las elecciones parlamentarias del 4 de marzo de 1973 ofrecieron un resultado inesperado en un país sumergido en una grave crisis económica, social y política y habituado a variar el sentido de su voto casi en cada elección.⁷ Por primera vez en dos décadas, el Gobierno incrementó su apoyo electoral después de 29 meses de gestión porque en las votaciones a diputados la Unidad Popular alcanzó el 43,4 % de los votos y la CODE debió conformarse con el 54,7 %. La oposición no sólo no obtuvo los dos tercios en el Congreso Nacional, sino que cedió a la UP seis de sus 93 diputados y dos de sus 32 senadores, aunque conservó su mayoría en ambas Cámaras.

El PDC retrocedió respecto a 1969 en siete décimas, al lograr el 29,1 % de los votos, perdió uno de sus 20 senadores y sumó cuatro a sus 47 diputados. De los 87 diputados de la CODE, 51 eran demócratacristianos y de los 30 senadores, 19 (Dooner, 1985: 136). Por su parte, el Partido Nacional alcanzó una votación ciertamente considerable, el 21,3 %, mantuvo sus 33 diputados y sumó tres a sus ocho senadores. En las filas de la oposición fracasaron las dos escisiones radicales: Democracia Radical (2,3 %) mantuvo dos de sus cuatro diputados y perdió sus dos senadores y el Partido de Izquierda Radical (1,8 %) retuvo sólo uno de sus nueve diputados y tres de sus cinco senadores.

6. Al final, el programa recogía siete tareas para el Gobierno y el movimiento popular: la defensa del cobre de las agresiones del imperialismo norteamericano, la lucha contra «el sabotaje interno» y «el bloqueo del imperialismo norteamericano», la resolución de los problemas básicos de alimentación, transporte, vivienda, salud y educación, así como del problema de la producción y el abastecimiento a través del control popular en la industria, en el campo y en las poblaciones, la intensificación de la lucha ideológica «para desenmascarar a los enemigos del pueblo y desarrollar la conciencia revolucionaria de las masas», la victoria sobre el mercado negro, el acaparamiento de productos y la especulación a través de la acción del poder popular en la base y la conquista de «todo el poder para la clase obrera, los trabajadores y el pueblo» (Novoa, 1973: 293-322).

7. Como ya estaba en vigor la reforma legal que redujo la mayoría de edad de 21 a 18 años, y dado que desde 1971 los analfabetos y los invidentes tenían derecho al voto, el número de ciudadanos inscritos en los registros electorales creció de las 3.539.747 personas de 1970 a 4.421.000, de ahí el aumento de los votos obtenido por las principales fuerzas políticas el 4 de marzo de 1973 (Vitale, 1999: 399).

La única fuerza que experimentó un crecimiento notable en aquellas elecciones respecto a las de 1969 fue el Partido Socialista, que ascendió del 12,2 % al 18,6 % de los votos, duplicó sus 14 diputados y aumentó de cuatro a siete senadores. Todos sus candidatos que optaban a un escaño en el Senado fueron elegidos y los dos diputados con mayor votación en términos porcentuales pertenecían a sus filas, Mario Palestro y Laura Allende, la hermana del Presidente. Para Altamirano, el importante aumento de la votación socialista significó «un respaldo a nuestra posición consecuente de impulsar sin claudicaciones el proceso revolucionario, profundizándolo y radicalizándolo, batallando unidos pueblo y gobierno por conquistar cada vez más poder y castigar con energía a la burguesía explotadora y antinacional».⁸

El Partido Comunista, con el 16,2 %, aumentó de seis a nueve senadores y de 22 a 25 diputados. Su bancada en la Cámara de Diputados era la que contaba con más mujeres, seis, y más jóvenes, cuatro, e incluía por primera vez a un mapuche, Rosendo Huenumán, elegido por Cautín. El Partido Radical (3,7 %) preservó cinco de sus doce diputados y dos de sus tres senadores. El MAPU (2,5 %) regresó al Parlamento con dos diputados (uno de ellos Óscar Garretón, su secretario general) y la Izquierda Cristiana, con el 1,2 %, fracasó en su intento de penetrar en la base popular del PDC al mantener tan sólo uno de sus nueve diputados y uno de sus dos senadores. La Acción Popular Independiente (0,8 %) ganó dos diputados pero perdió su senador.

En aquellos comicios, en los que la abstención se redujo al 18,8 %, la Unidad Popular aumentó de manera sustancial el apoyo de las mujeres a sus candidatos, a pesar de que eran ellas quienes más soportaban las largas colas causadas por las escasez de productos, ya que, si en 1970 el 30 % votó a la UP, entonces lo hizo el 39 %. En la batalla senatorial de Santiago, se impuso Eduardo Frei, con 389.637 votos, seguido de Volodia Teitelboim, con 238.535, Carlos Altamirano, con 229.281, Sergio Jarpa, con 191.611, y del demócratacristiano José Musalem, con 106.780.

Ante estos resultados, que representaron una amarga victoria para la CODE y un triunfo moral y político para la izquierda, la UP destacó que como en octubre la oposición se había estrellado frente a la conciencia y la voluntad de los trabajadores y que su ascenso se había producido en un contexto económico y social muy difícil, por lo que el Gobierno debía continuar avanzando hacia el

8. *Las Noticias de Última Hora*, 9 de marzo de 1973 (González Pino y Fontaine Talavera, 1997, 1: 600).

socialismo. Aquella noche Allende habló por televisión para destacar que el país había vivido otro proceso electoral con pleno respeto a todas las opciones y en absoluta libertad, en contra de lo que auguraron los sectores conservadores en la primavera de 1970. Sobre los resultados, tan sólo comentó que la UP había superado el 40 % de los votos y que por tanto su Gobierno era el único de las últimas décadas que afrontaría la segunda mitad de su periodo constitucional con tan elevado porcentaje de apoyo popular. El 21 de mayo, en su tercer Mensaje al Congreso Pleno, sí ofreció su interpretación política del resultado de marzo (Farías, 2000, 6: 4556-4557):

Las elecciones parlamentarias del 4 de marzo han demostrado, igualmente, algo que desespera y obnubila algunos de nuestros adversarios: el funcionamiento regular de los mecanismos político-institucionales a través de los cuales se expresa la voluntad popular. Contrariando los designios de quienes no han cesado en sus intentos de destruirlos, porque veían en las elecciones una «meta sin destino», la jornada del 4 de marzo fue una clara manifestación de defensa del régimen democrático.

Por otra parte, la significación del resultado electoral la da el contexto histórico en que ha tenido lugar. La política gubernamental se ha traducido en el apoyo masivo que han recibido los partidos políticos que la sustentan, el más alto que gobierno alguno haya alcanzado en los últimos veinte años tras 27 meses de gestión. El 4 de marzo ha sido reafirmada la vía chilena al socialismo. (...)

Al mismo tiempo, en el resultado del 4 de marzo el Gobierno advierte también la necesidad de que se introduzcan algunas modificaciones en la política actual, que no han encontrado la adhesión de ciertos grupos de trabajadores y capas medias, a pesar de que nuestra acción está orientada en su favor.

En marzo de 1973, el cuadro político no se modificó, pero la esperada encrucijada electoral sí arrojó una reveladora conclusión para la derecha y el freísmo: a tres años y medio de las elecciones presidenciales de septiembre de 1976, el proceso de construcción del socialismo ya sólo podía ser revertido por un golpe de estado.

Sin embargo, la satisfacción de la UP por el resultado electoral se diluyó con la ruptura de uno de los partidos que la fundó, una expresión traumática de las diferencias que minaban a la izquierda. La madrugada del 7 de marzo una parte del pleno del Comité Central del MAPU se reunió de manera subrepticia con la ausencia de su secretario general y de algunos de sus colaboradores más próximos, elegidos en el II Congreso celebrado en diciembre de 1972, que aprobó el giro

hacia las posiciones más izquierdistas de la UP. Aquel pleno decidió la expulsión de seis miembros de la Comisión Política y nueve de los 92 miembros del Comité Central por haber realizado una actividad fraccional de «ultraizquierda» y aprobó la sustitución de Óscar Garretón por Jaime Gazmuri en la secretaría general. Pero los afectados reaccionaron y a su vez apartaron de la disciplina del partido a los promotores: Gazmuri, Fernando Flores y Enrique Correa.

El domingo 11 de marzo el Estadio Chile y el Teatro Caupolicán acogieron sendos actos políticos de las dos fracciones que escenificaron la ruptura del MAPU.⁹ El Movimiento de Acción Popular Unitaria, una organización que había aportado a la UP unos cuadros políticos excelentes, en particular en materia económica y agraria, y una cierta base social sobre todo en el medio rural, quedó partido en dos, con la creación del MAPU Obrero-Campesino por la fracción de Gazmuri, que sostenía unas posiciones cercanas a las del Partido Comunista y Allende, mientras que el MAPU de Garretón coincidía con la línea del Partido Socialista.

9. *Chile Hoy*, n.º 40, 16 de marzo de 1973, p. 5.

XVI. EL OTOÑO DE UNA REVOLUCIÓN

El Gobierno presidido por Salvador Allende podía presentar una notable gestión en materia educativa cuando a mediados de marzo de 1973 expuso su proyecto de la Escuela Nacional Unificada (ENU), cuyos planteamientos medulares habían sido consensuados por los sectores más representativos en el Primer Congreso Nacional de Educación celebrado en diciembre de 1971: en apenas dos años y medio, se habían duplicado los 60.000 niños matriculados en la enseñanza preescolar; 259.300 más asistían a la escuela primaria y los que iban a la secundaria habían pasado de 302.000 a 464.200; asimismo, los alumnos de la Universidad de Chile y la Universidad Técnica del Estado se habían duplicado y se aproximaban a los 100.000, con un número considerable de trabajadores que cursaban estudios en esta última en virtud del convenio suscrito por su rector, Enrique Kirberg, con la CUT. Además, sólo durante 1972 el Gobierno había repartido 4.205.000 libros de texto entre los escolares (Silva, 1975: 19-23).

El proyecto de la ENU establecía que todos los niños disfrutarían del mismo sistema de enseñanza, igual en calidad y duración mínima, y preveía avanzar hacia una educación politécnica, combinar la enseñanza teórica con la práctica e incluso el estudio con el trabajo, así como vincular los estudios con los problemas reales de los estudiantes a través de la creación de complejos educativos integrados en la realidad de su entorno (Corvalán Marquez, 2000: 280-281). A pesar del consenso en torno a estos objetivos, la filtración a la prensa de un documento preparado por técnicos del Ministerio de Educación con un prólogo saturado de retórica marxista desencadenó una nueva ofensiva de la oposición, que tomó oxígeno después de la derrota de octubre y la decepción de marzo. Pero, más allá de la predecible reacción del PDC y del PN, la relevancia de la contestación a la ENU estribó en que, por primera vez, enfrentó a la jerarquía

católica con la UP y desencadenó sonoras críticas de oficiales de las Fuerzas Armadas, dos semanas después de que el general Prats y los otros militares se retiraran del gabinete.¹

El 25 de marzo, en el acto de inauguración del año escolar, el ministro de Educación, Jorge Tapia, recordó el acuerdo casi unánime en torno a las líneas centrales de la Escuela Nacional Unificada y, después de precisar que aún se hallaba en la etapa de su discusión, garantizó que el proyecto respetaba la libertad de enseñanza y que era «la gran solución para la crisis educacional del país» puesto que vinculaba «la educación con la realidad nacional y con el proceso de cambios profundos que experimenta el país, y es vehículo para la unidad democrática de todos los chilenos».²

Pero el Partido Nacional no tardó en alertar de que la ENU suponía un intento gubernamental de implantar una tiranía cultural y educativa y el PDC exigió que la reforma educativa respetara el pluralismo y el carácter democrático de la enseñanza. Mientras, las organizaciones estudiantiles vinculadas a la oposición, en especial la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica, protagonizaron algaradas callejeras junto con los estudiantes de las elitistas escuelas del Barrio Alto.

El 28 de marzo el cardenal Silva Henríquez pidió al Presidente que postergara la aplicación de la ENU hasta que fuera debatida y mejorada por el conjunto de la sociedad y en particular por la comunidad educativa. El arzobispo

1. En su excelente libro de memorias, Carlos Prats anotó: «En la tarde de ese día [27 de marzo] entrego los asuntos pendientes al nuevo ministro del Interior, Gerardo Espinoza, y me despido del personal del ministerio, destacando con sinceridad la especial colaboración, abnegada y ejemplar, del subsecretario del Interior, Daniel Vergara. Había terminado una dura experiencia, durante la que recibí ataques despiadados o destemplados, y aplausos sinceros o interesados. (...) En particular, conocí muy de cerca al Presidente Allende, quien me dedicó muchas horas de análisis y, pese a la gran distancia que nos separaba en el aspecto ideológico y en cultura política, aprendí a respetarlo como gobernante y a apreciarlo como ser humano. En la primera de estas calidades, lo ví concentrar todos sus esfuerzos y capacidades en beneficio de la causa popular, anteponiendo su interés por la justicia social a las conveniencias programáticas o electorales de la combinación de partidos políticos que lo sustentaban. En la segunda calidad, conocí un hombre de gran confianza en sí mismo, hasta orgulloso si se quiere, pero abierto a escuchar, sensible a las franquezas del interlocutor, socarrón frente a los "asentidores" y sin acopio de odios, ni hacia sus más enconados enemigos políticos. Su larga trayectoria en las lides parlamentarias y electorales lo había inmunizado contra la adulación y la injuria. Su vitalidad lo proveía de una extraordinaria capacidad de trabajo y sabía alternar con filosofía los largos momentos tensos y amargos, con el breve placer mundano de una charla insustancial» (1985: 374-375).

2. *La Nación*, 26 de marzo de 1973 (González Pino y Fontaine Talavera, 1997, 1: 609-610).

de Santiago destacó algunos aspectos positivos, como la universalización de la educación pública gratuita y la integración del estudio y el trabajo, pero criticó su inspiración socialista y no cristiana.³

El 11 de abril el ministro Tapia impartió una conferencia ante sesenta oficiales medios y superiores de las tres ramas de las Fuerzas Armadas para aclarar la posición del Gobierno, en una reunión que desveló el peligroso anti-comunismo que se incubaba en los cuarteles. Según el testimonio del general Prats, la exposición de Tapia fue «clara, concreta y precisa» ya que señaló que la reforma educativa se inspiraba en las recomendaciones de Naciones Unidas y que, ante las críticas, el Ejecutivo, había decidido aguardar a que se pronunciara el Consejo Nacional de Educación, integrado por una amplia y plural representación ciudadana.

Después de su discurso, se produjeron una sucesión de intervenciones beligerantes por parte de algunos oficiales y así, el almirante de la FACH y ex ministro Ismael Huerta, el general Javier Palacios y el coronel Pedro Espinoza, entre otros, mencionaron el polémico prólogo para descalificar las intenciones del Ejecutivo y acusarlo de pretender imponer una educación que no era sino un adoctrinamiento marxista, algo que no podían aceptar «como padres de familia». El debate se fue caldeando hasta el punto de que algunos militares llegaron a pronunciar duras, y muy aplaudidas, invectivas contra el Gobierno, al que motejaron de «marxista», en presencia de los tres comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas y del ministro de Defensa, José Tohá, quien contempló el abierto alineamiento de destacados oficiales con las tesis de la oposición (Prats, 1985: 377-379).

Algunos días después, en una entrevista concedida al semanario *Chile Hoy* (dirigido por Marta Harnecker), Salvador Allende aseguró sobre la ENU:⁴

Con ese proyecto ocurrió lo mismo que con el proyecto de los tribunales vecinales. Se hizo toda una campaña que deformó la imagen. Pero, en el caso de la Escuela Nacional Unificada, el problema es diferente, es un problema de mucha mayor envergadura. Allí tenían que utilizarse, con mucha calma y previendo que podía interpretarse erradamente la decisión del Gobierno, todos los medios de difusión para que la gente pudiera entender que de lo que se trata no es de obligar desde la infancia a los chilenos a pensar de una misma manera. Eso es absurdo. Nunca se ha planteado, por ejemplo, eliminar la educación particular. El problema es que nunca

3. *Mensaje*, n.º 209, junio de 1972 (AAVV, 1981: 60-62).

4. *Chile Hoy*, n.º 45, 19 de abril de 1973, p. 32.

se anticipó una discusión sobre estos temas y apareció como que había plazos muy rígidos. La gente no ha sabido que existe un Consejo Nacional de Educación que es pluralista, en el cual están representadas todas las corrientes; que la Escuela Nacional Unificada nació de una convención de maestros realizada durante el Gobierno anterior; que esta idea tiene vinculaciones muy fuertes con los estudios realizados con la UNESCO. Nos encontramos con el desconocimiento de todas estas cosas y el hecho de que es fácil montar una campaña pretendiendo decir que nosotros queremos prácticamente deformar la mentalidad de los niños.

En aquella entrevista le preguntaron por el cuadragésimo aniversario de la fundación de su fuerza política:

Creo que el Partido Socialista, desde su nacimiento, fue un aporte muy positivo al proceso chileno. Tuvo un enfoque muy claro de nuestra realidad por ser un partido no vinculado a ninguna Internacional, sin dejar de tener una concepción mundial y ejercer la solidaridad proletaria internacionalista. Fue un partido eminentemente americanista.

Pienso que lo más positivo y efectivo del Partido Socialista en sus primeros años de vida fue su lucha frontal contra el nazifascismo. Era la época en que estaban organizadas las Milicias Republicanas. Era la época de los desfiles uniformados, de los garrotes y del ataque de las fuerzas nazistas contra los trabajadores. El Partido Socialista fue, creo yo, sin discusión, el adversario más decidido, más duro, más firme en la lucha antinazi y antifascista en Chile. También lo fue el Partido Comunista, sin duda, pero creo que el PS tuvo enfrentamientos que demostraron su decisión en ese sentido. Mientras yo era secretario regional en Valparaíso, hubo enfrentamientos que resultaron con muertos por ambos lados. Pero más importante que eso fue la lucha ideológica contra sus planteamientos y en eso contribuyó extraordinariamente el Partido.

También contribuyó en forma clara y decisiva al triunfo de don Pedro Aguirre Cerda, vale decir, a la organización del Frente Popular. Fue el PS el que en ese entonces determinó su candidatura. Como ahora contribuyó a formar la Unidad Popular.

Creo que lo más importante es que desde hace más de quince años, socialistas y comunistas, a pesar de las discrepancias que a veces han alcanzado tonalidades no convenientes pero nunca un enfrentamiento —antes los hubo—, han llegado a una unidad, a un diálogo, a un entendimiento que es la base de la fuerza de la Unidad Popular, porque es el entendimiento de la clase obrera. Sin unidad socialista-comunista no puede haber revolución, a mi juicio. (...)

Yo he sido de todo en el partido, desde fundador en Valparaíso, jefe de núcleo, secretario regional, secretario general, subsecretario general, dipu-

tado del partido, senador del partido, ministro del partido, Presidente del partido. Lo que más me ha marcado es el espíritu socialista, la generosidad y el fervor de miles de militantes que he conocido en mi vida, que nunca pidieron nada personal y siempre tuvieron fe en la victoria del pueblo para construir el socialismo. Ahora, yo personalmente puedo decir que todo lo que soy y he sido se lo debo al Partido Socialista y al pueblo.

Los periodistas de *Chile Hoy* también le inquirieron «¿por qué da la impresión a mucha gente de que usted, a pesar de ser socialista, coincidiría más con las posiciones del Partido Comunista?». Allende recordó la paradoja de que desde 1955 no formaba parte del Comité Central de su partido:

Eso es subjetivismo. Pura impresión, pero no realidad. Claro que no tengo por qué negar que algunas veces yo he criticado la política del partido. Ahora le voy a contar un hecho bastante paradójal, que es muy personal. Yo he sido cuatro veces candidato a la Presidencia por el partido. Tres oficialmente, porque el año 51 fui candidato de un sector del PS y hace 18 años que no soy miembro del Comité Central y siempre son las bases del partido las que me han elegido. Ello quiere decir que estoy bien entroncado en las bases del partido y conozco su pensamiento. Entonces, claro, sin formar parte de la directiva muchas veces he estado al margen de conocer en detalle el porqué de algunas posiciones y aparezco discrepando. Pero, además, efectivamente he tenido discrepancias. Mientras no era Presidente ellas quedaban dentro de la discusión interna. Muchas veces fui el único, como ocurrió en Linares y en Talca, que sostuve la necesidad de la Unidad Popular. Discrepaba, pero no hacía un trabajo en contra de la línea fijada por el partido. (...)

Ahora ¿por qué aparece como si yo estuviera más cerca de los comunistas? Porque muchas veces se interpretó la posición del partido acerca del Frente de Trabajadores como excluyente de la Unidad Popular y mucha gente entendió, por otra parte, que el único camino era el camino armado. Yo siempre discrepé de eso, no porque piense que no es un camino, sino porque creo que en la realidad chilena no se da esa posibilidad que es una necesidad imperiosa en otros países, frente a otras situaciones, frente a otras realidades, donde las Fuerzas Armadas no tienen las características de las nuestras: el sentido nacional, el sentido democrático, donde no hay el respeto a la opinión o a la posibilidad de expresarse, donde no hay una organización sindical como la que existe aquí, donde no hay partidos obreros que sean aceptados.

El 18 de abril, en el acto de masas con motivo del cuadragésimo aniversario de la fundación del Partido Socialista, resaltó una vez más su singularidad, una

organización con el adjetivo socialista no integrada en la II Internacional, revolucionaria, marxista-leninista, internacionalista y latinoamericanista, y reafirmó su convicción en la «vía chilena» (Farías, 2000, 6: 4428-4436):

Nosotros hemos caminado de acuerdo a nuestra tradición y a nuestra historia; estamos forjando el mañana dentro de los difíciles marcos de una democracia burguesa y lo hacemos en pluralismo y libertad. Podemos hacerlo así, por las características de nuestro país y por hechos que tienen una connotación que el pueblo debe entender. Por ejemplo, las iglesias chilenas y la Iglesia católica no es una iglesia reaccionaria que no se abra a las grandes necesidades del pueblo. Las Fuerzas Armadas de Chile son Fuerzas Armadas democráticas, es el pueblo con uniforme y lo demostraron claramente en octubre del año pasado.

Allende destacó los logros de su gobierno, las «trincheras» conquistadas al capitalismo (la nacionalización del cobre, la reforma agraria o la creación del Área Social), así como la gran conciencia demostrada por el pueblo durante el «paro subversivo» de octubre y el significado de las elecciones de marzo, cuyo resultado a su juicio fue «la expresión más fuerte del poderío de los trabajadores y de la firmeza granítica del Gobierno Popular». Desde aquella tribuna adelantó una de las nuevas estrategias de la oposición para desestabilizar al Gobierno: la estimulación de exageradas reivindicaciones economicistas del proletariado en sectores clave de la economía nacional como los enormes complejos cupríferos de El Teniente y Chuquicamata o la Compañía de Acero del Pacífico. Para combatir la estrategia sediciosa, planteó que los trabajadores debían aumentar la producción, combatir el ausentismo e insistir en la responsabilidad en el trabajo y que había que avanzar hacia la unidad política de todas las fuerzas del movimiento popular:

Por eso es indispensable que entendamos que es necesaria la mayor eficacia en la conducción de las empresas del Área Social y más vigilancia en el funcionamiento de las empresas que no pertenecen a este sector. La tierra tiene que producir más; el sector reformado tiene que entregarnos más alimentos. Éste es el año del trigo, porque todavía importamos un millón doscientas mil toneladas. A los campesinos de mi patria, a los campesinos socialistas, yo les digo que este año tenemos que hacer que la tierra produzca más trigo, porque el trigo es el pan; el pueblo de Chile debe comer el pan de su propia tierra, con el sudor de sus propios compañeros campesinos.

Tenemos que producir más hierro, más cobre; tenemos que producir oro, ya que este metal ha alcanzado gran valor; necesitamos un mayor control en la distribución de los productos. Óiganlo bien, aquellos que creen

que yo a veces vacilo: hay que fortalecer el poder popular, los centros de madres, las juntas de vecinos, las JAP, los comandos comunales; hay que fortalecerlos. Hay que fortalecer los cordones industriales, pero no como fuerza paralela al Gobierno, sino como fuerza popular junto a las fuerzas del Gobierno de ustedes, del Gobierno Popular.

Yo les digo a los trabajadores y a los militantes de los partidos, a cada hombre del pueblo que tiene un domicilio político, que junto con ser un defensor de la revolución y del Gobierno, debe ser un militante de las fuerzas del Poder Popular, que el pueblo ha ido creando como consecuencia de su propia experiencia.

Pero separar al militante del Gobierno y del partido popular del compañero que forma parte de los poderes populares creados por ellos mismos es enfrentar a trabajadores contra trabajadores; y eso es quitar la fuerza del pueblo. Necesitamos más unidad dentro de la Unidad Popular; necesitamos más unidad para usar un lenguaje revolucionario que sea entendido y necesitamos llamar a la fuerza revolucionaria que no está en la Unidad Popular, para que junto con nosotros avance con la responsabilidad histórica para hacer la revolución socialista, camaradas.

Por último, emplazó a sus compañeros a trabajar en la unidad interna:

Por eso, en este aniversario, reitero mi fe en el partido, fuerza fundamental e irremplazable, como integrante de la Unidad Popular. Necesitamos un partido cada vez más endurecido, con una unidad orgánica monolítica y con una unidad ideológica también monolítica; con la más amplia democracia interna una vez trazada la línea del partido; con la más absoluta lealtad al camino que voluntariamente el partido, a través de sus congresos, de sus directivas, ha trazado.

Necesitamos un Partido Socialista que sea un ejemplo de unidad para el resto de las fuerzas populares. Hemos conquistado el Gobierno. No sólo los socialistas; lo hemos conquistado con la fuerza de los otros partidos, y la Unidad Popular debe ser fortalecida en cada minuto, en cada hora y en cada día. Y hay que entender definitivamente que respetando, apreciando y sabiendo perfectamente bien el aporte de las otras fuerzas no marxistas, la Revolución Chilena se consolida, se profundiza, avanza, para que construyamos el socialismo.

¡Necesitamos que sea cada día más sólida, más fraterna, más justa y profunda la unidad socialista-comunista, trabajadores chilenos! Por eso afirmo, compañeros, mi fe en ustedes, como el viejo combatiente que en las horas de cansancio recibió la savia joven que entra al partido y que trae la fuerza incansable de los muchachos socialistas. Reafirmo como compañero Presidente, mi fe en mi partido y en la Unidad Popular.

¡Con la Unidad Popular vencimos, con la Unidad Popular venceremos, camaradas!

Si la decisión de paralizar el proyecto de la ENU desencadenó fuertes críticas de las tendencias izquierdistas, a principios de abril el Gobierno envió un conjunto de decretos de insistencia firmados por todos los ministros para mantener bajo el control estatal 45 empresas intervenidas durante el paro de octubre, formulismo empleado debido a que en diciembre la Contraloría falló contra el requisamiento de cuatro empresas (Moulian y Garretón, 1978: 93-94). A finales de aquel mes, el veto presidencial del proyecto demócratacristiano sobre la definición del Área Social fue rechazado por mayoría simple en el Congreso Nacional, por lo que la oposición instó al Ejecutivo a que la promulgara o convocara un plebiscito para dirimir el conflicto de poderes. El Gobierno decidió recurrir al Tribunal Constitucional, pero a finales de mayo éste se declaró incompetente. A principios de junio los partidos de la Unidad Popular rechazaron la propuesta de Allende de convocar un plebiscito y por ello el 15 de junio el Ejecutivo remitió a la Contraloría un decreto en el que promulgaba aquellas partes de la reforma constitucional que compartía, pero el 2 de julio este organismo se pronunció en contra de esta medida, a la que el Gobierno tenía derecho, y la calificó de «ilegítima» (Bruna, 1976: 185).

La pugna entre la Unidad Popular y la oposición se enrareció tanto a finales de abril, por la polémica en torno a la ENU y la recurrente discusión sobre el Área Social, que las calles de Santiago acogieron violentos enfrentamientos, hasta el punto de que el 27 de abril un obrero de la construcción y militante comunista, José Ricardo Ahumada, fue asesinado en la Alameda por disparos procedentes de la sede nacional del PDC, el partido que denunciaba con insistencia la actuación de los «grupos armados extremistas» y había promovido en 1972 la Ley de Control de Armas. Precisamente, en mayo el PDC consagró su viraje hacia las posiciones más duras de la oposición con la elección como su nuevo presidente del senador Patricio Aylwin, un hombre muy cercano a Frei, quien, por su parte, fue elegido presidente del Senado. El 13 de mayo Aylwin proclamó que asumiría «una posición categórica y decisiva de no dejar pasar una al Gobierno», ya que, según la declaración política aprobada, estaba empeñado en buscar «la tiranía comunista» (Dooner, 1985: 158-159).

A partir del Primero de Mayo de 1973, la denuncia de una posible guerra civil y de la amenaza fascista estuvo presente siempre en el discurso político del Presidente Allende y los dirigentes comunistas, hasta el punto de que Pablo Neruda grabó un emotivo discurso televisivo en Isla Negra en el que evocó a sus compatriotas la tragedia que vivía España desde 1936. Mientras tanto, el Partido Socialista, el MAPU y el MIR loaban la épica del inminente enfrentamiento «de-

finitivo» entre «las clases antagónicas», con un absoluto desconocimiento de la correlación de fuerzas en el plano militar, ya que para ellos Chile afrontaba una única alternativa: «Socialismo o fascismo».

El 21 de mayo de 1973, en su tercer Mensaje al Congreso Pleno, titulado «Por la democracia y la revolución, contra la guerra civil», Allende insistió en que las instituciones democráticas estaban vigentes gracias al ejemplo de los trabajadores y el constitucionalismo de las Fuerzas Armadas y realizó una encendida defensa del sistema democrático, garantía de la participación de los trabajadores en la construcción de la nueva sociedad (Martner, 1992: 503-544).

El Gobierno Popular apela a la conciencia y sentido de clase de todos los trabajadores. Sus logros sociales, sus libertades políticas, sus organizaciones, su poder, para desafiar a la fuerza del capitalismo nacional e imperialista, su capacidad para edificar la nueva sociedad son grandes instrumentos. La reacción nacional e internacional pueden destruirlos. Pretenden arrasar las conquistas de los trabajadores. Ante una amenaza tan real y presente, los trabajadores no permitirán que se les use. Sus reivindicaciones económicas no pueden ser utilizadas por la burguesía contra el Gobierno y el proceso revolucionario. La disciplina social y el esfuerzo consciente deben marcar la ruta del trabajo. Chile exige mayor producción, mayor productividad. Los anhelos, la capacidad creadora, el talento artístico, la voluntad revolucionaria, la vivencia del propio paisaje, se vierten en el crisol de la Patria.

En ese gran crisol se funden la entrega y el anhelo del joven, la mujer y el hombre. En sus brazos, los brazos del pueblo, está Chile y su futuro. Venceremos.

Una semana después de su rendición de cuentas al país, el cuerpo de generales y almirantes en retiro le dirigió una carta pública que no era sino un llamamiento abierto al golpe de estado, ya que aseguraron que el Gobierno había «tergiversado o violado» la Constitución en reiteradas ocasiones y por tanto las instituciones armadas podían eludir su deber de obedecer al Ejecutivo, «con el riesgo que ello supondría para la estabilidad institucional». En su respuesta, fechada el 4 de junio, Allende les recordó que la Constitución, cuyo contenido defendió de manera ardiente, les imponía respetar y someterse a las instituciones democráticas del país y en primer lugar al Presidente de la República: «¿A dónde desearían ustedes llegar con el lógico desarrollo de sus planteamientos sobre una eventual “autonomía” de las Fuerzas Armadas frente a sus obligaciones “ante los Poderes del Estado”»? (Bravo Lira, 1978: 248-256).

En las palabras de Allende del 21 de mayo de 1973 que hemos citado, destaca su advertencia a los trabajadores para que la oposición no les manipulara a partir de reivindicaciones salariales. Aludió así a la huelga indefinida que desde mediados de abril seguía un amplio sector de empleados del complejo cuprífero El Teniente. Si en su origen el conflicto tuvo una motivación economicista, muy pronto la oposición, con un protagonismo especial de la extrema derecha,⁵ logró instrumentalizar sus demandas y enrostrarles en su estrategia desestabilizadora, hasta el punto de que el paro, aunque con fuerza decreciente, se mantuvo hasta el 3 de julio, causando pérdidas millonarias a la economía nacional (Vives, 1994: 24).

El Gobierno sí logró convencer a los sindicatos obreros de El Teniente, que representaban a 7.500 de los 13.000 trabajadores, de que antepusieran su compromiso con el proceso de construcción del socialismo a sus intereses salariales y, además, la oposición fracasó en su intento de extender la huelga a Chuquibambilla y El Salvador. No obstante, por primera vez se quebró la unidad entre los obreros y los empleados de El Teniente y sectores asalariados se involucraron de la estrategia sediciosa de la derecha y el PDC.

El 14 de junio varios centenares de empleados de El Teniente llegaron a Santiago y, después de enfrentarse con violencia a las fuerzas policiales, se instalaron en los jardines del Congreso Nacional, donde fueron abucheados por los miles de partidarios de la UP que se manifestaban por el centro de la capital. Al día siguiente Salvador Allende recibió a los dirigentes de los huelguistas en La Moneda, una decisión que originó que por primera vez los partidos Socialista y Comunista difundieran una declaración de desacuerdo con su actuación. Éste, sin disimular su malestar por dicho comunicado, justificó el encuentro porque aseguró que el Gobierno nunca había renunciado al diálogo con los trabajadores afines a la oposición (Martner, 1992: 545-546):

5. La infiltración de elementos extremistas entre los huelguistas quedó en evidencia cuando a mediados de mayo se sucedieron los atentados terroristas contra las instalaciones e infraestructuras del complejo minero, lo que forzó al Gobierno a declarar la zona de emergencia en la provincia de O'Higgins. Y una a una, todas las organizaciones sociales y políticas antisocialistas fueron emitiendo declaraciones de solidaridad con los mineros e intentaron promover en torno a este conflicto un nuevo paro nacional que no llegó a cristalizar. Además, los parlamentarios demócratacristianos impulsaron sendas acusaciones constitucionales contra los ministros de Trabajo, Luis Figueroa, y Minería, Sergio Bitar. Asimismo, también el fallido intento de golpe de estado del 29 de junio proporcionó pruebas de la infiltración fascista en la huelga de El Teniente, ya que los principales dirigentes de Patria y Libertad se asilaron en la Embajada de Ecuador por su complicidad con la fallida sublevación. Entre los documentos que las fuerzas policiales encontraron a su jefe, Pablo Rodríguez, estaba el manuscrito de una declaración que pocos días antes los dirigentes de la huelga habían difundido (Bitar, 1995: 235).

Experimenté una desagradable sorpresa al enterarme de que las comisiones políticas de los partidos Socialista y Comunista habían hecho pública una declaración conjunta en la que se me critica por haber recibido, al mediodía de ayer, en La Moneda, a una delegación de dirigentes sindicales que representaban al sector minoritario de los trabajadores que persisten en mantener un paro parcial en El Teniente. Frente a este hecho sin precedente, considero mi deber puntualizar ante todos los trabajadores del país, lo siguiente:

1.º Siempre he analizado y discutido las grandes líneas de la acción del Gobierno con los jefes de los partidos de la Unidad Popular. Jamás he dejado de materializar las resoluciones democráticamente adoptadas. Pero, al mismo tiempo, nunca he renunciado ni renunciaré a las prerrogativas y a la autoridad que la responsabilidad del cargo me impone ante el pueblo y el país entero.

2.º Ha sido y es política del Gobierno y de la Unidad Popular estar abierto al diálogo con la oposición democrática y reprimir sin vacilaciones el fascismo. Nunca hemos confundido ambos niveles. Con mayor motivo, debe aplicarse este principio a los trabajadores de oposición. Guerra al fascismo, discusión y diálogo con los trabajadores de oposición. Ésa ha sido siempre nuestra definición y a ella adecuó mi comportamiento como Presidente de la República.

3.º Hemos dicho mil veces, partidos y Gobierno, que la reacción quiere enfrentar a trabajadores con trabajadores. El paro de El Teniente fue provocado artificialmente por intereses políticos. La mayoría de los trabajadores de este mineral lo rechazó, respaldando la fórmula acordada con el Gobierno. Ayer, la reacción y el fascismo quisieron escudarse detrás de trabajadores en paro. El Gobierno no quiso facilitar la maniobra y adoptó frente a cada sector una actitud diferenciada. Las acciones fascistas las reprimió con los instrumentos que la ley concede contra los desmanes en las calles y ordenó detener a los responsables de dos de sus órganos de expresión —*La Segunda* y Radio Agricultura— por infringir la Ley de Seguridad Interior del Estado.

Respecto a los mineros en paro, quise impedir que fueran utilizados como punta de lanza contra los trabajadores de Santiago y recibí, en La Moneda, a sus dirigentes, no para plantearles una fórmula distinta de la propuesta por el Gobierno, sino para aclararles cualquier duda que todavía pudieran tener acerca de la actitud del Ejecutivo y de las graves consecuencias para el país del conflicto. Durante toda la entrevista estuvieron presentes los ministros Luis Figueroa y Sergio Bitar y el vicepresidente de CODELCO, Jorge Arrate. El desenlace del paro es ahora de responsabilidad exclusiva de sus protagonistas.

Mientras sea Jefe de Estado, La Moneda no se cerrará a ningún trabajador que solicite conversar con el Presidente y que yo estime conveniente hacerlo para el proceso revolucionario, la clase obrera y el país.

4.º Nunca he dejado de tener presente mi deber de mantener el orden público, pero, como socialista militante, no puedo adoptar las mismas medidas ante obreros y trabajadores de oposición que piden diálogo que ante burgueses y fascistas que practican la subversión. Y, si hay fascistas infiltrados dentro del movimiento obrero, mi deber es aislarlos y no empujar a los trabajadores hacia ellos.

5.º Considero inconveniente que un sector de la Unidad Popular emita declaraciones públicas sin una previa discusión democrática, en perjuicio de la unidad superior que los intereses del movimiento popular y de Chile nos obliga a cautelar. Siempre estoy dispuesto a reconocer un eventual error en la aplicación del programa y táctica de la Unidad Popular.

He tenido una actitud permanente de compañero con los dirigentes de la Unidad Popular y los trabajadores, consecuente con la fraternidad revolucionaria que mantendré inalterable y tengo derecho a esperar un trato recíproco, así como el respeto a mi calidad de Jefe de Estado.

El 22 de junio la Central Única de Trabajadores, en una nueva demostración de la masiva adhesión popular al Gobierno, organizó una huelga general nacional que culminó con una gigantesca manifestación en Santiago a la que concurren medio millón de personas. En su intervención el Presidente señaló que el día anterior había visitado el complejo minero de El Teniente, donde constató que durante la huelga la producción se había mantenido en un promedio del 45 % de la habitual y que estaban trabajando 4.604 de los 6.165 obreros y 919 de los 3.602 empleados. A continuación se refirió a la ola de atentados terroristas perpetrados por la derecha y la extrema derecha en Antofagasta, Calama, Linares, Melipilla, Rancagua y Santiago, ensalzó la actitud de las Fuerzas Armadas («nunca como ahora las Fuerzas Armadas fueron rodeadas del cariño y el respeto del pueblo») y habló de la necesidad de impedir una guerra civil. A su juicio, la seguridad nacional de un país adquiriría estas características (Quiroga, 1989: 369-385):

¿Cuándo está más seguro un país? ¿Cuándo vibra más un pueblo? Cuando la mayoría siente que hay una patria para todos. Se afianza más el sentido nacional, crece con más vigor el mandato de la historia cuando hay gente como ustedes que entienden por qué lucharon los próceres de la patria. Nunca como ahora un pueblo estuvo más dispuesto a dar más fuerza y vigor a la seguridad nacional, que se conquista con el arado, con la pluma, movilizandando las empresas y las industrias, elevando el nivel político y la conciencia de las masas, perfeccionando técnicamente a los hombres y a las mujeres, incorporando a la juventud a una gran tarea común y colectiva. Nunca como ahora Chile entenderá que la seguridad nacional estará presente porque estarán presentes los soldados del trabajo y los soldados de la patria.

En las primeras horas de la mañana del viernes 29 de junio, la unidad blindada más importante de la guarnición de Santiago (el regimiento Blindados n.º 2), al mando del coronel Roberto Souper, se sublevó contra el Gobierno constitucional y sus tanques llegaron a cercar el palacio de La Moneda. Este extraño movimiento militar, aislado de los sectores que conspiraban dentro de las Fuerzas Armadas, fue derrotado en pocas horas por las tropas del ejército comandadas por el general Prats, pero dejó 22 civiles y militares muertos y 32 heridos (Mires, 1988: 368).

Sin embargo, el llamado *tanquetazo* fue muy revelador para los conspiradores ya que, a pesar de la calculada escalada de denuncias de la oposición sobre el «ejército paralelo» que estaría formando la UP, probó que la izquierda carecía de una fuerza militar propia capaz de oponer resistencia a una intentona golpista y que la movilización de las clases populares tan sólo podría reforzar la necesaria actuación legalista de un sector de las Fuerzas Armadas. Así sucedió cuando, poco después de las diez de la mañana, la CUT y los partidos de izquierda pidieron a los obreros que se concentraran en sus lugares de trabajo y tomaran todas las medidas convenientes para defender al Gobierno y el proceso revolucionario.

El fracasado golpe de estado estimuló el desarrollo de las organizaciones del «poder popular», pero, a diferencia del paro de octubre, fue la dirección de la CUT, encabezada por el comunista Jorge Godoy, quien instruyó a los trabajadores para que ocuparan las industrias, organizaran la vigilancia y mantuvieran la producción y fortalecieran los cordones industriales y en cada uno de éstos designó un delegado para que coordinara estas medidas. En aquellas semanas quedó claro que los cordones industriales desempeñaban un papel importante en la movilización obrera y que ahí radicaba su importancia, en su papel organizativo, ideológico e incluso emocional, pero obviamente no eran el «ejército popular» que la oposición denunció y que los autores derechistas pregonan aún hoy.⁶

6. El 5 de septiembre de 1973 la Coordinadora Provincial de Cordones Industriales, el Comando Provincial de Abastecimiento Directo y el Frente Único de Trabajadores en Conflicto escribieron una carta a Salvador Allende «alarmados por el desencadenamiento de una serie de acontecimientos que creemos nos llevará no sólo a la liquidación del proceso revolucionario chileno, sino, a corto plazo, a un régimen fascista del corte más implacable y criminal». Tras criticar la gestión del Gobierno y la pasividad que le atribuían ante las agresiones de la burguesía, estos trabajadores expresaron a su «compañero» que, «si no se cumple con el programa de la Unidad Popular, si no confía en las masas, perderá el único apoyo real que tiene como persona y gobernante», el movimiento popular sería aplastado y se produciría una «masacre fría, planificada de la clase obrera más consciente y organizada de Latinoamérica» (Silva, 1998: 580-585).

El Partido Demócrata Cristiano sólo condenó aquella sublevación militar cuando hubo fracasado y entonces Aylwin aseguró que repudiaban «cualquier golpe de Estado, venga de donde venga». Ni siquiera en aquellas circunstancias tan dramáticas el PDC atenuó su hostilidad hacia el Gobierno y así impidió en el Congreso Nacional que Allende pudiera declarar el estado de sitio en todo el territorio nacional ante el temor, compartido por el general Prats, de que otros regimientos intentaran quebrantar la legalidad.

Por su parte, el Partido Nacional, que el 16 de junio había declarado que Allende había dejado de ser el presidente constitucional y que las Fuerzas Armadas no tenían por qué respetar a un Gobierno ilegítimo,⁷ concluyó que el imperativo era debilitar la cúpula constitucionalista de las Fuerzas Armadas y enfrentarlas con el Ejecutivo. Para ello decidió potenciar la denuncia de la formación de grupos «subversivos» por parte de la UP y el MIR y la infiltración izquierdista en las instituciones armadas (Corvalán Marquez, 2000: 323-328).

Era evidente que poco a poco el conflicto político iba alcanzando también la esfera militar, de ahí el énfasis de la UP en ensalzar la ejemplar actitud mantenida por el general Prats el 29 de junio. De hecho, al día siguiente el diario comunista *El Siglo* destacó en un editorial que «las Fuerzas Armadas y el pueblo» habían aplastado el *tanquetazo* y elogió a «los soldados de la patria» que habían defendido la legalidad democrática (Vidales, 1974: 204-207).

Aquella fría noche del 29 de junio Salvador Allende habló desde los balcones de La Moneda a los miles de militantes y partidarios de la Unidad Popular que se habían concentrado, convocados por la CUT, en defensa del Gobierno constitucional para explicarles lo sucedido y pedirles que «con el calor y la firmeza revolucionaria del pueblo» rindieran homenaje a las Fuerzas Armadas, Carabineros e Investigaciones, que habían aplastado la tentativa sediciosa. Uno a uno, el general Carlos Prats, el almirante Raúl Montero (comandante en jefe de la armada) y el general César Ruiz Danyau (comandante en jefe de la FACH) salieron a los balcones del palacio edificado por Toesca en el siglo XVIII y fueron saludados con la consigna de «soldado amigo, el pueblo está contigo». También se escucharon exclamaciones a favor de la entrega de armas al pueblo y del cierre del Congreso Nacional, a las que Allende respondió que si era necesario convocaría un plebiscito para que los ciudadanos decidieran sobre el conflicto que enfrentaba al Ejecutivo con la oposición (Farías, 2000, 6: 4771-4776):

7. *El Mercurio*, 17 de junio de 1973 (González Pino y Fontaine Talavera, 1997, 1: 690).

Compañeros, ya sabe el pueblo lo que reiteradamente le he dicho. El proceso chileno tiene que marchar por los cauces propios de nuestra historia, nuestra institucionalidad, nuestras características, y por lo tanto el pueblo debe comprender que yo tengo que mantenerme leal a lo que he dicho; haremos los cambios revolucionarios en pluralismo, democracia y libertad, lo cual no significa ni significará tolerancia con los antidemócratas, tolerancia con los subversivos y tolerancia con los fascistas, camaradas (...) Ahora deseo que el pueblo cumpla el compromiso que contrajo el jueves 21. Mañana de nuevo las usinas a levantar su humo para saludar a la patria libre: de nuevo al trabajo a recuperar las horas que significó el paro del jueves; mañana cada uno de ustedes a trabajar más, a producir más, a sacrificarse más por Chile y por el pueblo. Y enseguida, como se lo dijera también, a sacar la experiencia justa del paro de octubre y de la tentativa sediciosa de hoy día.

Y en aquella noche invernal se despidió con cariño de los militantes de izquierda que le escuchaban:

Compañeros trabajadores de Santiago, tenemos que organizarnos. Crear y crear el poder popular, pero no antagónico ni independiente del Gobierno, que es la fuerza fundamental y la palanca que tienen los trabajadores para avanzar en el proceso revolucionario. Por eso he querido convocarlos y quiero que den una vez más una gran lección, que se retiren a sus casas, que vayan a encontrar el calor de los suyos. Yo sé que en cada hogar modesto y humilde, en cada casa de trabajador había esta mañana una dolorosa inquietud. Yo sé que aquí en Santiago como en el resto de Chile, todos, también los trabajadores del campo, estaban con su espíritu alerta y con la decisión revolucionaria de combatir si era necesario por Chile y su destino libre.

Compañeros, todavía algunos grupos fascistas están por allí, tengan cuidado, no caigan en provocaciones. Tienen que tener confianza en el Gobierno, que ha demostrado su fuerza esta mañana y seguiremos demostrándola.

Compañeros, quédense en sus casas, únense a sus mujeres y a sus hijos en nombre de Chile. Lleven mi cariño, mi respeto, mi admiración y mi fe a cada uno de los hogares de ustedes.

XVII. LA TRAICIÓN

El 16 de julio de 1973, un dramático llamamiento del cardenal Silva Henríquez para evitar un enfrentamiento armado en el país abrió paso a la última etapa del «diálogo» entre el Gobierno y el PDC, que ya no fue tal puesto que la dirección demócratacristiana se limitó a exigir la capitulación de Allende. Tres días después de las palabras del arzobispo de Santiago, Patricio Aylwin supeditó el comienzo de las nuevas conversaciones a que el Ejecutivo desarmara a los grupos izquierdistas y devolviera a sus propietarios las industrias tomadas por los trabajadores. El 25 de julio, el Presidente, en un discurso ante miles de dirigentes de la CUT, expresó su convicción de que debía hacer todos los esfuerzos posibles para impedir la guerra civil y por ello planteó «la necesidad» de un diálogo con el PDC.¹ Asimismo, señaló lo que a su juicio hubiera sucedido si los golpistas hubieran triunfado el 29 de junio:

Se habría desatado la dictadura fascista más sangrienta, más oprobiosa, habrían arrancado de raíz los más preciados principios de democracia, de libertad, habrían recurrido al terror y al asesinato masivo, se habrían producido masacres sanguinarias de dirigentes sindicales y de particulares.

Si el Partido Socialista, el MAPU y el MIR se opusieron a las negociaciones, con el argumento de que desmovilizaban a los trabajadores y suponían una claudicación ante las exigencias del PDC, en la oposición distintos actores actuaban para reforzar o dinamitar un posible entendimiento. Por una parte, Valenzuela explica que el 26 de julio Gabriel Valdés (ministro de Relaciones Exteriores con Frei) regresó al país y, después de reunirse con Allende y dirigentes

1. *El Siglo*, 26 de julio de 1973 (González Pino y Fontaine Talavera, 1997, 1: 763).

de su partido, compartió una cena con Aniceto Rodríguez y varios ministros y personalidades de la Unidad Popular. En aquel encuentro Valdés escuchó que podría ser posible la incorporación de algunos demócratacristianos al Gobierno, a pesar de que ello supondría la definitiva ruptura del Partido Socialista,² con la condición de que el PDC respetara las líneas esenciales del programa de la UP. Una llamada telefónica que informó del asesinato del comandante Arturo Araya, edecán naval del Presidente, puso fin a la reunión (1989: 255-257).

Este crimen, perpetrado por Patria y Libertad, respondía a la estrategia del sector más radical de la oposición de abortar cualquier entendimiento entre el Gobierno y el PDC y reinstaló en la agenda política la crítica a un Ejecutivo sobrepasado por los grupos armados de extrema izquierda, según expresó la declaración que el PN difundió el 29 de julio, en la que aprovechó para implorar (Corvalán Marquez, 2000: 342):

Sólo la intervención de quienes representan los valores permanentes de la nacionalidad, por encima de las banderías políticas, y que cuentan al mismo tiempo con la confianza popular, hará posible crear una nueva institucionalidad que, inspirada en la tradición chilena, logre la unidad interna, asegure la libertad e interprete la rebeldía de un pueblo que quiere romper el estancamiento, la dependencia y la miseria.

El 30 de julio Allende recibió a Aylwin en La Moneda, el único encuentro que surgió del llamamiento del cardenal, puesto que en los días posteriores tan sólo intercambiaron cartas (Farías, 2000, 6: 4842-4849), ante la renuncia de la dirección del PDC a consensuar una solución democrática a la crisis política. En su misiva del 31 de julio, Aylwin constató la coincidencia en torno a cuatro puntos: la urgencia de afianzar el Estado de Derecho, la oposición a la existencia de grupos armados, el final de las ocupaciones de industrias y predios y la necesidad de definir las áreas de la economía. Su principal exigencia, a la que supeditaba la «cooperación desinteresada» del PDC para evitar la guerra civil, era la constitución de un Ejecutivo con un notable peso de las Fuerzas Armadas, que velarían por que su actuación se ajustara a la legalidad. Como la respuesta de Allende había sido la constitución de comisiones de trabajo paritarias que estudiaran fórmulas de consenso sobre los asuntos propuestos, Aylwin le advirtió de que las conversaciones habían llegado «a un callejón sin salida».

2. En el pleno del Comité Central celebrado a finales de julio de 1973 algunos dirigentes llegaron a plantear que el Partido Socialista se retirara del Ejecutivo si pactaba con el PDC (Corvalán Marquez, 2000: 340).

El 1 de agosto Allende le escribió para plantearle la necesidad de «un urgente entendimiento entre la mayoría democrática del país» con miras a explorar las coincidencias que existían entre el Gobierno y la «oposición democrática» para encauzar el conflicto político y detener la crisis económica. En concreto, sugirió que el Gobierno promulgaría la reforma constitucional sobre las áreas de la economía a cambio de la aprobación de otra que especificaría que desde entonces eran necesarios los dos tercios del Congreso Nacional para obviar el veto presidencial a una iniciativa de este tipo. Allende, pues, estuvo dispuesto a sacrificar sus planteamientos en una materia tan importante con tal de salvar la democracia y las libertades ciudadanas.

No pudo ceder, en cambio, a la demanda del PDC de atribuir a las Fuerzas Armadas la dirección de su Gobierno porque supondría el final del proyecto de la Unidad Popular, a pesar de que, como le recordó a Aylwin, les había otorgado un papel importante en distintas tareas y las incluyó en el Ejecutivo en noviembre de 1972. Después de recordar los ocho puntos que expuso el 25 de julio ante los dirigentes de la CUT,³ que Aylwin había acogido favorablemente en un discurso pronunciado al día siguiente, le invitó a discutir y a buscar el «entendimiento mínimo» para preservar el régimen democrático:

No deseo dramatizar, pero tengo el deber de recordarle las trascendentes responsabilidades que usted y yo tenemos en los difíciles instantes que vive el país y las proyecciones históricas de nuestras decisiones. Por ello y por el interés superior de Chile, debemos continuar el diálogo.

Pero la dirección del Partido Demócrata Cristiano escenificó la ruptura de las conversaciones con su apoyo decidido al paro de los transportistas que se había iniciado el 26 de julio. Tal y como reconoció Renán Fuentealba en 1988, en el PDC había un ambiente favorable a «la intervención militar», existía «una

3. Los ocho puntos para centrar la discusión entre el Gobierno y la «oposición democrática» expuestos por el Presidente eran el afianzamiento de la autoridad del Ejecutivo; el rechazo de la existencia de grupos armados paralelos a las Fuerzas Armadas y la marginación de éstas de la lucha política; el desarrollo del «poder popular», pero vinculado al Ejecutivo y sin construir una institucionalidad paralela; la reafirmación del camino político-institucional al socialismo; el reconocimiento de las competencias de cada Poder del Estado; la plena vigencia del Estado de Derecho, por lo que era imprescindible poner fin al bloqueo legislativo; la definición del régimen de propiedad de las empresas y del área de propiedad social; y la aprobación de medidas que contuvieran la inflación, aseguraran la distribución y garantizaran el desarrollo económico del país.

mayoría de personas que, sinceramente, estimaban que no quedaba otra cosa que una solución a través de las Fuerzas Armadas».⁴

El definitivo antagonismo entre la Unidad Popular y el PDC tuvo una motivación esencialmente ideológica: el PDC mantuvo las estructuras capitalistas durante el sexenio de Frei, desechando la «vía no capitalista de desarrollo» planteada por su ala izquierda, e hizo lo imposible por que fracasara la revolución socialista encabezada por Allende, incluida su contribución inestimable a la preparación de las condiciones para un golpe de estado. A pesar de su amplia base popular y su discurso progresista, el PDC (alimentado con sumas millonarias proporcionadas por la CIA, como veremos después) sirvió a los intereses de la burguesía y cumplió el papel que la Democracia Cristiana desempeñó en la *guerra fría* en aquellos países, como Italia, donde fue una fuerza política relevante.

La noche del 3 de agosto en una casa de la comuna de Puente Alto, en el Gran Santiago, Carlos Altamirano y Miguel Enríquez se reunieron con un grupo de marineros encabezados por el sargento segundo Juan Cárdenas que les comunicaron que en la armada se estaba gestando un golpe de estado. Tres días después, en la madrugada, este suboficial y sus compañeros fueron detenidos puesto que, según el comunicado de su institución, se había detectado un «movimiento subversivo» en dos unidades, apoyado por «elementos extremistas ajenos a la institución». De inmediato, la prensa conservadora y la oposición política emprendieron una campaña para acusar a Altamirano, Enríquez y Óscar Garretón de promover la subversión en la armada para preparar un «autogolpe» de la izquierda. Mientras, en el cuartel Silva Palma de Valparaíso aquellos militares democráticos eran torturados, en un preludio de lo que sucedió a partir del 11 de septiembre.

En el invierno de 1973, las Fuerzas Armadas realizaron violentos allanamientos de empresas del Área Social, Centros de Reforma Agraria, locales de partidos de izquierda y sindicatos y poblaciones en aplicación de la Ley de Control de Armas y en el transcurso de estas acciones asesinaron a varias personas. La llamada «nueva Ley Maldita» no se aplicó a quienes realmente conspiraban contra el Gobierno constitucional, sino a las organizaciones de la clase obrera, que según la propaganda opositora estaban acumulando armas para formar un «ejército guerrillero». De este modo, los miembros de las Fuerzas Armadas se adiestraron en la represión del movimiento popular, interiorizaron aún más el fantasma del «peligro comunista», se predispusieron para reprimir al pueblo al que tenían la obligación de defender y respetar.

4. *Pluma y Pincel*, n.º 46. Santiago de Chile, 28 de octubre de 1988, p. 10.

A principios de agosto, ante el fracaso del diálogo con el PDC, el Presidente Allende decidió un nuevo cambio en el Gobierno, con la inclusión de los tres comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas: Carlos Prats asumió la cartera de Defensa, el almirante Raúl Montero, Hacienda y César Ruiz Danyau, Obras Públicas y Transportes, mientras que el director general de Carabineros, el general José Sepúlveda, se ocupó de Tierras y Colonización. El último gabinete cívico-militar fue efímero porque el 17 de agosto Ruiz Danyau presentó su dimisión al haber sido incapaz de solucionar la huelga de los camioneros, si bien, a petición de Allende, también renunció a la jefatura de la FACH. El Presidente ofreció esta responsabilidad al general Gustavo Leigh, quien –según el general Prats– se sintió profundamente emocionado y le aseguró que esperaba corresponder a su confianza.

A partir del 21 de agosto, y al modo de una tragedia griega, se desencadenaron los últimos hechos decisivos que posibilitaron el derrocamiento del Gobierno constitucional el 11 de septiembre. Aquella tarde el general Prats descansaba aquejado de una fuerte gripe cuando minutos después de las cinco de la tarde se despertó por el griterío que escuchó ante su residencia oficial como comandante en jefe del ejército. Inicialmente unas trescientas mujeres (entre ellas varias esposas de generales y oficiales en activo y en retiro) y poco después hasta mil quinientas personas, incluidos niños, le insultaban y le calificaban de «traidor», al tiempo que lanzaban todo tipo de improperios contra el Presidente y la UP. Por la noche, el general Pinochet le visitó para expresarle su solidaridad y fue pifiado e insultado, como también lo fueron minutos después Allende, Orlando Letelier (ministro de Defensa) y Fernando Flores (ministro secretario general de Gobierno).

Al día siguiente, Prats reunió a todos los generales del ejército presentes en Santiago y les pidió que suscribieran una declaración pública de solidaridad con su comandante en jefe. El 23 de agosto Pinochet le informó temprano de que la mayoría de los generales se negaba y que además los generales Mario Sepúlveda, comandante de la guarnición de Santiago, y Guillermo Pickering, comandante de Institutos Militares, le habían presentado su dimisión. Prats intentó persuadir a Sepúlveda y Pickering, responsables de las dos unidades operativas más importantes del ejército y oficiales de reconocido prestigio constitucionalista, de que rectificaran, pero le respondieron que su marcha le facilitaría la decisión de pasar a retiro a algunos de los generales más comprometidos con la sedición.

Sin embargo, al mediodía Prats informó de estas dimisiones a Allende y al ministro Flores y pidió al Presidente que aceptara su renuncia como ministro de Defensa y comandante en jefe del ejército (1985: 485-486):

Lo convenzo cuando le manifiesto que, si continuara en mi cargo de titular, tendría que solicitarle que aplicara su facultad presidencial contra doce o quince generales y esa medida iba a precipitar la guerra civil. En tal caso, yo sería el culpable de la sangre que se derramara entre hermanos y él sería el cómplice principal. Le añado que, por mi parte, no estoy dispuesto a ensangrentarme las manos y, en cambio, si me sucedía el general Pinochet –que tantas pruebas de lealtad me había dado– quedaba una posibilidad de que la situación crítica general del país propendiera a distenderse. Esto le daba la *chance* de contar con más tiempo a él, como Presidente, para lograr el buscado entendimiento con la DC y, a su vez, le daba a Pinochet plena independencia para llamar a retiro a los dos o tres generales más conflictivos.

Por tanto, el 23 de agosto de 1973 Allende designó comandante en jefe del ejército al general Augusto Pinochet, quien obtuvo su confianza por la posición constitucionalista que había exhibido en numerosas ocasiones, no en vano, según el embajador norteamericano, el 22 de agosto le había expresado: «Señor Presidente, sepa por favor que estoy dispuesto a dar mi vida en defensa del Gobierno constitucional que usted encarna» (Davis, 1986: 209). Aquella tarde tuvo lugar la primera reunión del Consejo de Seguridad Nacional a la que Gustavo Leigh y Pinochet acudieron como jefes de la Fuerza Aérea y del ejército. En el transcurso de la misma, Allende explicó a los oficiales más importantes del país la ola de atentados de los últimos días y les aseguró que estaban al borde de una guerra civil (Varas, 1979: 122-123).

La subordinación de las Fuerzas Armadas al poder civil durante cuatro décadas había contribuido a asentar el mito de su «profesionalidad», asumido de manera acrítica por Salvador Allende y amplios sectores de la izquierda.⁵ En el caso de un golpe de estado, la UP confiaba en que una parte significativa de las Fuerzas Armadas estaría dispuesta a defender la Constitución, como era su deber, sin embargo adoleció de una insuficiente comprensión del sometimiento técnico, económico e ideológico de las Fuerzas Armadas chilenas respecto a Estados Unidos en el contexto de la «guerra fría».

5. Después del golpe de estado, la autocrítica de la izquierda respecto a su política militar fue muy severa, hasta el punto de que el Partido Comunista llegó a hablar de un «vacío histórico» en su pleno del Comité Central de agosto de 1977. Por su parte, en septiembre de 1974 Altamirano escribió que «la desviación más seria y la que en definitiva sellará su destino fue la mantención de un mito que parecía estar avalado por la evolución política singular de Chile: el de una Fuerza Armada políticamente prescindente, no deliberante y sometida al poder civil. Una suerte de mítico “Ejército neutral”» (Santillana, 1974: 415-445).

La dependencia militar se remontaba a 1947, cuando Chile suscribió el Tratado Interamericano de Mutua Defensa, y 1952, cuando se adhirió al Programa de Asistencia Militar, diseñados por Washington. El dato más esclarecedor es que, en contraste con el bloqueo económico y financiero, la «ayuda» militar estadounidense a Chile entre 1970 y 1973 aumentó de los 800.000 dólares de 1970 a los 5,7 millones de dólares de 1971, los 12,3 millones de dólares de 1972 y los 15 millones de dólares de 1973 (Falcoff, 2002: 226). Por otra parte, el Informe Church del Senado estadounidense reveló en 1975 que, entre 1966 y 1973, 1.182 oficiales chilenos se adiestraron en centros militares de este país, donde les inculcaron el anticomunismo agudo de la Doctrina de Seguridad Nacional y les enseñaron terribles métodos de tortura que se pusieron en práctica a partir del 11 de septiembre de 1973.

El mismo día que situó a Pinochet al frente del ejército el Presidente tuvo que preparar una respuesta a la declaración que la Cámara de Diputados había aprobado la víspera.⁶ En la misma los diputados de la CODE acusaron al Gobierno de haber pretendido siempre la instauración de un régimen totalitario y para ello había hecho de la conculcación de la legalidad su norma de actuación permanente. Y, por si el mensaje no fuera lo suficientemente explícito, lo acusaron también de haber amparado la formación y desarrollo de «grupos armados» destinados a «enfrentarse contra las Fuerzas Armadas» (Farías, 2000, 6: 4996-5006).

El 24 de agosto Salvador Allende subrayó que esta declaración carecía de validez jurídica, ya que el Congreso Nacional sólo podía pronunciarse sobre la legalidad de la actuación del Ejecutivo con la aprobación, por una mayoría de dos tercios, de una acusación constitucional. Por ello, aseguró que su finalidad era exhortar a las Fuerzas Armadas a quebrantar su lealtad constitucional:

Hoy, cuando la reacción embiste de frente contra la razón del derecho y amenaza de muerte a las libertades, cuando los trabajadores reivindican con fuerza una nueva sociedad, los chilenos pueden estar seguros de que el Presidente de la República, junto al pueblo, cumplirá sin vacilaciones con su deber, para asegurar así la plena realidad de la democracia y las libertades dentro del proceso revolucionario.

6. Pinochet justificó en numerosas ocasiones el golpe de estado a partir de esta declaración. Por ejemplo, el 18 de julio de 1999, en una entrevista concedida durante su arresto en Londres, respondió con estas palabras a la pregunta de cuál fue el «factor decisivo» que les decidió a dar el golpe de estado: «Fue precisamente ese Acuerdo de la Cámara de Diputados que emplazó literalmente a las Fuerzas Armadas para que pusieran término a los atropellos del Estado de Derecho que denunciaba...». *El Mercurio*, 18 de julio de 1999. Cuerpo C., p. 2.

El 1 de septiembre Aylwin cerró de manera definitiva las puertas al diálogo con el Gobierno, que Allende había intentado reabrir en los días anteriores por mediación del ministro del Interior (Carlos Briones), con una declaración pública en la que justificaba su determinación por «la mentalidad totalitaria, el sectarismo y el desprecio al orden jurídico» que prevalecían en la actuación del Ejecutivo.⁷ La estrategia de la oposición, marcada por el bloqueo parlamentario, el boicot económico, la conspiración sediciosa, la desestabilización social y el golpismo, se complementó en aquellos días con una escalada terrorista, puesto que entre el 23 de julio y el 5 de septiembre se cometieron 1.015 atentados (uno por hora), con un balance de más de una decena de personas muertas y 117 heridos, además de cuantiosos daños económicos (Politzer, 1990: 116).

El 4 de septiembre tuvo lugar en Santiago la última y más multitudinaria manifestación de la Unidad Popular, cuando un millón de personas, agrupadas en las columnas («La Patria Vencerá»; «Tercer Aniversario»; «Unidad y Combate» y... «A Parar el Golpe»), recorrieron las principales arterias de la capital hasta desembocar ante el escenario levantado en la Plaza de la Constitución presidido por el lema: «Unidad y combate contra el golpismo. La Patria vencerá». Durante más de ocho horas desfilaron en apoyo del Gobierno que había nacionalizado la gran minería del cobre y la banca, creado el Área Social, profundizado la reforma agraria y terminado con el latifundio, estimulado la participación de los trabajadores en la dirección de las empresas, integrado a Chile en el Movimiento de Países No Alineados, extendido el acceso a la cultura y a la educación media y superior a millones de chilenos y que entregaba medio litro de leche diario a todos los niños. En defensa de su gobierno democrático, constitucional, legítimo, que avanzaba hacia el socialismo en democracia, pluralismo y libertad.

«El sentido de la disciplina y de la organización es tal que nos sentimos como un gran ejército de hombres, mujeres y niños reunidos», escribió Joan, la esposa de Víctor Jara, pero «no hay armas, sólo pancartas pintadas a mano en las que se declara que sus portadores están contra el fascismo y el terrorismo y dispuestos a defender a su gobierno» (1993: 240).

El sábado 8 de septiembre Salvador Allende almorzó con Carlos Prats y le anunció que el lunes convocaría un plebiscito, ante la decisión de Aylwin de forzar su renuncia a partir de que el Congreso Nacional le declarara «inhábil» y

7. *La Prensa*, 1 de septiembre de 1973 (González Pino y Fontaine Talavera, 1997, 2: 818-819).

con el fin de evitar la guerra civil. Prats le advirtió de que la preparación de tal votación se demoraría más de un mes y él tenía constancia de que se produciría un pronunciamiento militar antes del 18 de septiembre, día de la independencia nacional. «¿Entonces, usted no cree que habrá algunos regimientos leales al Gobierno, capaces de contener a los golpistas?», le preguntó Allende. «¿Entonces no cree en la lealtad de Pinochet y de Leigh, a quienes nombré como comandantes en jefe?». Su interlocutor también confiaba en ambos generales, pero creía que ellos y el almirante Raúl Montero serían sobrepasados por los oficiales golpistas y que las Fuerzas Armadas en bloque participarían en el golpe (1985: 510-511).

Por la tarde, Allende se dirigió a la casa de El Cañaveral, la residencia que solía utilizar los fines de semana como lugar de trabajo y descanso, donde su hija Beatriz celebraba su cumpleaños. Allí Jorge Timossi, corresponsal de la agencia cubana Prensa Latina, disputó un par de partidas de ajedrez con el Presidente, quien, mientras colocaban los alfiles y los caballos, le comentó: «La cosa está muy fea. Tomaré una determinación en un par de días. Ya ve: hice buenos enroques y alguna buena variante. Pero se me están acabando los peones» (1974: 16).

Quienes sí conocían los detalles de la trama golpista eran los agentes de la CIA destacados en el país, con contactos privilegiados en la oposición y entre los altos oficiales que auspiciaban la traición. Gracias a ello, informaron a su cuartel general aquel mismo día:

De acuerdo con [tachado], la marina tiene como fecha de inicio del movimiento para derrocar al gobierno de Salvador Allende en Valparaíso a las 8:30 el 10 de septiembre. La Fuerza Aérea apoyaría esta iniciativa después de que la armada inicie las acciones de tomar la provincia de Valparaíso, dirigir un ultimátum exigiendo la renuncia de Allendé o amenazando con tomarse Santiago (...) Después de que la armada emprenda esta acción contra el Gobierno, la FACH silenciaría los radios gubernamentales. Al mismo tiempo, planea establecer una cadena nacional usando las estaciones radiales existentes de la oposición tales como las emisoras Balmaceda, Minería y Agricultura.

Tal era el grado de conocimiento que la CIA tenía de la sublevación que al día siguiente sus agentes anunciaron que «las acciones de la armada del 10 se han pospuesto, probablemente para el 11 de septiembre», y auguraron que Allende enfrentaba «la más seria amenaza para continuar en su cargo desde que fue electo hace tres años» (Soto y Villegas, 1999: 31).

El trabajo realizado a partir de las órdenes de Nixon a Kissinger entre septiembre y noviembre de 1970 terminó por dar sus resultados: las Fuerzas Armadas estaban a punto de derrocar a Allende y destruir el régimen democrático, tal y

como informó a su secretario de Estado el embajador estadounidense, Nathaniel Davis, el 9 de septiembre en Washington. Para participar en la conspiración contra el Gobierno constitucional de Chile, Nixon nombró como embajador en 1971 a Davis, quien había estado a cargo de la misión diplomática en Guatemala en 1968, cuando el apoyo de los *boinas verdes* estadounidenses, la CIA y la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID) a las acciones terroristas de los grupos contrarrevolucionarios causaron la muerte de veinte mil militantes de izquierda.⁸ Deane Hinton, agente de la CIA y director de la oficina de la AID en este país centroamericano, trabajó desde 1971 en Washington junto a Kissinger en la campaña de bloqueo económico contra el gobierno de Allende y el jefe de la estación de la CIA en Santiago, Daniel Arzac, estuvo antes en el volcán de Indochina y en países como Uruguay, Colombia y Paraguay.⁹

Después de que Allende asumiera la Presidencia de la República, el Comité de los 40 autorizó en múltiples ocasiones la entrega de ayuda económica por más de ocho millones de dólares a los partidos políticos, grupos sociales y medios de comunicación antisocialistas.¹⁰ Por citar algunos ejemplos, el 13 de noviembre de 1970 aprobó 25.000 dólares para ayudar a los candidatos demócratacristianos en las elecciones municipales de abril; el 28 de enero de 1971, 1.240.000 dólares para la compra de estaciones de radio y periódicos y para apoyar a los partidos de la oposición; el 22 de marzo de 1971, 185.000 dólares para el PDC; a mediados de mayo de 1971, 322.000 dólares para ayudar al PDC y a su periódico (*La Prensa*); el 9 de septiembre de 1971, 700.000 dólares para *El Mercurio*; el 5 de noviembre de 1971, 815.000 dólares para la oposición y para actividades destinadas a dividir a la UP; el 15 de diciembre de 1971, 160.000 dólares para los

8. La información sobre los principales funcionarios norteamericanos y agentes de la CIA destacados en Chile en septiembre de 1973 fue revelada por la revista *NACLA Report* apenas un mes después.

9. Los currículos de sus subordinados también eran muy reveladores de los fines que les encomendaron: Henry Shlaudeman y James Anderson desempeñaron un papel clave en la invasión de la República Dominicana en abril de 1965 para expulsar del poder al presidente constitucional Juan Bosch, amigo por cierto de Salvador Allende. Raymond Warren y Frederick Latrash participaron en el golpe de estado que en 1954 derrocó a Jacobo Arbenz, presidente democrático de Guatemala. Y Keith Wheelock, enlace de la CIA con Patria y Libertad, llegó a la actual República Democrática del Congo en 1962, después de que la CIA asesinara a Patrice Lumumba, para colaborar en el exterminio de los partidarios del líder de la independencia congoleña.

10. Estas cantidades multiplicaban su valor al cambiarse los dólares en el mercado negro. El cambio oficial del escudo con el dólar, 150 a 1, llegó a duplicarse en el mercado negro (Collier y Sater, 1998: 297).

candidatos opositores en las elecciones de Colchagua y O'Higgins y Linares; el 11 de abril de 1972, 965.000 dólares de ayuda a *El Mercurio*; el 24 de abril de 1972, 50.000 dólares para intentar dividir a la UP; el 21 de septiembre de 1972, 24.000 dólares para una organización empresarial; el 26 de octubre de 1972, 1.427.666 dólares para apoyar a las organizaciones políticas y sociales opositoras de cara a las elecciones parlamentarias del 4 de marzo de 1973; el 12 de febrero de 1973, 200.000 dólares para los partidos de la oposición; el 21 de agosto de 1973, un millón de dólares para las organizaciones sociales y políticas de la oposición. Y todavía el 15 de octubre de 1973 Washington financió con 34.000 dólares a una estación de radio «anti-Allende» y contribuyó a sufragar los gastos de chilenos que viajaron a distintos países para justificar el golpe de estado.

A pesar de todas las evidencias, Kissinger sostiene en sus memorias, y aún no ha rectificado, que «fue la oposición que él [Salvador Allende] provocó dentro de Chile lo que dio lugar al golpe militar de 1973. En su concepción, planificación y ejecución nosotros no desempeñamos el más mínimo papel» (1979: 474). Sin embargo, el 8 de marzo de 1977 Brady Tyson, subjefe de la delegación de Estados Unidos ante la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, afirmó (Archivo Salvador Allende, 13, 1989: 13):

Seríamos poco sinceros con nosotros mismos y con nuestro pueblo si no expresáramos nuestro más profundo pesar por el papel que algunos funcionarios gubernamentales, instituciones y grupos financieros privados desempeñaron en la subversión contra el Gobierno anterior de Chile, del Presidente Allende, elegido democráticamente, y que fue derrocado por el golpe militar del 11 de septiembre de 1973.

Y el 20 de febrero de 2003 el secretario de Estado norteamericano, Colin Powell, aludió en un programa de televisión al apoyo del Gobierno de Nixon al golpe en Chile: «Sobre lo que ocurrió con el señor Allende, no es una parte de la historia estadounidense de la que estemos orgullosos».¹¹

El domingo 9 de septiembre Salvador Allende recibió, a las diez y media de la mañana, en su residencia de Tomás Moro a una delegación del Partido Comunista integrada por su secretario general, Luis Corvalán, su subsecretario general, Víctor Díaz, y el ex ministro Orlando Millas. El Presidente insistió en la gravedad de la situación del país y en particular en la tensión en el seno de las Fuerzas Armadas y les pidió que apoyaran su iniciativa de llamar a un plebis-

11. *La Nación*, 22 de febrero de 2003. Edición digital: <<http://www.lanacion.cl>>.

cito. «En su opinión, el golpe era inminente. Nos lo dijo con mucha serenidad, sin demostrar abatimiento», recuerda Corvalán. La reunión fue interrumpida cuando informaron a Allende de que en aquellos momentos el Partido Socialista celebraba un acto político en el Estadio Chile.

En el mayor recinto polideportivo cubierto del país, acompañado en la tribuna por el Comité Central, Carlos Altamirano pronunció un encendido discurso, retransmitido por Televisión Nacional y varias emisoras de radio (Politzer, 1990: 189-194). El secretario general del PSCh denunció «el terrorismo vandálico de los que se llaman demócratas» y que «tratan de paralizar el país, declaran huelgas para liquidar la economía, impiden la llegada y distribución de alimentos y luego estos “demócratas” culpan a los marxistas de los padecimientos de la población. (...) La oposición no quiere una salida pacífica y democrática, esto tienen que entenderlo los que están planteando el diálogo».

Sus vibrantes palabras encendieron el ánimo de los miles de militantes que corearon sus conocidas consignas, en un mar de banderas socialistas, rojas, con el hacha indígena incrustada en el mapa de América Latina: «¡Crear, crear, poder popular!», «¡Trabajadores al poder, trabajadores al poder!»...

Altamirano prosiguió con una diatriba contra el paro de los transportistas, financiado por la CIA, que provocaba el gravísimo problema del abastecimiento, que angustiaba a muchos ciudadanos, se refirió de nuevo a los brutales allanamientos militares de industrias, predios y poblaciones e hizo un llamamiento que no podía sino indignar a quienes auspiciaban el golpe: «Los soldados, marineros, aviadores, carabineros son hermanos de clase de los trabajadores y no pueden disparar contra ellos».

Al final, para infundir ánimos al «pueblo socialista» en un momento tan difícil para la Revolución chilena, proclamó que no se dejarían aplastar por «una minoría oligárquica y sediciosa»:

Chile se transformará en un nuevo Vietnam heroico si la sedición pretende enseñorearse de nuestro país. (...) El golpe reaccionario se ataja golpeando al golpe. No se ataja conciliando con los sediciosos. El golpe no se combate con diálogos. El golpe se aplasta con la fuerza de los trabajadores, con la fuerza del pueblo... (...) El compañero Allende no traicionará, compañeros, dará su vida si es necesario en la defensa de este proceso.

Tras escuchar las palabras de Altamirano, y en presencia de los tres dirigentes comunistas, Allende aseguró: «Esto no tiene remedio» (Corvalán, 1997: 153).

Hacia el mediodía, recibió a Pinochet y al general Orlando Urbina, inspector general del Ejército, para informarles de que en las próximas horas iba a convocar un plebiscito para que el país resolviera «el camino a seguir». Según la descripción que la noche del 10 de septiembre hizo el propio Allende a sus colaboradores más cercanos, «los ojos se les pusieron redondos... y los generales preguntaron, balbuceando: “Pero, Presidente... ¿es una resolución ya definitiva y firme la de llamar a un referéndum?” “Sí, general, está resuelto”. “Esto cambia toda la situación, Presidente, ahora va a ser posible resolver el conflicto con el Parlamento”, aseguró Pinochet» (Garcés, 1976: 352-353).

En su domicilio de la calle Independencia de Valparaíso, el almirante José Toribio Merino, jefe de la I Zona Naval, siguió por la televisión las palabras del secretario general del Partido Socialista y según narró en sus memorias:

Me puse inmediatamente a escuchar a este *prohombre* de la destrucción de Chile y entre otras cosas relató todo lo que estaba haciendo y había hecho para intentar la sublevación de la marinería. Ante este manifiesto desafío a todo lo que era orden, gobierno, respeto a la ley..., tomé papel y escribí el mensaje que dio origen a la gesta del 11 de septiembre de 1973.

Entonces decidió fijar la fecha del golpe de estado para el martes 11 de septiembre. «Pedí a Dios que me iluminara y a la Virgen que me diera una fecha y, aunque no puedo asegurar que así fuese, el hecho es que puse como fecha el día 11».

En un trozo de papel, que después enmarcó en su despacho de comandante en jefe de la armada, escribió este mensaje dirigido a los jefes de la FACH y el ejército, Leigh y Pinochet:

Gustavo y Augusto: Bajo mi palabra de honor el día D será el 11 y la hora H 06:00. Si Uds. no pueden cumplir esta fase con el total de las fuerzas que mandan en Santiago, explícalo (*sic*) al reverso. El Alimte. Huidobro está autorizado para traer y discutir cualquier tema con Uds. Los saluda con esperanzas de comprensión. J. T. Merino.

En el reverso escribió: «Gustavo: Es la última oportunidad. J. T. Augusto: Si no pones toda la fuerza de Santiago desde el primer momento, no viviremos para ver el futuro. Pepe» (1999: 226-229).

Hacia el mediodía, el contralmirante Sergio Huidobro visitó en Santiago al almirante Patricio Carvajal, jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional, le contó su misión y éste concertó una reunión con los jefes del ejército y la Fuerza

Aérea para las cuatro de la tarde en la residencia de Pinochet. Gustavo Leigh siempre sostuvo que hasta aquel día no existió un acuerdo de las tres ramas de las Fuerzas Armadas para derrocar al Gobierno porque cada una preparó sus propios «planes de emergencia» (Varas, 1979: 129-130):

Era aventurado tocar temas de este tipo. No había confianza para hacerlo. Entonces nadie sabía quién era quién, nadie tenía confianza en nadie. Yo no sabía qué pasaba en el ejército ni en la marina. El 26 de julio, cuando fuimos a sepultar al edecán Araya, ahí me di cuenta de que había efervescencia, había malestar abiertamente contra el Gobierno, pero antes no tenía seguridad.

Fue el 9 de septiembre, a las cinco de la tarde, en la casa del general Pinochet, cuando acordaron el golpe de estado. Allí se gestó la ruptura de su juramento de respetar la Constitución y obedecer al Gobierno elegido por la voluntad popular. Leigh espetó a Pinochet: «¿Qué piensas hacer tú? Porque lo que es nosotros, no damos más; creo que ya estamos en un punto en que si no actuamos el país va al caos». Según la versión de Leigh, Pinochet respondió: «¿Tú has pensado que esto nos puede costar la vida a nosotros y a muchos más?». «Lo he pensado», señaló Leigh. «Bueno, creo también que está llegando el momento de actuar». Entonces en ese momento llegaron Carvajal, Huidobro y el comandante González con el papelito de Merino, ambos lo leyeron y firmaron: «Conforme».

Por su parte, Pinochet entregó un relato diferente de aquel encuentro, acomodado a las circunstancias del momento en que lo hizo público, tras un enfrentamiento con Leigh que supuso su salida de la junta militar. Sostiene que el 7 de septiembre decidió preparar el golpe de estado para el viernes siguiente, pero dos días después cambió sus planes:

A la hora del té vino el comandante en jefe de la FACH, general Gustavo Leigh, con quien pasé al escritorio so pretexto de mostrarle un mapa recientemente adquirido. Allí podía exponerme ahora lo que no había podido hacer días antes (...) En esa ocasión me dijo que las cuatro instituciones (Fuerzas Armadas y Carabineros) unidas podían derrocar al Gobierno marxista, que se nombraría una junta de gobierno, cuyo presidente sería yo, pese a que él era dos días más antiguo, a lo que repliqué que esa afirmación era un error de su parte, pues los comandantes en jefe representan a sus instituciones en el orden ejército, armada y FACH. Como aceptó lo que yo exponía y no era momento de discusiones, luego me limité a escucharlo y decirle que el ejército no tenía problemas para actuar.

Pinochet asegura haber expresado algunas reticencias sobre la fecha que propuso Merino pues prefería el 14 de septiembre porque ese día tendría lugar la revista preparatoria para la tradicional parada militar del 19 de septiembre y no llamaría la atención que en la víspera las tropas se acuartelaran y recibieran munición. Además, explicó que la preocupación por este asunto le agobió hasta la mañana del día siguiente, cuando leyó las afirmaciones de Altamirano en los periódicos (1979: 120-125).¹²

Aquella mañana comunicó al ministro de Defensa, Orlando Letelier, que iba a acuartelar las tropas porque al día siguiente los tribunales de justicia de Valparaíso debían decidir sobre el desafuero del senador Altamirano y del diputado Oscar Guillermo Garretón. Y tan sólo siete días antes le había expresado (Garcés, 1995: 25):

Aquí hay una tropa de locos planteando que las Fuerzas Armadas deben adoptar una definición clara, aun a costa de cien mil muertos, más bien que no un millón después en una guerra civil. Hago lo posible por pararlos, según las instrucciones que antes me diera mi general Prats, y que me ha reiterado el Presidente, y estoy visitando las unidades a este efecto. He encontrado en ellas un ambiente difícil... Pasar de inmediato a retiro a los oficiales que así se expresan puede violentar las cosas. Necesito un mínimo de tiempo para afianzar la gente de confianza en las unidades. Si se produce ahora un levantamiento, corremos el riesgo de que esta vez sea del conjunto de las Fuerzas Armadas, no de una unidad aislada como el 29 de junio.

Sobre su encuentro aquel 10 de septiembre, Letelier testimonió en 1975:

Una vez más el general Pinochet hizo alarde de sus condiciones democráticas, de sus sentimientos de admiración y lealtad al presidente Allende y de su decisión de cumplir con su juramento de soldado de defender hasta

12. Uno de los 16.000 documentos de la CIA desclasificados en noviembre de 2000 reveló que ya en 1972 Pinochet consideraba que las «únicas alternativas» para Allende eran o su renuncia forzada a la jefatura del Estado o su «eliminación». Este documento de la CIA está fechado el 27 de septiembre de 1972 y asegura que «Pinochet, antes un estricto constitucionalista, admitió renuente que ha variado su forma de pensar: que Allende debe ser forzado a abandonar el poder o ser eliminado (“únicas alternativas”)». A continuación los agentes de la CIA explicaron que a principios de aquel mes Pinochet, entonces jefe del Estado Mayor General del Ejército, viajó a Panamá para negociar la compra de tanques a Estados Unidos. Allí se reunió con oficiales del ejército norteamericano que conocía «desde sus días en la Escuela de las Américas y se le dijo que Estados Unidos apoyaría un golpe en contra de Allende “con todos los medios necesarios” cuando llegara la hora». *El Mostrador*, 13 de noviembre de 2000. <<http://www.elmostrador.cl>>.

las últimas consecuencias la Constitución y la persona del Presidente de la República.¹³

Después de su reunión con el comandante en jefe del ejército, Letelier cruzó la Alameda y llegó a La Moneda para participar en la que fue la última reunión del gabinete de Allende, en la que éste reafirmó su conocido compromiso de que no traicionaría la confianza que el pueblo había depositado en él:¹⁴

Soy el presidente constitucional de Chile y si el fascismo pretende violentar la decisión del pueblo, yo sabré cumplir con mi deber. De este lugar me tendrán que sacar a mí primero. Ni la fuerza ni la traición me harán claudicar la dignidad del cargo de Presidente de la República de Chile ni al compromiso con el pueblo.

Además, comentó a sus colaboradores que estaba preparado el Plan Hércules, elaborado a lo largo de aquel año por el Estado Mayor de la Defensa para defender al Gobierno de una insurrección y que al día siguiente fue aplicado por los golpistas contra él (Garcés, 1995: 28-29). Aquel día Allende almorzó junto con Carlos Briones, ministro del Interior, José Tohá, Sergio Bitar y Joan Garcés y les explicó que al día siguiente por la mañana se dirigiría al país para convocar un plebiscito, horas antes de la reunión de la dirección del Partido Demócrata Cristiano, con la esperanza de que acogieran de manera positiva la iniciativa.

Pero aquella tarde Garcés se encontró con la periodista Frida Modak, la secretaria de prensa del Presidente, quien le transmitió un mensaje del senador Renán Fuentealba dirigido a éste: «Que no confíe para nada en el PDC. El único problema de Aylwin consiste en cómo deshacerse de Allende más pronto y con el menor costo» (Garcés, 1976: 362-364). En sus memorias, Aylwin reconoce que la tarde del 10 de septiembre, cuando llegó a la sede de su partido, muy cercana a La Moneda, su compañero José de Gregorio le comunicó que el tantas veces anunciado golpe de estado tendría lugar aquella noche y por ello se dirigió

13. Aquellos días Letelier, recién nombrado ministro de Defensa, expresó su molestia por las incesantes genuflexiones del jefe del ejército: «Este Pinochet me quiere llevar el maletín ¡un general! Y quiere ayudarme a que me ponga el abrigo. Me recuerda a uno de esos hombrecitos de las peluquerías a la antigua, que después de que te ha cortado el pelo, viene con una escobita y te empieza a sacudir y limpiar los pelos del traje y luego espera una propina» (Dorfman, 2002: 156).

14. Testimonio de Orlando Letelier durante la Tercera Sesión de la Comisión Internacional de Investigación de los Crímenes de la Junta Militar en Chile. Consultado en <<http://www.memoriaviva.com>>.

al domicilio de Frei, quien ya conocía esta información (1998: 20). Ninguno informó al Presidente de la República.

Hacia las siete de la tarde, después de reunirse al mediodía con los cuatro generales que dirigirían al día siguiente las columnas militares que avanzarían hacia La Moneda, Pinochet retornó a su domicilio, donde mantuvo su rutina cotidiana y dio un paseo con su perro Dix (Oyarzún, 1999: 154).

Cuando me acosté, no me pude quedar dormido. Pensaba: si mañana fracasamos ¿cómo lo vamos a hacer? Las matanzas, las traiciones, todo podía suceder. Así, dándome vueltas y vueltas me dieron las cinco de la mañana, hora en que me levanté, me bañé y me tendí de nuevo en la cama, y a las seis y media en punto estaba listo para salir hacia el cuartel general.

La noche del 10 de septiembre de 1973 el periodista Augusto Olivares (uno de los grandes amigos de Allende), Orlando Letelier, Carlos Briones y Joan Garcés compartieron la cena con la familia Allende en la residencia privada de Tomás Moro.¹⁵ A las 21:30 horas, Olivares atendió una llamada telefónica de la secretaría privada de la Presidencia que le informó de que dos camiones con soldados habían abandonado el regimiento de Los Andes y se dirigían a Santiago. Después de la cena, al referirse a la dramática situación del país, Allende comentó: «De algo podemos estar seguros, el golpe no será de la totalidad de las Fuerzas Armadas».

Hasta que se acostó, cerca de las dos, el Presidente estuvo pendiente de estos movimientos de tropas ante los insistentes rumores procedentes de distintas fuentes. Su secretaria, Miria Contreras, le confirmó desde La Moneda el acuartelamiento del regimiento de Los Andes. «Al filo de la medianoche empezaron a entrar llamadas, avisando de que tropas del regimiento de Los Andes venían hacia Santiago y que había orden de acuartelamiento antes de las 6 de la mañana», explicó la *Payita* meses después.¹⁶

15. Después del golpe de estado, en Chile se dijeron y escribieron verdaderas barbaridades sobre Salvador Allende. Véase como ejemplo este libro de un conocido periodista publicado en la editorial del PDC: «Entre el atardecer del 10 de septiembre y el amanecer del 11, Salvador Allende, en vista de la partida de los barcos de la Armada en la mañana del lunes, a la Operación Unitas, celebraba una fiesta en su refugio del Cañaverel. Había de todo para el más exigente de los sibaritas: muchachas desabastecidas de ropa, víveres acumulados a despecho del desabastecimiento general, guardias armados del GAP en las puertas del grandioso harén y una cantidad de whisky escocés llegado de Cuba con las correspondientes metrallas...» (Boizard, 1973: 21).

16. «Mis últimas horas con el Presidente Allende», *Bohemia*, 6 de junio de 1974, p. 50.

A petición de Allende, Letelier telefoneó en dos ocasiones al general Herman Brady, jefe de la guarnición de Santiago: «Dice que no hay nada de camiones. Se ha puesto en contacto con la guarnición de San Felipe y está todo normal. El acuartelamiento obedece a la preparación de la parada del día 19. Que él se hace cargo de la situación». Pero minutos después Altamirano trasladó esta misma información a Letelier y entonces éste preguntó a Allende si se ponía en contacto con el comandante en jefe del ejército. «No, no llame a Pinochet. No hace falta. Son tantos los rumores... Hace meses que no dormiría si tuviera que atender cada rumor». El Presidente sí pidió al general Urrutia, director general subrogante de Carabineros, que tomara medidas especiales para las horas siguientes.

Minutos después de la una y media de la noche, Miria Contreras volvió a telefonar a Allende para explicarle que el subsecretario de Guerra, el coronel Valenzuela, le había confirmado que dos compañías del regimiento de Los Andes habían partido hacia Santiago para reforzar la guarnición en previsión de posibles incidentes a consecuencia de la decisión que ese mismo día adoptarían los tribunales sobre el desafuero del senador Altamirano y del diputado Garretón. «¿Ya se divisan los tanques en La Moneda?», bromeó Allende. «Le contesté que todavía no se veían, pero parecía que estaban en camino». Instantes después, el Presidente le devolvió la llamada: «He hablado con Brady... Váyase a descansar. Es muy tarde. Mañana será un día muy duro».

Apenas cuatro horas después de esta conversación, le despertaron con la información de que la armada se había sublevado en Valparaíso. Minutos antes de las siete, le dijo a Joan Garcés, quien entraba en su gabinete de trabajo:

Juan Enrique, se ha sublevado la marinería... La oficialidad del submarino Simpson y la del crucero Almirante Latorre. La escuadra norteamericana está en alta mar, a la altura de Coquimbo (...) Ninguno de los comandantes en jefe contesta al teléfono. Los carabineros son los únicos que responden. Están tomando las medidas previstas, salen a proteger La Moneda... He hablado con Brady. Le he dicho que tome las medidas propias de la situación y que si no las iba a tomar que fuera hombre y me lo dijera.

Allende también le expresó su preocupación por el jefe del ejército: «Pinochet no está en su casa (...) ¿estará detenido?» (Garcés, 1976: 367-373).

Augusto Pinochet explicó que la primera vez que le telefonaron aquella mañana desde la residencia particular del Presidente de la República (Oyarzún, 1999: 155-156):

Me hice como que estaba dormido, pero en el teléfono no estaba Allende, sino la telefonista. «Diga no más», le dije, «qué pasa». Me replicó: «El

Presidente quiere hablar con usted». Le pedí que le dijera que me esperara un momentito porque me iba a vestir. Cuando sonó por segunda vez el teléfono, yo ya no estaba...».

A las 7:40 horas, llegó al lugar que ocuparía durante toda aquella mañana, el «puesto uno», en la Central de Telecomunicaciones del Ejército, en Peñalolén, lejos del centro de la ciudad y cerca del aeródromo de Tobalaba por si el desarrollo de los acontecimientos aconsejaba huir del país. Por su parte, Gustavo Leigh ocupó el «puesto dos», en la Academia de Guerra Aérea, y el instigador del golpe en la armada, el almirante José Toribio Merino, permanecía en Valparaíso.

Amanecía un día gris en Santiago que con el transcurso de las horas se convirtió en una de las jornadas más negras del siglo XX.

XVIII. ONCE DE SEPTIEMBRE

El 11 de septiembre de 1973 Salvador Allende llegó a las siete y media de la mañana al palacio de La Moneda, acompañado por los jóvenes militantes socialistas que integraban su escolta personal (el GAP) y con el fusil ametralladora AK soviético que le regaló Fidel Casto con aquellas palabras grabadas en su culata: «A Salvador, de su compañero de armas, Fidel». Desde su despacho volvió a telefonar a los jefes de las tres ramas de las Fuerzas Armadas y como no obtuvo respuesta comprendió la magnitud de la traición. Cinco minutos después, conversó con Luis Figueroa, quien le comunicó el llamamiento de la CUT a los trabajadores para que acudieran a sus puestos de trabajo. A las 7:55, se dirigió al pueblo por primera vez aquella mañana a través de las radios Corporación, Portales y Magallanes (Martner, 1992: 667):

Habla el Presidente de la República desde el palacio de La Moneda. Informaciones confirmadas señalan que un sector de la marinería habría aislado Valparaíso y que la ciudad estaría ocupada, lo cual significa un levantamiento en contra del Gobierno, del Gobierno legítimamente constituido, del Gobierno que está amparado por la ley y la voluntad del ciudadano.

En estas circunstancias, llamo sobre todo a los trabajadores. Que ocupen sus puestos de trabajo, que concurran a sus fábricas, que mantengan la calma y la serenidad. Hasta este momento, en Santiago no se ha producido ningún movimiento extraordinario de tropas y, según me ha informado el jefe de la guarnición, Santiago estaría acuartelado y normal. En todo caso, yo estoy aquí, en el Palacio de Gobierno, y me quedaré aquí defendiendo al Gobierno que represento por voluntad del pueblo. Lo que deseo, esencialmente, es que los trabajadores estén atentos, vigilantes y que eviten provocaciones.

Como primera etapa tenemos que ver la respuesta, que espero sea positiva, de los soldados de la patria, que han jurado defender el régimen

establecido, que es la expresión de la voluntad ciudadana, y que cumplirán con la doctrina que prestigió a Chile y le prestigia por el profesionalismo de las Fuerzas Armadas. En estas circunstancias, tengo la certeza de que los soldados sabrán cumplir con su obligación. De todas maneras, el pueblo y los trabajadores, fundamentalmente, deben estar movilizados activamente, pero en sus sitios de trabajo, escuchando el llamado que pueda hacerle y las instrucciones que les dé el compañero Presidente de la República.

A las ocho en punto, el almirante Merino lanzó su primera proclama en Valparaíso y al firmarla se apropió de manera absolutamente ilegítima del grado de comandante en jefe que ostentaba Raúl Montero, quien había sido arrestado aquella mañana. Entonces empezó el asalto militar a La Moneda desde el sur de la ciudad y, mientras algunos tanques con infantería atravesaron la calle Teatinos hasta situarse en la Plaza de la Constitución, los miembros del GAP empezaron a preparar la defensa. A las 8:15, la voz de Allende salió de nuevo al aire (Martner, 1992: 668):

Les habla el Presidente de la República. Las noticias que tenemos hasta estos instantes nos revelan la existencia de una insurrección de la Marina en la provincia de Valparaíso. He ordenado que las tropas del Ejército se dirijan a Valparaíso para sofocar este intento golpista. Deben esperar las instrucciones que emanan de la Presidencia. Tengan la seguridad de que el Presidente permanecerá en el palacio de La Moneda defendiendo el Gobierno de los trabajadores. Tengan la certeza de que haré respetar la voluntad del pueblo, que me entregara el mando de la nación hasta el 3 de noviembre de 1976. Deben permanecer atentos en sus sitios de trabajo a la espera de mis informaciones. Las fuerzas leales respetando el juramento hecho a las autoridades, junto a los trabajadores organizados, aplastarán el golpe fascista que amenaza a la patria.

A partir de las 8:30, la difusión de los bandos firmados por los generales traidores, transmitidos por emisoras como Radio Agricultura, despejó la incógnita Pinochet. El más importante fue el quinto, que declaró depuesto al Gobierno constitucional por «quebrantar los derechos fundamentales de libertad de expresión, libertad de enseñanza, derecho de huelga, derecho de petición, derecho de propiedad y derecho en general a una digna y segura subsistencia». En segundo lugar, justificó el golpe por que el Ejecutivo había «quebrado la unidad nacional fomentando artificialmente una lucha de clases estéril y en muchos casos cruenta, (...) y llevando a una lucha fratricida y ciega, tras las ideas extrañas a nuestra idiosincrasia, falsas y probadamente fracasadas». Por estas y otras razones los

generales golpistas asumieron «el deber moral que la Patria les impone de destituir al Gobierno que aunque inicialmente legítimo ha caído en la ilegitimidad flagrante, asumiendo el Poder por el solo lapso en que las circunstancias lo exijan...» (Garretón, 1998: 59-61).

A las 8:45, Salvador Allende informó de la gravedad de la situación y empezó a despedirse de su pueblo (Martner, 1992: 668-669):

Compañeros que me escuchan: la situación es crítica, hacemos frente a un golpe de Estado en el que participan la mayoría de las Fuerzas Armadas. En esta hora aciaga quiero recordarles algunas de mis palabras dichas el año 1971, se las digo con calma, con absoluta tranquilidad, yo no tengo pasta de apóstol ni de mesías. No tengo condiciones de mártir, soy un luchador social que cumple una tarea que el pueblo me ha dado, pero que lo entiendan aquéllos que quieren retrotraer la historia y desconocer la voluntad mayoritaria de Chile; sin tener carne de mártir, no daré un paso atrás. Que lo sepan, que lo oigan, que se les grave profundamente: dejaré La Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera, defenderé esta Revolución Chilena y defenderé el Gobierno porque es el mandato que el pueblo me ha entregado. No tengo otra alternativa. Sólo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo. Si me asesinan, el pueblo seguirá su ruta, seguirá el camino con la diferencia quizá que las cosas serán mucho más duras, mucho más violentas, porque será una lección objetiva muy clara para las masas de que esta gente no se detiene ante nada.

Yo tenía contabilizada esta posibilidad, no la ofrezco ni la facilito. El proceso social no va a desaparecer porque desaparece un dirigente. Podrá demorarse, podrá prolongarse, pero a la postre no podrá detenerse. Compañeros, permanezcan atentos a las informaciones en sus sitios de trabajo, que el compañero Presidente no abandonará a su pueblo ni su sitio de trabajo. Permaneceré aquí en La Moneda inclusive a costa de mi propia vida.

Pocos minutos antes de las nueve, era consciente de que los golpistas habían neutralizado a todos los altos mandos constitucionalistas y del fracaso de los planes de defensa del Gobierno ante un golpe de estado, cuyo requisito necesario era la división de las Fuerzas Armadas. «¿No puede desautorizar a los generales que le piden que entregue el mando, no hay nadie capaz de reemplazarlos al frente de alguna guarnición leal, en Santiago o en las provincias? ¿No cuenta con un solo regimiento leal?», le preguntó Garcés. «Ni un solo regimiento».

En aquellos momentos llegó el dirigente socialista Hernán del Canto para preguntarle, en nombre de la Comisión Política de su Partido, qué debían hacer.

«Yo sé cuál es mi lugar y lo que tengo que hacer. Nunca antes me han pedido mi opinión. ¿Por qué me la piden ahora? Ustedes, que tanto han alardeado, deben saber lo que tienen que hacer. Yo he sabido desde un comienzo cuál era mi deber», le respondió Allende de manera cortante (Garcés, 1976: 386). Aquella mañana las direcciones de los partidos Comunista y Socialista se reunieron y, ante la imposibilidad de oponer resistencia al golpe de estado, después del bombardeo de La Moneda decidieron pasar a la clandestinidad. La resistencia de la izquierda en Santiago se concentró principalmente en humildes poblaciones como La Legua y en el corazón de los cordones industriales, pero fue aplastada por los militares en escasas horas. Intentos aislados en Valdivia, Talca o en Valparaíso también fracasaron (Quiroga, 2001: 168-171).

A las 9:03, Allende habló por penúltima vez a través de Radio Magallanes (Martner, 1992: 669):

En estos momentos pasan los aviones. Es posible que nos acribillen, pero que sepan que aquí estamos, por lo menos con nuestro ejemplo, que en este país hay hombres que saben cumplir con la obligación que tienen. Yo lo haré por mandato del pueblo y por voluntad consciente de un Presidente que tiene la dignidad del cargo entregado por su pueblo en elecciones libres y democráticas.

En nombre de los más sagrados intereses del pueblo, en nombre de la patria, los llamo a ustedes para decirles que tengan fe. La historia no se detiene ni con la represión ni con el crimen. Ésta es una etapa que será superada. Éste es un momento duro y difícil; es posible que nos aplasten, pero el mañana será del pueblo, será de los trabajadores. La humanidad avanza para la conquista de una vida mejor.

Pagaré con mi vida la defensa de principios que son caros a esta patria. Caerá un baldón sobre aquéllos que han vulnerado sus compromisos, faltando a su palabra... roto la doctrina de las Fuerzas Armadas. El pueblo debe estar alerta y vigilante. No debe dejarse provocar, ni masacrar, pero también debe defender sus conquistas. Debe defender el derecho a construir con su esfuerzo una vida digna y mejor.

Entonces ya era consciente de que su final se acercaba ante la traición de los generales y la derrota irreversible del proyecto político al que había consagrado toda su vida. Por ello, se apresuró a telefonar de nuevo a los estudios de Radio Magallanes antes de que sus torres de emisión fueran destruidas por la aviación, como las de Radio Portales y Radio Corporación. Sin detenerse ni un solo momento, improvisó las últimas palabras que dirigió a su pueblo (Martner, 1992: 669-671):

Ésta será, seguramente, la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de Radio Portales y Radio Corporación. Mis palabras no tienen amargura, sino decepción y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron: soldados de Chile, comandantes en jefe titulares, el almirante Merino, que se ha autodesignado, más el señor Mendoza, general rastreo que sólo ayer manifestara su fidelidad y lealtad al Gobierno, también se ha autodenominado director general de Carabineros.

Ante estos hechos, sólo me cabe decirle a los trabajadores: yo no voy a renunciar. Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen, ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos. Trabajadores de mi patria: quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra de que respetaría la Constitución y la ley y así lo hizo.

También denunció la agresión de Washington y rindió su último homenaje a los militares leales a los valores democráticos:

En este momento definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes, quiero que aprovechen la lección. El capital foráneo, el imperialismo, unido a la reacción, creó el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que le enseñara Schneider y que reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estará en sus casas esperando con mano ajena reconquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios.

Me dirijo sobre todo a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la obrera que trabajó más, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños. Me dirijo a los profesionales de la patria, a los profesionales patriotas, a los que hace días estuvieron trabajando contra la sedición auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clase para defender también las ventajas de una sociedad capitalista de unos pocos.

Detrás de su escritorio, Salvador Allende alumbró su discurso más hermoso con una voz serena y digna, mientras cerca de veinte personas le contemplaban, emocionadas, en medio de un silencio impresionante:

Me dirijo a la juventud, a aquéllos que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu de lucha. Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquéllos que serán perseguidos porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente, en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando la línea férrea, destruyendo los oleoductos y los gaseoductos, frente al silencio de los que tenían la obligación de proceder. Estaban comprometidos. La historia los juzgará. Seguramente Radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa, lo seguirán oyendo, siempre estaré junto a ustedes. Por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal a la lealtad de los trabajadores.

El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar, ni acribillar pero tampoco puede humillarse. Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde de nuevo abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores! Éstas son mis últimas palabras. Tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que por lo menos será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.

Hacia las nueve y media, el almirante Patricio Carvajal le ofreció la posibilidad de abandonar el país en avión junto con su familia y sus colaboradores más cercanos, pero se negó. Por casualidad el citófono que había tomado para responderle quedó abierto y por él pudieron escuchar la voz alterada de este oficial: «Tenemos que matarlos como ratas, que no quede un rastro de ninguno de ellos, en especial de Allende».

Si aquel día miles de chilenos escucharon las últimas palabras de Allende, no pudieron conocer las órdenes que Pinochet transmitió por radio hasta el 24 de diciembre de 1985, cuando la revista *Análisis* publicó la transcripción de la grabación que les entregó un radioaficionado. «Rendición incondicional, nada de parlamentar... ¡Rendición incondicional!», bramó el general. El almirante Carvajal, su interlocutor, tomó nota: «Bien, conforme. Rendición incondicional y se le toma preso, ofreciéndole nada más que respetarle la vida, digamos». Pinochet aclaró su instrucción: «La vida y se le... su integridad física y enseguida se le va a despachar para otra parte». Y Carvajal añadió: «Conforme. Ya... o sea que se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país». «Se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país... pero el avión se cae, viejo, cuando vaya volando», advirtió el jefe del ejército (Verdugo, 1998: 112).

Alrededor de las diez de la mañana, el Presidente reunió en el salón Toesca a todas las personas que le acompañaban: ministros como Carlos Briones, Clodomiro Almeyda o Edgardo Enríquez, trabajadores de la Presidencia, su equipo de médicos personales, sus hijas Beatriz e Isabel, miembros de las Fuerzas Armadas como sus edecanes, los escoltas del GAP, el director general del cuerpo de Carabineros y los 16 agentes de la Policía de Investigaciones asignados para su seguridad.

Compañeras y compañeros: el golpe militar está en marcha. Los sectores reaccionarios y el imperialismo han logrado unir en contra del Gobierno a las Fuerzas Armadas y Carabineros con la complicidad de generales que hasta pocas horas atrás nos manifestaban lealtad. No tenemos fuerzas militares organizadas que estén con nosotros... Yo he tomado hace mucho tiempo mi decisión: no renunciaré ni me iré del país, ni abandonaré La Moneda. Lucharé hasta el final. Les agradezco a todos la lealtad y colaboración que siempre me han prestado, pero quiero decirles que no debe haber víctimas inútiles. La mayoría de ustedes son jóvenes, tienen mujer e hijos pequeños. Tienen un deber con ellos y con el pueblo de Chile. No es éste el último combate, habrá muchas jornadas futuras en que serán necesarios.

A las compañeras no les pido, sino les ordeno que abandonen La Moneda. A los compañeros que no tienen tareas que cumplir o no tienen o no saben usar armas, les pido que salgan ahora, que tienen todavía la posibilidad de hacerlo. Algunos deberán contar lo que ha ocurrido. Yo combatiré, porque tengo un mandato de los trabajadores y el pueblo, que, como a través de toda mi vida, cumpliré con lealtad.

Un silencio impresionante siguió a sus palabras. «A casi todos las lágrimas nos resbalan incontenibles. Cantamos el himno nacional; finalizado éste, gritos de ¡Viva Chile! ¡Viva la Unidad Popular!», ha escrito el doctor Óscar Soto, cardiólogo de Allende (1998: 77-80). Pero cuando Allende preguntó a sus colaboradores más cercanos qué resolvían hacer, el jurista Arsenio Poupin, subsecretario general del Gobierno, afirmó: «Nuestra obligación es quedarnos aquí». En otro momento, Allende se dirigió a Joan Garcés y le ordenó partir. Éste, sorprendido, escuchó sus razones: «... y por último alguien tiene que contar lo que aquí ha pasado, y sólo usted puede hacerlo». «¿No es cierto?», preguntó a sus restantes colaboradores, quienes se mostraron de acuerdo (1976: 394). «Me acompañé unos pasos hacia la puerta y nos abrazamos por última vez» (Timossi, 1974: 82). La mayor parte de los ministros y de los funcionarios se dirigieron a sus dependencias, mientras que, ante el inminente bombardeo aéreo, los miembros del GAP, los detectives de Investigaciones, los médicos, los administrativos y los periodistas empezaron a adoptar algunas elementales medidas de seguridad que el propio Allende supervisó.

Antes de que los *hawer hunter* arrojaran sus *rockets* sobre el símbolo de la democracia chilena, arrasaron la residencia oficial del Presidente, en la avenida Tomás Moro 200, donde junto con Hortensia Bussi, su esposa, permanecía un reducido grupo de trabajadores y una docena de miembros del GAP. La esposa del Presidente estuvo en el lugar hasta que impactó el primer proyectil y entonces se refugió en la cercana casa de Felipe Herrera. En los días siguientes los bienes familiares fueron saqueados.

En los momentos previos al bombardeo aéreo de La Moneda, Allende ordenó marcharse a las últimas mujeres, entre ellas dos de sus tres hijas. Beatriz, embarazada de siete meses, e Isabel intentaron permanecer junto a su padre, pero, indicó ésta, «cuando vimos que ya empezaba a angustiarse decidimos acceder. Fue muy emocionante, porque nos acompañó hasta la puerta de salida. Nos abrazó. Fue un abrazo muy fuerte. Los ojos de todos estaban muy húmedos. Las palabras sobran».¹

Cuando Allende regresó a la segunda planta del Palacio se encontró con la *Payita* quien, al igual que Marta Silva (secretaria del Ministerio del Interior), se había escondido. El Presidente le sonrió y le dijo que sabía que pese a todo permanecería en La Moneda. Miria le preguntó cómo había logrado convencer a Beatriz. «Tuvo que partir, pues con ella le envié un mensaje a Fidel y eso fue lo único que pesó en su estado de ánimo para tomar la decisión de irse». El 28 de septiembre, en la plaza de la Revolución de La Habana ante centenares de miles de personas, Beatriz Allende (acompañada en la tribuna por su madre y por Fidel Castro) afirmó (Allende y Castro, 1973: 20-21):

En este acto solidario con Chile quisiera decirles lo que me pidió que les transmitiera a ustedes. Me lo confió en La Moneda bajo el combate: dile a Fidel que yo cumpliré con mi deber. Dile que hay que lograr la mejor conducción política unitaria para el pueblo de Chile. Señaló que se iniciaba ese día una larga resistencia y que Cuba y los revolucionarios tendrían que ayudarnos en ella. Hoy, desde este territorio libre de América, podemos decirle al compañero Presidente: tu pueblo no claudicará, tu pueblo no plegará la bandera de la revolución; la lucha a muerte contra el fascismo ha comenzado y terminará el día en que tengamos el Chile libre, soberano, socialista por el que combatiste y entregaste tu vida. Compañero Presidente ¡venceremos!

1. *Apsi*, 10 de septiembre de 1984, p. 12.

Quienes resistían en La Moneda siguieron conteniendo los ataques de los tanques y la infantería, hasta el punto de que el propio Allende llegó a disparar una de las cuatro bazukas que tenían. De repente, escucharon los gritos ahogados en sollozos del periodista Carlos Jorquera al descubrir que Augusto Olivares, uno de sus mejores amigos, se había suicidado. Al conocer su muerte Allende, emocionado, pidió un minuto de silencio a modo de homenaje a quien le había acompañado durante tanto tiempo.

Poco después los *haver hunter* empezaron a bombardear el Palacio, en el que fue primer acto criminal de la dictadura de Pinochet, su verdadera acta fundacional. Los *rockets* perforaron los muros del palacio, explotaron en casi todas las dependencias y pronto el aire se tornó irrespirable porque los gases lacrimógenos asfixiaban a los resistentes, quienes por orden de Allende se habían tendido en el suelo, se cubrían la cabeza y se protegían unos con otros. El Presidente y sus colaboradores se distribuyeron las escasas mascarillas antigás e intentaron continuar el combate, aunque las tropas de infantería comandadas por el general Javier Palacios iniciaron el asalto mientras los tanques disparaban contra las ventanas, en medio de las llamas y del derrumbamiento de techos y pisos.

Los primeros soldados entraron por la simbólica puerta de Morandé 80² y detuvieron a varios de los defensores, entre ellos al doctor Óscar Soto, a quien ordenaron que avisara a Allende y a sus acompañantes de que tenían diez minutos para salir desarmados. «Presidente, la primera planta está tomada por los militares. Dicen que deben bajar y rendirse». «Allende nos pidió que nos entregáramos —señaló el doctor Patricio Arroyo—. Yo entendí claramente que esto corría para nosotros y no para él. No recuerdo si lo dijo o no, pero todos entendimos lo mismo: él no saldría vivo de ahí... Se improvisó, con un delantal médico, una bandera blanca; atada a un palo, fue sacada por la puerta de Morandé 80. La Moneda estaba rodeada por todos lados. Los militares aceptaron la rendición y exigieron que bajáramos en fila india y con las manos en la nuca».

Detrás de Óscar Soto, empezaron a salir, entre otros, Miria Contreras, Jaime Barrios, Arsenio Poupin, Arturo Jirón, Enrique París, Eduardo Paredes

2. La puerta de La Moneda ubicada en el número 80 de la calle Morandé era el tradicional acceso de los presidentes al Palacio. Después del golpe, fue eliminada por la dictadura en la reconstrucción. El 11 de septiembre de 2003, con motivo de los 30 años del golpe de estado, fue recuperada.

y Enrique Huerta, mientras Allende regresó al Salón de la Independencia. Cuando se dirigían hacia la puerta de Morandé 80, algunos de sus colaboradores alcanzaron a escuchar la ráfaga de disparos que puso fin a su vida. En ese instante Enrique Huerta gritó: «¡Allende ha muerto! ¡Viva Chile!». Segundos después, llegó al lugar el doctor Patricio Guijón, quien contempló su cuerpo inerte, y a los pocos minutos entraron algunos soldados y el general Palacios, quien comunicó a sus superiores: «Misión cumplida. Moneda tomada. Presidente muerto».

La mayor parte de los detenidos, en particular los colaboradores y los escoltas de Allende, fueron conducidos aquella tarde al regimiento Tacna y, a excepción de tres miembros del GAP, el 13 de septiembre fueron ejecutados en los terrenos militares de Peldehue (Amorós, 2004: 21-41). Los ministros y ex ministros fueron trasladados el 15 de septiembre, junto con otros destacados dirigentes de la Unidad Popular, a un campo de concentración en la isla Dawson, en el extremo austral del país.

La noche del 11 de septiembre Augusto Pinochet, Gustavo Leigh, José Merino y César Mendoza prestaron juramento como integrantes de la junta militar y en las semanas sucesivas clausuraron el Congreso Nacional, ilegalizaron la CUT y los partidos de izquierda y se apropiaron de sus bienes y cerraron decenas de medios de comunicación. El derrocamiento del Gobierno de Salvador Allende no sólo significó la derrota de «la vía chilena al socialismo», también supuso la destrucción de una de las democracias más arraigadas de América. La dictadura, que se prolongó hasta el 11 de marzo de 1990, fue repudiada año tras año por mayorías aplastantes en la Asamblea General de las Naciones Unidas porque miles de personas fueron asesinadas, decenas de miles, encarceladas y torturadas y más de medio millón de chilenos tuvieron que abandonar su patria camino del exilio. Muy pronto Pinochet se convirtió en uno de los paradigmas universales de la infamia.

Mientras en los días posteriores al golpe de estado decenas de ciudades de todo el mundo acogieron manifestaciones de condena a la junta militar y de solidaridad con el pueblo chileno, el 12 de septiembre la dirección del Partido Demócrata Cristiano se apresuró a difundir una declaración pública de absoluto respaldo a la tiranía: «Los hechos que vive Chile son consecuencia del desastre económico, el caos institucional, la violencia armada y la crisis moral a que el Gobierno depuesto condujo al país, que llevaron al pueblo chileno a la angustia y la desesperación». El PDC invitó a la ciudadanía a «cooperar» con la dictadura porque «los propósitos de restablecimiento de la normalidad institucional y

de paz y unidad entre los chilenos expresados por la junta militar de gobierno interpretan el sentimiento general» (Aylwin, 1998: 20-32).³

Aquel mismo día, a primera hora de la mañana, avisaron a Hortensia Bussi de que, al contrario de lo que habían dicho radios y televisiones, su esposo estaba herido en el Hospital Militar, por lo que se dirigió hasta allí:

Aunque me identifiqué plenamente, los soldados me negaron la entrada. Después hablé con un general que me recibió con estas palabras: «Señora, fui amigo de Salvador Allende. Le expreso mi más sentido pésame». Entonces supe que había muerto.

Ese general le ordenó que se dirigiera a un aeródromo donde le conducirían al lugar donde debería sepultar el cuerpo de su esposo.

Con la única compañía de su cuñada Laura Allende, de dos sobrinos y del edecán aéreo de Allende (el comandante Roberto Sánchez), Hortensia Bussi enterró a Salvador Allende en el mausoleo de la familia Grove del cementerio Santa Inés de Viña del Mar (Taufic, 1974: 78-80).

La gente nos miraba extrañada. No sabía bien de quién se trataba ni de quién era el cadáver que iba en el furgón. Había gran cantidad de soldados y carabineros, como si se esperase una multitud en el sepelio (...) Volví a insistir en ver a mi marido. No me permitieron, pero levantaron la tapa y sólo descubrí una sábana que lo cubría. No supe si eran los pies o la cabeza. Me dieron ganas de llorar. Los oficiales me impidieron verlo, volvieron a repetirme que el ataúd se encontraba soldado. Entonces, dije al oficial que me acompañaba, en voz alta: «Salvador Allende no puede ser enterrado en forma tan anónima. Quiero que sepan ustedes, por lo menos, el nombre de la persona que están enterrando». Tomé unas flores cercanas y las arrojé a la fosa cuando ya estaban paleándole tierra y dije: «Aquí dejamos a Salvador Allende, que es el Presidente de la República y a quien no han permitido que ni su familia lo acompañe».

Solicitó a los trabajadores del camposanto que dijeran quién estaba enterrado allí para que nunca faltaran las flores en su tumba.

Después, pedí que me llevaran a la residencia de Cerro Castillo, de Viña del Mar, para recoger unas pocas pertenencias de Salvador y mías, de algunos

3. Al día siguiente 16 destacados militantes del PDC, encabezados por Leighton, Tomic y Fuentealba, entregaron otra declaración (publicada sólo en el extranjero) en la que rechazaban el golpe de estado y rendían homenaje al Presidente Allende (Donoso Pacheco, 1988: 467-469).

finde de semana que habíamos pasado allí. Pero se armó un conciliábulo como si hubiera pedido la cosa más difícil del mundo, en medio de ese espectáculo de ver a soldados, a marinos, con sus ametralladoras listas, cuando pasábamos lentamente hacia la sepultura de Salvador Allende, apuntándonos en forma amenazante, como si fuéramos a raptar el fétetro (Zerán, 1997: 28).

Aquel día su hija Isabel telefoneó al embajador de México, Gonzalo Martínez Corbalá, y le pidió que diera asilo a su familia. Por la noche ambos fueron en el vehículo diplomático a recoger a Hortensia Bussi a casa de Felipe Herrera y lograron convencerla de que aceptara la protección de la Embajada en calidad de huésped del gobierno mexicano. El 16 de septiembre los primeros 350 refugiados, entre ellos Hortensia Bussi e Isabel Allende, llegaron a este país y fueron recibidos por el presidente Echevarría y su gobierno en pleno, vestidos de riguroso luto (Martínez Corbalá, 1998: 185-236). Durante sus tres lustros en el exilio, Hortensia Bussi denunció en todos los rincones del planeta la ignominia de la dictadura. Recibida con honores de jefa de estado, fue la voz más relevante de la resistencia democrática en el exterior.

Sólo pudo regresar a su añorada patria dos semanas antes del plebiscito del 5 de octubre de 1988, que supuso el principio del fin del régimen de Pinochet. «El término del exilio –afirmó Hortensia Bussi–, el fin de los estados de excepción, es como si llegara la primavera, pero no por un regalo, sino porque ha sido una exigencia de todos los chilenos. Gracias a ellos podemos regresar. (...) El pueblo se ha sacrificado tanto durante estos años que se merece que termine la dictadura y que no ocurra nada que nos haga retroceder en el retorno a la democracia. A mí me habría gustado votar. A los jóvenes que votan por primera vez les pido que cuando lo hagan, recuerden a Salvador Allende, él siempre quiso lo mejor para el pueblo».⁴

El 24 de septiembre de 1988 decenas de miles de personas la esperaban en el aeropuerto de Pudahuel con retratos del compañero Presidente y banderas rojas y de la Unidad Popular.

Saludo con emoción al pueblo chileno. A él, al pueblo, debo mi retorno a la Patria. Sin la acción valiente de las organizaciones de derechos humanos, de los partidos democráticos, de las organizaciones sociales y de la Iglesia católica mi presencia aquí no sería posible.

4. *Análisis*, 12 de septiembre de 1988, p. 41.

Acompañada por sus hijas Isabel y Carmen Paz, fue sorteando los controles aduaneros y reencontrándose con su pueblo, quince años después. Su voz sólo se quebró al recordar con emoción a «dos personas muy queridas para mí: mi hija Beatriz... quien como tantos otros chilenos que amaban a su patria nunca volvió a verla; y Salvador Allende, cuyas últimas palabras fueron un mensaje de unidad».⁵

Beatriz se suicidó en La Habana en octubre de 1977 al no poder soportar un día más la tragedia que sufría su pueblo.

El 4 de septiembre de 1990, tuvo lugar el funeral oficial de Salvador Allende. Miles de personas se apostaron en las calles de Santiago para ofrendar su última despedida al compañero Presidente. Veinte años después de la histórica victoria de la Unidad Popular, Hortensia Bussi despidió a su esposo con unas palabras que conservan plena vigencia, ya que aún hoy no se han hallado los restos ni siquiera del 10 % de las personas detenidas desaparecidas por la dictadura y persiste una impunidad difícil de remover, a pesar de los avances producto de la detención de Pinochet en Londres en 1998 (Soto, 1998: 132):

El reencuentro entre chilenos no se cumplirá mientras muchos de nuestros compatriotas y compañeros sigan hacinados en fosas perdidas sin recibir cristiana sepultura. Los muertos en estos años aciagos tienen derecho a una tumba con nombre que pueda ser visitada por sus seres queridos. Chile le debe a todos ellos la mínima reparación que hoy entrega a Salvador Allende. La verdad y la justicia son los únicos medios para alcanzar la reconciliación.

5. *Pluma y Pincel*, 30 de septiembre de 1988, p. 5.

6. Laura Allende tampoco pudo regresar a Chile, de donde fue expulsada en marzo de 1975 tras estar detenida cinco meses en Cuatro Álamos. Enferma de cáncer desde los 32 años, en diciembre de 1979, cuando tenía 68 y su enfermedad amenazaba ya su vida, envió una conmovedora carta a varios organismos internacionales y a sus amigos: «Como mujer chilena dediqué mi actividad a combatir la miseria de mi pueblo, a buscar la forma de levantar y desarrollar mejores condiciones de la limitada vida del niño proletario, es decir, a defender el presente y el futuro de mi Patria». Apenas podía ya caminar, sufría dolencias en la columna, anemia y descalcificación. «No, no puedo esperar. Además, estoy en mi derecho, legalmente no pueden impedirme vivir en Chile». En mayo de 1981 se quitó la vida al arrojarle al vacío desde la habitación del hotel de La Habana donde residía. Su enfermedad ya se había agravado y había estado hospitalizada a principios de aquel año. Un año antes había escrito al papa Juan Pablo II: «Yo no puedo esperar que siga pasando el tiempo, tengo 68 años y estoy enferma. Necesito ver mi patria, no quisiera que llegara la hora de la partida lejos de mi tierra. El exilio, aun en las mejores condiciones, es difícil de soportar. Nos va minando la resistencia para vivir. Sé que podría recuperar fuerzas y esperar con gran conformidad la hora final en mi patria».

Salvador Allende descansa en un mausoleo del Cementerio General acompañado de su hija Beatriz y de sus hermanas Inés y Laura.⁶ Sus últimas palabras reciben al visitante:

Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde de nuevo abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores! Estas son mis últimas palabras. Tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que por lo menos será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.

Desde 1994, su nombre también preside el inmenso Memorial del Detenido Desaparecido y del Ejecutado Político levantado en el Cementerio General en memoria de las víctimas de la dictadura, bajo los versos esculpidos de Raúl Zurita: «Todo mi amor está aquí y se ha quedado pegado a las rocas, al mar, a las montañas». En su inauguración, la presidenta de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, Sola Sierra, se dirigió al compañero Presidente y a todos sus compañeros y compañeras asesinados por la dictadura con unas palabras sembradas de futuro: «Si levantan los ojos, verán que aquí nuevamente nos hemos congregado, porque nunca los hemos olvidado, porque el sueño que ustedes tuvieron tiene plena vigencia».

APÉNDICE: SALVADOR ALLENDE (1908-1973)

- 1908, 26 de junio: nace en Valparaíso.
- 1918: después de vivir ocho años en Tacna, donde inicia sus estudios en la Sección Preparatoria del liceo local, la familia se traslada a vivir a Iquique.
- 1921: regresan a Valparaíso.
- 1923: un zapatero anarquista, Juan Demarchi, le acerca al pensamiento revolucionario de tradición libertaria.
- 1924: concluye sus estudios secundarios en el liceo Eduardo de la Barra de Valparaíso.
- 1925: realiza el servicio militar como voluntario en Viña del Mar y Tacna.
- 1926: ingresa en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile en Santiago.
- 1927: elegido presidente del Centro de Alumnos de la Escuela de Medicina.
- 1930: elegido vicepresidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile como miembro del Grupo Avance.
- 1931: participa en las movilizaciones estudiantiles contra la dictadura del coronel Ibáñez.
- 1932: elegido delegado de la Escuela de Medicina en el Consejo Universitario. Es encarcelado, juzgado y absuelto por tres Cortes Marciales. Obtiene la licenciatura en Medicina.
- 1933: participa desde Valparaíso, donde trabaja como médico, en la fundación del Partido Socialista de Chile.
- 1935: el gobierno de Arturo Alessandri le relega al puerto de Caldera.
- 1937: con 29 años es elegido diputado socialista por Valparaíso.
- 1938: dirige la campaña en Valparaíso de Pedro Aguirre Cerda, candidato del Frente Popular y presidente de Chile hasta 1941. Elegido subsecretario general del Partido Socialista.

- 1939: nombrado ministro de Salubridad, Previsión y Asistencia Social, cargo que ocupa durante dos años. Publica *La realidad medico-social chilena*. Reforma el Seguro Obrero Obligatorio. Participa en la acogida a los refugiados republicanos españoles que llegan en el *Winnipeg*.
- 1941: renuncia al Ministerio de Salubridad y asume como administrador de la Caja del Seguro Obligatorio.
- 1943: elegido secretario general del Partido Socialista.
- 1944: relevado en la secretaría general del PSCh y elegido miembro de su Comité Central.
- 1945: elegido senador por las provincias de Osorno, Valdivia, Llanquihue, Chiloé, Aysén y Magallanes.
- 1947: junto con otros destacados dirigentes crea el Partido Socialista Popular.
- 1948: se opone en el Senado a la ilegalización del Partido Comunista impulsada por el presidente González Videla.
- 1951: abandona el PSP ante la decisión de este partido de apoyar la candidatura presidencial del general Ibáñez para 1952 y regresa al Partido Socialista de Chile. Presenta en el Senado junto con dos senadores comunistas un proyecto para la nacionalización del cobre.
- 1952: candidato presidencial del Frente del Pueblo.
- 1953: elegido senador por Tarapacá y Antofagasta.
- 1954: elegido vicepresidente del Senado. Condena el derrocamiento del presidente guatemalteco Jacobo Arbenz por parte de la CIA.
- 1955: el Senado aprueba su proyecto de creación del Servicio Nacional de Salud y de Seguridad Social.
- 1956: elegido presidente del FRAP. Condena la invasión soviética de Hungría.
- 1957: participa en la reunificación de las distintas fracciones socialistas.
- 1958: candidato presidencial del FRAP.
- 1959: viaja a Cuba tras el triunfo de la Revolución y entabla amistad con Fidel Castro y con Ernesto *Che* Guevara.
- 1961: elegido senador por Valparaíso.
- 1964: candidato presidencial del FRAP.
- 1965: condena la invasión estadounidense de la República Dominicana.
- 1966: elegido presidente de la Organización Latinoamericana de Solidaridad.
- 1967: elegido presidente del Senado.
- 1968: condena la invasión soviética de Checoslovaquia. Ayuda a cinco guerrilleros supervivientes de la lucha del *Che* en Bolivia.
- 1969: elegido senador por Chiloé, Aysén y Magallanes. Viaja a Vietnam y Corea del Norte.

- 1970, enero: elegido candidato presidencial de la Unidad Popular.
- 1970, 4 de septiembre: vence en las elecciones presidenciales con el 36,2 % de los votos.
- 1970, 24 de octubre: con el apoyo de los parlamentarios demócratacristianos, el Congreso Pleno le elige Presidente de la República.
- 1970, 3 de noviembre: es investido Presidente de la República. A propuesta suya, se celebra un *Te Deum* ecuménico en la catedral de Santiago.
- 1970, 12 de noviembre: firma el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con Cuba.
- 1971, 4 de abril: amplia victoria de la Unidad Popular en las elecciones municipales.
- 1971, 21 de mayo: en su Primer Mensaje presidencial al Congreso Pleno, expone los fundamentos de la «vía chilena al socialismo».
- 1971, 8 de junio: condena el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic.
- 1971, 11 de julio: el Congreso Nacional aprueba por unanimidad la reforma constitucional para la nacionalización de la gran minería del cobre impulsada por su gobierno.
- 1971, julio: visita oficial a Argentina.
- 1971, agosto y septiembre: visitas oficiales a Colombia, Ecuador y Perú.
- 1971, septiembre: Chile se integra en el Movimiento de Países No Alineados.
- 1971, 28 de septiembre: suscribe el decreto que fija las indemnizaciones para las multinacionales cupríferas estadounidenses.
- 1971, 2 de diciembre: despide en un acto de masas a Fidel Castro.
- 1972, 7 de enero: designa a José Tohá ministro de Defensa después de que una acusación constitucional presentada por el PDC le destituyera como ministro del Interior.
- 1972, febrero: veta la reforma constitucional impulsada por el PDC para definir el Área Social.
- 1972, abril: defiende en la Conferencia de la UNCTAD III un nuevo orden económico mundial.
- 1972, 21 de mayo: reafirma la apuesta por la vía político-institucional a pesar de la progresiva agudización del conflicto, en su Mensaje al Congreso Pleno.
- 1972, junio: designa nuevos responsables en los ministerios económicos tras el Cónclave de Lo Curro.
- 1972, julio: se crea el Partido Federado de la Unidad Popular. Critica la «Asamblea del Pueblo» de Concepción.

- 1972, agosto: visita Lo Hermida tras la muerte de un poblador durante un enfrentamiento con las fuerzas policiales.
- 1972, 5 de septiembre: plantea a los dirigentes de la Unidad Popular la necesidad de impulsar una nueva Constitución, de acuerdo con el proceso de transición al socialismo.
- 1972, septiembre: denuncia el «Plan Septiembre».
- 1972, octubre: enfrenta el paro de los gremios, los camioneros, los sectores profesionales y los comerciantes. Alienta la movilización masiva de los trabajadores en defensa de la Revolución Chilena.
- 1972, 2 de noviembre: incorpora a su gobierno al general Prats y otros dos altos oficiales y a los dos principales dirigentes de la CUT.
- 1972, diciembre: gira por México, Nueva York, Unión Soviética y Cuba. En la ONU, denuncia la agresión de Washington para destruir la democracia chilena y el bloqueo económico y clama por el derecho de los países del Tercer Mundo a nacionalizar sus recursos naturales.
- 1973, 4 de marzo: la Unidad Popular alcanza el 43,4% de los votos en las elecciones parlamentarias. Su Gobierno es el que tiene más apoyo popular después de dos años de gestión en las últimas décadas.
- 1973, abril: aplaza la aplicación de la Escuela Nacional Unificada por las críticas de la jerarquía católica y de sectores de la oficialidad de las Fuerzas Armadas.
- 1973, 18 de abril: interviene en el acto de conmemoración del 40° del Partido Socialista de Chile.
- 1973, 21 de mayo: pronuncia su tercer Mensaje al Congreso Pleno, titulado «Por la democracia y la revolución, contra la guerra civil».
- 1973, 15 de junio: recibe a los representantes de los empleados en huelga de El Teniente.
- 1973, 29 de junio: elogia la actuación de las Fuerzas Armadas, que sofocan la sublevación del coronel Souper.
- 1973, julio y agosto: a petición del Cardenal Silva Henríquez, inicia las últimas conversaciones para intentar alcanzar un acuerdo con el PDC. A principios de agosto, designa un nuevo gabinete cívico-militar.
- 1973, 23 de agosto: nombra al general Augusto Pinochet comandante en jefe del ejército.
- 1973, 24 de agosto: responde a la declaración de la Cámara de Diputados, aprobada por la oposición, que acusa a su Gobierno de pretender instaurar un régimen totalitario.

- 1973, 4 de septiembre: un millón de personas se manifiesta en Santiago con motivo del tercer aniversario de la victoria de la Unidad Popular en las elecciones presidenciales.
- 1973, 9 de septiembre: comunica a Pinochet su intención de convocar un plebiscito como vía para encauzar el conflicto.
- 1973, 11 de septiembre: ante el golpe de estado, resiste en La Moneda junto con un grupo de colaboradores, escoltas y funcionarios. A través de varias emisoras se dirige al país en varias ocasiones y pronuncia su último discurso poco después de las nueve de la mañana. Después del bombardeo del Palacio, ordena a sus acompañantes que se entreguen y, fiel al compromiso contraído con su pueblo, pone fin a su vida.
- 1973, 12 de septiembre: Hortensia Bussi, su viuda, es forzada a enterrarle en el cementerio Santa Inés de Viña del Mar.
- 1990, 4 de septiembre: tras el final de la dictadura, sus restos son trasladados a un mausoleo del Cementerio General de Santiago de Chile.
- 1994, febrero: se inaugura en el Cementerio General de Santiago el Memorial del Detenido Desaparecido y del Ejecutado Político, en el que figuran inscritos los nombres de todas las personas reconocidas por el Estado chileno como víctimas de la dictadura. Su nombre preside este impresionante mural de piedra.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- AGUIRRE CERDA, Pedro: miembro del Partido Radical y presidente de la República entre 1938 y 1941 con el Frente Popular.
- ALESSANDRI, Jorge: presidente de la República entre 1958 y 1964 y candidato presidencial de la derecha en 1970.
- ALMEYDA, Clodomiro: dirigente socialista y ministro de Relaciones Exteriores con el Presidente Allende.
- ALTAMIRANO, Carlos: senador y secretario general del Partido Socialista de Chile entre 1971 y 1979.
- AMPUERO, Raúl: dirigente y senador del Partido Socialista. En 1967, lideró la escisión de la Unión Socialista Popular.
- AYLWIN, Patricio: senador y presidente del PDC en 1973. Bajo su mandato, la dirección del PDC instigó y apoyó el golpe de estado del 11 de septiembre de 1973. Presidente de la República entre 1990 y 1994.
- BITAR, Sergio: ministro de Minería en 1973 y militante de la Izquierda Cristiana.
- BRIONES, Carlos: militante socialista, colaborador de Allende en el Ministerio de Salubridad (1939-1941) y ministro del Interior en 1973.
- BUSSE, Hortensia: esposa de Salvador Allende.
- CHONCHOL, Jacques: ministro de Agricultura del Presidente Allende hasta noviembre de 1972.
- CORVALÁN, Luis: senador y secretario general del Partido Comunista de Chile entre 1958 y 1989.
- EDWARDS, Agustín: importante empresario, propietario del diario conservador *El Mercurio*.
- ENRÍQUEZ, Miguel: secretario general del Movimiento de Izquierda Revolucionaria desde 1967 hasta su muerte en un enfrentamiento armado con agentes de la dictadura el 5 de octubre de 1974.
- FIGUEROA, Luis: presidente de la CUT, diputado comunista y ministro de Trabajo en 1972 y 1973. Falleció en el exilio.
- FREI, Eduardo: dirigente del PDC, presidente de la República (1964-1970) y senador (1957-1964) y presidente del Senado (1973).

- GARRETÓN, Óscar Guillermo: diputado y secretario general del MAPU.
- GAZMURI, Jaime: secretario general del MAPU-OC en 1973.
- GONZÁLEZ VIDELA, Gabriel: miembro del Partido Radical y presidente de la República entre 1946 y 1952.
- GROVE, Marmaduke: coronel de la Fuerza Aérea en 1932, cuando participó de manera destacada en la instauración de la República Socialista, y uno de los principales fundadores del Partido Socialista.
- GUMUCIO, Rafael Agustín: fundador de la Falange Nacional, del PDC y del MAPU. Senador y presidente del Partido Federado de la Unidad Popular en 1973.
- IBÁÑEZ DEL CAMPO, Carlos: dictador entre 1927 y 1931. Presidente de la República entre 1952 y 1958 con un programa populista.
- JARPA, Sergio Onofre: senador y presidente del Partido Nacional en 1973. Ministro del Interior de la dictadura en 1983.
- LEIGHTON, Bernardo: diputado del PDC y destacado miembro de su tendencia progresista. En octubre de 1975, sufrió un atentado en Roma, organizado por la dictadura, junto con su esposa Ana Fresno del que salieron con vida.
- MILLAS, Orlando: diputado y dirigente comunista. Ministro de Hacienda y Economía del Presidente Allende.
- PÉREZ ZUJOVIC, Edmundo: destacado dirigente demócratacristiano, ministro del Interior con Frei, asesinado por la ultrazquierdista VOP el 8 de junio de 1971.
- PINOCHET, Augusto: comandante en jefe del ejército desde el 23 de agosto de 1973 hasta el 11 de marzo de 1990. Jefe de la junta militar que derrocó al Presidente Salvador Allende e impuso una dictadura que finalizó el 11 de marzo de 1990.
- PRATS, Carlos: comandante en jefe del ejército entre noviembre de 1970 y agosto de 1973. Ministro del Interior (noviembre de 1972-marzo de 1973) y ministro de Defensa (agosto de 1973). Asesinado por la dictadura el 30 de septiembre de 1974 en Buenos Aires junto a su esposa, Sofía Cuthbert.
- RODRÍGUEZ, Aniceto: senador y dirigente socialista.
- SCHNEIDER, René: comandante en jefe del ejército asesinado en octubre de 1970 por la ultraderecha para impedir la investidura presidencial de Allende.
- SILVA HENRÍQUEZ, Raúl: arzobispo de Santiago entre 1961 y 1982.
- TEITELBOIM, Volodia: destacado dirigente comunista y senador.
- TOHÁ, José: dirigente socialista y ministro del Interior (1970-enero de 1972) y Defensa (1972-julio de 1973). A consecuencia de las torturas sufridas a manos de la dictadura, falleció en marzo de 1974.
- TOMIC, Radomiro: candidato presidencial del PDC en 1970 y destacado miembro de su tendencia progresista.

BIBLIOGRAFÍA

- AAVV: *Conferencia de prensa sobre la nacionalización del cobre. 14 de octubre de 1971*, Santiago de Chile, Oficina de Informaciones y Radiodifusión de la Presidencia de la República, 1971.
- *La tragedia chilena*, Buenos Aires, Merayo Editor, 1973a.
 - *El Partido Comunista de Chile y el gobierno de la Unidad Popular*, INDAL 9. Caracas, 1973b.
 - *Chile, 1970-1973. Lecciones de una experiencia*, Madrid, Tecnos, 1975a.
 - *Chile: El diálogo o las armas*, INDAL, 12. Caracas, 1975b.
 - *Chile bajo la junta. Economía y sociedad en la dictadura militar chilena*. Madrid, Zero, 1976a.
 - *El gobierno de Allende y la lucha por el socialismo en Chile*, México. UNAM, 1976b.
 - *Chile visto por Mensaje. 1971-1981*, Santiago de Chile, Aconcagua. 1981.
- ALCÁNTARA SÁEZ, Manuel: *Sistemas políticos de América Latina*, vol. I. Madrid, Tecnos, 1989.
- ALEXANDER, Robert J.: *The tragedy of Chile*, Westport (Estados Unidos). Greenwood Press, 1978.
- ALLENDE, Beatriz y Fidel CASTRO: *Homenaje a Salvador Allende*. Buenos Aires, Galerna, 1973.
- ALLENDE, Salvador: *La contradicción de Chile: régimen de izquierda. poder económico de derecha*, Santiago de Chile, Talleres Olmos, 1943.
- *La vía chilena al socialismo*, Madrid, Fundamentos, 1971a.
 - *El pensamiento político de Salvador Allende*, Santiago de Chile. ~~Quimantí~~ 1971b.
 - *Chile, hacia el socialismo*, Madrid, Zero, 1971c.
 - *La revolución chilena*, Buenos Aires, EUDEBA, 1973a.
 - *La conspiración contra Chile*, Buenos Aires, 1973b.
 - *Discursos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975.

- ALMEYDA, Clodomiro: *Reencuentro con mi vida*, Santiago de Chile, Ediciones del Ornitorrinco, 1987.
- ÁLVAREZ, Graciela (pres.): *Salvador Allende: Un Estado democrático y soberano. Mi propuesta a los chilenos*, Santiago de Chile, Ediciones Allende Vive, 2003.
- AMORÓS, Mario: *Después de la lluvia. Chile, la memoria herida*, Santiago de Chile, Cuarto Propio, 2004.
- «La Iglesia que nace del pueblo: relevancia histórica del movimiento Cristianos por el Socialismo», en Julio Pinto Vallejos (coord.): *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, Santiago de Chile, LOM, 2005, pp. 107-126.
 - *Antonio Llidó, un sacerdote revolucionario*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2007.
- ANGELL, Alan: *Partidos políticos y movimiento obrero chileno*, México, Era, 1974.
- ARCHIVO SALVADOR ALLENDE: *América Latina: un pueblo continente*, 1, Santiago de Chile, 1990.
- *Las tareas de la juventud*, 2, México, 1990.
 - *Rumbo de liberación*, 5, México, 1990.
 - *El Partido Socialista de Chile*, 6, México, 1990.
 - *Los trabajadores y el Gobierno Popular*, 8, Morelia, 1990.
 - *El Gobierno Popular*, 9, Tlaxcala, 1990.
 - *Frente al mundo. Autodeterminación-desarrollo-paz*, 11, México, 1990.
 - *De cara a la verdad. Diálogos con la prensa*, 12, México y Santiago de Chile, 1993.
 - *Salvador Allende y Estados Unidos: la CIA y el golpe militar de 1973*, 13, Guadalajara (México), 1989.
 - *Historia documental del PSCh. 1933-1993. Signos de identidad*, 18, Concepción, 1993.
- ARRATE, Jorge y Eduardo ROJAS: *Memoria de la izquierda chilena. Tomo 1 (1850-1970)*, Santiago de Chile, Javier Vergara Editor, 2003.
- ARRIAGADA, Genaro: *De la vía chilena a la vía insurreccional*, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1974.
- ASOCIACIÓN SOCIAL Y CULTURAL PROMEMORIA DE SALVADOR ALLENDE: *Cuando septiembre se llama Allende*, Madrid, 2006.
- AYLWIN, Patricio: *El reencuentro de los demócratas. Del golpe al triunfo del No*, Santiago de Chile, Ediciones B, 1998.

- AZÓCAR, Pablo: *Pinochet. Epitafio para un tirano*, Popular, Madrid, 1999.
- BARRÍA, Jorge: *El movimiento obrero en Chile*, Santiago de Chile, Trígono, 1971.
- BILLAZ, René y Eugenio MAFFEI: «La Reforma Agraria chilena y el camino hacia el socialismo. Algunas consideraciones», *Cuadernos de la Realidad Nacional*, 11. Santiago de Chile, enero de 1973.
- BITAR, Sergio: *Chile 1970-1973. Asumir la historia para construir el futuro*, Santiago de Chile, Pehuén. 1995.
- BOETSCH G. H., Eduardo: *Recordando con Alessandri*, Santiago de Chile, Universidad Nacional Andrés Bello, s. f.
- BOIZARD, Ricardo: *El último día de Allende*, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1973.
- BRAVO LIRA, Bernardino: *Régimen de gobierno y partidos políticos en Chile. 1924-1973*, Santiago de Chile, Editorial Jurídica de Chile, 1978.
- BRUNA, Susana: *Chile: La legalidad vencida*, México, Era, 1976.
- CANCINO TRONCOSO, Hugo: *Chile: La problemática del poder popular en el proceso de la vía chilena al socialismo. 1970-1973*, Aarhus (Dinamarca), Aarhus University Press, 1988.
- CASANUEVA VALENCIA, Fernando y Manuel FERNÁNDEZ CANQUE: *El Partido Socialista y la lucha de clases en Chile*, Santiago de Chile, Quimantú, 1973.
- CASTELLS, Manuel: *La lucha de clases en Chile*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974.
- CHONCHOL, Jacques: «La reforma agraria en Chile», *Chile-América*, 25-27, noviembre-diciembre de 1976, pp. 23-38.
- «Indígenas y campesinos en el Gobierno de Salvador Allende», *Alternativa*, 9. Santiago de Chile, julio-septiembre de 1998, p. 76.
- COLLIER, Simon y William F. SATER: *Historia de Chile. 1808-1994*, Madrid, Cambridge University Press, 1998.
- CORDOVA-CLAURE, Ted: *¿Chile sí?*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1973.
- CORVALÁN MÁRQUEZ, Luis: *Camino de victoria*, Santiago de Chile, Sociedad Impresora Horizonte, 1971.
- *Chile: 1970-1973*, Sofía, Sofía Press, 1978.
- *De lo vivido y lo peleado. Memorias*, Santiago de Chile, LOM, 1997.
- *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre*, Santiago de Chile, CESOC, 2000.
- CRUZ-COKE, Ricardo: *Historia electoral de Chile, 1925-1973*, Santiago de Chile, Editorial Jurídica de Chile, 1984.

- DAVIS, Nathaniel: *Los dos últimos años de Salvador Allende*, Barcelona, Plaza & Janés, 1986.
- DE RAMÓN, Armando: *Historia de Chile*, Santiago de Chile, Catalonia, 2004.
- DE RIZ, Liliana: *Sociedad y política en Chile (de Portales a Pinochet)*, México, UNAM, 1979.
- DEBRAY, Régis: *Conversación con Allende*, México, Siglo XXI, 1971.
- DÍAZ NIEVA, José: *Chile: De la Falange Nacional a la Democracia Cristiana*, Madrid, UNED, 2000.
- DONOSO PACHECO, Jorge (comp.): *Tomic. Testimonios*, Santiago de Chile, Emisión, 1988.
- DOONER, Patricio: *Crónica de una democracia cansada. El Partido Demócrata Cristiano durante el Gobierno de Allende*, Santiago de Chile, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1985.
- DORFMAN, Ariel: *Más allá del miedo: el largo adiós a Pinochet*, Madrid, Siglo XXI, 2002.
- DRAGO, Tito: *Chile. Un doble secuestro*, Madrid, Complutense, 1993.
- DUHAMEL, Olivier: *Chili ou la tentative*, París, Gallimard: 1974.
- ESPINOSA, Juan G. y Andrew S. ZIMBALIST: *Democracia económica. La participación de los trabajadores en la industria chilena, 1970-1973*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- FALCOFF, Mark: *Modern Chile. 1970-1989. A critical history*, New Jersey, Transaction, 2002.
- FARIAS, Víctor: *La izquierda chilena (1969-1973). Documentos para el estudio de su línea estratégica*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Públicos, 2000.
- FARNSWORTH, Elizabeth *et alii*: *Chile: el bloqueo invisible*, Buenos Aires, Periferia, 1974.
- FERMANDOIS, Joaquín: *Chile y el mundo. 1970-1973. La política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional*, Santiago de Chile, Universidad Católica de Chile, 1985.
- FONTAINE ALDUNATE, Arturo: *Todos querían la revolución. Chile, 1964-1973*, Santiago de Chile, Zig Zag, 1999.
- FOXLEY, Alejandro *et alii*: *Chile: búsqueda de un nuevo socialismo*, Santiago de Chile, Nueva Universidad, 1971.
- FRANCIS, Michael J.: *La victoria de Allende*, Buenos Aires, Francisco de Aguirre, 1972.
- FRAP: *Programa del Gobierno Popular*, Santiago de Chile, s. f., pp. 12-13.

- GARCÉS, Joan E.: 1970. *La pugna política por la Presidencia en Chile*, Santiago de Chile, Universitaria, 1971.
- *Desarrollo político y desarrollo económico. Los casos de Chile y Colombia*, Madrid, Tecnos, 1972.
- *Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política*, Barcelona, Ariel, 1976.
- *Orlando Letelier. Testimonio y vindicación*, Madrid, Siglo XXI, 1995.
- *Soberanos e intervenidos. Estrategias globales, americanos y españoles*, Madrid, Siglo XXI, 1996.
- «El pluralismo en el Gobierno de Salvador Allende», *Alternativa*, 9, Santiago de Chile, julio-septiembre de 1998.
- GARRETÓN, Manuel Antonio *et alii*: *Por la fuerza sin la razón. Análisis y textos de los bandos de la dictadura militar*, Santiago de Chile, LOM, 1998.
- GAUDICHAUD, Franck: *Poder popular y cordones industriales. Testimonios sobre el movimiento popular urbano, 1970-1973*, Santiago de Chile, LOM, 2004.
- GAZMURI, Jaime y Jesús Manuel MARTÍNEZ: *El sol y la bruma*, Santiago de Chile, Ediciones B, 2000.
- GONZÁLEZ AGUAYO, Gonzalo *et alii*: *Teoría y praxis internacional del gobierno de Allende*, México, UNAM, 1974.
- GONZÁLEZ PINO, Miguel y Arturo FONTAINE TALAVERA: *Los mil días de Allende*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Públicos, 1997.
- GRAYSON, George: *El Partido Demócrata Cristiano chileno*, Buenos Aires, Francisco de Aguirre, 1968.
- GUELFÍ, Carlo *et alii*: *Las multinacionales en América Latina*, Madrid, Cambio 16, 1977.
- GURRIARÁN, José Antonio: *¿Caerá Allende?* Barcelona, DOPESA, 1973.
- GUTIÉRREZ REVUELTA, Pedro y Manuel J. GUTIÉRREZ: *Pablo Neruda. Yo respondo con mi obra*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2004.
- GUZMÁN, Nancy (pr.): *¡Chile desclasificado! Documentos secretos del FBI, Pentágono & CIA*, vol. I, Santiago de Chile, Ernesto Carmona Editor, 1999.
- HOBBSAWN, Eric: *Gente poco corriente*, Barcelona, Crítica, 1999.
- ILLANES, María Angélica: *La batalla de la memoria*, Santiago de Chile, Planeta/Ariel, 2002.
- JARA, Joan: *Víctor. Un canto inconcluso*, Santiago de Chile, Fundación Víctor Jara, 1993.

- JOBET, Julio César: *El Partido Socialista de Chile*, Santiago de Chile, PLA, 1971, tomo 1.
- JORQUERA, Carlos: *El Chicho Allende*, Santiago de Chile, BAT, 1990.
- JOXE, Alain (pres.): *Le Chili sous Allende*, París, Gallimard, 1974.
- KALFON, Pierre: *Allende. Chile: 1970-1973*, Madrid, Foca, 1999.
- KISSINGER, Henry: *Mis memorias*, Buenos Aires, Atlántida, 1979.
- KORNBLUH, Peter: *Pinochet: los archivos secretos*, Barcelona, Crítica, 2004.
- KRAMER, Andrés M.: *Chile. Historia de una experiencia socialista*, Barcelona, Península, 1974.
- LABARCA GODDARD, Eduardo: *Chile al rojo. Reportaje a una revolución que nace*, Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad Técnica del Estado, 1971.
- LAMOÛR, Catherine: *Allende: la nueva sociedad chilena*, Barcelona, DOPESA, 1972.
- LAVRETSKI, J.: *Salvador Allende*, Moscú, Progreso, 1978.
- LAZO, Carmen y Carmen CEA: *La negra Lazo: memorias de una pasión política*, Santiago de Chile, Planeta, 2005.
- LIGERO, Juan y Juvencio NEGRETE: *Allende: la consecuencia de un líder*, Santiago de Chile, LAR, 1986.
- MAESTRE, Juan: *Chile: Revolución y contrarrevolución*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1973.
- MAIRA, Luis: *Chile: autoritarismo, democracia y movimiento popular*, México, CIDE, 1984.
- MANNS, Patricio: *Chile: una dictadura militar permanente*, Santiago de Chile, Sudamericana, 1999.
- MARÍN, Germán: *Una historia fantástica y calculada: la CIA en el país de los chilenos*, México, Siglo XXI, 1976.
- MARÍN, Gladys: *La vida es hoy*, Santiago de Chile, Edebé, 2002.
- MARTÍNEZ CORBALÁ, Gonzalo: *Instantes de decisión. Chile, 1972-1973*, México, Grijalbo, 1998.
- *et alii: El pensamiento económico del Gobierno de Allende*, Santiago de Chile, Universitaria, 1971.
- MARTNER, Gonzalo: *El Gobierno del Presidente Salvador Allende. 1970-1973. Una evaluación*, Santiago de Chile, LAR, 1988.
- (comp.): *Salvador Allende. 1908-1973. Obras Escogidas (1939-1973)*, Santiago de Chile, Ediciones del Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar-Fundación Presidente Allende (España), 1992.

- MELLER, Patricio: *Un siglo de economía política chilena (1890-1990)*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1996.
- *Dilemas y debates en torno al cobre*, Santiago de Chile, Dolmen, 2002.
- MERINO, José Toribio: *Bitácora de un almirante. Memorias*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1999.
- MILLAS, Hernán: *Anatomía de un fracaso (la experiencia socialista chilena)*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1973.
- MILLAS, Orlando: *Memorias. 1957-1991. Vol. IV. Una digresión*, Santiago de Chile, CESOC, 1996.
- MIRES, Fernando: *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina*, México, Siglo XXI, 1988.
- MODAK, Frida (coord.): *Salvador Allende en el umbral del siglo XXI*, México, Plaza&Janés, 1998.
- MOULIAN, Tomás: *La Democracia Cristiana en su fase ascendente*, FLACSO, Documento de Trabajo, 288, abril de 1986.
- «La vía chilena al socialismo: itinerario de la crisis de los discursos estratégicos de la Unidad Popular», en Julio Pinto Vallejos (coord.): *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, Santiago de Chile, LOM, 2005.
- *Conversación interrumpida con Allende*, Santiago de Chile, LOM, 1998.
- *Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973)*, Santiago de Chile, LOM, 2006.
- MOULIAN, Tomás y Manuel Antonio GARRETÓN: *Análisis coyuntural y proceso político. Las fases del conflicto en Chile: 1970-1973*, San José, Universitaria Centroamericana, 1978.
- NERUDA, Pablo: *Confieso que he vivido. Memorias*, Barcelona, Seix Barral, 1979.
- NOLFF, Max: *Salvador Allende. El político. El estadista*, Santiago de Chile, Documentas, 1993.
- NOVOA MONREAL, Eduardo et alii: *La vía chilena al socialismo*, México, Siglo XXI, 1973.
- *¿Vía legal hacia el socialismo? El caso de Chile, 1970-1973*, Caracas, Editorial Jurídica Venezolana, 1978.
- OYARZÚN, María Eugenia: *Augusto Pinochet: diálogos con su historia*, Santiago de Chile, Sudamericana, 1999.
- PETRAS, James: *Política y fuerzas sociales en el desarrollo chileno*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974.

- PEY, Víctor (coord.): *Salvador Allende: Higiene mental y delincuencia. Respuesta al libro difamatorio de Víctor Farías*, Santiago de Chile, Fundación Presidente Allende y CESOC, 2005.
- PINOCHET, Augusto: *El día decisivo. 11 de septiembre de 1973*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1979.
- PINOCHET DE LA BARRA, Óscar (ed.): *Eduardo Frei M. Obras Escogidas (1931-1982)*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar, 1993.
- PINTO, Aníbal *et alii*: *Chile, hoy*, México, Siglo XXI, 1970.
- PINTO VALLEJOS, Julio: «Socialismo y salitre: Recabarren, Tarapacá y la formación del Partido Obrero Socialista», *Historia*, 32. Santiago de Chile, 1999, pp. 315-366.
- POLITZER, Patricia: *Altamirano*, Santiago de Chile, Melquíades, 1990.
- PRATS, Carlos: *Memorias. Testimonio de un soldado*, Santiago de Chile, Pehuén, 1985.
- PUCCIO, Osvaldo: *Un cuarto de siglo con Allende. Recuerdos de su secretario privado*, Santiago de Chile, Emisión, 1985.
- PUJADES, Ignasi: *Joan Alsina. Xile al cor*, Santiago de Chile, Aedos, 1976.
— *Vida, comiat i mort de Joan Alsina*, Barcelona, Proa, 2001.
- QUEZADA LAGOS, Fernando: *La elección presidencial de 1970*, Santiago de Chile, 1985.
- QUIROGA, Patricio (comp.): *Salvador Allende Gossens. Obras Escogidas. 1933-1948. Vol. I*, Santiago de Chile, LAR, 1988.
— (ed.): *Salvador Allende. Obras Escogidas (1970-1973)*, Barcelona, Crítica, 1989.
— *Compañeros. El GAP: La escolta de Allende*, Santiago de Chile, Aguilar, 2001.
- RAMÍREZ NECOCHEA, Hernán: *Historia del movimiento obrero chileno*, Santiago de Chile, 1956.
- ROCHA, Juan Gonzalo: *Allende, masón. La visión de un profano*, Santiago de Chile, Sudamericana, 2000.
- RODRÍGUEZ, Aniceto: *Entre el miedo y la esperanza*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1995.
- ROJAS, Alejandra: *Salvador Allende. Una época en blanco y negro*, Buenos Aires, El País Aguilar, 1998.
- ROXBOROUGH, Ian *et alii*: *Chile: El estado y la revolución*, México, El Manual Moderno, 1979.

- RUIZ-TAGLE, P., Jaime: *La participación de los trabajadores en las empresas del área de propiedad social: Chile 1970-1973*, Santiago de Chile, Programa de Economía del Trabajo de la Academia de Humanismo Cristiano, 1982.
- SANTILLANA, Pablo: *Chile. Análisis de un año de gobierno militar*, Buenos Aires, Prensa Latinoamericana, 1974.
- SCHNAKE, Erich: *Un socialista con historia. Memorias*, Santiago de Chile, Aguilar, 2004.
- SENADO DE ESTADOS UNIDOS: *Covert Action in Chile. 1963-1973*, Washington, US Government Printing Office, 1975.
- SILVA, Alberto: «Chile 1970-1973: La política educativa de la Unidad Popular (I)», *Cuadernos de Pedagogía*, 4, abril de 1975, pp. 19-23.
- SILVA, Miguel: *Los cordones industriales y el socialismo desde abajo*, Santiago de Chile, 1998.
- *Los partidos, los sindicatos y Clotario Blest*, Santiago de Chile, Mosquito Editores, 2000.
- SMIRNOW, Gabriel: *La revolución desarmada (Chile 1970-1973)*, México, 1977.
- SOBEL, Lester A. (ed.): *Chile & Allende*, Nueva York, Facts on File, 1974.
- SOSA, I.: *Conciencia y proyecto nacional en Chile (1891-1973)*, México, UNAM, 1981.
- SOTO, Hernán y Sergio VILLEGAS: *Archivos secretos. Documentos desclasificados de la CIA*, Santiago de Chile, LOM, 1999.
- SOTO, Óscar: *El último día de Salvador Allende*, Madrid, El País Aguilar, 1998.
- SUÁREZ, Luis: *Entre el fusil y la palabra*, México, UNAM, 1980.
- TAUFIC, Camilo: *Chile en la hoguera*, Buenos Aires, Corregidor, 1974.
- TEITELBOIM, Volodia: *Un hombre de edad media*, Santiago de Chile, Sudamericana, 1999.
- TIMOSSI, Jorge: *Grandes Alamedas. El combate del Presidente Allende*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1974.
- TOURAINÉ, Alain: *Vida y muerte del Chile popular*, México, Siglo XXI, 1974.
- VALENZUELA, Arturo: *El quiebre de la democracia en Chile*, Santiago de Chile, FLACSO, 1989.
- VARAS, Augusto (comp.): *El Partido Comunista en Chile*, Santiago de Chile, FLACSO-CESOC, 1988.
- VARAS, Florencia: *Gustavo Leigh. El general disidente*, Santiago de Chile, Aconcagua, 1979.

- VENEROS, Diana: *Allende: un ensayo psicobiográfico*, Santiago de Chile, Sudamericana, 2003.
- VERA CASTILLO, Jorge (ed.): *La política exterior chilena durante el Gobierno del Presidente Salvador Allende. 1970-1973*, Santiago de Chile, Ediciones IERIC, 1987.
- VERDUGO, Patricia: *Interferencia secreta. 11 de septiembre de 1973*, Santiago de Chile, Sudamericana, 1998.
- VIDALES, Carlos: *Contrarrevolución y dictadura en Chile*, Bogotá, Tierra Americana, 1974.
- VITALE, Luis et alii: *Para recuperar la memoria histórica. Frei, Allende y Pinochet*, Santiago de Chile, CESOC, 1999.
- VIVES, Pedro A.: *El Chile de Allende*, Madrid, Historia 16, Cuadernos del Mundo Actual, 63, 1994.
- WAISS, Óscar: *Chile vivo. Memorias de un socialista, 1928-1970*, Madrid, Centro de Estudios Salvador Allende, 1986.
- WITKER, Alejandro: *Salvador Allende. 1908-1973. Prócer de la liberación nacional*, México, UNAM, 1980.
- ZERÁN, Faride: *Desacatos al desencanto*, Santiago de Chile, LOM, 1997.